

WILLIAM  
BARCLAY

COMENTARIO  
AL  
NUEVO  
TESTAMENTO  
-Tomo  
8

Carta  
a  
los  
Romanos

## PRESENTACIÓN

Los  
que  
hayáis  
empezado  
a  
usar  
el  
COMENTARIO  
AL  
NUEVO  
TESTAMENTO  
de  
William  
Barclay  
por  
los  
tomos  
de  
Lucas

o  
de  
Hechos  
-que  
es  
lo  
más  
recomendable,  
y  
por  
eso  
los  
hemos  
publicado  
antes,  
siguiendo  
su  
consejo-notaréis  
en  
Romanos  
un  
cambio  
notable  
que  
ya  
esperaríais.  
Reconoceréis  
que  
es  
el  
mismo  
Barclay,  
pero  
el  
libro

que  
comenta  
es  
único  
en  
su  
género.  
De  
todas  
maneras  
estamos  
seguros  
de  
que  
os  
ayudará,  
enseñará,  
edificará  
y  
entusiasmará  
por  
lo  
menos  
tanto  
como  
los  
otros.  
Cuando  
leáis  
el  
segundo  
párrafo  
de  
la  
página  
19  
comprenderéis  
por  
qué  
yo,  
que  
cuando  
Barclay  
publicó  
este  
tomo  
en  
1955  
era  
uno  
de  
sus  
alumnos,  
no  
podía  
vivir  
tranquilo  
hasta  
compartir  
con

vosotros,  
estudiantes  
de  
la  
Biblia  
que  
usáis  
mi  
lengua,  
este  
comentario  
sencillo,  
sugestivo,  
simpático  
y  
edificante.

Lo  
de  
sencillo  
ya  
se  
supone  
que,  
en  
el  
caso  
de  
Romanos,  
es  
en  
la  
medida  
de  
lo  
posible.  
Pero  
esa  
medida  
en  
el  
caso  
de  
William  
Barclay,  
es  
«apretada,  
remecida  
y  
rebosando»,  
porque  
nuestro  
autor  
se  
crece  
ante  
las  
dificultades.  
Ya

se  
supone  
que,  
en  
una  
carta  
tan  
importante,  
escrita  
hace  
más  
de  
diecinueve  
siglos  
por  
un  
judío  
de  
Tarso  
de  
Cilicia  
Y  
ciudadano  
romano  
a  
algunos  
habitantes  
de  
Roma,  
se  
incluyan  
alusiones  
Y  
referencias  
a  
las  
condiciones  
de  
vida  
de  
aquel  
entonces  
Y  
a  
los  
forjadores  
Y  
principales  
exponentes  
de  
aquella  
cultura.  
Para  
entender  
esta  
carta  
tendríamos  
que  
espigar  
muchos

datos  
en  
los  
escritos  
de  
aquel  
tiempo.  
Eso  
es  
lo  
que  
ha  
hecho  
para  
nosotros  
William  
Barclay,  
especialista  
y  
forofo  
de  
la  
historia  
y  
las  
lenguas  
clásicas,  
cicerone  
ideal  
para  
guiarnos  
en  
la  
visita  
al  
Foro  
romano,  
con  
sus  
tribunales  
en  
los  
que  
se  
tramitan  
adopciones  
entre  
bebés  
abandonados  
de  
los  
que  
sólo  
sobrevivirán,  
si  
a  
eso  
se  
puede  
llamar

sobrevivir,  
los  
que  
recojan  
para  
las

especulaciones  
de  
aquel  
tiempo,  
que  
no  
eran  
tan  
diferentes  
de  
las  
actuales  
en  
algunos  
sitios.  
Nos  
presentará  
a  
emperadores

crueles,  
viciosos,  
ansiosos  
de  
notoriedad  
y  
de  
poder,  
y  
a  
otros  
que  
figuran  
entre  
los  
grandes  
santos  
estoicos  
de  
entonces  
y  
de

todos  
los  
tiempos;  
y  
a  
personas  
de

todas  
las  
escalas  
sociales  
hasta  
llegar  
a  
los  
esclavos,  
porque  
no  
se  
puede  
llegar  
más  
abajo.

Pero,  
sobre  
todo,  
nos  
mostrará  
cómo  
ha  
ido  
penetrando  
el  
Evangelio  
en  
toda  
la  
gama  
de  
la  
sociedad  
romana,  
desde  
los  
esclavos

hasta  
las  
clases  
más  
altas,  
probablemente  
en  
este  
orden,  
produciendo  
grandes  
santos  
y  
mártires  
de  
Cristo.



Es  
natural  
que  
en  
un  
comentario  
como  
éste  
haya  
que  
explicar  
palabras  
que  
ya  
entonces  
estaban  
encintas  
de  
una  
gran  
carta  
histórica  
y  
psicológica.  
Si  
nos  
inspira  
excesivo  
respeto  
el  
descubrir  
que  
Barclay  
estudia  
una  
por  
una  
las  
20  
palabras  
griegas  
de  
la  
«larga  
lista  
de  
cosas  
terribles»  
de  
los  
versículos  
28  
a  
32  
del  
capítulo  
primero,  
se  
nos  
pasará

el  
susto  
en  
seguida  
cuando  
comprobemos  
que  
las  
expone  
en  
una  
galería  
de  
escenas  
costumbristas  
y  
de  
retratos  
entre  
los  
que  
no  
faltan  
graciosas  
caricaturas.

Y  
no  
digamos  
cuando  
se  
enfrenta  
con  
las  
listas  
de  
nombres.  
Nos  
confiesa  
en  
algún  
sitio  
que  
hubo  
un  
tiempo  
en  
que  
pensaba  
que  
no  
perderían  
gran  
cosa  
las  
Sagradas  
Escrituras  
si  
se

omitieran  
las  
genealogías  
y  
cosas  
por  
el  
estilo;  
pero  
nos  
hace  
felices  
comprobar  
que  
superó  
aquella  
actitud,  
y  
que  
desarrolló  
una  
de  
sus  
habilidades  
superlativas  
como  
expositor  
par  
excellence:  
la  
de  
seguir  
el  
hilo  
de  
esos  
nombres  
que  
no  
nos  
dicen  
nada  
a  
la  
mayoría  
por  
los  
laberintos  
de  
la  
Biblia,  
las  
historias  
romanas,  
los  
papiros  
egipcios,  
las  
inscripciones  
y

hasta  
las  
catacumbas,  
para  
reconstruirnos  
verdaderas  
sagas  
que,  
si  
no  
siempre  
podemos  
decir  
que  
«escrito  
lo  
tenemos,  
es  
verdadera  
historia»,  
merecerían  
serlo.  
Si  
en  
algún  
momento  
se  
os  
hace  
pesada  
la  
lectura  
con-  
tinuada,  
os  
aconsejo  
que  
paséis  
al  
último  
capítulo,  
el  
de  
los  
saludos  
finales.  
Sólo  
os  
advertiré,  
por  
propia  
experiencia,  
que  
tengáis  
pañuelos  
abundantes  
a  
mano.  
¡Que  
os

aproveche  
mucho!

Alberto  
Araujo

INTRODUCCIÓN  
GENERAL  
A  
LAS  
CARTAS  
DE  
PABLO

LAS  
CARTAS  
DE  
PABLO

Las  
cartas  
de  
Pablo  
son  
el  
conjunto  
de  
documentos  
más  
interesante  
del  
Nuevo  
Testamento;  
y  
eso,  
porque  
una  
carta  
es  
la  
forma  
más  
personal  
de  
todas  
las  
que  
se  
usan  
en  
literatura.  
Demetrio,  
uno  
de  
los  
antiguos

críticos  
literarios  
griegos,  
escribió  
una  
vez:  
«Cada  
uno  
revela  
su  
propia  
alma  
en  
sus  
cartas.  
En  
cualquier  
otro  
género  
se  
puede  
discernir  
el  
carácter  
del  
escritor,  
pero  
en  
ninguno  
tan  
claramente  
como  
en  
el  
epistolar»  
(Demetrio,  
Sobre  
el  
Estilo,  
227).  
Es  
precisamente  
porque  
disponemos  
de  
tantas  
cartas  
suyas  
por  
lo  
que  
nos  
parece  
que  
conocemos  
tan  
bien  
a  
Pablo.  
En

ellas  
abría  
su  
mente  
y  
su  
corazón  
a  
los  
que  
tanto  
amaba;  
en  
ellas,  
aún  
ahora  
podemos  
percibir  
su  
gran  
inteligencia  
enfrentándose  
con  
los  
problemas  
de  
la  
Iglesia  
Primitiva,  
y  
sentimos  
su  
gran  
corazón  
latiendo  
de  
amor  
por  
los  
hombres,  
aun  
por  
los  
descarriados  
y  
equivocados.

EL  
ENIGMA  
DE  
LAS  
CARTAS

Por  
otra  
parte,  
muchas  
veces

no  
hay  
nada  
más  
difícil  
de  
entender  
que  
una  
carta.  
Demetrio  
(Sobre  
el  
Estilo,  
223)  
cita  
a  
Artemón,  
el  
editor  
de  
las  
cartas  
de  
Aristóteles,  
que  
decía  
que  
una  
carta  
es  
en  
realidad  
una  
de  
las  
dos  
partes  
de  
un  
diálogo,  
y  
como  
tal  
debería  
escribirse.  
En  
otras  
palabras:  
leer  
una  
carta  
es  
como  
escuchar  
un  
lado  
de  
una  
conversación



telefónica.  
Por

eso  
a  
veces  
nos  
es  
difícil  
entender  
las  
cartas  
de  
Pablo:  
porque  
no  
tenemos  
las  
otras  
a  
las  
que  
está  
contestando,  
y  
no  
conocemos  
la  
situación  
a  
la  
que  
se  
refiere  
nada  
más  
que  
por  
lo  
que  
podemos  
deducir  
de  
su  
respuesta.  
Antes  
de  
intentar  
entender  
cualquiera  
de  
las  
cartas  
que  
escribió  
Pablo  
debemos  
hacer  
lo  
posible  
para  
reconstruir

la  
situación  
que  
la  
originó.

LAS  
CARTAS  
ANTIGUAS

Es  
una  
lástima  
que  
las  
cartas  
de  
Pablo  
se  
llamen  
epístolas.  
Son,  
en  
el  
sentido  
más  
corriente,  
cartas.  
Una  
de  
las  
cosas  
que  
más  
luz  
han  
aportado  
a  
la  
interpretación  
del  
Nuevo  
Testamento  
ha  
sido  
el  
descubrimiento  
y  
la  
publicación  
de  
los  
papiros.  
En  
el  
mundo  
antiguo,  
el

papiro  
era  
el  
antepasado  
del  
papel  
en  
el  
que  
se  
escribían  
casi  
todos  
los  
documentos.  
Se  
hacía  
con  
tiras  
de  
la  
corteza  
de  
una  
planta  
que  
crecía  
en  
las  
orillas  
del  
Nilo.  
Las  
tiras  
se  
colocaban  
unas  
encima  
de  
otras  
y  
se  
abatanaban,  
de  
lo  
que  
resultaba  
algo  
parecido  
al  
papel  
de  
estraza.  
Las  
arenas  
del  
desierto  
de  
Egipto  
eran

ideales  
para  
la  
conservación  
de  
los  
papiros,  
que  
eran  
de  
larga  
duración  
siempre  
que  
no  
estuvieran  
expuestos  
a  
la  
humedad.  
Los  
arqueólogos  
han  
rescatado  
centenares  
de  
documentos  
-contratos  
de  
matrimonio,  
acuerdos  
legales,  
fórmulas  
de  
la  
administración-y,  
lo  
que  
es  
más  
interesante,  
cartas  
personales.  
Cuando  
las  
leemos  
nos  
damos  
cuenta  
de  
que  
siguen  
una  
estructura  
determinada,  
que  
también  
se  
reproduce  
en

las  
cartas  
de  
Pablo.  
Veamos  
una  
de  
esas  
cartas  
antiguas,  
que  
resulta  
ser  
de  
un  
soldado  
que  
se  
llamaba  
Apión  
a  
su  
padre  
Epímaco,  
diciéndole  
que  
ha  
llegado  
bien  
a  
Miseno  
a  
pesar  
de  
la  
tormenta.

«Apión  
manda  
saludos  
muy  
cordiales  
a  
su  
padre  
y  
señor  
Epímaco.  
Pido  
sobre  
todo  
que  
usted  
se  
encuentre  
sano  
y  
bien;  
y

que  
todo  
le  
vaya  
bien  
a  
usted,  
a  
mi  
hermana  
y  
su  
hija  
y  
a  
mi  
hermano.  
Doy  
gracias  
a  
mi  
Señor  
Serapis  
por  
conservarme  
la  
vida  
cuando  
estaba  
en  
peligro  
en  
el  
mar.  
En  
cuanto  
llegué

a  
Miseno  
recibí  
del  
César  
el  
dinero  
del  
viaje,  
tres  
piezas  
de  
oro;  
y  
todo  
me  
va  
bien.  
Le  
pido,  
querido

Padre,  
que  
me  
mande  
unas  
líneas,  
lo  
primero  
para  
saber  
cómo  
está,  
y  
también  
acerca  
de  
mis  
hermanos,  
y  
en  
tercer  
lugar  
para  
que  
bese  
su  
mano  
por

haberme  
educado  
bien,  
y  
gracias  
a  
eso  
espero  
un  
ascenso  
pronto,  
si  
Dios  
quiere.  
Dé  
a  
Capitón  
mis  
saludos  
cordiales,  
y  
a  
mis  
hermanos,  
y  
a  
Serenilla  
y  
a  
mis



amigos.  
Le  
mandé  
un  
retrato  
que  
me  
pintó  
Euctemón.  
En  
el  
ejército  
me  
llamo  
Antonio  
Máximo.  
Hago  
votos  
por  
su  
buena  
salud.  
Recuerdos  
de  
Serenio,  
el  
de  
Agato  
Daimón,  
y  
de  
Turbo,  
el  
hijo  
de  
Galonio>

(G.  
Milligan,  
Selections  
from  
the  
Greek  
Papyri,  
36).  
¡No  
podría  
figurarse  
Apión  
que  
estaríamos  
leyendo  
la  
carta  
que  
le  
escribió  
a  
su

padre  
1.800  
años  
después!  
Nos  
muestra  
lo  
poco  
que  
ha  
cambiado  
la  
naturaleza  
humana.  
El  
mozo  
está  
esperando  
un  
ascenso.  
Era  
devoto  
del  
dios  
Serapis.  
Serenilla  
sería  
la  
chica  
con  
la  
que  
salía.  
Y  
le  
ha  
mandado  
a  
los  
suyos  
el  
equivalente  
de  
entonces  
de  
una  
foto.

Notamos  
que  
la  
carta  
tiene  
varias  
partes:  
(i)  
Un  
saludo.  
(ii)

Una  
oración  
por  
la  
salud  
del  
destinatario.  
(iii)

Una  
acción  
de  
gracias  
a  
un  
dios.  
(iv)

El  
tema  
de  
la  
carta.  
(v)

Finalmente,  
saludos  
para  
unos  
y  
recuerdos  
de  
otros.  
En  
casi  
todas  
las  
cartas  
de  
Pablo  
encontramos  
estas  
secciones,  
como  
vamos  
a  
ver:

(i)  
El  
saludo:  
Romanos  
1:1;  
1  
Corintios  
1:1;  
2  
Corintios  
1:1;  
Gálatas  
1:1;  
Efesios

1:1;  
Filipenses  
1:1;  
Colosenses  
1:1  
s;  
1  
Tesalonicenses  
1:1;  
2  
Tesalonicenses  
1:1.  
(ii)  
La  
oración:  
en  
todas  
sus  
cartas  
Pablo  
pide  
la  
gracia  
de  
Dios  
para  
las  
personas  
a  
las  
que  
escribe:  
Romanos  
1:  
7;  
1  
Corin-  
tios  
1:3;  
2  
Corintios  
1:2;  
Gálatas  
1:3;  
Efesios  
1:2;  
Filipenses  
1:  
3;  
Colosenses  
1:2;  
1  
Tesalonicenses  
1:1;  
2  
Tesalonicenses  
1:  
2.  
(iii)  
La

acción  
de  
gracias:  
Romanos  
1:8;  
1  
Corintios  
1:4;  
2  
Corintios  
1:3;  
Efesios  
1:3;  
Filipenses  
1:3;  
1  
Tesalonicenses  
1:3;  
2  
Tesalonicenses  
1:3.

(iv)  
El  
tema  
de  
la  
carta:  
de  
lo  
que  
trata  
cada  
una.  
(v)  
Saludos  
especiales  
Y  
recuerdos  
personales:  
Romanos  
16;  
1  
Corintios  
16:19;  
2  
Corintios  
13:13;  
Filipenses  
4:21s;  
Colosenses  
4:12-15;  
1  
Tesalonicenses  
5:26.  
Las  
cartas  
de  
Pablo

siguen  
el  
modelo  
de  
todo  
el  
mundo.  
Deissmann  
dice  
de  
ellas:  
«Son  
diferentes  
de  
las  
otras  
que  
encontramos  
en  
las  
humildes  
hojas  
de  
papiro  
de  
Egipto,  
no  
en  
cuanto  
cartas,  
sino  
en  
cuanto  
cartas  
de  
Pablo.»  
No  
son  
ejercicios  
académicos  
ni  
tratados  
teológicos,  
sino  
documentos  
humanos  
escritos  
por  
un  
amigo  
a  
sus  
amigos.

LA  
SITUACIÓN  
INMEDIATA



Con  
unas  
pocas  
excepciones,  
Pablo  
escribió  
todas  
sus  
cartas  
para  
salir  
al  
paso  
de  
una  
situación  
inmediata,  
y  
no  
como  
tra-  
tados  
elaborados  
en  
la  
paz  
y  
el  
silencio  
de  
su  
despacho.  
Si  
se  
había  
producido  
una  
situación  
peligrosa  
en  
Corinto,  
Galacia,  
Filipos  
o  
Tesalónica,  
Pablo  
escribía  
una  
carta  
para  
solucionarla.  
No  
estaba  
pensando  
en  
nosotros,  
sino  
solamente  
en



aquellos  
a  
los  
que  
escribía.  
Deissmann  
dice:  
«Pablo  
no  
estaba  
pensando  
en  
añadir  
unas  
pocas  
composiciones  
nuevas  
a  
las  
ya  
existentes  
epístolas  
judías;  
y  
menos  
en  
enriquecer  
la  
literatura  
sagrada  
de  
su  
nación...  
No  
tenía  
ningún  
presentimiento  
del  
lugar  
que  
sus  
palabras  
llegarían  
a  
ocupar  
en  
la  
historia  
universal;  
ni  
siquiera  
de  
que  
se  
conservarían  
en  
la  
generación  
siguiente,  
y

mucho  
menos  
de  
que  
llegaría  
el  
día  
en  
que  
se  
consideraran  
Sagrada  
Escritura.»  
Debemos  
recordar  
siempre  
que  
una  
cosa  
no  
tiene  
que  
ser  
pasajera  
porque  
se  
escribió  
para  
salir  
al  
paso  
de  
una  
situación  
inmediata.  
Todas  
las  
grandes  
canciones  
de  
amor  
del  
mundo  
se  
escribieron  
para  
una  
persona  
determinada,  
pero  
siguen  
viviendo  
para  
toda  
la  
humanidad.  
Precisamente  
porque  
Pablo  
escribió

sus  
cartas  
para  
salir  
al  
paso  
de  
un  
peligro  
amenazador  
o  
de  
una  
necesidad  
perentoria  
es  
por  
lo  
que  
todavía  
laten  
de  
vida.  
Y  
es  
precisamente  
porque  
las  
necesidades  
y  
las  
situaciones  
humanas  
no  
cambian  
por  
lo  
que  
Dios  
nos  
habla  
por  
medio  
de  
ellas  
hoy.

LA  
PALABRA  
HABLADA

De  
una  
cosa  
debemos  
darnos  
cuenta  
en

estas  
cartas.  
Pablo  
hacía  
lo  
que  
la  
mayoría  
de  
la  
gente  
de  
su  
tiempo:  
no  
escribía  
él  
mismo  
las  
cartas,  
sino  
se  
las  
dictaba  
a  
un  
amanuense,  
y  
añadía  
al  
final  
su  
firma,  
a  
veces  
con  
algunas  
palabras  
más.  
(Conocemos  
el  
nombre  
de  
uno  
de  
los  
que  
escribieron  
para  
Pablo:  
en  
Romanos  
16:22,  
Tercio,  
el  
amanuense,  
introduce  
su  
propio  
saludo

antes  
del  
final  
de  
la  
carta).  
En  
1  
Corintios  
16:21  
Pablo  
dice:  
«Esta  
es  
mi  
firma,  
mi  
autógrafo,  
para  
que  
estéis  
seguros  
de  
que  
esta  
carta  
os  
la  
mando  
yo.»  
(Ver  
también  
Colosenses  
4:18;  
2  
Tesalonicenses  
3:17).

Esto  
explica  
un  
montón  
de  
cosas.  
Algunas  
veces  
es  
difícil  
entender  
a  
Pablo  
porque  
sus  
frases  
no  
terminan  
nunca,  
la  
gra-

mática  
se  
quiebra  
y  
se  
enreda  
la  
construcción.  
No  
debemos  
figurárnosle  
sentado  
tranquilamente  
a  
su  
mesa  
de  
despacho,  
puliendo  
cuidadosamente  
cada  
frase;  
sino  
más  
bien  
recorriendo  
de  
un  
lado  
a  
otro  
la  
habitación,  
soltando  
un  
torrente  
de  
palabras,  
mientras  
su  
amanuense  
se  
daba  
toda  
la  
prisa  
que  
podía  
para  
no  
perder  
ni  
una.  
Cuando  
Pablo  
componía  
sus  
cartas,  
tenía  
presentes

en  
su  
imaginación  
a  
las  
personas  
a  
las  
que  
iban  
destinadas,  
y  
se  
le  
salía  
del  
pecho  
el  
corazón  
hacia  
ellas  
en  
palabras  
que  
se  
atropellaban  
en  
su  
ansia  
de  
comunicar  
y  
ayudar.

INTRODUCCIÓN  
A  
LA  
CARTA  
A  
LOS  
ROMANOS

LA  
EPÍSTOLA  
QUE  
ES  
DIFERENTE

Hay  
una  
diferencia  
indiscutible  
entre  
la  
Carta  
a  
los

Romanos  
de  
Pablo  
y  
otra  
cualquiera  
de  
sus  
cartas.  
El  
que  
haya  
leído  
antes,  
digamos,  
las  
Cartas  
a  
los  
Corintios,  
notará  
la  
diferencia  
inmediatamente,  
tanto  
de  
ambiente  
como  
de  
método.  
Una  
parte  
considerable  
de  
ella  
es  
debida  
a  
un  
hecho  
básico:  
cuando  
Pablo  
escribió  
Romanos  
se  
estaba  
dirigiendo  
a  
una  
iglesia  
en  
cuya  
fundación  
no  
había  
tenido  
arte  
ni  
parte



y  
con  
la  
que  
no  
había  
tenido  
contacto  
personal.  
Esto  
explica  
por  
qué  
en  
Romanos  
hay  
tan  
pocas  
de  
las  
alusiones  
a  
los  
problemas  
prácticos  
que  
abundan  
en  
las  
otras  
cartas.  
Por  
eso  
Romanos, a  
primera  
vista,

parece  
mucho  
más  
impersonal.  
Como  
dijo  
Dibelius,  
«es  
la  
menos  
condicionada  
por  
la  
situación  
momentánea  
de  
todas  
las  
cartas  
de  
Pablo.»  
Para

decirlo  
de  
otra  
manera:  
Romanos  
es  
la  
que  
más  
se  
parece  
a  
un  
tratado  
teológico.  
En  
casi  
todas  
las  
otras  
cartas  
Pablo  
está  
saliendo  
al  
paso  
de  
algún  
problema  
inmediato,  
de  
alguna  
situación  
apremiante,  
de  
algún  
error  
extendido,  
de  
algún  
peligro  
amenazador,  
que  
se  
cernían  
sobre  
la  
iglesia  
a  
la  
que  
estaba  
escribiendo.  
Romanos  
es  
la  
que  
se  
acerca  
más

a  
una  
exposición  
sistemática  
de  
la  
posición  
teológica  
del  
mismo  
Pablo  
independientemente  
de  
cualquier  
conjunto  
de  
circunstancias  
inmediatas.

TESTAMENTARIA  
Y  
PROFILÁCTICA

Por  
eso  
dos  
grandes  
investigadores  
le  
han  
aplicado  
a  
Romanos  
dos  
adjetivos  
muy  
iluminadores:  
(a)  
Sanday  
la  
llamó  
«tes-  
tamentaria».  
Es  
como  
si  
Pablo  
hubiera  
escrito  
en  
Romanos  
su  
última  
voluntad  
y  
testamento;  
como  
si

hubiera  
destilado  
en  
esa  
carta  
la  
quintaesencia  
de  
lo  
que  
creía  
Y  
predicaba.  
Roma  
era  
la  
ciudad  
más  
grande  
del  
mundo,  
la  
capital  
del  
Imperio  
más  
grande  
que  
se  
había  
conocido.  
Es  
posible  
que  
Pablo  
no  
hubiera  
estado  
nunca  
allí,  
ni  
supiera  
si  
iría  
alguna  
vez.  
Pero,  
al  
escribir  
a  
la  
iglesia  
de  
tal  
ciudad,  
era  
comprensible  
que  
expusiera  
la

esencia  
y  
el  
corazón  
de  
su  
fe.  
(b)  
Burton  
llamó  
a  
Romanos  
«profiláctica»  
-es  
decir,  
algo  
que  
protege  
de  
una  
infección.  
Pablo  
había  
visto  
muy  
a  
menudo  
el  
daño  
y  
los  
problemas  
que  
podían  
causar  
las  
ideas  
erróneas,  
las  
nociones  
tergiversadas,  
las  
concepciones  
equivocadas  
de  
la  
fe  
y  
la  
doctrina  
cristiana.  
Por  
tanto  
quería  
enviarle  
a  
la  
iglesia  
de  
la

ciudad  
que  
era  
el  
centro  
del  
mundo  
una  
carta  
que  
edificara  
su  
fe  
de  
tal  
manera  
que,  
si  
le

llegaban  
infecciones,  
tuvieran  
en  
la  
verdadera  
palabra  
de  
la  
doctrina  
cristiana  
una  
defensa  
poderosa  
y  
efectiva.  
Se  
daba  
cuenta  
de  
que  
la  
mejor  
protección  
contra  
la  
infección  
de  
la  
falsa  
doctrina  
era  
y  
es  
el  
antiséptico  
de  
la  
verdad.

CIRCUNSTANCIAS  
EN  
QUE  
PABLO  
ESCRIBE  
A  
LA  
IGLESIA  
DE  
ROMA

Pablo  
siempre  
había  
estado  
muy  
interesado

en  
Roma.  
Uno  
de  
sus  
sueños  
era  
predicar  
allí.  
Cuando  
se  
encuentra  
en  
Éfeso,  
está  
programando  
pasar  
otra  
vez  
por  
Acaya  
y  
Macedonia,  
y  
se  
le  
escapa  
de  
lo  
hondo  
del  
corazón  
la  
frase:  
«Después  
de  
estar  
allí  
también  
tengo  
que  
ver  
Roma»  
(Hechos  
19:21).  
Cuando  
todo  
le  
iba  
mal  
en  
Jerusalén  
y  
la  
situación  
parecía  
erizada  
de  
peligros  
y



el  
fin  
próximo,  
tuvo  
una  
de  
aquellas  
visiones  
que  
siempre  
le  
animaban  
el  
corazón.  
Vio  
al  
Señor  
a  
su  
lado,  
que  
le  
decía:  
«¡Valor,  
Pablo!  
Como  
has  
dado  
testimonio  
de  
Mí  
en  
Jerusalén,  
es  
necesario  
que  
también  
lo  
des  
en  
Roma»  
(Hechos  
23:11).  
El  
primer  
capítulo  
de  
esta  
carta  
respira  
el  
deseo  
de  
Pablo  
de  
ver  
Roma:  
<  
Estoy  
deseando

veros  
para  
impartiros  
algún  
don  
espiritual  
que  
os  
fortalezca»  
(Romanos  
1:11).  
«Tengo  
muchas  
ganas  
de  
predicaros  
el  
Evangelio  
también  
a  
los  
que  
estáis  
en  
Roma»  
(Romanos  
1:15).  
Bien  
podemos  
decir  
que  
Pablo  
llevaba  
el  
nombre  
de  
Roma  
escrito  
en  
el  
corazón.

Cuando  
escribió  
la  
Carta  
a  
los  
Romanos,  
en  
el  
año  
58  
d.C.,  
Pablo  
se  
encontraba  
en  
Corinto.

Estaba  
a  
punto  
de  
culminar  
un  
proyecto  
que  
le  
era  
muy  
querido:  
la  
Iglesia  
de  
Jerusalén  
era  
la  
madre  
de  
todas  
las  
demás,  
pero  
era  
pobre,  
y  
Pablo  
había  
organizado  
una  
colecta  
entre  
las  
iglesias  
más  
jóvenes  
para  
ayudarla  
(1  
Corintios  
16:1  
ss;  
2  
Corintios  
9:1ss).  
Esa  
colecta  
tenía  
un  
doble  
sentido:  
(a)  
Era  
una  
oportunidad  
para  
que  
los  
convertidos

más  
recientes  
manifestaran  
su  
amor  
cristiano.  
(b)  
Era  
una  
manera  
práctica  
de  
enseñar  
a  
todos  
los  
cristianos  
la  
unidad  
de  
la  
Iglesia  
Cristiana;  
y  
que  
no  
eran  
simplemente  
miembros  
de  
congregaciones  
aisladas  
o  
independientes,  
sino  
de  
la  
Iglesia  
universal,  
en  
la  
que  
cada  
parte  
tiene  
una  
responsabilidad  
con  
las  
demás.  
Cuando  
Pablo  
escribe  
Romanos,  
está  
a  
punto  
de  
ponerse  
en

camino  
con  
esa  
colecta  
para  
la  
Iglesia  
de  
Jerusalén:  
«  
En  
este  
momento,  
sin  
embargo,  
voy  
a  
Jerusalén  
con  
la  
ayuda  
para  
los  
santos»  
(Romanos  
15:25).

PROPÓSITO  
DE  
PABLO  
AL  
ESCRIBIR  
ESTA  
CARTA

¿Por  
qué  
escribe  
precisamente  
entonces?

(a)  
Pablo  
sabía  
que  
el  
viaje  
a  
Jerusalén  
no  
estaba  
exento  
de  
peligros.  
Sabía  
que  
tenía

enemigos  
allí,  
y  
que  
ir  
a  
Jerusalén  
era  
arriesgar  
su  
libertad  
y  
su  
vida.  
Deseaba  
las  
oraciones  
de  
la  
Iglesia  
de  
Roma  
antes  
de  
emprender  
la  
expedición:  
«Así  
es  
que  
apelo  
a  
vosotros,  
hermanos,  
por  
nuestro  
Señor  
Jesucristo  
y  
por  
el  
amor  
del  
Espíritu,  
que  
contendáis  
juntamente  
conmigo  
pidiéndole  
por  
mí  
a  
Dios  
para  
que  
me  
libre  
de  
los  
de

Judea  
que  
no  
creen  
en  
Jesucristo»  
(Romanos  
15:30s).  
Pablo  
estaba  
movilizando  
las  
oraciones  
de  
la  
Iglesia  
antes  
de  
embarcarse  
en  
esa  
peligrosa  
empresa.

(b)  
Pablo  
tenía  
grandes  
proyectos  
bulléndole  
en  
el  
corazón.  
Se  
ha  
dicho  
de  
él  
que  
<  
le  
alucinaban  
las  
regiones  
más  
allá.»  
Nunca  
veía  
una  
nave  
anclada  
sin  
desear  
embarcarse  
para  
llevar  
la  
Buena  
Nueva

a  
los  
del  
otro  
lado  
del  
mar.  
Nunca  
veía  
una  
cordillera,  
azul  
en  
la  
distancia,  
sin  
que  
le  
dieran  
ganas  
de  
pasar  
al  
otro  
lado  
para  
llevarles  
la  
historia  
de  
la  
Cruz  
a  
los  
que  
no  
la  
habían  
oído.  
Esta  
vez  
Pablo  
estaba  
obsesionado  
con  
la  
idea  
de  
España:  
«Espero  
veros  
cuando  
vaya  
de  
camino  
a  
España»  
(Romanos  
15:24).  
«Cuando



haya  
concluido  
esto  
-es  
decir,  
cuando  
haya  
entregado  
la  
colecta  
de  
las  
iglesias  
a  
la  
de  
Jerusalén-  
pasaré  
por  
vosotros  
rumbo  
a  
España»  
(Romanos  
15:28).  
¿Por  
qué  
este  
anhelo  
de  
ir  
a  
España?  
Roma  
había  
abierto  
nuestra  
tierra.  
Algunas  
de  
las  
calzadas  
romanas  
y  
de  
las  
grandes  
construcciones  
todavía  
se  
pueden  
ver  
en  
nuestro  
país.  
Y  
era  
el  
caso  
que,

precisamente  
entonces,  
había  
un  
destello  
de  
grandeza  
en  
España.  
Muchas  
de  
las  
grandes  
figuras  
que  
estaban  
escribiendo  
sus  
nombres  
en  
la  
historia  
y  
en  
la  
literatura  
de  
Roma  
eran  
españoles.  
Estaba  
Marcial,  
el  
maestro  
del  
epigrama.  
Estaba  
Lucano,  
el  
poeta  
épico.  
Estaban  
Columela  
y  
Pomponio  
Mela,  
grandes  
figuras  
de  
la  
literatura  
latina.  
Estaba  
Quintiliano,  
el  
maestro  
de  
la  
oratoria.  
Y,

sobre  
todo,  
estaba  
Séneca,  
el  
más  
grande  
de  
los  
filósofos  
estoicos  
latinos,  
tutor  
del  
emperador  
Nerón  
y  
primer  
ministro  
del  
Imperio  
Romano.  
Era  
natural  
que  
se  
le  
fuera  
el  
pensamiento  
a  
Pablo  
hacia  
esta  
tierra  
que  
estaba  
produciendo  
tal  
galaxia  
refulgente  
de  
ingenios.  
¿Qué  
pasaría  
si  
hombres  
de  
esa  
talla  
llegaran  
a  
ser  
ganados  
para  
Cristo?

No  
hay

datos  
históricos  
que  
nos  
confirmen  
a  
ciencia  
cierta  
que  
Pablo  
llegó  
a  
España.  
Fue  
arrestado  
en  
aquella  
visita  
a  
Jerusalén,  
y  
después  
de  
dos  
años  
en  
la  
cárcel  
en  
Cesarea  
fue  
remitido  
a  
Roma  
para  
comparecer  
ante  
el  
Emperador,  
a  
lo  
que  
se  
había  
visto  
obligado  
a  
apelar  
como  
ciudadano  
romano.  
El  
Libro  
de  
los  
Hechos  
nos  
le  
deja  
en

Roma,  
viviendo  
por  
su  
cuenta  
pero  
como  
prisionero  
en  
espera  
de  
juicio;  
Y,  
a  
partir  
de  
entonces,  
todo  
son  
conjeturas.  
Pero,  
al  
escribir  
Romanos,  
España  
era  
su  
sueño.

Pablo  
era  
un  
gran  
estratega.  
Tenía  
vista  
para  
planificar  
un  
territorio  
como  
un  
gran  
general.  
Se  
daba  
cuenta  
de  
que,  
para  
entonces,  
ya  
podía  
dejar  
atrás  
Asia  
Menor,  
pasando  
también

Grecia  
de  
momento.  
Veía  
todo  
el  
Oeste  
extenderse  
ante  
él,  
territorio  
virgen  
para  
ganar  
para  
Cristo.  
Pero  
para  
iniciar  
la  
campaña  
del  
Oeste  
necesitaba  
una  
base  
de  
operaciones.  
Sólo  
había  
una  
que  
valía  
la  
pena  
considerar,  
y  
era  
la  
misma  
Roma.

Fue  
por  
eso  
por  
lo  
que  
escribió  
esta  
carta  
a  
Roma.  
Tenía  
este  
gran  
sueño  
en  
el  
corazón  
y  
este  
gran  
proyecto  
en  
la  
mente.  
Necesitaba  
a  
Roma  
como  
base  
para  
su  
nueva  
campaña.  
Se  
daba  
cuenta  
de  
que  
la  
Iglesia  
de  
Roma  
le  
conocería  
por  
referencias.  
Pero  
también  
se  
daba  
cuenta,  
porque  
era  
realista,  
de  
que  
las  
referencias

que  
hubieran  
llegado  
a  
Roma  
serían  
confusas.  
Sus  
opositores  
eran  
capaces  
de  
difundir  
calumnias  
y  
acusaciones  
falsas  
contra  
él.  
Así  
es  
que  
escribió  
esta  
carta  
para  
exponerle  
a  
la  
Iglesia  
de  
Roma  
la  
quintaesencia  
de  
su  
fe  
a  
fin  
de,  
cuando  
llegara  
el  
momento  
de  
la  
acción,  
poder  
encontrar  
en  
Roma  
una  
iglesia  
que  
estuviera  
en  
simpatía  
con  
él,  
desde



la  
que  
pudieran  
salir  
las  
líneas  
de  
comunicación  
al  
Oeste  
Y  
a  
España.  
Con  
tal  
proyecto  
e  
intención  
Pablo  
se  
puso  
a  
escribir  
en  
Corinto,  
el  
año  
58  
d.C.,  
esta  
carta  
a  
la  
Iglesia  
de  
Roma.

DESARROLLO  
DE  
LA  
CARTA

La  
Carta  
a  
los  
Romanos  
es  
al  
mismo  
tiempo  
muy  
complicada  
y  
muy  
cuidadosamente  
estructurada.  
Por

tanto  
nos  
ayudará  
a  
adentrarnos  
en  
ella  
el  
tener  
una  
idea  
de  
su  
trazado  
y  
disposición.  
Se  
divide  
naturalmente  
en  
cuatro  
partes:

(i)  
Capítulos  
1-8,  
que  
tratan  
del  
problema  
de  
la  
justificación.

(ii)  
Capítulos  
9-11,  
que  
tratan  
del  
problema  
de  
los  
judíos,  
el  
Pueblo  
Escogido.

(iii)  
Capítulos  
12-15,  
que  
tratan  
de  
cuestiones  
prácticas  
de  
la  
vida  
y  
la

conducta.  
(iv)  
Capítulo  
16,  
que  
es  
una  
carta  
de  
presentación  
de  
Febe  
y  
una  
lista  
de  
saludos  
personales.  
(i)  
Cuando  
Pablo  
usa  
la  
palabra  
justicia  
quiere  
decir  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
palabra  
especialmente  
paulina,  
como  
justificación  
y  
justificar,  
que  
aparecen  
en  
Romanos  
más  
que  
en  
ningún  
otro  
libro  
del  
Nuevo  
Testamento.  
Una  
persona  
justa  
es  
la  
que

se  
mantiene  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
y  
cuya  
vida  
lo  
demuestra.  
Pablo  
empieza  
con  
una  
panorámica  
del  
mundo  
gentil.  
No  
tenemos  
más  
que  
ver  
su  
decadencia  
y  
corrupción  
para  
saber  
que  
no  
ha  
resuelto  
el  
problema  
de  
la  
justicia.  
Pablo  
considera  
entonces  
a  
los  
judíos,  
que  
habían  
intentado  
resolver  
el  
problema  
de  
la  
justicia  
mediante  
una  
observancia  
meticulosa

de  
la  
Ley.  
Pablo  
mismo  
había  
probado  
ese  
camino,  
que  
le  
había  
conducido  
solamente  
al  
fracaso  
y  
a  
la  
derrota,  
porque  
no  
hay  
nadie  
en  
la  
Tierra  
que  
pueda  
obedecer  
plenamente  
la  
Ley,  
y  
por  
tanto  
todos  
deben  
darse  
cuenta  
de  
que  
están  
en  
deuda  
con  
Dios  
y  
merecen  
su  
desaprobación.

Así  
es  
que  
Pablo  
encuentra  
el  
único

camino  
a  
la  
justicia  
en  
la  
actitud  
de  
confianza  
absoluta  
Y  
total  
rendición.  
La  
única  
manera  
de  
llegar  
a  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
es  
creer  
en  
su  
Palabra  
Y  
arrojarse,  
tal  
como  
se  
es,  
a  
merced  
de  
su  
misericordia  
Y  
su  
amor.  
Este  
es  
el  
camino  
de  
la  
fe.  
Es  
reconocer  
que  
lo  
único  
importante  
no  
es  
lo  
que

nosotros  
podemos  
hacer  
por  
Dios,  
sino  
lo  
que  
Él  
ha  
hecho  
por  
nosotros.  
Para  
Pablo,  
el  
centro  
de  
la  
fe  
cristiana  
era  
que  
no  
podemos  
nunca  
llegar  
a  
ganar  
o  
a  
merecer  
el  
favor  
de  
Dios,  
ni  
es  
eso  
lo  
que  
Él  
espera  
de  
nosotros.  
Todo  
, depende  
exclusivamente  
de  
su  
gracia,  
y  
nosotros  
también.  
Lo  
único  
que  
podemos  
hacer  
es

aceptar  
con  
amor  
y  
gratitud  
y  
confianza  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por  
nosotros.

Sin  
embargo,  
eso  
no  
nos  
libra  
de  
las  
obligaciones,  
ni  
nos  
permite  
vivir  
como  
nos  
dé  
la  
gana.  
Quiere  
decir  
que  
para  
siempre  
jamás  
debemos  
esforzarnos  
en  
ser  
dignos  
del  
amor  
que  
hace  
tanto  
por  
nosotros.  
Pero  
ya  
no  
estamos  
intentando  
cumplir  
las  
exigencias



de  
una  
ley  
austera,  
inflexible  
Y  
condenatoria;  
ya  
no  
somos  
criminales  
ante  
el  
Juez,  
sino  
hijos  
amantes  
que  
Le  
hemos  
dado  
toda  
nuestra  
vida  
por  
amor  
a  
Aquel  
que  
nos  
amó  
primero.

(ii)  
El  
problema  
de  
los  
judíos  
era  
verdaderamente  
angustioso.  
En  
un  
sentido  
muy  
real  
eran  
el  
Pueblo  
Escogido  
de  
Dios;  
Y,  
sin  
embargo,  
cuando  
el  
Hijo

de  
Dios  
vino  
al  
mundo,  
le  
rechazaron.  
¿Qué  
explicación  
se  
puede  
dar  
a  
este  
hecho  
desgarrador?  
La  
única  
que  
pudo  
encontrar  
Pablo  
fue  
que,  
a  
fin  
de  
cuentas,  
Dios  
lo  
había  
querido  
así.  
De  
alguna  
manera,  
los  
corazones  
de  
los  
judíos  
se  
habían  
endurecido;  
pero  
no  
fue  
un  
fracaso  
total,  
porque  
siempre  
había  
habido  
un  
remanente  
fiel.  
Ni  
tampoco  
acabó

ahí  
la  
cosa;  
porque  
el  
hecho  
de  
que  
los  
judíos  
rechazaran  
a  
Cristo  
abrió  
la  
puerta  
de  
la  
Salvación  
a  
los  
gentiles,  
y  
esto  
provocaría  
la  
vuelta  
de  
los  
judíos,  
de  
manera  
que  
la  
Salvación  
alcanzaría  
a  
todos.

Pablo  
llega  
más  
lejos.  
El  
judío  
siempre  
había  
pretendido  
ser  
un  
miembro  
del  
Pueblo  
Escogido  
por  
el  
hecho  
de  
ser

judío.  
Todo  
dependía  
de  
ser  
descendiente  
de  
Abraham.  
Pero  
Pablo  
insiste  
en  
que  
el  
verdadero  
judío  
no  
es  
simplemente  
el  
que  
desciende  
racialmente  
de  
Abraham,  
sino  
el  
que  
hace  
la  
misma  
decisión  
de  
total  
entrega  
a  
Dios  
que  
hizo  
Abraham  
por  
la  
fe  
impregnada  
de  
amor.  
Por  
tanto,  
deduce  
Pablo,  
hay  
muchos  
judíos  
de  
pura  
sangre  
que  
no  
lo  
son

en  
el  
sentido  
más  
profundo  
del  
término;  
y  
hay  
muchos  
de  
otras  
naciones  
que  
son  
realmente  
judíos  
en  
el  
verdadero  
sentido  
de  
la  
palabra.  
El  
Nuevo  
Israel  
no  
depende  
de  
la  
raza,  
sino  
que  
está  
formado  
por  
los  
que  
tienen  
la  
misma  
fe  
que  
Abraham.

(iii)  
El  
capítulo  
12  
de  
Romanos  
es  
una  
exposición  
ética  
tan  
grande  
que

merece  
colocarse  
siempre  
al  
lado  
del  
Sermón  
de  
la  
Montaña.  
En  
él  
establece  
Pablo  
el  
carácter  
ético  
de  
la  
fe  
cristiana.  
Los  
capítulos  
14  
y  
15  
tratan  
de  
un  
problema  
que  
sigue  
presentándose.  
Había  
en  
la  
iglesia  
un  
sector  
más  
estrecho,  
que  
creía  
que  
se  
debía  
abstener  
de  
ciertos  
alimentos  
y  
bebidas,  
y  
que  
consideraba  
ciertos  
días  
y  
ceremonias  
de

especial  
importancia  
o  
santidad.  
Pablo  
los  
considera  
«hermanos  
débiles»  
en  
comparación  
con  
otros  
cuya  
fe  
no  
dependía  
de  
estas  
cosas,  
y  
que  
formarían  
el  
sector  
más  
liberal.  
Lo  
curioso  
del  
caso  
es  
que  
la  
descripción  
de  
los  
hermanos  
débiles  
parece  
corresponder  
a  
los  
que  
procedían  
del  
judaísmo,  
y  
Pablo  
considera  
a  
los  
otros  
como  
«más  
fuertes»  
en  
la  
fe,  
y

no  
oculta  
que  
sus  
simpatías  
están  
con



ellos.  
Pero  
lo  
importante  
es  
que  
establece  
el  
gran  
principio  
de  
que  
nadie  
debe  
hacer  
nada  
que  
hiera  
la  
conciencia  
de  
un  
hermano  
más  
débil  
o  
que  
le  
pueda  
escandalizar.  
Su  
punto  
de  
vista  
es  
que  
no  
debemos  
hacer  
nada  
nunca  
que  
le  
haga  
más  
difícil  
a  
otro  
el  
ser  
cristiano;  
y  
que  
debemos  
estar  
dispuestos  
a  
renunciar  
a

algo  
que  
es  
bueno  
para  
nosotros  
por  
amor  
al  
hermano  
débil.  
La  
libertad  
cristiana  
no  
debe  
usarse  
nunca  
de  
forma  
que  
dañe  
la  
conciencia  
o  
la  
vida  
de  
otro.

(iv)  
La  
cuarta  
sección  
es  
la  
presentación  
de  
Febe,  
posiblemente  
la  
portadora  
de  
la  
carta,  
que  
está  
al  
servicio  
de  
la  
Iglesia  
de  
Cencreas  
y  
que  
se  
dirige  
a

Roma,  
al  
parecer  
por  
asuntos  
o  
negocios  
personales.  
La  
carta  
termina  
con  
una  
lista  
de  
saludos  
y  
la  
bendición  
final.  
DOS  
PROBLEMAS

El  
capítulo  
16  
siempre  
ha  
presentado  
problemas  
a  
los  
investigadores.

(i)  
Muchos  
han  
pensado  
que  
no  
debe  
de  
formar  
parte  
de  
la  
Carta  
a  
los  
Romanos,  
sino  
que  
probablemente  
antes  
pertenecía  
a  
una  
carta

dirigida  
a  
otra  
iglesia,  
y  
se  
puso  
al  
final  
de  
ésta  
cuando  
se  
coleccionaron  
todas  
las  
cartas  
de  
Pablo.  
¿Por  
qué  
piensan  
así?  
En  
principio  
y  
sobre  
todo  
porque  
en  
este  
capítulo  
Pablo  
manda  
saludos  
a  
veintiséis  
personas  
diferentes,  
veinticuatro  
de  
las  
cuales  
menciona  
por  
nombre,  
y  
parece  
conocer  
íntimamente  
a  
todas.  
Llega  
a  
decir,  
por  
ejemplo,  
que  
la  
madre

de  
Rufo  
se  
ha  
portado  
con  
él  
como  
si  
fuera  
su  
madre.  
¿Es  
probable  
que  
Pablo  
conociera  
íntimamente  
a  
veintiséis  
personas  
en  
una  
iglesia  
que  
no  
había  
visitado  
nunca?  
De  
hecho,  
saluda  
a  
muchas  
más  
personas  
en  
este  
capítulo  
que  
en  
ninguna  
otra  
de  
sus  
cartas.  
Aquí  
hay  
algo  
que  
requiere  
explicación.  
Si  
este  
capítulo  
no  
fue  
dirigido  
a  
Roma,

¿adónde  
iba  
destinado?  
Aquí  
intervienen  
Prisca  
Y  
Aquila  
en  
el  
argumento.  
Sabemos  
que  
se  
marcharon  
de  
Roma  
en  
el  
año  
52  
d.C.,  
cuando  
Claudio  
expulsó  
de  
allí  
a  
los  
judíos  
(Hechos  
18:2).  
Sabemos  
que  
fueron  
con  
Pablo  
a  
Éfeso  
(Hechos  
18:18),  
y  
que  
estaban  
allí  
cuando  
Pablo  
escribió  
1  
Corintios,  
menos  
de  
dos  
años  
antes  
de  
que  
escribiera  
Romanos  
(1

Corintios  
16:19).  
Y  
sabemos  
que  
todavía  
estaban  
en  
Éfeso  
cuando  
se  
escribieron  
las  
Cartas  
Pastorales  
(2  
Timoteo  
4:19).  
Parece  
normal  
que,  
si  
nos  
encontramos  
una  
carta  
que  
incluye  
saludos  
para  
Prisca  
y  
Aquila,  
debemos  
suponer  
que  
va  
dirigida  
a  
Éfeso,  
si  
no  
se  
nos  
dice  
otra  
cosa.

¿Hay  
alguna  
otra  
razón  
para  
pensar  
que  
el  
capítulo  
16  
de

Romanos  
fuera  
dirigido  
a  
Efeso  
en  
primera  
instancia?  
Sí:  
el  
hecho  
de  
que  
Pablo  
pasara  
más  
tiempo  
en  
Éfeso  
que  
en  
ningún  
otro  
lugar,  
lo  
que  
hace  
perfectamente  
natural  
que  
mandara  
saludos  
para  
tantas  
personas.  
Pablo  
menciona  
a  
Epeneto,  
<  
las  
primicias  
de  
Asia»:   
Éfeso  
está  
en  
Asia,  
y  
esa  
referencia  
sería  
también  
muy  
natural  
en  
una  
carta  
a  
Éfeso,



Y  
no  
tanto  
a  
Roma.  
Romanos  
16:17  
habla  
de  
«dificultades,  
en  
oposición  
a  
la  
doctrina  
que  
se  
os  
ha  
enseñado»,  
lo  
que  
parece  
aludir  
a  
la  
enseñanza  
que  
el  
mismo  
Pablo  
les  
había  
impartido,  
cosa  
que  
no  
podía  
decir  
a  
la  
Iglesia  
de  
Roma.

Se  
puede  
sugerir  
que  
el  
capítulo  
16  
fue  
dirigido  
a  
Éfeso  
en  
primera  
instancia,

pero  
no  
es  
tan  
evidente  
como  
parece.  
Por  
una  
parte,  
no  
tenemos  
la  
más  
mínima  
evidencia  
de  
que  
este  
capítulo  
estuviera  
incluido  
en  
ninguna  
otra  
carta  
nada  
más  
que  
en  
Romanos.  
Por  
otra  
parte,  
lo  
curioso  
es  
que  
Pablo  
no  
manda  
saludos  
personales  
en  
las  
cartas  
a  
las  
iglesias  
que  
conocía  
bien,  
como  
Tesalonicenses,  
Corintios,  
Gálatas  
y  
Filipenses;  
mientras  
que

hay  
saludos  
personales  
en  
la  
carta  
a  
los  
Colosenses,  
aunque  
Pablo  
no  
había  
estado  
allí.

La  
razón  
es  
bien  
sencilla.  
Si  
Pablo  
mandaba  
saludos  
personales  
en  
las  
cartas  
a  
las  
iglesias  
que  
conocía  
bien  
podían  
surgir  
celos;  
por  
otra  
parte,  
cuando  
escribía  
a  
iglesias  
que  
no  
había  
visitado,  
procuraría  
establecer  
todos  
los  
lazos  
personales

que  
pudiera.

El  
mismo  
hecho  
de  
que  
Pablo  
no  
hubiera  
estado  
nunca  
en  
Roma  
hace  
más  
probable  
el  
que  
tratara  
de  
establecer  
tantas  
conexiones  
personales  
como  
le  
fuera  
posible.  
Es  
verdad  
que  
Prisca  
y  
Aquila  
fueron  
desterrados  
de  
Roma  
por  
el  
edicto  
de  
Claudio;  
pero,  
¿no  
sería  
natural  
que  
volvieran  
seis  
o  
siete  
años  
después,  
cuando  
cambiara  
la  
situación,  
para  
unir  
los

cabos  
de  
su  
negocio  
después  
de  
haber  
estado  
en  
otros  
sitios?  
¿Y  
no  
es  
también  
natural  
que  
muchos  
de  
los  
otros  
nombres  
fueran  
los  
de  
personas  
que  
habían  
sido  
desterradas  
también,  
a  
las  
que  
Pablo  
habría  
conocido  
en  
otras  
ciudades,  
y  
que  
habrían  
vuelto  
a  
sus  
antiguos  
hogares  
en  
Roma  
cuando  
dejó  
de  
haber  
moros  
en  
la  
costa?  
Pablo  
estaría

encantado  
de  
tener  
tantos  
contactos  
personales  
en  
Roma  
y  
de  
reanudarlos.

Además,  
como  
veremos  
cuando  
estudiemos  
el  
capítulo  
16  
en  
detalle,  
muchos  
de  
los  
nombres  
-las  
casas  
de  
Aristóbulo  
y  
Narciso,  
Amplias,  
Nereo  
y  
otros-encajan  
bien  
en  
Roma.  
A  
pesar  
de  
las  
razones  
en  
favor  
de  
Éfeso,  
podemos  
considerar  
que  
no  
hay  
por  
qué  
separar  
el  
capítulo  
16

de  
la  
Carta  
a  
los  
Romanos.

(ii)  
Pero  
hay  
otro  
problema  
mucho  
más  
interesante  
e  
importante.  
Los  
manuscritos  
más  
antiguos  
presentan  
curiosas  
variantes  
en  
los  
capítulos  
14,  
15  
y  
16.  
El  
lugar  
adecuado  
para  
una  
doxología  
es  
al  
final  
de  
todo.  
Romanos  
16:25-27  
es  
una  
doxología,  
y  
en  
la  
mayor  
parte  
de  
los  
buenos  
manuscritos  
está  
al  
final;

pero  
en  
un  
cierto  
número  
de  
manuscritos  
aparece  
al  
final  
del  
capítulo  
14;  
dos  
buenos  
manuscritos  
la  
ponen  
en  
los  
dos  
sitios;  
un  
manuscrito  
antiguo  
la  
tiene  
al  
final  
del  
capítulo  
15;  
dos  
manuscritos  
no  
la  
incluyen  
en  
ningún  
sitio,  
pero  
dejan  
un  
hueco  
que  
se  
supone  
sería  
para  
ella.  
Un  
antiguo  
manuscrito  
latino  
tiene  
una  
serie  
de  
resúmenes  
de



las  
secciones  
de  
la  
carta,  
y  
las  
dos  
últimas  
son:  
50:  
Del  
peligro  
del  
que  
ofende  
a  
su  
hermano  
con  
la  
comida.

Está  
claro  
que  
eso  
se  
refiere  
a  
Romanos  
14:15-23.

51:  
Del  
misterio  
del  
Señor, que  
se  
mantuvo  
secreto  
antes  
de  
su  
pasión  
pero  
que  
se  
reveló.  
Eso  
también  
está  
claro  
que  
es  
Romanos  
16:25-25,  
la  
doxología.  
Es  
evidente  
que  
esos  
resúmenes  
se  
hicieron  
sobre  
la  
base  
de  
un  
manuscrito  
que  
no  
contenía  
los  
capítulos  
15  
y  
16.

Hay  
algo  
que  
arroja  
un  
haz  
de  
luz  
en  
esta

cuestión:  
en  
un  
manuscrito  
se  
omite  
el  
nombre  
de  
Roma  
en  
Romanos  
1:  
7  
y  
15.  
No  
se  
menciona  
el  
destinatario.  
Todo  
esto  
nos  
hace  
pensar  
que  
Romanos  
circuló  
en  
dos  
versiones:  
una,  
como  
la  
tenemos,  
con  
16  
capítulos,  
y  
otra  
con  
14;  
y  
tal  
vez  
hubo  
otra  
con  
15.  
Es  
probable  
que  
la  
explicación  
sea  
que  
Pablo  
la  
escribió

a  
Roma,  
con  
16  
capítulos;  
pero  
los  
capítulos  
15  
y  
16  
son  
íntimos  
y  
personales  
para  
Roma.  
Ahora  
bien:  
no  
tenemos  
otra  
carta  
que  
contenga  
un  
compendio  
comparable  
de  
la  
doctrina  
de  
Pablo.  
Lo  
que  
es  
probable  
que  
suciediera  
es  
que  
Romanos  
empezara  
a  
circular  
por  
todas  
las  
iglesias,  
sin  
los  
dos  
últimos  
capítulos,  
a  
excepción  
de  
la  
doxología.  
Se

debe  
de  
haber  
reconocido  
que  
Romanos  
era  
demasiado  
importante  
para  
limitarse  
a  
una  
sola  
iglesia;  
así  
es  
que  
se  
suprimieron  
las  
referencias  
puramente  
locales  
y  
se  
envió  
a  
todas  
las  
iglesias  
como  
una  
carta  
circular.  
Desde  
los  
primeros  
tiempos  
la  
Iglesia  
se  
dio  
cuenta  
de  
que  
Romanos  
era  
una  
exposición  
tan  
maravillosa  
de  
la  
mente  
Pablo  
que  
tenía  
que  
ser

propiedad,  
no  
de  
una  
sola  
iglesia,  
sino  
de  
toda  
la  
Iglesia.  
Debemos  
recordar  
al  
estudiarla  
que  
siempre  
se  
ha  
considerado  
Romanos  
como  
la  
quintaesencia  
del  
Evangelio  
de  
Pablo.

VOCACIÓN,  
EVANGELIO  
Y  
MISIÓN

Romanos  
1:1-7

Os  
manda  
esta  
carta  
Pablo,  
esclavo  
de  
Jesucristo,  
llamado  
para  
ser  
apóstol,  
apartado  
para  
servir  
al  
Evangelio  
de  
Dios.  
Este

Evangelio  
es  
la  
Buena  
Noticia  
que  
Dios  
prometió  
hace  
mucho  
por  
medio  
de  
sus  
profetas  
en  
las  
Sagradas  
Escrituras,  
el  
Evangelio  
acerca  
de  
su  
Hijo,  
Quien, en  
cuanto  
a  
su  
naturaleza  
humana,  
nació  
del  
linaje  
de  
David;  
Quien,  
como  
resultado  
de  
Su  
Resurrección  
de  
los  
muertos,  
el  
Espíritu  
Santo  
ha  
demostrado  
que  
es  
el  
todopoderoso  
Hijo  
de  
Dios.  
Estoy  
hablando  
de



Jesucristo  
nuestro  
Señor,  
a  
través  
de  
Quien  
yo  
he  
recibido  
la  
gracia  
y  
el  
apostolado  
para  
despertar  
una  
fiel  
obediencia  
por  
Su  
causa  
entre  
todos  
los  
gentiles.  
Entre  
ellos  
estáis  
también  
vosotros,  
que  
también  
habéis  
sido  
llamados  
para  
pertenecer  
a  
Jesucristo.  
Dirijo  
esta  
carta  
a  
todos  
los  
queridos  
hermanos  
de  
Roma  
que  
pertenecéis  
a  
Dios, que  
habéis  
recibido  
el  
llamamiento  
para

consagraron  
a  
Él:  
¡Que  
la  
Gracia  
y  
la  
Paz  
de  
Dios  
nuestro  
Padre  
y  
de  
nuestro  
Señor  
Jesucristo  
sean  
con  
vosotros!

Cuando  
Pablo  
escribió  
la  
Carta  
a  
los  
Romanos  
se  
estaba  
dirigiendo  
a  
una  
iglesia  
que  
no  
había  
visitado  
nunca  
ni  
conocía  
personalmente.  
Estaba  
escribiendo  
a  
una  
iglesia  
que  
estaba  
en  
la  
ciudad  
más  
grande  
del  
imperio  
más

grande  
del  
mundo.  
Por  
eso  
escogió  
las  
palabras  
y  
las  
ideas  
con  
el  
máximo  
cuidado.

Empezó  
presentando  
sus  
credenciales:

(i)  
Se  
llama  
a  
sí  
mismo  
esclavo  
(dulos)  
de  
Jesucristo.  
Esta  
palabra  
tiene  
dos  
trasfondos  
de  
pensamiento:  
(a)  
El  
título  
que  
a  
Pablo  
le  
gustaba  
más  
aplicar  
a  
Jesús  
es  
Señor  
(Kyrios).  
En  
griego,  
la  
palabra  
kyrios

designa  
a  
alguien  
que  
está  
en  
posesión  
indiscutible  
de  
una  
persona  
o  
cosa.  
Quiere  
decir  
dueño  
o  
propietario  
en  
el  
sentido  
más  
absoluto.  
Lo  
contrario  
de  
Señor  
(Kyrios)  
es  
esclavo  
(dulos).  
Pablo  
se  
consideraba  
esclavo  
de  
Jesucristo,  
su  
Dueño  
y  
Señor.  
Jesús  
le  
había  
amado  
y  
se  
había  
entregado  
por  
él,  
y  
por  
consiguiente  
Pablo  
estaba  
seguro  
de  
que  
ya

no  
se  
pertenecía  
a  
sí  
mismo,  
sino  
exclusivamente  
a  
Jesús.  
Por  
otra  
parte,  
esclavo  
implica  
la  
absoluta  
obligación  
del  
amor.  
(b)  
Pero  
esclavo  
(dulos)  
tiene  
otra  
vertiente.  
En  
el  
Antiguo  
Testamento  
es  
el  
término  
general  
para  
designar  
a  
un  
gran  
hombre  
de  
Dios.  
Moisés  
era  
el  
dulos  
del  
Señor  
(Josué  
1:2).  
Josué  
era  
el  
dulos  
de  
Dios  
(Josué  
24:29).  
El

más  
alto  
título  
de  
los  
profetas,  
el  
que  
los  
distinguía  
de  
los  
demás  
hombres,  
era  
esclavos  
de  
Dios  
(Amós  
3:  
7;  
Jeremías  
7.-25).  
Cuando  
Pablo  
se  
llama  
esclavo  
de  
Jesucristo,  
se  
está  
colocando  
en  
la  
línea  
de  
los  
profetas.  
La  
grandeza  
y  
la  
gloria  
de  
éstos  
dependía  
del  
hecho  
de  
ser  
esclavos  
de  
Dios,  
y  
lo  
mismo  
sucedió  
con  
Pablo.

Así  
que  
el  
título  
esclavo  
de  
Jesucristo  
incluye  
al  
mismo  
tiempo  
la  
obligación  
de  
un  
gran  
amor  
y  
el  
honor  
de  
una  
gran  
misión.

(ii)  
Pablo  
se  
describe  
a  
sí  
mismo  
como  
llamado  
a  
ser  
apóstol.  
Las  
grandes  
figuras  
del  
Antiguo  
Testamento  
fueron  
personas  
que  
oyeron  
y  
respondieron  
al  
llamamiento  
de  
Dios.  
Abraham  
oyó  
el  
llamamiento  
de  
Dios

(Génesis  
12:1-3) .  
Moisés  
respondió  
al  
llamamiento  
de  
Dios  
(Éxodo  
3:10) .  
Jeremías  
e  
Isaías  
fueron  
profetas  
porque,  
sin  
buscarlo  
ellos,  
oyeron  
Y  
respondieron  
al  
llamamiento  
de  
Dios  
(Jeremías  
1:4s;  
Isaías  
6:8s) .  
Pablo  
no  
se  
consideró  
nunca  
como.uno  
que  
había  
aspirado  
a  
un  
gran  
honor,  
sino  
como  
uno  
al  
que  
se  
había  
asignado  
una  
misión.  
Jesús  
les  
dijo  
a  
sus  
hombres:  
«No



fuisteis  
vosotros  
los  
que  
me  
elegisteis

a  
Mí,  
sino  
que  
fui  
Yo  
el  
que  
os  
elegí  
a  
vosotros»

(Juan  
15:16).  
Pablo  
no  
pensaba  
en  
la  
vida  
en  
términos  
de  
lo  
que  
él  
quería  
hacer,  
sino  
en  
términos  
de  
lo  
que  
Dios  
quería  
que  
hiciera.

.  
(iii)  
Pablo  
se  
describe  
a  
sí  
mismo  
como  
apartado  
para  
el  
servicio  
del  
Evangelio,  
la

Buena  
Noticia  
de  
Dios.  
Era  
consciente  
de  
ser  
un  
hombre  
que  
había  
sido  
apartado.  
Dos  
veces  
se  
le  
aplica  
la  
misma  
palabra  
(aforizein):

(a)  
Fue  
apartado  
por  
Dios.  
Creía  
que  
Dios  
le  
había  
separado  
desde  
antes  
de  
nacer  
para  
una  
misión  
(Gálatas  
1:15).  
Dios  
tiene  
un  
plan  
para  
cada  
persona;  
no  
hay  
vida  
que  
no  
tenga  
sentido:  
Dios  
la  
ha  
puesto  
en  
el  
mundo  
para  
algo  
determinado.

(b)  
Fue  
apartado  
por  
hombres,  
cuando  
el  
Espíritu  
Santo  
les  
dijo  
a  
los  
responsables  
de

la  
Iglesia  
de  
Antioquía  
que  
Le  
apartaran  
a  
Bernabé  
Y  
a  
Saulo  
para  
la  
obra  
a  
la  
que  
los  
tenía  
destinados  
(Hechos  
13:2).  
Pablo  
era  
consciente  
de  
que  
le  
habían  
asignado  
una  
tarea  
Dios  
y  
la  
Iglesia  
de  
Antioquía.  
Hay  
personas  
que  
se  
consideran  
llamadas  
por  
Dios  
aunque  
la  
iglesia  
no  
las  
reconoce,  
y  
viceversa;  
pero  
el  
verdadero  
llamamiento  
viene

de  
Dios  
y  
es  
confirmado  
por  
el  
Pueblo  
de  
Dios.  
(iv)  
Había  
recibido  
la  
gracia.  
Gracia  
siempre  
describe  
algún  
regalo  
inmerecido  
y  
gratuito.  
Antes  
de  
ser  
cristiano,  
Pablo  
había  
tratado  
de  
ganar  
gloria  
a  
los  
ojos  
de  
los  
hombres  
y  
mérito  
a  
los  
ojos  
de  
Dios  
cumpliendo  
meticulosamente  
la  
Ley;  
pero  
no  
había  
encontrado  
la  
paz  
por  
ese  
camino.  
Ahora

ya  
sabía  
que  
lo  
importante  
no  
es  
lo  
que  
nosotros  
podamos  
hacer,  
sino  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por  
medio  
de  
Jesucristo.  
Para  
decirlo  
con  
pocas  
palabras:  
«  
La  
Ley  
establece  
lo  
que  
el  
hombre  
tiene  
que  
hacer;  
el  
Evangelio  
ofrece  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho.»  
Ahora  
veía  
Pablo  
que  
la  
Salvación  
no  
depende  
de  
lo  
que  
el  
esfuerzo  
humano

pueda  
hacer,  
sino  
de  
lo  
que  
ya  
ha  
hecho  
el  
amor  
de  
Dios.  
Todo  
es  
por  
gracia,  
inmerecido  
Y  
gratuito.  
(b)  
Había  
recibido  
una  
tarea.  
Había  
sido  
apartado  
para  
ser  
el  
Apóstol  
de  
los  
Gentiles.  
Pablo  
sabía  
que  
había  
sido  
escogido,  
no  
para  
un  
honor,  
sino  
para  
una  
responsabilidad.  
Sabía  
que  
Dios  
le  
había  
apartado,  
no  
para  
una  
gloria,  
sino

para  
un  
trabajo.  
Puede  
que  
nos  
encontremos  
aquí  
con  
un  
juego  
de  
palabras:  
Saulo  
había  
sido  
fariseo  
(Filipenses  
3:5).  
Fariseo  
quiere  
decir  
separado, y  
tenían  
ese  
nombre  
porque  
se  
separaban  
deliberadamente  
de  
la  
gente  
ordinaria  
hasta  
el  
punto  
de  
no  
permitir  
que  
su  
ropa  
tocara  
la  
de  
una  
persona  
ordinaria.  
Se  
habrían  
estremecido  
ante  
la  
sola  
sugerencia  
de  
que  
Dios  
invitara



a  
los  
gentiles,  
que  
para  
ellos  
eran  
«leña  
para  
los  
fuegos  
del  
infierno».  
Así  
había  
sido  
Saulo:  
se  
había  
sentido  
separado  
de  
tal  
manera  
que  
no  
sentía  
nada  
más  
que  
desprecio  
hacia  
las  
personas  
ordinarias.  
Ahora  
se  
sabía  
separado  
de  
tal  
manera  
que  
su  
vida  
estaba  
dedicada  
totalmente  
a  
llevar  
la  
Buena  
Noticia  
del  
amor  
de  
Dios  
a  
todos  
los

de  
todas  
las  
razas.  
El  
Evangelio  
nos  
separa  
siempre;  
pero  
no  
para  
el  
privilegio,  
la  
gloria  
personal  
y  
el  
orgullo,  
sino  
para  
el  
servicio,  
la  
humildad  
y  
el  
amor  
a  
todo  
el  
mundo.  
Además  
de  
presentar  
sus  
credenciales  
en  
este  
pasaje,  
Pablo  
expone  
en  
sus  
líneas  
más  
esenciales  
el  
Evangelio  
que  
predicaba,  
que  
estaba  
centrado  
en  
Jesucristo  
(versículos  
2  
y

3) .  
Especialmente  
era  
la  
Buena  
Noticia  
de  
dos  
cosas:

(a)  
Era  
el  
Evangelio  
de  
la  
Encarnación.  
Hablaban  
de  
un  
Jesús  
que  
era  
real  
Y  
verdaderamente  
un  
hombre.  
Uno  
de  
los  
primeros  
grandes  
pensadores  
de  
la  
Iglesia  
Cristiana  
lo  
resumió  
cuando  
dijo  
de  
Jesús:  
«  
Se  
hizo  
lo  
que  
somos  
nosotros  
para  
hacernos  
lo  
que  
es  
Él.»  
Pablo  
no

predicaba  
a  
alguien  
que  
no  
fuera  
más  
que  
una  
figura  
legendaria  
de  
alguna  
historia  
imaginaria,  
o  
un  
semidiós  
mitad  
dios  
y  
mitad  
hombre.  
Predicaba  
a  
Uno  
que  
se  
había  
hecho  
uno  
con  
los  
hombres  
a  
los  
que  
vino  
a  
salvar.  
(b)  
Era  
el  
Evangelio  
de  
la  
Resurrección.  
Si  
Jesús  
hubiera  
vivido  
una  
vida  
maravillosa  
y  
hubiera  
tenido  
una  
muerte  
heroica

y  
eso  
hubiera  
sido  
todo,  
se  
le  
podría  
incluir  
entre  
los  
grandes  
hombres  
y  
los  
héroes,  
pero  
habría  
sido  
sencillamente  
uno  
entre  
muchos.  
Su  
unicidad  
fue  
garantizada  
para  
siempre  
por  
el  
hecho  
de  
la  
Resurrección.  
Todos  
«los  
demás»  
murieron  
y  
desapare-  
cieron,  
aunque  
se  
los  
recuerda.  
Jesús  
vive  
y  
nos  
otorga  
su  
presencia  
siempre  
henchida  
de  
poder.  
LA  
CORTESÍA  
DE

LA  
GRANDEZA  
AUTÉNTICA

Romanos  
1:8-15

Lo  
primero,  
Le  
doy  
gracias  
a  
mi  
Dios  
por  
todos  
vosotros  
mediante  
Jesucristo.  
Le  
doy  
gracias  
porque  
el  
relato  
de  
vuestra  
fe  
se  
cuenta  
por  
todo  
el  
mundo.  
Dios, a  
Quien  
sirvo  
en  
mi  
espíritu  
en  
la  
obra  
de  
la  
extensión  
de  
la  
Buena  
Noticia  
de  
Su  
Hijo,  
me  
es  
testigo  
de

que  
Le  
estoy  
hablando  
continuamente  
acerca  
de  
vosotros.  
En  
mis  
oraciones  
pido  
siempre  
que,  
de  
alguna  
manera,  
pronto,  
por  
fin,  
consiga  
encontrar  
la  
manera  
de  
llegar  
hasta  
vosotros  
por  
la  
voluntad  
de  
Dios.  
Porque  
estoy  
deseando  
veros  
para  
compartir  
con  
vosotros  
alguno  
de  
los  
dones  
que  
da  
el  
Espíritu,  
para  
que  
os  
consolidéis  
firmemente  
sobre  
el  
cimiento  
de  
la  
fe.

Lo  
que  
quiero  
decir  
es  
que,  
vosotros  
y  
yo,  
nos  
animemos  
mutuamente,  
vosotros  
con  
mi  
fe  
y  
yo  
con  
la  
vuestra.

Quiero  
que  
sepáis, hermanos,  
que  
muchas  
veces  
me  
he  
hecho  
el  
propósito  
de  
ir  
a  
veros, aunque  
hasta  
ahora  
no  
me  
ha  
sido  
posible,  
para  
tener  
también  
algún  
fruto  
entre  
vosotros,  
como  
lo  
tengo  
entre  
los  
demás  
gentiles.  
Estoy



en  
deuda  
con  
los  
griegos  
Y  
con  
los  
bárbaros, con  
los  
sabios  
Y  
con  
los  
ignorantes;  
así  
que  
es  
mi  
ardiente  
deseo  
predicaros  
el  
Evangelio  
también  
a  
los  
de  
Roma.

Después  
de  
más  
de  
mil  
novecientos  
años  
este  
pasaje  
todavía  
rezuma  
cálido  
afecto,  
Y  
podemos  
sentir  
el  
gran  
corazón  
de  
Pablo  
palpitar  
de  
amor  
hacia  
la  
iglesia  
que  
todavía

no  
conocía  
ni  
siquiera  
de  
vista.  
El  
problema  
de  
Pablo  
al  
escribir  
esta  
carta  
era  
que  
él  
no  
había  
estado  
en  
Roma  
ni  
había  
colaborado  
directamente  
en  
la  
fundación  
de  
aquella  
iglesia.  
Tenía  
que  
hacerles  
sentir  
que  
no  
estaba  
tratando  
de  
introducirse  
en  
coto  
ajeno  
para  
involucrarse  
en  
algo  
que  
no  
le  
concernía.  
Antes  
de  
nada  
tenía  
que  
establecer  
contacto

con  
ellos  
para  
que  
desaparecieran  
las  
barreras  
de  
extranjería  
y  
suspicias.

(i)  
Pablo,  
con  
psicología  
y  
amor  
combinados,  
empieza  
alabándolos  
por  
algo  
positivo:  
les  
dice  
que  
da  
gracias  
a  
Dios  
porque  
la  
fe  
cristiana  
de  
ellos  
se  
conoce  
en  
todo  
el  
mundo.  
Hay  
personas  
que  
tienen  
la  
lengua  
siempre  
aunada  
para  
alabar,  
y  
otras,  
siempre  
afilada  
para  
criticar;  
hay  
personas  
que  
enfocan  
la  
mirada  
para  
descubrir  
defectos,  
y  
otras,  
virtudes.

Se  
decía  
de  
Thomas  
Hardy  
que,  
cuando  
iba  
al  
campo,  
no  
descubría  
las  
floreциllas  
silvestres,  
sino  
el  
estercolero  
que  
había  
en  
algún  
rincón.  
Pero  
es  
un  
hecho  
que  
nos  
llevaremos  
mejor  
con  
las  
personas  
que  
alabamos  
que  
con  
las  
que  
criticamos.  
Los  
que  
más  
inspiran  
y  
ayudan  
a  
los  
demás  
son  
los  
que  
tienen  
la  
capacidad  
de  
ver  
lo  
mejor

que  
hay  
en  
las  
personas.  
Nunca  
ha  
habido  
nada  
en  
la  
historia  
de  
la  
cultura  
que  
haya  
igualado  
en  
belleza  
a  
la  
civilización  
griega  
en  
su  
cumbre;  
Y,  
sin  
embargo,  
T.  
R.  
Glover  
dijo  
una  
vez  
que  
estaba  
fundada  
en  
«  
la  
fe  
ciega  
en  
el  
vulgo.»  
Una  
de  
las  
grandes  
figuras  
de  
la  
guerra  
de  
1914-18  
fue  
Donald  
Hankey,

el  
autor  
de  
El  
estudiante  
en  
armas.  
Veía  
a  
la  
gente  
en  
su  
mejor  
y  
en  
su  
peor  
aspectos.  
En  
una  
de  
sus  
cartas  
les  
decía  
a  
los  
suyos:  
«  
Si  
sobrevivo  
a  
esta  
guerra  
quiero  
escribir  
un  
libro  
sobre  
"La  
Bondad  
viva",  
analizando  
toda  
la  
bondad  
y  
la  
nobleza  
inherente  
en  
la  
gente  
sencilla,  
y  
tratando  
de  
mostrar  
cómo

debería  
encontrar  
cumplimiento  
y  
expresión  
en  
la  
Iglesia.»  
También  
escribió  
un  
gran  
ensayo  
titulado  
El  
querido  
capitán,  
en  
el  
que  
describe  
al  
querido  
capitán  
escogiendo  
a  
los  
soldados  
más  
difíciles  
para  
entrenarlos  
personalmente:  
«Los  
miraba,  
y  
ellos  
le  
miraban  
a  
él,  
y  
se  
reconstruían  
y  
animaban  
a  
dar  
de  
sí  
todo  
lo  
mejor.»

Nadie  
podrá  
ni  
empezar  
a



salvar  
a  
otros  
a  
menos  
que,  
en  
primer  
lugar,  
crea  
en  
ellos.  
Una  
persona  
humana  
es  
una  
criatura  
pecadora  
que  
no  
merece  
más  
que  
el  
infierno;  
pero  
tiene  
un  
héroe  
dormido  
en  
el  
alma,  
y  
a  
menudo  
una  
palabra  
de  
aprecio  
despierta  
ese  
heroísmo  
latente,  
mientras  
que  
la  
crítica  
y  
la  
condenación  
no  
producirán  
más  
que  
resentimiento  
y  
desesperación.  
Aidano

fue  
el  
apóstol  
de  
los  
sajones.  
Allá  
por  
el  
año  
630  
d.C.,  
el  
rey  
sajón  
hizo  
una  
petición  
a  
la  
comunidad  
cristiana  
de  
la  
isla  
escocesa  
de  
Iona  
para  
que  
le  
mandaran  
un  
misionero

a  
su  
reino  
para  
que  
les  
predicara  
el  
Evangelio.  
El  
primer  
misionero  
volvió  
hablando  
de  
«la  
disposición  
testaruda  
y  
bárbara  
de  
los  
ingleses.»  
«

No  
tienen  
modales  
-dijo-y  
se  
comportan  
como  
salvajes.»  
En  
su  
informe  
dijo  
que  
aquella  
misión  
no  
tenía  
sentido;  
pero  
entonces  
Aidano  
le  
dijo:  
«Creo,  
hermano,  
que  
tal  
vez  
has  
sido  
demasiado  
severo  
con  
esos  
oyentes  
ignorantes,  
y  
que  
debes  
guiarlos  
gentilmente,  
dándoles  
primero  
la  
leche  
de  
la  
religión  
y  
después  
la  
vianda.»  
Así  
es  
que  
mandaron  
a  
Aidano  
a  
Northumbria,

y  
su  
gentileza  
ganó  
para  
Cristo  
a  
aquel  
mismo  
pueblo  
que  
la  
severidad  
crítica  
de  
su  
hermano  
monje  
había  
repelido.

(ii)  
Aunque  
Pablo  
no  
conocía  
personalmente  
a  
los  
de  
Roma,  
oraba  
constantemente  
por  
ellos  
a  
Dios.  
Es  
un  
privilegio  
y  
un  
deber  
cristianos  
el  
presentar  
a  
nuestros  
seres  
queridos  
y  
a  
nuestros  
hermanos  
en  
la  
fe  
al  
trono

de  
la  
gracia.  
En  
uno  
de  
sus  
sermones  
sobre  
la  
Oración  
Dominical,  
Gregorio  
de  
Nisa  
tiene  
un  
pasaje  
lírico  
sobre  
la  
oración:  
«El  
efecto  
de  
la  
oración  
es  
la  
unión  
con  
Dios;  
Y,  
si  
uno  
está  
con  
Dios,  
está  
fuera  
del  
alcance  
del  
enemigo.  
Mediante  
la  
oración  
conservamos  
la  
castidad,  
controlamos  
el  
genio  
y  
nos  
desembarazamos  
de  
la  
vanidad.  
Nos

hace  
olvidar  
las  
ofensas,  
vence  
la  
envidia,  
derrota  
la  
injusticia  
Y  
enmienda  
el  
pecado.  
Mediante  
la  
oración  
obtenemos  
bienestar  
físico,  
un  
hogar  
feliz,  
una  
sociedad  
fuerte  
y  
bien  
ordenada...  
La  
oración  
es  
el  
sello  
de  
la  
virginidad  
y  
la  
garantía  
de  
la  
fidelidad  
en  
el  
matrimonio.  
Escuda  
al  
viajero,  
protege  
al  
dormido,  
infunde  
valor  
al  
vigilante...  
Es  
refresco  
al  
cansado

y  
consuelo  
al  
triste.  
La  
oración  
es  
deleite  
para  
el  
que  
está  
contento,  
y  
solaz  
para  
el  
afligido...  
La  
oración  
es  
la  
intimidad  
con  
Dios  
y  
la  
contem-  
plación  
de  
lo  
invisible...  
La  
oración  
es  
el  
disfrute  
de  
las  
cosas  
presentes  
y  
la  
sustancia  
de  
las  
venideras.»

Aunque  
estemos  
separados  
de  
otros  
y  
aunque  
no  
tengamos  
otra  
cosa

que  
darles,  
podemos  
rodearlos  
con  
la  
fuerza  
y  
la  
protección  
de  
nuestras  
oraciones.

(iii)  
Pablo,  
en  
su  
humildad,  
estaba  
siempre  
tan  
dispuesto  
a  
recibir  
como  
a  
dar.  
Empieza  
diciendo  
que  
quería  
ir  
a  
Roma  
para  
impartirle  
a  
la  
iglesia  
algún  
don  
que  
la  
confirmara  
en  
la  
fe;  
y  
entonces  
cambia:  
dice  
que  
quería  
ir  
a  
Roma  
para  
que



tanto  
él  
como  
la  
iglesia  
de  
allí  
pudieran  
confortarse  
y  
fortalecerse  
mutuamente,  
y  
para  
que  
cada  
uno  
pudiera  
encontrar  
riquezas  
preciosas  
en  
la  
fe  
del  
otro.  
Hay  
dos  
clases  
de  
maestros:  
los  
que  
se  
consideran  
por  
encima  
de  
sus  
alumnos  
y  
les  
dicen  
lo  
que  
tienen  
que  
saber  
y  
aceptar;  
y  
los  
que  
más  
bien  
parecen  
decirles:  
<  
Venga,  
vamos

a  
aprender  
esto  
juntos.»  
Pablo  
era  
el  
mayor  
pensador  
que  
había  
en  
la  
Iglesia  
Primitiva;  
y  
sin  
embargo,  
cuando  
pensaba  
en  
aquellos  
a  
los  
que  
quería  
predicar,  
no  
consideraba  
que  
él  
solo  
tenía  
que  
enseñarles,  
sino  
también  
que  
podía  
aprender  
de  
ellos.  
Requieren  
humildad  
tanto  
el  
enseñar  
como  
el  
aprender.  
(iv)  
El  
versículo  
14  
tiene  
un  
doble  
sentido  
en  
griego

que  
es  
casi  
imposible  
traducir.  
La  
versión  
Reina-Valera  
dice:

«A  
griegos  
y  
a  
no  
griegos,  
a  
sabios  
y  
a  
no  
sabios  
soy  
deudor.»

Pablo  
estaba  
pensando  
en  
dos  
cosas  
cuando  
escribió  
eso:  
(a)  
Estaba  
en  
deuda  
con  
ellos  
por  
todas  
las  
muestras  
de  
afecto  
que  
había  
recibido.

(b)  
Estaba  
en  
deuda  
con  
ellos  
porque  
había  
recibido  
de  
Dios  
el  
encargo

de  
predicarles  
el  
Evangelio,  
y  
se  
lo  
debía.  
Esta  
frase  
tan  
concisa  
quiere  
decir:  
«Por  
todo  
lo  
que  
he  
recibido  
de  
ellos  
y  
por  
todo  
lo  
que  
tengo  
el  
deber  
de  
darles  
estoy  
en  
deuda  
con  
todo  
el  
mundo.»  
Puede  
parecer  
extraño  
que  
Pablo  
hable  
de  
los  
griegos  
cuando  
estaba  
escribiendo  
a  
los  
romanos.  
Ya  
entonces  
la  
palabra  
griego  
había

perdido  
totalmente  
su  
sentido  
nacional.  
Las  
conquistas  
de  
Alejandro  
Magno  
habían  
llevado  
la  
lengua  
y  
la  
cultura  
griegas  
por  
todo  
el  
mundo,  
y  
ya  
no  
era  
griega  
una  
persona  
solamente  
por  
el  
hecho  
de  
haber  
nacido  
en  
Grecia,  
sino  
por  
participar  
de  
la  
herencia  
cultural  
que  
se  
originó  
en  
aquel  
país.  
Un  
bárbaro  
es  
literalmente  
el  
que  
habla  
diciendo  
bar-bar,

es  
decir,  
usando

una  
lengua  
fea  
y  
ridícula  
en  
contraste  
con  
la  
lengua  
hermosa,  
flexible  
y  
rica  
de  
Grecia.  
Ser  
griego  
era  
ser  
un  
hombre  
de  
cierta  
cultura,  
con  
una  
cierta  
sensibilidad  
y

espíritu.  
Uno  
de  
los  
griegos  
dijo  
de  
su  
propio  
pueblo:  
<  
Puede  
que  
los  
bárbaros  
se  
topen  
con  
la  
verdad;  
pero  
hace  
falta  
ser  
griego  
para  
entenderla.»

Lo  
que  
Pablo  
quería  
decir  
era  
que  
su  
Mensaje,  
su  
amistad  
y  
su  
obligación  
eran  
para  
los  
intelectuales  
y  
para  
los  
sencillos,  
para  
los  
cultos  
y  
para  
los  
incultos,  
para  
los  
letrados  
y  
para  
los  
analfabetos.  
Tenía  
un  
Mensaje  
para  
todo  
el  
mundo,  
y  
su  
ambición  
era  
llegar  
a  
comunicarlo  
también  
en  
Roma.

LA  
BUENA  
NOTICIA



DE  
LA  
QUE  
SE  
ESTA  
ORGULLOSO

Romanos  
1:16,  
17

Estoy  
orgullosa  
del  
Evangelio,  
porque  
es  
el  
poder  
de  
Dios  
que  
les  
produce  
Salvación  
a  
todos  
los  
que  
lo  
creen;  
a  
los

judíos,  
en  
primer  
lugar,  
pero  
también  
a  
los  
griegos.  
El  
camino  
de  
la  
buena  
relación  
con  
Dios  
se  
revela  
en  
el  
Evangelio

cuando  
la  
fe  
del  
hombre  
responde  
a  
la  
fidelidad  
de  
Dios,  
exactamente  
como  
está  
escrito:  
«Es  
la  
persona  
que  
está  
en  
la

debida  
relación  
con  
Dios  
como  
resultado  
de  
su  
fe  
la  
que  
vivirá.  
»

Cuando  
llegamos  
a  
estos  
dos  
versículos  
ya  
hemos  
pasado  
la  
introducción  
y  
escuchamos  
el  
clarín  
del  
Evangelio.  
Muchos  
de  
los

grandes  
conciertos  
para  
piano  
empiezan  
con  
un  
acorde  
explosivo,  
y  
luego  
viene  
el  
tema  
que  
se  
va  
a  
desarrollar.  
La  
probable  
razón  
es  
que  
se  
interpretaban  
en  
reuniones  
privadas  
en  
casas  
grandes;  
Y,  
cuando  
el  
pianista  
se  
sentaba  
al  
piano  
todavía  
había  
un  
murmullo  
de  
conversación.  
Tocaba  
el  
acorde  
inicial  
para  
captar  
la  
atención  
de  
la  
audiencia,  
y  
a  
continuación

exponía  
el  
tema.  
Hasta  
estos  
dos  
versículos  
Pablo  
ha  
estado  
estableciendo  
contacto  
con  
los  
destinatarios  
de  
su  
carta,  
atrayéndose  
su  
atención;  
y  
ahora  
enuncia  
el  
tema.

Aquí  
no  
tenemos  
más  
que  
dos  
versículos;  
pero  
contienen  
tanto  
de  
la  
quintaesencia  
del  
Evangelio  
de  
Pablo  
que  
merecen

que  
nos  
detengamos  
en  
ellos  
el  
tiempo  
necesario.

Pablo

empieza  
diciendo  
que  
está  
orgullosa  
del  
Evangelio  
que  
tiene  
el  
privilegio  
de  
predicar.  
Es  
sorprendente  
considerar  
el  
trasfondo  
de  
esta  
afirmación.

A  
Pablo  
le  
habían  
metido  
en  
la  
cárcel  
en  
Filipos,  
le  
habían  
obligado  
a  
escapar  
por  
su  
vida  
en  
Tesalónica,  
le  
habían  
tenido  
que  
sacar  
de  
contrabando  
en  
Berea,  
se  
habían  
reído  
de  
él  
en  
Atenas,  
y  
en  
Corinto

su  
Mensaje  
les  
había  
parecido  
una  
estupidez  
a  
los  
griegos  
Y  
un  
escándalo  
a  
los  
judíos.  
A  
pesar  
de  
todo  
eso  
Y  
mucho  
más,  
Pablo  
proclama  
que  
está  
orgulloso  
del  
Evangelio.  
Había  
algo  
en  
el  
Evangelio  
que  
le  
hacía  
salir  
victorioso  
de  
todo  
lo  
que  
los  
hombres  
le  
pudieran  
hacer.

En  
este  
pasaje  
nos  
encontramos  
con  
tres  
de

las  
grandes  
consignas  
paulinas,  
tres  
grandes  
pilares  
de  
su  
pensamiento  
y  
creencia.

(i)  
Tenemos  
su  
concepción  
de  
la  
Salvación  
(sotérica).  
En  
aquel  
momento  
de  
la  
Historia,  
la  
Salvación  
era  
el  
bien  
supremo  
que  
todos  
estaban  
buscando.  
Había  
habido  
un  
tiempo  
en  
el  
que  
la  
filosofía  
griega  
había  
sido  
especulativa.  
Cuatrocientos  
o  
quinientos  
años  
antes,  
los  
filósofos  
habían  
pasado

el  
tiempo  
discutiendo  
el  
problema  
de  
cuál  
es  
el  
elemento  
básico  
del  
que  
se  
ha  
formado  
el  
universo.  
La  
filosofía  
había  
sido  
especulativa  
y  
natural;  
pero,  
poco  
a  
poco,  
con  
el  
paso  
de  
los  
siglos,  
la  
vida  
se  
había  
desplomado:  
los  
antiguos  
hitos  
habían  
desaparecido;  
los  
hombres  
se  
sentían  
rodeados  
de  
tiranos,  
conquistadores  
y  
peligros;  
la  
degeneración  
y  
la  
debilidad



los  
acechaban,  
y  
la  
filosofía  
cambió  
de  
canal:  
se  
hizo,  
no  
especulativa,  
sino  
práctica.  
Dejó  
de  
ser  
filosofía  
natural  
para  
convertirse  
en  
filosofía  
moral.  
Su  
único  
propósito  
era  
levantar  
«una  
muralla  
defensiva  
contra  
el  
caos  
que  
se  
les  
echaba  
encima.»  
Epicteto  
llamaba  
a  
su  
aula  
«  
el  
hospital  
para  
las  
almas  
enfermas.»  
Epicuro  
llamaba  
a  
su  
enseñanza  
«  
la  
medicina

de  
la  
salvación».   
Séneca,  
el  
contemporáneo  
de  
Pablo,  
decía  
que  
todos  
los  
hombres  
estaban  
mirando  
ad  
salutem,  
buscando  
la  
salvación.  
Lo  
que  
necesitamos,  
decía,  
«es  
que  
se  
nos  
tienda  
una

mano  
para  
levantarnos.»  
Los  
hombres,  
decía,  
son  
abrumadoramente  
conscientes  
de  
«su  
debilidad  
e  
ineficacia  
en  
las  
cosas  
necesarias.»  
Él  
mismo,  
decía,  
era  
homo  
non  
tolerabilis,  
uno  
al  
que

no  
se  
podía  
tolerar.  
La  
gente  
amaba  
sus  
vicios,  
decía  
con  
una  
cierta  
desesperación,  
y  
los  
odiaba  
al  
mismo  
tiempo.  
En  
este  
mundo  
desesperado,  
decía  
Epicteto,  
la  
gente  
está  
buscando  
la  
paz,  
«  
no  
la  
que  
proclama  
el  
César,  
sino  
la  
de  
Dios.»

Difícilmente  
se  
encontrará  
otra  
época  
de  
la  
Historia  
en  
la  
que  
la  
humanidad  
estuviera  
buscando

más  
la  
salvación.  
Era  
precisamente  
esa  
salvación,  
esa  
liberación  
y  
ese  
poder,  
lo  
que  
el  
Evangelio  
ofrecía  
al  
mundo.  
Veamos  
qué  
era  
esa  
sótéría, esa  
Salvación  
cristiana:

(a)  
Era  
la  
salvación  
de  
la  
enfermedad  
física  
(Mateo  
9:21;  
Lucas  
8:36) .  
No  
era  
algo  
que  
sólo  
tuviera  
relación  
con  
el  
otro  
mundo.  
Estaba  
orientado  
a  
rescatar  
al  
ser  
humano  
en  
cuerpo

y  
alma.

(b)  
Era  
la  
salvación  
del  
peligro  
(Mateo  
8:25;  
14:30).  
No  
es  
que  
le  
garantizaba  
al  
hombre  
una  
vida  
libre  
de  
riesgos  
y  
peligros,  
sino  
que  
le  
daba  
la  
seguridad  
del  
alma  
en  
cualesquiera  
circunstancias.  
Como  
escribió  
Rupert  
Brook  
en  
los  
días  
de  
la  
I  
Guerra  
Mundial  
en  
su  
poema  
Seguridad:  
A  
salvo  
estaré  
al  
salir  
secretamente  
armado  
frente  
a

todas  
las  
asechanzas  
de  
la  
muerte;  
a  
salvo,  
cuando  
se  
pierda  
toda  
seguridad;  
a  
salvo  
cuando  
los  
hombres  
caigan;  
Y,  
si  
estos  
pobres  
miembros  
mueren,  
del  
todo  
a  
salvo.

La  
Salvación  
de  
Cristo  
nos  
pone  
a  
salvo  
de  
las  
circunstancias  
externas.

(c)  
Era  
la  
salvación  
de  
toda  
contaminación.  
El  
cristiano  
está  
a  
salvo  
del  
contagio  
de

una  
generación  
retorcida  
y  
perversa  
(Hechos  
2:40).  
Los  
que  
tienen  
la  
Salvación  
de  
Cristo  
tienen  
un  
antiséptico  
divino  
que  
los  
guarda  
de  
la  
infección  
del  
mal  
que  
hay  
en  
el  
mundo.  
(d)  
Era  
la  
salvación  
de  
la  
perdición  
(Mateo  
18:11;  
Lucas  
19:10).  
Jesús  
vino  
a  
buscar  
y  
salvara  
los  
que  
se  
habían  
perdido.  
Por  
naturaleza  
nos  
encontramos  
en  
un  
camino



equivocado,  
que  
no  
conduce  
más  
que  
a  
la  
muerte.  
Cuando  
recibimos  
la  
Salvación  
de  
Cristo  
vamos  
por  
el  
camino  
verdadero  
de  
la  
Vida  
(Juan  
14:6).

(e)  
Era  
la  
salvación  
del  
pecado  
(Mateo  
1:21).  
La  
humanidad  
se  
encuentra  
sometida  
a  
esclavitud  
bajo  
un  
tirano  
del  
que  
no  
puede  
escapar.  
La  
Salvación  
de  
Cristo  
nos  
libra  
de  
la  
tiranía  
del

pecado  
que  
paga  
el  
servicio  
de  
sus  
súbditos  
con  
la  
muerte  
(Romanos  
6:23).

(f)  
Era  
la  
salvación  
de  
la  
ira  
de  
Dios  
(Romanos  
5:9).  
En  
el  
próximo  
pasaje  
tendremos  
oportunidad  
de  
investigar  
el  
sentido  
de  
esta  
frase.  
De  
momento  
nos  
basta  
tomar  
nota  
de  
que  
hay  
en  
el  
mundo  
una  
ley  
moral  
inexorable,  
y  
el  
anuncio  
de  
un

juicio  
ineludible  
forma  
parte  
del  
Evangelio.  
Si  
no  
fuera  
por  
la  
Salvación  
de  
Cristo,  
no  
podríamos  
esperar  
más  
que  
la  
condenación  
eterna.  
(g)  
Era  
una  
salvación  
escatológica.  
Es  
decir:  
una  
salvación  
que  
alcanza  
su  
plenitud  
en  
el  
triunfo  
final  
de  
Jesucristo  
(Ro-  
manos  
13:11;  
1  
Corintios  
5:5;  
2  
Timoteo  
4:18;  
1  
Pedro  
1:5).  
El  
Evangelio  
viene  
a  
ofrecerle  
a  
un

mundo  
sin  
esperanza  
una  
Salvación  
que  
puede  
mantener  
a  
salvo  
en  
esta  
vida  
y  
en  
la  
eternidad  
a  
todos  
los  
que  
la  
aceptan.

(ii)  
Tenemos  
su  
concepción  
de  
la  
fe.  
Esta  
es  
una  
palabra  
henchida  
de  
sentido  
en  
el  
pensamiento  
de  
Pablo.

(a)  
Su  
sentido  
más  
corriente  
es  
lealtad.  
Escribiendo  
a  
los  
tesalonicenses,  
Pablo  
quería  
tener  
noticias  
de

su  
fe;  
es  
decir:  
si  
su  
lealtad  
estaba  
resistiendo  
la  
prueba.  
En  
2  
Tesalonicenses  
1:4,  
se  
combinan  
fe  
y  
paciencia  
o  
firmeza.  
La  
fe  
es  
la  
fidelidad  
a  
toda  
prueba  
que  
caracteriza  
a  
todo  
fiel  
soldado  
de  
Jesucristo.  
(b)  
Fe  
quiere  
decir  
creencia,  
la  
convicción  
de  
que  
algo  
es  
verdad.  
En  
1  
Corintios  
15:17  
Pablo  
les  
dice  
a  
los  
corintios

que  
si  
Jesús  
no  
resucitó,  
entonces  
su  
fe  
es  
inconsistente,  
todo  
lo  
que  
han  
creído  
se  
derrumba.

La  
fe  
es  
el  
asentimiento  
al  
Evangelio,  
su  
aceptación  
como  
verdad.

(c)  
Fe  
es  
sinónimo  
a  
veces  
de  
la  
religión  
cristiana  
(La  
Fe).

En  
2  
Corintios  
13:5  
Pablo  
dice  
a  
los  
que  
se  
le  
oponen  
que  
se  
examinen  
a  
sí  
mismos  
para  
ver

si  
realmente  
se  
mantienen  
en  
la  
fe, es  
decir,  
si  
son  
o  
no  
cristianos.

(d)  
Fe  
es  
a  
veces  
equivalente  
a  
una  
esperanza  
indestructible.  
«Andamos  
-dice  
Pablo-,  
no  
dependiendo  
de  
lo  
que  
vemos,  
sino  
por  
la  
fe»

(2  
Corintios  
5:7).

(e)  
Pero  
en  
su  
sentido  
más  
característicamente  
paulino,  
fe  
quiere  
decir  
aceptación  
total  
y  
confianza  
absoluta.  
Es  
decir:  
Jugarse  
la  
vida

a  
que  
hay  
Dios,  
y  
que  
es  
como  
Jesús  
nos  
Le  
ha  
mostrado.  
Es  
estar  
absolutamente  
seguros  
de  
que  
lo  
que  
Jesús  
ha  
dicho  
es  
la  
verdad,  
y  
apostar  
el  
tiempo  
y  
la  
eternidad  
a  
esa  
seguridad.  
«Creo  
en  
Dios  
-decía  
Stevenson-,  
y  
si  
me  
despertara  
en  
el  
infierno  
seguiría  
creyendo  
en  
Él.>  
«Aunque  
me  
mate,  
en  
Él  
esperaré»  
-decía



Job  
(13:15) .  
La  
fe  
empieza  
por  
receptividad.  
Cuando,  
por  
lo  
menos,  
estamos  
dispuestos  
a  
escuchar  
el  
Evangelio.  
Sigue  
por  
asentimiento  
de  
la  
mente:  
después  
de  
oír,  
estamos  
de  
acuerdo  
en  
que  
es  
verdad;  
pero  
ese  
asentimiento  
mental  
puede  
no  
desembocar  
en  
acción.  
Muchas  
personas  
saben  
que  
algo  
es  
cierto,  
pero  
no  
cambian  
lo  
más  
mínimo  
en  
consecuencia.  
El  
paso  
decisivo

se  
da  
cuando  
del  
asentimiento  
mental  
se  
pasa  
a  
la  
entrega  
total.  
La  
fe  
madura  
se  
da  
cuando  
alguien  
escucha  
el  
Evangelio,  
está  
de  
acuerdo  
en  
que  
es  
verdad  
y  
se  
entrega  
en  
una  
rendición  
incondicional.

(iii)  
Tenemos  
su  
concepción  
de  
la  
justificación.  
No  
hay  
palabras  
que  
sean  
más  
difíciles  
de  
entender  
en  
todo  
el  
Nuevo  
Testamento  
que

justo,  
justicia,  
justificar  
y  
justificación.  
En  
esta  
carta  
tendremos  
ocasión  
de  
encontrárnoslas  
a  
menudo.  
Por  
lo  
pronto  
nos  
conformaremos  
con  
establecer  
las  
líneas  
generales  
por  
las  
que  
discurre  
el  
pensamiento  
de  
Pablo.  
El  
verbo  
griego  
que  
usa  
Pablo  
para  
justificar  
es  
dikaiún,  
del  
que  
la  
primera  
persona  
de  
singular  
del  
presente  
de  
indicativo  
es  
dikaioó,  
justifico.  
Debemos  
darnos  
cuenta  
de

que  
la  
palabra  
justificar  
tiene  
aquí  
un  
sentido  
distinto  
del  
corriente  
en  
español.  
Cuando  
«nos  
justificamos»,  
damos  
razones  
para  
demostrar  
que  
teníamos  
razón;  
si  
es  
otro  
el  
que  
«nos  
justifica»,  
presenta  
pruebas  
que  
confirman  
que  
actuamos  
como  
es  
debido.  
Pero  
todos  
los  
verbos  
griegos  
que  
terminan  
en  
oó  
no  
quieren  
decir  
probar  
o  
hacer  
que  
una  
persona  
o  
cosa  
sea

algo,  
sino  
tratar  
o  
considerar  
a  
una  
persona  
como  
si  
fuera  
algo.  
Si  
Dios  
justifica  
a  
un  
pecador,  
no  
quiere  
decir  
que  
le  
da  
la  
razón  
y  
le  
acepta  
como  
justo.  
¡Lejos  
de  
eso!  
Ni  
siquiera  
quiere  
decir,  
en  
este  
punto,  
que  
Dios  
hace  
que  
el  
pecador  
sea  
bueno.  
Quiere  
decir  
que  
Dios  
trata  
al  
pecador  
como  
si  
no  
lo

fuera.  
En  
lugar  
de  
tratarle  
como  
a  
un

criminal  
que  
merece  
ser  
condenado,  
Dios  
le  
trata  
como  
a  
un  
hijo  
al  
que  
ama.  
Eso  
es  
lo  
que  
quiere  
decir  
la  
justificación:  
que  
Dios  
nos  
considera,  
no  
como  
enemigos,  
sino  
como  
amigos;  
no  
como  
merecen  
los  
malos,  
sino  
como  
merecen  
los  
buenos;  
no  
como  
a  
transgresores  
de  
la  
ley  
a  
los  
que  
hay  
que  
castigar,  
sino  
como  
a

hombres  
y  
mujeres  
a  
los  
que  
hay  
que  
amar.  
Esta  
es  
la  
esencia  
misma  
del  
Evangelio.

Esto  
quiere  
decir  
que  
ser  
justificados  
es  
entrar  
en  
una  
nueva  
relación  
con  
Dios,  
una  
relación  
de  
amor,  
de  
confianza  
y  
de  
amistad,  
en  
lugar  
del  
distanciamiento  
de  
la  
enemistad  
y  
el  
miedo.  
Ya  
no  
nos  
dirigimos  
a  
un  
Dios  
que  
irradia



justo  
y  
terrible  
castigo,  
sino  
perdón  
y  
amor  
redentor.  
La  
justificación  
(dikaiosyné)  
es  
la  
relación  
correcta  
entre  
Dios  
y  
la  
criatura  
humana.  
El  
que  
es  
justo  
(dikaios)  
es  
el  
que  
está  
en  
esta  
correcta  
relación  
con  
Dios  
-y  
aquí  
viene  
un  
detalle  
de  
suprema  
importancia-,  
no  
por  
nada  
que  
él  
haya  
hecho,  
sino  
por  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por

él.  
Está  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
no  
por  
haber  
cumplido  
meticulosamente  
todos  
los  
mandamientos  
de  
la  
ley,  
sino  
porque  
se  
ha  
arrojado  
en  
una  
fe  
a  
ultranza  
a  
merced  
de  
la  
misericordia  
y  
el  
amor  
de  
Dios.

En  
la  
antigua  
versión  
Reina-Valera  
teníamos  
la  
famosa  
frase:  
«El  
justo  
vivirá  
por  
la  
fe»  
(Romanos  
1:17).  
Ahora  
podemos

ver  
lo  
que  
quería  
decir  
Pablo  
con  
esta  
cita  
de  
Habacuc  
2:4:  
Es  
el  
que  
está  
en  
la  
correcta  
relación  
con  
Dios  
-no  
por  
sus  
propias  
obras,  
sino  
por  
su  
absoluta  
fe  
en  
lo  
que  
el  
amor  
de  
Dios  
ha  
hecho-el  
que  
experimenta  
la  
vida  
de  
veras,  
ahora  
y  
en  
la  
eternidad.  
Para  
Pablo,  
ha  
sido  
la  
Obra  
de  
Jesús

lo  
que

ha  
hecho  
posible  
para  
el  
hombre  
entrar  
en  
esta  
relación  
nueva  
y  
preciosa  
con  
Dios.  
El  
miedo  
a  
Dios  
ha  
dejado  
su  
lugar  
al  
amor.  
Al  
Dios  
al  
Que  
el  
hombre  
consideraba  
su  
enemigo,  
ahora  
Le  
ve  
y  
Le  
conoce  
como  
su  
supremo  
y  
eterno  
Amigo.

LA  
IRA  
DE  
DIOS

Romanos  
1:18-23

Porque  
da  
ira  
de  
Dios  
se  
revela  
desde  
el  
Cielo,  
y  
se  
dirige  
contra  
toda  
impiedad  
y  
maldad  
de  
los  
hombres  
que,  
en  
su  
maldad,  
intencionadamente  
sofocan  
la  
verdad  
que  
está  
luchando  
en  
sus  
corazones.  
Porque,  
lo  
que  
se  
puede  
conocer  
de  
Dios  
lo  
tienen  
claro  
en  
su  
interior  
porque  
Dios  
mismo  
se  
lo  
pone  
claro;  
porque,  
desde

la  
creación  
del  
universo,  
siempre  
ha  
sido  
posible  
entender  
las  
cosas  
invisibles,  
como  
el  
poder  
y  
la  
divinidad,  
por  
medio  
de  
las  
cosas  
creadas.  
El  
orden  
de  
la  
creación  
está  
patente  
para  
dejar  
a  
los  
hombres  
sin  
disculpa;  
porque,  
aunque  
saben  
de  
Dios,  
sin  
embargo  
no  
Le  
glorifican  
ni  
Le  
dan  
gracias,  
sino  
se  
enredan  
en  
toda  
clase  
de  
especulaciones

hueras,  
de  
tal  
manera  
que  
se  
les  
oscurece  
más  
su  
mente  
insensata.  
Pretenden  
ser  
sabios,  
pero  
no  
son  
más  
que  
necios,  
y  
han  
cambiado  
la  
gloria  
del  
Dios  
inmortal  
por  
imágenes  
de  
semejanzas  
de  
personas  
mortales, y  
de  
aves  
y  
de  
cuadrúpedos  
y  
de  
reptiles.

En  
el  
pasaje  
anterior  
Pablo  
estaba  
pensando  
en  
la  
relación  
con  
Dios  
en  
que

el  
hombre  
puede  
entrar  
mediante  
una  
fe  
que  
es  
absoluta  
confianza  
Y  
entrega.  
En  
contraste  
con  
esa  
relación  
pone  
ahora  
la  
ira  
de  
Dios  
en  
la  
que  
se  
incurre  
cuando  
se  
es  
deliberadamente  
ciego  
a  
Dios  
Y  
se  
adoran  
los  
propios  
pensamientos  
e  
ídolos  
en  
vez  
de  
a  
El.

Esto  
es  
difícil  
Y  
nos  
exige  
pensar  
en  
serio,



porque  
aquí  
nos  
encontramos  
con  
la  
concepción  
de  
la  
ira  
de  
Dios,  
una  
frase  
alarmante  
y  
aterradora.  
¿Qué  
quiere  
decir?  
¿Qué  
tenía  
Pablo  
en  
la  
mente  
cuando  
la  
usaba?

En  
las  
partes  
más  
antiguas  
del  
Antiguo  
Testamento  
la  
ira  
de  
Dios  
se  
relaciona  
especialmente  
con  
la  
idea  
del  
pueblo  
del  
pacto.  
El  
pueblo  
de  
Israel  
estaba  
en  
una

relación  
especial  
con  
Dios,  
Que  
le  
había  
escogido  
y  
ofrecido  
una  
relación  
especial  
que  
se  
obtendría  
y  
mantendría  
siempre  
que  
guardara  
la  
Ley  
(Éxodo  
24:3-8) .  
Eso  
quería  
decir  
dos  
cosas:

(a)  
Quería  
decir  
que,  
dentro  
de  
la  
nación,  
cualquier  
desobediencia  
a  
la  
Ley  
provocaba  
la  
ira  
de  
Dios,  
porque  
quebrantaba  
la  
relación  
con  
El.  
Números  
16  
nos  
habla

de  
la  
rebelión  
de  
Coré,  
Datán  
y  
Abiram,  
y  
que  
al  
final  
Moisés  
le  
dijo  
a  
Aarón  
que  
hiciera  
expiación  
por  
el  
pecado  
del  
pueblo,  
«porque  
el  
furor  
ha  
salido  
de  
la  
presencia  
del  
Señor»  
(Números  
16:46) .  
Cuando  
los  
israelitas  
se  
desviaron  
para  
dar  
culto  
a  
Baal,  
«  
el  
furor  
del  
Señor  
se  
encendió  
contra  
Israel»  
(Números  
25:3) .  
(b)  
Además,

como  
la  
nación  
de  
Israel  
estaba  
en  
una  
relación  
exclusiva  
con  
Dios,  
cualquier  
otra  
nación  
que  
la  
tratara  
con  
crueldad  
o  
injusticia  
incurría  
en  
la  
ira  
de  
Dios.  
Babilonia  
había  
maltratado  
a  
Israel,  
y  
«por  
la  
ira  
del  
Señor  
no  
será  
habitada»  
(Jeremías  
50:13).

En  
los  
profetas  
aparece  
la  
idea  
de  
la  
ira  
de  
Dios,  
pero  
con  
un

nuevo  
hincapié.  
El  
pensamiento  
religioso  
judío  
a  
partir  
de  
los  
profetas  
estaba  
dominado  
por  
la  
idea  
de  
las  
dos  
edades,  
la  
presente  
y  
la  
por  
venir:  
la  
presente  
es  
esencialmente  
mala,  
y  
la  
edad  
dorada  
por  
venir  
será  
esencialmente  
buena.  
Entre  
ambas  
estará  
el  
Día  
del  
Señor,  
que  
será  
un  
día  
terrible  
de  
juicio  
y  
retribución  
en  
el  
que  
el

mundo  
será  
sacudido,  
los  
pecadores  
destruidos  
y  
el  
universo  
rehecho  
antes  
de  
que  
venga  
el  
Reino  
de  
Dios.  
Será  
entonces  
cuando  
entre  
en  
acción  
la  
ira  
del  
Señor  
de  
una  
manera  
aterradora.  
«  
He  
aquí  
el  
Día  
del  
Señor  
viene,  
terrible,  
y  
de  
indignación  
y  
ardor  
de  
ira,  
para  
convertir  
la  
Tierra  
en  
soledad»  
(Isaías  
13:9).  
«Por  
la  
ira  
del

Señor  
de  
los  
Ejércitos  
se  
oscureció  
la  
Tierra,  
y  
será  
el  
pueblo  
como  
pasto  
del  
fuego»  
(Isaías  
9:19).

«  
Ni  
su  
plata  
ni  
su  
oro  
podrán  
librarlos  
en  
el  
día  
del  
furor  
del  
Señor»  
(Ezequiel  
7:19).  
Dios  
derramará  
sobre  
las  
naciones  
su  
enojo,  
todo  
el  
ardor  
de  
su  
ira;  
por  
el  
fuego  
de  
su  
celo  
será  
consumida  
toda  
la  
Tierra

(Sofonías  
3:8).



Pero  
los  
profetas  
no  
consideraban  
que  
la  
ira  
de  
Dios  
se  
posponía  
hasta  
ese  
terrible  
Día  
del  
Juicio.  
La  
veían  
constantemente  
en  
acción.  
Cuando  
Israel  
se  
alejaba  
de  
Dios,  
cuando  
era  
rebelde  
e  
infiel,  
la  
ira  
de  
Dios  
operaba  
en  
su  
contra  
y  
le  
envolvía  
en  
ruina,  
desastre,  
cautividad  
y  
derrota.

Para  
los  
profetas,  
la  
ira  
de

Dios  
estaba  
obrando  
continuamente,  
aunque  
alcanzaría  
su  
clímax  
de  
terror  
y  
destrucción  
en  
el  
Día  
del  
Señor.

Un  
investigador  
moderno  
lo  
expresa  
de  
la  
siguiente  
manera:  
Porque  
Dios  
es  
Dios,  
y  
es  
esencialmente  
santo,  
no  
puede  
tolerar  
el  
pecado,  
y  
la  
ira  
de  
Dios  
es  
su  
«reacción  
aniquiladora»  
contra  
el  
pecado.

Esto  
nos  
es  
difícil  
de

entender  
y  
de  
aceptar.  
Es  
de  
hecho  
la  
clase  
de  
religión  
que  
identificamos  
con  
el  
Antiguo  
Testamento  
más  
que  
con  
el  
Nuevo.  
Hasta  
Lutero  
lo  
encontraba  
difícil,  
y  
hablaba  
del  
amor  
como  
la  
obra  
característica  
de  
Dios,  
y  
de  
la  
ira  
como  
la  
extraña  
acción  
de  
Dios.  
Para  
la  
mentalidad  
cristiana  
es  
una  
cosa  
sorprendente.

Vamos  
a  
tratar

de  
ver  
cómo  
lo  
entendía  
Pablo.  
C.  
H.  
Dodd  
escribió  
con  
mucho  
profundidad  
y  
sabiduría  
sobre  
este  
tema.  
Pablo  
habla  
a  
menudo  
de  
la  
idea  
de  
la  
ira;  
pero  
no  
dice  
nunca  
que  
Dios  
esté  
airado.  
Habla  
del  
amor  
de  
Dios,  
y  
dice  
que  
Dios  
ama;  
habla  
de  
la  
gracia  
de  
Dios,  
y  
de  
Dios  
actuando  
por  
gracia;  
habla  
de

la  
fidelidad  
de  
Dios,  
y  
de  
que  
Dios  
es  
fiel  
con  
su  
pueblo...  
Pero,  
aunque  
nos  
parezca  
extraño,  
habla  
de  
la  
ira  
de  
Dios,  
pero  
no  
dice  
nunca  
que  
Dios  
esté  
airado  
o  
se  
aíre,  
expresión  
que  
sí  
encontramos  
en  
el  
Antiguo  
Testamento;  
así  
es  
que  
hay  
una  
diferencia  
entre  
el  
amor  
y  
la  
ira  
de  
Dios.

Además,

Pablo  
habla  
de  
la  
ira  
de  
Dios  
solamente  
tres  
veces:  
aquí,  
en  
Efesios  
5:6  
y  
en  
Colosenses  
3:6,  
donde  
habla  
de  
la  
ira  
de  
Dios  
que  
viene  
sobre  
los  
hijos  
de  
desobediencia.  
Habla  
a  
menudo  
de  
la  
ira,  
sin  
decir  
que  
es  
la  
ira  
de  
Dios,  
como  
si  
debiera  
escribirse  
con  
mayúscula  
-La  
Ira-,  
y  
fuera  
una  
clase  
de  
fuerza

impersonal  
que  
actúa  
en  
el  
mundo.  
La  
traducción  
literal  
de  
Romanos  
3:5  
es:  
«..  
.  
Dios,  
que  
trae  
sobre  
los  
hombres  
la  
Ira»  
(R-V:  
«que  
da  
castigo»).

En  
Romanos  
5:9  
habla  
de  
ser  
salvos  
de  
la  
Ira.  
En  
Romanos  
12:19  
avisa  
a  
los  
humanos  
que  
no  
se  
venguen,  
sino  
que  
dejen  
a  
los  
malhechores  
para  
la  
Ira  
(R-V  
añade  
«

de  
Dios»).  
En  
Romanos  
13:5  
habla  
de  
la  
Ira  
como  
una  
razón  
de  
peso  
para  
hacer  
a  
los  
hombres  
obedientes  
a  
las  
leyes  
(R-V  
«  
el  
castigo»).  
En  
Romanos  
4:15  
dice  
que  
la  
Ley  
produce  
Ira.  
Y  
en  
1  
Tesalonicenses  
1:10  
dice  
que  
Jesús  
nos  
ha  
librado  
de  
la  
Ira  
venidera.  
Ahora  
bien,  
aquí  
hay  
algo  
muy  
importante:  
Pablo  
habla,



sí,  
de  
la  
Ira,  
pero  
nos  
dice  
que  
Jesús  
nos  
salva  
de  
esa  
misma  
Ira.

Volvamos  
a  
los  
profetas.  
Muy  
a  
menudo  
su  
mensaje  
equivale  
a:  
«Si  
no  
obedecéis  
a  
Dios,  
su  
ira  
os  
acarreará  
ruina  
y  
desastre.»  
Ezequiel  
lo  
dice  
de  
una  
manera  
lapidaria:  
«  
El  
alma  
que  
pecare,  
ésa  
morirá»  
(18:4).  
Hay  
un  
orden  
moral  
en

este  
mundo,  
y  
el  
que  
lo  
quebranta  
tiene  
que  
sufrir  
más  
tarde  
o  
más  
temprano.  
Eso  
es  
exactamente  
lo  
que  
dijo  
el  
gran  
historiador  
J.  
A.  
Froude:  
<  
Hay  
una  
lección,  
una  
sola,  
que  
podemos  
decir  
que  
la  
Historia  
repite  
con  
claridad;  
y  
es  
que  
el  
mundo  
está  
basado  
en  
un  
fundamento  
moral,  
y  
que,  
a  
la  
larga,  
les  
va

bien  
a  
los  
buenos  
Y,  
a  
la  
larga,  
les  
irá  
mal  
a  
los  
malvados.»  
La  
esencia  
del  
mensaje  
de  
los  
profetas  
hebreos  
es  
que  
hay  
un  
orden  
moral  
en  
el  
mundo.  
La  
conclusión  
es  
clara:  
Ese  
orden  
social  
es  
la  
operación  
de  
la  
ira  
de  
Dios.  
Dios  
ha  
hecho  
este  
mundo  
de  
tal  
manera  
que,  
si  
quebrantamos  
sus  
leyes,  
sufrimos

las  
consecuencias.  
Ahora  
bien:  
si  
estuviéramos  
solamente  
a  
merced  
de  
ese  
inexorable  
orden  
moral,  
no  
podríamos  
esperar  
más  
que  
muerte  
y  
destrucción.  
El  
mundo  
está  
hecho  
de  
tal  
manera  
que  
el  
alma  
que  
peque  
tendrá  
que  
morir  
-si  
no  
hay  
más  
que  
ese  
orden  
moral.  
Pero  
en  
este  
dilema  
de  
la  
humanidad  
llega  
el  
amor  
de  
Dios,  
y  
en  
un

acto  
de  
gracia  
indescriptible  
rescata  
al  
hombre  
de  
las  
consecuencias  
del  
pecado  
y  
le  
salva  
de  
la  
ira  
en  
que  
ha  
incurrido.

Pablo  
continúa  
insistiendo  
en  
que  
el  
hombre  
no  
puede  
alegar  
ignorancia  
de  
Dios.  
Puede  
ver  
cómo  
es  
por  
Su  
obra.  
Se  
puede  
conocer  
bastante  
a  
una  
persona  
por  
lo  
que  
ha  
hecho,  
e  
igualmente  
a  
Dios

por  
Su  
creación.  
El  
Antiguo  
Testamento  
ya  
lo  
afirma.  
En  
Job  
38-41  
se  
nos  
presenta  
esta  
n-isma  
idea.  
Pablo  
lo  
sabía;  
cuando  
habla  
de  
Dios  
a  
los  
paganos  
de  
Listra,  
empieza  
por  
Su  
obra  
en  
la  
naturaleza  
(Hechos  
14:17).  
Tertuliano,  
el  
gran  
teólogo  
de  
la  
Iglesia  
Primitiva,  
tiene  
mucho  
que  
decir  
acerca  
de  
la  
convicción  
de  
que  
a  
Dios  
se

Le  
puede  
conocer  
en  
la  
creación:  
«  
No  
fue  
la  
pluma  
de  
Moisés  
la  
que  
inició  
el  
conocimiento  
del  
Creador...  
La  
inmensa  
mayoría  
de  
la  
humanidad,  
aunque  
no  
han  
oído  
nada  
de  
Moisés,  
y  
no  
digamos  
de  
sus  
libros,  
conocen  
al  
Dios  
de  
Moisés.»  
«La  
naturaleza  
es  
el  
maestro,  
y  
el  
alma,  
el  
discípulo.»  
«Una  
florecilla  
junto  
a  
la  
valla,

y  
no  
digo  
del  
jardín;  
una  
concha  
del  
mar,  
y  
no  
digo  
una  
perla;  
una  
pluma  
de  
alguna  
avecilla,  
no  
tiene  
que  
ser  
la  
de  
un  
pavo  
real,  
¿os  
dirán  
acaso  
que  
el  
Creador  
es  
mezquino?»  
«  
Si  
te  
ofrezco  
una  
rosa,  
no  
te  
burlarás  
de  
su  
Creador.»

En  
la  
creación  
podemos  
conocer  
al  
Creador.  
El  
argumento  
de



Pablo  
es  
totalmente  
válido:  
si  
observamos  
el  
mundo  
vemos  
que  
el  
sufrimiento  
sigue  
al  
pecado.  
Si  
quebrantas  
las  
leyes  
de  
la  
agricultura,  
la  
cosecha  
no  
grana;  
si  
las  
de  
la  
arquitectura,  
el  
edificio  
se  
derrumba;  
si  
las  
de  
la  
salud,  
se  
presenta  
la  
enfermedad.  
Pablo  
estaba  
diciendo:  
«  
¡Observad  
el  
mundo,  
y  
veréis  
cómo  
está  
construido!  
Fijándonos  
en  
cómo  
es

el  
mundo,  
podemos  
aprender  
mucho  
de  
cómo  
es  
Dios.»  
El  
pecador  
no  
tiene  
disculpa.

Pablo  
avanza  
aún  
otro  
paso.  
¿Qué  
hace  
el  
pecador?  
En  
lugar  
de  
mirar  
hacia  
Dios,  
se  
mira  
a  
sí  
mismo.  
Se  
enreda  
en  
vanas  
especulaciones  
y  
se  
cree  
sabio,  
cuando  
en  
realidad  
no  
es  
más  
que  
un  
necio.  
¿Por  
qué?  
Porque  
hace  
de  
sus

ideas,  
sus  
opiniones  
y  
sus  
especulaciones,  
en  
lugar  
de  
la  
voluntad  
de  
Dios,  
el  
principio  
y  
la  
ley  
de  
la  
vida.  
La  
necedad  
del  
pecador  
consiste  
en  
hacer  
«  
al  
hombre  
dueño  
y  
señor  
de  
las  
cosas.»  
Basa  
sus  
principios  
en  
sus  
propias  
opiniones  
en  
lugar  
de  
en  
las  
leyes  
de  
Dios.  
Vive  
en  
un  
universo  
del  
que  
él  
es

el  
centro,  
en  
lugar  
del  
universo  
del  
que  
el  
centro  
es  
Dios.  
En  
lugar  
de  
caminar  
con  
la  
mirada  
fija  
en  
Dios,  
no  
se  
mira  
nada  
más  
que  
a  
sí  
mismo  
Y,  
por  
no  
mirar  
por  
dónde  
ni  
adónde  
va,  
cae.

El  
resultado  
es  
la  
idolatría.  
Se  
cambia  
la  
gloria  
de  
Dios  
por  
imágenes  
de  
formas  
humanas  
Y  
animales.  
La  
raíz  
del  
pecado  
de  
la  
idolatría  
es  
el  
egoísmo.  
El  
hombre  
hace  
un  
ídolo,  
le  
trae  
ofrendas  
y  
le  
dirige  
oraciones.  
¿Por  
qué?  
Para  
que  
prosperen  
sus  
planes  
y  
sus  
sueños.  
Su  
religión  
no  
tiene  
en  
cuenta  
a  
Dios,  
sino

a  
sí  
mismo.

En  
este  
pasaje  
nos  
encontramos  
cara  
a  
cara  
con  
el  
hecho  
de  
que  
la  
esencia  
del  
pecado  
es  
ponernos  
a  
nosotros  
mismos  
en  
el  
lugar  
de  
Dios.

HOMBRES  
CON  
LOS  
QUE  
DIOS  
NO  
PUEDE  
HACER  
NADA

Romanos  
1:24,  
25

En  
consecuencia,  
Dios  
los  
ha  
dejado  
a  
merced  
de  
la

inmundicia  
en  
el  
ansia  
de  
placer  
de  
sus  
corazones,  
que  
los  
arrastra  
a  
deshonrar  
sus  
cuerpos  
entre  
ellos,  
ya  
que  
han  
cambiado  
la  
verdad  
de  
Dios  
por  
la  
falsedad,  
y  
dan  
culto  
y  
sirven  
a  
la  
creación  
en  
vez  
de  
al  
Creador, Que  
es  
bendito  
para  
siempre.  
Amén.

La  
palabra  
que  
traducimos  
como  
ansia  
(epithymía),  
en  
R-V  
concupiscencia,  
es

la  
clave  
de  
este  
pasaje.  
Aristóteles  
definía  
epithymía  
como  
lanzarse  
tras  
el  
placer.  
Los  
estoicos,  
como  
lanzarse  
tras  
un  
placer  
que  
desafía  
toda  
razón.  
Clemente  
de  
Alejandría  
lo  
llamaba  
un  
irracional  
lanzarse  
hacia  
lo  
que  
produce  
placer.  
Epithymía  
es  
el  
deseo  
apasionado  
de  
una  
placer  
prohibido.  
Es  
el  
deseo  
que  
hace  
cometer  
acciones  
innominables  
y  
vergonzosas.  
Es  
la  
manera  
de



vivir  
de  
una  
persona  
que  
está  
tan  
inmersa  
en  
el  
mundo  
que  
ya  
no  
tiene  
a  
Dios  
en  
cuenta  
para  
nada.

Es  
algo  
terrible  
decir  
que  
Dios  
ha  
dejado  
a  
alguien,  
se  
ha  
desentendido  
de  
él;  
y  
sin  
embargo  
hay  
dos  
razones  
para  
decirlo:

(i)  
Dios  
ha  
dado  
a  
los  
hombres  
el  
libre  
albedrío,  
y  
se

lo  
respeto.  
En  
último  
análisis,  
ni  
siquiera  
Él  
puede  
interferir  
en  
el  
libre  
albedrío.  
En  
Efesios  
4:19  
Pablo  
habla  
de  
los  
que  
se  
han  
abandonado  
a  
la  
lascivia,  
le  
han  
rendido  
toda  
su  
voluntad.  
Oseas  
4:17  
tiene  
una  
frase  
terrible:  
<  
Efraín  
se  
ha  
entregado  
a  
los  
ídolos.  
¡Déjalo!»  
Al  
hombre  
se  
le  
presenta  
una  
elección  
libre,  
y  
así  
tiene

que  
ser.  
Sin  
posibilidad  
de  
elección  
no  
puede  
haber  
bondad,  
ni  
puede  
haber  
amor.  
Una  
bondad  
impuesta  
no  
es  
verdadera,  
como  
un  
amor  
impuesto  
no  
es  
amor.  
Si  
los  
hombres  
escogen  
deliberadamente  
volver  
la  
espalda  
a  
Dios  
después  
que  
El  
ha  
enviado  
al  
mundo  
a  
su  
Hijo  
Jesucristo,  
ni  
siquiera  
El  
puede  
hacer  
nada  
para  
evitarlo.

Cuando  
Pablo

dice  
que  
Dios  
entregó  
a  
los  
hombres  
a  
la  
inmundicia,  
esa  
palabra  
no  
contiene  
airada  
indignación.  
Más  
aún,  
su  
tono  
principal  
no  
es  
de  
condenación  
o  
juicio,  
sino  
de  
anhelo,  
de  
dolorido  
pesar,  
como  
el  
de  
un  
amante  
que  
ha  
hecho  
todo  
lo  
que  
ha  
podido  
y  
ya  
no  
puede  
hacer  
más.  
Describe  
exactamente  
el  
sentimiento  
del  
padre  
que  
ve

a  
su  
hijo  
volverle  
la  
espalda  
y  
marcharse  
a  
poner  
distancia  
por  
medio.

(ii)  
Y  
sin  
embargo  
en  
esta  
palabra  
entregar  
hay  
más  
que  
eso,  
hay  
juicio.  
Es  
uno  
de  
los  
hechos  
inexorables  
de  
la  
vida  
que,  
cuanto  
más  
se  
comete  
una  
mala  
acción,  
más  
fácil  
resulta  
cometerla.  
Tal  
vez  
se  
empieza  
con  
un  
cierto  
temblor  
por  
lo

que  
se  
está  
haciendo,  
pero  
se  
acaba  
por  
hacerlo  
sin  
darse  
uno  
cuenta.  
No  
es  
que  
Dios  
le  
esté  
castigando,  
sino  
que  
empieza  
a  
atraer  
el  
castigo  
sobre  
sí  
mismo,  
convirtiéndose  
más  
y  
más  
en  
esclavo  
del  
pecado.  
Los  
judíos  
conocían  
este  
hecho,  
y  
lo  
expresaban  
con  
ciertos  
dichos:  
«Todo  
cumplimiento  
del  
deber  
se  
recompensa  
con  
otro;  
y  
toda  
transgresión

se  
castiga  
con  
otra.»  
«  
El  
que  
se  
esfuerza  
por  
mantenerse  
puro,  
recibe  
poder  
para  
serlo;  
y  
el  
que  
se  
atreve  
a  
abrir  
la  
puerta  
a  
la  
impureza,  
acaba  
por  
encontrarla  
siempre  
abierta.»  
«  
El  
que  
levanta  
una  
pared  
a  
su  
alrededor  
se  
queda  
emparedado,  
y  
el  
que  
se  
entrega  
queda  
entregado.»  
Lo  
más  
terrible  
del  
pecado  
es  
su  
poder

para  
engendrar  
pecado.  
La  
terrible  
responsabilidad  
del  
libre  
albedrío  
es  
que  
puede  
usarse  
de  
tal  
manera  
que  
al  
final  
se  
pierde,  
y  
se  
llega  
a  
ser  
esclavo  
del  
pecado,  
abandonado  
al  
mal.  
En  
el  
pecado  
hay  
siempre  
una  
mentira,  
porque  
el  
pecador  
cree  
que  
aquello  
le  
va  
a  
hacer  
feliz,  
y  
al  
final  
arruina  
la  
vida,  
tanto  
la  
propia  
como



la  
ajena,  
en  
este  
mundo  
y  
en  
el  
venidero.

LA  
ERA  
DE  
LA  
VERGÜENZA

Romanos  
1:26,  
27

Por  
todo  
esto,  
Dios  
los  
ha  
abandonado  
a  
pasiones  
deshonrosas;  
porque  
sus  
mujeres  
cambian  
la  
relación  
natural  
por  
otras  
que  
van  
en  
contra  
de  
lo  
natural,  
y  
los  
hombres  
hacen  
lo  
mismo,  
dejando  
la  
relación  
natural  
con

las  
mujeres  
e  
inflamándose  
de  
deseos  
de  
unos  
por  
otros, llegando  
a  
hacerse  
culpables  
de  
una  
conducta  
vergonzosa  
con  
otros  
hombres.  
De  
esta  
manera  
reciben  
dentro  
de  
sí  
mismos  
las  
consecuencias  
justas  
e  
inevitables  
de  
su  
error.

Romanos  
1:26-32  
podría  
parecer  
la  
expresión  
de  
un  
moralista  
histérico  
que  
estuviera  
exagerando  
la  
situación  
contemporánea  
y  
pintándola  
con  
colores  
de  
hipérbole

retórica.  
Describe  
una  
situación  
de  
degeneración  
moral  
casi  
sin  
paralelo  
en  
la  
Historia  
universal.  
Pero  
Pablo  
no  
dice  
nada  
que  
no  
dijeran  
los  
escritores  
griegos  
y  
latinos  
de  
su  
tiempo.

(i)  
Fue  
una  
época  
en  
la  
que  
las  
cosas  
parecían,  
como  
si  
dijéramos,  
fuera  
de  
todo  
control.  
Virgilio  
escribió:  
«  
Se  
confunden  
el  
bien  
y  
el  
mal.  
Hay  
tantas  
guerras  
por  
todo  
el  
mundo,  
y  
tantas  
formas  
de  
mal;  
ya  
no  
se  
respetan  
ni  
el  
arado:  
los  
campesinos  
se  
llevan  
a  
otro  
sitio,  
y  
los  
campos  
se  
pierden;  
la

reja  
se  
endereza  
para  
hacer  
una  
espada.  
En  
el  
Oriente,  
el  
Éufrates  
se  
está  
desperezando  
para  
la  
guerra,  
y  
en  
el  
Oeste,  
Alemania.  
Sí,  
las  
ciudades  
cercanas  
quebrantan  
sus  
alianzas  
y  
sacan  
la  
espada,  
y  
la  
furia  
salvaje  
del  
dios  
de  
la  
guerra  
ruge  
por  
todo  
el  
mundo,  
lo  
mismo  
que  
cuando  
las  
cuadrigas  
del  
circo  
arremeten  
desde  
sus  
compuertas

y  
se  
lanzan  
a  
la  
carrera,  
y  
el  
piloto  
tensa  
desesperadamente  
las  
riendas,  
pero  
tiene  
que  
dejar  
que  
los  
caballos  
vayan  
por  
donde  
quieran,  
fuera  
de  
todo  
control.»

Es  
un  
mundo  
en  
el  
que  
la  
violencia  
se  
ha  
desbocado.  
Cuando  
Tácito  
se  
puso  
a  
escribir  
la  
historia  
de  
este  
periodo,  
dijo:  
«Estoy  
entrando  
en  
la  
historia  
de  
un

periodo  
rico  
en  
desastres,  
tenebroso  
de  
guerras,  
rasgado  
de  
sediciones,  
salvaje  
hasta  
en  
sus  
momentos  
de  
paz...  
Todo  
estaba  
en  
un  
delirio  
de  
odio  
y  
terror;  
se  
sobornaba  
a  
los  
esclavos  
para  
que  
traicionaran  
a  
sus  
amos,  
los  
libertos  
a  
sus  
patronos.  
Al  
que  
no  
tenía  
enemigos  
le  
destruían  
sus  
amigos.»  
Suetonio  
escribe  
del  
reinado  
de  
Tiberio:  
«No  
pasaba  
ningún

día  
sin  
que  
se  
ejecutara  
a  
alguien.»  
Era  
una  
época  
de  
puro  
y  
absoluto  
terror.  
«Roma  
-dice  
el  
historiador  
Tito  
Livio-no  
podía  
soportar,  
ni  
sus  
males,  
ni  
los  
remedios  
que  
podrían  
haberlos  
curado.»  
El  
poeta  
Propertio  
escribe:  
«  
Veo  
a  
Roma,  
a  
la  
soberbia  
Roma,  
perecer  
víctima  
de  
su  
propia  
prosperidad.»  
Era  
una  
edad  
de  
suicidio  
moral.  
El  
satírico  
Juvenal



escribía:

«

La

Tierra

ya

no

produce

más

que

hombres

malos

y

cobardes.

Por

tanto

Dios,

sea

quien

sea,

mira

hacia

abajo,

se

ríe

de

ellos

y

los

odia.»

Para

los

pensadores

era

un

tiempo

en

el

que

todo

parecía

fuera

de

control,

en

el

que,

entre

bastidores,

se

podía

oír

la

risa

burlona

de

los

dioses.

Como

dijo  
Séneca,  
era  
una  
edad  
«sacudida  
por  
la  
agitación  
de  
un  
alma  
que  
ya  
no  
era  
dueña  
de  
sí  
misma.»

(ii)  
Era  
una  
época  
de  
lujo  
desmesurado.  
En  
los  
baños  
Públicos  
de  
Roma  
salía  
el  
agua  
caliente  
y  
fría  
de  
grifos  
de  
plata.  
Calígula  
llegó  
hasta  
a  
rociar  
la  
arena  
del  
circo  
de  
polvo  
de  
oro  
en  
lugar

de  
serrín.  
Juvenal  
decía  
con  
amargura:  
«  
Se  
cierne  
sobre  
Roma  
un  
lujo  
más  
despiadado  
que  
la  
guerra...  
No  
hay  
delito  
ni  
obra  
de  
codicia  
que  
falte  
desde  
que  
Roma  
acabó  
con  
la  
pobreza.»  
«  
El  
dinero,  
nodriza  
del  
libertinaje...  
y  
la  
riqueza  
enervadora  
socavaron  
el  
nervio  
de  
una  
edad  
con  
su  
sucio  
lujo.»  
Séneca  
hablaba  
del  
«dinero,  
que  
arruina

el  
verdadero  
valor  
de  
las  
cosas»  
-Y  
añadía-:  
«  
No  
preguntamos  
qué  
es  
una  
cosa,  
sino  
cuánto  
cuesta.»  
Era  
una  
edad  
tan  
harta  
de  
las  
cosas  
ordinarias  
que  
estaba  
ávida  
de  
sensaciones  
nuevas.  
Lucrecio  
habla  
de  
cesa  
amargura  
que  
fluye  
de  
la  
misma  
fuente  
del  
placer.»  
El  
crimen  
llegó  
a  
ser  
el  
único  
antídoto  
del  
aburrimiento,  
hasta  
que,  
como  
dijo

Tácito,  
«cuanto  
mayor  
la  
infamia,  
más  
salvaje  
la  
delicia.»  
(iii)  
Era  
una  
edad  
de  
inmoralidad  
sin  
precedentes.  
No  
había  
habido  
ni  
un  
solo  
caso  
de  
divorcio  
en  
los  
primeros  
520  
años  
de  
la  
historia  
de  
la  
república  
romana.  
El  
primer  
romano  
del  
que  
se  
sabe  
que  
se  
divorció  
de  
su  
mujer  
fue  
Spurio  
Carvilo  
Ruga,  
el  
año  
234  
a.C.  
Pero

Séneca  
dice  
de  
su  
tiempo  
que  
«  
la  
gente  
se  
casa  
para  
divorciarse  
y  
se  
divorcia  
para  
casarse.»  
Matronas  
romanas  
de  
alcurnia  
contaban  
los  
años  
por  
los  
nombres  
de  
sus  
maridos  
en  
lugar  
de  
los  
nombres  
de  
los  
cónsules,  
que  
era  
la  
manera  
oficial  
de  
fechar.  
Juvenal  
no  
podía  
creer  
que  
fuera  
posible  
tener  
la  
suerte  
de  
encontrar  
una  
matrona

de  
impoluta  
castidad.  
Clemente  
de  
Alejandría  
habla  
de  
la  
típica  
dama  
de  
la  
sociedad  
romana  
«ceñida  
como  
Venus  
con  
el  
cinto  
dorado  
del  
vicio.»  
Juvenal  
escribía:  
«¿Le  
bastaría  
a  
Iberina  
con  
un  
solo  
marido?  
¡Más  
contenta  
estaría  
si  
no  
tuviera  
más  
que  
un  
ojo!»  
Cita  
el  
caso  
de  
una  
mujer  
que  
había  
tenido  
ocho  
maridos  
en  
cinco  
años,  
y  
el

increíble  
de  
la  
emperatriz  
Agripina,  
esposa  
de  
Claudio,  
que  
solía  
salir  
del  
palacio  
por  
las  
noches  
para  
servir  
voluntariamente  
en  
un  
burdel  
por  
puro  
vicio.  
«Dan  
señales  
de  
un  
espíritu  
impávido  
en  
todo  
lo  
que  
se  
rebajan  
a  
acometer.»  
No  
hay  
nada  
de  
lo  
que  
dijo  
Pablo  
del  
mundo  
pagano  
que  
no  
hubieran  
dicho  
sus  
mismos  
moralistas.  
Y  
el  
vicio



no  
se  
limitaba  
a  
las  
manifestaciones  
más  
crudas  
y  
animales.  
La  
sociedad  
estaba  
contaminada  
de  
arriba  
abajo  
con  
vicios  
contra  
naturaleza.  
Catorce  
de  
los  
primeros  
quince  
emperadores  
romanos  
eran  
homosexuales.  
Lejos  
de  
cargar  
las  
tintas,  
Pablo  
se  
contuvo  
en  
su  
descripción  
de  
Roma,  
y  
era  
allí  
donde  
anhelaba  
predicar  
el  
Evangelio  
del  
que  
estaba  
orgulloso.  
El  
mundo  
necesitaba  
un  
poder

capaz  
de  
producir  
Salvación,  
y  
Pablo  
sabía  
que  
ese  
poder  
no  
existía  
nada  
más  
que  
en  
Cristo.

LA  
VIDA  
QUE  
HA  
PRESCINDIDO  
,  
TOTALMENTE  
DE  
DIOS

Romanos  
1:28-32

De  
la  
misma  
manera  
que  
se  
han  
entregado  
a  
una  
forma  
de  
conocimiento  
que  
rechaza  
la  
idea  
de  
Dios,  
Dios  
también  
los  
ha  
entregado  
a  
la

clase  
de  
mentalidad  
que  
todos  
rechazan.  
El  
resultado  
es  
que  
hacen  
cosas  
indignas  
de  
un  
ser  
humano.  
Están  
repletos  
de  
toda  
maldad,  
villanía,  
ansia  
de  
poseer,  
depravación.  
Están  
llenos  
de  
envidia,  
asesinato,  
contienda,  
falsedad,  
y  
del  
espíritu  
que  
atribuye  
siempre  
lo  
peor.  
Son  
chismosos  
y  
criticones,  
aborrecedores  
de  
Dios.  
Son  
personas  
insolentes,  
arrogantes,  
fanfarronas,  
inventoras  
de  
males,  
desobedientes  
a  
los

padres,  
insensatas,  
gente  
sin  
palabra,  
sin  
afecto  
natural,  
despiadados.  
Son  
la  
clase  
de  
personas  
que  
saben  
perfectamente  
que  
los  
que  
hacen  
tales  
cosas  
merecen  
la  
muerte,  
y  
sin  
embargo  
no  
sólo  
las  
hacen,  
sino  
también  
dan  
su  
aprobación  
a  
dos  
que  
las  
hacen.

Sería  
difícil  
encontrar  
un  
pasaje  
que  
nos  
presentara  
con  
más  
claridad  
lo  
que  
le  
sucede  
a  
la  
persona  
que  
no  
tiene  
en  
cuenta

、  
a  
Dios.  
No  
es  
tanto  
que  
Dios  
le  
envía  
el  
juicio  
como  
que  
esa  
persona  
se  
lo  
atrae  
sobre  
sí  
al  
dejar  
a  
Dios  
fuera  
de  
su  
esquema  
de  
las  
cosas.  
Cuando  
uno

destierra  
a  
Dios  
de  
su  
vida  
se  
convierte  
en  
cierta  
clase  
de  
persona,  
y  
en  
este  
pasaje  
tenemos  
una  
de  
las  
descripciones  
más  
terribles  
de  
ninguna  
literatura  
de  
la  
clase  
de  
persona  
que  
llega  
a  
ser.  
Veamos  
el  
catálogo  
de  
cosas  
horri-  
bles  
que  
entran  
en  
la  
vida  
sin  
Dios.

Tales  
personas  
hacen  
cosas  
que  
son  
impropias  
de

un  
ser  
humano.  
Los  
estoicos  
tenían  
una  
expresión:  
llamaban  
kathékonta  
a  
lo  
que  
es  
propio  
de  
una  
persona.  
Ciertas  
cosas  
son  
esencial  
e  
inherentemente  
parte  
de  
la  
humanidad,  
y  
otras  
no.  
Como  
dice  
Shakespeare  
en  
Macbeth:

Osaré  
hacer  
todo  
lo  
que  
compete  
a  
un  
hombre;  
El  
que  
pretende  
hacer  
más,  
no  
lo  
es.

El  
que  
destierra

a  
Dios  
no  
pierde  
sólo  
la  
piedad;  
pierde  
también  
la  
humanidad.  
A  
continuación  
viene  
una  
larga  
lista  
de  
cosas  
terribles.  
Vamos  
a  
considerarlas  
una  
por  
una.

(a)  
Maldad  
(adikía).  
Adikía  
es  
precisamente  
lo  
contrario  
de  
dikaiosyné,  
que  
quiere  
decir  
justicia,  
integridad;  
y  
los  
griegos  
definían  
la  
justicia  
como  
darle  
a  
Dios  
y  
al  
hombre  
lo  
que  
les  
es



debido.  
El  
malvado  
es  
el  
que  
despoja  
de  
sus  
derechos  
al  
hombre  
Y  
a  
Dios.  
Se  
ha  
erigido  
un  
altar  
a  
sí  
mismo  
en  
el  
centro  
de  
todo,  
de  
manera  
que  
se  
rinde  
culto  
a  
sí  
mismo  
excluyendo  
a  
Dios  
Y  
al  
hombre.  
(b)  
Villanía  
(ponería) .  
La  
palabra  
griega  
quiere  
decir  
más  
que  
maldad.  
Hay  
una  
clase  
de  
maldad  
que,

por  
lo  
general,  
no  
hace  
daño  
nada  
más  
que  
al  
que  
la  
tiene.  
No  
es  
una  
maldad  
transitiva.  
Cuando  
perjudica  
a  
otras  
personas,  
como  
es  
natural  
que  
suceda  
con  
la  
maldad,  
no  
lo  
hace  
intencionadamente.  
Puede  
ser  
insensatamente  
cruel,  
pero  
no  
tiene  
una  
crueldad  
encallecida.  
Pero  
los  
griegos  
definían  
ponería  
como  
el  
deseo  
de  
hacer  
daño.  
Es  
la  
voluntad  
activa

e  
intencionada  
de  
corromper  
y  
de  
infligir  
una  
injuria.  
Cuando  
los  
griegos  
definían  
a  
una  
mujer  
como  
ponerá  
querían  
decir  
que  
seducía  
deliberadamente  
a  
los  
inocentes.  
Uno  
de  
los  
títulos  
más  
corrientes  
de  
Satanás  
en  
griego  
es  
ho  
ponerós,  
el  
malvado,  
el  
que  
ataca  
a  
propósito  
la  
bondad  
para  
destruirla.  
Ponerós  
describe  
al  
hombre  
que  
no  
sólo  
es  
malo,  
sino

que  
quiere  
hacer  
a  
los  
demás  
tan  
malos  
como  
él.  
Ponería  
es  
una  
maldad  
destruktiva.

(c)  
El  
ansia  
de  
poseer  
(pleonexía).

La  
palabra  
griega  
es  
compuesta  
de  
otras  
dos  
que  
quieren  
decir  
tener  
más.

Los  
mismos  
griegos  
definían  
pleonexía  
como  
un  
maldito  
amor  
a  
tener.

Es  
un  
vicio  
agresivo.

Se  
ha  
descrito  
como  
el  
espíritu  
que  
persigue  
el  
interés  
propio

sin  
tener  
en  
absoluto  
en  
cuenta  
los  
derechos  
de  
los  
demás,  
y  
hasta  
sin  
la  
menor  
consideración  
para  
con  
la  
común  
humanidad.  
Su  
característica  
es  
la  
rapacidad.  
Teodoreto,  
el  
prolífico  
teólogo  
sirio  
del  
siglo  
V,  
lo  
describe  
como  
el  
espíritu  
que  
se  
apropia  
y  
retiene  
cosas  
a  
las  
que  
no  
tiene  
ningún  
derecho.  
Puede  
operar  
en  
cualquier  
esfera  
de  
la

vida:  
en  
cuanto  
a  
cosas  
materiales  
quiere  
decir  
apropiarse  
de  
dinero  
y  
bienes  
sin  
respeto  
ni  
honradez;  
en  
la  
esfera  
ética  
se  
refiere  
a  
la  
ambición  
que  
lo  
pisotea  
todo  
para  
ganar  
algo  
que  
no  
le  
corresponde;  
en  
la  
esfera  
moral  
indica  
la  
concupiscencia  
incontrolada  
que  
encuentra  
placer  
donde  
no  
tiene  
ningún  
derecho.  
La  
pleonexía  
es  
el  
deseo  
que  
no

respetar  
ninguna  
ley.

(d)  
La  
depravación  
(kakía).  
Kakía  
es  
la  
palabra  
griega  
más  
general  
para  
maldad.  
Describe  
la  
situación  
del  
que  
está  
despro-  
visto  
de  
toda  
cualidad  
positiva.  
Por  
ejemplo,  
un  
kakós  
krités  
es  
un  
juez  
que  
no  
tiene  
ningún  
respeto  
a  
las  
leyes,  
ni  
tampoco  
el  
menor  
sentido  
moral  
ni  
la  
rectitud  
de  
carácter  
que  
no  
pueden

faltar  
en  
un  
buen  
juez.  
Teodoreto  
describe  
esta  
condición  
como  
«la  
tendencia  
del  
alma  
a  
lo  
peor.»  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
tendencia  
es  
ropé,  
que  
quiere  
decir  
la  
inclinación  
de  
la  
balanza.  
Un  
hombre  
que  
es  
kakós  
es  
el  
que  
siempre  
tiende  
hacia  
lo  
peor.  
Kakía  
se  
ha  
descrito  
acertadamente  
como  
la  
depravación  
total  
que  
incluye  
todos  
los  
vicios



e  
introduce  
todos  
los  
pecados.  
Es  
la  
degeneración  
de  
la  
que  
crecen  
y  
en  
la  
que  
florecen  
todos  
los  
pecados.  
(e)  
Envidia  
(fthonos).  
Hay  
envidia  
buena  
y  
mala.  
Existe  
una  
envidia  
que  
le  
revela  
a  
una  
persona  
sus  
debilidades  
e  
incapa-  
cidades,  
y  
la  
predispone  
a  
seguir  
buenos  
ejemplos;  
y  
existe  
otra  
que  
sencillamente  
se  
entristece  
por  
el  
bien  
ajeno

Y,  
si  
lo  
desea  
para  
sí,  
tendría  
que  
ser  
sin  
que  
le  
costara  
el  
menor  
esfuerzo,  
aunque,  
como  
dice  
el  
poeta,  
a  
veces  
puede  
llegar  
hasta  
el  
crimen:  
La  
envidia  
de  
la  
virtud  
-hizo  
a  
Caín  
criminal.  
¡Gloria  
a  
Caín!  
Hoy  
el  
vicio  
-es  
lo  
que  
se  
envidia  
más.

Es  
la  
más  
destructiva  
y  
retorcida  
de  
las  
emociones

humanas.  
(f)  
Asesinato  
(fonos).  
Debemos  
tener  
presente  
siempre  
que  
Jesús  
amplió  
inconmensurablemente  
el  
sentido  
de  
esta  
palabra  
cuando  
enseñó  
que  
no  
son  
solamente  
los  
actos  
de  
violencia  
los  
que  
debemos  
evitar,  
sino  
también  
el  
espíritu  
de  
odio  
y  
de  
ira  
(Mateo  
5:21  
ss).  
Debemos  
desterrar  
de  
nuestro  
corazón  
toda  
malquerencia  
o  
desprecio  
hacia  
otras  
personas.  
Tal  
vez  
no  
hayamos  
golpeado

nunca  
a  
nadie;  
pero,  
¿podemos  
decir  
que  
no  
le  
hemos  
deseado  
nunca  
el  
mal?  
Como  
decía  
Tomás  
de  
Aquino  
hace  
mucho  
tiempo:  
«El  
hombre  
mira  
los  
hechos;  
pero  
Dios  
ve  
las  
intenciones.»

(g)  
Contienda  
(eris).  
Indica  
la  
rivalidad  
que  
nace  
de  
la  
envidia,  
de  
la  
ambición,  
del  
deseo  
de  
prestigio,  
puestos  
y  
superioridad.  
Si  
nos  
limpiamos  
de  
los  
celos  
ya  
hemos  
hecho  
algo  
para  
librarnos  
de  
muchas  
peleas  
y  
contiendas.  
Es  
un  
don  
de  
Dios  
el  
ser  
capaces  
de  
experimentar  
tanto  
placer  
ante  
el  
éxito  
de  
los  
otros  
como  
ante  
el

nuestro.  
(h)  
Falsedad  
(dolos).  
Como  
mejor  
comprendemos  
el  
sentido  
de  
esta  
palabra  
es  
a  
partir  
del  
verbo  
correspondiente,  
dolún.  
Dolún  
quiere  
decir  
corrientemente  
mezclar  
un  
metal  
precioso  
con  
otro  
de  
menos  
valor,  
o  
aguar  
el  
vino.  
Dolos  
es  
falsedad;  
describe  
la  
cualidad  
de  
la  
persona  
de  
inteligencia  
tortuosa  
y  
retorcida,  
que  
no  
sabe  
actuar  
con  
rectitud  
y  
que  
se  
escora

hacia  
métodos  
astutos  
y  
disimulados  
para  
salirse  
con  
la  
suya;  
que  
siempre  
actúa  
con  
segundas.  
Describe  
la  
cualidad  
del  
intrigante  
nato  
que  
se  
encuentra  
en  
todas  
las  
comunidades  
y  
sociedades.  
(i)  
El  
espíritu  
que  
atribuye  
siempre  
lo  
peor  
(kakoétheía).  
Kakoétheía  
quiere  
decir  
literalmente  
de  
mala  
naturaleza.  
En  
el  
sentido  
más  
amplio  
quiere  
decir  
malignidad.  
Aristóteles  
lo  
definía  
en  
un  
sentido

más  
restringido  
que  
siempre  
ha  
conservado.  
Decía  
que  
era  
«  
el  
espíritu  
que  
siempre  
piensa  
lo  
peor  
de  
los  
demás.»  
Plinio  
lo  
llamaba  
«malignidad  
en  
la  
interpretación.»  
Jeremy  
Taylor  
decía  
que  
es  
«la  
bajeza  
de  
la  
naturaleza  
que  
nos  
hace  
tomarlo  
todo  
por  
el  
lado  
malo,  
y  
atribuirle  
a  
todo  
la  
peor  
intención.»  
Puede  
que  
este  
sea  
el  
más  
corriente



de  
todos  
los  
pecados,  
el  
que  
se  
recomienda  
en  
el  
horrible  
dicho  
español:  
«Piensa  
mal,  
y  
acertarás.»  
Es  
terrible  
pensar  
en  
la  
cantidad  
de  
reputaciones  
que  
se  
han  
asesinado  
mientras  
se  
tomaban  
unas  
cañas  
o  
unos  
cafés,  
cuando  
se  
ha  
atribuido  
la  
peor  
intención  
a  
una  
acción  
completamente  
inocente.  
Cuando  
nos  
den  
ganás  
de  
hacerlo,  
debemos  
recordar  
que  
Dios  
oye

y  
recuerda  
cada  
palabra  
que  
decimos.

(j)  
Chismosos  
y  
criticones  
(psithyristés  
y  
katálalos).  
Estas  
dos  
palabras  
describen  
a  
los  
de  
lengua  
de  
víbora;  
pero  
hay  
diferencia  
entre  
ellas.  
Katálalos,  
denigrante,  
describe  
al  
que  
va  
pregonando  
sus  
maledicencias  
por  
todas  
partes,  
al  
que  
hace  
sus  
críticas  
y  
cuenta  
sus  
cuentos  
abiertamente.  
Psithyristés  
describe  
al  
que  
cuenta  
sus  
historias  
al

oído,  
llevándose  
a  
su  
interlocutor  
a  
un  
rincón  
para  
susurrarle  
una  
confidencia  
que  
destruye  
un  
carácter.  
Los  
dos  
son  
malos;  
pero  
el  
confidente  
es  
el  
peor.  
Uno  
puede  
por  
lo  
menos  
defenderse  
de  
una  
acusación  
pública;  
pero  
es  
impotente  
frente  
al  
cuchicheo  
confidencial  
que  
se  
deleita  
en  
destruir  
reputaciones.  
(k)  
Aborrecedores  
de  
Dios  
(theostygués) .  
Esta  
palabra  
describe  
al  
que  
odia

a  
Dios  
porque  
sabe  
que  
Le  
está  
desafiando.  
Dios  
es  
la  
barrera  
que  
se  
interpone  
entre  
él  
Y  
sus  
placeres,  
la  
cadena  
que  
lé  
impide  
hacer  
lo  
que  
le  
dé  
la  
gana.  
De  
buena  
gana  
eliminaría  
a  
Dios  
si  
pudiera,  
porque  
el  
mejor  
de  
todos  
los  
mundos  
posibles  
sería  
para  
él  
uno  
en  
el  
que  
su  
vicio  
no  
tuviera  
cortapisas.

(1)  
Personas  
insolentes  
(hybristés).  
Hybris  
era  
para  
los  
griegos  
el  
vicio  
que  
más  
atraía  
su  
propia  
destrucción  
a  
manos  
de  
los  
dioses.  
-Representa  
dos  
líneas  
de  
pensamiento:  
(i)  
Describe  
el  
espíritu  
de  
la  
persona  
que  
desafía  
a  
Dios  
movida  
por  
el  
orgullo;  
la  
soberbia  
insolente  
que  
precede  
a  
la  
caída.  
La  
criatura  
humana  
se  
olvida  
de  
su  
criaturidad.  
Es  
el

espíritu  
del  
que  
está  
tan  
confiado  
en  
su  
riqueza,  
poder  
y  
habilidad,  
que  
cree  
que  
no  
tiene  
que  
depender  
de  
nadie.  
(ii)  
Describe  
a  
la  
persona  
que  
es  
desenfrenada  
y  
sádicamente  
cruel  
e  
injuriosa.  
Aristóteles  
lo  
describe  
como  
el  
espíritu  
que  
hiere  
y  
ofende  
a  
los  
demás,  
no  
por  
venganza  
ni  
para  
obtener  
ninguna  
ventaja,  
sino  
simplemente  
por  
el  
placer

de  
hacer  
daño.  
Hay  
personas  
que  
disfrutaban  
viendo  
a  
uno  
estremecerse  
al  
oír  
una  
palabra  
cruel.  
Hay  
personas  
que  
sienten  
un  
placer  
diabólico  
al  
infligirle  
a  
otros  
un  
dolor  
mental  
o  
físico.  
Eso  
es  
hybris.  
Es  
el  
sadismo  
que  
se  
deleita  
haciendo  
daño  
a  
los  
demás  
solamente  
por  
hacer  
daño.  
(m)  
Personas  
arrogantes  
(hyperéfanos) .  
Esta  
es  
una  
palabra  
que  
se

usa  
tres  
veces  
en  
la  
Escritura  
cuando  
se  
dice  
que  
«Dios  
resiste  
a  
los  
soberbios»  
(Proverbios  
3:34;  
Santiago  
4:6;  
1  
Pedro  
5:5).  
Teofilacto  
lo  
llamaba  
«  
la  
cumbre  
de  
todos  
los  
pecados.»  
Teofrasto,  
filósofo  
griego  
que  
escribió  
una  
serie  
de  
bocetos  
de  
caracteres,  
definía  
hyperéfanía  
como  
«un  
profundo  
desprecio  
por  
todo  
lo  
que  
no  
sea  
uno  
mismo»,  
y  
señala  
las



cosas  
de  
la  
vida  
diaria  
que  
son  
señales  
de  
esta  
arrogancia:  
cuando  
se  
le  
pide  
a  
uno  
que  
accepte  
un  
cargo  
y  
rehúsa  
porque  
dice  
que  
no  
tiene  
tiempo  
para  
esas  
cosas;  
nunca  
dirige  
la  
mirada  
a  
nadie  
en  
la  
calle  
a  
menos  
que  
le  
produzca  
algún  
placer;  
invita  
a  
comer  
a  
una  
persona  
y  
luego  
no  
aparece  
él,  
y

le  
manda  
a  
un  
esclavo  
para  
que  
le  
haga  
compañía.  
Está  
rodeado  
de  
una  
atmósfera  
de  
desprecio,  
y  
se  
complace  
en  
hacer  
que  
los  
demás  
se  
sientan  
insignificantes.  
(n)  
Fanfarrones  
(alazón).  
Alazón  
es  
una  
palabra  
que  
tiene  
una  
historia  
interesante.  
Literalmente  
quiere  
decir  
vagabundo.  
De  
ahí  
pasó  
a  
designar  
a  
charlatanes  
ambulantes  
que  
presumen  
de  
haber  
realizado  
curas  
extraordinarias,  
o

quincalleros  
que  
aseguran  
que  
sus  
quincallas  
tienen  
propiedades  
maravillosas.  
Los  
griegos  
definían  
alazonía  
como  
el  
espíritu  
que  
pretende  
tener  
lo  
que  
no  
tiene.  
Jenofonte  
decía  
que  
se  
da  
este  
nombre  
a  
los  
que  
presumen  
de  
ser  
más  
ricos  
o  
más  
valientes  
de  
lo  
que  
son,  
y  
se  
comprometen  
a  
hacer  
para  
obtener  
alguna  
ganancia  
o  
provecho  
lo  
que  
no  
son

capaces  
de  
hacer.  
Teofrasto  
tiene  
aquí  
también  
un  
estudio  
de  
una  
persona  
así:  
el  
presumido,  
el  
esnob.  
Es  
la  
clase  
de  
persona  
que  
pretende  
tener  
negocios,  
estar  
en  
relación  
con  
gente  
importante,  
haber  
hecho  
obras  
de  
caridad  
y  
haber  
prestado  
servicios  
públicos  
que  
no  
existen  
más  
que  
en  
su  
imaginación.  
Dice  
que  
su  
casa  
es  
demasiado  
pequeña  
para  
él/ella,  
y

que  
tiene  
que  
comprarse  
otra  
mayor.  
La  
persona  
presumida  
sólo  
pretende  
impresionar  
a  
las  
demás,  
y  
quedan  
muchas  
de  
las  
tales  
en  
el  
mundo.

(ñ)  
Inventores  
de  
males  
(efeuretés  
kakón).

La  
frase  
describe  
a  
la  
persona  
que,  
digamos,  
no  
tiene  
bastante  
con  
las  
maneras  
ordinarias  
y  
corrientes  
de  
pecar,  
sino  
que  
descubre  
o  
inventa

vicios  
nuevos  
y  
recónditos,

porque  
ya  
está  
hastada  
y  
anda  
buscando  
nuevas  
emociones  
en  
nuevos  
pecados.

(o)  
Desobedientes  
a  
los  
padres  
(goneúsineithés).  
Tanto  
los  
judíos  
como  
los  
romanos  
colocaban  
la  
obediencia  
a  
los  
padres  
muy  
alta  
en  
la  
escala  
de  
las  
virtudes.  
Era  
uno  
de  
los  
Diez  
Mandamientos  
el  
respetar  
a  
los  
padres.  
En  
los  
primeros  
tiempos  
de  
la  
República  
Romana,  
la  
patria  
potestas  
-es  
decir,  
la  
autoridad  
paterna-  
era  
tan  
absoluta  
que  
el  
padre

tenía  
poder  
de  
vida  
o  
muerte  
sobre  
su  
familia.  
La  
razón  
para  
incluir  
aquí  
este  
pecado  
es  
que,  
una  
vez  
que  
se  
relajan  
los  
lazos  
familiares,  
se  
produce  
una  
degeneración  
total  
en  
cadena.  
(p)  
Insensatos  
(asynetos).  
Esta  
palabra  
describe  
a  
la  
persona  
que  
carece  
de  
sentido  
común,  
que  
no  
aprende  
por  
experiencia,  
que  
se  
niega  
a  
usar  
la  
cabeza  
que



Dios  
le  
ha  
dado.  
(q)  
Que  
no  
tienen  
palabra  
(asynthetos).  
Esto  
sería  
especialmente  
grave  
para  
los  
romanos;  
porque,  
en  
los  
buenos  
tiempos  
de  
la  
historia  
de  
Roma,  
la  
honradez  
era  
clave  
e  
importantísima.  
La  
palabra  
de  
un  
hombre  
era  
suficiente  
garantía.  
En  
realidad,  
en  
eso  
se  
distinguían  
los  
romanos  
de  
los  
griegos,  
que  
eran  
unos  
tramposos  
redomados.  
Los  
griegos  
decían

que  
si  
se  
le  
confiaba  
un  
talento  
-una  
suma  
importante  
de  
dinero-a  
un  
gobernador  
o  
a  
un  
funcionario,  
aunque  
estuvieran  
presentes  
diez  
secretarios  
o  
contables,  
ya  
se  
las  
arreglaría  
para  
hacer  
un  
desfalco;  
mientras  
que  
un  
romano,  
ya  
fuera  
un  
magistrado  
en  
su  
jurisdicción  
o  
un  
general  
en  
una  
campaña,  
podía  
hacerse  
cargo  
de  
miles  
de  
talentos  
con  
la  
sola

garantía  
de  
su  
palabra,  
sin  
que  
faltara  
luego  
ni  
una  
blanca.  
Al  
usar  
esta  
palabra,  
Pablo  
estaba  
recordándoles  
a  
los  
romanos  
no  
sólo  
la  
ética  
cristiana,  
sino  
los  
principios  
de  
honradez  
de  
sus  
mejores  
días  
como  
nación.  
(r)  
Sin  
afecto  
natural  
(ástorgos) .  
Storgué  
era  
la  
palabra  
griega  
para  
el  
amor  
de  
la  
familia.  
Es  
verdad  
que  
el  
amor  
de  
la

familia  
estaba  
desapareciendo  
en  
aquella  
época.  
Nunca  
ha  
sido  
la  
vida  
de  
un  
niño  
tan  
precaria  
como  
entonces.  
Los  
hijos  
se  
consideraban  
una  
desgracia.  
Cuando  
nacía  
un  
bebé,  
se  
le  
ponía  
a  
los  
pies  
de  
su  
padre:  
si  
le  
levantaba,  
eso  
quería  
decir  
que  
le  
reconocía;  
pero  
si  
se  
marchaba  
dejándole  
ahí,  
se  
le  
echaba  
a  
la  
basura  
literalmente.  
Todas

las  
noches  
había  
treinta  
o  
cuarenta  
bebés  
abandonados  
en  
el  
foro  
romano.  
Hasta  
Séneca,  
que  
fue  
un  
gran  
hombre  
en  
muchos  
sentidos,  
escribía:  
«Matamos  
a  
un  
perro  
rabioso;  
sacrificamos  
a  
un  
toro  
acorneados;  
aplicamos  
el  
cuchillo  
a  
las  
reses  
enfermas  
para  
que  
no  
contaminen  
el  
rebaño;  
a  
los  
bebés  
que  
nacen  
deformes  
o  
débiles, los  
ahogamos.»  
Los  
lazos  
de  
amor  
humano

estaban  
desapareciendo.  
(s)  
Despiadados  
(aneleémón).  
Nunca  
ha  
tenido  
menos  
valor  
la  
vida  
humana.  
Un  
amo  
podía  
matar  
o  
torturar  
a  
un  
esclavo  
si  
quería;  
al  
fin  
y  
al  
cabo  
no  
era  
más  
que  
una  
cosa,  
y  
la  
ley  
le  
concedía  
al  
amo  
un  
poder  
ilimitado  
sobre  
el  
esclavo.  
Una  
vez,  
en  
una  
casa  
de  
lujo,  
un  
esclavo  
que  
llevaba  
una

bandeja  
de  
copas  
de  
cristal  
tropezó,  
y  
se  
le  
cayó  
una;  
inmediatamente  
el  
amo  
hizo  
que  
echaran  
al  
esclavo  
en  
un  
estanque  
que  
estaba  
lleno  
de  
voraces  
lampreas  
que  
se  
le  
comieron  
vivo.  
Era  
una  
época  
despiadada  
en  
sus  
mismos  
placeres,  
la  
de  
las  
luchas  
de  
gladiadores  
que  
le  
encantaba  
presenciar  
a  
la  
gente  
para  
ver  
cómo  
se  
mataban.  
Era

una  
época  
en  
la  
que  
se  
desconocía  
la  
compasión.  
(t)  
Pablo  
termina  
su  
catálogo  
de  
vicios  
diciendo  
que  
aquella  
gente  
había  
desterrado  
de  
su  
vida  
a  
Dios.  
Suced  
a  
menudo  
que  
una  
persona  
sabe  
que  
es  
pecadora,  
y  
que  
está  
mal  
lo  
que  
hace,  
y  
lo  
reprocha  
en  
los  
demás.  
Pero  
en  
aquel  
tiempo,  
la  
gente  
había  
llegado  
a  
tal



grado  
de  
maldad  
que  
no  
le  
daba  
ninguna  
importancia  
Y  
animaba  
a  
otros  
a  
que  
hicieran  
lo  
mismo.  
George  
Bernard  
Shaw  
dijo  
una  
vez:  
«  
No  
hay  
nación  
que  
sobreviva  
a  
la  
pérdida  
de  
sus  
dioses.»  
Aquí  
nos  
da  
Pablo  
una  
descripción  
terrible  
de  
lo  
que  
pasa  
cuando  
desterramos  
deliberadamente  
a  
Dios  
de  
nuestra  
vida.  
A  
su  
debido  
tiempo,  
Roma

pereció.  
El  
desastre  
sigue  
irremisiblemente  
a  
la  
degeneración.  
LA  
RESPONSABILIDAD  
DEL  
PRIVILEGIO

Romanos  
2:1-11

Así  
que  
tú,  
hombre,  
que  
juzgas  
a  
los  
demás,  
tampoco  
tienes  
defensa.  
Cuando  
juzgas  
a  
otros  
te  
condenas  
a  
ti  
mismo;  
porque, aunque  
te  
eriges  
en  
juez, haces  
lo  
mismo  
que  
todos.  
Sabemos  
que  
los  
que  
hacen  
ciertas  
cosas  
están  
bajo  
el  
juicio  
de

Dios,  
que  
no  
se  
basa  
más  
que  
en  
la  
realidad.  
¿Estás  
haciéndote  
la  
cuenta,  
hombre,  
tú  
que  
te  
pones  
de  
juez  
de  
los  
que  
hacen  
esas  
cosas,  
que  
tú  
también  
haces,  
de  
que  
vas  
a  
escapar  
de  
la  
sentencia  
condenatoria  
de  
Dios?  
¿O  
es  
que  
tratas  
con  
ligereza  
la  
riqueza  
de  
su  
amabilidad  
y  
aguante  
y  
paciencia, sin  
querer  
darte  
cuenta

de  
que  
lo  
que  
pretende  
la  
amabi-  
lidad  
de  
Dios  
es  
conducirte  
al  
arrepentimiento?  
Lo  
que  
haces  
con  
tu  
insensatez  
y  
con  
tu  
corazón  
impenitente  
es  
almacenar  
ira  
para  
el  
día  
de  
la  
ira  
y  
de  
la  
manifestación  
del  
justo  
juicio  
de  
Dios,  
que  
ajustará  
las  
cuentas  
a  
todas  
las  
personas  
según  
sus  
obras.  
A  
los  
que  
buscan  
gloria  
y

honor  
e  
inmortalidad  
con  
constantes  
buenas  
obras,  
les  
asignará  
la  
vida  
eterna.  
Pero  
los  
que  
estuvieron  
dominados  
por  
la  
ambición,  
fueron  
desobedientes  
a  
la  
verdad  
y  
obedientes  
al  
mal,  
para  
ellos  
habrá  
ira  
e  
indignación,  
tribulación  
y  
aflicción.  
Estas  
son  
las  
cosas  
que  
sobrevendrán  
a  
todas  
las  
almas  
humanas  
que  
obran  
el  
mal,  
el  
alma  
de  
los  
judíos  
en  
primer

lugar  
y  
también  
de  
los  
griegos;  
pero  
gloria  
y  
honor  
y  
paz  
serán  
la  
porción  
de  
todos  
los  
que  
obran  
el  
bien,  
el  
judío  
en  
primer  
lugar  
y  
también  
el  
griego,  
porque  
Dios  
no  
hace  
discriminaciones.

En  
este  
pasaje  
Pablo  
se  
dirige  
concretamente  
a  
los  
judíos.  
Su  
pensamiento  
se  
desarrolla  
de  
la  
manera  
siguiente..  
En  
el  
pasaje  
anterior,

Pablo  
ha  
descrito  
con  
los  
colores  
más  
sombrios  
el  
mundo  
pagano,  
que  
se  
encontraba  
bajo  
la  
condenación  
de

Dios.  
Los  
judíos  
estarían  
totalmente  
de  
acuerdo  
con  
todos  
los  
términos  
de  
esa  
condenación;  
pero  
no  
considerarían  
ni  
por  
un  
momento  
que  
ellos  
se  
encontraban  
en  
la  
misma  
situación.  
Creían  
que  
ocupaban  
una  
posición  
privilegiada,  
porque  
Dios  
podría  
ser  
el  
Juez  
de  
los  
paganos,  
pero  
era  
el  
Protector  
especial  
de  
los  
judíos.  
Aquí  
Pablo  
les  
dice  
a  
los  
judíos



que  
son  
tan  
pecadores  
como  
los  
gentiles,  
y  
que  
al  
condenar  
a  
los  
gentiles  
se  
están  
condenando  
a  
sí  
mismos;  
porque  
Dios  
los  
juzgará,  
no  
sobre  
la  
base  
de  
su  
herencia  
racial,  
sino  
por  
la  
clase  
de  
vida  
que  
viven.

Los  
judíos  
siempre  
se  
consideraban  
en  
una  
posición  
especialmente  
privilegiada  
con  
Dios.  
«Dios  
decían-no  
ama  
más  
que  
a

Israel  
entre  
todas  
las  
naciones  
del  
mundo.»  
«Dios  
juzgará  
a  
los  
gentiles  
con  
una  
medida,  
y  
a  
los  
judíos  
con  
otra.»  
«Todos  
los  
israelitas  
tendrán  
parte  
en  
el  
mundo  
venidero.»  
«  
Abraham  
se  
sienta  
delante  
de  
la  
puerta  
del  
infierno,  
y  
no  
deja  
entrar  
a  
ningún  
israelita  
por  
malo  
que  
sea.»  
Cuando  
Justino  
Mártir  
estaba  
discutiendo  
con  
un  
judío  
acerca

de  
la  
posición  
de  
los  
judíos  
en  
el  
Diálogo  
con  
Trifón, el  
judío  
decía:  
«Los  
que  
son  
descendientes  
de  
Abraham  
por  
naturaleza  
participarán  
del  
Reino  
eterno  
aunque  
sean  
pecadores  
e  
incrédulos  
y  
desobedientes  
a  
Dios.»  
El  
autor  
del  
Libro  
de  
la  
Sabiduría,  
comparando  
la  
actitud  
de  
Dios  
hacia  
los  
gentiles  
y  
los  
judíos,  
dice:  
«Porque  
a  
éstos  
probaste  
enseñándoles  
como  
padre;

mas  
a  
los  
otros,  
como  
severo  
rey,  
condenándolos  
los  
pusiste  
en  
tormento»  
(11:9,  
Biblia  
del  
Oso).  
«Así  
que  
cuando  
a  
nosotros  
castigas,  
mil  
veces  
más  
azotas  
a  
nuestros  
enemigos»  
(12:22,  
ídem).  
Los  
judíos  
creían  
que  
todos  
tendrían  
que  
pasar  
por  
el  
juicio  
menos  
ellos;  
y  
que  
se  
librarían  
de  
la  
ira  
de  
Dios,  
aunque  
no  
fueran  
mejores  
que  
los  
demás,

simplemente  
por  
ser  
judíos.  
Para  
salir  
al  
paso  
de  
esta  
situación,  
Pablo  
les  
recuerda  
cuatro  
cosas  
a  
los  
judíos.

(i)  
Les  
dice  
claramente  
que  
están  
comerciendo  
con  
la  
misericordia  
de  
Dios.  
En  
el  
versículo  
4  
usa  
tres  
grandes  
palabras.  
Les  
pregunta:  
«  
¿No  
será  
que  
estáis  
abaratando  
la  
riqueza  
de  
su  
amabilidad  
y  
aguante  
y  
paciencia?»  
Vamos  
a

fijarnos  
en  
estas  
tres  
grandes  
palabras.  
(a)  
Amabilidad  
(jréstótés).  
(R-V  
benignidad).  
Trench  
dice:  
«Es  
una  
hermosa  
palabra,  
y  
expresa  
una  
idea  
hermosa.»  
En  
griego  
hay  
dos  
palabras  
para  
bueno:  
son  
agathós  
y  
jréstós.  
Tienen  
matices  
diferentes.  
La  
bondad  
de  
uno  
que  
es  
agathós  
puede  
desembocar  
en  
reprensión,  
disciplina  
y  
castigo;  
pero  
la  
bondad  
de  
uno  
que  
es  
jréstós  
es  
siempre

esencialmente  
amable.  
Jesús  
fue  
agathós  
cuando  
echó  
del  
Templo  
a  
los  
cambistas  
y  
a  
los  
vendedores  
de  
palomas  
con  
una  
ira  
al  
rojo  
vivo;  
pero  
fue  
jréstós  
cuando  
trató  
a  
la  
mujer  
pecadora  
que  
le  
ungió  
los  
pies  
y  
a  
la  
que  
había  
sido  
sorprendida  
en  
adulterio  
(Lucas  
7  
y  
Juan  
8) .  
Lo  
que  
Pablo  
dice  
realmente  
es:  
«Vosotros,  
judíos,

estáis  
sencillamente  
tratando  
de  
sacar  
ventaja  
de  
la  
gran  
amabilidad  
de  
Dios.»

(b)  
Aguante  
(anojé).  
(R-V  
paciencia).  
Anojé  
es  
la  
palabra  
para  
tregua.  
Es  
verdad  
que  
quiere  
decir  
cese  
de  
hostilidades,  
pero  
que  
tiene  
un  
límite.  
Pablo  
les  
está  
diciendo  
a  
los  
judíos  
en  
realidad:  
«Creéis  
que  
estáis  
a  
salvo  
porque  
no  
os  
ha  
caído  
todavía  
el  
juicio



de  
Dios;  
pero  
lo  
que  
Dios  
os  
está  
dando  
no  
es  
carte  
blanche  
para  
pecar,  
sino  
una  
oportunidad  
para  
arrepentiros  
y  
enmendaros.»  
Nadie  
puede  
seguir  
ofendiendo  
a  
Dios  
impunemente  
por  
tiempo  
indefinido.  
(c)  
Paciencia  
(makrothymía) .  
(R-V  
longanimidad) .  
Makrothymía  
es  
una  
palabra  
que  
indica  
expresamente  
paciencia  
con  
las  
personas.  
Crisóstomo  
la  
definía  
como  
la  
cualidad  
del  
que  
se  
puede  
vengar  
y

escoge  
deliberadamente  
no  
hacerlo.  
Pablo  
les  
está  
diciendo  
a  
los  
judíos:  
«  
No  
penséis  
que  
si  
Dios  
no  
os  
castiga  
es  
porque  
no  
puede.  
El  
que  
Su  
castigo  
no  
siga  
inmediatamente  
al  
pecado  
no  
es  
una  
señal  
de  
impotencia,  
sino  
de  
paciencia.  
Le  
debéis  
vuestra  
vida  
a  
la  
paciencia  
de  
Dios.»  
Un  
gran  
comentarista  
ha  
dicho  
que  
casi  
todos  
tenemos

«una  
vaga  
e  
indefinida  
esperanza  
en  
la  
impunidad»,  
algo  
así  
como  
decirse:  
«  
No  
me  
pasará  
nada.»  
Los  
judíos  
llegaban  
todavía  
más  
lejos:  
Se  
atribuían  
abiertamente  
estar  
exentos  
del  
juicio  
de  
Dios.  
Jugaban  
con  
Su  
misericordia,  
lo  
mismo  
que  
siguen  
haciendo  
muchas  
personas  
todavía.

(ii)  
Pablo  
les  
decía  
a  
los  
judíos  
que  
estaban  
tomando  
la  
misericordia  
de  
Dios

como  
una  
invitación  
a  
pecar  
más  
que  
como  
un  
incentivo  
a  
arrepentirse.  
Fue  
Heine  
el  
que  
hizo  
una  
famosa  
Y  
cínica  
afirmación.  
No  
cabe  
duda  
de  
que  
no  
le  
preocupaba  
el  
otro  
mundo.  
Le  
preguntaron  
por  
qué  
estaba  
tan  
confiado,  
Y  
contestó:  
<  
Dios  
me  
perdonará.»  
Y  
cuando  
le  
preguntaron  
que  
cómo  
estaba  
tan  
seguro,  
contestó:  
«C'est  
son  
métier»,  
<

Para  
eso  
está.»  
Considerémoslo  
en  
términos  
humanos:  
hay  
dos  
actitudes  
ante  
el  
perdón  
humano.  
Supongamos  
que  
un  
joven  
hace  
algo  
vergonzoso,  
que  
les  
produce  
tristeza  
y  
dolor  
a  
sus  
padres,  
y  
supongamos  
que  
se  
le  
perdona  
totalmente  
por  
amor,  
y  
aquello  
se  
olvida.  
Puede  
hacer  
una  
de  
dos  
cosas:  
puede  
ir  
y  
hacer  
lo  
mismo  
otra  
vez,  
asumiendo  
que  
se

le  
perdonará  
otra  
vez;  
o  
puede  
sentirse  
movido  
a  
un  
agradecimiento  
tan  
grande  
por  
el  
generoso  
perdón  
que  
ha  
recibido,  
que  
pasa  
la  
vida  
tratando  
de  
ser  
digno  
de  
él.  
Una  
de  
las  
cosas  
más  
vergonzosas  
del  
mundo  
es  
el  
tomar  
el  
perdón  
que  
ha  
inspirado  
el  
amor  
como  
excusa  
para  
seguir  
pecando.  
Eso  
era  
lo  
que  
estaban  
haciendo  
los

judíos.  
Y  
eso  
es  
lo  
que  
sigue  
haciendo  
mucho  
gente.  
La  
misericordia  
y  
el  
amor  
de  
Dios  
no  
han  
de  
hacernos  
pensar  
que  
podemos  
pecar  
porque  
no  
nos  
pasará  
nada;  
sino  
quebrantarnos  
el  
corazón  
de  
tal  
manera  
que  
procuremos  
no  
pecar  
nunca  
más.  
(iii)  
Pablo  
insiste  
en  
que  
no  
hay  
nación  
que  
sea  
más  
favorecida  
que  
las  
demás  
en  
la

economía  
divina.  
Puede  
que  
haya  
naciones  
a  
las  
que  
se  
les  
asigne  
una  
tarea  
o  
una  
responsabilidad  
especiales,  
pero  
ninguna  
a  
la  
que  
se  
le  
asigne  
un  
privilegio  
o  
una  
consideración  
especiales.  
Puede  
que  
sea  
verdad  
lo  
que  
dijo  
Milton  
de  
que,  
«Cuando  
Dios  
tiene  
una  
gran  
obra,  
se  
la  
encarga  
a  
Sus  
ingleses»;  
pero  
se  
tratará  
de  
una  
gran



obra,  
no  
de  
un  
gran  
privilegio.  
Toda  
la  
religión  
judía  
se  
basaba  
en  
la  
convicción  
de  
que  
los  
judíos  
ocupaban  
una  
posición  
privilegiada  
y  
favorecida  
a  
los  
ojos  
de  
Dios.  
Puede  
que  
consideremos  
que  
esa  
es  
una  
actitud  
del  
pasado;  
pero,  
¿lo  
es?  
¿Es  
que  
no  
existe  
la  
barrera  
del  
color?  
¿Es  
que  
ya  
no  
se  
da  
tal  
cosa  
como

el  
sentimiento  
de

superioridad  
sobre  
los  
que  
llamaba  
Kipling  
«las  
castas  
inferiores  
fuera  
de  
la  
ley»?  
Esto  
no  
es  
decir  
que  
todas  
las  
naciones  
tengan  
el  
mismo  
talento;  
pero  
sí  
que  
las  
más  
avanzadas  
no  
deberían  
mirar  
por  
encima  
del  
hombro  
a  
las  
otras,  
sino  
ayudarlas  
a  
avanzar.

(iv)  
Este  
es  
el  
pasaje  
de  
Pablo  
que  
deberíamos  
estudiar  
más  
a

fondo  
para  
comprender  
exactamente  
lo  
que  
él  
pensaba;  
porque  
muchas  
veces  
se  
dice  
que  
a  
Pablo  
lo  
único  
que  
le  
importaba  
era  
la  
fe;  
Y  
se  
suele  
marginar  
despectivamente  
como  
ajena  
al  
Nuevo  
Testamento  
una  
religión  
que  
haga  
hincapié  
en  
la  
importancia  
de  
las  
obras.  
Nada  
más  
lejos  
de  
la  
verdad.  
«Dios  
-decía  
Pablo-  
tratará  
a  
cada  
uno  
según  
sus

obras.»  
Para  
Pablo,  
una  
fe  
que  
no  
producía  
obras  
era  
una  
fe  
de  
pega,  
o  
no  
era  
fe  
ni  
era  
nada.  
Él  
habría  
dicho  
que  
sólo  
se  
puede  
ver  
la  
fe  
de  
alguien  
en  
sus  
obras.  
Una  
de  
las  
tendencias  
religiosas  
más  
peligrosas  
es  
hablar  
de  
la  
fe  
y  
las  
obras  
como  
si  
fueran  
cosas  
diferentes.  
No  
hay  
tal  
cosa

como  
una  
fe  
que  
no  
produce  
obras,  
ni  
obras  
que  
no  
sean  
el  
resultado  
de  
la  
fe.  
La  
fe  
y  
las  
obras  
van  
inseparablemente  
unidas.  
¿Cómo  
va  
a  
poder  
juzgar  
Diosa  
nadie  
fuera  
de  
sus  
obras?  
No  
podemos  
decir  
cómodamente:  
«Yo  
tengo  
fe»,  
y  
dejarlo  
ahí.  
Nuestra  
fe  
tiene  
que  
producir  
obras,  
porque  
es  
por  
las  
obras  
por  
lo  
que

somos  
aceptados  
o  
condenados.  
LA  
LEY  
QUE  
NO  
ESTÁ  
ESCRITA

Romanos  
2:12-16

Cuantos  
han  
pecado  
fuera  
de  
la  
Ley, perecerán  
fuera  
de  
la  
Ley;  
y  
cuantos  
han  
pecado  
estando  
dentro  
de  
la  
Ley, serán  
juzgados  
según  
la  
Ley;  
porque  
los  
que  
serán  
considerados  
íntegros  
a  
los  
ojos  
de  
Dios  
el  
día  
que  
juzgue  
las  
cosas  
ocultas  
de  
los

hombres  
según  
mi  
Evangelio  
mediante  
Jesucristo  
no  
serán  
los  
que  
no  
han  
hecho  
más  
que  
oír  
la  
Ley,  
sino  
los  
que  
la  
han  
cumplido.  
Porque  
siempre  
que  
los  
gentiles  
que  
no  
poseen  
la  
Ley  
hacen  
por  
naturaleza  
las  
obras  
de  
la  
Ley, aunque  
no  
posean  
la  
Ley  
son  
una  
ley  
para  
sí  
mismos;  
dan  
muestras  
de  
poseer  
la  
Ley  
escrita  
en



sus  
corazones, y  
su  
conciencia  
les  
da  
testimonio  
y  
sus  
pensamientos  
más  
íntimos  
los  
acusan  
o  
los  
excusan.

En  
la  
traducción  
hemos  
cambiado  
ligeramente  
el  
orden  
de  
los  
versículos.  
El  
sentido  
del  
pasaje  
requiere  
que  
el  
versículo  
16  
siga  
inmediatamente  
al  
13,  
y  
los  
versículos  
14  
y  
15  
son  
un  
largo  
paréntesis.  
Hay  
que  
tener  
presente  
que  
Pablo  
no

estaba  
escribiendo  
esta  
carta  
sentado  
a  
la  
mesa  
y  
pensando  
las  
palabras  
y  
frases.  
Estaría  
paseándose  
por  
la  
habitación  
mientras  
se  
la  
dictaba  
a  
Tercio  
(Romanos  
16:22),  
que  
hacía  
todo  
lo  
posible  
por  
no  
perder  
palabra.  
Eso  
explica  
el  
largo  
paréntesis;  
pero  
es  
más  
fácil  
seguir  
el  
sentido  
en  
español  
si  
seguimos  
el  
orden  
que  
hemos  
dicho,  
poniendo  
los  
versículos

14  
y  
15  
después  
de  
13  
y  
16.

En  
este  
pasaje,  
Pablo  
se  
dirige  
a  
los  
gentiles.  
Antes  
se  
ha  
referido  
a  
los  
judíos  
y  
a  
su  
pretensión  
de  
un  
privilegio  
especial.  
Pero  
es  
verdad  
que  
los  
judíos  
tenían  
una  
ventaja,  
que  
era  
la  
Ley.  
Un  
gentil  
podía  
objetar:  
«  
Es  
justo  
que  
Dios  
condene  
a  
los  
judíos,

porque  
tenían  
la  
Ley  
y  
deberían  
saber  
mejor  
lo  
que  
hacían;  
pero  
nosotros  
nos  
libraremos  
del  
juicio  
porque  
no  
hemos  
tenido  
oportunidad  
de  
conocer  
la  
Ley,  
y  
no  
sabíamos  
nada.»  
En  
respuesta  
a  
esto  
Pablo  
establece  
dos  
grandes  
principios.

(i)  
Cada  
uno  
será  
juzgado  
por  
lo  
que  
tuvo  
oportunidad  
de  
saber.  
Si  
no  
conocía  
la  
Ley,  
se  
le

juzgará  
como  
a  
uno  
que  
no  
conocía  
la  
Ley.  
Dios  
es  
justo.  
Y  
aquí  
tienen  
la  
respuesta  
los  
que  
preguntan  
qué  
les  
va  
a  
pasar  
a  
los  
que  
vivieron  
en  
el  
mundo  
antes  
que  
Jesús  
viniera,  
y  
no  
tuvieron  
oportunidad  
de  
conocer  
el  
Evangelio.  
Cada  
uno  
será  
juzgado  
por  
su  
fidelidad  
a  
lo  
más  
elevado  
que  
pudo  
conocer.  
(ii)  
Pablo

sigue  
diciendo  
que,  
hasta  
los  
que  
no  
conocieron  
la  
Ley  
escrita,  
tenían  
otra  
ley  
en  
el  
corazón.  
Nosotros  
lo  
lla-  
maríamos  
un  
conocimiento  
instintivo  
del  
bien  
y  
del  
mal.  
Decían  
los  
estoicos  
que  
había  
ciertas  
leyes  
que  
estaban  
vigentes  
en  
el  
universo  
que  
uno  
quebrantaba  
a  
su  
riesgo:  
las  
leyes  
de  
la  
salud,  
y  
las  
leyes  
morales  
que  
gobiernan  
la

vida.  
Los  
estoicos  
llamaban  
a  
estas  
leyes  
fysis,  
que  
quiere  
decir  
naturaleza,  
y  
exhortaban  
a  
la  
gente  
a  
vivir  
kata  
fysin,  
de  
acuerdo  
con  
la  
naturaleza.  
El  
razonamiento  
de  
Pablo  
es  
que  
el  
ser  
humano  
sabe  
por  
naturaleza  
cómo  
debe  
vivir.  
Los  
griegos  
habrían  
estado  
de  
acuerdo  
con  
eso.  
Aristóteles  
decía:  
<  
El  
hombre  
culto  
y  
libre  
se  
comportará  
como

el  
que  
es  
una  
ley  
para  
sí  
mismo.  
»  
Plutarco  
preguntaba:  
«¿Quién  
gobernará  
al  
gobernador?»  
Y  
respondía:  
«  
La  
Ley,  
que  
es  
el  
rey  
de  
todos  
los  
mortales  
y  
de  
los  
inmortales,  
como  
la  
llama  
Píndaro;  
que  
no  
está  
escrita  
en  
rollos  
de  
papiro  
ni  
en  
tabletas  
de  
madera,  
pero  
que  
es  
la  
misma  
razón  
dentro  
del  
alma  
humana,  
que



vive  
permanentemente  
en  
ella  
y  
la  
guarda  
y  
no  
la  
deja  
nunca  
privada  
de  
dirección.»

Pablo  
veía  
el  
mundo  
dividido  
en  
dos  
clases  
de  
personas:  
a  
los  
judíos,  
con  
la  
Ley  
que  
procedía  
directamente  
de  
Dios  
y  
estaba  
escrita  
de  
forma  
que  
la  
podía  
leer;  
y  
a  
las  
demás  
naciones,  
sin  
una  
ley  
escrita,  
pero  
con  
un  
conocimiento

del  
bien  
y  
del  
mal  
implantado  
por  
Dios  
en  
sus  
corazones.  
Nadie  
podía  
pretender  
la  
exención  
del  
juicio  
de  
Dios.  
No  
la  
podía  
pretender  
el  
judío  
por  
el  
hecho  
de  
ocupar  
un  
lugar  
especial  
en  
el  
plan  
de  
Dios.  
Y  
el  
gentil  
tampoco,  
por  
el  
hecho  
de  
no  
haber  
recibido  
la  
Ley  
escrita.  
El  
judío  
será  
juzgado  
como  
alguien  
que

ha  
conocido  
la  
Ley;  
y  
el  
gentil,  
como  
uno  
que  
tiene  
la  
conciencia  
que  
Dios  
le  
ha  
dado.  
Dios  
juzgará  
a  
cada  
uno  
según  
lo  
que  
ha  
conocido  
y  
ha  
tenido  
oportunidad  
de  
conocer.

EL  
JUDÍO  
VERDADERO

Romanos  
2:17-29

Si  
a  
ti  
se  
te  
llama  
judío,  
si  
te  
apoyas  
en  
la  
Ley,  
si  
estás  
orgullosos  
de  
tu  
Dios  
Y  
conoces  
Su  
voluntad,  
si  
apruebas  
lo  
que  
es  
excelente,  
si  
estás  
instruido  
en  
la  
Ley,  
si  
te  
crees  
guía  
de  
los  
ciegos, luz  
en  
las  
tinieblas  
Y  
educador  
de  
los  
insensatos,  
maestro  
de  
los  
sencillos;  
si

te  
crees  
poseedor  
de  
la  
misma  
forma  
del  
conocimiento  
y  
de  
la  
verdad  
que  
se  
encuentra  
en  
la  
Ley...  
Entonces,  
¿cómo  
es  
que  
tú,  
que  
instruyes  
a  
otros,  
no  
te  
instruyes  
a  
ti  
mismo?  
¿Cómo  
es  
que  
tú,  
que  
proclamas  
a  
otros  
que  
el  
robar  
está  
prohibido,  
sin  
embargo  
robas?  
¿Y  
cómo  
tú,  
que  
prohibes  
a  
otros  
cometer  
adulterio,  
lo

cometes?  
¿Tú,  
que  
sientes  
repugnancia  
de  
los  
ídolos,  
robas  
los  
templos?  
¿Tú,  
que  
te  
enorgulleces  
de  
la  
Ley,  
deshonras  
a  
los  
demás  
no  
cumpliéndola?  
Porque  
está  
escrito:  
«Por  
vuestra  
conducta,  
el  
Nombre  
de  
Dios  
es  
vilipendiado  
entre  
los  
gentiles.  
»  
La  
circuncisión  
es  
de  
veras  
un  
privilegio  
si  
cumples  
la  
Ley;  
pero  
si  
la  
quebrantas,  
tu  
circuncisión  
vale  
tanto  
como

la  
incircuncisión.  
Porque,  
si  
los  
incircuncisos  
cumplen  
las  
leyes  
morales  
de  
la  
Ley,  
¿no  
se  
les  
contará  
su  
incircuncisión  
como  
equivalente  
de  
la  
circuncisión,  
y  
los  
incircuncisos  
que  
cumplen  
la  
Ley  
llegarán  
a  
ser  
tus  
jueces  
por  
haber  
tú  
quebrantado  
la  
Ley,  
aunque  
tienes  
la  
letra  
de  
la  
Ley  
y  
el  
rito  
de  
la  
circuncisión?  
Porque  
el  
verdadero  
judío  
no

es  
el  
que  
lo  
es  
externamente,  
ni  
es  
la  
verdadera  
circuncisión  
la  
que  
se  
hace  
externamente  
en  
la  
carne;  
sino  
que  
el  
verdadero  
judío  
es  
el  
que  
lo  
es  
en  
su  
interior,  
y  
la  
circuncisión  
real  
es  
la  
del  
corazón,  
de  
acuerdo  
con  
el  
espíritu  
y  
no  
al  
pie  
de  
la  
letra.  
La  
alabanza  
de  
tal  
hombre  
no  
viene  
de



los  
hombres, sino  
de  
Dios.

Este  
pasaje  
tiene  
que  
haberle  
resultado  
escandaloso  
a  
un  
judío.  
Estaría  
seguro  
de  
que  
Dios  
le  
consideraba  
una  
persona  
especial  
sencillamente  
por  
pertenecer  
a  
la  
nación  
de  
los  
descendientes  
de  
Abraham  
y  
porque  
llevaba  
en  
el  
cuerpo  
la  
señal  
de  
la  
circuncisión.  
Pero  
Pablo  
introduce  
aquí  
una  
idea  
a  
la  
que  
volverá  
después  
repetidas

veces.  
El  
judaísmo,  
insiste,  
no  
es  
en  
absoluto  
una  
cuestión  
de  
raza,  
y  
no  
tiene  
nada  
que  
ver  
con  
la  
circuncisión:  
depende  
de  
la  
conducta.  
Si  
es  
así,  
muchos  
supuestos  
judíos,  
que  
son  
descendientes  
directos  
de  
Abraham  
y  
que  
llevan  
en  
el  
cuerpo  
la  
señal  
de  
la  
circuncisión,  
en  
realidad  
no  
son  
judíos;  
y  
muchos  
gentiles  
que  
ni  
siquiera  
han

oído  
hablar  
de  
Abraham  
ni  
se  
les  
ha  
pasado  
por  
la  
cabeza  
el  
circuncidarse,  
son  
judíos  
en  
el  
verdadero  
sentido  
de  
la  
palabra.  
A  
un  
judío  
esto  
le  
sonaría  
como  
la  
peor  
herejía,  
y  
le  
pondría  
furioso.

El  
último  
versículo  
de  
este  
pasaje  
contiene  
un  
juego  
de  
palabras  
que  
es  
imposible  
traducir:  
«  
La  
alabanza  
de  
tal  
hombre

no  
viene  
de  
los  
hombres  
sino  
de  
Dios.»  
La  
palabra  
griega  
para  
alabanza  
es  
épainos.  
Si  
retrocedemos  
al  
Antiguo  
Testamento  
(Génesis  
29:35;  
49:8),  
nos  
encontramos  
con  
que  
el  
sentido  
original  
y  
tradicional  
de  
la  
palabra  
Judá  
es  
alabanza  
(épainos).  
Así  
es  
que  
esta  
frase  
quiere  
decir  
dos  
cosas:  
(a)  
Que  
la  
alabanza  
de  
tal  
hombre  
no  
viene  
de  
los  
hombres,

sino  
de  
Dios.  
(b)  
Que  
el  
judaísmo  
de  
tal  
hombre  
no  
viene  
de  
los  
hombres,  
sino  
de  
Dios.  
El  
sentido  
del  
pasaje  
es  
que  
las  
promesas  
de  
Dios  
no  
son  
para  
los  
de  
una  
cierta  
raza  
y  
que  
llevan  
una  
cierta  
señal  
en  
el  
cuerpo,  
sino  
para  
personas  
que  
viven  
una  
cierta  
clase  
de  
vida,  
sean  
de  
la  
raza  
que

sean.  
El  
ser  
un  
verdadero  
judío  
no  
es  
cuestión  
de  
«pedigrí»,  
sino  
de  
carácter;  
y  
a  
menudo  
uno  
que  
no  
es  
judío  
de  
raza  
puede  
que  
sea  
mejor  
judío  
que  
el  
otro.

Pablo  
dice  
que  
hay  
judíos  
cuya  
conducta  
hace  
que  
se  
hable  
mal  
de  
Dios  
entre  
los  
gentiles.  
Es  
un  
hecho  
que  
los  
judíos  
han  
sido  
muchas

veces,  
y  
todavía  
lo  
son,  
la  
gente  
menos  
popular  
del  
mundo.  
Veamos  
lo  
que  
los  
gentiles  
pensaban  
de  
los  
judíos  
en  
los  
tiempos  
del  
Nuevo  
Testamento.

Consideraban  
el  
judaísmo  
como  
una  
«superstición  
bárbara»,  
a  
los  
judíos  
como  
«  
la  
raza  
más  
repelente»,  
y  
como  
«la  
pandilla  
de  
esclavos  
más  
despreciables.»  
Se  
tergiversaban  
los  
orígenes  
de  
la  
religión  
judía

con  
maliciosa  
ignorancia.  
Se  
decía  
que  
los  
judíos  
habían  
sido  
en  
su  
origen  
una  
compañía  
de  
leprosos  
a  
los  
que  
el  
rey  
de  
Egipto  
había  
mandado  
a  
trabajar  
en  
los  
campos  
de  
arena;  
y  
que  
Moisés  
había  
reunido  
a  
esa  
banda  
de  
esclavos  
leprosos  
y  
los  
había  
guiado  
a  
Palestina  
a  
través  
del  
desierto.  
Se  
decía  
que  
adoraban  
una  
cabeza



de  
burro  
porque  
una  
manada  
de  
asnos  
salvajes  
los  
había  
llevado  
adonde  
había  
agua  
cuando  
se  
estaban  
muriendo  
de  
sed  
en  
el  
desierto.  
Decían  
que  
se  
abstenían  
de  
comer  
carne  
de  
cerdo  
porque  
los  
cerdos  
suelen  
tener  
una  
enfermedad  
de  
la  
piel,  
la  
sarna,  
que  
era  
la  
que  
padecían  
los  
judíos  
en  
Egipto.

Los  
gentiles  
se  
burlaban  
de

algunas  
de  
las  
costumbres  
judías.  
El  
que  
no  
comieran  
carne  
de  
cerdo  
se  
prestaba  
a  
muchos  
chistes.  
Plutarco  
creía  
que  
podría  
ser  
porque  
los  
judíos  
tenían  
a  
un  
cerdo  
como  
dios.  
Juvenal  
afirma  
que  
la  
clemencia  
judía  
permitía  
que  
los  
cerdos  
disfrutaran  
de  
una  
buena  
y  
larga  
vida,  
y  
que  
se  
considerara  
la  
carne  
de  
cerdo  
de  
más  
valor  
que

la  
humana.  
Atribuían  
a  
la  
pereza  
la  
costumbre  
de  
descansar  
los  
sábados.

Algunas  
cosas  
de  
las  
que  
disfrutaban  
los  
judíos  
enfurecían  
a  
los  
gentiles.  
Era  
incomprensible  
que,  
siendo  
tan  
impopulares,  
los  
judíos  
tuvieran  
privilegios  
extraordinarios  
del  
gobierno  
romano.

(a)  
Se  
les  
permitía  
aportar  
a  
Jerusalén  
el  
impuesto  
del  
Templo  
todos  
los  
años.  
Esto  
revistió  
tal  
gravedad

en  
Asia  
hacia  
el  
año  
60  
a.C.,  
que  
se  
prohibió  
la  
salida  
de  
moneda  
Y,  
según  
los  
historiadores,  
se  
confiscaron  
no  
menos  
de  
20  
toneladas  
de  
oro  
de  
contrabando  
que  
los  
judíos  
estaban  
a  
punto  
de  
mandar  
a  
Jerusalén.  
(b)  
Se  
les  
permitía,  
por  
lo  
menos  
hasta  
cierto  
punto,  
tener  
sus  
propios  
tribunales  
y  
vivir  
según  
sus  
leyes.  
Se  
sabe

de  
un  
decreto  
del  
gobernador  
Lucio  
Antonio  
de  
Asia  
hacia  
el  
año  
50  
a.C.,  
en  
el  
que  
se  
decía:  
«Nuestros  
ciudadanos  
judíos  
se  
diri-  
gieron  
a  
mí  
para  
informarme  
de  
que  
tenían  
sus  
propias  
asambleas  
privadas  
que  
llevaban  
a  
cabo  
según  
sus  
leyes  
ancestrales,  
y  
un  
lugar  
propio  
privado  
en  
el  
que  
resuelven  
sus  
asuntos  
y  
pleitos.  
Cuando  
pidieron  
que

se  
les  
permitiera  
continuar  
con  
sus

costumbres,  
yo  
dicté  
sentencia  
favorable  
a  
que  
se  
les  
permitiera  
conservar  
este  
privilegio.»

A  
los  
gentiles  
les  
fastidiaba  
ver  
a  
una  
raza  
de  
gente  
que  
vivía  
como  
una  
especie  
de  
grupo  
separado  
y  
especialmente  
privilegiado.

(c)  
El  
gobierno  
romano  
respetaba  
la  
observancia  
judía  
del  
sábado.  
Estaba  
establecido  
que  
a  
un  
judío  
no  
se  
le  
podía  
citar  
para

prestar  
declaración  
en  
un  
juicio  
en  
sábado.  
Y  
también  
que  
si  
se  
distribuían  
ayudas  
especiales  
entre  
la  
gente  
en  
sábado,  
los  
judíos  
podrían  
reclamar  
su  
parte  
al  
día  
siguiente.  
Y  
-este  
era  
un  
asunto  
especialmente  
molesto  
para  
los  
gentiles-los  
judíos  
disfrutaban  
de  
astrateía, es  
decir,  
exención  
del  
servicio  
militar,  
que  
era  
debida  
a  
que  
su  
estricta  
observancia  
del  
mandamiento  
de  
descansar



el  
sábado  
les  
impedía  
cumplir  
los  
deberes  
militares  
ese  
día.  
Ya  
se  
entiende  
con  
qué  
resentimiento  
vería  
el  
resto  
de  
la  
población  
esta  
exención  
de  
un  
deber  
oneroso.

Había  
dos  
cosas  
de  
las  
que  
acusaban  
a  
los  
judíos  
especialmente:

(a)  
Los  
acusaban  
de  
ateísmo  
(atheotés) .  
Al  
mundo  
antiguo  
le  
resultaba  
sumamente  
difícil  
concebir  
la  
posibilidad  
de

una  
religión  
que  
no  
tuviera  
imágenes  
visibles  
de  
culto.  
Plinio  
llamaba  
a  
los  
judíos  
<  
una  
raza  
que  
se  
distingue  
por  
su  
desprecio  
de  
todos  
los  
dioses.»  
Tácito  
decía:  
«Los  
judíos  
conciben  
su  
deidad  
como  
una,  
solamente  
con  
la  
mente...  
De  
ahí  
que  
no  
erijan  
imágenes  
en  
sus  
ciudades,  
ni  
siquiera  
en  
sus  
templos.  
Esta  
reverencia  
no  
se  
la  
dan

a  
los  
reyes,  
ni  
a  
los  
césares  
este  
honor.»  
Juvenal  
dijo:  
«  
No  
veneran  
más  
que  
las  
nubes  
y  
la  
deidad  
del  
cielo.»  
Pero  
la  
verdad  
era  
que,  
lo  
que  
más  
hacía  
que  
los  
judíos  
no  
les  
gustaran  
a  
los  
gentiles  
era  
no  
tanto  
su  
culto  
sin  
imágenes  
como  
su  
frío  
desprecio  
hacia  
todas  
las  
demás  
religiones.  
Nadie  
que  
no

sienta  
hacia  
los  
demás  
más  
que  
desprecio  
puede  
ser  
misionero.  
Esta  
actitud  
era  
una  
de  
las  
cosas  
en  
que  
estaba  
pensando  
Pablo  
cuando  
decía  
que  
los  
judíos  
desacreditaban  
el  
Nombre  
de  
Dios.  
(b)  
Se  
los  
acusaba  
de  
odio  
a  
sus  
semejantes  
(misanthrópía)  
y  
de  
total  
insociabilidad  
(amixía).  
Tácito  
decía  
que  
los  
judíos  
«manifiestan  
una  
honradez  
a  
toda  
prueba  
y  
una

compasión  
inaplazable  
entre  
ellos;  
pero  
hacia  
todos  
los  
demás  
no  
muestran  
más  
que  
odio  
Y  
antagonismo.»  
En  
Alejandría  
se  
decía  
que  
los  
judíos  
se  
habían  
juramentado  
para  
no  
mostrar  
nunca  
ninguna  
amabilidad  
a  
un  
gentil,  
y  
que  
hasta  
ofrecían  
a  
un  
griego  
en  
sacrificio  
a  
su  
dios  
todos  
los  
años.  
Tácito  
decía  
que  
lo  
primero  
que  
le  
enseñaban  
a  
los

gentiles  
que  
se  
convertían  
al  
judaísmo  
era  
«despreciar  
a  
los  
dioses,  
repudiar  
su  
nacionalidad,  
y  
denigrar  
a  
sus  
padres,  
hijos  
y  
hermanos.»  
Juvenal  
aseguraba  
que  
si  
se  
le  
preguntaba  
a  
un  
judío  
cómo  
se  
iba  
a  
un  
sitio,  
se  
negaba  
a  
dar  
ninguna  
información,  
como  
no  
fuera  
a  
otro  
judío;  
y  
que  
si  
uno  
estaba  
buscando  
una  
fuente  
donde  
beber,

no  
le  
dirigiría  
a  
menos  
que  
fuera  
circuncidado.  
Otra  
vez  
nos  
encontramos  
con  
lo  
mismo:  
la  
actitud  
característica  
de  
un  
judío  
hacia  
los  
que  
no  
lo  
eran  
era  
de  
desprecio,  
lo  
que  
no  
provocaba  
sino  
odio  
como  
respuesta.

Era  
innegable  
que  
los  
judíos  
producían  
descrédito  
al  
Nombre  
de  
Dios;  
porque  
se  
encerraban  
en  
una  
comunidad  
rígida  
que  
excluía

a  
todos  
los  
demás,  
y  
adoptaban  
una  
actitud  
de  
desprecio  
a  
la  
religión  
y  
de  
total  
insensibilidad  
a  
las  
necesidades  
de  
los  
no  
judíos.  
La  
verdadera  
religión  
se  
manifiesta  
en  
un  
corazón  
y  
una  
puerta  
abiertos;  
mientras  
que  
el  
judaísmo  
los  
tenía  
cerrados.

LA  
FIDELIDAD  
DE  
DIOS  
Y  
LA  
INFIDELIDAD  
HUMANA

Romanos  
3:1-8

-Entonces, ¿qué



tiene  
un  
judío  
que  
no  
tenga  
otro  
cualquiera?  
¿O  
qué  
ventajas  
tienen  
los  
que  
han  
sido  
circuncidados?

-Muchas,  
se  
mire  
como  
se  
mire.  
En  
primer  
lugar,  
tienen  
esta  
ventaja:  
Que  
es  
a  
los  
judíos  
a  
los  
que  
se  
han  
confiado

los  
oráculos  
de  
Dios.

-Sí,  
estoy  
de  
acuerdo;  
pero, ¿qué  
pasa  
si  
algunos  
de  
ellos

les  
han  
sido  
infieles?  
¿No  
irás  
a  
decirme  
que  
su  
infidelidad

anula  
la  
fidelidad  
de  
Dios?

-¡Eso,  
de  
ninguna  
manera!  
Dios  
se  
muestra  
veraz  
aunque  
todo  
el  
mundo  
resulte  
mentiroso,  
como  
está  
escrito:  
«Para

que  
se  
vea  
que  
Tú  
tienes  
razón  
en  
tus  
argumentos,  
y  
ganes  
el  
caso  
cuando  
vas  
ajuicio.»

-Pero

tú  
dices  
que,  
si  
nuestra  
culpabilidad  
no  
hace  
más  
que  
demostrar  
que  
Dios  
es  
justo,  
¿qué  
podemos  
decir

nosotros?  
¿No  
irás  
a  
intentar  
convencerme  
de  
que  
Dios  
es  
injusto  
si  
lanza  
la  
Ira  
sobre  
ti?  
(Está  
claro  
que  
estoy  
usando

argumentos  
meramente  
humanos).

-¡Eso, de  
ninguna  
manera!  
Porque, si  
fuera  
así, ¿cómo  
iba  
Dios  
a  
juzgar  
al

mundo?

-Pero  
es  
que  
tú  
dices  
que,  
si  
el  
que  
yo  
sea  
falso  
sencillamente  
le  
brinda  
a  
Dios  
una  
nueva  
oportunidad  
de  
demostrar,  
para  
Su  
mayor  
gloria, que  
El  
es  
veraz, ¿por  
qué  
encima  
me  
condena  
a  
mí  
como  
pecador?  
-¿Vas  
a  
razonar,  
como  
algunos  
calumniosamente  
nos  
atribuyen  
a  
nosotros,  
que  
lo  
que  
tenemos  
que  
hacer  
es  
obrar  
mal  
para

que  
se  
produzca  
el  
bien?  
Está  
bien  
claro  
que  
tal  
afirmación  
no  
merece  
más  
que  
la  
condenación.

Aquí  
Pablo  
sostiene  
una  
discusión  
sumamente  
difícil.  
Nos  
será  
de  
ayuda  
recordar  
que  
está  
hablando  
con  
un  
objeto  
imaginario.  
Vamos  
a  
exponer  
su  
argumento  
en  
detalle.

Objetor.-La  
consecuencia  
de  
todo  
lo  
que  
has  
estado  
diciendo  
sería  
que  
no  
hay  
ninguna  
diferencia  
entre  
los  
judíos  
y  
los  
gentiles  
y  
que se encuentran  
en  
la misma  
situación.

¿Es  
eso  
en  
realidad  
lo  
que quieres  
decir?

Pablo.-De ninguna manera.

Objetor.-Entonces,  
¿en  
qué consiste la diferencia?

Pablo.-Lo  
primero  
es  
que los  
judíos  
conocen  
los  
mandamientos  
de Dios,  
y  
los  
gentiles  
no.

Objetor.-¿De  
acuerdo!

Pero,  
¿qué  
pasa  
si  
algunos  
judíos  
desobedecen

esos  
mandamientos  
y  
merecen  
la  
condenación  
por  
haber  
sido  
infieles?  
Acabas  
de  
decir  
que  
Dios  
colocó  
a  
los  
judíos  
en  
una  
posición  
especial  
y  
les  
dio  
una  
promesa  
exclusiva.  
Y  
ahora  
estás  
diciendo  
que  
por  
lo  
menos  
algunos  
están  
bajo  
la  
condenación  
de  
Dios.  
¿No  
querrá  
decir  
eso  
que  
Dios  
está  
faltando  
a  
su  
promesa  
y  
quedando  
como  
injusto  
y

arbitrario?  
Pablo.-;Nada  
de  
eso!  
Lo  
que  
sí  
queda  
claro  
es  
que  
Dios  
no  
hace  
discriminación,  
y  
que  
castiga  
el  
pecado  
donde  
lo  
encuentra.  
El  
hecho  
de  
que  
condene  
a  
los  
judíos  
infieles  
es  
la  
mejor  
demostración  
de  
lo  
absoluto  
de  
su  
justicia.  
Se  
habría  
podido  
suponer  
que  
Dios  
pasaría  
por  
alto  
los  
pecados  
de Su  
pueblo  
escogido,  
pero  
no  
hay  
tal.



Objetor.-;Muy  
bien,  
entonces!  
Lo  
que  
has  
conseguido  
demostrar  
es  
que  
mi  
desobediencia  
le  
ha  
dado  
a  
Dios  
oportunidad  
de  
demostrar  
Su  
justicia.  
Mi  
infidelidad  
le  
ha  
dado  
a  
Dios  
una  
oportunidad  
maravillosa  
para  
hacer  
gala  
de  
Su  
fidelidad.  
Según  
eso,  
¡mi  
pecado  
es  
algo  
excelente!  
¡Le  
ha  
dado  
a  
Dios  
la  
oportunidad  
de  
demostrar  
lo  
bueno  
que  
es!  
Puede  
que

yo  
haya  
hecho  
algo  
malo,  
pero  
el  
resultado  
ha  
sido  
bueno.  
¡No  
se  
puede  
condenar  
a  
un  
hombre  
por  
darle  
a  
Dios  
la  
oportunidad  
de  
demostrar  
su  
justicia!  
Pablo.-Tal  
razonamiento  
es  
peor  
que  
despreciable.  
¡No  
tienes  
más  
que  
sugerirlo  
para  
descubrir  
lo  
inaceptable  
que  
es!

Desarrollando  
así  
el  
pasaje  
nos  
damos  
cuenta  
de  
que  
Pablo  
expone  
en  
él

algunas  
de  
sus  
ideas  
acerca  
de  
los  
judíos.

(i)  
No  
cabe  
duda  
de  
que  
creía  
que  
los  
judíos  
ocupan  
una  
posición  
especial  
en  
el  
plan  
de  
Dios.  
Eso  
es,  
de  
hecho,  
lo  
que  
los  
judíos  
mismos  
creían.  
La  
diferencia  
está  
en  
que  
Pablo  
creía  
que  
esa  
posición  
especial  
era  
una  
responsabilidad;  
mientras  
que  
los  
judíos  
la  
consideraban  
un

privilegio.  
¿Qué  
es  
lo  
que  
Pablo  
decía  
que  
se  
les  
había  
confiado  
especialmente  
a  
los  
judíos?  
Los  
oráculos  
de  
Dios  
(Versión  
Hispanoamericana,  
1916).  
¿Qué  
quiere  
decir  
eso?  
La  
palabra  
que  
él  
usa  
es  
loguía,  
que  
es  
la  
que  
se  
usa  
normalmente  
en  
la  
traducción  
griega  
del  
Antiguo  
Testamento  
para  
designar  
una  
comunicación  
o  
pronunciamiento  
de  
Dios.  
Aquí  
quiere  
decir  
Los

Diez  
Mandamientos,  
que  
en  
hebreo  
se  
llaman  
Las  
diez  
Palabras  
(Debarim).  
Pablo  
les  
dice:  
<  
Sois  
un  
pueblo  
especial;  
por  
tanto,  
tenéis  
que  
vivir  
una  
vida  
especial.»  
No  
dijo:  
<  
Sois  
un  
pueblo  
especial;  
por  
tanto  
podéis  
hacer  
lo  
que  
os  
dé  
la  
gana.»  
Lo  
que  
sí  
dijo  
fue:  
«Sois  
un  
pueblo  
especial  
para  
Dios;  
por  
tanto,  
tenéis  
que  
hacer

Su  
voluntad.»  
Cuando  
el  
Lord  
Dunsany  
quedó  
con  
vida  
después  
de  
la  
guerra  
de  
1914-18,  
nos  
cuenta  
que  
se  
dijo:  
«Por  
alguna  
extraña  
razón,  
todavía  
estoy  
vivo.  
¿Qué  
será  
lo  
que  
Dios  
quiere  
que  
haga  
con  
una  
vida  
que  
ha  
sido  
preservada  
de  
una  
manera  
tan  
especial?»  
Eso  
no  
se  
les  
ocurría  
nunca  
a  
los  
judíos.  
Nunca  
consiguieron  
darse  
cuenta

de  
que  
la  
elección  
especial  
de  
Dios  
era  
para  
una  
tarea  
especial.  
¿Lo  
tenemos  
presente  
nosotros  
cuando  
hablamos  
de  
la  
elección  
de  
Dios?  
(ii)  
Hay  
tres  
ideas  
básicas  
acerca  
de  
los  
judíos  
que  
siempre  
aparecen  
en  
los  
escritos  
de  
Pablo.  
Aquí  
las  
encontramos  
en  
embrión;  
pero  
en  
realidad  
son  
las  
tres  
ideas  
que  
desarrolla  
en  
toda  
la  
epístola.  
Debemos  
darnos

cuenta  
de  
que  
no  
coloca  
a  
todos  
los  
judíos  
bajo  
la  
misma  
condenación.  
Lo  
que  
dice  
es:  
<  
¿Qué  
pasa  
si  
algunos  
de  
ellos  
fueron  
infieles?>  
(a)  
Estaba  
seguro  
de  
que  
Dios  
tenía  
razón  
al  
condenar  
a  
los  
judíos.  
Ocupaban  
un  
lugar  
especial  
y  
habían  
recibido  
promesas  
especiales;  
y  
por  
eso  
mismo  
su  
condenación  
había  
de  
ser  
mayor.  
La  
responsabilidad



siempre  
es  
la  
otra  
cara  
del  
privilegio.  
Cuantas  
más  
oportunidades  
tiene  
una  
persona  
para  
hacer  
el  
bien,  
mayor  
será  
su  
condenación  
por  
hacer  
el  
mal.  
(b)  
Pero  
no  
todos  
fueron  
infieles.  
Pablo  
nunca  
se  
olvidaba  
del  
resto  
fiel;  
y  
estaba  
completamente  
seguro  
de  
que  
ese  
resto  
fiel  
-aunque  
fuera  
muy  
pequeño  
en  
número-era  
el  
verdadero  
Israel.  
Los  
demás  
habían  
perdido

sus  
privilegios  
y  
estaban  
bajo  
condenación.  
Ya  
no  
eran  
verdaderos  
judíos.  
El  
resto  
era  
el  
verdadero  
pueblo  
de  
Dios.  
(c)  
Pablo  
estaba  
siempre  
seguro  
de  
que  
el  
rechazo  
de  
Dios  
no  
era  
definitivo.  
La  
consecuencia  
de  
ese  
rechazo  
fue  
que  
se  
abrió  
la  
puerta  
a  
los  
gentiles;  
pero,  
al  
final,  
los  
gentiles  
harán  
volver  
a  
los  
judíos  
al  
redil,  
y

judíos  
y  
gentiles  
serán  
una  
sola  
cosa  
en  
Cristo.  
La  
tragedia  
de  
los  
judíos  
fue  
que  
rechazaron  
la  
gran  
tarea  
de  
la  
evangelización  
del  
mundo  
que  
les  
habría  
correspondido;  
y  
por  
tanto  
se  
les  
asignó  
a  
los  
gentiles,  
de  
forma  
que  
el  
plan  
de  
Dios  
se  
invirtió:  
no  
fueron  
los  
judíos  
los  
que  
evangelizaron  
a  
los  
gentiles,  
sino  
al  
revés;

y  
este  
proceso  
todavía  
continúa.  
Además,  
este  
pasaje  
contiene  
dos  
grandes  
verdades  
humanas  
universales.

(i)  
La  
desobediencia  
es  
la  
raíz  
de  
todo  
pecado.  
La  
raíz  
del  
pecado  
de  
los  
judíos  
fue  
la  
desobediencia  
a  
la  
Ley  
de  
Dios  
que  
conocían.  
Como  
escribió  
Milton,  
fue  
«  
la  
primera  
desobediencia  
humana»  
la  
responsable  
del  
«paraíso  
perdido».  
Cuando  
el  
orgullo  
enfrenta

la  
voluntad  
humana  
con  
la  
de  
Dios,  
se  
produce  
el  
pecado.  
Si  
no  
hubiera  
desobediencia  
no  
habría  
pecado.

(ii)  
Una  
vez  
que  
ha  
cometido  
un  
pecado,  
el  
ser  
humano  
despliega  
una  
habilidad  
extraordinaria  
para  
justificarse.  
Aquí  
tenemos  
un  
razonamiento  
que  
se  
presenta  
con  
frecuencia  
en  
el  
pensamiento  
religioso:  
el  
de  
que  
el  
pecado  
le  
da  
a  
Dios  
la  
oportunidad  
de  
demostrar  
al  
mismo  
tiempo  
su  
justicia  
y  
su  
misericordia,  
y  
es  
por  
tanto  
una  
cosa  
buena.  
Es

un  
razonamiento  
tergiversado.  
Se  
podría  
decir-y,  
de  
hecho,  
sería  
el  
mismo  
razonamiento-que  
está  
bien  
el  
quebrantarle  
el  
corazón  
a  
una  
persona,  
porque  
así  
se  
le  
da  
la  
oportunidad  
de  
demostrar  
lo  
mucho  
que  
nos  
ama.  
Cuando  
uno  
peca,  
lo  
que  
necesita  
no  
es  
ingenio  
para  
justificarse,  
sino  
humildad  
para  
reconocerlo  
y  
arrepentirse.  
UN  
MUNDO  
SIN  
CRISTO

Romanos  
3:9-18

-Entonces, ¿qué  
pasa?  
¿Tenemos  
los  
judíos  
alguna  
ventaja?

-¡Claro  
que  
no!  
Porque  
ya  
hemos  
acusado  
a  
todos  
los  
judíos  
y  
griegos  
de  
que  
están  
bajo  
el  
poder  
del  
pecado,  
como  
está  
escrito:  
«No  
hay  
nadie  
que  
sea  
justo,  
ni  
uno.  
Nadie  
se  
da  
por  
enterado.  
Nadie  
busca  
al  
Señor.  
Todos  
se  
han  
desviado,  
y  
se  
han  
echado



a  
perder.  
No  
hay  
nadie  
que  
haga  
cosas  
buenas,  
ni  
uno.  
Tienen  
una  
boca  
que  
parece  
una  
tumba  
abierta.  
Cultivan  
el  
fraude  
con  
sus  
lenguas.  
Tienen  
veneno  
de  
víboras  
en  
los  
labios,  
y  
las  
bocas  
cargadas  
de  
maldiciones  
y  
hiel.  
Sus  
pies  
son  
rápidos  
para  
correr  
a  
cometer  
asesinatos.  
La  
destrucción  
y  
la  
desgracia  
están  
en  
sus  
caminos, pero  
ni  
conocen

el  
camino  
de  
la  
paz.  
No  
tienen  
nunca  
el  
temor  
de  
Dios  
ante  
los  
ojos.

En  
el  
pasaje  
anterior  
Pablo  
insistía  
en  
que,  
a  
pesar  
de  
todo,  
los  
judíos  
ocupan  
una  
posición  
especial  
en  
el  
plan  
de  
Dios.  
No  
nos  
sorprende  
que  
entonces  
el  
objeto  
pregunte  
si  
eso  
quiere

decir  
que  
los  
judíos  
les  
llevan  
ventaja

a  
los  
demás  
pueblos.  
Y  
la  
respuesta  
de  
Pablo  
es  
que  
tanto  
los  
judíos  
como  
los  
gentiles,  
si  
están  
sin  
Cristo,  
están  
bajo  
el  
dominio  
del  
pecado.  
La  
frase  
griega  
que  
usa  
es  
muy  
sugestiva:  
hypo  
hamartían.  
En  
este  
sentido,  
hypo  
quiere  
decir  
en  
el  
poder  
de,  
bajo  
la  
autoridad  
de.  
En  
Mateo  
8:9,  
el  
centurión  
dice:  
<  
Tengo  
soldados

hypo  
emautón,  
por  
debajo  
de  
mí.»  
Es  
decir,  
a  
mis  
órdenes.  
Un  
escolar  
está  
hypo  
paidagógon,  
bajo  
la  
dirección  
del  
pedagogo,  
un  
esclavo  
al  
que  
se  
le  
ha  
confiado.  
En  
su  
estado  
natural,  
sin  
Cristo,  
el  
ser  
humano  
está  
bajo  
el  
control  
del  
pecado,  
y  
es  
incapaz  
de  
evadirse.

Hay  
otra  
palabra  
interesante  
en  
este  
pasaje,  
la  
del

versículo  
12,  
que  
hemos  
traducido  
«se  
han  
echado  
a  
perder.»  
La  
palabra  
griega  
es  
ajeiroó,  
que  
quiere  
decir  
literalmente  
dejar  
inútil.  
Se  
usa  
en  
relación  
con  
la  
leche  
que  
se  
ha  
estropeado.  
La  
naturaleza  
humana  
sin  
Cristo  
es  
una  
cosa  
corrompida  
e  
inútil.

Pablo  
hace  
aquí  
lo  
que  
solían  
hacer  
los  
rabinos.  
En  
los  
versículos  
10-18  
ensarta  
una

serie  
de  
textos  
del  
Antiguo  
Testamento,  
no  
citándolos  
literalmente  
sino  
de  
memoria;  
incluye  
versículos  
de  
los  
Salmos  
14:1-3;  
5:  
9;  
140:  
3;  
10:7;  
Isaías  
59:7s,  
y  
Salmo

36:1.  
Era  
frecuente  
en  
la  
predicación  
de  
los  
rabinos  
el  
ensartar  
textos  
así.  
Lo  
llamaban  
jaraz,  
que  
quería  
decir  
precisamente  
eso:  
ensartar  
perlas.  
Es  
una  
descripción  
terrible  
de  
la  
naturaleza  
humana

en  
su  
estado  
sin  
Cristo.  
Vaughan  
señala  
que  
estos  
textos  
del  
Antiguo  
Testamento  
describen  
tres  
cosas:  
(a)  
EL  
carácter  
cuyas  
notas  
distintivas  
son  
la  
ignorancia,  
la  
indiferencia,  
la  
tortuosidad  
y  
la  
inutilidad.  
(b)  
La  
lengua  
que  
se  
caracteriza  
por  
sus  
cualidades  
destructivas,  
mentirosas  
y  
maliciosas.  
(c)  
La  
conducta  
que  
se  
manifiesta  
en  
la  
opresión,  
la  
injuria,  
la  
implacabilidad.  
Estos  
son

los  
resultados  
de  
no  
tener  
en  
cuenta  
a  
Dios.

Nadie  
ha  
visto  
tan  
claramente  
como  
Pablo  
la  
maldad  
de  
la  
naturaleza  
humana;  
pero  
advertimos  
que  
esto  
no  
era  
para  
él  
una  
llamada  
a  
la  
desesperación,  
sino  
un  
desafío  
a  
la  
esperanza.  
Cuando  
decimos  
que  
Pablo  
creía  
en  
el  
pecado  
original  
y  
en  
la  
depravación  
de  
la  
naturaleza  
humana



no  
debemos  
concluir  
que  
desesperara  
de  
la  
naturaleza  
humana  
ni  
que  
la  
mirara  
con  
un  
desprecio  
cínico.  
Una  
vez,  
cuando  
William  
Jay  
de  
Bath  
ya  
era  
anciano,  
dijo:  
«Me  
va  
fallando  
la  
memoria;  
pero  
hay  
dos  
cosas  
de  
las  
que  
no  
me  
olvido  
nunca:  
Que  
soy  
un  
gran  
pecador,  
y  
que  
Jesucristo  
es  
un  
gran  
Salvador.»

Pablo  
nunca

le  
quitaba  
importancia  
al  
pecado  
humano,  
ni  
grandeza  
al  
poder  
redentor  
de  
Jesucristo.  
Una  
vez,  
cuando  
el  
gran  
independiente  
de  
Lancashire  
William  
Roby  
era  
joven,  
estaba  
predicando  
en  
Malvem.  
Tenía  
tan  
poco  
éxito  
que  
estaba  
desanimado  
y  
a  
punto  
de  
dejar  
la  
obra,  
cuando  
recibió  
una  
reprensión  
en  
sazón  
de  
un  
cierto  
señor  
Moody,  
que  
le  
preguntó:  
«Entonces,  
¿es  
que

son  
demasiado  
malos  
para  
salvarse?»  
El  
desafío  
le  
hizo  
volver  
a  
William  
Roby  
a  
la  
labor.

Pablo  
creía  
que  
la  
gente  
sin  
Cristo  
era  
mala,  
pero  
no  
demasiado  
mala  
para  
salvarse.  
Estaba  
convencido  
de  
que  
lo  
que  
Cristo  
había  
hecho  
por  
él  
lo  
podía  
hacer  
por  
cualquier  
otro.

LA  
ÚNICA  
MANERA  
DE  
QUEDAR  
EN  
PAZ  
CON

DIOS

Romanos  
3:19-26

Sabemos  
que  
todo  
lo  
que  
dice  
la  
Ley  
va  
dirigido  
a  
los  
que  
están  
dentro  
de  
su  
sistema;  
y  
la  
finalidad  
de  
la  
Ley  
es  
que  
se  
callen  
todas  
las  
bocas  
y  
que  
todo  
el  
mundo  
sepa  
que  
está  
expuesto  
al  
juicio  
de  
Dios;  
porque  
nadie  
va  
a  
llegar  
a  
la  
debida  
relación

con  
Dios  
haciendo  
las  
cosas  
que  
manda  
la  
Ley.  
Lo  
que  
sí  
se  
obtiene  
mediante  
la  
Ley  
es  
la  
plena  
consciencia  
de

la  
realidad  
del  
pecado.  
Pero  
ahora  
se  
nos  
abre  
un  
camino  
hacia  
la  
recta  
relación  
con  
Dios  
aparte  
de  
la  
Ley, del  
que  
dan  
testimonio  
la  
Ley  
y  
los  
Profetas.  
Porque  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios  
la  
obtienen  
por  
medio  
de  
la  
fe  
en  
Jesucristo  
todos  
los  
que  
creen  
en  
El.  
Yaquí  
no  
hay  
diferencia  
entre  
judíos  
y  
gentiles,  
porque

todos  
han  
pecado  
y  
se  
encuentran  
excluidos  
de  
la  
gloria  
de  
Dios;  
pero  
alcanzan  
la  
debida

relación  
con  
Dios  
gratuitamente, mediante  
Su  
Gracia,

,

por  
medio  
de  
la  
liberación  
que  
ha  
obrado  
Jesucristo.  
Dios  
mismo  
nos  
Le  
presenta  
como  
el  
Que  
puede  
ganar  
nos  
el  
perdón  
de  
pecados  
si  
ponemos  
nuestra  
fe  
en  
su  
sangre.  
Dios  
lo

ha  
hecho  
todo  
así  
para  
demostrar  
Su  
justicia, porque, en  
Su  
paciencia,  
había  
pasado  
por  
alto  
los  
pecados  
cometidos  
en  
el  
tiempo  
pasado, y  
lo  
hizo  
para  
demostrar  
Su  
justicia  
en  
esta  
era  
presente, para  
que  
quede  
claro  
que  
Él  
es  
el  
único  
justo, y  
el  
Que  
acepta  
como  
justos  
a  
todos  
los  
que  
creen  
en  
Jesús.

Aquí  
tenemos  
otro  
pasaje  
que  
no



es  
fácil  
de  
entender,  
pero  
que  
está  
lleno  
de  
riqueza  
cuando  
se  
capta  
su  
significado.

A  
ver  
si  
podemos  
penetrar  
en  
la  
verdad  
básica  
que  
contiene.

El  
problema  
supremo  
de  
la  
vida  
es:  
¿Cómo  
puede  
uno  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios?  
¿Cómo  
puede  
sentirse  
en  
paz  
con  
Dios?  
¿Cómo  
puede  
dejar  
de  
sentirse  
a  
una  
distancia

insalvable,  
y  
de  
tenerle  
miedo  
a  
la  
presencia  
de  
Dios?  
La  
religión  
de  
los  
judíos  
contestaba:  
«Uno  
puede  
llegar  
a  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
cumpliendo  
meticulosamente  
todo  
lo  
que  
manda  
la  
Ley.»  
Pero  
eso  
equivale  
a  
decir  
sencillamente  
que  
nadie  
tiene  
la  
menor  
posibilidad  
de  
llegar  
a  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
porque  
nadie  
puede

cumplir  
perfectamente  
todos  
los  
mandamientos  
de  
la  
Ley.  
Entonces,  
¿para  
qué  
sirve  
la  
Ley?  
Para  
que  
nos  
demos  
cuenta  
de  
la  
realidad  
del  
pecado.  
Sólo  
cuando  
conocemos  
la  
Ley  
e  
intentamos  
cumplirla  
nos  
damos  
cuenta  
de  
que  
nos  
es  
imposible.  
El  
propósito  
de  
la  
Ley  
es  
hacernos  
conscientes  
de  
nuestra  
debilidad  
y  
pecado.  
Entonces,  
¿es  
imposible  
llegar  
a  
Dios?  
Todo

lo  
contrario;  
porque  
el  
camino  
que  
nos  
lleva  
a  
Dios  
no  
es  
el  
de  
la  
Ley,  
sino  
el  
de  
la  
Gracia.  
No  
por  
las  
obras,  
sino  
por  
la  
fe.

Para  
ponérmolo  
más  
claro,  
Pablo  
usa  
tres  
comparaciones.

(i)  
Nos  
pone  
el  
ejemplo  
del  
tribunal,  
lo  
que  
llamamos  
justificación.  
En  
este  
ejemplo  
se  
piensa  
que  
el  
hombre

se  
encuentra  
ante  
el  
tribunal  
de  
Dios.  
La  
palabra  
griega  
que  
traducimos  
por  
justificar  
es  
dikaiún.  
Todos  
los  
verbos  
griegos  
que  
terminan  
en  
-ún  
quieren  
decir,  
no  
hacer  
a  
alguien  
algo,  
sino  
tratar,  
considerar  
a  
uno  
como  
algo.  
Si  
se  
presenta  
ante  
el  
juez  
uno  
que  
es  
inocente,  
el  
juez  
le  
declara  
inocente.  
Pero  
el  
caso  
del  
que  
se  
presenta

ante  
Dios  
es  
que  
es  
totalmente  
culpable,  
y  
sin  
embargo  
Dios,  
en  
su  
infinita  
misericordia,  
le  
trata  
y  
le  
considera  
como  
si  
fuera  
inocente.  
Eso  
es  
lo  
que  
quiere  
decir  
justificación.  
Cuando  
Pablo  
dice  
que  
<  
Dios  
justifica  
al  
malvado»  
quiere  
decir  
que  
Dios  
le  
trata  
como  
si  
fuera  
bueno.  
Eso  
era  
lo  
que  
escandalizaba  
a  
los  
judíos  
hasta  
el

colmo.  
Para  
ellos  
eso  
sólo  
lo  
harta  
un  
juez  
inicuo.  
«  
El  
justificar  
al  
culpable  
es  
una  
abomi-  
nación  
para  
Dios»  
(Proverbios  
17:15).  
«Yo  
no  
perdonaré  
al  
culpable»  
(Éxodo  
23:7).  
Pero  
Pablo  
dice  
que  
eso  
es  
precisamente  
lo  
que  
hace  
Dios.

¿Cómo  
puedo  
yo  
saber  
que  
Dios  
es  
así?  
Lo  
sé  
porque  
Jesús  
lo  
ha  
dicho.  
Vino  
a

decirnos  
que  
Dios  
nos  
ama  
aunque  
somos  
malos.  
Vino  
a  
decirnos  
que,  
aunque  
somos  
pecadores,  
seguimos  
siéndole  
muy  
queridos  
a  
Dios.  
Cuando  
descubrimos  
eso  
y  
lo  
creemos,  
se  
cambia  
radicalmente  
nuestra  
relación  
con  
Dios.  
Somos  
conscientes  
de  
nuestro  
pecado,  
pero  
ya  
no  
estamos  
aterrados  
ni  
alejados.  
Quebrantados  
y  
arrepentidos  
acudimos  
a  
Dios,  
como  
viene  
a  
su  
madre  
un  
niño  
triste,



Y  
sabemos  
que  
el  
Dios  
al  
Que  
venimos  
es  
amor.

Eso  
es  
lo  
que  
quiere  
decir  
justificación  
por  
la  
fe  
en  
Jesucristo.  
Quiere  
decir  
que  
estamos  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
porque  
creemos  
de  
todo  
corazón  
que  
lo  
que  
Jesús  
nos  
ha  
dicho  
de  
Dios  
es  
la  
verdad.  
Ya  
no  
somos  
extraños  
que  
tienen  
terror  
a  
un

Dios  
airado.  
Somos  
hijos,  
hijos  
errantes  
que  
confían  
en  
que  
su  
Padre  
los  
ama  
y  
los  
perdonará.  
Y  
nosotros  
no  
podríamos  
haber  
llegado  
nunca  
a  
esa  
relación  
con  
Dios  
si  
Jesús  
no  
hubiera  
venido  
a  
vivir  
y  
a  
morir  
para  
decirnos  
lo  
maravillosamente  
que  
Dios  
nos  
ama.

(ii)  
Pablo  
nos  
pone  
el  
ejemplo  
del  
sacrificio.  
Nos  
dice  
que

Dios  
hizo  
que  
Jesús  
fuera  
el  
que  
ganara  
el  
perdón  
de  
nuestros  
pecados.  
La  
palabra  
griega  
que  
usa  
Pablo  
para  
describir  
a  
Jesús  
es  
hilastérion.  
Viene  
de  
un  
verbo  
que  
quiere  
decir  
propiciar,  
y  
que  
se  
usa  
en  
relación  
con  
los  
sacrificios.  
En  
el  
Antiguo  
Testamento,  
cuando  
uno  
quebrantaba  
la  
Ley  
le  
ofrecía  
un  
sacrificio  
a  
Dios.  
Lo  
que  
pretendía

era  
que  
el  
sacrificio  
le  
librara  
del  
castigo  
que  
habría  
de  
venirle.  
Para  
decirlo  
de  
otra  
forma:  
un  
hombre  
pecaba,  
y  
aquel  
pecado  
destruía  
su  
relación  
con  
Dios;  
para  
restaurarla  
ofrecía  
un  
sacrificio.

Pero  
la  
experiencia  
humana  
era  
que  
un  
sacrificio  
animal  
no  
podía  
producir  
ese  
efecto.  
«A  
Ti  
no  
Te  
complacen  
los  
sacrifi-  
cios;  
si  
yo  
Te

ofreciera  
holocaustos,  
a  
Ti  
no  
Te  
agradaría»  
(Salmo  
51:16).  
«¿Con  
qué  
me  
presentaré  
al  
Señor,  
y  
daré  
culto  
al  
Dios  
Altísimo?  
¿Con  
holocaustos,  
con  
becerros  
de  
un  
año?  
¿Le  
agradarán  
al  
Señor  
millares  
de  
carneros,  
o  
miríadas  
de  
arroyos

de  
aceite?  
¿Tendré  
que  
dar  
mi  
primogénito  
en  
compensación  
por  
mi  
transgresión,  
o  
el  
fruto  
de  
mis  
entrañas  
para  
expiar  
el  
pecado  
de  
mi  
alma?»  
(Miqueas  
6:6s).  
Los  
hombres  
sabían  
instintivamente  
que,  
una  
vez  
que  
habían  
pecado,  
toda  
la  
parafernalia  
de  
los  
sacrificios  
terrenales  
no  
podría  
arreglar  
las  
cosas.

Por  
eso  
dice  
Pablo:  
«Jesucristo,  
con  
su  
vida

de  
obediencia  
y  
su  
muerte  
por  
amor,  
Le  
ofreció  
a  
Dios  
el  
único  
sacrificio  
que  
puede  
expiar  
el  
pecado  
real  
y  
verdaderamente.»  
E  
insiste  
en  
que  
lo  
que  
sucedió  
en  
la  
Cruz  
nos  
abre  
la  
puerta  
para  
que  
volvamos  
a  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
cosa  
que  
no  
puede  
hacer  
ningún  
otro  
sacrificio.

(iii)  
Pablo  
pone

el  
ejemplo  
de  
la  
esclavitud.  
Habla  
de  
la  
liberación  
que  
ha  
obrado  
Jesucristo.  
La  
palabra  
apolytrósis  
significa  
rescate,  
redención,  
liberación.  
Esto  
quiere  
decir  
que  
la  
humanidad  
estaba  
en  
poder  
del  
pecado,  
y  
Jesucristo  
es  
el  
único  
que  
la  
podía  
libertar.  
Por  
último,  
Pablo  
dice  
que  
Dios  
hizo  
todo  
esto  
porque  
es  
justo,  
y  
acepta  
como  
justo  
al  
que  
cree  
en



Jesús.  
Es  
lo  
más  
sorprendente  
que  
se  
puede  
decir  
jamás.  
Bengel  
lo  
llamaba  
«  
la  
suprema  
paradoja  
del  
Evangelio.»  
Pensemos  
un  
poco:  
quiere  
decir  
que  
Dios  
es  
justo,  
y  
que  
acepta  
al  
pecador  
como  
si  
fuera  
justo.  
Lo  
natural  
habría  
sido  
decir:  
«Dios  
es  
justo;  
Y,  
por  
tanto,  
condena  
al  
pecador  
como  
a  
un  
criminal.»  
Pero  
aquí  
tenemos  
la  
gran

paradoja:  
Dios  
es  
justo,  
Y,  
de  
alguna  
manera,  
con  
esa  
Gracia  
increíble,  
milagrosa,  
que  
Jesús  
vino  
a  
traer  
al  
mundo,  
acepta  
a  
los  
pecadores,  
no  
como  
criminales,  
sino  
como  
hijos  
a  
los  
que  
sigue  
amando  
a  
pesar  
de  
todo.

¿Qué  
es  
todo  
esto  
en  
esencia?  
¿En  
qué  
consiste  
la  
diferencia  
entre  
esto  
y  
el  
antiguo  
sistema  
de  
la

Ley?  
La  
diferencia  
fun-  
damental  
es  
esta:  
que  
el  
método  
de  
la  
obediencia  
a  
la  
Ley  
se  
refiere  
a  
lo  
que  
el  
hombre  
puede  
hacer  
por  
sí  
mismo;  
mientras  
que  
el  
método  
de  
la  
Gracia  
consiste  
en  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por  
él.  
Pablo  
hace  
hincapié  
en  
que  
nada  
que  
nosotros  
podamos  
hacer  
puede  
ganar  
el  
perdón  
de  
Dios;

solamente  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por  
nosotros  
puede  
ganarlo.  
Por  
tanto,  
el  
camino  
que  
conduce  
a  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios  
no  
es  
un  
intento  
agotador  
y  
desesperado  
para  
ganar  
el  
perdón  
de  
Dios  
por  
nuestra  
cuenta,  
sino  
la  
humilde  
y  
arrepentida  
aceptación  
del  
Amor  
y  
de  
la  
Gracia  
que  
Dios  
nos  
ofrece  
en  
Jesucristo.

EL  
FINAL

DEL  
CAMINO  
DE  
LOS  
LOGROS  
HUMANOS

Romanos  
3:27-31

¿Dónde  
queda  
entonces  
la  
base  
de  
nuestra  
jactancia?  
Ha  
quedado  
completamente  
descartada.  
¿Por  
qué  
clase  
de  
ley?  
¿La  
que  
nos  
mandaba  
hacer  
obras  
para  
agradar  
a  
Dios?  
No,  
sino  
por  
medio  
de  
la  
ley  
que  
nos  
invita  
a  
poner  
nuestra  
fe  
en  
Jesucristo.  
Así  
es  
que,  
entonces,  
nos

damos  
cuenta  
de  
que  
llegamos  
a  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios  
mediante  
la  
fe,  
y  
completamente  
aparte  
de  
las  
obras  
que  
mandaba  
la  
Ley.  
Porque,  
¿es  
que  
Dios  
es  
sólo  
el  
Dios  
de  
los  
judíos?  
¿No  
lo  
es  
también  
de  
los  
gentiles?  
¡Pues  
claro  
que  
sí!  
Si,  
como  
es  
en  
verdad,  
no  
hay  
más  
que  
un  
Dios,  
Él  
es  
el

Dios  
que  
traerá  
a  
los  
que  
están  
circuncidados  
a  
la  
perfecta  
relación  
con  
Él  
mediante  
la  
fe,  
y  
a  
los  
que  
no  
sabían  
nada  
de  
la  
circuncisión  
también

mediante  
la  
fe.  
¿Cancelamos  
entonces  
completamente  
toda  
ley  
mediante  
la  
fe?  
¡De  
ninguna  
manera!,  
sino  
que  
confirmamos  
la  
Ley.

Pablo  
desarrolla  
aquí  
tres  
puntos.

(i)  
Si

el  
camino  
a  
Dios  
es  
el  
de  
la  
fe  
y  
la  
aceptación,  
queda  
descartada  
toda  
presunción  
por  
méritos  
humanos.  
Había  
cierto  
tipo  
de  
religiosidad  
judía  
que  
pretendía  
llevar  
una  
cuenta  
de  
debe  
y  
haber  
con  
Dios,  
y  
el  
que  
la  
llevaba  
-naturalmente,  
el  
hombre-llegaba  
al  
convencimiento  
de  
que  
Dios  
estaba  
en  
deuda  
con  
él.  
Pablo  
partía  
de  
la  
base  
de



que  
todos  
los  
seres  
humanos  
somos  
pecadores  
y  
estamos  
en  
deuda  
con  
Dios,  
y  
que  
nadie  
puede  
llegar  
por  
su  
propio  
esfuerzo  
a  
estar  
en  
paz  
con  
Dios;  
por  
tanto,  
no  
hay  
la  
menor  
base  
para  
estar  
satisfecho  
o  
presumir  
de  
ningún  
mérito  
propio.  
Y  
después  
de  
conocer  
a  
Cristo,  
«todo  
lo  
bueno  
que  
haya  
podido  
hacer  
no  
he  
sido

yo  
sino  
la  
Gracia  
de  
Dios  
obrando  
en  
mí»  
(1  
Corintios  
15:10).  
(ii)  
Pero  
un  
judío  
podría  
objetar:  
«Eso  
está  
muy  
bien  
para  
un  
gentil  
que  
no  
conoce  
la  
Ley;  
pero  
no  
para  
un  
judío  
que  
la  
conoce.»  
A  
eso  
Pablo  
contestaría  
con  
la  
frase  
que  
es  
la  
base  
del  
credo  
de  
Israel  
y  
con  
la  
que  
empiezan  
todas  
sus

devociones  
privadas  
y  
públicas:  
«Oye,  
Israel:  
El  
SEÑOR  
nuestro  
Dios  
es  
el  
Unico  
Dios»  
(Deuteronomio  
6:4).  
No  
hay  
un  
Dios  
para  
los  
judíos  
y  
otros  
para  
los  
gentiles.  
Dios  
no  
hay  
más  
que  
Uno.  
El  
camino  
a  
Dios  
es  
el  
mismo  
para  
judíos  
y  
gentiles;  
y  
no  
es  
el  
de  
los  
méritos  
humanos,  
sino  
el  
de  
la  
confianza  
y  
la

aceptación  
creyente.  
(iii)  
«Pero  
-podría  
decir  
el  
judío-,  
¿quiere  
eso  
decir  
que  
la  
Ley  
no  
cuenta  
para  
nada?»  
Y  
podríamos  
esperar  
que  
Pablo  
contestara  
que  
sí;  
pero  
contesta:  
«  
No.»  
Dice  
que,  
por  
el  
contrario,  
lo  
que  
hace  
es  
dar  
más  
valor  
a  
la  
Ley.  
Lo  
que  
Pablo  
quiere  
decir  
es  
que,  
hasta  
ahora,  
los  
judíos  
han  
procurado  
ser  
buenos

y  
cumplir  
los  
mandamientos  
porque  
le  
tenían  
miedo  
a  
Dios  
y  
les  
aterraba  
el  
castigo  
que  
les  
reportaría  
el  
quebrantar  
la  
Ley.  
Pero  
esa  
actitud  
ya  
no  
tiene  
la  
menor  
justificación,  
porque  
lo  
único  
que  
tiene  
ahora  
suprema  
importancia  
es  
el  
amor  
de  
Dios.

Debemos  
esforzarnos  
por  
ser  
buenos  
y  
cumplir  
la  
Ley  
de  
Dios,  
pero  
no  
ya  
porque  
tenemos  
miedo  
al  
castigo  
de  
Dios,  
sino  
porque  
nos  
damos  
cuenta  
de  
que  
debemos  
hacer  
todo  
lo  
posible  
para  
ser  
dignos  
de  
ese  
amor  
tan  
maravilloso.  
El  
esforzarnos  
por  
ser  
buenos  
no  
viene  
de  
tenerle  
miedo  
a  
Dios,  
sino  
de  
tenerle  
amor.  
Ahora  
sabemos

que  
el  
pecado  
no  
es  
quebrantar  
la  
Ley,  
sino  
quebrantar  
el  
corazón  
de  
Dios;  
y  
es,  
por  
tanto,  
mucho  
más  
terrible.

Comparemos  
esto  
con  
lo  
que  
pasa  
en  
el  
nivel  
humano.  
Muchas  
personas  
se  
enfrentan  
con  
la  
tentación  
de  
hacer  
algo  
que  
no  
está  
bien;  
y  
no  
lo  
hacen,  
no  
porque  
tienen  
miedo  
a  
las  
consecuencias  
legales  
-una

multa,  
o  
la  
cárcel-, sino  
porque  
no  
podrían  
enfrentarse  
con  
el  
dolor  
o  
la  
tristeza  
en  
los  
ojos  
de  
algún  
ser  
querido  
o  
varios.  
No  
es  
la  
ley  
del  
temor,  
sino  
la  
ley  
del  
amor  
la  
que  
les  
ha  
evitado  
dar  
el  
mal  
paso.

Esa  
debe  
ser  
nuestra  
actitud  
con  
Dios.  
Hemos  
sido  
liberados  
de  
la  
esclavitud  
de  
la



ley  
del  
miedo,  
pero  
eso  
no  
justifica  
el  
que  
vivamos  
de  
cualquier  
manera.  
Ya  
no  
podemos  
hacer  
las  
cosas  
buscando  
sólo  
nuestro  
gusto  
e  
interés  
material,  
porque  
lo  
que  
ahora  
nos  
mueve  
a  
la  
bondad  
es  
la  
ley  
del  
amor,  
a  
la  
que  
nos  
sentimos  
más  
obligados  
que  
antes  
a  
la  
ley  
del  
miedo.

CREER  
EN  
LA  
PALABRA

DE  
DIOS

Romanos  
4:1-8

¿Qué  
podemos  
decir  
que  
encontró  
nuestro  
patriarca  
Abraham,  
de  
quien  
todos  
los  
judíos  
somos  
descendientes?  
Si  
entró  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
gracias  
a  
sus  
obras,  
puede  
estar  
orgulloso  
de  
algo,  
pero  
no  
en  
relación  
con  
Dios.  
Pero,  
¿qué  
es  
lo  
que  
dice  
la  
Escritura?  
«Abraham  
confió  
en  
Dios,  
y  
aquello

se  
le  
contó  
como  
justicia.»  
EL  
que  
hace  
un  
trabajo  
no  
recibe  
el  
sueldo  
por  
misericordia,  
sino  
como  
algo  
que  
se  
le  
debe.  
Pero,  
al  
que  
confía  
en  
el  
Dios  
que  
trata  
al  
que  
no  
es

bueno  
como  
si  
lo  
fuera,  
la  
fe  
se  
le  
cuenta  
como  
justicia.  
Así  
dice  
David  
que  
considera  
dichoso  
al  
que  
Dios  
trata

como  
justo  
sin  
que  
haya  
hecho  
ninguna  
cosa  
especial:  
<  
¡Dichosos  
aquellos  
a  
los  
que  
se  
perdonan  
las  
transgresiones  
y  
cubren  
los  
pecados!  
¡Dichoso  
el  
hombre  
a  
quien  
Dios  
no  
le  
lleva  
la  
cuenta  
del  
pecado!»

Pablo  
pasa  
a  
hablar  
de  
Abraham  
por  
tres  
razones.

(i)  
Los  
judíos  
consideraban  
a  
Abraham  
el  
patriarca  
de  
su  
raza

y  
el  
dechado  
de  
todo  
lo  
que  
debe  
ser  
un  
hombre;  
por  
tanto  
sería  
natural  
que  
le  
preguntaran  
a  
Pablo:  
<  
Si  
lo  
que  
dices  
es  
cierto,  
¿qué  
fue  
lo  
que  
Dios  
vio  
en  
Abraham  
cuando  
le  
eligió  
para  
que  
fuera  
el  
patriarca  
de  
Su  
pueblo  
escogido?  
¿En  
qué  
era  
diferente  
de  
los  
demás?>  
Pablo  
se  
dispone  
a  
contestar  
a

esa  
pregunta.  
(ii)  
Pablo  
ha  
estado  
tratando  
de  
demostrar  
que  
lo  
que  
pone  
a  
un  
hombre  
en  
relación  
con  
Dios  
no  
es  
el  
cumplimiento  
de  
lo  
que  
establece  
la  
Ley,  
sino  
sencillamente  
la  
confianza  
que  
se  
manifiesta  
en  
una  
entrega  
incondicional  
creyendo  
que  
Dios  
tiene  
palabra  
y  
que  
nos  
sigue  
amando  
a  
pesar  
de  
que  
no  
hemos  
hecho  
nada  
para

merecerlo.  
La  
reacción  
inmediata  
de  
los  
judíos  
sería:  
«Esto  
es  
algo  
completamente  
nuevo,  
y  
que  
contradice  
todo  
lo  
que  
se  
nos  
ha  
dicho  
que  
tenemos  
que  
creer.  
Esto  
es  
totalmente  
increíble.»  
Y  
Pablo  
responde:  
«Lejos  
de  
ser  
nada  
nuevo,  
esta  
doctrina  
es  
tan  
antigua  
como  
la  
fe  
de  
Israel.  
Lejos  
de  
ser  
una  
herejía  
novedosa,  
es  
la  
misma  
base  
de

la  
religión  
judía.»  
Y  
eso  
es  
lo  
que  
se  
dispone  
a  
demostrar.  
(iii)  
Pablo  
empieza  
hablando  
de  
Abraham  
porque  
es  
un  
maestro  
consciente  
Y  
sabe  
cómo  
funciona  
la  
mente  
humana.  
Ha  
estado  
hablando  
de  
la  
fe.  
La  
fe  
es  
una  
idea  
abstracta.  
Una  
mente  
sencilla  
tiene  
dificultad  
para  
captar  
las  
ideas  
abstractas.  
Un  
buen  
maestro  
sabe  
que  
las  
ideas  
hay



que  
personificarlas;  
que  
la  
única  
manera  
de  
que  
una  
mente  
corriente  
pueda  
entender  
una  
idea  
abstracta  
es  
presentársela  
en  
acción,  
en  
una  
persona.  
Así  
es  
que  
lo  
que  
Pablo  
dice  
en  
realidad  
es:  
«He  
estado  
hablando  
de  
la  
fe.  
Si  
quieres  
saber  
lo  
que  
es  
la  
fe,  
mira  
a  
Abraham.»  
Cuando  
Pablo  
empieza  
a  
hablar  
de  
Abraham  
se  
coloca  
en

un  
terreno  
que  
les  
era  
conocido  
a  
todos  
los  
judíos.  
Abraham  
ocupaba  
un  
puesto  
de  
honor  
en  
su  
pensamiento.  
Era  
el  
fundador  
de  
la  
nación.  
Fue  
el  
primer  
hombre  
con  
quien  
Dios  
se  
puso  
en  
contacto.  
Fue  
un  
hombre  
único,  
porque  
Dios  
le  
escogió,  
y  
porque  
escuchó  
y  
obedeció  
a  
Dios.  
Los  
rabinos  
habían  
discu-  
tido  
mucho  
sobre  
Abraham.  
La

esencia  
de  
su  
grandeza  
era  
para  
Pablo  
que  
Dios  
se  
había  
puesto  
en  
contacto  
con  
él  
y  
le  
había  
mandado  
marcharse  
de  
su  
casa  
y  
de  
sus  
parientes  
y  
amigos  
y  
medio  
de  
vida,  
y  
le  
había  
dicho:  
«Si  
te  
embarcas  
en  
esta  
gran  
aventura  
de  
fe,  
llegarás  
a  
ser  
el  
padre  
de  
una  
gran  
nación.»  
Abraham  
creyó  
que  
Dios

tenía  
palabra;  
no  
se  
puso  
a  
discutir,  
ni  
a  
dudar,  
sino  
que  
se  
puso  
en  
camino  
sin  
saber  
adónde  
iba  
(Hebreos  
11:8).  
Lo  
que  
le  
puso  
en  
relación  
con  
Dios  
no  
fue  
el  
haber  
cumplido  
meticulosamente  
los  
preceptos  
de  
una  
ley,  
sino  
el  
poner  
toda  
su  
confianza  
en  
Dios  
y  
estar  
dispuesto  
a  
dedicarle  
su  
vida.  
Para  
Pablo  
eso  
era

la  
fe,  
y  
fue  
la  
fe  
de  
Abraham  
lo  
que  
hizo  
que  
Dios  
le  
considerara  
bueno.  
Unos  
pocos,  
muy  
pocos,  
de  
los  
rabinos  
más  
avanzados  
pensaban  
así.  
Había  
un  
comentario  
rabínico  
que  
decía:  
«  
Nuestro  
padre  
Abraham  
heredó  
este  
mundo  
y  
el  
mundo  
venidero  
únicamente  
por  
el  
mérito  
de  
la  
fe  
con  
que  
creyó  
en  
el  
Señor;  
porque  
dice  
la

Escritura  
que  
"creyó  
al  
Señor,  
y  
Él  
se  
lo  
contó  
como  
justicia."»  
Pero  
la  
inmensa  
mayoría  
de  
los  
rabinos  
manipulaban  
la  
historia  
de  
Abraham  
para  
ponerla  
de  
acuerdo  
con  
sus  
creencias.  
Sostenían  
que  
Abraham  
era  
el  
único  
justo  
de  
su  
generación,  
y  
por  
tanto  
Dios  
le  
eligió  
como  
patriarca  
de  
su  
pueblo  
escogido.  
La  
objeción  
inmediata  
sería:  
«Si  
la  
única

manera  
de  
ser  
justo  
es  
cumplir  
perfectamente  
la  
Ley,  
¿cómo  
pudo  
serlo  
Abraham,  
que

vivió  
cientos  
de  
años  
antes  
de  
que  
se  
promulgara  
la  
Ley?»  
Y  
los  
rabinos  
contestaban  
con  
la  
extraña  
teoría  
de  
que  
Abraham  
cumplió  
la  
Ley  
por  
intuición  
o  
por  
anticipación.  
«En  
aquel  
entonces  
-dice  
el  
Apocalipsis  
de  
Baruc  
57:2-la  
Ley  
no  
escrita  
se  
conocía  
instintivamente,  
y  
así  
se  
podían  
cumplir  
los  
mandamientos.»  
«Cumplió  
la  
Ley  
del  
Altísimo  
-dice  
Eclesiástico



44:20s-y  
entró  
en  
alianza  
con  
Dios...  
Por  
tanto,

Dios  
le  
aseguró  
con  
un  
juramento  
que  
las  
naciones  
serían  
benditas  
en  
su  
descendencia.»  
Los  
rabinos  
estaban  
tan  
enamorados  
de  
su  
teoría  
de  
las  
obras  
que  
insistían  
en  
que  
Abraham  
había  
sido  
elegido  
por  
sus  
obras,  
aunque  
entonces  
tenían  
que  
suponer  
que  
conocía  
la  
Ley  
por  
anticipación,  
porque  
todavía  
no

había  
sido  
promulgada.

Aquí  
tenemos  
otra  
vez  
la  
raíz  
de  
la  
escisión  
entre  
el  
legalismo  
judío  
y  
la  
fe  
cristiana.

La  
idea  
básica  
de  
los  
judíos  
era  
que  
el  
hombre  
tiene  
que  
ganarse  
el  
favor  
de  
Dios;  
y  
la  
idea  
básica  
del  
Cristianismo  
es  
que  
lo  
único  
que  
puede  
hacer  
el  
hombre  
es  
creer  
que  
Dios  
tiene  
palabra,

Y  
jugárselo  
todo  
a  
que  
Dios  
cumplirá  
sus  
promesas.  
El  
razonamiento  
de  
Pablo,  
realmente  
incontestable,  
era  
que  
Abraham  
había  
entrado  
en  
relación  
con  
Dios,  
no  
por  
cumplir  
toda  
clase  
de  
preceptos  
legales,  
sino  
por  
dar  
crédito  
a  
la  
promesa  
de  
Dios,  
y  
obrar  
en  
consecuencia.

La  
fe  
que  
al  
hombre  
anima,  
-tu  
más  
precioso  
don,  
es  
luz  
en

las  
tinieblas,  
-alivio  
en  
la  
aflicción;  
amparo  
al  
desvalido,  
-  
al  
náufrago  
salud,  
origen  
de  
alegrías,  
-cimiento  
a  
la  
virtud.

JUAN  
BAUTISTA  
CABRERA.

El  
descubrimiento  
supremo  
de  
la  
vida  
cristiana  
es  
que  
no  
tenemos  
que  
torturarnos  
en  
una  
batalla  
perdida  
para  
ganar  
el  
amor  
de  
Dios,  
sino  
que  
lo  
único  
que  
tenemos  
que  
hacer  
es  
aceptarlo

con  
completa  
confianza.  
Es  
verdad  
que,  
después  
de  
eso,  
una  
persona  
de  
bien  
está  
obligada  
toda  
su  
vida  
a  
mostrarse  
agradecida  
por  
ese  
amor.  
Pero  
ya  
no  
es  
un  
criminal  
que  
trata  
de  
cumplir  
una  
ley  
imposible,  
sino  
un  
enamorado  
ofreciéndose  
entero  
al  
que  
le  
amó  
cuando  
no  
lo  
merecía.

James  
Barrie  
contó  
una  
vez  
una  
historia  
acerca

de  
Robert  
Louis  
Stevenson:  
«Cuando  
Stevenson  
fue  
a  
Samoa,  
primero  
se  
construyó  
una  
choza,  
y  
luego  
se  
mudó  
a  
una  
casa  
grande.  
La  
primera  
noche  
que  
pasó  
en  
la  
casa  
grande  
se  
sentía  
muy  
frustrado  
y  
triste  
porque  
no  
se  
le  
había  
ocurrido  
encargarle  
a  
su  
criado  
que  
le  
trajera  
café  
y  
cigarrillos.  
Cuando  
estaba  
pensándolo,  
se  
abrió  
la  
puerta

Y  
entró  
el  
muchacho  
nativo  
con  
una  
bandeja  
de  
café  
Y  
cigarrillos.  
Stevenson  
le  
dijo  
en  
su  
lengua  
nativa:  
«Grande  
es  
tu  
previsión.»  
A  
lo  
que  
contestó  
el  
muchacho,  
corrigiéndole:  
«Grande  
es  
mi  
amor.»  
Prestaba  
sus  
servicios,  
no  
a  
la  
fuerza  
ni  
servilmente,  
sino  
movido  
por  
el  
amor.  
Ese  
es  
el  
móvil  
de  
la  
bondad  
cristiana.

EL  
PADRE

DE  
LOS  
FIELES

Romanos  
4:9-12

¿Se  
le  
nombró  
a  
Abraham  
bienaventurado  
cuando  
ya  
estaba  
circuncidado,  
o  
estando  
todavía  
incircunciso?  
Estamos  
diciendo  
que  
«su  
fe  
se  
le  
contó  
como  
si  
fuera  
bueno».  
¿En  
qué  
circunstancias  
«se  
le  
contó»?  
¿Cuando  
estaba  
circuncidado,  
o  
cuando  
estaba  
sin  
circuncidar?  
No  
fue  
después  
de  
circuncidarse,  
sino  
antes;  
y  
recibió  
la  
señal



de  
la  
circuncisión  
como  
sello  
de  
la  
relación  
con  
Dios  
cuyo  
origen  
fue  
la  
fe  
cuando  
todavía  
estaba  
incircunciso.  
Y  
así  
sucedió  
para  
que  
pudiera  
ser  
el  
padre  
de  
los  
creyentes  
no  
circuncidados,  
para  
que  
a  
ellos  
se  
les  
aplique  
también  
la  
justicia,  
lo  
mismo  
que  
es  
el  
padre  
de  
los  
circuncidados,  
por  
los  
cuales  
yo  
entiendo,  
no  
los  
que

están  
circuncidados  
solamente,  
sino  
que  
caminan  
en  
los  
pasos  
de  
fe  
que  
mostró  
nuestro  
padre  
Abraham  
cuando  
estaba  
todavía  
sin  
circuncidar.

Para  
comprender  
este  
pasaje  
tenemos  
que  
entender  
lo  
importante  
que  
era  
la  
circuncisión  
para  
los  
judíos.  
Para  
ellos,  
si  
uno  
no  
estaba  
circuncidado  
no  
era  
judío,  
aunque  
lo  
fueran  
sus  
padres  
y  
antepasados.  
La  
oración  
judía  
en

la  
circuncisión  
dice:  
«Bendito  
sea  
el  
Que  
santificó  
a  
su  
amado  
desde  
el  
seno  
materno,  
y  
puso  
su  
ordenanza  
sobre  
su  
carne,  
y  
selló  
su  
descendencia  
con  
la  
señal  
del  
santo  
pacto.»  
La  
ordenanza  
rabínica

establece:  
«  
No  
comeréis  
la  
Pascua  
si  
no  
tenéis  
el  
sello  
de  
Abraham  
en  
vuestra  
carne.»  
Si  
un  
gentil  
se  
convertía  
a  
la

religión  
de  
Israel,  
no  
podía  
participar  
plenamente  
en  
ella  
hasta  
que  
hubiera  
cumplido  
tres  
ordenanzas:  
bautismo,  
sacrificio  
y  
circuncisión.

El  
objector  
judío  
al  
que  
está  
contestando  
Pablo  
todo  
el  
tiempo  
todavía  
ataca  
por  
la  
retaguardia.  
«Supongamos  
que  
yo  
admi-  
tiera  
dice-todo  
lo  
que  
estás  
diciendo  
de  
Abraham,  
y  
el  
hecho  
de  
que  
fue  
su  
absoluta  
confianza  
en  
Dios

la  
que  
le  
ganó  
la  
entrada  
en  
la  
perfecta  
relación  
con  
Él;  
pero  
tendrás  
que  
reconocer  
que  
fue  
circuncidado.»  
Y  
Pablo  
hace  
un  
razonamiento  
contundente.  
La  
historia  
del  
llamamiento  
de  
Abraham  
y  
de  
la  
bendición  
que  
Dios  
le  
dio  
está  
en  
Génesis  
15:6;  
y  
la  
historia  
de  
la  
circuncisión  
de  
Abraham  
en  
Génesis  
17:10ss.  
No  
fue  
circuncidado  
realmente  
hasta  
catorce

años  
después  
de  
haber  
respondido  
a  
la  
llamada  
de  
Dios  
Y  
entrado  
en  
aquella  
relación  
exclusiva  
con  
Dios.  
La  
circuncisión  
no  
fue  
la  
puerta  
de  
acceso  
a  
la  
relación  
con  
Dios,  
sino  
el  
signo  
Y  
sello  
de  
que  
ya  
había  
entrado.  
El  
que  
se  
le  
contara  
como  
justicia  
no  
tenía  
nada  
que  
ver  
con  
la  
circuncisión,  
sino  
con  
su  
acto

de  
fe.  
De  
este  
hecho  
indiscutible  
Pablo  
saca  
dos  
conclusiones:

(i)  
Abraham  
no  
es  
el  
padre  
de  
los  
meramente  
circuncidados,  
sino  
de  
los  
que  
hacen  
el  
mismo  
acto  
de  
fe  
en  
Dios  
que  
él  
hizo.  
Es  
decir:  
que  
es  
el  
padre  
de  
todos  
los  
que  
en  
cualquier  
tiempo  
y  
lugar  
han  
creído  
la  
palabra  
de  
Dios  
como  
él,  
aunque  
no  
estén  
circuncidados.  
Esto  
quiere  
decir,  
además,  
que  
el  
verdadero



judío  
es  
el  
que  
confía  
en  
Dios  
como  
Abraham,  
sea  
de  
la  
raza  
que  
sea.  
Todas  
las  
promesas  
de  
Dios  
son,  
no  
para  
la  
nación  
judía,  
sino  
para  
los  
que  
son  
descendientes  
de  
Abraham  
porque  
confían  
en  
Dios  
como  
él.  
Lo  
que  
importa  
no  
es  
pertenecer  
a  
una  
determinada  
nación,  
sino  
una  
manera  
de  
vivir  
y  
una  
relación  
con  
Dios. Los

descendientes  
de  
Abraham  
no  
son  
los  
que  
pertenecen  
a  
una  
nación  
determinada,  
sino  
los  
que  
pertenecen  
a  
la  
familia  
de  
Dios,  
sean  
de  
la  
nación  
que  
sean.  
(ii)  
La  
inversa  
también  
es  
cierta.  
Uno  
puede  
ser  
judío  
de  
pura  
cepa  
y  
estar  
circuncidado,  
y  
sin  
embargo  
no  
ser  
descendiente  
de  
Abraham  
en  
el  
verdadero  
sentido.  
No  
tiene  
ningún  
derecho  
a

llamar  
a  
Abraham  
su  
padre  
ni  
a  
reclamar  
las  
promesas  
de  
Dios  
a  
menos  
que  
emprenda  
la  
aventura  
de  
la  
fe  
que  
hizo  
Abraham.  
Con  
un  
breve  
pasaje  
Pablo  
ha  
producido  
una  
sacudida  
en  
todo  
el  
pensamiento  
judío.  
Los  
judíos  
creían  
que,  
por  
el  
hecho  
de  
serlo,  
gozaban  
automáticamente  
de  
los  
privilegios  
de  
la  
bendición  
de  
Dios  
y  
de  
la

inmunidad  
del  
castigo.  
La  
prueba  
de  
que  
se  
era  
judío  
era  
la  
circuncisión.  
Tan  
literalmente  
tomaban  
esto  
algunos  
rabinos  
que  
de  
hecho  
llegaban  
a  
decir  
que,  
si  
un  
judío  
era  
tan  
malo  
que  
Dios  
tenía  
que  
condenarle,  
había  
un  
ángel  
cuya  
misión  
era  
volverle  
otra  
vez  
incircunciso  
antes  
de  
entrar  
en  
el  
lugar  
del  
castigo.

Pablo  
ha  
dejado

bien  
sentado  
el  
gran  
principio  
de  
que  
el  
camino  
a  
Dios  
no  
consiste  
en  
pertenecer  
a  
una  
cierta  
nación,  
ni  
en  
llevar  
en  
el  
cuerpo  
una  
señal;  
sino  
la  
fe  
que  
cree  
la  
Palabra  
de  
Dios,  
según  
la  
cual  
todo  
depende,  
no  
de  
los  
méritos  
del  
hombre,  
sino  
solamente  
de  
la  
Gracia  
de  
Dios.

TODO  
POR  
GRACIA

Romanos  
4:13-17

No  
fue  
por  
medio  
de  
la  
Ley  
como  
se  
transmitió  
la  
promesa  
de  
heredar  
la  
Tierra  
a  
Abraham  
Y  
a  
su  
«simiente»,  
sino  
que  
vino  
de  
aquella  
correcta  
relación  
con  
Dios  
que  
tuvo  
su  
origen  
en  
la  
fe.  
Si  
los  
vasallos  
de  
la  
Ley  
son  
los  
herederos,  
entonces  
la  
fe  
pierde  
todo  
su  
sentido,  
y

la  
promesa  
resulta  
inoperante.  
Porque  
lo  
que  
produce  
la  
Ley  
es  
ira;  
pero  
donde  
no  
existe  
una  
ley  
tampoco  
puede  
haber  
transgresión.  
Así  
es  
que  
todo  
depende  
de  
la  
fe,  
para  
que  
quede  
claro  
que  
es  
cuestión  
de  
Gracia,  
y  
se  
garantice  
la  
promesa  
a  
todos  
los  
descendientes  
de  
Abraham,  
no  
sólo  
los  
que  
pertenecen  
a  
la  
tradición  
de  
la

Ley, sino  
también  
los  
que  
son  
de  
la  
familia  
de  
Abra-

ham  
en  
virtud  
de  
la  
fe.  
Abraham  
es  
el  
padre  
de  
todos  
nosotros;  
porque  
está  
escrito:  
<  
Te  
he  
nombrado  
padre  
de  
muchas  
naciones.

»  
Y  
así  
es  
para  
Dios  
porque  
creyó  
en  
Él  
como  
el  
Que  
llama  
a  
los  
muertos  
a  
la  
vida,  
Y  
a  
la  
existencia  
a



cosas  
que  
todavía  
no  
existen.

Dios  
le  
hizo  
a  
Abraham  
una  
promesa  
maravillosa.

Le  
prometió  
que  
sería  
una  
gran  
nación,

y  
que  
en  
él  
serían  
benditas  
todas  
las  
familias  
de  
la  
Tierra  
(Génesis  
12:2s).

La  
Tierra  
se  
le  
daría  
como  
heredad.

Y  
Dios  
le  
hizo  
esa  
promesa  
simplemente  
porque  
puso  
su  
confianza  
en  
Él.  
No  
la  
recibió  
por

haber  
amontonado  
méritos  
cumpliendo  
los  
mandamientos  
de  
la  
Ley,  
sino  
como  
una  
gracia  
generosa  
en  
respuesta  
a  
su  
fe  
absoluta  
en  
Dios.  
La  
promesa,  
como  
lo  
vio  
Pablo,  
dependía  
exclusivamente  
de  
dos  
cosas:  
de  
la  
Gracia  
generosa  
e  
inmerecida  
de  
Dios,  
y  
de  
la  
perfecta  
fe  
de  
Abraham.

La  
Gracia  
es  
la  
mano  
que  
da,  
y  
la  
fe,

la  
mano  
que  
recibe,  
como  
en  
la  
famosa  
pintura  
de  
Miguel  
Ángel.

Los  
judíos  
seguirían  
preguntando:  
«¿Cómo  
puede  
uno  
entrar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
para  
estar  
incluido  
en  
esta  
gran  
promesa?»  
La  
respuesta  
que  
ellos  
mismos  
daban  
era:  
«Adquiriendo  
méritos  
ante  
Dios  
haciendo  
lo  
que  
manda  
la  
Ley.»  
Es  
decir,  
uno  
tiene  
que  
conseguirlo  
por  
su

propio  
esfuerzo.  
Pero  
Pablo  
veía  
con  
absoluta  
claridad  
que  
esta  
actitud  
judía  
había  
destruido  
totalmente  
la  
promesa.  
Y  
la  
razón  
era  
que  
no  
hay  
nadie  
que  
pueda  
cumplir  
perfectamente  
la  
Ley;  
por  
tanto,  
si  
la  
promesa  
depende  
de  
la  
observancia  
de  
la  
Ley,  
no  
se  
puede  
cumplir.

Pablo  
veía  
las  
cosas  
con  
claridad  
meridiana.  
Veía  
dos  
maneras  
mutuamente

excluyentes  
de  
tratar  
de  
entrar  
en  
relación  
con  
Dios:  
una  
dependía  
del  
esfuerzo  
humano,  
y  
la  
otra,  
de  
la  
Gracia  
divina.  
La  
primera  
era  
una  
batalla  
irremisiblemente  
perdida  
para  
obedecer  
una  
ley  
imposible;  
y  
la  
segunda,  
la  
fe  
que  
no  
hace  
más  
que  
cogerle  
a  
Dios  
la  
palabra.  
Cada  
una  
tenía  
tres  
partes:

(i)  
Por  
una  
parte  
tenemos

la  
promesa  
de  
Dios.  
Hay  
dos  
palabras  
griegas  
que  
quieren  
decir  
promesa:  
Hyposjésis  
es  
una  
promesa  
con  
condiciones  
-«Prometo  
hacer  
esto  
si  
tú  
haces  
lo  
otro»-.  
Epanguelía  
quiere  
decir  
una  
promesa  
que  
se  
hace  
generosamente  
y  
sin  
ninguna  
condición  
por  
la  
otra  
parte;  
y  
esta  
es  
la  
palabra  
que  
usa  
Pablo;  
como  
si  
dijéramos:  
<  
Dios  
es  
como  
una  
padre

humano;  
promete  
amar  
a  
sus  
hijos  
independientemente  
de  
lo  
que  
hagan.»  
Cierto  
que  
amará  
a  
algunos  
de  
nosotros  
con  
un  
amor  
que  
le  
hace  
estar  
contento,  
y  
a  
otros  
con  
un  
amor  
que  
le  
hará  
estar  
triste;  
pero  
en  
ambos  
casos  
es  
un  
amor  
que  
no  
nos  
abandonará  
jamás.  
No  
depende  
de  
nuestros  
méritos,  
sino  
sólo  
del  
generoso  
corazón  
de

Dios.  
(ii)  
Tenemos  
la  
fe.  
Fe  
es  
la  
seguridad  
de  
que  
Dios  
es  
realmente  
así.  
Es  
jugárnoslo  
todo  
a  
su  
amor.



(iii)  
Tenemos  
la  
Gracia.  
Un  
regalo  
de  
gracia  
es  
siempre  
algo  
que  
no  
se  
gana  
ni  
merece.  
La  
verdad  
es  
que  
nadie  
puede  
ganar  
el  
amor  
de  
Dios.  
Tenemos  
que  
encontrar  
nuestra  
gloria,  
no  
en  
lo  
que  
podamos  
hacer  
por  
Dios,  
sino  
en  
lo  
que  
Él  
ha  
hecho  
por  
nosotros.  
(i)  
Por  
otra  
parte  
tenemos  
la  
Ley.  
Lo  
que

pasa  
con  
la  
ley  
es  
que  
siempre  
puede  
diagnosticar  
la  
enfermedad,  
pero  
no  
puede  
curarla.

La  
Ley  
le  
dice  
a  
uno  
lo  
que  
está  
mal,  
pero  
no  
le  
ayuda  
a  
evitarlo.

De  
hecho,  
como  
Pablo  
señalará  
más  
adelante,  
hay  
una  
especie  
de  
paradoja  
terrible  
en  
la  
Ley.

La  
naturaleza  
humana  
tiende  
a  
querer  
aquello  
que  
se  
le  
prohíbe.

<  
La

fruta  
robada  
es  
la  
más  
dulce.»  
Así  
que  
la  
Ley  
puede  
de  
hecho  
inducirnos  
a  
desear  
precisamente  
lo  
que  
nos  
prohíbe.  
La  
consecuencia  
natural  
de  
la  
Ley  
es  
el  
juicio;  
Y,  
mientras  
una  
persona  
viva  
en  
una  
religión  
cuyo  
principal  
componente  
sea  
la  
Ley,  
no  
puede  
verse  
a  
sí  
misma  
más  
que  
como  
un  
criminal  
ante  
el  
tribunal  
de  
Dios.

(ii)  
Tenemos  
la  
transgresión.  
En  
cuanto  
se  
introduce  
la  
ley,  
la  
transgresión  
la  
sigue.  
No  
se  
puede  
quebrantar  
una  
ley  
que  
no  
existe,  
ni  
se  
puede  
condenar  
a  
nadie  
por  
quebrantar  
una  
ley  
que  
no  
sabía  
que  
existiera  
-aunque  
es  
un  
principio  
jurídico  
que  
la  
ignorancia  
de  
la  
ley  
no  
exime  
de  
su  
cumplimiento-.  
Si  
no  
hacemos  
más  
que  
introducir

una  
ley,  
y  
si  
hacemos  
de  
la  
religión  
exclusivamente  
una  
cuestión  
de  
obedecer  
una  
ley,  
la  
vida  
se  
reduce  
a  
una  
cadena  
de  
transgresiones  
a  
la  
espera  
del  
castigo.  
(iii)  
Tenemos  
la  
ira.  
Pensad  
en  
la  
ley,  
y  
en  
la  
transgresión, e  
inevitablemente  
el  
siguiente  
pensamiento  
será  
la  
ira.  
Pensad  
en  
Dios  
en  
términos  
de  
ley,  
y  
no  
podréis  
evitar  
el

pensar  
en  
Él  
en  
términos  
de  
justicia  
ofendida.  
Pensad  
en  
una  
persona  
en  
términos  
de  
ley,  
y  
no  
podréis  
considerarla  
más  
que  
como  
culpable  
y  
destinada  
a  
la  
condenación  
de  
Dios.  
Así  
es  
que  
Pablo  
pone  
ante  
los  
romanos  
dos  
caminos:  
uno  
es  
el  
del  
que  
trata  
de  
relacionarse  
debidamente  
con  
Dios  
mediante  
su  
propio  
esfuerzo;  
y  
el  
otro,  
el

del  
que  
entra  
por  
la  
fe  
en  
una  
relación  
con  
Dios  
que  
ya  
existe  
por  
la  
gracia  
de  
Dios  
para  
que  
él  
pueda  
entrar  
con  
confianza.

LA  
FE  
EN  
UN  
DIOS  
QUE  
HACE  
POSIBLE  
LO  
IMPOSIBLE

Romanos 4:18-25

Abraham  
tuvo  
esperanza  
para  
creer  
contra  
toda  
esperanza  
que  
él  
podía  
llegar  
a  
ser  
el  
padre  
de  
muchas

naciones,  
como  
dice  
la  
Escritura  
en  
el  
pasaje  
de  
«Así  
será  
tu  
descendencia.  
»  
No  
tuvo  
una  
fe  
raquítica,  
aunque  
se  
daba  
perfecta  
cuenta  
de  
que,  
ya  
entonces,  
había  
perdido  
la  
vitalidad  
corporal,  
porque  
era  
casi  
centenario,  
y  
que  
Sara  
tampoco  
podía  
dar  
la  
vida  
a  
hijos.  
No  
vaciló  
ante  
la  
promesa  
de  
Dios  
por  
incredulidad,  
sino  
se  
vitalizó  
por



medio  
de  
la  
fe,  
dio  
gloria  
a  
Dios,  
y  
se  
mantuvo  
firmemente  
convencido  
de  
que  
el  
Que  
le  
había  
hecho  
la  
promesa  
era  
también  
capaz  
de  
cumplirla.

Así  
es  
que  
la  
fe  
se  
le  
contó  
como  
si  
fuera  
justo.

Y  
no  
fue  
sólo  
por  
él  
por  
quien  
dice  
la  
Escritura  
que  
«se  
le  
contó  
como  
si  
fuera  
justo»,  
sino  
también

por  
nosotros,  
que  
creemos  
en  
el  
Que  
resucitó  
a  
nuestro  
Señor  
Jesús,  
Que  
fue  
entregado  
por  
nuestro  
pecado  
Y  
resucitado  
para  
introducirnos  
en  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios.

El  
pasaje  
anterior  
acababa  
diciendo  
que  
Abraham  
creyó  
en  
el  
Dios  
que  
llama  
a  
los  
muertos  
a  
la  
vida  
Y  
que  
hace  
ser  
lo  
que  
no  
era.

En

este  
pasaje,  
el  
pensamiento  
de  
Pablo  
vuelve  
a  
otro  
ejemplo  
sobresaliente  
de  
la  
disposición  
de  
Abraham  
a  
cogerle  
la  
palabra  
a  
Dios.  
La  
promesa  
de  
que  
todas  
las  
familias  
de  
la  
Tierra  
serían  
benditas  
en  
su  
descendencia  
se  
le  
dio  
a  
Abraham  
cuando  
ya  
era  
viejo.  
Su  
mujer,  
Sara,  
siempre  
había  
sido  
estéril;  
y  
entonces,  
cuando  
él  
tenía  
cien  
años

y  
ella  
noventa  
(Génesis  
17:17),  
les  
llegó  
la  
promesa  
de  
que  
tendrían  
un  
hijo.  
A  
todas  
luces  
parecía  
totalmente  
increíble  
e  
irrealizable,  
porque  
a  
él  
ya  
se  
le  
había  
pasado  
la  
edad  
de  
engendrar  
y  
a  
ella  
la  
de  
concebir  
y  
dar  
a  
luz.  
Pero,  
una  
vez  
más,  
Abraham  
le  
tomó  
la  
palabra  
a  
Dios,  
y  
de  
nuevo  
fue  
la

fe  
lo  
que  
se  
le  
contó  
a  
Abraham  
por  
justicia.

Lo  
que  
puso  
a  
Abraham  
en  
relación  
con  
Dios  
fue  
el  
creer  
Su  
palabra.  
Los  
rabinos  
judíos  
tenían  
un  
dicho  
que  
aquí  
cita  
Pablo.  
Decían:  
«  
Lo  
que  
está  
escrito  
de  
Abraham  
está  
escrito  
de  
sus  
hijos.»  
Querían  
decir  
que  
las  
promesas  
que  
Dios  
le  
hizo  
a  
Abraham

se  
aplican  
también  
a  
sus  
hijos.  
Por  
tanto,  
si  
lo  
que  
le  
puso  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
fue  
estar  
dispuesto  
a  
dar  
crédito  
a  
Su  
palabra,  
lo  
mismo  
nos  
sucederá  
a  
nosotros.  
No  
fueron  
las  
obras  
que  
mandaba  
la  
Ley,  
sino  
la  
fe  
que  
confía  
lo  
que  
estableció  
la  
relación  
que  
debe  
existir  
entre  
Dios  
y  
el  
hombre.

La  
esencia  
de  
la  
fe  
de  
Abraham  
en  
este  
caso  
fue  
que  
creyó  
que  
Dios  
puede  
hacer  
posible  
lo  
imposible.  
Mientras  
creamos  
que  
todo  
depende  
de  
nuestro  
esfuerzo  
no  
tenemos  
más  
remedio  
que  
ser  
pesimistas,  
porque  
la  
triste  
lección  
de  
la  
experiencia  
es  
que  
es  
muy  
poco  
lo  
que  
podemos  
lograr  
con  
nuestro  
esfuerzo.  
Cuando  
nos  
damos  
cuenta

de  
que  
no  
es  
nuestro  
esfuerzo  
sino  
la  
Gracia  
y  
el  
poder  
de  
Dios  
lo  
que  
importa,  
entonces  
podemos  
ser  
optimistas,  
porque  
podemos  
creer  
que  
no  
hay  
imposibles  
para  
Dios.

Se  
dice  
que  
una  
vez  
santa  
Teresa  
quería  
construir  
un  
convento,  
y  
no  
tenía  
más  
que  
una  
cantidad  
insignificante  
de  
dinero.



Alguien  
le  
dijo:  
<  
Ni  
siquiera  
Teresa  
puede  
hacer  
tanto  
con  
tan  
poco.»  
Y  
ella  
contestó:  
«Cierto;  
pero  
Teresa,  
con  
tan  
poco  
y  
Dios  
puede  
hacerlo  
todo.»  
Uno  
puede  
dudar  
de  
emprender  
una  
gran  
tarea  
por  
sí  
mismo;  
pero  
no  
tiene  
por  
qué  
dudar  
si  
Dios  
está  
con  
él.  
La  
gran  
misionera  
maestra  
Ann  
Hynter  
Small  
cuenta  
que  
su

padre,  
que  
también  
había  
sido  
misionero,  
solía  
decir:

«  
¡Qué  
malvados  
y  
qué  
estúpidos  
son  
los  
que  
no  
hacen  
más  
que  
gruñir!»

Y  
el  
dicho  
favorito  
de  
ella  
era:  
«Una  
iglesia  
que  
está  
viva  
se  
atreve  
con  
todo.»  
El  
atreverse  
sólo  
es  
posible  
cuando  
una  
persona  
o  
una  
iglesia  
confía  
en  
la  
Palabra  
de  
Dios.

CONFIANDO  
EN  
DIOS

Romanos  
5:1-5

Entonces,  
como  
hemos  
entrado  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
por  
medio  
de  
la  
fe,  
disfrutemos  
de  
estar  
en  
paz  
con  
Él  
mediante  
nuestro  
Señor  
Jesucristo.  
Por  
medio  
de  
Él, por  
la  
fe,  
estamos  
en  
posesión  
de  
una  
introducción  
a  
esta  
Gracia  
en  
la  
que  
nos  
sentimos  
seguros;  
así  
que,  
encontremos  
nuestra  
gloria  
en  
la

esperanza  
de  
la  
gloria  
de  
Dios.  
Y  
no  
sólo  
eso,  
sino  
hallamos  
que  
las  
dificultades  
conducen  
ala  
gloria;  
porque  
sabemos  
que  
la  
oposición  
produce  
entereza;  
la  
entereza,  
carácter;  
el  
carácter,  
esperanza;  
una  
esperanza  
que  
no  
es  
ilusoria,  
porque  
el  
Espíritu  
Santo  
Que  
se  
nos  
ha  
dado  
ha  
derramado  
el  
amor  
de  
Dios  
en  
nuestros  
corazones.

Aquí  
tenemos  
uno

de  
esos  
grandes  
pasajes  
líricos  
de  
Pablo,  
en  
el  
que  
canta  
el  
íntimo  
gozo  
de  
su  
confianza  
en  
Dios.  
La  
confianza  
de  
la  
fe  
realiza  
lo  
que  
nunca  
podría  
conseguir  
el  
esfuerzo  
por  
producir  
las  
obras  
de  
la  
Ley:  
le  
da  
al  
hombre  
la  
paz  
con  
Dios.  
Hasta  
que  
vino  
Jesús,  
nadie  
podía  
sentirse  
realmente  
cerca  
de  
Dios.

Algunos  
han  
llegado  
a  
pensar  
en  
Dios,  
no  
como  
el  
Bien  
supremo,  
sino  
como  
el  
mal  
supremo.  
Antonio  
Machado  
escri-  
bió  
en  
su  
poema  
El  
dios  
ibero:

«¡Señor,  
por  
Quien  
arranco  
el  
pan  
con  
pena,  
sé  
tu  
poder,  
conozco  
mi  
cadena!  
¡Oh  
dueño  
de  
la  
nube  
del  
estío  
que  
la  
campiña  
arrasa,  
del  
seco  
otoño,  
del  
helar  
tardío,

y  
del  
bochorno  
que  
la  
mies  
abrasa!»

Algunos  
han  
considerado  
a  
Dios  
como  
el  
supremo  
forastero,  
el  
totalmente  
inalcanzable.  
En  
uno  
de  
los  
libros  
de  
H.  
G.  
Wells  
se  
encuentra  
la  
historia  
de  
un  
hombre  
de  
negocios  
que  
tenía  
la  
mente  
tan  
tensa  
que  
estaba  
al  
borde  
de  
la  
locura.  
Su  
médico  
le  
dijo  
que  
lo  
único  
que

podía  
salvarle  
era  
encontrar  
la  
paz  
que  
da  
la  
relación  
con  
Dios.  
«¡Qué!  
-dijo  
el  
hombre-¿Pensar  
en  
Ése,  
allá  
arriba,  
en  
relación  
conmigo?  
¡Más  
fácil  
me  
parecería  
refrescarme  
el  
gaznate  
con  
la  
Vía  
Láctea,  
o  
chocar  
los  
cinco  
con  
las  
estrellas!»  
Para  
él  
Dios  
era  
totalmente  
inasequible.  
Rosita  
Forbes,  
la  
viajera,  
cuenta  
que  
se  
refugió  
en  
el  
templo  
de  
un



pueblo  
chino  
porque  
no  
tenía  
otro  
lugar.  
En  
medio  
de  
la  
noche  
se  
despertó  
y  
vio,  
a  
la  
luz  
de  
la  
luna  
que  
entraba  
de  
refilón  
por  
las  
ventanillas,  
los  
rostros  
de  
las  
imágenes  
de  
los  
dioses,  
en  
los  
cuales  
no  
había  
más  
que  
gestos  
despectivos,  
burlones  
y  
sarcásticos  
hacia  
los  
humanos,  
como  
si  
los  
odiaran.

Sólo  
cuando

nos  
damos  
cuenta  
de  
que  
Dios  
es  
el  
Padre  
de  
nuestro  
Señor  
Jesucristo  
entra  
en  
nuestra  
vida  
esa  
intimidad  
con  
Él,  
esa  
nueva  
relación  
que  
Pablo  
llama  
justificación.

Por  
medio  
de  
Jesús,  
dice  
Pablo,  
tenemos  
acceso  
a  
esta  
Gracia  
en  
la  
que  
nos  
sentimos  
seguros.  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
acceso  
es  
prosagógué.  
Es  
una  
palabra  
que  
sugiere

dos  
imágenes:

(i)  
Es  
la  
palabra  
corriente  
para  
introducir  
a  
una  
persona  
a  
la  
presencia  
de  
la  
realeza;  
y  
es  
también  
la  
palabra  
que  
se  
usa  
para  
el  
adorador  
que  
se  
acerca  
a  
Dios.  
Es  
como  
si  
Pablo  
dijera:  
«Jesús  
nos  
introduce  
a  
la  
presencia  
de  
Dios  
mismo;  
nos  
abre  
la  
puerta  
de  
acceso  
a  
la  
presencia  
del

Rey  
de  
reyes.  
Y  
cuando  
se  
abre  
esa  
puerta,  
lo  
que  
encontramos  
es  
la  
Gracia;  
no  
condenación,  
ni  
juicio,  
ni  
venganza;  
sino  
la  
prístina,  
inmerecida,  
increíble  
amabilidad  
de  
Dios.»

(ii)  
Pero  
prosagógué  
nos  
presenta  
otra  
escena.  
En  
el  
griego  
posterior  
es  
la  
palabra  
para  
el  
lugar  
donde  
atracan  
los  
barcos,  
puerto  
o  
muelle.  
Si  
la  
tomamos  
en  
este

sentido,  
quiere  
decir  
que  
mientras  
tratemos  
de  
depender  
de  
nuestros  
propios  
esfuerzos  
nos  
encontramos  
a  
merced  
de  
las  
tempestades,  
como  
los  
marineros  
que  
luchan  
con  
un  
mar  
que  
amenaza  
tragárselos  
irremisiblemente;  
pero  
ahora  
que  
hemos  
oído  
la  
Palabra  
de  
Cristo,  
hemos  
llegado  
por  
fin  
al  
puerto  
de  
la  
Gracia  
de  
Dios,  
y  
conocemos  
la  
calma  
que  
viene  
de  
depender,  
no

de  
lo  
que  
podemos  
hacer  
por  
nosotros  
mismos,  
sino  
de  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por  
nosotros.  
Gracias  
a  
Jesús  
tenemos  
entrada  
a  
la  
presencia  
del  
Rey  
de  
reyes  
y  
al  
puerto  
de  
la  
Gracia  
de  
Dios.

Cuando  
Pablo  
acaba  
de  
decir  
esto,  
se  
le  
presenta  
la  
otra  
cara  
de  
la  
moneda.  
Todo  
esto  
es  
cierto,  
y  
es

la  
misma  
gloria;  
pero  
sigue  
sucediendo  
que  
en  
esta  
vida  
los  
cristianos  
lo  
tenemos  
muy  
difícil.  
Era  
difícil  
ser  
cristiano  
en  
Roma.  
Al  
recordarlo,  
Pablo  
presenta  
un  
gran  
clímax:  
«  
La  
oposición  
dice-produce  
entereza.»  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
oposición  
es  
thlipsis,  
que  
quiere  
decir  
literalmente  
opresión.  
Hay  
un  
montón  
de  
cosas  
que  
pueden  
oprimir  
a  
un  
cristiano:  
necesidades,  
estrecheces,

dolor,  
persecución,



rechazamiento  
y  
soledad.  
Todo  
lo  
que  
oprime,  
dice  
Pablo,  
produce  
entereza.  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
entereza  
es  
hypomoné, que  
quiere  
decir  
más  
que  
aguante:  
es  
el  
espíritu  
que  
puede  
vencer  
al  
mundo,  
que  
no  
se  
limita  
a  
resistir  
pasivamente,  
sino  
que  
vence  
activamente  
las  
pruebas  
y  
tribulaciones  
de  
la  
vida.

Cuando  
Beethoven  
se  
vio  
amenazado  
por  
la

sordera,  
lo  
más  
terrible  
que  
le  
puede  
suceder  
a  
un  
músico,  
dijo:  
«Cogeré  
a  
la  
vida  
por  
el  
cuello.»  
Eso  
es  
hypomoné.  
Cuando  
Walter  
Scott  
estaba  
en  
la  
ruina  
por  
la  
bancarrota  
de  
sus  
editores,  
dijo:  
«Nadie  
va  
a  
decir  
que  
soy  
un  
pobre  
hombre.  
Pagaré  
la  
deuda  
con  
mi  
propia  
mano.»  
Eso  
es  
hypomoné.  
Alguien  
le  
dijo  
a  
una

noble  
alma  
que  
estaba  
pasando  
un  
gran  
dolor:  
«  
El  
dolor  
le  
da  
color  
a  
la  
vida,  
¿no?»  
Y  
respondió:  
«  
¡Sí!  
¡Pero  
yo  
escojo  
el  
color!»  
Eso  
es  
hypomoné.  
Cuando  
Henley  
yacía  
en  
la  
enfermería  
de  
Edimburgo  
con  
una  
pierna  
amputada  
y  
con  
la  
otra  
en  
peligro  
de  
serlo,  
escribió  
Invictus:

En  
medio  
de las  
nieblas  
que me  
cubren,

como  
un  
pozo  
de polo  
a polo  
negras,  
doy  
gracias  
por  
mi  
alma  
inconquistable.

Eso  
es  
hypomoné.  
Hypomoné  
no  
es  
un  
espíritu  
que  
se  
tumba  
y  
deja  
que  
la  
riada  
le  
pase  
por  
encima,  
sino  
el  
espíritu  
que  
apechuga  
con  
la  
adversidad  
y  
la  
vence.

«La  
entereza  
-continúa  
Pablo-produce  
carácter.»  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
carácter  
es  
dokimé.

Dokimé  
se  
dice  
de  
un  
metal  
que  
ha  
pasado  
por  
el  
fuego  
de  
forma  
que  
ha  
quedado  
limpio  
de  
todo  
lo  
inferior.  
Se  
usa  
de  
una  
moneda  
de  
quilates.  
Cuando  
se  
arrostra  
la  
aflicción  
con  
entereza,  
se  
sale  
de  
la  
batalla  
más  
fuerte,  
más  
puro  
y  
mejor  
y  
más  
cerca  
de  
Dios.

«El  
carácter  
-continúa  
Pablo-produce  
esperanza.»  
Dos

personas  
se  
enfrentan  
con  
la  
misma  
situación;  
a  
una  
la  
puede  
conducir  
a  
la  
desesperación,  
y  
puede  
espolear  
a  
la  
otra  
a  
una  
acción  
victoriosa.  
Para  
una  
puede  
ser  
el  
final  
de  
la  
esperanza,  
y  
para  
la  
otra  
un  
desafío  
a  
la  
grandeza.  
«No  
me  
gustan  
las  
crisis  
decía  
Lord  
Reith-,  
pero  
sí  
las  
oportunidades  
que  
presentan.»  
La  
diferencia  
está

en  
las  
personas.  
Si  
uno  
se  
ha  
dejado  
llegar  
a  
ser  
débil  
y  
flojo,  
si  
ha  
dejado  
que  
las  
circunstancias  
le  
venzan,  
si  
no  
ha  
hecho  
más  
que  
gimotear  
y  
achicarse  
bajo  
la  
aflicción,  
ha  
llegado  
a  
un  
punto  
en  
el  
que,  
cuando  
se  
presenta  
el  
desafío  
de  
la  
crisis,  
no  
puede  
hacer  
más  
que  
desesperarse.  
Si,  
por  
el  
contrario,

uno  
ha  
ido  
por  
la  
vida  
con  
la  
frente  
alta,  
enfrentándose  
con  
las  
cosas  
hasta  
conquistarlas,  
entonces,  
cuando  
llega  
el  
desafío,  
lo  
arrostra  
con  
los  
ojos  
inflamados  
por  
la  
esperanza.  
El  
carácter  
que  
ha  
resistido  
la  
prueba  
siempre  
sale  
lleno  
de  
esperanza.

Luego  
Pablo  
hace  
una  
afirmación  
final:  
«La  
esperanza  
,  
cristiana  
nunca  
resulta  
una  
vana  
ilusión,  
porque



está  
cimentada  
en  
el  
amor  
de  
Dios.»  
La  
Epístola  
moral  
a  
Fabio  
dice  
de  
ciertas  
esperanzas:

«  
Fabio,  
las  
esperanzas  
cortesanas  
prisiones  
son  
do  
el  
ambicioso  
muere  
y  
donde al  
más  
activo  
nacen  
canas...»

Pero  
la  
esperanza  
que  
se  
pone  
en  
Dios,  
no  
se  
desvanece,  
ni  
deja  
frustrados.  
La  
esperanza  
que  
se  
pone  
en  
el  
amor  
de

Dios  
no  
es  
ninguna  
ilusión;  
porque  
Dios  
nos  
ama  
con  
un  
amor  
eterno  
respaldado  
por  
un  
poder  
eterno.

LA  
PRUEBA  
DEFINITIVA  
DEL  
AMOR

Romanos  
5:6-11

Cuando  
no  
teníamos  
remedio,  
en  
el  
tiempo  
de  
Dios  
Cristo  
murió  
por  
los  
que  
éramos  
impíos.  
A  
duras  
penas  
se  
encontrará  
alguien  
que  
muera  
por  
otro;  
pero  
podría  
ser

que  
uno  
estuviera  
dispuesto  
hasta  
a  
morir  
por  
una  
buena  
causa.  
Pero  
Dios  
llega  
a  
mucho  
más:  
nos  
demuestra  
Su  
amor  
al  
morir  
Cristo  
por  
nosotros  
cuando  
no  
éramos  
más  
que  
pecadores.  
Como  
hemos  
entrado  
en  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios  
al  
precio  
de  
la  
sangre  
vital  
de  
Cristo, con  
más  
razón  
seremos  
salvos  
de  
la  
Ira  
por  
medio  
de  
Él.

Porque,  
si  
cuando  
no  
éramos  
más  
que  
enemigos  
de  
Dios  
fuimos  
reconciliados  
con  
Él  
al  
precio  
de  
la  
muerte  
de  
Su  
Hijo, mucho  
más  
ahora  
que  
ya  
estamos  
reconciliados, seguiremos  
a  
salvo  
por  
Su  
vida.  
Y  
no  
sólo  
esto,  
sino  
que  
nuestra  
gloria  
está  
en  
Dios  
mediante  
nuestro  
Señor  
Jesucristo,  
por  
medio  
de  
Quien  
hemos  
recibido  
esta  
reconciliación.

El  
hecho

de  
que  
Jesucristo  
muriera  
por  
nosotros  
es  
la  
prueba  
definitiva  
del  
amor  
de  
Dios.  
Ya  
sería  
bastante  
difícil  
encontrar  
a  
alguien  
que  
estuviera  
dispuesto  
a  
morir  
por  
un  
justo;  
sería  
remotamente  
posible  
convencer  
a  
alguien  
para  
que  
muriera  
por  
alguna  
idea  
grande  
y  
buena;  
y  
alguien  
podría  
tener  
el  
amor  
necesario  
para  
dar  
su  
vida  
por  
un  
amigo.  
Pero  
lo

inmensamente  
maravilloso  
del  
amor  
de  
Jesucristo  
es  
que  
murió  
por  
nosotros  
cuando  
no  
éramos  
más  
que  
pecadores  
enemistados  
con  
Dios.  
Ningún  
amor  
puede  
llegar  
más  
lejos.

Rita  
Snowdon  
relata  
un  
incidente  
de  
la  
vida  
de  
T.  
E.  
Lawrence.  
En  
1915  
iba  
viajando  
por  
el  
desierto  
con  
unos  
árabes.  
La  
situación  
era  
desesperada.  
Ya  
casi  
no  
tenían  
comida,  
y

apenas  
les  
quedaba  
una  
gota  
de  
agua.  
Llevaban  
las  
capuchas  
puestas  
para  
protegerse  
la  
cabeza  
del  
viento,  
que  
era  
como  
una  
llama  
e  
iba  
cargado  
de  
la  
tempestad  
de  
arena.  
De  
pronto,  
alguien  
dijo:  
<  
¿Dónde  
está  
Jazmin?»  
Y  
otro  
contestó:  
«¿Qué  
Jazmin?»  
«  
El  
de  
la  
piel  
amarilla,  
de  
Maan;  
el  
que  
mató  
al  
cobrador  
turco  
y  
huyó





al  
desierto.»  
El  
primero  
dijo:  
«Mira,  
no  
hay  
nadie  
montado  
en  
el  
camello  
de  
Jazmin.  
Su  
rifle  
está  
colgando,  
pero  
Jazmin  
no  
está.»  
Y  
un  
segundo  
dijo:  
«Alguien  
le  
ha  
pegado  
un  
tiro  
durante  
la  
marcha.»  
Y  
un  
tercero  
añadió:  
«No  
está  
muy  
bien  
de  
la  
cabeza.  
A  
lo  
mejor  
ha  
visto  
un  
espejismo.  
Y  
no  
es  
muy  
fuerte;

a  
lo  
mejor  
se  
ha  
desmayado  
y  
se  
ha  
caído  
del  
camello.»  
Y  
el  
primero  
comentó:  
«  
¡Qué  
más  
da!  
Jazmin  
no  
valía  
un  
chavo.»  
Y  
los  
árabes  
se  
acomodaron  
en  
sus  
camellos  
y  
reanudaron  
la  
marcha.  
Pero  
Lawrence  
se  
dio  
la  
vuelta.  
Solo,  
en  
el  
calor  
abrasador,  
arriesgando  
la  
vida,  
volvió  
para  
atrás.  
Después  
de  
hora  
y  
media  
de

cabalgada  
vio  
algo  
en  
la  
arena.  
Era  
Jazmin,  
ciego  
y  
loco  
de  
calor  
y  
de  
sed,  
a  
punto  
de  
perecer  
en  
el  
terrible  
desierto.  
Lawrence  
le  
montó  
en  
su  
camello,  
le  
dio  
las  
últimas  
gotas  
de  
agua  
que  
le  
quedaban  
e  
inició  
la  
lenta  
marcha  
hacia  
la  
comitiva.  
Cuando  
los  
alcanzó,  
los  
árabes  
le  
miraron  
alucinados.  
«Aquí  
está  
Jazmin  
-dijeron-,

que  
no  
vale  
un  
chavo,  
y  
nuestro  
jefe  
Lawrence  
ha  
arriesgado  
la  
vida  
para  
salvarle.»

Esto  
es  
toda  
una  
parábola.  
No  
fue  
por  
buenas  
personas  
por

las  
que  
murió  
Cristo,  
sino  
por  
pecadores;  
no  
eran  
amigos  
de  
Dios,  
sino  
gente  
que  
estaba  
enemistada  
con  
Él.

Pablo  
da  
otro  
paso  
adelante.  
Gracias  
a  
Jesús  
ha

cambiado  
nuestro  
status  
con  
Dios.  
Aunque  
éramos  
pecadores,  
Jesús  
nos  
puso  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios.  
Pero  
eso  
no  
es  
todo.  
No  
sólo  
había  
que  
cambiar  
nuestro  
status;  
también  
había  
que  
cambiar  
nuestro  
estado.  
Un  
pecador  
salvado  
no  
puede  
seguir  
siendo  
pecador;  
tiene  
que  
hacerse  
bueno.  
La  
muerte  
de  
Cristo  
cambió  
nuestro  
status;  
su  
vida  
de  
Resurrección  
cambia  
nuestro

estado.  
Jesús  
no  
está  
muerto,  
sino  
vivo;  
está  
siempre  
con  
nosotros  
para  
ayudarnos  
y  
guiarnos,  
para  
llenarnos  
de  
Su  
fuerza  
para  
que  
venzamos  
la  
tentación,  
para  
vestirnos  
con  
algo  
de  
su  
gloria.  
Jesús  
empieza  
por  
poner  
a  
los  
pecadores  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
aun  
cuando  
son  
pecadores;  
y  
continúa,  
por  
su  
Gracia,  
capacitándolos  
para  
que  
abandonen  
el  
pecado

y  
sean  
personas  
nuevas  
y  
buenas.

Hay  
términos  
técnicos  
para  
estas  
cosas.  
El  
cambio  
de  
nuestro  
status  
es  
la  
justificación;  
ahí  
es  
donde  
empieza  
todo  
el  
proceso  
de  
la  
Salvación.  
El  
cambio  
de  
nuestro  
estado  
es  
la  
santificación;  
así  
prosigue  
el  
proceso  
de  
nuestra  
Salvación,  
que  
no  
termina  
hasta  
que  
Le  
veamos  
cara  
a  
cara  
y  
seamos  
como

El  
(1  
Juan  
3:2) .

Hay  
que  
notar  
aquí  
una  
cosa  
de  
gran  
importancia.  
Pablo  
está  
seguro  
de  
que  
todo  
el  
proceso  
salvífico,  
la  
venida  
de  
Cristo  
y  
su  
muerte,  
son  
una  
prueba  
del  
amor  
de  
Dios.  
A  
veces  
se  
presenta  
esta  
verdad  
como  
si  
por  
una  
parte  
estuviera  
un  
Dios  
airado  
y  
vengativo,  
y  
por  
otra  
un  
Cristo



compasivo  
y  
amoroso;  
y  
como  
si  
Cristo  
hubiera  
hecho  
algo  
que  
obligó  
a  
Dios  
a  
cambiar  
de  
actitud.  
¡Nada  
podría  
estar  
más  
lejos  
de  
la  
verdad!  
Nuestra  
Salvación  
tiene  
su  
origen  
y  
realización  
en  
el  
amor  
de  
Dios.  
Jesús  
no  
vino  
a  
cambiar  
Su  
actitud  
hacia  
los  
hombres,  
sino  
a  
mostrarles  
a  
éstos  
cómo  
es  
y  
ha  
sido  
siempre  
Dios.

Vino  
para  
demostrar,  
sin  
lugar  
a  
dudas,  
que  
Dios  
es  
amor.

LA  
RUINA  
Y  
EL  
RESCATE

Romanos  
5:12-21

Por  
tanto,  
de  
la  
misma  
manera  
que  
el  
pecado  
se  
introdujo  
en  
el  
mundo  
por  
medio  
de  
un  
hombre,  
y  
con  
el  
pecado,  
entró  
la  
muerte  
y  
se  
extendió  
a  
todo  
el  
género  
humano,  
por  
cuanto

eran  
pecadores;  
porque,  
hasta  
la  
promulgación  
de  
la  
Ley,  
el  
pecado  
estaba  
en  
el  
mundo,  
pero  
no  
se  
podía  
culpar  
a  
los  
humanos  
porque  
la  
Ley  
no  
existía  
todavía;  
sin  
embargo, la  
muerte  
reinó  
desde  
los  
tiempos  
de  
Adán  
hasta  
el  
de  
Moisés  
aun  
sobre  
los  
que  
no  
habían  
pecado  
de  
la  
misma  
manera  
que  
Adán,  
que  
era  
un  
símbolo  
del

Mesías  
Que  
había  
de  
venir.  
Pero  
el  
don  
de  
la  
Gracia  
gratuita  
no  
actuó  
como  
la  
transgresión.  
Porque,  
si  
los  
muchos  
murieron  
a  
consecuencia  
del  
pecado  
de  
uno,  
la  
Gracia  
de  
Dios  
y  
su  
don  
gratuito  
en  
la  
Gracia  
del  
Hombre  
único  
Jesucristo  
abundaron  
para  
muchos.  
El  
don  
gratuito  
no  
es  
como  
los  
efectos  
del  
hombre  
que  
pecó.  
La  
sentencia

que  
siguió  
al  
hombre  
que  
pecó  
fue  
condenatoria;  
pero  
el  
don  
gratuito  
que  
siguió  
a  
las  
muchas  
transgresiones  
fue  
una  
sentencia  
absolutoria.  
Porque,  
si  
por  
el  
delito  
de  
uno  
la  
muerte  
reinó  
por  
culpa  
de  
uno,  
mucho  
más  
los  
que  
reciben  
el  
derroche  
de  
Gracia  
y  
del  
don  
gratuito  
que  
establece  
la  
recta  
relación  
entre  
Dios  
y  
el  
hombre  
reinarán

en  
la  
vida  
por  
medio  
del  
Hombre  
único  
Jesucristo.  
Así  
es  
que,  
entonces,  
como  
por  
un  
pecado  
toda  
la  
raza  
humana  
quedó  
incluida  
en  
la  
sentencia,  
así  
también  
por  
un  
supremo  
acto  
de  
justicia  
vino  
a  
los  
seres  
humanos  
la  
posibilidad  
de  
entrar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
que  
les  
da  
la  
vida.  
De  
la  
misma  
manera  
que  
por

la  
desobediencia  
de  
un  
hombre  
todos  
quedaron  
incluidos  
en  
la  
condición  
de  
pecadores,  
así,  
por  
la  
obediencia  
de  
un  
Hombre,  
los  
muchos  
pueden  
ser  
absueltos.  
Pero  
la  
Ley  
se  
introdujo  
para  
que  
abundaran  
las  
transgresiones;  
pero, donde  
el

pecado  
abundaba,  
la  
Gracia  
le  
superó  
en  
abundancia,  
para  
que,  
así  
como  
el  
pecado  
reinó  
en  
la  
muerte,  
la  
Gracia  
pudiera

reinar  
poniendo  
a  
los  
seres  
humanos  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
para  
que  
puedan  
entrar  
en  
la  
vida  
eterna  
gracias  
a  
la  
Obra  
de  
nuestro  
Señor  
Jesucristo.

No  
hay  
pasaje  
en  
todo  
en  
Nuevo  
Testamento  
que  
haya  
tenido  
más  
influencia  
en  
la  
teología  
que  
éste;  
ni  
que  
sea  
más  
difícil  
de  
entender  
para  
la  
mentalidad  
moderna.  
Es



difícil,  
porque  
Pablo  
se  
expresa  
con  
dificultad.  
Notamos,  
por  
ejemplo,  
que  
la  
primera  
frase  
no  
termina,  
sino  
que  
se  
interrumpe  
a  
mitad  
del  
camino  
mientras  
Pablo  
persigue  
otra  
idea  
por  
otra  
vía.  
Y  
además,  
es  
que

Pablo  
está  
pensando  
y  
expresándose  
en  
términos  
que  
eran  
corrientes  
y  
claros  
para  
los  
judíos  
de  
su  
tiempo,  
pero  
no  
para  
nosotros.

Si  
hubiéramos  
de  
encerrar  
el  
pensamiento  
de  
este  
pasaje  
en  
una  
sola  
frase  
escogeríamos  
la  
que  
Pablo  
pone  
al  
principio  
e  
interrumpe  
después:  
<  
Por  
el  
pecado  
de  
Adán  
toda  
la  
raza  
humana  
quedó  
contaminada

de  
pecado  
y  
separada  
de  
Dios;  
pero  
por  
la  
justicia  
de  
Jesucristo  
toda  
la  
humanidad  
adquiere  
la  
justicia  
Y  
vuelve  
a  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios.»  
De  
hecho,  
Pablo  
lo  
dijo  
mucho  
más  
claro  
en  
1  
Corintios  
15:21:  
<  
Como  
vino  
la  
muerte  
por  
un  
hombre,  
también  
por  
un  
Hombre  
ha  
venido  
la  
Resurrección  
de  
los  
muertos.  
Porque

si  
todos  
morimos  
por  
nuestra  
relación  
con  
Adán,  
también  
por  
nuestra  
relación  
con  
Cristo  
todos  
volvemos  
a  
la  
vida.»

Hay  
que  
tener  
en  
cuenta  
dos  
ideas  
judías  
básicas  
para  
entender  
este  
pasaje.

(i)  
Está  
la  
idea  
de  
la  
solidaridad.  
El  
judío  
no  
se  
consideraba  
a  
sí  
mismo  
individualmente,  
sino  
siempre  
como  
parte  
de  
una  
tribu,  
de

una  
familia  
o  
nación,  
aparte  
de  
la  
cual  
no  
tenía  
una  
identidad  
real.  
Hoy  
en  
día  
también  
se  
dice  
que  
si  
se  
le  
pregunta  
a  
un  
aborigen  
australiano  
cómo  
se  
llama,  
responde  
con  
el  
nombre  
de  
su  
tribu  
o  
clan.  
No  
piensa  
en  
sí  
mismo  
como  
una  
persona,  
sino  
como  
un  
miembro  
de  
una  
sociedad.  
Uno  
de  
los  
ejemplos  
más

claros  
de  
esta  
mentalidad  
se  
ve  
en  
la  
venganza  
de  
sangre  
en  
los  
pueblos  
primitivos.  
Supongamos  
que  
uno  
que  
es  
de  
una  
tribu  
mata  
a  
otro  
que  
es  
de  
otra.  
La  
de  
la  
víctima  
adquiere  
la  
responsabilidad  
de  
vengarse  
de  
la  
otra;  
es  
la  
tribu  
la  
que  
ha  
sufrido  
un  
daño,  
y  
por  
tanto  
es  
la  
que  
debe  
buscar  
satisfacción.

En  
el  
Antiguo  
Testamento  
tenemos  
un  
claro  
ejemplo  
de  
esto.  
Es  
el  
caso  
de  
Acán  
que  
se  
nos  
cuenta  
en  
Josué  
7.  
En  
el  
asedio  
a  
Jericó,  
Acán  
se  
quedó  
con  
parte  
del  
botín,  
desobedeciendo  
lo  
que  
Dios  
había  
mandado,  
es  
decir,  
que  
todo  
se  
destruyera.  
En  
la  
siguiente  
campaña,  
estaban  
cercando  
a  
Haí,  
que  
parecía  
una  
empresa  
mucho  
más

fácil,  
pero  
los  
ataques  
fracasaron  
desastrosamente.  
¿Por  
qué?  
Porque  
Acán  
había  
pecado,  
ya  
toda  
la  
nación  
había  
contraído  
culpa  
y  
fue  
castigada  
por  
Dios.  
El  
pecado  
de  
Acán  
no  
era  
el  
de  
un  
individuo,  
sino  
el  
de  
toda  
la  
nación.  
Esta  
no  
era  
una  
suma  
de  
individuos,  
sino  
una  
masa  
indivisible.  
Lo  
que  
hacía  
uno  
de  
sus  
miembros  
lo  
hacía



la  
nación.  
Cuando  
se  
descubrió  
el  
pecado  
de  
Acán,  
no  
fue  
ejecutado  
él  
solo,  
sino  
toda  
su  
familia;  
porque  
Acán  
no  
era  
un  
individuo  
aislado,  
sino  
parte  
de  
un  
pueblo  
del  
que  
no  
se  
le  
podía  
separar.

Así  
es  
como  
Pablo  
ve  
a  
Adán:  
no  
como  
un  
individuo,  
sino  
como  
el  
representante  
de  
toda  
la  
humanidad;  
Y,  
como

tal,  
su  
pecado  
fue  
el  
de  
todos  
los  
seres  
humanos.

Pablo  
dice  
que  
«todos  
los  
seres  
humanos  
contraemos  
el  
pecado  
de  
Adán»  
-literalmente  
«pecamos  
en  
Adán»-.  
Si  
hemos  
de  
llegar  
a  
comprender  
el  
pensamiento  
de  
Pablo  
tenemos  
que  
saber  
lo  
que  
quiere  
decir  
aquí,  
y  
que  
lo  
dice  
en  
serio.  
A  
lo  
largo  
de  
la  
historia  
del  
pensamiento

cristiano  
se  
han  
hecho  
esfuerzos  
para  
interpretar  
de  
diferentes  
maneras  
la  
conexión  
entre  
el  
pecado  
de  
Adán  
y  
el  
de  
la  
humanidad.

(a)  
Se  
ha  
pensado  
que  
este  
pasaje  
quiere  
decir  
que  
«todo  
ser  
humano  
es  
su  
propio  
Adán.»  
Esto  
quiere  
decir  
que,  
como  
Adán  
pecó,  
todos  
hemos  
pecado;  
pero  
que  
entre  
el  
pecado  
de  
Adán  
y  
el

de  
la  
humanidad  
no  
hay  
ninguna  
conexión  
real,  
más  
que,  
como  
si  
dijéramos,  
que  
el  
pecado  
de  
Adán  
es  
típico  
del  
de  
todos  
los  
seres  
humanos.  
(b)  
Existe  
la  
que  
se  
ha  
llamado  
la  
interpretación  
legal.  
Esta  
supone  
que  
Adán  
era  
el  
representante  
de  
la  
humanidad,  
y  
que  
ésta  
participa  
de  
la  
obra  
de  
su  
representante.  
Pero  
un  
representante  
ha

de  
ser  
escogido  
por  
las  
personas  
a  
las  
que  
representa;  
Y  
eso  
no  
lo  
podemos  
decir  
de  
Adán.  
(c)  
Existe  
la  
interpretación  
de  
que,  
lo  
que  
heredamos  
de  
Adán  
es  
la  
tendencia  
al  
pecado.  
Eso  
es  
cierto,  
sin  
duda;  
pero  
no  
es  
lo  
que  
Pablo  
quiere  
decir.  
No  
encajaría  
en  
absoluto  
en  
su  
razonamiento.  
(d)  
A  
este  
pasaje  
hay  
que

darle  
lo  
que  
se  
ha  
llamado  
la  
interpretación  
realista,  
es  
decir,  
que,  
a  
causa  
de  
la  
solidaridad  
de  
la  
raza  
humana,  
toda  
la  
humanidad  
pecó  
de  
hecho  
en  
Adán.  
Esto  
no  
era  
ninguna  
idea  
rara  
para  
un  
judío,  
sino  
lo  
que  
creían  
de  
hecho  
los  
pensadores  
judíos.  
El  
autor  
de  
2  
Esdras  
lo  
dice  
con  
toda  
claridad:  
«Una  
semilla  
de

mal  
se  
sembró  
en  
el  
corazón  
de  
Adán  
desde  
el  
principio,  
y  
¡cuánta  
maldad  
ha  
producido  
hasta  
este  
tiempo!  
¡Y  
cuánta  
producirá  
hasta  
que  
llegue  
el  
tiempo  
de  
la  
recolección!»  
(4:30).  
«Porque  
el  
primer  
Adán,  
que  
tenía  
un  
corazón  
malo,  
transgredió  
y  
fue  
vencido;  
y  
no  
sólo  
él,  
sino  
todos  
los  
que  
descienden  
de  
él»  
(3:21).  
(ii)  
La  
segunda  
idea

básica  
está  
íntimamente  
relacionada  
con  
la  
primera  
en  
el  
razonamiento  
de  
Pablo:  
La  
muerte  
es  
la  
consecuencia  
directa  
del  
pecado.  
Los  
judíos  
creían  
que,  
si  
Adán  
no  
hubiera  
pecado,  
los  
seres  
humanos  
habríamos  
sido  
inmortales.  
Sirac  
2:23  
dice:  
«Una  
mujer  
fue  
el  
origen  
del  
pecado,  
y  
por  
medio  
de  
ella  
morimos  
todos.»  
El  
Libro  
de  
la  
Sabiduría  
dice:  
«Dios  
creó



al  
hombre  
para  
la  
inmortalidad,  
y  
le  
hizo  
a  
imagen  
de  
su  
propia  
naturaleza;  
pero  
la  
muerte  
penetró  
en  
el  
mundo  
a  
causa  
de  
la  
envidia  
del  
demonio.»  
En  
el  
pensamiento  
judío,  
el  
pecado  
y  
la  
muerte  
están  
íntimamente  
relacionados.  
A  
eso  
es  
a  
lo  
que  
Pablo  
está  
llegando  
por  
el  
complicado  
y  
difícil  
camino  
de  
pensamiento  
de  
los  
versículos

12  
al  
14.  
Vamos  
a  
trazar  
sus  
etapas  
en  
una  
serie  
de  
ideas.  
(a)  
Adán  
pecó  
porque  
quebrantó  
el  
mandamiento  
directo  
de  
Dios  
de  
no  
comer  
del  
fruto  
del  
árbol  
prohibido;  
y  
porque  
pecó,  
murió,  
aunque  
había  
sido  
creado  
inmortal.  
(b)  
La  
Ley  
no  
llegó  
hasta  
el  
tiempo  
de  
Moisés.  
Ahora  
bien:  
si  
no  
hay  
ley,  
no  
puede  
haber  
transgresión

de  
la  
ley;  
es  
decir,  
pecado.  
Por  
tanto,  
los  
seres  
humanos  
que  
vivieron  
entre  
Adán  
y  
Moisés  
cometieron  
de  
hecho  
acciones  
pecaminosas,  
pero  
no  
se  
los  
podía  
considerar  
pecadores,  
porque  
no  
existía  
la  
Ley.

(c)

A  
pesar  
de  
que  
no  
se  
les  
podía  
atribuir  
pecado,  
sin  
embargo  
morían.  
Estaban  
sujetos  
al  
régimen  
de  
la  
muerte,  
aunque  
no  
se  
los  
podía  
acusar  
de  
haber  
quebrantado  
una  
ley  
que  
no  
existía.

(d)

Entonces,  
¿por  
qué  
morían?  
Era  
porque  
habían  
pecado  
en  
Adán.  
El  
estar  
implicados  
en  
el  
pecado  
les  
producía  
la  
muerte,  
aunque  
no  
había

una  
ley  
que  
pudieran  
quebrantar.  
De  
hecho,  
esa  
es  
la  
prueba  
para  
Pablo  
de  
que  
toda  
la  
humanidad  
pecó  
en  
Adán.  
Hemos  
resumido  
la  
esencia  
de  
una  
parte  
del  
pensamiento  
de  
Pablo.  
A  
causa  
de  
esta  
idea  
de  
la  
completa  
solidaridad  
de  
la  
humanidad,  
literalmente  
todos  
los  
seres  
humanos  
pecamos  
en  
Adán;  
y  
como  
la  
muerte  
es  
la  
consecuencia  
del

pecado,  
ejerce  
su  
dominio  
sobre  
todos  
nosotros.

Pero  
esta  
misma  
concepción,  
que  
se  
puede  
usar  
para  
producir  
una  
visión  
desesperada  
de  
la  
situación  
humana,  
se  
puede  
usar  
también  
a  
la  
inversa  
para  
llenarla  
de  
un  
resplandor  
de  
gloria.  
En  
esta  
situación  
entra  
Jesús.  
Jesús  
Le  
ofreció  
a  
Dios  
la  
perfecta  
bondad.  
Y,  
exactamente  
de  
la  
misma  
manera  
que

todos  
los  
seres  
humanos  
estuvieron  
implicados  
en  
el  
pecado  
de  
Adán,  
todos  
están  
implicados  
en  
la  
perfecta  
bondad  
de  
Jesús;  
Y,  
de  
la  
misma  
manera  
que  
el  
pecado  
de  
Adán  
fue  
la  
causa  
de  
la  
muerte,  
la  
perfecta  
bondad  
de  
Jesús  
conquista  
la  
muerte  
y  
da  
a  
los  
humanos  
la  
vida  
eterna.  
El  
razonamiento  
triunfal  
de  
Pablo  
es  
que,  
como

la  
humanidad  
estaba  
implicada  
en  
Adán  
y  
quedó  
por  
tanto  
condenada  
a  
muerte,  
así  
está  
ahora  
en  
Cristo,  
y  
queda  
absuelta  
para  
poder  
vivir.  
Así  
que,  
aunque  
ha  
venido  
la  
Ley  
y  
ha  
hecho  
el  
pecado  
mucho  
más  
terrible,  
la  
Gracia  
de  
Cristo  
sobrepaja  
la  
condenación  
que  
traía  
le  
Ley  
(R-V  
1909) .

Ese  
es  
el  
razonamiento  
de  
Pablo,



y  
es  
inapelable  
para  
la  
mentalidad  
judía.  
Contiene  
dos  
grandes  
verdades.

(i)  
La  
primera  
es  
la  
siguiente:  
Supongamos  
que  
asumimos  
el  
sentido  
literal  
de  
la  
historia  
de  
Adán:  
nuestra  
conexión  
con  
Adán  
es  
puramente  
física.  
No  
nos  
queda  
otra  
posibilidad;  
de  
la  
misma  
manera  
que  
no  
se  
le  
deja  
al  
niño  
escoger  
su  
padre.  
Pero,  
por  
otra  
parte,

nuestra  
conexión  
con  
Cristo  
es  
voluntaria.  
La  
unión  
con  
Cristo  
es  
algo  
que  
uno  
puede  
aceptar  
o  
rechazar.  
Se  
trata  
de  
una  
conexión  
distinta  
en  
ambos  
casos.  
No  
se  
nos  
dio  
la  
opción  
de  
elegir  
o  
no  
nuestra  
relación  
con  
Adán,  
en  
cuya  
naturaleza  
hemos  
recibido  
una  
herencia  
con  
muchas  
cosas  
buenas,  
pero  
también  
con  
una  
mala:  
nuestra  
condición  
de

pecadores,  
y  
la  
paga  
del  
pecado,  
que  
es  
la  
muerte.  
Para  
darnos  
una  
salida  
victoriosa  
a  
una  
vida  
abundante  
y  
de  
renovada  
relación  
con  
Dios,  
Cristo  
vino  
al  
mundo  
y  
murió  
por  
nosotros.  
Si  
bien  
esta  
relación  
es  
optativa  
y  
no  
impuesta  
como  
la  
que  
tenemos  
con  
Adán,  
la  
invitación  
a  
aceptar  
el  
Evangelio  
debe  
llegar  
a  
toda  
la  
raza

humana.  
Esta  
es  
la  
misión  
de  
la  
Iglesia.  
(ii)  
La  
segunda  
es  
la  
siguiente:  
Pablo  
conserva  
la  
verdad  
de  
que  
la  
humanidad  
está  
sumida  
en  
una  
situación  
de  
la  
que  
no  
puede  
escapar;  
el  
pecado  
tiene  
al  
ser  
humano  
en  
su  
poder,  
y  
no  
hay  
esperanza.  
Jesucristo  
entra  
en  
esta  
situación  
trayendo  
algo  
que  
corta  
el  
nudo  
gordiano  
que  
existía.

Por  
lo  
que  
Él  
hizo,  
por  
Quien  
Él  
es  
y  
por  
lo  
que  
El  
da,  
permite  
al  
hombre  
salir  
de  
una  
situación  
en  
la  
que  
se  
encontraba  
desesperadamente  
dominado  
por  
el  
pecado.  
Sea  
lo  
que  
sea  
lo  
que  
digamos  
del  
razonamiento  
de  
Pablo,  
es  
absolutamente  
cierto  
que  
el  
pecado  
ha  
sumido  
al  
hombre  
en  
la  
ruina,  
y  
que  
Cristo  
le

rescata.  
MORIR  
PARA  
VIVIR

Romanos  
6:1-11

¿Qué  
consecuencia  
sacaremos?  
¿Que  
hemos  
de  
seguir  
pecando  
para  
que  
abunde  
la  
Gracia?  
¡De  
ninguna  
manera!  
¿Cómo  
vamos  
a  
vivir  
todavía  
en  
el  
pecado  
si  
hemos  
muerto  
para  
él?  
¿Es  
que  
no  
os  
dais  
cuenta  
de  
que  
todos  
los  
que  
hemos  
sido  
introducidos  
en  
Cristo  
por  
el  
bautismo  
hemos  
sido

bautizados  
en  
Su  
muerte?  
Nuestra  
muerte  
ha  
sido  
tan  
real  
que  
hemos  
sido  
sepultados  
con  
Él  
mediante  
el  
bautismo,  
a  
fin  
de  
que,  
como  
Cristo  
fue  
levantado  
de  
los  
muertos  
por  
la  
gloria  
del  
Padre,  
así  
nosotros,  
también,  
vivamos  
una  
vida  
nueva.  
Porque,  
si  
hemos  
llegado  
a  
estar  
unidos  
a  
ÉL  
en  
la  
semejanza  
de  
Su  
muerte,  
así  
también  
estaremos

unidos  
a  
Él  
en  
la  
semejanza  
de  
Su  
Resurrección.  
Porque  
esto  
sí  
sabemos:  
que  
nuestro  
viejo  
yo  
ha  
sido  
crucificado  
con  
ÉL  
para  
que  
nuestro  
cuerpo  
pecador  
pierda  
su  
operatividad, para  
que  
dejemos  
de  
ser  
esclavos  
del  
pecado.  
Porque  
uno  
que  
ha  
muerto  
ya  
ha  
quedado  
exculpado  
de  
pecado.  
Pero,  
si  
hemos  
muerto  
con  
Cristo,  
creemos  
que  
igualmente  
viviremos  
con  
Él;



porque  
sabemos  
que  
Cristo,  
después  
de  
Su  
Resurrección,  
ya  
no  
muere  
más.  
La  
muerte  
ya  
no  
tiene  
ningún  
dominio  
sobre  
Él.  
El  
Que  
murió, murió  
una  
vez  
por  
todas  
al  
pecado;  
y  
el  
Que  
vive,  
vive  
para  
Dios.  
Así  
vosotros  
también  
debéis  
consideraros  
muertos  
para  
el  
pecado,  
pero  
vivos  
para  
Dios  
en  
Jesucristo.

Como  
ya  
ha  
hecho  
varias  
veces

en  
esta  
carta,  
Pablo  
vuelve  
aquí  
a  
tener  
una  
discusión  
con  
una  
especie  
de  
oponente  
imaginario.  
La  
discusión  
surge  
del  
gran  
dicho  
que  
apareció  
al  
final  
del  
capítulo  
anterior:  
«Cuando  
el  
pecado  
se  
hizo  
más  
abundante  
y  
grave,  
lo  
sobrepujó  
la  
Gracia.»  
Podemos  
reconstruirlo  
así.

Objetor.-Acabas  
de  
decir  
que  
la  
Gracia  
de  
Dios  
es  
suficientemente  
grande  
para  
perdonar

cualquier  
pecado.  
Pablo.-Y  
lo  
mantengo.  
Objetor.-Estás  
diciendo  
que  
la  
Gracia  
de  
Dios  
es  
la  
cosa  
más  
maravillosa  
del  
mundo.

Pablo.-Eso  
es.  
Objetor.-Pues  
entonces,  
¡sigamos  
pecando!  
Cuanto  
más  
pequemos,  
más  
abundará  
la  
Gracia.  
El  
pecado  
no  
importa,  
porque  
Dios  
lo  
va  
a  
perdonar  
de  
todas  
maneras.  
De  
hecho,  
aún  
podríamos  
decir  
más:  
que  
el  
pecado  
es  
algo  
excelente,  
porque  
le  
ofrece  
a  
la  
Gracia  
una  
oportunidad  
de  
manifestarse.  
La  
conclusión  
de  
tu  
razonamiento  
es  
que  
el  
pecado  
produce  
la

Gracia;  
y  
por  
tanto  
tiene  
que  
ser  
una  
cosa  
buena,  
ya  
que  
produce  
la  
cosa  
más  
grande  
del  
mundo.

La  
primera  
reacción  
de  
Pablo  
es  
retirarse  
de  
la  
discusión  
sobrecogido  
de  
horror:  
<  
¿Es  
que  
sugieres  
-pregunta-que  
deberíamos  
seguir  
pecando  
para  
darle  
más  
oportunidades  
a  
la  
Gracia  
de  
seguir  
operando?  
¡No  
permita  
Dios  
que  
sigamos  
un  
curso  
de

acción  
tan  
inaceptable!»

Pero  
luego  
pasa  
a  
otra  
cosa:  
«¿Has  
pensado  
alguna  
vez  
-pregunta-lo  
que  
te  
sucedió  
cuando  
te  
bautizaste?»  
Ahora  
bien,  
cuando  
intentamos  
entender  
lo  
que  
Pablo  
dice  
a  
continuación  
tenemos  
que  
recordar  
que  
el  
bautismo  
en  
su  
tiempo  
era  
distinto  
de  
lo  
que  
es  
corrientemente  
hoy.

(a)  
Era  
bautismo  
de  
adultos.  
En  
la  
Iglesia

Primitiva  
una  
persona  
mayor  
venía  
a  
Cristo  
individualmente,  
a  
menudo  
dejándose  
atrás  
a  
la  
familia.  
(b)

El  
bautismo  
en  
la  
Iglesia  
Primitiva  
estaba  
íntimamente  
relacionado  
con  
la  
confesión  
de  
fe.

Una  
persona  
era  
bautizada  
cuando  
entraba  
en  
la  
Iglesia  
dejando  
el  
paganismo.

Al  
bautizarse,  
una  
persona  
hacía  
una  
decisión  
que  
producía  
un  
corte  
radical  
en  
su  
vida,  
lo  
que  
muchas

veces  
quería  
decir  
que  
acababa  
una  
vida  
y  
empezaba  
otra  
totalmente  
distinta.  
(c)  
Generalmente  
el  
bautismo  
era  
por  
inmersión  
total,  
y  
esa  
práctica  
simbolizaba  
una  
verdad  
que  
no  
queda  
tan  
clara  
en  
el  
bautismo  
por  
aspersión.  
Cuando  
una  
persona  
descendía  
al  
agua,  
y  
era  
sumergida  
totalmente,  
era  
como  
si  
la  
enterraran.  
Cuando  
salía  
del  
agua,  
era  
como  
si  
resucitara  
saliendo



de  
la  
tumba.  
El  
bautismo  
quería  
decir  
simbólicamente  
morir  
Y  
resucitar.  
La  
persona  
moría  
a  
una  
clase  
de  
vida  
Y  
resucitaba  
a  
otra;  
moría  
para  
la  
vieja  
vida  
del  
pecado,  
Y  
resucitaba  
a  
la  
nueva  
vida  
de  
la  
Gracia.  
Para  
comprender  
todo  
esto  
tenemos  
que  
recordar  
de  
nuevo  
que  
Pablo  
estaba  
usando  
un  
lenguaje  
Y  
unas  
alegorías  
que  
casi  
todos

los  
de  
su  
tiempo  
y  
generación  
entenderían.  
Tal  
vez  
nos  
parezcan  
extraños  
a  
nosotros,  
pero  
no  
lo  
eran  
para  
sus  
con-  
temporáneos.

Los  
judíos  
le  
entenderían.  
Cuando  
se  
convertía  
un  
pagano  
al  
judaísmo,  
tenía  
que  
hacer  
tres  
cosas:  
sacrificio,  
circuncisión  
y  
bautismo.  
El  
gentil  
entraba  
en  
la  
fe  
de  
Israel  
mediante  
el  
bautismo,  
cuyo  
ritual  
tenía  
estas  
partes:

El  
que  
iba  
a  
bautizarse  
se  
cortaba  
el  
pelo  
y  
las  
uñas;  
se  
desnudaba  
totalmente;  
el  
baptisterio  
tenía  
que  
contener  
por  
lo  
menos  
40  
seahs  
-es  
decir,  
unos  
500  
litros,  
medio  
metro  
cúbico  
de  
agua-,  
y  
el  
agua  
tenía  
que  
llegar  
a  
todas  
las  
partes  
de  
su  
cuerpo.  
Mientras  
estaba  
en  
el  
agua  
tenía  
que  
hacer  
profesión  
de  
su  
fe

ante  
tres  
padrinos,  
y  
se  
le  
dirigían  
algunas  
exhortaciones  
y  
bendiciones.  
El  
efecto  
de  
este  
bautismo  
se  
creía  
que  
era  
una  
total  
regeneración;  
al  
bautizado  
se  
le  
consideraba  
como  
un  
recién  
nacido  
aquel  
día.  
Se  
le  
perdonaban  
todos  
los  
pecados,  
porque  
Dios  
no  
podía  
castigar  
los  
que  
hubiera  
cometido  
antes  
de  
nacer  
de  
nuevo.  
Lo  
completo  
del  
cambio  
se  
veía

en  
el  
hecho  
de  
que  
ciertos  
rabinos  
mantenían  
que  
el  
hijo  
que  
le  
naciera  
a  
un  
hombre  
después  
de  
su  
bautismo  
era  
su  
primogénito,  
aunque  
hubiera  
tenido  
otros  
en  
su  
vida  
anterior.  
En  
teoría  
se  
mantenía  
-aunque  
esta  
creencia  
nunca  
se  
ponía  
en  
práctica-que  
un  
hombre  
era  
tan  
totalmente  
nuevo  
que  
podría  
casarse  
con  
una  
hermana,  
o  
hasta  
con  
su

madre.  
No  
era  
solamente  
un  
hombre  
cambiado;  
era  
una  
persona  
diferente.

Cualquier  
judío  
entendería  
lo  
que  
decía  
Pablo  
acerca  
de  
la  
necesidad  
de  
que  
un  
bautizado  
fuera  
completamente  
nuevo.  
Y

lo  
mismo  
un  
griego.  
En  
aquel  
tiempo  
la  
única  
verdadera  
religión  
griega  
eran  
los  
misterios  
o  
religiones  
misteriosas,  
que  
ofrecían  
la  
liberación  
de  
los  
cuidados,  
las

angustias  
y  
los  
temores  
de  
la  
Tierra;  
esta  
liberación  
se  
lograba  
mediante  
la  
unión  
con  
un  
dios.  
Todos  
esos  
misterios  
eran  
representaciones  
de  
una  
pasión;  
se  
basaban  
en  
la  
supuesta  
historia  
de  
algún  
dios  
que  
sufría,  
moría  
y  
resucitaba;  
su  
historia  
se  
representaba  
como  
un  
drama.  
Antes  
de  
participar  
en  
él,  
uno  
tenía  
que  
ser  
iniciado;  
es  
decir,  
tenía  
que

seguir  
un  
curso  
de  
instrucción  
sobre  
el  
sentido  
del  
drama,  
tenía  
que  
someterse  
a  
un  
proceso  
de  
disciplina  
ascética  
y  
prepararse  
concienzudamente.  
El  
drama  
se  
representaba  
con  
todos  
los  
medios  
disponibles  
de  
música  
y  
luces,  
de  
incienso  
y  
de  
misterio.  
Durante  
la  
representación,  
el  
iniciado  
tenía  
una  
experiencia  
emocional  
de  
identificación  
con  
el  
dios.  
La  
iniciación  
se  
consideraba  
siempre  
como



una  
muerte  
seguida  
de  
un  
nuevo  
nacimiento,  
en  
el  
cual  
el  
hombre  
era  
renatus  
in  
aeternum, nacido  
de  
nuevo  
para  
la  
eternidad.  
Uno  
que  
hizo  
la  
iniciación  
nos  
dice  
que  
pasó  
por  
cuna  
muerte  
voluntaria». Sabemos  
que  
en  
uno  
de  
aquellos  
misterios  
el  
que  
se  
iba  
a  
iniciar  
se  
llamaba  
moriturus,  
el  
que  
va  
a  
morir,  
y  
que  
se  
le  
enterraba

hasta  
la  
cabeza  
en  
una  
zanja.  
Cuando  
ya  
había  
pasado  
la  
iniciación,  
se  
le  
hablaba  
como  
a  
un  
niño  
pequeño,  
y  
se  
le  
daba  
leche  
como  
a  
un  
recién  
nacido.  
En  
otro  
de  
aquellos  
misterios,  
la  
persona  
que  
se  
estaba  
iniciando  
oraba:  
«Entra  
tú  
en  
mi  
espíritu,  
en  
mi  
pensamiento  
y  
en  
toda  
mi  
vida;  
porque  
tú  
eres  
yo,  
y

yo  
soy  
tú.»  
Cualquier  
griego  
que  
hubiera  
hecho  
estas  
experiencias  
comprendería  
sin  
dificultad  
lo  
que  
quería  
decir  
Pablo  
con  
aquello  
de  
morir  
Y  
resucitar  
otra  
vez  
en  
el  
bautismo;  
y  
al  
hacerlo,  
llegar  
a  
ser  
uno  
con  
Cristo.

No  
estamos  
diciendo  
de  
ninguna  
manera  
que  
Pablo  
tomó  
prestadas  
estas  
ideas  
o  
palabras  
de  
tales  
prácticas  
judías  
o  
paganas;

lo  
que  
decimos  
es  
que  
estaba  
usando  
palabras  
y  
alegorías  
que  
reconocerían  
y  
entenderían  
tanto  
los  
judíos  
como  
los  
paganos.  
En  
este  
pasaje  
hay  
tres  
grandes  
verdades  
permanentes.

(i)  
Es  
una  
cosa  
terrible  
el  
intentar  
comerciar  
con  
la

misericordia  
de  
Dios  
convirtiéndola  
en  
una  
licencia  
para  
seguir  
pecando.  
En  
términos  
humanos  
sería  
tan  
despreciable  
como  
el  
que  
un  
hijo  
se  
creyera  
con  
derecho  
a  
defraudar  
a  
su  
padre  
porque  
sabe  
que  
éste  
le  
perdonará.  
Eso  
sería  
aprovecharse  
del  
amor  
para  
quebrantarle  
el  
corazón.

(ii)  
La  
persona  
que  
inicia  
el  
camino  
cristiano  
se  
compromete  
a  
una

clase  
de  
vida  
diferente.  
Ha  
muerto  
para  
una  
clase  
de  
vida,  
y  
ha  
nacido  
de  
nuevo  
para  
otra.  
En  
los  
tiempos  
actuales  
puede  
que  
tendamos  
a  
presentar  
la  
conversión  
al  
Cristianismo  
como  
algo  
que  
no  
tiene  
por  
qué  
producir  
una  
gran  
diferencia.  
Pablo  
habría  
dicho  
que  
tiene  
que  
producir  
la  
mayor  
diferencia  
del  
mundo.  
(iii)  
Pero  
hay  
más  
que  
un

cambio  
de  
conducta  
en  
la  
vida  
de  
una  
persona  
que  
acepta  
a  
Cristo.  
Hay  
una  
verdadera  
identi-  
ficación  
con  
Él.  
Es  
un  
hecho  
que  
no  
puede  
haber  
un  
cambio  
real  
de  
vida  
sin  
esa  
unión  
con  
Cristo.  
La  
persona  
está  
en  
Cristo.  
Un  
gran  
pensador  
cristiano  
ha  
sugerido  
una  
metáfora  
para  
explicar  
esa  
frase:  
No  
podemos  
vivir  
la  
vida  
física

a  
menos  
que  
estemos  
en  
el  
aire  
y  
el  
aire  
esté  
en  
nosotros;  
de  
la  
misma  
manera,  
no  
podemos  
vivir  
la  
vida  
que  
Dios  
nos  
quiere  
dar  
a  
menos  
que  
estemos  
en  
Cristo  
y  
Cristo  
en  
nosotros.  
LA  
PRÁCTICA  
DE  
LA  
FE

Romanos  
6:12-14

No  
dejéis  
reinar  
al  
pecado  
en  
vuestro  
cuerpo  
mortal  
para  
que  
os



oblique  
.a  
seguir  
lo  
que  
os  
pida  
el  
cuerpo.  
No  
sigáis  
rindiéndole  
vuestros  
miembros  
al  
pecado  
como  
armas  
de  
maldad,  
sino  
rendíos  
de  
una  
vez  
para  
siempre  
a  
Dios  
como  
muertos  
que  
han  
vuelto  
a  
la  
vida,  
y  
rendidle  
vuestros  
miembros  
a  
Dios  
como  
armas  
de  
justicia.  
Porque  
el  
pecado  
no  
tiene  
por  
qué  
dominaros:  
ya  
no  
estáis  
bajo  
la

Ley, sino  
bajo  
la  
Gracia.

Al  
salir  
del  
pasaje  
anterior  
y  
entrar  
en  
este,  
experimentamos  
una  
de  
esas  
transiciones  
características  
de  
Pablo.  
El  
anterior  
era  
la  
expresión  
de  
un  
místico  
acerca  
de  
la  
unión  
mística  
entre  
el  
cristiano  
y  
Cristo  
que  
se  
realiza  
en  
el  
bautismo;  
hablaba  
de  
la  
manera  
como  
debe  
vivir  
un  
cristiano,  
tan  
cerca  
de  
Cristo

que  
se  
puede  
decir  
que  
vive  
en  
Él.  
Y  
ahora,  
después  
de  
la  
experiencia  
mística  
viene  
la  
exigencia  
práctica.  
El  
Cristianismo  
no  
es  
una  
experiencia  
emocional,  
sino  
una  
manera  
de  
vivir.  
El  
cristiano  
no  
lo  
es  
para  
complacerse  
en  
una  
experiencia,  
por  
muy  
maravillosa  
que  
sea,  
sino  
para  
salir  
a  
vivir  
una  
cierta  
clase  
de  
vida  
entre  
los  
ataques  
y

problemas  
del  
mundo.  
Es  
normal  
en  
el  
mundo  
de  
la  
vida  
religiosa  
que  
nos  
sentemos  
en  
la  
iglesia  
Y  
sintamos  
como  
una  
ola  
de  
sentimiento  
que  
pasa  
por  
nuestro  
interior.  
A  
veces,  
aun  
cuando  
nos  
encontramos  
solos,  
nos  
sentimos  
muy  
cerca  
de  
Cristo.  
Pero  
el  
Cristianismo  
que  
se  
detiene  
allí  
no  
ha  
recorrido  
más  
que  
la  
mitad  
del  
camino.  
Esa

emoción  
tiene  
que  
traducirse  
en  
acción.  
El  
Cristianismo  
no  
puede  
ser  
sólo  
una  
mera  
experiencia  
interior.  
Tiene  
que  
ser  
una  
vida  
en  
la  
palestra  
del  
mundo.

Cuando  
uno  
sale  
al  
mundo  
se  
tiene  
que  
enfrentar  
con  
una  
situación  
terrible.  
Como  
Pablo  
la  
ve,  
Dios  
y  
el  
pecado  
están  
buscando  
armas  
que  
puedan  
usar.  
Dios  
no  
puede  
actuar  
sin

hombres;  
si  
quiere  
que  
se  
diga  
algo,  
tiene  
que  
encontrar  
a  
una  
persona  
que  
lo  
diga;  
si  
quiere  
que  
se  
haga  
algo,  
tiene  
que  
encontrar  
a  
alguien  
que  
lo  
haga,  
y  
si  
quiere  
que  
alguien  
reciba  
ánimo,  
necesita  
a  
alguien  
que  
se  
lo  
dé.  
Y  
lo  
mismo  
sucede  
con  
el  
pecado:  
alguien  
tiene  
que  
empujarlo.  
El  
pecado  
está  
buscando  
gente

que  
induzca  
a  
otros  
a  
pecar  
con  
sus  
palabras  
o  
ejemplo.  
Es  
como  
si  
Pablo  
estuviera  
diciendo:  
«En  
este  
mundo  
hay  
una  
batalla  
constante  
entre  
Dios  
y  
el  
pecado;  
decide  
de  
qué  
parte  
estás.»  
Nos  
enfrentamos  
con  
la  
tremenda  
alternativa  
de  
convertirnos  
en  
instrumentos  
en  
las  
manos  
de  
Dios,  
o  
en  
las  
del  
pecado.

Un  
creyente  
inmaduro  
podría

muy  
bien  
decir:  
«Hay  
decisiones  
que  
son  
demasiado  
difíciles,  
y  
voy  
a  
fallar.»  
La  
respuesta  
de  
Pablo  
es:  
«  
No  
te  
desanimas  
ni  
te  
desesperes;  
el  
pecado



no  
te  
dominará.»  
«¿Por  
qué?»  
«Porque  
ya  
no  
estamos  
bajo  
la  
Ley,  
sino  
bajo  
la  
Gracia.  
«  
¿Y  
eso  
cambia  
tanto  
las  
cosas?»  
«  
Sí;  
porque  
ya  
no  
estamos  
tratando  
de  
satisfacer  
las  
exigencias  
de  
la  
Ley,  
sino  
tratando  
de  
ser  
dignos  
de  
los  
dones  
del  
Amor».  
Ya  
no  
pensamos  
en  
Dios  
como  
un  
juez  
severo,  
sino  
como  
el

Que  
ama  
las  
almas  
de  
todas  
las  
personas.  
No  
existe  
en  
todo  
el  
mundo  
una  
inspiración  
que  
se  
pueda  
comparar  
con  
la  
del  
amor.  
¿Hay  
alguien  
que  
salga  
de  
la  
compañía  
del  
ser  
querido  
sin  
sentir  
el  
deseo  
ardiente  
de  
ser  
mejor  
persona?  
La  
vida  
cristiana  
ya  
no  
es  
una  
carga  
que  
hay  
que  
soportar,  
sino  
un  
privilegio  
a  
cuya

altura  
se  
puede  
vivir.  
Como  
decía  
Denney:  
«  
No  
son  
las  
prohibiciones  
lo  
que  
libera  
del  
pecado,  
sino  
la  
inspiración;  
no  
es  
el  
monte  
Sinaí,  
sino  
el  
Calvario  
el  
que  
produce  
santos.»  
Muchos  
han  
sido  
liberados  
del  
pecado,  
no  
por  
las  
normas  
de  
la  
ley,  
sino  
porque  
no  
habrían  
podido  
soportar  
el  
desilusionar,  
o  
fallar,  
o  
herir  
a  
una  
persona

a  
la  
que  
amaban  
o  
que  
los  
amaba.  
En  
el  
mejor  
de  
los  
casos  
la  
ley  
nos  
sujeta  
por  
el  
temor;  
pero  
el  
amor  
nos  
redime  
inspirándonos  
para  
que  
seamos  
mejores  
de  
lo  
que  
hemos  
conseguido  
ser.  
La  
inspiración  
del  
cristiano  
viene,  
no  
del  
miedo  
al  
castigo  
de  
Dios,  
sino  
de  
la  
contemplación  
de  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por

él.

LA  
POSESIÓN  
EXCLUSIVA

Romanos 6:15-23

Entonces,  
¿qué?  
¿Hemos  
de  
seguir  
pecando  
porque  
no  
estamos  
bajo  
la  
Ley  
sino  
bajo  
la  
Gracia?  
¡De  
ninguna  
manera!  
¿No  
os  
dais  
cuenta  
de  
que,  
si  
os  
entregáis  
a  
alguien  
como  
esclavos  
para  
obedecerle,  
de  
hecho  
os  
convertís  
en  
esclavos  
de  
la  
persona  
que  
habéis  
elegido  
obedecer:  
ya  
sea

del  
pecado,  
que  
conduce  
a  
la  
muerte,  
o  
de  
la  
obediencia,  
que  
conduce  
a  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios.  
Pero,  
gracias  
a  
Dios,  
vosotros  
que  
erais  
esclavos  
del  
pecado,  
habéis  
llegado  
a  
la  
decisión  
espontánea

de  
obedecer  
el  
modelo  
de  
enseñanza  
que  
habéis  
aceptado;  
Y,  
al  
ser  
liberados  
del  
pecado,  
os  
habéis  
convertido  
en  
esclavos  
de  
la  
justicia.

Hablo  
en  
términos  
humanos,  
porque  
la  
naturaleza  
humana  
no  
puede  
entender  
otros  
por  
sí  
sola:  
De  
la  
misma  
manera  
que  
antes  
rendíais  
vuestros  
miembros  
como  
esclavos  
de  
la  
inmundicia  
y  
la  
iniquidad,  
lo  
que  
producía  
todavía  
más  
iniquidad,  
así  
ahora  
habéis  
rendido  
vuestros  
miembros  
como  
esclavos  
de  
la  
justicia,  
y  
habéis  
empezado  
a  
recorrer  
el  
camino  
que  
conduce  
a  
la

santidad.  
Cuando  
erais  
esclavos  
del  
pecado,  
estabais  
libres  
de  
todo  
compromiso  
con  
la  
justicia;  
pero,  
¿qué  
producto  
obteníais?  
Todo  
lo  
que  
conseguíais  
eran  
cosas  
de  
las  
que  
ahora  
os  
avergonzáis  
cordialmente,  
porque  
su  
fin  
es  
la  
muerte.  
Pero  
ahora,  
puesto  
que  
ya  
estáis  
libres  
del  
pecado,  
y  
os  
habéis  
convertido  
en  
esclavos  
de  
Dios,  
el  
fruto  
de  
que  
disfrutáis  
está



designado  
para  
guiaros  
en  
el  
camino  
de  
la  
santidad  
cuya  
meta  
es  
la  
vida  
eterna.  
Porque  
la  
paga  
del  
pecado  
es  
la  
muerte, pero  
el  
don  
gratuito  
de  
Dios  
es  
la  
vida  
eterna  
en  
nuestro  
Señor  
Jesucristo.

Para  
cierto  
tipo  
de  
mentalidad,  
la  
doctrina  
de  
la  
Gracia  
gratuita  
es  
siempre  
una  
tentación  
a  
decir:  
«  
Si  
el  
perdón  
es

tan  
fácil  
y  
tan  
inevitable  
como  
todo  
eso,  
si  
lo  
único  
que  
Dios  
quiere  
es  
perdonar  
Y  
si  
su  
Gracia  
es  
tan  
ancha  
como  
para  
cubrir  
cualquier  
mancha  
o  
defecto,  
¿por  
qué  
preocuparnos  
del  
pecado?  
¿Por  
qué  
no  
vivir  
como  
nos  
dé  
la  
gana?  
A  
fin  
de  
cuentas,  
da  
lo  
mismo.»

Pablo  
se  
opone  
a  
eso  
con  
una

imagen  
de  
la  
vida  
real:  
«Hubo  
un  
tiempo  
en  
que  
os  
entregasteis  
al  
pecado  
como  
sus  
esclavos;  
entonces  
la  
integridad  
no  
tenía  
ningún  
derecho  
sobre  
vosotros.  
Pero  
ahora  
os  
habéis  
entregado  
a  
Dios  
como  
esclavos  
de  
la  
integridad,  
y  
el  
pecado  
no  
tiene  
ningún  
derecho  
sobre  
vosotros.»

Para  
entender  
esto  
tenemos  
que  
comprender  
el  
status  
de  
un  
esclavo.

Cuando  
hablamos  
de  
un  
empleado,  
en  
el  
sentido  
actual,  
nos  
referimos  
a  
una  
persona  
que  
da  
una  
parte  
concertada

de  
su  
tiempo  
y  
actividad  
a  
un  
patrono,  
del  
que  
recibe  
un  
salario.  
El  
tiempo  
concertado  
está  
al  
servicio  
del  
patrono  
y  
a  
sus  
órdenes;  
pero,  
cuando  
termina  
ese  
tiempo,  
es  
libre  
para  
hacer  
lo  
que  
quiera.  
Durante  
la  
jornada  
laboral  
«pertenece»  
a  
su  
patrono;  
pero  
en  
el  
tiempo  
libre  
se  
pertenece  
a  
sí  
mismo.  
Pero  
en  
el  
tiempo

de  
Pablo  
el  
status  
de  
un  
esclavo  
era  
completamente  
diferente.  
Literalmente,  
no  
se  
pertenecía  
a  
sí  
mismo  
en  
ningún  
momento,  
todo  
el  
tiempo  
le  
pertenecía  
a  
su  
amo.  
Era  
propiedad  
exclusiva  
de  
su  
amo.  
Esa  
es  
la  
imagen  
que  
Pablo  
tiene  
en  
mente.  
Dice:  
«Hubo  
un  
tiempo  
cuando  
eras  
esclavo  
del  
pecado.  
El  
pecado  
era  
tu  
dueño  
absoluto.  
Entonces  
no

podías  
hablar  
de  
nada  
más  
que  
del  
pecado.  
Pero  
ahora  
has  
tomado  
a  
Dios  
como  
tu  
dueño,  
y  
Él  
tiene  
posesión  
absoluta  
de  
tu  
persona.  
Ahora  
ya  
no  
puedes  
ni  
hablar  
del  
pecado:  
tienes  
que  
hablar  
sólo  
de  
la  
santidad.»

Pablo  
se  
disculpa  
por  
adoptar  
este  
ejemplo.  
Dice:  
«Estoy  
simplemente  
usando  
una  
analogía  
humana  
para  
que  
vuestras  
mentes

lo  
puedan  
captar.»  
Se  
disculpa  
porque  
no  
le  
gusta  
comparar  
la  
vida  
cristiana  
con  
ninguna  
forma  
de  
esclavitud.  
Pero  
lo  
que  
quiere  
decirnos  
es  
que  
el  
cristiano  
no  
puede  
tener  
más  
dueño  
que  
Dios.  
No  
puede  
darle  
a  
Dios  
una  
parte  
de  
su  
vida  
y  
otra  
parte  
al  
mundo.  
En  
cuanto  
a  
Dios,  
es  
todo  
o  
nada.  
Mientras  
uno  
tenga



una  
parte  
de  
su  
vida  
que  
no  
pertenece  
a  
Dios  
no  
es  
cristiano  
de  
veras.  
Es  
cristiana  
la  
persona  
que  
le  
ha  
dado  
a  
Cristo  
el  
completo  
control  
de  
su  
vida  
sin  
reservarse  
nada.  
Nadie  
que  
lo  
haya  
hecho  
podría  
nunca  
pensar  
en  
usar  
la  
Gracia  
como  
una  
licencia  
para  
el  
pecado.

Pero  
Pablo  
tiene  
algo  
más  
que

decir:  
«  
Tú  
tomaste  
la  
decisión  
libre  
y  
espontánea  
de  
obedecer  
el  
esquema  
de  
la  
enseñanza  
que  
habías  
aceptado.»  
En  
otras  
palabras,  
es  
como  
si  
dijera:  
«  
Tú  
sabías  
lo  
que  
estabas  
haciendo,  
y  
lo  
hiciste  
con  
absoluta  
liber-  
tad.»  
Esto  
es  
interesante.  
Recuerda  
que  
este  
pasaje  
ha  
surgido  
de  
una  
conversación  
acerca  
del  
bautismo;  
por  
tanto  
quiere  
decir  
que

al  
bautismo  
se  
llegaba  
después  
de  
una  
preparación.  
Ya  
hemos  
visto  
que  
en  
la  
Iglesia  
Primitiva  
el  
bautismo  
era  
de  
adultos,  
es  
decir,  
de  
creyentes,  
previa  
confesión  
de  
fe.  
Está

claro,  
por  
tanto,  
que  
uno  
no  
ingresaba  
en  
la  
iglesia  
en  
un  
momento  
de  
emoción.  
Se  
le  
instruía.  
Tenía  
que  
saber  
lo  
que  
estaba  
haciendo.  
Se  
le  
enseñaba

lo  
que  
Cristo  
ofrecía  
y  
demandaba.  
Entonces,  
y  
sólo  
entonces,  
tomaba  
la  
decisión  
de  
incorporarse.

Cuando  
uno  
quiere  
ingresar  
en  
la  
gran  
orden  
benedictina  
se  
le  
acepta  
por  
un  
año  
de  
prueba.  
Todo  
ese  
tiempo  
tiene  
colgada  
en  
su  
celda  
la  
ropa  
que  
usaba  
en  
el  
mundo.  
En  
cualquier  
momento  
se  
puede  
quitar  
el  
hábito  
y  
ponerse  
la

otra  
ropa  
y  
salir,  
y  
nadie  
se  
lo  
impedirá.  
Sólo  
después  
de  
aquel  
año  
se  
llevan  
definitivamente  
de  
su  
celda  
la  
ropa  
del  
mundo.  
Con  
los  
ojos  
abiertos  
y  
sabiendo  
lo  
que  
hace  
entra  
en  
la  
orden.

Así  
sucede  
con  
el  
Evangelio.  
Jesús  
no  
quiere  
seguidores  
que  
no  
se  
hayan  
parado  
a  
considerar  
el  
precio.  
No  
se  
conforma

con  
una  
persona  
que  
hace  
protestas  
de  
lealtad  
en  
la  
cresta  
de  
una  
ola  
de  
emoción.  
La  
Iglesia  
tiene  
el  
deber  
de  
presentar  
la  
fe  
en  
toda  
su  
riqueza,  
y  
las  
exigencias  
en  
toda  
su  
seriedad,  
a  
los  
que  
quieren  
hacerse  
miembros.

Pablo  
traza  
una  
diferencia  
entre  
la  
vida  
vieja  
y  
la  
nueva.  
La  
vida  
vieja  
se  
caracterizaba

por  
la  
suciedad  
y  
la  
iniquidad.  
El  
mundo  
pagano  
era  
un  
mundo  
sucio;  
no  
conocía  
la  
castidad.  
Justino  
Mártir  
lanza  
un  
dicterio  
terrible  
cuando  
habla  
de  
la  
exposición  
de  
los  
bebés.  
En  
Roma,  
los  
niños  
que  
no  
se  
querían,  
especialmente  
las  
niñas,  
literalmente  
se  
tiraban  
a  
la  
basura.  
Todas  
las  
noches  
había  
muchas  
tiradas  
en  
el  
foro.  
A  
algunas  
las

recogían  
ciertos  
tipos  
repugnantes  
que  
regentaban  
burdeles  
y  
las  
criaban  
para  
emplearlas  
en  
ellos.  
Justino  
presenta  
a  
sus  
detractores  
paganos  
la  
posibilidad  
de  
que,  
en  
su  
inmoralidad,  
cuando  
fueran  
a  
un  
burdel  
de  
la  
ciudad,  
podría  
ser  
que  
les  
correspondiera  
su  
propia  
hija.

El  
mundo  
pagano  
era  
inícuo  
en  
el  
sentido  
de  
que  
la  
concupiscencia  
era  
la  
única



ley,  
y  
el  
crimen  
producía  
más  
crimen.  
Esa  
y  
no  
otra  
es  
la  
ley  
del  
pecado:  
el  
pecado  
engendra  
pecado.  
La  
primera  
vez  
que  
se  
comete  
un  
acto  
indigno,  
tal  
vez  
se  
hace  
con  
vergüenza  
y  
temblor.  
La  
segunda  
vez  
es  
más  
fácil;  
Y,  
si  
se  
sigue  
así,  
ya  
no  
hay  
que  
vencer  
ningún  
escrúpulo  
ni  
realizar  
ningún  
esfuerzo.  
El

pecado  
pierde  
su  
horror.  
La  
primera  
vez

puede  
que  
nos  
permitamos  
alguna  
indulgencia  
y  
que  
nos  
conformemos  
con  
muy  
poco;  
pero  
luego  
se  
llega  
a  
querer  
más  
y  
más  
para  
conseguir  
el  
mismo  
o  
más  
placer.  
El  
pecado  
conduce  
al  
pecado;  
el  
libertinaje,  
al  
libertinaje.  
Una  
vez  
que  
se  
entra  
en  
el  
camino  
del  
pecado,  
se  
va  
cada  
vez  
más  
lejos.

La  
nueva  
vida

es  
diferente:  
es  
la  
vida  
de  
la  
integridad.  
Los  
griegos  
definían  
la  
integridad  
como  
darles  
al  
hombre  
y  
a  
Dios  
lo  
que  
se  
les  
debe.  
La  
vida  
cristiana  
le  
da  
a  
Dios  
Su  
lugar  
y  
respeto  
los  
derechos  
de  
las  
personas.  
El  
cristiano  
nunca  
desobedecerá  
a  
Dios  
ni  
usará  
a  
una  
persona  
humana  
para  
satisfacer  
su  
deseo  
de  
placer.  
La

vida  
cristiana  
conduce  
a  
la  
santificación.  
La  
palabra  
griega  
es  
haguiasmós.  
Todas  
las  
palabras  
griegas  
que  
terminan  
por  
-asmós  
describen,  
no  
un  
estado,  
sino  
un  
proceso.  
La  
santificación  
es  
el  
camino  
que  
conduce  
a  
la  
santidad.  
Cuando  
una  
persona  
le  
entrega  
su  
vida  
a  
Cristo,  
eso  
no  
la  
hace  
perfecta  
instantáneamente;  
la  
lucha  
no  
ha  
terminado  
ni  
mucho  
menos;  
pero

el  
Cristianismo  
siempre  
ha  
considerado  
más  
importante  
la  
dirección  
en  
que  
se  
marcha  
que  
la  
etapa  
particular  
que  
se  
ha  
alcanzado.  
Una  
vez  
que  
se  
pertenece  
a  
Cristo  
se  
ha  
empezado  
el  
proceso  
de  
la  
santificación,  
el  
camino  
a  
la  
santidad.  
<  
Lo  
único  
que  
hago,  
dejando  
de  
pensar  
en  
lo  
que  
queda  
atrás  
y  
estirándome  
a  
lo  
que  
tengo

por  
delante,  
es  
perseguir  
hacia  
la  
meta,  
al  
premio  
del  
supremo  
llamamiento  
que  
Dios  
me  
ha  
dirigido  
en  
la  
Persona  
de  
Jesucristo»  
(Filipenses  
3:13s).  
Robert  
Louis  
Stevenson  
decía:  
<  
Viajar  
con  
esperanza  
es  
mejor  
que  
llegar.»  
Lo  
que  
no  
se  
puede  
negar  
es  
que  
es  
una  
gran  
cosa  
ponerse  
en  
camino  
hacia  
una  
meta  
gloriosa.

Pablo  
termina  
con

una  
gran  
frase  
que  
contiene  
una  
doble  
metáfora:  
«La  
paga  
del  
pecado  
es  
la  
muerte,  
pero  
el  
regalo  
gratuito  
e  
inmerecido  
de  
Dios  
es  
la  
Vida  
eterna.»  
Pablo  
usa  
dos  
palabras  
militares:  
Para  
paga  
usa  
la  
palabra  
opsónia,  
que  
quiere  
decir  
literalmente  
la  
paga  
del  
soldado  
-la  
soldada  
(N-C)-,  
lo  
que  
se  
ha  
ganado  
arriesgando  
la  
vida  
y  
con  
mucho



sudor  
y  
dolor,  
algo  
que  
se  
le  
debe  
y  
que  
no  
se  
le  
debe  
escatimar;  
y  
para  
regalo  
usa  
járisma  
-en  
latín  
donativum-,  
que  
es  
algo  
que  
no  
se  
ha  
ganado,  
que  
el  
ejército  
recibía  
a  
veces.  
En  
ocasiones

especiales  
-por  
ejemplo,  
en  
su  
cumpleaños,  
el  
día  
que  
ascendía  
al  
puesto  
supremo  
o  
en  
el  
aniversario-,  
el  
emperador

les  
repartía  
a  
los  
soldados  
un  
regalo  
en  
dinero.  
No  
se  
había  
ganado,  
sino  
que  
el  
emperador  
lo  
daba  
por  
generosidad  
Y  
gracia.  
Así  
que  
Pablo  
dice:  
<  
Si  
se  
nos  
da  
lo  
que  
nos  
hemos  
ganado,  
no  
vamos  
a  
recibir  
nada  
más  
que  
la  
muerte;  
pero  
Dios  
nos  
da  
la  
Vida  
eterna  
por  
pura  
Gracia  
Y  
generosidad.»

LA  
NUEVA  
LEALTAD

Romanos  
7:1-6

No  
podéis  
por  
menos  
que  
saber,  
hermanos  
porque  
hablo  
con  
personas  
que  
saben  
lo  
que  
es  
una  
ley-,  
que  
la  
Ley  
tiene  
autoridad  
sobre  
el  
hombre  
sólo  
mientras  
está  
vivo.  
Así, una  
mujer  
casada  
sigue  
ligada  
por  
ley  
a  
su  
marido  
mientras  
éste  
vive;  
pero,  
una  
vez  
muerto, ella  
queda  
totalmente  
desligada  
de

la  
ley  
que  
la  
sujetaba  
a  
su  
marido.  
En  
consecuencia, será  
una  
adúltera  
si  
tiene  
relación  
sexual  
con  
otro  
hombre  
mientras  
su  
marido  
vive;  
pero  
si  
ha  
muerto,  
ella  
queda  
libre  
de  
la  
ley,  
y  
ya  
no  
será  
adúltera  
si  
se  
casa  
con  
otro  
hombre.  
Exactamente  
igual,  
hermanos,  
vosotros  
habéis  
muerto  
a  
la  
Ley  
mediante  
el  
cuerpo  
de  
Cristo  
(porque  
habéis

compartido  
Su  
muerte  
en  
el  
bautismo)  
para  
uniros  
a  
Otro  
(quiero  
decir  
el  
Que  
ha  
resucitado  
de  
los  
muertos)  
para  
llevar  
fruto  
para  
Dios.  
En  
los  
días  
de  
nuestra  
naturaleza  
humana  
desvalida,  
las  
pasiones  
de  
nuestros  
pecados,  
que  
kit  
Ley  
ponía  
en  
movimiento,  
obraban  
en  
nuestros  
miembros  
para  
dar  
fruto  
para  
la  
muerte.  
Pero  
ahora  
estamos  
totalmente  
desvinculados  
de  
la

Ley,  
porque  
hemos  
muerto  
a  
todo  
lo  
que  
nos  
tenía  
cautivos,  
para  
servir, no  
bajo  
la  
vieja  
ley  
escrita,  
sino  
en  
la  
vida  
nueva  
del  
Espíritu.

Este  
es  
un  
pasaje  
sumamente  
complicado  
y  
difícil  
de  
entender.  
C.  
H.  
Dodd  
llegó  
a  
decir  
que  
aquí  
tenemos  
que  
olvidarnos  
de  
lo  
que  
Pablo  
dice,  
y  
procurar  
descubrir  
lo  
que  
quiso  
decir.

El  
pensamiento  
clave  
del  
pasaje  
se  
encuentra  
en  
la  
máxima  
legal  
de  
que  
la  
muerte  
cancela  
todos  
los  
contratos.  
Pablo  
empieza  
con  
una  
ilustración

de  
esta  
verdad,  
y  
quiere  
usarla  
como  
símbolo  
de  
lo  
que  
le  
sucede  
al  
cristiano.  
Mientras  
está  
vivo  
su  
marido,  
una  
mujer  
no  
puede  
pertenecer  
a  
otro  
hombre  
sin  
cometer  
adulterio.  
Pero  
cuando  
muere  
su  
marido,  
el  
contrato  
matrimonial  
queda,  
por  
así  
decirlo,  
cancelado,  
y  
ella  
es  
libre  
para  
casarse  
con  
quien  
quiera.

Siguiendo  
esa  
alegoría  
Pablo  
habría



podido  
decir  
que  
nosotros  
estábamos  
casados  
con  
el  
pecado;  
que  
el  
pecado  
ha  
muerto  
en  
la  
Cruz  
de  
Cristo,  
y  
que,  
por  
tanto,  
ahora  
somos  
libres  
para  
pertenecer  
a  
Dios.  
Parece  
que  
era  
eso  
lo  
que  
quería  
decir;  
pero  
la  
Ley  
se  
introdujo  
en  
la  
escena.  
Pablo  
podría  
haber  
dicho  
sencillamente  
que  
estábamos  
casados  
con  
la  
Ley;  
que  
la  
Ley

ha  
dejado  
de  
existir  
por  
la  
Obra  
de  
Cristo,  
y  
que  
ahora  
somos  
libres  
para  
pertenecer  
a  
Dios.  
Pero,  
de  
pronto,  
algo  
cambia,  
y  
somos  
nosotros  
los  
que  
hemos  
muerto  
para  
la  
Ley.

¿Cómo  
puede  
ser  
eso?  
Por  
el  
bautismo,  
participamos  
de  
la  
muerte  
de  
Cristo.  
Eso  
quiere  
decir  
que,  
habiendo  
muerto,  
que-  
damos  
descargados  
de  
todas  
las

obligaciones  
que  
teníamos  
con  
la  
Ley  
y  
somos  
libres  
para  
casarnos  
de  
nuevo,  
y  
esta  
vez  
nos  
casamos  
con  
Cristo.  
Cuando  
eso  
sucede,  
la  
obediencia  
cristiana  
ya  
no  
es  
algo  
impuesto  
externamente  
por  
un  
código  
escrito  
de  
leyes,  
sino  
una  
lealtad  
interior  
del  
espíritu  
a  
Jesucristo.

Pablo  
traza  
el  
contraste  
entre  
dos  
estados  
del  
hombre  
-sin  
Cristo  
y

con  
Él.  
Antes  
de  
conocer  
a  
Cristo  
tratábamos  
de  
vivir  
obedeciendo  
un  
código  
escrito  
de  
leyes.  
Eso  
era  
cuando  
estábamos  
en  
la  
carne.  
La  
carne  
no  
quiere  
decir  
simplemente  
el  
cuerpo,  
porque  
el  
ser  
humano  
tiene  
cuerpo  
mientras  
vive.  
Hay  
algo  
en  
el  
hombre  
que  
presta  
atención  
a  
la  
seducción  
del  
pecado,  
que  
le  
ofrece  
al  
pecado  
un  
medio  
de

acceso,  
y  
esa  
es  
la  
parte  
de  
nuestra  
personalidad  
que  
Pablo  
llama  
la  
carne.

La  
carne  
es  
la  
naturaleza  
humana  
aparte  
de  
la  
ayuda  
de  
Dios.

Pablo  
dice  
que,  
cuando  
nuestra  
naturaleza  
humana  
estaba  
separada  
de  
Dios,  
la  
Ley  
nos  
inducía  
al  
pecado.  
¿Qué  
quiere  
decir  
con  
eso?  
Más  
de  
una  
vez  
expresa  
el  
pensamiento  
de

que  
la  
Ley  
realmente  
produce  
el  
pecado;  
porque,  
precisamente  
porque  
una  
cosa  
está  
prohibida,  
nos  
parece  
más  
atractiva.  
Cuando  
no  
teníamos  
más  
que  
la  
Ley,  
estábamos  
a  
merced  
del  
pecado.

Luego  
Pablo  
pasa  
a  
considerar  
el  
estado  
del  
hombre  
con  
Cristo.  
Cuando  
uno  
dirige  
su  
vida  
mediante  
la  
unión  
con  
Cristo,  
ya  
no  
lo  
hace  
por  
obediencia  
a

un  
código  
de  
ley  
escrita  
que  
de  
hecho  
despierta  
el  
deseo  
de  
pecar,  
sino  
por  
la  
lealtad  
a  
Jesucristo  
en  
lo  
íntimo  
del  
espíritu  
y  
del  
corazón.  
No  
la  
Ley,  
sino  
el  
Amor  
es  
el  
móvil  
de  
su  
vida;  
y  
la  
inspiración  
del  
Amor  
puede  
hacerle  
capaz  
de  
lo  
que  
la  
imposición  
de  
la  
Ley  
era  
incapaz  
de  
ayudarle  
a

hacer.

LA  
ABSOLUTA  
PECAMINOSIDAD  
DEL  
PECADO

Romanos  
7:7-13

¿Qué  
hemos  
de  
deducir  
de  
esto?  
¿Que  
la  
Ley  
es  
el  
pecado?  
¡De  
ninguna  
manera!  
Por  
el  
contrario,  
yo  
no  
habría  
sabido  
nunca  
lo  
que  
es  
el  
pecado  
si  
no  
hubiera  
sido  
por  
la  
Ley.  
No  
habría  
sabido  
que  
la  
codicia  
es  
mala  
si  
no  
fuera



porque  
la  
Ley  
dice:  
«No  
debes  
codiciar.»  
Porque,  
cuando  
el  
pecado  
había  
conseguido  
un  
asidero  
por  
medio  
del  
mandamiento,  
produjo  
en  
mí  
toda  
clase  
de  
malos  
deseos.  
Y  
es  
que,  
si  
no  
hay  
ley,  
el  
pecado  
está  
sólo  
latente.  
Yo,  
por  
un  
tiempo,  
viví  
sin  
la  
ley;  
pero,  
cuando  
llegó  
el  
mandamiento,  
el  
pecado  
cobró  
vida,  
y  
en  
aquel  
momento

supe  
que  
había  
incurrido  
en  
la  
pena  
de  
muerte.  
El  
mandamiento  
que  
estaba  
diseñado  
para  
dar  
vida,  
yo  
descubrí  
que  
me  
traía  
la  
muerte.  
Porque,  
cuando  
el  
pecado  
consiguió  
un  
asidero  
mediante  
el  
mandamiento,  
por  
medio  
de  
él  
me  
sedujo  
y  
me  
dio  
muerte.  
Así  
es  
que  
la  
Ley  
es  
santa, y  
el  
mandamiento  
es  
santo

y  
justo  
y  
bueno.  
¿Entonces, lo  
que  
era  
bueno  
me  
trajo  
la  
muerte?  
¡De  
ninguna  
manera!  
Pero  
la  
razón  
era  
que  
el  
pecado,  
para  
revelarse  
como  
lo  
que  
es,  
me  
produjera  
la  
muerte  
por  
medio  
de  
algo  
que  
era  
en  
sí  
bueno,  
para  
que,  
por  
medio  
del  
mandamiento,  
el  
pecado  
apareciera  
en  
toda  
su  
horrible  
pecaminosidad.

Aquí  
empieza

uno  
de  
los  
pasajes  
más  
maravillosos  
del  
Nuevo  
Testamento;  
Y  
uno  
de  
los  
más  
conmovedores,  
porque  
Pablo  
nos  
presenta  
su  
propia  
autobiografía  
espiritual,  
descubriéndonos  
su  
corazón  
y  
alma.

Pablo  
está  
hablando  
de  
la  
torturadora  
paradoja  
de  
la  
Ley.  
En  
sí  
misma,  
es  
algo  
maravilloso  
y  
espléndido.  
Es  
santa,  
que  
es  
tanto  
como  
decir  
que  
es  
la  
misma  
voz

de  
Dios.  
El  
sentido  
de  
la  
raíz  
de  
la  
palabra  
santo  
(haguios)  
es  
diferente.  
Describe  
algo  
que  
no  
es  
de  
este  
mundo.  
La  
Ley  
es  
divina,  
y  
transmite  
la  
misma  
voz  
de  
Dios.  
Es  
justa.  
Ya  
hemos  
visto  
que  
la  
idea  
de  
la  
raíz  
griega  
de  
la  
justicia  
nos  
dice  
que  
consiste  
en  
dar  
al  
hombre  
y  
a  
Dios  
lo

que  
les  
es  
debido.  
Por  
tanto  
la  
Ley  
es  
lo  
que  
establece  
todas  
las  
relaciones,  
humanas  
y  
divinas.  
Si  
una  
persona  
cumpliera  
perfectamente  
la  
Ley,  
estaría  
en  
perfecta  
relación  
tanto  
con  
Dios  
como  
con  
sus  
semejantes.  
La  
Ley  
es  
buena.  
Es  
decir,  
que  
está  
diseñada  
exclusivamente  
para  
nuestro  
supremo  
bien.  
Su  
fin  
es  
hacer  
que  
el  
hombre  
sea  
bueno.  
Todo

esto  
es  
cierto;  
Y,  
sin  
embargo,  
es  
un  
hecho  
que  
esa  
misma  
Ley  
es  
el  
medio  
por  
el  
que  
el  
pecado  
se  
introduce  
en  
el  
hombre.  
¿Cómo  
puede  
ser  
así?  
Hay  
dos  
maneras  
en  
las  
que  
se  
puede  
decir  
que  
la  
Ley  
es,  
en  
cierto  
sentido,  
el  
origen  
del  
pecado.

(i)  
Define  
el  
pecado.  
El  
pecado  
sin  
la

Ley,  
como  
dijo  
Pablo,  
no  
tiene  
existencia.  
Hasta  
que  
la  
Ley  
define  
algo  
como  
pecado,  
no  
se  
podía  
saber  
que  
lo  
fuera.  
Podríamos  
encontrar  
una  
cierta  
analogía  
con  
lo  
que  
pasa  
en  
los  
juegos,  
por  
ejemplo  
el  
tenis.  
Un  
jugador  
podría  
dejar  
que  
la  
pelota  
botara  
más  
de  
una  
vez  
en  
su  
campo  
antes  
de  
devolverla;  
si  
no  
hubiera  
reglas



del  
juego,  
eso  
no  
sería  
ninguna  
falta.  
Pero  
hay  
reglas,  
y  
establecen  
que  
la  
pelota  
no  
puede  
botar  
más  
de  
una  
vez  
antes  
de  
que  
se  
devuelva  
al  
otro  
lado  
de  
la  
red;  
así  
que  
es  
falta  
dejarla  
botar  
dos  
veces.  
Las  
reglas  
definen  
las  
faltas,  
y  
la  
Ley  
define  
el  
pecado.

Podemos  
tomar  
una  
analogía  
mejor:  
lo

que  
se  
le  
puede  
permitir  
a  
un  
niño,  
o  
a  
una  
persona  
sin  
civilizar  
de  
un  
país  
salvaje,  
no  
se  
le  
permitiría  
a  
un  
hombre  
maduro  
de  
un  
país  
civilizado.  
La  
persona  
madura  
y  
civilizada  
reconoce  
unas  
reglas  
de  
conducta  
que  
no  
conocen  
el  
niño  
o  
el  
salvaje;  
por  
tanto,  
no  
se  
le  
perdonaría  
lo  
que  
a  
éstos  
se  
les

puede  
perdonar.

La  
Ley  
crea  
el  
pecado  
en  
el  
sentido  
de  
que  
lo  
define.  
Tal  
vez  
en  
algún  
lugar  
era  
legal  
conducir  
un  
vehículo  
en  
cualquiera  
de  
los  
dos  
sentidos;  
pero  
luego  
se  
decidió  
que  
no  
se  
podía  
nada  
más  
que  
en  
un  
sentido,  
y  
desde  
aquel  
momento  
está  
prohibido  
hacer  
lo  
que  
antes  
estaba  
permitido.  
Así  
la

Ley,  
al  
presentar  
sus  
prohibiciones,  
crea  
el  
pecado.

(ii)  
Pero  
hay  
un  
sentido  
mucho  
más  
serio  
en  
el  
que  
la  
Ley  
produce  
el  
pecado.  
Una  
de  
las  
cosas  
raras  
de  
la  
vida  
es  
la  
fascinación  
de  
lo  
prohibido.  
Los  
rabinos  
judíos  
y  
los  
pensadores  
descubren  
esa  
tendencia  
en  
el  
Huerto  
del  
Edén.  
Al  
principio  
Adán  
vivía  
inocentemente.  
Entonces

se  
le  
prohibió  
para  
su  
bien  
que  
no  
comiera  
el  
fruto  
de  
cierto  
árbol;  
pero  
vino  
la  
serpiente  
y  
cambió  
astutamente  
la  
prohibición  
en  
una  
tentación.  
El  
hecho  
de  
que  
estuviera  
prohibido  
hacia  
aquel  
árbol  
más  
deseable;  
así  
es  
que  
Adán  
fue  
seducido  
al  
pecado  
por  
el  
fruto  
prohibido,  
y  
la  
muerte  
fue  
la  
consecuencia.  
Filón  
de  
Alejandría  
alegorizaba  
toda

la  
historia.  
La  
serpiente  
era  
el  
placer;  
Eva  
representaba  
los  
sentidos;  
el  
placer,  
como  
sucede  
siempre,  
quería  
la  
cosa  
prohibida,  
y  
atacó  
por  
los  
sentidos.  
Addn  
era  
la  
razón;  
y,  
por  
el  
ataque  
de  
lo  
prohibido  
a  
los  
sentidos,  
la  
razón  
se  
extravió  
y  
vino  
la  
muerte.

En  
un  
pasaje  
de  
sus  
Confesiones, Agustín  
habla  
de  
la  
fascinación  
que

produce  
la  
cosa  
prohibida.

<  
Había  
un  
peral  
cerca  
de  
nuestra  
viña,  
cargado  
de  
fruta.  
Una  
noche  
de  
tormenta,  
unos  
cuantos  
gamberros  
hicimos  
el  
plan  
de  
robarla  
y  
llevarnos  
el  
botín.  
Cogimos  
un  
montón  
tremendo  
de  
peras  
-no  
para  
comérmolas  
nosotros,  
sino  
para  
echárselas

a  
los  
cerdos,  
aunque  
nosotros  
también  
comimos  
lo  
suficiente  
para  
saborear  
el  
fruto  
prohibido.  
No  
eran  
muy  
buenas;  
pero  
no  
eran  
las  
peras  
lo  
que  
codiciaba  
mi  
alma  
pecadora,  
porque  
tenía  
muchas  
mejores  
en  
casa.  
Las  
cogí  
sencillamente  
para  
cometer  
un  
robo.  
La  
única  
fiesta  
que  
celebré  
fue  
la  
de  
la  
iniquidad,  
y  
ésa la  
disfruté a  
tope.  
¿Qué  
era  
lo



que  
me  
atraía  
del  
robo?  
¿El  
placer  
de actuar  
contra  
la  
ley,  
yo  
que,  
al  
fin  
y  
al  
cabo,  
era  
un  
prisionero  
de  
las  
reglas,  
para  
tener  
un  
pobre  
simulacro  
de  
libertad  
haciendo  
algo  
prohibido,  
como  
una forma  
de impotente  
pataleo?  
...  
El  
deseo  
de robar  
me lo  
suscitaba precisamente  
la prohibición  
de hacerlo».

Poned  
algo  
en  
la  
categoría  
de  
lo  
prohibido,  
o  
fuera  
de  
los

límites,  
e  
inmediatamente  
ejerce  
fascinación.  
En  
este  
sentido,  
la  
Ley  
produce  
el  
pecado.

Pablo  
usa una palabra reveladora  
en  
relación  
con  
el  
pecado:  
«  
El  
pecado  
me  
sedujo.»  
Siempre  
hay  
decepción  
en  
el  
pecado.  
Vaughan  
dice  
que  
la  
ilusión  
del  
pecado  
obra  
en  
tres  
direcciones.  
(i)  
Nos  
engañamos  
pensando  
en  
la  
satisfacción  
que  
vamos  
a  
encontrar  
en  
él.  
Todos  
tomamos  
la

cosa  
prohibida  
creyendo  
que  
nos  
va  
a  
hacer  
felices;  
pero  
a  
nadie  
le  
resulta  
así.  
(ii)  
Nos  
engañamos  
creyendo  
que  
tenemos  
disculpa.  
Todos  
pensamos  
que  
podemos  
justificarnos  
por  
haber  
hecho  
lo  
que  
no  
debíamos;  
pero  
la  
disculpa  
no  
suena  
más  
que  
como  
vana  
cuando  
se  
hace  
en  
la  
presencia  
de  
Dios.  
(iii)  
Nos  
engañamos  
pensando  
en  
la  
probabilidad  
de  
escapar

a  
las  
consecuencias.  
Todos  
pecamos  
con  
la  
esperanza  
de salirnos  
con  
la  
nuestra;  
pero  
es  
muy  
cierto  
que,  
más  
tarde o  
más  
temprano,  
se nos  
descubrirá.

Entonces,  
¿es  
la  
Ley  
una  
cosa  
mala  
porque  
produce  
el  
pecado?  
Pablo  
no  
tiene  
la  
menor  
duda  
de  
que  
hay  
sabiduría  
en  
el  
proceso.  
(i)  
Primero,  
está  
convencido  
de  
que,  
sean  
las  
consecuencias  
las  
que

sean,  
el  
pecado  
tiene  
que  
verse  
como  
pecado.  
(ii)  
El  
proceso  
muestra  
la  
terrible  
naturaleza  
del  
pecado,  
porque  
toma  
una  
cosa  
-la  
Ley-que  
era  
santa  
y  
justa  
y  
buena,  
y  
la  
retuerce  
para  
que  
sirva  
para  
el  
mal.  
Lo  
terrible  
del  
pecado  
se ve  
en  
el  
hecho  
de que puede tomar  
una cosa buena,  
y  
convertir-

la  
en  
un  
instrumento  
para  
el  
mal.  
Eso  
es

lo  
que  
hace  
el  
pecado.  
Puede  
tomar  
el  
encanto  
del  
amor,  
y  
convertirlo  
en  
lujuria.  
Puede  
tomar  
el  
deseo  
honroso  
de  
independencia,  
y  
convertirlo  
en  
una  
obsesión  
de  
dinero  
y  
poder.  
Puede  
tomar  
la  
belleza  
de  
la  
amistad,  
y  
usarla  
como  
seducción  
para  
cosas  
malas.  
Eso  
era  
lo  
que  
Carlyle  
llamaba  
«la  
infinita  
condenabilidad  
del  
pecado.»  
El  
mismo  
hecho  
de

que  
tomó  
la  
Ley  
y  
la  
convirtió  
en  
una  
cabeza  
de  
puente  
para  
el  
pecado  
muestra  
la  
suprema  
maldad  
del  
pecado.  
Todo  
este  
proceso  
no  
es  
accidental;  
está  
diseñado  
para  
mostrarnos  
lo  
terrible  
que  
es  
el  
pecado,  
porque  
puede  
tomar  
las  
cosas  
más  
maravillosas  
y  
contaminarlas  
con  
su  
sucio  
contacto.

LA  
SITUACIÓN  
HUMANA

Romanos  
7:14-25

Somos  
conscientes  
de  
que  
la  
Ley  
es  
espiritual.  
¡Pero  
yo  
soy  
una  
criatura  
de  
carne  
y  
hueso  
bajo  
el  
poder  
del  
pecado!  
No  
entiendo  
lo  
que  
me  
pasa.  
Lo  
que  
quiero  
hacer,  
no  
lo  
hago;  
pero  
lo  
que  
me  
repele, eso  
sí  
lo  
hago.  
Si  
de  
hecho  
hago  
lo  
que  
no  
quiero  
hacer, estoy  
de  
acuerdo  
con  
la  
Ley  
y  
la



considero  
justa.  
Como  
están  
las  
cosas, ya  
no  
soy  
yo  
el  
que  
lo  
hace,  
sino  
el  
pecado  
que  
reside  
en  
mí.  
Quiero  
decir  
en  
mi  
naturaleza  
humana.  
El  
querer  
lo  
que  
está  
bien  
está  
dentro  
de  
mis  
posibilidades,  
pero  
no  
el  
hacerlo;  
porque  
no  
hago  
el  
bien  
que  
quiero  
hacer;  
pero  
el  
mal  
que  
no  
quiero  
hacer,  
eso  
sí  
que  
lo

hago.  
Así  
que,  
si  
hago  
precisamente  
lo  
que  
no  
quiero  
hacer,  
ya  
no  
soy  
yo  
quien  
lo  
hace,  
sino  
el  
pecado  
que  
reside  
en  
mí.  
Mi  
experiencia  
de  
la  
Ley,  
entonces,  
es  
que  
quiero  
hacer  
lo  
que  
está  
bien,  
pero  
que  
lo  
único  
que  
está  
dentro  
de  
mis  
posibilidades  
es  
hacer  
lo  
que  
está  
mal.  
En  
cuanto  
a  
lo  
íntimo

de  
mi  
ser,  
estoy  
totalmente  
de  
acuerdo  
con  
la  
Ley  
de  
Dios;  
pero  
veo  
otra  
ley  
en  
mis  
miembros

que  
no  
hace  
más  
que  
presentar  
batalla  
contra  
la  
ley  
de  
mi  
mente,  
y  
me  
lleva  
cautivo  
mediante  
la  
ley  
del  
pecado  
que  
está  
en  
mis  
miembros.  
¡Qué  
miserable  
soy!  
¿Quién  
me  
librará  
de  
este  
cuerpo  
fatal?  
¡Dios!  
¡Gracias  
Le  
doy  
mediante  
nuestro  
Señor  
Jesucristo.  
Por  
tanto, con  
la  
mente  
sirvo  
a  
la  
Ley  
de  
Dios;  
pero  
con  
la  
naturaleza

humana,  
a  
la  
del  
pecado.

Pablo  
nos  
presenta  
su  
alma  
al  
desnudo;  
y  
nos  
habla  
de  
una  
experiencia  
que  
es  
de  
la  
misma  
esencia  
de  
la  
situación  
humana.  
Sabía  
lo  
que  
estaba  
bien,  
y  
quería  
hacerlo;  
y  
sin  
embargo,  
por  
alguna  
razón,  
no  
podía  
hacerlo.  
Sabía  
lo  
que  
estaba  
mal,  
y  
lo  
último  
que  
querría  
sería  
hacerlo;  
y,

sin  
embargo,  
lo  
hacía.  
Se  
daba  
cuenta  
de  
que  
tenía  
una  
personalidad  
dividida,  
como  
si  
hubiera  
dos  
personas  
diferentes  
dentro  
de  
su  
piel,  
tirando  
cada  
una  
en  
un  
sentido  
diferente.  
Le  
perseguía  
este  
sentimiento  
de  
frustración;  
su  
capacidad  
para  
ver  
lo  
que  
estaba  
bien,  
y  
su  
incapacidad  
para  
hacerlo;  
su  
capacidad  
para  
reconocer  
lo  
que  
estaba  
mal,  
y  
su  
incapacidad

para  
resistirse  
a  
hacerlo.

Los  
contemporáneos  
de  
Pablo  
conocían  
muy  
bien  
este  
sentimiento,  
lo  
mismo  
que  
lo  
conocemos  
nosotros.  
Séneca  
lo  
llamaba  
«nuestra  
indefensión  
en  
las  
cosas  
necesarias»,  
y  
decía  
que  
los  
hombres  
odian  
sus  
pecados  
y  
los  
aman  
al  
mismo  
tiempo.  
Ovidio,  
el  
gran  
poeta  
latino,  
había  
escrito  
la  
famosa  
sentencia:  
«Veo  
las  
cosas  
mejores  
y  
las

apruebo;  
pero  
sigo  
las  
peores.»

Nadie  
conocía  
este  
problema  
mejor  
que  
los  
judíos.  
Lo  
planteaban  
diciendo  
que,  
en  
toda  
persona,  
hay  
dos  
naturalezas,  
a  
las  
que  
llamaban  
yétser  
hatob  
y  
yétser  
hará  
-tendencia  
al  
bien  
y  
tendencia  
al  
mal-.  
Los  
judíos  
estaban  
convencidos  
de  
que  
Dios  
había  
hecho  
al  
hombre  
con  
un  
buen  
impulso  
y  
con  
un  
mal



impulso.

Había  
rabinos  
que  
creían  
que  
el  
mal  
impulso  
estaba  
en  
el  
embrión  
antes  
del  
nacimiento.  
Era  
una  
«segunda  
personalidad  
malévola.»  
Era  
«  
el  
implacable  
enemigo  
del  
hombre.»  
Estaba  
acechando  
toda  
la  
vida  
para  
destruir  
al  
hombre.  
Pero  
los  
judíos

veían  
con  
la  
misma  
claridad,  
en  
teoría,  
que  
nadie  
tiene  
por  
qué  
sucumbir  
a  
ese  
mal

impulso.  
Ben  
Sira  
escribió:

«Dios  
mismo  
creó  
al  
hombre  
al  
principio,  
y  
le  
dejó  
en  
la  
mano  
de  
su  
propio  
consejo.  
Si  
así  
lo  
quieres,  
guardarás  
los  
mandamientos,  
y  
de  
tu  
voluntad  
depende  
el  
obrar  
con  
fidelidad.  
Él  
te  
ha  
puesto  
delante  
agua  
y  
fuego:  
extiende  
la  
mano  
a  
lo  
que  
prefieras.  
Delante  
del  
hombre  
están  
la  
vida

y  
la  
muerte,  
y  
se  
le  
dará  
la  
que  
escoja...  
Él  
no  
le  
ha  
mandado  
a  
nadie  
que  
obre  
maldad,  
ni  
a  
ningún  
hombre  
ha  
dado  
licencia  
para  
pecar.»

(Eclesiástico  
15:14-17, 20).

Había  
ciertas  
cosas  
que  
guardarían  
al  
hombre  
de  
caer  
en  
el  
impulso  
malo,  
y  
una  
de  
ellas  
era  
la  
Ley.  
Pensaban  
que  
Dios  
decía:

«  
Yo  
he  
creado  
para  
ti  
el  
mal  
impulso;  
y  
he  
creado  
para  
ti  
la  
Ley  
como  
un  
antiséptico.»

«  
Si  
te  
ocupas  
en  
la  
Ley  
no  
caerás  
en  
poder  
del  
mal  
impulso.»

Estaban  
la  
voluntad  
y  
la  
razón.

«Cuando  
Dios  
creó  
al  
hombre,  
implantó  
en  
él  
las  
pasiones  
y  
las  
disposiciones;  
y  
entonces,  
por

encima  
de  
todo,  
entronizó  
la  
sagrada  
razón  
gobernadora.»

Cuando  
atacaba  
el  
mal  
impulso,  
los  
judíos  
creían  
que  
la  
sabiduría  
y  
la  
razón  
lo  
podían  
derrotar;  
el  
estar  
ocupado  
en  
el  
estudio  
de  
la  
Palabra  
de  
Dios  
era  
su  
seguridad;  
la  
Ley  
era  
un  
profiláctico;  
en  
tales  
momentos  
se  
podía  
pedir  
la  
ayuda  
del  
buen  
impulso.

Pablo

sabía  
todo  
eso;  
y  
también  
sabía  
que,  
si  
bien  
todo  
era

cierto  
en  
teoría,  
no  
lo  
era  
en  
la  
práctica.  
Había  
cosas  
en  
la  
naturaleza  
humana  
-eso  
era  
lo  
que  
él  
quería  
decir  
con  
este  
cuerpo  
fatal-que  
respondían  
a  
la  
seducción  
del  
pecado.  
Es  
parte  
de  
la  
situación  
humana  
que  
conocemos  
el  
bien  
pero  
hacemos  
el  
mal,  
que  
nunca  
somos  
tan  
buenos  
como  
sabemos  
que  
debemos  
ser.  
Al  
mismo  
tiempo

y  
a  
la  
vez  
nos  
atraen  
la  
bondad  
y  
la  
maldad.

Desde  
cierto  
punto  
de  
vista  
este  
pasaje  
se  
podría  
llamar  
el  
de  
las  
incapacidades.

(i)  
Demuestra  
la  
incapacidad  
del  
conocimiento  
humano.  
Si  
el  
saber  
que  
una  
cosa  
es  
buena  
fuera  
el  
hacerla,  
la  
vida  
sería  
fácil.  
Pero  
el  
conocimiento  
solo  
no  
hace  
bueno  
a  
nadie.



Es  
lo  
mismo  
en  
la  
vida  
ordinaria:  
podemos  
saber  
-por  
lo  
menos  
mucha  
gente  
pretende  
saber-cómo  
se  
debe  
jugar  
al  
fútbol;  
pero  
eso  
no  
quiere  
decir  
que  
se  
sepa  
jugar.  
Puede  
que  
conozcamos  
las  
reglas  
de  
la  
poética;  
pero  
eso  
no  
quiere  
decir  
que  
sepamos  
escribir  
poesías  
que  
merezcan  
ese  
nombre.  
Parece  
fácil  
decir  
lo  
que  
se  
debe  
hacer  
en

una  
situación  
laboral,  
económica  
o  
política,  
y  
muchos  
pretenden  
saberlo;  
pero,  
como  
en  
la  
fábula  
de  
los  
ratones,  
lo  
difícil  
es  
ponerle  
el  
cascabel  
al  
gato.  
Esa  
es  
la  
diferencia  
entre  
religión  
y  
moral.  
La  
moral  
es  
el  
conocimiento  
de  
un  
código;  
la  
religión  
es  
el  
conocimiento  
de  
una  
Persona;  
y  
es  
sólo  
cuando  
conocemos  
a  
Cristo  
cuando  
podemos  
hacer

lo  
que  
sabemos  
que  
debemos  
hacer.  
(ii)  
Demuestra  
la  
incapacidad  
de  
las  
resoluciones  
humanas.  
El  
decidir  
hacer  
una  
cosa  
está  
muy  
lejos  
del  
hacerla.  
Tiene  
la  
naturaleza  
humana  
una  
debilidad  
radical  
en  
la  
voluntad.  
Se  
enfrenta  
con  
los  
problemas,  
con  
las  
dificultades  
y  
con  
la  
oposición...  
y  
falla.  
Una  
vez,  
Pedro  
hizo  
una  
gran  
resolución:  
«Aunque  
tenga  
que  
morir  
contigo

-le  
dijo  
a  
Jesús-,  
no  
te  
negaré»  
(Mateo  
26:35);  
Y  
sin  
embargo  
fracasó  
lastimosamente  
cuando  
se  
le  
presentó  
la  
ocasión  
de  
demostrar  
su  
lealtad.  
Cuando  
no  
recibe  
la  
fuerza  
de  
Cristo,  
la  
voluntad  
humana  
está  
abocada  
al  
fracaso.  
(iii)  
Demuestra  
las  
limitaciones  
del  
diagnóstico.  
Pablo  
sabía  
muy  
bien  
lo  
que  
estaba  
mal,  
pero  
era  
incapaz  
de  
corregirlo.  
Era  
como  
un

médico  
que  
sabe  
diagnosticar  
con  
toda  
seguridad  
una  
enfermedad,  
pero  
no  
puede  
prescribir  
la  
cura.  
Jesús  
es  
el  
único  
que  
no  
sólo  
diagnostica  
el  
mal  
sino  
que  
puede  
curarlo,  
y  
hacer  
que  
lo  
que  
está  
malo  
se  
ponga  
bueno.  
Lo  
que  
ofrece  
no  
es  
una  
crítica,  
sino  
una  
cura.

LA  
LIBERACIÓN  
DE  
LA  
NATURALEZA  
HUMANA

Romanos

8:1-4

Por  
tanto,  
ya  
no  
hay  
ninguna  
condenación  
para  
los  
que  
viven  
unidos  
a  
Jesucristo.  
Porque  
la  
ley  
que  
viene  
del  
Espíritu  
Y  
conduce  
a  
la  
vida  
me  
ha  
librado  
por  
medio  
de  
Jesucristo  
de  
la  
ley  
que  
engendra  
el  
pecado  
Y  
conduce  
a  
la  
muerte.  
En  
cuanto  
a  
la  
impotencia  
de  
la  
Ley, esa  
su  
debilidad  
que  
era

el  
efecto  
de  
nuestra  
naturaleza  
humana  
pecadora,  
Dios  
envió  
a  
Su  
propio  
Hijo  
como  
ofrenda  
por  
el  
pecado  
con  
esa  
misma  
naturaleza  
humana  
que  
había  
pecado  
en  
nosotros;  
Y  
así, mientras  
existía  
en  
la  
misma  
naturaleza  
humana  
que  
nosotros, condenó  
al  
pecado;  
de  
manera  
que, como  
resultado,  
la  
justa  
exigencia  
de  
la  
Ley  
se  
pudiera  
cumplir  
en  
nosotros,  
que  
no  
vivimos  
sometidos  
a

los  
principios  
de  
la  
naturaleza  
humana  
pecadora, sino  
bajo  
el  
principio  
del  
Espíritu.

Este  
pasaje  
resulta  
difícil  
de  
puro  
comprimido,  
y  
también  
porque  
Pablo  
alude  
a  
cosas  
de  
las  
que  
ya  
ha  
hablado  
antes.  
Hay  
dos  
palabras  
que  
aparecen  
una  
y  
otra  
vez  
en  
este  
pasaje:  
carne  
(sarx)  
y  
espíritu  
(pneuma).  
No  
podremos  
seguir  
el  
razonamiento  
de  
Pablo  
a



menos  
que  
entendamos  
el  
sentido  
que  
les  
da  
a  
estas  
dos  
palabras.

(i)  
Sarx  
quiere  
decir  
literalmente  
carne.  
Una  
lectura  
de  
corrido  
de  
las  
cartas  
de  
Pablo  
nos  
bastaría  
para  
descubrir  
que  
usa  
esta  
palabra  
con  
mucha  
frecuencia  
y  
con  
un  
sentido  
especial.  
En  
términos  
generales  
la  
usa  
de  
tres  
maneras  
diferentes:

(a)  
La  
usa  
en  
su  
sentido  
literal.  
Habla  
de  
la  
circuncisión  
física,  
literalmente  
«en  
la  
carne»  
(Romanos  
2:28).

(b)  
Una  
Y  
otra  
vez  
emplea  
la  
frase  
kata  
sarka,  
literalmente  
de  
acuerdo  
con  
la  
carne,  
que  
quiere  
decir  
casi  
siempre  
mirando  
las  
cosas  
desde  
el  
punto  
de  
vista  
humano.  
Por  
ejemplo,  
dice  
que  
Abraham  
es  
nuestro  
antepasado  
kata  
sarka,  
en

cuanto  
a  
la  
naturaleza  
humana.  
Dice  
que  
Jesús  
es  
hijo  
de  
David  
kata  
sarka  
(Romanos  
1:  
3),  
es  
decir,  
en  
cuanto  
a  
su  
naturaleza  
humana.  
Habla  
de  
los  
judíos  
como  
sus  
parientes  
kata  
sarka  
(Romanos  
9:8);  
es  
decir,  
por  
parentesco  
natural.  
Cuando  
Pablo  
usa  
la  
expresión  
kata  
sarka,  
siempre  
implica  
que  
está  
considerando  
las  
cosas  
desde  
el  
punto  
de  
vista

humano.  
(c)  
Pero  
otras  
veces  
usa  
la  
palabra  
sarx  
en  
un  
sentido  
que  
le  
es  
característico.  
Hablandó  
de  
los  
cristianos,  
se  
refiere  
al  
tiempo  
cuando  
estábamos  
en  
la  
carne  
(en  
sarkí,  
Romanos  
7:5) .  
Habla  
de  
los  
que  
andan  
conforme  
a  
la  
carne  
en  
contraposición  
a  
los  
que  
viven  
la  
vida  
cristiana  
(Romanos  
8:4s) .  
Dice  
que  
los  
que  
están  
en  
la

carne  
no  
pueden  
agradar  
a  
Dios  
(Romanos  
8:8).  
Dice  
que  
la  
mentalidad  
de  
la  
carne  
es  
muerte,  
y  
enemiga  
de  
Dios  
(Romanos  
8:6,  
8).  
Habla  
de  
vivir  
de  
acuerdo  
con  
la  
carne  
(Romanos  
8:12).  
Les  
dice  
a  
sus  
amigos  
cristianos:  
«Vosotros  
no  
estáis  
en  
la  
carne»  
(Romanos  
8:9).  
Está  
muy  
claro,  
sobre  
todo  
en  
el  
último  
ejemplo,  
que  
Pablo  
no

usa  
la  
palabra  
carne  
refiriéndose  
al  
cuerpo,  
como  
cuando  
nosotros  
hablamos  
de  
carne  
y  
hueso.  
Lo  
que  
quiere  
decir  
realmente  
es  
la  
naturaleza  
humana  
con  
todas  
sus  
debilidades  
y  
su  
vulnerabilidad  
al  
pecado.  
Se  
refiere  
a  
la  
parte  
de  
nuestra  
persona  
que  
le  
sirve  
de  
cabeza  
de  
puente  
al  
pecado;  
es  
decir,  
nuestra  
naturaleza  
pecadora,  
aparte  
de  
Cristo;  
todo  
lo

que  
nos  
ata  
al  
mundo  
en  
lugar  
de  
a  
Dios.  
Vivir  
conforme  
a  
la  
carne  
es  
llevar  
una  
vida  
dominada  
por  
los  
dictados  
y  
deseos  
de  
la  
naturaleza  
pecadora  
en  
lugar  
de  
una  
vida  
gobernada  
por  
el  
amor  
de  
Dios.  
La  
carne  
representa  
lo  
más  
bajo  
de  
la  
naturaleza  
humana.

Tenemos  
que  
damos  
cuenta  
de  
que,  
cuando  
Pablo

piensa  
en  
la  
clase  
de  
vida  
que  
está  
dominada  
por  
sax, no  
está

pensando  
exclusivamente  
en  
los  
pecados  
sexuales  
o  
corporales.  
Cuando  
da  
una  
lista  
de  
las  
obras  
de  
la  
carne  
en  
Gálatas  
5:19-21,  
incluye  
los  
pecados  
sexuales  
y  
corporales,  
pero  
también  
la  
idolatría,  
el  
odio,  
la  
ira,  
la  
agresividad,  
las  
herejías,  
la  
envidia  
y  
el  
asesinato.  
Para  
él



la  
carne  
no  
era  
algo  
material,  
sino  
espiritual;  
era  
la  
naturaleza  
humana  
en  
toda  
su  
debilidad  
y  
pecado,  
todo  
lo  
que  
el  
ser  
humano  
es  
aparte  
de  
Dios  
y  
de  
Cristo.

(ii)  
Está  
la  
palabra  
espíritu;  
en  
este  
solo  
capítulo  
aparece  
no  
menos  
de  
veinte  
veces.  
Esta  
palabra  
tiene,  
como  
la  
anterior,  
un  
trasfondo  
que  
le  
viene  
del

Antiguo  
Testamento.  
En  
hebreo  
existe  
la  
palabra  
rúaj,  
que  
contiene  
dos  
ideas  
básicas:  
(a)  
No  
quiere  
decir  
sólo  
espíritu,  
sino  
también  
viento;  
siempre  
tiene  
el  
sentido  
de  
algo  
poderoso,  
como  
un  
potente  
viento  
de  
tempestad.  
(b)  
En  
el  
Antiguo  
Testamento  
siempre  
contiene  
la  
idea  
de  
algo  
que  
es  
más  
que  
humano.  
El  
Espíritu,  
para  
Pablo,  
representa  
un  
poder  
divino.  
Así

es  
que  
Pablo  
dice  
en  
este  
pasaje  
que  
hubo  
un  
tiempo  
cuando  
el  
cristiano  
estaba  
a  
merced  
de  
su  
propia  
naturaleza  
humana  
pecadora.  
En  
ese  
estado,  
la  
Ley  
era  
algo  
que  
le  
hacía  
pecar,  
de  
modo  
que  
iba  
de  
mal  
en  
peor,  
derrotado  
y  
frustrado.  
Pero,  
cuando  
se  
convirtió  
al  
Evangelio,  
vino  
a  
su  
vida  
el  
poder  
del  
Espíritu  
de

Dios;  
Y,  
en  
consecuencia,  
entró  
en  
una  
vida  
de  
victoria.

En  
la  
segunda  
parte  
del  
pasaje,  
Pablo  
habla  
del  
efecto  
de  
la  
Obra  
de  
Jesús  
en  
nosotros.  
Es  
complicado  
y  
difícil  
de  
entender,  
pero  
Pablo  
quiere  
decir  
lo  
siguiente:  
Recordemos  
que  
empezó  
este  
tema  
diciendo  
que  
todos  
pecamos  
en  
Adán.  
Ya  
hemos  
visto  
cómo  
la  
idea  
judía  
de

la  
solidaridad  
le  
permitía  
afirmar  
que,  
literalmente,  
todos  
los  
seres  
humanos  
estamos  
implicados  
en  
el  
pecado  
de  
Adán  
y  
en  
su  
consecuencia,  
la  
muerte.  
Pero  
esto  
tiene  
otra  
cara:  
Jesús  
ha  
venido  
a  
este  
mundo  
con  
una  
naturaleza  
puramente  
humana;  
y  
le  
ha  
ofrecido  
a  
Dios  
una  
vida  
de  
perfecta  
obediencia,  
de  
perfecto  
cumplimiento  
de  
Su  
voluntad.  
Ahora  
bien:  
como

Jesús  
era  
plenamente  
humano,  
de  
la  
misma  
manera  
que  
éramos  
uno  
con  
Adán  
somos  
ahora  
uno  
con  
Cristo;  
y  
de  
la  
misma  
manera  
que  
nos  
vimos

involucrados  
en  
el  
pecado  
de  
Adán,  
ahora  
lo  
estamos  
en  
la  
perfección  
de  
Cristo.  
En  
Cristo,  
la  
humanidad  
Le  
ofreció  
a  
Dios  
la  
perfecta  
obediencia,  
lo  
mismo  
que  
en  
Adán  
le  
había  
ofrecido  
una  
desobediencia  
fatal.  
Los  
hombres  
que  
estaban  
antes  
invo-  
lucrados  
en  
el  
pecado  
de  
Adán  
son  
ahora  
salvos  
porque  
están  
incluidos  
en  
la  
bondad  
de  
Cristo.

Ese  
es  
el  
razonamiento  
de  
Pablo;  
y  
para  
él  
y  
para  
los  
que  
le  
leían  
era  
algo  
totalmente  
convincente,  
aunque  
sea  
difícil  
de  
entender  
para  
nosotros.  
Gracias  
a  
la  
Obra  
de  
Cristo,  
se  
nos  
ofrece  
a  
los  
cristianos  
una  
vida  
que  
no  
está  
dominada  
por  
la  
carne,  
sino  
por  
el  
Espíritu  
de  
Dios,  
que  
llena  
al  
hombre  
de  
un  
poder



que  
antes  
no  
tenía  
ni  
conocía.  
Se  
le  
anula  
el  
castigo  
de  
su  
pasado  
y  
se  
le  
asegura  
la  
fuerza  
para  
su  
futuro.

LOS  
DOS  
PRINCIPIOS  
DE  
LA  
VIDA

Romanos  
8:5-11

Los  
que  
viven  
de  
acuerdo  
con  
los  
dictados  
de  
la  
naturaleza  
humana  
pecadora  
están  
inmersos  
en  
las  
cosas  
de  
este  
mundo.  
Los  
que

viven  
de  
acuerdo  
con  
los  
dictados  
del  
Espíritu,  
en  
las  
cosas  
del  
Espíritu.  
Estar  
absorto  
en  
las  
cosas  
de  
este  
mundo  
conduce  
a  
la  
muerte;  
pero  
estarlo  
en  
las  
cosas  
del  
Espíritu  
conduce  
a  
la  
vida  
y  
a  
la  
paz.  
Porque  
el  
estar  
pendiente  
de  
las  
cosas  
que  
fascinan  
a  
nuestra  
naturaleza  
humana  
pecadora  
implica  
enemistad  
con  
Dios;  
porque  
así

no  
se  
obedece  
a  
la  
Ley  
de  
Dios,  
ni  
se  
puede  
aunque  
se  
quisiera.  
Los  
que  
viven  
una  
vida  
exclusivamente  
mundana  
no  
pueden  
agradar  
a  
Dios;  
pero  
vosotros  
no  
estáis  
dominados  
por  
los  
intereses  
que  
fascinan  
a  
nuestra  
naturaleza  
humana  
pe-  
cadora,  
sino  
bajo  
el  
dominio  
del  
Espíritu  
en  
la  
medida  
que  
el  
Espíritu  
de  
Dios  
mora  
en  
vosotros.  
El

que  
no  
tiene  
el  
Espíritu  
de  
Cristo  
no  
pertenece  
a  
Cristo;  
pero  
si  
en  
vosotros  
está  
Cristo, aunque  
a  
causa  
del  
pecado  
vuestro

cuerpo  
sea  
mortal, vuestro  
espíritu  
tiene  
la  
vida  
que

,  
viene  
de  
la  
justicia.  
Si  
está  
en  
vosotros  
el  
Espíritu  
del  
Que  
resucitó  
a  
Jesús, Él  
hará  
que  
hasta  
vuestros  
cuerpos  
mortales  
estén  
vivos  
mediante  
el

Espíritu  
Que  
mora  
en  
vosotros.

Pablo  
está  
presentando  
el  
contraste  
entre  
dos  
clases  
de  
vida:  
(i)  
La  
vida  
que  
está  
dominada  
por  
la  
naturaleza  
humana  
pecadora,  
cuyo  
centro  
es  
el  
yo,  
cuya  
única  
ley  
es  
el  
propio  
deseo,  
que  
se  
apodera  
de  
lo  
que  
quiere  
en  
cuanto  
puede.  
Personas  
diferentes  
describirán  
esa  
vida  
de  
forma  
diferente.  
Puede  
estar

controlada  
por  
las  
pasiones,  
por  
la  
lujuria,  
por  
el  
orgullo  
o  
por  
la  
ambición.  
Se  
caracteriza  
por  
estar  
absorta  
en  
las  
cosas  
en  
las  
que  
pone  
su  
delicia  
la  
naturaleza  
humana  
sin  
Cristo.

(ii)  
Y  
la  
vida  
controlada  
por  
el  
Espíritu  
de  
Dios.  
Como  
los  
seres  
vivos  
necesitan  
el  
aire  
para  
vivir,  
así  
el  
cristiano  
vive  
en  
Cristo.

De  
la  
misma  
manera  
que  
está  
en  
nosotros  
el  
aire  
que  
respiramos,  
así  
también  
Cristo.  
El  
cristiano  
no  
tiene  
una  
mente  
propia;  
su  
mente  
es  
la  
de  
Cristo  
(1  
Corintios  
2:16).  
No  
tiene  
deseos  
propios:  
la  
voluntad  
de  
Cristo  
es  
su  
única  
ley.  
Está  
gobernado  
por  
el  
Espíritu,  
controlado  
por  
Cristo,  
centrado  
en  
Dios.  
Estas  
dos  
vidas  
van  
en  
sentidos

diametralmente  
opuestos.  
La  
vida  
dominada  
por  
los  
deseos  
y  
las  
actividades  
de  
la  
natu-  
raleza  
humana  
pecadora  
se  
dirige  
a  
la  
muerte.  
En  
el  
sentido  
más  
literal,  
no  
tiene  
futuro,  
porque  
se  
va  
alejando  
más  
y  
más  
de  
Dios.  
El  
permitir  
que  
las  
cosas  
del  
mundo  
dominen  
totalmente  
la  
vida  
conduce  
a  
la  
extinción,  
es  
un  
suicidio  
espiritual.  
Al  
vivir



así  
uno  
se  
incapacita  
cada  
vez  
más  
para  
estar  
en  
la  
presencia  
de  
Dios.  
Se  
vuelve  
resentido  
contra  
la  
Ley  
y  
el  
control  
de  
Dios.  
No  
piensa  
en  
Dios  
como  
su  
amigo,  
sino  
como  
su  
enemigo.

La  
vida  
gobernada  
por  
el  
Espíritu,  
centrada  
en  
Cristo  
y  
orientada  
hacia  
Dios,  
se  
va  
acercando  
día  
a  
día  
al  
Cielo  
aun

cuando  
sigue  
en  
la  
Tierra.  
Es  
una  
vida  
que  
es  
una  
marcha  
tan  
regular  
hacia  
Dios  
que  
la  
transición  
final  
de  
la  
muerte  
no  
es

más  
que  
un  
paso  
más  
en  
el  
camino.  
Como  
Enoc,  
de  
quien  
se  
nos  
dice  
que  
su  
vida  
era  
un  
caminar  
con  
Dios,  
y  
Dios  
le  
tomó;  
o,  
como  
lo  
contó  
un  
niño,  
<  
se  
daba  
paseos  
con  
Dios,  
hasta  
que  
un  
día  
no  
volvió»  
(Génesis  
5:24).

Cuando  
Pablo  
acababa  
de  
decir  
esto,  
se  
le  
ocurrió  
una

objeción:  
«Tú  
dices  
que  
una  
persona  
controlada  
por  
el  
Espíritu  
va  
de  
camino  
a  
la  
vida;  
pero  
el  
hecho  
es  
que  
todos  
tenemos  
que  
morir.  
¿Qué  
quieres  
decir?»  
Y  
Pablo  
contesta:  
«Todos  
los  
seres  
humanos  
mueren  
porque  
están  
involucrados  
en  
la  
situación  
humana.  
Cuando  
entré  
en  
el  
mundo  
el  
pecado,  
le  
siguió  
la  
muerte  
como  
una  
consecuencia  
natural.  
Por  
tanto,

es  
inevitable  
que  
los  
seres  
humanos  
mueran;  
pero  
los  
que  
están  
controlados  
por  
el  
Espíritu  
y  
tienen  
a  
Cristo  
en  
el  
corazón  
mueren  
para  
resucitar.»  
El  
pensamiento  
fundamental  
de  
Pablo  
es  
que  
el  
cristiano  
está  
indisolublemente  
unido  
a  
Cristo.  
Ahora  
bien,  
Cristo  
murió  
y  
resucitó;  
y  
el  
que  
es  
uno  
con  
Cristo  
es  
uno  
con  
el  
Conquistador  
de  
la  
muerte

Y  
participa  
de  
Su  
victoria.  
La  
persona  
controlada  
por  
el  
Espíritu  
Y  
unida  
a  
Cristo  
va  
de  
camino  
a  
la  
vida;  
la  
muerte  
no  
es  
más  
que  
un  
interludio  
inevitable  
que  
hay  
que  
pasar  
en  
el  
camino.

LA  
ENTRADA  
EN  
LA  
FAMILIA  
DE  
DIOS

Romanos  
8:12-17

Así  
es  
que, hermanos, tenemos  
una  
obligación, pero  
no  
con  
nuestra

naturaleza  
humana  
pecadora, para  
vivir  
conforme  
a  
sus  
principios;  
porque  
si  
vivís  
conforme  
a  
los  
principios  
de  
la  
naturaleza  
humana  
pecadora,  
vais  
camino  
de  
la  
muerte;  
pero  
si  
matáis  
las  
obras  
del  
cuerpo  
por  
medio  
del  
Espíritu,  
viviréis.  
Porque  
los  
que  
son  
guiados  
por  
el  
Espíritu  
de  
Dios,  
esos  
y  
sólo  
esos  
son  
los  
hijos  
de  
Dios.  
Y  
vosotros  
no  
habéis

recibido  
un  
estado  
cuya  
condición  
dominante  
es  
la  
esclavitud, para  
volver  
a  
caer  
en  
una  
situación  
de  
terror;  
sino  
que  
habéis

recibido  
un  
estado  
cuya  
característica  
dominante  
es  
la  
adopción,  
que  
nos  
hace  
clamar:  
«¡Abbá,  
Padre!»  
El  
Espíritu  
mismo  
da  
testimonio  
juntamente  
con  
nuestro  
espíritu  
de  
que  
somos  
hijos  
de  
Dios.  
Y  
si  
somos  
hijos,  
entonces  
somos  
también  
herederos:



herederos  
de  
Dios  
y  
coherederos  
con  
Cristo.  
Si  
sufrimos  
con  
Él,  
también  
seremos  
glorificados  
con  
Él.

Pablo  
nos  
presenta  
otra  
gran  
alegoría  
de  
las  
suyas,  
con  
las  
que  
nos  
describe  
la  
nueva  
relación  
que  
tienen  
los  
cristianos  
con  
Dios.  
Dice  
que  
el  
cristiano  
es  
adoptado  
como  
hijo  
en  
la  
familia  
de  
Dios.  
Para  
entender  
la  
profundidad  
del  
sentido

de  
este  
pasaje  
tenemos  
que  
saber  
algo  
de  
lo  
seria  
Y  
complicada  
que  
era  
la  
adopción  
entre  
los  
romanos.

Lo  
que  
hacía  
de  
la  
adopción  
un  
asunto  
tan  
complicado  
Y  
difícil  
era  
la  
patria  
potestas  
romana;  
es  
decir,  
la  
autoridad  
del  
padre  
sobre  
toda  
la  
familia.  
El  
padre  
tenía  
poder  
para  
disponer  
absolutamente  
de  
la  
familia;  
Y,  
en

los  
primeros  
tiempos,  
hasta  
de  
vida  
o  
muerte.  
En  
relación  
con  
su  
padre,  
un  
hijo  
nunca  
alcanzaba  
la  
mayoría  
de  
edad;  
siempre  
estaba  
bajo  
la  
patria  
potestas,  
y  
era  
propiedad  
absoluta  
de  
su  
padre,  
que  
podía  
disponer  
de  
él  
como  
quisiera.  
Ya  
se  
comprende  
que  
esto  
convertía  
la  
adopción  
por  
otra  
familia  
en  
un  
paso  
difícil  
y  
serio.  
Por  
la

adopción,  
una  
persona  
pasaba  
de  
estar  
bajo  
una  
patria  
potestas  
a  
estar  
bajo  
otra.

Tenía  
dos  
etapas.  
La  
primera  
se  
llamaba  
mancipatio,  
y  
se  
llevaba  
a  
cabo  
mediante  
una  
venta  
simulada  
en  
la  
que  
se  
usaban  
simbólicamente  
unas  
monedas  
y  
una  
balanza.  
El  
simbolismo  
de  
la  
venta  
se  
llevaba  
a  
cabo  
tres  
veces:  
el  
padre  
hacía  
como  
que

vendía  
a  
su  
hijo  
dos  
veces,  
y  
otras  
dos  
volvía  
a  
comprarlo;  
pero  
la  
tercera  
vez  
ya  
no  
le  
compraba,  
por  
lo  
cual  
se  
consideraba  
que  
quedaba  
rota  
la  
patria  
potestas.  
Luego  
seguía  
la  
ceremonia  
de  
vindicatio.  
El  
padre  
adoptante  
se  
dirigía  
al  
praetor,  
uno  
de  
los  
magistrados  
romanos,  
y  
presentaba  
el  
caso  
legal  
para  
la  
transferencia  
a  
su  
patria

potestas  
de  
la  
persona  
que  
iba  
a  
adoptar.  
Cuando  
todo  
esto  
se  
completaba,  
quedaba

consumada  
la  
adopción.  
No  
cabe  
duda  
de  
que  
era  
un  
proceso  
sumamente  
serio  
e  
impresionante.

Pero  
aún  
nos  
interesan  
más  
para  
comprender  
la  
alegoría  
de  
Pablo  
las  
consecuencias  
de  
la  
adopción.  
Las  
principales  
eran  
cuatro:  
(i)  
La  
persona  
adoptada  
perdía  
todos  
los  
derechos  
que  
le  
hubieran  
correspondido  
en  
su  
vieja  
familia,  
y  
adquiría  
todos  
los  
de  
un

hijo  
legítimo  
de  
la  
nueva  
familia.  
En  
el  
sentido  
legal  
más  
estricto,  
adquiría  
un  
nuevo  
padre.  
(ii)  
Automáticamente  
quedaba  
constituido  
heredero  
de  
las  
propiedades  
de  
su  
nuevo  
padre.  
Aunque  
después  
le  
nacieran  
a  
éste  
otros  
hijos,  
eso  
no  
afectaba  
a  
sus  
derechos.  
Sería  
inalienablemente  
coheredero  
con  
ellos.  
(iii)  
Para  
la  
ley,  
la  
vida  
anterior  
de  
la  
persona  
adoptada  
se  
borraba



completamente.

Por

ejemplo:

si

tenía

deudas,

quedaban

canceladas.

Se

le

consideraba

una

nueva

persona

que

empezaba

una

vida

nueva

sin

la

menor

vinculación

con

el

pasado.

(iv)

Para

la

ley

era

hijo

de

su

nuevo

padre

en

todos

los

sentidos.

La

historia

de

Roma

contaba

un

caso

que

dejaba

bien

claro

hasta

qué

punto

esto

era

verdad.

El

emperador

Claudio

adoptó  
a  
Nerón  
para  
que  
le  
sucediera  
en  
el  
trono.  
No  
eran  
parientes  
antes.  
Claudio  
ya  
tenía  
una  
hija,  
Octavia.  
Para  
consolidar  
la  
alianza  
Nerón  
se  
quería  
casar  
con  
ella;  
no  
había  
entre  
ellos  
ningún  
lazo  
de  
consanguinidad;  
sin  
embargo,  
para  
la  
ley  
eran  
hermanos,  
así  
es  
que  
no  
se  
podían  
casar  
a  
menos  
que  
el  
senado  
romano  
dictara  
una

ley  
especial.

Eso  
es  
lo  
que  
está  
pensando  
Pablo  
aquí.  
Y  
usa  
además  
otra  
figura  
de  
la  
adopción  
romana:  
dice  
que  
el  
Espíritu  
de  
Dios  
da  
testimonio  
a  
nuestro  
espíritu  
de  
que  
somos  
de  
veras  
hijos  
de  
Dios.  
La  
ceremonia  
de  
adopción  
se  
llevaba  
a  
cabo  
en  
presencia  
de  
siete  
testigos.  
Supongamos  
que  
el  
padre  
adoptante  
muriera,  
y

se  
pusiera  
en  
duda  
el  
derecho  
a  
la  
herencia  
del  
hijo  
adoptivo;  
uno

o  
más  
de  
los  
siete  
testigos  
se  
personaría  
Y  
juraría  
que  
la  
adopción  
había  
sido  
genuina.  
Así  
quedaba  
garantizado  
el  
derecho  
de  
la  
persona  
adoptada.  
En  
nuestro  
caso,  
dice  
Pablo,  
es  
el  
mismo  
Espíritu  
Santo  
el  
que  
da  
testimonio  
de  
que  
Dios  
nos  
ha  
adoptado

como  
sus  
hijos.  
Vemos  
que  
todos  
los  
pasos  
de  
la  
adopción  
romana  
tenían

un  
significado  
concreto  
para  
Pablo  
como  
ejemplo  
de  
nuestra  
adopción  
en  
la  
familia  
de  
Dios.  
Hubo  
un  
tiempo  
en  
el  
que  
estábamos  
bajo  
el  
control  
absoluto  
de  
nuestra  
naturaleza  
humana  
pecadora;  
pero  
Dios,  
en  
su  
misericordia,  
nos  
ha  
tomado  
como  
su  
exclusiva  
posesión.  
El  
pasado

ya  
no  
tiene  
ningún  
derecho  
sobre  
nosotros;  
Dios  
es  
el  
único  
que  
tiene  
derecho  
absoluto.  
El  
pasado  
está  
cancelado,  
y  
las  
deudas  
borradas;  
empezamos  
una  
vida  
nueva  
con  
Dios,  
y  
somos  
herederos  
de  
todo  
lo  
que  
es  
suyo.  
Ahora  
somos  
coherederos  
con  
Jesucristo,  
el  
Hijo  
unigénito  
de  
Dios.  
Lo  
que  
Cristo  
hereda,  
nosotros  
lo  
heredamos  
también.  
Si  
Cristo  
tuvo  
que

sufrir,  
nosotros  
también  
heredamos  
ese  
sufrimiento;  
pero  
como  
Cristo  
resucitó  
a  
la  
vida  
y  
a  
la  
gloria,  
nosotros  
también  
heredamos  
esa  
vida  
y  
gloria.

En  
esta  
alegoría  
de  
Pablo,  
cuando  
una  
persona  
llega  
a  
ser  
cristiana  
entra  
en  
la  
familia  
de  
Dios.  
No  
había  
hecho  
nada  
para  
merecerlo;  
Dios,  
el  
gran  
Padre,  
en  
su  
maravilloso  
amor,  
ha  
tomado

al  
perdido,  
indigente,  
desahuciado  
y  
endeudado  
pecador,  
y  
le  
ha  
adoptado  
en  
su  
familia,  
de  
forma  
que  
sus  
deudas  
han  
quedado  
canceladas,  
y  
hereda  
la  
gloria.

LA  
GLORIOSA  
ESPERANZA

Romanos  
8:18-25

Estoy  
convencido  
de  
que  
los  
sufrimientos  
de  
la  
era  
presente  
no  
se  
pueden  
comparar  
con  
la  
gloria  
que  
se  
nos  
va  
a  
mostrar.



El  
mundo  
de  
la  
creación  
espera  
con  
anhelante  
expectación,  
el  
día  
en  
que  
los  
que  
son  
hijos  
de  
Dios  
se  
van  
a  
manifestar  
en  
toda  
su  
gloria.  
Porque  
el  
mundo  
creado  
ha  
sido  
sometido  
al  
caos,  
no  
por  
propia  
voluntad,  
sino  
por  
medio  
del  
que  
le  
sometió  
a  
tal  
condición  
de  
sujeción,  
y  
todavía  
tiene  
la  
esperanza  
de  
que  
el

mundo  
creado  
también  
participará  
de  
la  
liberación  
de  
la  
esclavitud  
ala  
caducidad  
y  
entrará  
en  
la  
gloriosa  
libertad  
de  
los  
hijos  
de  
Dios;  
porque  
sabemos  
que  
toda

la  
creación  
está  
unida  
en  
gemidos  
Y  
agonías.  
Y  
esto  
no  
se  
limita  
al  
mundo  
creado,  
sino  
que  
también  
nos  
incluye  
a  
nosotros, que  
hemos  
recibido  
las  
primicias  
del  
Espíritu  
Santo  
como  
adelanto  
de  
la  
gloria  
venidera;  
sí, nosotros  
también  
gemimos  
en  
nuestro  
interior  
esperando  
intensamente  
la  
plena  
realización  
de  
la  
adopción  
en  
la  
familia  
de  
Dios.  
Me  
refiero  
a  
la

redención  
de  
nuestro  
cuerpo.  
Porque  
ahora  
somos  
salvos  
en  
esperanza;  
pero  
una  
esperanza  
que  
ya  
se  
disfruta  
no  
sería  
esperanza;  
porque,  
¿quién  
espera  
lo  
que  
ya  
tiene?  
Pero  
esperar  
lo  
que  
no  
vemos  
todavía  
es  
esperarlo  
ansiosamente  
con  
paciencia.

Pablo  
ha estado  
hablando  
de la gloria de  
la  
adopción  
en  
la familia de  
Dios,  
y  
ahora  
vuelve  
al  
estado  
turbulento  
del  
mundo  
presente.  
Traza

un  
gran  
cuadro.  
Habla  
con  
visión  
poética.  
Ve a  
toda  
la naturaleza  
esperando  
la  
gloria  
que será.  
Por  
el  
momento,  
la creación  
está  
sometida  
a la  
esclavitud  
de la caducidad.

En  
el  
mundo  
se marchita  
la belleza y  
se aja el  
encanto;  
es  
un  
mundo  
caduco,  
pero  
en  
espera de la liberación  
y  
la realización.

Para  
pintar  
este  
cuadro,  
Pablo  
estaba  
usando  
ideas  
que  
cualquier  
judío  
podría  
reconocer  
y  
entender.  
Habla  
de

la  
edad  
presente  
y  
de  
la  
gloria  
que  
se  
manifestará.

El  
pensamiento  
judío  
dividía  
la  
historia  
del  
tiempo

en  
dos  
secciones:

la  
edad  
presente  
y  
la  
edad  
por  
venir.

La  
edad  
presente  
era  
totalmente  
mala,  
sometida  
al  
pecado,  
a  
la  
muerte  
y  
a  
la  
corrupción.

Pero  
alguna  
vez  
llegaría  
el  
Día  
del  
Señor.  
Sería  
un  
día  
de  
juicio  
en  
el

que se sacudirían  
hasta los  
mismos  
cimientos  
del  
mundo;  
pero  
de su  
ruina surgiría  
un  
nuevo  
mundo.

La  
renovación  
del  
mundo  
era  
uno  
de  
los  
grandes  
pensamientos  
judíos.  
El  
Antiguo  
Testamento  
habla  
de  
ella  
sin  
multiplicar  
o  
elaborar  
detalles:  
«  
He  
aquí  
que Yo  
crearé  
nuevos  
cielos  
y  
nueva  
Tierra»  
(Isaías  
65:17).  
Pero  
en  
los  
días  
entre  
los  
dos  
Testamentos,  
cuando  
los  
judíos  
eran

oprimidos,  
esclavizados  
y  
perseguidos,  
soñaban  
con  
aquella nueva  
Tierra  
y  
con  
aquel  
mundo  
renovado.

<  
La  
viña  
dará  
diez  
mil  
veces  
más  
fruto,  
y  
en  
cada  
cepa  
habrá  
mil  
sarmientos,  
y  
cada  
sarmiento  
producirá  
mil  
racimos,  
y  
cada  
racimo  
tendrá  
mil  
uvas,  
y  
cada  
uva  
dará  
un  
coro  
de  
vino.  
Y  
los  
que  
hayan  
pasado  
hambre  
se  
regocijarán;  
además,



contemplarán  
maravillas  
todos  
los  
días,  
porque  
los  
vientos  
saldrán  
de  
mi  
Presencia  
para  
traer  
cada  
mañana  
la  
fragancia  
de  
frutos  
aromáticos,  
y  
a  
la  
caída de la tarde  
las  
nubes  
destilarán  
rocíos  
salubres»  
(Apocalipsis  
de  
Baruc  
29:5) .

«Y  
la  
tierra,  
y  
todos  
los  
árboles,  
y  
los  
innumerables  
rebaños  
de  
ovejas  
darán  
fielmente  
a  
la  
humanidad  
sus  
productos  
de  
vino  
y  
dulce miel

y  
blanca  
leche y  
cereales  
que son  
el  
regalo  
más  
excelente  
para  
los  
hombres»  
(Oráculos  
sibilinos  
3:620-633).

«  
La  
Tierra,  
la  
madre  
universal,  
dará  
a  
los  
mortales  
sus  
mejores  
frutos  
en  
incalculables  
cantidades  
de  
grano,  
vino  
y  
aceite.  
Sí,  
de  
los  
cielos  
descenderá  
una  
dulce  
lluvia  
de  
deliciosa  
miel.  
Todos  
los  
árboles  
darán  
su  
propio  
fruto,  
y  
los  
ricos  
rebaños

Y  
manadas  
darán  
terneros,  
corderos  
Y  
cabritos.  
Él  
hará  
que  
las  
dulces  
fuentes  
de  
blanca  
leche  
broten  
Y  
corran.  
Y  
las  
ciudades  
estarán  
llenas  
de  
cosas  
buenas,  
Y  
los  
campos,  
feraces.  
Y  
no  
habrá  
ninguna  
espada  
en  
todo  
el  
país,  
ni  
ruido  
de  
batalla;  
ni  
será  
conmovida  
la  
Tierra  
nunca  
más  
con  
gemidos  
profundos.  
Ya  
no  
habrá  
más  
guerras,  
ni

sequías  
en  
todo  
el  
país,  
ni  
hambruna,  
ni  
granizo  
que  
destruya  
las  
cosechas»  
(Oráculos  
sibilinos  
3:744-756).

El  
sueño  
de  
un  
mundo  
renovado  
les  
era  
muy  
querido  
a  
los  
judíos.  
Pablo  
lo  
sabía  
y  
aquí,  
por  
así  
decirlo,  
dota  
a la creación  
de sensibilidad.  
Concibe  
la  
naturaleza  
esperando  
anhelante  
el  
día  
en  
que  
será  
quebrantado  
el  
dominio  
del  
pecado,  
y  
la  
muerte

y  
la  
corrupción  
habrán  
pasado,  
y  
vendrá  
la  
gloria  
de  
Dios.  
Con  
un  
detalle  
de  
imaginación  
poética,  
dice  
que  
el  
estado  
de  
la  
naturaleza  
era  
aún  
peor  
que  
el  
de  
los  
seres  
humanos;  
porque éstos  
habían  
pecado  
deliberadamente;  
pero  
aquella  
había sido

sojuzgada  
involuntariamente.  
Inconscientemente  
se  
había  
visto  
involucrada  
en  
las  
consecuencias  
del  
pecado  
humano.  
«Maldita  
será  
la  
tierra  
por  
tu  
causa»,  
dijo  
Dios  
a  
Adán  
después  
de  
la  
caída  
(Génesis  
3:17).  
Y  
aquí  
Pablo,  
con  
visión  
poética,  
contempla  
a  
la  
naturaleza  
esperando  
la  
liberación  
de  
la  
muerte  
y  
de  
la  
corrupción  
que  
ha  
traído  
al  
mundo  
el  
pecado  
humano.

Si  
eso  
es  
verdad  
de  
la  
naturaleza,  
es  
todavía  
más  
verdad  
de  
la  
humanidad;  
así  
es  
que  
Pablo  
pasa  
a  
considerar  
la  
ansiedad  
humana.  
En  
la  
experiencia  
del  
Espíritu  
Santo  
los  
hombres  
tienen  
un  
anticipo,  
un  
primer  
plazo  
de  
la  
gloria  
que  
ha  
de  
ser;  
ahora  
anhelan  
con-, todo  
el  
corazón  
la  
plena  
realización  
del  
significado  
de  
su  
adopción  
en

la  
familia  
de  
Dios.  
La  
manifestación  
final  
de  
esa  
adopción  
será  
la  
redención  
del  
cuerpo.  
Pablo  
no  
pensaba  
que  
la  
criatura  
humana  
en  
su  
estado  
de  
gloria  
sería  
un  
espíritu  
sin  
cuerpo.  
En  
este  
mundo,  
el  
hombre  
es  
un  
cuerpo  
y  
un  
espíritu;  
en  
el  
mundo  
de  
la  
gloria,  
el  
hombre  
será  
salvo  
en  
su  
totalidad.  
Pero  
su  
cuerpo  
ya



no  
será  
la  
víctima  
de  
la  
caducidad  
y  
el  
instrumento  
del  
pecado,  
sino  
un  
cuerpo  
espiritual  
apto  
para  
la  
vida  
del  
hombre  
espiritual.

Entonces  
viene  
el  
gran  
dicho:  
«Somos  
salvos  
por  
esperanza.»  
La  
verdad  
resplandeciente  
que  
iluminaba  
la  
vida  
para  
Pablo  
era  
que  
la  
situación  
humana  
no  
es  
desesperada.  
Pablo  
no  
era  
pesimista.  
H.  
G.  
Wells  
dijo  
una

vez:  
«El  
hombre,  
que  
empezó  
al  
abrigo  
de  
una  
cueva,  
terminará  
en  
las  
ruinas  
de  
un  
suburbio  
contaminado  
por  
la  
enfermedad.»  
Pero  
Pablo  
no  
decía  
eso.  
Veía  
el  
pecado  
humano  
y  
el  
estado  
del  
mundo;  
pero  
veía  
también  
el  
poder  
redentor  
de  
Dios.  
Por  
lo  
tanto,  
lo  
veía  
todo  
con  
esperanza.  
La  
vida  
no  
era  
para  
él  
una  
espera  
desesperada

del  
trágico  
final  
de  
un  
mundo  
sitiado  
por  
el  
pecado,  
la  
muerte  
y  
la  
corrupción;  
sino  
una  
anticipación  
anhelante  
de  
la  
liberación,  
la  
renovación  
y  
la  
recreación  
que  
obrarán  
la  
gloria  
y  
el  
poder  
de  
Dios.

En  
el  
versículo  
19  
se  
usa  
una  
palabra  
maravillosa  
para  
anhelante  
expectación,  
apokaradokía,  
que  
describe  
la  
actitud  
del  
que  
adelanta  
la  
cabeza

y  
aguza  
la  
mirada  
escrutando  
el  
horizonte  
para  
descubrir  
en  
la  
distancia  
las  
primeras  
señales  
del

amanecer  
de  
la  
gloria.  
Para  
Pablo  
la  
vida  
no  
era  
una  
fatigosa  
y  
frustrante  
espera,  
sino  
una  
expectación  
gozosa  
y  
trepidante.  
El  
cristiano  
está  
involucrado  
en  
la  
situación  
humana.  
Por  
dentro,  
tiene  
que  
luchar  
con  
su  
propia  
naturaleza  
humana  
pecadora;  
por  
fuera,

tiene  
que  
vivir  
en  
un  
mundo  
de  
muerte  
y  
corrupción.  
Sin  
embargo,  
el  
cristiano  
no  
vive  
sólo  
en  
este  
mundo:  
¡también  
vive  
en  
Cristo!  
No  
mira  
solamente  
a  
las  
cosas  
de  
este  
mundo,  
sino  
también  
hacia  
Dios.  
Además  
de  
las  
consecuencias  
del  
pecado  
humano,  
ve  
también  
el  
poder,  
la  
misericordia  
y  
el  
amor  
de  
Dios.  
Por  
tanto,  
la  
clave  
de

la  
vida  
cristiana  
es  
siempre  
la  
esperanza  
y  
nunca  
la  
desesperación.  
El  
cristiano  
espera,  
no  
la  
muerte,  
sino  
la  
vida.

TODO  
ES  
DE  
DIOS

Romanos 8:26-30

A  
todo  
esto,  
el  
Espíritu  
nos  
ayuda  
en  
nuestra  
debilidad;  
porque  
no  
sabemos  
qué  
es  
lo  
que  
debemos  
pedir,  
si  
hemos  
de  
pedir  
como  
debemos.  
Pero  
el  
Espíritu  
mismo  
intercede

por  
nosotros  
con  
gemidos  
que  
trascienden  
el  
lenguaje  
humano;  
y  
el  
Que  
escudriña  
los  
corazones  
sabe  
lo  
que  
quiere  
decir  
el  
Espíritu,  
porque  
intercede  
de  
acuerdo  
con  
la  
voluntad  
de  
Dios  
por  
aquellos  
cuyas  
vidas  
Le  
están  
consagradas.  
Sabemos  
que  
Dios  
dirige  
todas  
las  
cosas  
para  
el  
bien  
de  
los  
que  
Le  
aman, es  
decir,  
de  
los  
que  
son  
llamados  
conforme

a  
Su  
propósito.  
Porque  
aquellos  
a  
los  
que  
ha  
conocido  
desde  
siempre,  
también  
hace  
mucho  
los  
designó  
para  
que  
llegaran  
a  
ser  
semejantes  
a  
da  
imagen  
de  
Su  
Hijo,  
para  
que  
Este  
sea  
el  
primogénito  
entre  
muchos  
hermanos.  
A  
los  
que  
hace  
mucho  
designó  
para  
este  
fin,  
a  
esos  
también  
los  
llamó;  
Y  
a  
los  
que  
llamó, también  
los  
puso  
en



buena  
relación  
con  
Él;  
y  
a  
los  
que  
puso  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Él, también  
los  
glorificó.

Los  
primeros  
dos  
versículos  
forman  
uno  
de  
los  
pasajes  
más  
importantes  
que  
encontramos  
en  
el  
Nuevo  
Testamento  
acerca  
de  
la  
oración.  
Pablo  
dice  
que,  
por  
nuestra  
debilidad,  
no  
sabemos  
qué  
es  
lo  
que  
debemos  
pedir;  
pero  
que  
las  
oraciones  
que  
nosotros  
deberíamos  
hacer  
las  
hace  
por  
nosotros  
el  
Espíritu  
Santo.  
C.  
H.  
Dodd  
definía  
la  
oración  
de  
esta  
manera:

«La  
oración  
es  
lo  
divino  
en  
nosotros  
apelando  
a  
lo  
Divino  
sobre  
nosotros.»

Hay  
dos  
razones  
muy  
obvias  
por  
las  
que  
no  
podemos  
orar  
como  
debiéramos.  
La  
primera  
es  
porque  
no  
podemos  
predecir  
el  
futuro.  
No  
podemos  
ver  
el  
año  
que  
viene,  
ni  
siquiera  
la  
hora  
que  
viene;  
y  
por  
tanto,  
puede  
que  
pidamos  
ser  
librados  
de  
cosas

que  
serían  
para  
nuestro  
bien,  
y  
que  
se  
nos  
concedan  
otras  
que  
nos  
causarían  
la  
ruina.

Y  
en  
segundo  
lugar,  
no  
podemos  
orar  
como  
es  
debido  
porque,  
en  
una  
situación  
dada,  
no  
sabemos  
qué  
es  
lo  
que  
más  
nos  
conviene.

Muchas  
veces  
estamos  
en  
la  
situación  
del  
niño  
que  
quiere  
algo  
que  
le  
podría  
traer  
muchos  
males;  
y  
Dios  
está

muchas  
veces  
en  
el  
lugar  
del  
padre  
que  
tiene  
que  
negarle  
al  
hijo  
lo  
que  
le  
pide,  
Y  
mandarle  
hacer  
lo  
que  
no  
quiere;  
porque  
sabe  
mejor  
que  
el  
niño  
lo  
que  
le  
conviene.

Los  
griegos  
ya  
sabían  
eso.  
Pitágoras  
les  
prohibía  
a  
sus  
discípulos  
pedir  
para  
sí  
mismos  
porque,  
decía,  
no  
podían  
saber  
lo  
que  
les  
convenía

a  
causa  
de  
su  
ignorancia.  
Jenofonte  
nos  
cuenta  
que  
Sócrates  
enseñaba  
a  
sus  
discípulos  
a  
orar  
sencillamente  
por  
cosas  
buenas,  
sin  
especificarlas,  
sino  
dejándole  
a  
Dios  
decidir  
qué  
cosas  
eran  
buenas  
para  
ellos.  
C.  
H.  
Dodd  
lo  
expresa  
diciendo  
que  
no  
podemos  
saber  
cuáles  
son  
nuestras  
verdaderas  
necesidades,  
ni  
abarcas  
con  
nuestras  
mentes  
finitas  
todo  
el  
plan  
de  
Dios;  
en

última  
instancia,  
todo  
lo  
que  
podemos  
dirigir  
a  
Dios  
es  
un  
suspiro  
inarticulado  
que  
el  
Espíritu  
Santo  
Le  
traducirá  
por  
nosotros.

Pablo  
veía  
que  
la  
oración,  
como  
todo  
lo  
demás,  
es  
cosa  
de  
Dios.  
Pablo  
veía  
que  
al  
hombre  
no  
le  
es  
posible  
justificarse  
por  
su  
propio  
esfuerzo;  
y  
también  
sabía  
que  
no  
puede  
el  
hombre,  
por  
mucho

que  
quiera  
forzar  
su  
inteligencia,  
saber  
lo  
que  
tiene  
que  
pedirle  
a  
Dios.  
En  
última  
instancia,  
la  
oración  
perfecta  
es

decir  
sencillamente:  
<  
Padre,  
en  
Tus  
manos  
encomiendo  
mi  
espíritu.  
Hágase  
Tu  
voluntad  
y  
no  
la  
mía.»

Pero  
Pablo  
sigue  
adelante.  
Dice  
que  
los  
que  
aman  
a  
Dios,  
y  
que  
han  
sido  
llamados  
conforme  
a  
Su



propósito,  
saben  
muy  
bien  
que  
Dios  
combina  
todas  
las  
cosas  
para  
su  
bien.  
Es  
la  
experiencia  
del  
cristiano  
que  
todas  
las  
cosas  
cooperan  
a  
su  
bien.  
No  
tenemos  
que  
ser  
muy  
viejos  
para  
mirar  
atrás  
y  
ver  
que  
las  
cosas  
que  
considerábamos  
desastrosas  
resultaron  
a  
nuestro  
favor;  
y  
las  
que  
nos  
causaron  
una  
desilusión  
luego  
resultaron  
una  
bendición.

Pero  
tenemos  
que  
advertir  
que  
esa  
experiencia  
no  
les  
sucede  
más  
que  
a  
los  
que  
aman  
a  
Dios.  
Los  
estoicos  
tenían  
una  
gran  
idea  
que  
puede  
que  
Pablo  
tuviera  
en  
mente  
al  
escribir  
este  
pasaje.  
Una  
de  
sus  
grandes  
concepciones  
era  
el  
Logos  
de  
Dios,  
que  
era  
Su  
mente  
o  
razón.  
Los  
estoicos  
creían  
que  
el  
Logos  
estaba  
inherente  
en

la  
creación,  
y  
le  
daba  
sentido  
al  
mundo.  
Era  
el  
Logos  
el  
que  
mantenía  
las  
estrellas  
en  
sus  
cursos  
y  
los  
planetas  
en  
sus  
derroteros  
señalados.  
Era  
el  
Logos  
el  
que  
controlaba  
la  
sucesión  
ordenada  
de  
los  
días  
y  
las  
noches  
y  
de  
las  
estaciones  
del  
año.  
El  
Logos  
era  
la  
razón  
y  
la  
mente  
de  
Dios  
en  
el  
universo,

haciendo  
que  
fuera  
un  
orden  
y  
no  
un  
caos.

Pero  
los  
estoicos  
iban  
más  
lejos.  
Creían  
que  
el  
Logos  
no  
sólo  
tenía  
un  
orden  
establecido  
para  
el  
universo  
sino  
también  
un  
plan  
y  
un  
propósito  
para  
cada  
ser  
humano.  
Para  
decirlo  
de  
otra  
manera,  
creían  
que  
a  
una  
persona  
no  
le  
podía  
suceder  
nada  
que  
no  
viniera  
de

Dios  
y  
que  
no  
fuera  
parte  
del  
plan  
de  
Dios  
para  
ella.  
Epicteto  
escribió:  
«Ten  
valor  
para  
elevar  
la  
mirada  
a  
Dios  
y  
decirle:  
"Trátame  
como  
Tú  
quieras  
desde  
ahora  
en  
adelante.  
Soy  
uno  
contigo;  
soy  
tuyo;  
no  
me  
resisto  
a  
nada  
que  
Tú  
consideres  
bueno.  
Guíame  
adonde  
Tú  
quieras;  
vísteme  
como  
Tú  
quieras.  
¿Quieres  
que  
me  
encargue  
de  
algo

o  
que  
lo  
rechace,  
que  
me  
quede

o  
que  
me  
retire,  
que  
sea  
rico  
o  
pobre?  
Por  
esto  
Te  
defenderé  
ante  
los  
hombres."»  
Los  
estoicos  
enseñaban  
que  
el  
deber  
de  
todo  
hombre  
era  
la  
aceptación.  
El  
que  
aceptaba  
las  
cosas  
que  
Dios  
le  
enviaba  
experimentaba  
la  
paz.Si  
las  
resistía,  
estaba  
machacándose  
la  
cabeza  
inútilmente  
contra  
el  
propósito  
ineludible

de  
Dios.  
Pablo  
tiene  
la  
misma  
idea.  
Dice  
que  
todas  
las  
cosas  
colaboran  
para  
el  
bien,  
pero  
sólo  
de  
los  
que  
aman  
a  
Dios.  
Si  
una  
persona  
ama  
y  
confía  
y  
acepta  
a  
Dios,  
si  
está  
convencida  
de  
que  
Dios  
es  
el  
Padre  
infinitamente  
sabio  
y  
amoroso,  
entonces  
puede  
aceptar  
todo  
lo  
que  
le  
manda  
Dios.  
Uno  
puede  
ir  
al

médico,  
que  
le  
prescribe  
un  
tratamiento  
que  
al  
principio  
es  
desagradable  
y  
hasta  
doloroso;  
pero  
si  
confía  
en  
el  
médico,  
acepta  
lo  
que  
le  
prescribe.

Así  
nos  
sucede  
a  
nosotros  
si  
amamos  
a  
Dios.  
Pero  
si  
uno  
no  
ama  
a  
Dios  
ni  
confía  
en  
Él,  
se  
quejará  
de  
lo  
que  
le  
sucede  
y  
peleará  
contra  
la  
voluntad  
de  
Dios.  
Sólo



al  
que  
ama  
a  
Dios  
Y  
confía  
en  
Él  
todas  
las  
cosas  
ayudan  
para  
bien,  
porque  
para  
él  
vienen  
de  
un  
Padre  
que  
siempre  
obra  
bien  
y  
con  
sabiduría,  
amor  
y  
poder  
que  
son  
perfectos.

Pablo  
va  
más  
lejos;  
pasa  
a  
hablar  
de  
la  
experiencia  
espiritual  
de  
cada  
cristiano.  
La  
versión  
Reina-Valera  
lo  
expresa  
de  
una  
manera  
inolvidable:

«Porque  
a  
los  
que  
antes  
conoció,  
también  
los  
predestinó  
para  
que  
fuesen  
hechos  
conformes  
a  
la  
imagen  
de  
su  
Hijo,  
para  
que  
El  
sea  
el  
primogénito  
entre  
muchos  
hermanos.  
Y  
a  
los  
que  
predestinó,  
a  
éstos  
también  
llamó;  
Y  
a  
los  
que  
llamó,  
a  
éstos  
también  
justificó;  
Y  
a  
los  
que  
justificó,  
a  
éstos  
también  
glorificó.»  
Este  
es  
un  
pasaje

que  
desgraciadamente  
se  
ha  
usado  
mal.  
Si  
hemos  
de  
llegar  
a  
entenderlo,  
tenemos  
que  
reconocer  
el  
sencillo  
hecho  
de  
que  
Pablo  
nunca  
se  
propuso  
que  
fuera  
una  
formulación  
teológica  
o  
filosófica;  
lo  
que  
quería  
era  
que  
fuera  
una  
expresión  
casi  
lírica  
de  
la  
experiencia  
cristiana.  
Si  
lo  
tomamos  
como  
filosofía  
o  
teología  
y  
le  
aplicamos  
las  
leyes  
de  
la  
fría

lógica,  
querrá  
decir  
que  
Dios  
escogió  
a  
unos  
y  
no  
a  
otros.  
Y  
no  
es  
eso  
lo  
que  
quiere  
decir.

Piensa  
en  
la  
experiencia  
cristiana.  
Cuanto  
más  
la  
considera  
un  
cristiano  
más  
se  
convence  
de  
que  
él  
no  
tuvo  
nada  
que  
ver  
con  
ello  
y  
que  
todo  
es  
cosa  
de  
Dios.  
Jesucristo  
vino  
a  
este  
mundo,  
vivió,  
fue  
a  
la  
Cruz,  
resucitó.  
Nosotros  
no  
hicimos  
nada  
para  
que  
todo  
eso  
sucediera;  
es  
la  
Obra  
de  
Dios.  
Nosotros  
oímos  
la

historia  
de  
este  
amor  
maravilloso.  
No  
la  
hicimos;

solamente  
la  
recibimos.  
El  
amor  
despertó  
en  
nuestros  
corazones;  
vino  
la  
convicción  
de  
pecado,  
y  
con  
ella  
la  
experiencia  
del  
perdón  
y  
de  
la  
salvación.  
No  
lo  
realizamos  
nosotros;  
todo  
es  
de  
Dios.  
Eso  
es  
lo  
que  
Pablo  
está  
pensando  
aquí.

El  
Antiguo  
Testamento  
usa  
la  
palabra  
conocer

de  
una  
manera  
iluminadora.  
«Yo  
te  
conocí  
en  
el  
desierto»,  
le  
dijo  
Dios  
a  
Oseas  
acerca  
de  
Su  
pueblo  
Israel  
(Oseas  
13:5).  
«  
A  
vosotros  
solamente  
he  
conocido  
de  
todas  
las  
familias  
de  
la  
Tierra»,  
le  
dijo  
Dios  
a  
Amós  
(Amós  
3:2).  
Cuando  
la  
Biblia  
dice  
que  
Dios  
conoce  
a  
un  
hombre,  
quiere  
decir  
que  
tiene  
un  
propósito  
y  
un

plan  
y  
una  
tarea  
para  
él.  
Y  
cuando  
miramos  
hacia  
atrás  
y  
pensamos  
en  
nuestra  
experiencia  
cristiana,  
todo  
lo  
que  
podemos  
decir  
es:  
«  
Yo  
no  
lo  
hice;  
jamás  
hubiera  
podido  
hacerlo;  
Dios  
es  
el  
Que  
lo  
hizo  
todo.»  
Y  
sabemos  
muy  
bien  
que  
eso  
no  
es  
negar  
nuestra  
libertad.  
Dios  
conocía  
a  
Israel;  
pero  
llegó  
el  
día  
cuando  
Israel



rechazó  
el  
destino  
que  
Dios  
le  
había  
asignado.  
La  
dirección  
invisible  
de  
Dios  
está  
en  
nuestra  
vida;  
pero  
en  
cualquier  
momento  
podemos  
rechazarla  
Y  
seguir  
nuestro  
propio  
camino.

Es  
la  
profunda  
experiencia  
de  
todo  
cristiano  
que  
todo  
es  
de  
Dios;  
que  
él  
no  
hizo  
nada,  
Y  
que  
Dios  
lo  
hizo  
todo.  
Eso  
es  
lo  
que  
Pablo  
quiere  
decir

aquí:  
que  
Dios  
nos  
ha  
elegido  
para  
la  
salvación  
desde  
el  
principio  
del  
tiempo;  
que  
a  
su  
debido  
tiempo  
nos  
dirigió  
Su  
llamada;  
pero  
el  
orgullo  
del  
corazón  
humano  
puede  
estropear  
el  
plan  
de  
Dios,  
y  
la  
desobediencia  
de  
la  
voluntad  
del  
hombre  
puede  
rechazar  
la  
invitación  
de  
Dios.

EL  
AMOR  
DEL  
QUE  
NADA  
NOS  
PUEDE  
SEPARAR

Romanos  
8:31-39

Entonces, ¿qué  
podemos  
decir  
nosotros  
a  
todo  
esto?  
Si  
Dios  
está  
de  
nuestra  
parte, ¿quién  
estará  
en  
contra  
nuestra?  
Si  
Dios  
mismo  
no  
escatimó  
ni  
el  
dar  
a  
Su  
propio  
Hijo, sino  
Le  
entregó  
a  
la  
muerte  
por  
todos

nosotros,  
¿cómo  
vamos  
a  
pensar  
que  
no  
nos  
dará  
generosamente  
con  
Él  
todas  
las  
cosas?  
¿Quién  
se

atreverá  
a  
acusar  
a  
los  
que  
Dios  
ha  
elegido, si  
es  
Dios  
Quien  
los  
absuelve?  
¿Y  
quién  
nos  
va  
a  
condenar,  
si  
el  
Que  
intercede  
por  
nosotros  
es  
Jesús,  
el  
que  
murió  
Y  
resucitó  
Y  
está  
sentado  
ala  
diestra  
de  
Dios?  
¿Quién  
o  
qué  
nos  
podrá  
apartar  
del  
amor  
de  
Cristo?  
¿Pruebas,  
opresión,  
persecución,  
hambre,  
desnudez,  
peligro,  
espada?  
Porque  
escrito  
está:

«Por  
causa  
de  
Ti  
nos  
están  
matando  
a  
todas  
horas,  
y  
nos  
consideran  
como  
ovejas  
para  
la  
matanza.

»  
¡Pero  
si  
en  
todas  
estas  
cosas  
somos  
más  
que  
vencedores  
por  
medio  
de  
Aquel  
que  
nos  
amó!  
Así  
es  
que  
yo  
estoy  
convencido  
de  
que  
no  
nos  
puede  
apartar  
del  
amor  
que  
Dios  
nos  
ha  
mostrado  
en  
nuestro  
Señor  
Jesucristo  
ni

la  
muerte,  
ni  
la  
vida,  
ni  
los  
ángeles,  
ni  
los  
principados,  
ni  
la  
edad  
presente,  
ni  
la  
edad  
por  
venir,  
ni  
poderes,  
ni  
alturas,  
ni  
profundidades,  
de  
esta  
o  
de  
ninguna  
otra  
creación,  
nos  
podrá  
apartar  
del  
amor  
que  
Dios  
nos  
ha  
mostrado  
en  
nuestro  
Señor  
Jesucristo.

Este  
es  
uno  
de  
los  
pasajes  
más  
líricos  
del  
apóstol  
Pablo.

En  
el  
versículo  
32  
hay  
una  
maravillosa  
alusión  
que  
impactaría  
a  
cualquier  
judío  
que  
conociera  
bien  
el  
Antiguo  
Testamento:  
<  
Por  
amor  
a  
nosotros  
Dios  
no  
escatimó  
ni  
el  
dar  
a  
su  
propio  
Hijo;  
no  
cabe  
duda  
de  
que  
esa  
es  
la  
garantía  
definitiva  
de  
que  
nos  
ama  
lo  
suficiente  
para  
suplir  
todas  
nuestras  
necesidades.»  
Las  
palabras  
que  
usa  
Pablo

refiriéndose  
a  
Dios  
son  
las  
mismas  
que  
Dios  
usó  
acerca  
de  
Abraham,  
que  
Le  
demostró  
su  
lealtad  
a  
ultranza  
cuando  
estuvo  
dispuesto  
a  
sacrificarle  
a  
su  
propio  
hijo  
único  
Isaac  
cuando  
Dios  
se  
lo  
mandó.  
Dios  
le  
dijo:  
«No  
te  
has  
negado  
a  
darme  
a  
tu  
hijo,  
a  
tu  
único  
hijo»  
(Génesis  
22:12).  
Pablo  
parece  
decir:  
<  
Considera  
el  
ejemplo



más  
grande  
del  
mundo  
que  
ha  
dado  
un  
hombre  
de  
su  
lealtad  
a  
Dios;  
así  
es  
la  
lealtad  
de  
Dios  
contigo.»  
De  
la  
misma  
manera  
que  
Abraham  
fue  
tan  
leal  
a  
Dios  
que  
estuvo  
dispuesto  
a  
sacrificarle  
lo  
más  
precioso  
que  
tenía,  
Dios  
es  
tan  
leal  
a  
los  
hombres  
que

estuvo  
dispuesto  
a  
sacrificar  
a  
su  
propio  
Hijo

único  
por  
ellos.  
Sin  
duda  
podemos  
confiar  
en  
una  
lealtad  
así  
para  
todo.  
Es  
difícil  
decidir  
cómo  
hemos  
de  
tomar  
los  
versículos  
3335.  
Se  
pueden  
tomar  
de  
dos  
maneras,  
cada  
una  
de  
las  
cuales  
tiene  
un  
sentido  
excelente  
y  
contiene  
una  
preciosa  
verdad.

(i)  
Podemos  
tomarlos  
como  
dos  
afirmaciones  
seguidas  
de  
dos  
preguntas  
que  
les  
hacen  
referencia:  
(a)

Es  
Dios  
el  
que  
declara  
a  
los  
hombres  
no  
culpables  
-esa  
es  
la  
afirmación-.  
Siendo  
así,  
¿quién  
se  
atreverá  
a  
condenar  
a  
los  
hombres?  
Si  
es  
Dios  
Quien  
ha  
declarado  
a  
los  
hombres  
no  
culpables,  
entonces  
están  
a  
salvo  
de  
que  
nadie  
los  
condene.  
(b)  
Ponemos  
nuestra  
fe  
en  
Cristo,  
Que  
murió  
y  
resucitó  
y  
vive  
para  
siempre  
-esta  
es

la  
afirmación-.Siendo  
así,  
¿puede  
haber  
algo  
en  
este  
o  
en  
otro  
mundo  
que  
nos  
pueda  
separar  
de  
nuestro  
Señor  
Resucitado?  
Si  
lo  
interpretamos  
así,  
se  
establecen  
dos  
grandes  
verdades:  
(a)  
Dios  
nos  
ha  
declarado  
no  
culpables;  
por  
tanto,  
nadie  
nos  
puede  
condenar.  
(b)  
Cristo  
ha  
resucitado;  
por  
tanto,  
no  
hay  
nada  
que  
nos  
pueda  
separar  
de  
Él.

(ii)  
Pero  
hay  
otra  
manera  
de  
interpretarlo.  
Dios  
nos  
ha  
declarado  
no  
culpables.  
Entonces,  
¿quién  
nos  
puede  
condenar?  
Y  
la  
respuesta  
es  
que  
Jesucristo  
es  
el  
Juez  
de  
toda  
la  
humanidad,  
el  
único  
que  
tiene  
derecho  
a  
condenar  
-pero,  
lejos  
de  
condenar,  
está  
a  
la  
diestra  
de  
Dios  
intercediendo  
por  
nosotros;  
así  
que  
estamos  
a  
salvo.  
Puede  
que  
Pablo

esté  
diciendo  
algo  
muy  
maravilloso  
en  
el  
versículo  
34.  
Está  
diciendo  
cuatro  
cosas  
acerca  
de  
Jesús:  
(a)  
Que  
murió.  
(b)  
Que  
resucitó.  
(c)  
Que  
está  
a  
la  
diestra  
de  
Dios.  
(d)  
Que  
allí  
intercede  
por  
nosotros.  
Ahora  
bien:  
el  
primer  
credo  
de  
la  
Iglesia  
Cristiana,  
que  
sigue  
siendo  
la  
quintaesencia  
de  
todos  
los  
credos,  
dice:  
«Fue  
crucificado,  
muerto  
y  
sepultado;

al  
tercer  
día  
resucitó  
de  
la  
muerte,  
y  
está  
sentado  
a  
la  
diestra  
de  
Dios;  
de  
allí  
vendrá  
a  
juzgar  
a  
los  
vivos  
y  
los  
muertos.  
»  
Tres  
afirmaciones  
de  
la  
declaración  
de  
fe  
de  
Pablo  
coinciden  
con  
las  
del  
credo  
de  
la  
Iglesia  
Primitiva:  
que  
Jesús  
murió,  
que  
resucitó  
y  
que  
está  
sentado  
a  
la  
diestra  
de  
Dios.  
Pero

la  
cuarta  
es  
diferente.  
En  
el  
credo  
es  
que  
Jesús  
vendrá  
como  
Juez  
de  
vivos  
y  
muertos.  
En  
Pablo,  
que  
Jesús  
está  
a  
la  
diestra  
de  
Dios  
de-  
fendiéndonos  
como  
nuestro  
Abogado.  
Es  
como  
si  
Pablo  
dijera:  
«Creéis  
que  
Jesús  
es  
el  
Juez  
que  
está  
ahí  
para  
condenaros;  
y  
bien  
pudiera,  
porque  
tiene  
derecho.  
Pero  
os  
equivocáis.  
No  
está  
ahí



como  
Fiscal,  
sino  
como  
Abogado  
encargado  
de  
nuestra  
defensa.»

Yo  
creo  
que  
la  
segunda  
forma  
es  
la  
correcta.  
En  
un  
tremendo  
salto  
de  
pensamiento,  
Pablo  
contempla  
a  
Cristo,  
no  
como  
Juez,  
sino  
como  
Amador  
de  
las  
almas  
de  
los  
hombres.  
Con  
fervor  
de  
poeta  
y  
en  
rapto  
de  
amante,  
Pablo  
prosigue  
cantando  
que  
nada  
.nos  
puede  
separar  
del

amor  
de  
Dios  
que  
se  
nos  
ha  
manifestado  
nuestro  
Señor  
Resucitado.

(i)  
Ni  
la  
aflicción,  
ni  
las  
penalidades  
de  
la  
vida,  
ni  
el  
peligro  
nos  
pueden  
separar  
(versículo  
35).  
Los  
desastres  
del  
mundo  
no  
separan  
de  
Cristo  
al  
que  
es  
Suyo,  
sino  
le  
acercan  
más  
a  
Él.  
(ii)  
En  
los  
versículos  
38  
y  
39  
Pablo  
hace  
una  
lista

de  
cosas  
terribles.  
(a)  
Ni  
la  
vida  
ni  
la  
muerte  
nos  
pueden  
separar  
de  
Cristo.  
En  
la  
vida,  
vivimos  
con  
Cristo;  
en  
la  
muerte,  
morimos  
con  
Él;  
y  
como  
morimos  
con  
Él,  
también  
resucitamos  
con  
Él.  
La  
muerte,  
lejos  
de  
ser  
una  
separación,  
es  
solamente  
un  
paso  
hacia  
una  
más  
íntima  
unión;  
no  
es  
el  
final,  
sino  
«  
la  
puerta

en  
el  
Cielo»  
que  
nos  
da  
acceso  
a  
la  
presencia  
de  
Jesucristo.  
(b)  
Los  
poderes  
angélicos  
no  
nos  
pueden  
separar  
de  
Él.  
En  
aquel  
tiempo,  
los  
judíos  
habían  
desarrollado  
mucho  
la  
creencia  
en  
los  
ángeles.  
Todo  
tenía  
su  
ángel:  
había  
ángeles  
de  
los  
vientos,  
de  
las  
nubes,  
de  
la  
nieve,  
del  
granizo  
y  
de  
la  
escarcha,  
del  
trueno  
y  
del

rayo,  
del  
frío  
y  
del  
calor,  
y  
de  
las  
estaciones.  
Los  
rabinos  
decían  
que  
no  
había  
nada  
en  
el  
mundo,  
ni  
siquiera  
una  
brizna  
de  
hierba,  
que  
no  
tuviera  
su  
ángel.  
Según  
los  
rabinos  
había  
tres  
rangos  
de  
ángeles:  
el  
primero  
incluía  
tronos,  
querubines  
y  
serafines;  
el  
segundo,  
poderes,  
señoríos  
y  
fuerzas,  
y  
el  
tercero,  
ángeles,  
arcángeles  
y  
principados.  
Pablo

se  
refiere  
a  
estos  
ángeles  
en  
más  
de  
una  
ocasión  
(Efesios  
1:21;  
3:10;  
6:12;  
Colosenses  
2:10, 15;  
1  
Corintios  
15:24).  
Ahora  
bien:  
los  
rabinos  
-y  
recordemos  
que  
Pablo  
había  
sido  
uno  
de  
ellos-creían  
que  
los  
ángeles  
eran  
poco  
amigos  
de  
los  
humanos.  
Creían  
que  
se  
habían  
enfadado  
cuando  
Dios  
creó  
a  
los  
hombres;  
se  
habían  
puesto  
celosos,  
porque  
no  
querían  
compartir

a  
Dios  
con  
otra  
especie.  
Los  
rabinos  
tenían  
la  
leyenda  
de  
que,  
cuando  
Dios  
se  
apareció  
en  
el  
monte  
Sinaí  
para  
darle  
la  
Ley  
a  
Moisés,  
estaba  
rodeado  
de  
sus  
ejércitos  
de  
ángeles,  
que  
no  
estaban  
de  
acuerdo  
con  
que  
se  
diera  
la  
Ley  
a  
Israel  
y  
asaltaron  
a  
Moisés  
cuando  
subía  
a  
la  
montaña  
y  
le  
hubieran  
impedido  
llegar

arriba  
si  
Dios  
mismo  
no  
hubiera  
intervenido.  
Así  
es  
que  
Pablo,  
haciéndose  
eco  
de  
las  
ideas  
de  
su  
tiempo,  
dice  
que  
«  
ni  
siquiera  
los  
mezquinos  
y  
celosos  
ángeles  
nos  
pueden  
separar  
del  
amor  
de  
Dios,  
por  
mucho  
que  
lo  
intenten.»

(c)  
No  
hay  
época  
de  
la  
Historia  
que  
nos  
pueda  
separar  
de  
Cristo.  
Pablo  
habla  
de  
cosas



presentes  
y  
cosas  
por  
venir.  
Sabemos  
que  
los  
judíos  
dividían  
el  
tiempo  
en  
esta  
era  
presente  
y  
la  
era  
por  
venir.  
Pablo  
está  
diciendo:  
«  
En  
este  
mundo  
presente  
no  
hay  
nada  
que  
nos  
pueda  
separar  
de  
Dios  
en  
Cristo;  
llegará  
el  
día  
cuando  
este  
mundo  
será  
sacudido  
y  
amanecerá  
la  
nueva  
era.  
Pero  
no  
importa;  
porque  
entonces  
tampoco,  
cuando

se  
acabe  
este  
mundo  
y  
se  
haga  
realidad  
el  
nuevo,  
el  
lazo  
de  
unión  
con  
Cristo  
permanecerá.»  
(d)  
Ninguna  
influencia  
maligna  
(poderes)  
nos  
separará  
de  
Cristo.  
Pablo  
menciona  
específicamente  
altura  
y  
profundidad.  
Son  
términos  
de  
astrología.  
El  
mundo  
antiguo  
estaba  
obsesionado  
con  
la  
idea  
de  
la  
tiranía  
de  
las  
estrellas.  
Creían  
que  
todas  
las  
personas  
nacemos  
bajo  
una  
cierta  
estrella

que  
decide  
nuestro  
destino.  
Todavía  
hay  
algunos  
que  
creen  
en  
la  
influencia  
de  
las  
estrellas;  
pero  
en  
el  
mundo  
antiguo  
era  
una  
creencia  
más  
general  
y  
obsesiva.  
La  
altura  
(hypsóma)  
era  
cuando  
una  
estrella  
estaba  
en  
su  
cenit,  
y  
se  
suponía  
que  
su  
influencia  
era  
máxima;  
profundidad  
(hathos)  
era  
cuando  
estaba  
en  
su  
nadir,  
dispuesta  
a  
empezar  
a  
ascender  
y

ejercer  
su  
influencia  
en  
alguna  
persona.  
Pablo  
dice  
a  
los  
que  
estaban  
-y  
a  
los  
que  
están-obsesionados  
con  
estas  
cosas:  
«Las  
estrellas  
no  
te  
pueden  
hacer  
ningún  
daño.  
En  
su  
subir  
y  
bajar  
son  
impotentes  
para  
separarte  
del  
amor  
de  
Dios.»  
(e)  
Ni  
ningún  
otro  
mundo  
nos  
podrá  
separar  
de  
Dios.  
La  
palabra  
que  
usa  
Pablo  
para  
otro  
es  
héteros,

que  
significa  
realmente  
diferente.  
Está  
diciendo:  
«Supongamos  
que,  
inexplicablemente,  
como  
por  
arte  
de  
magia,  
os  
encontrarais  
en  
otro  
mundo  
totalmente  
diferente  
de  
éste.  
Estaríais  
a  
salvo:  
seguiría  
envolviéndoos  
el  
amor  
de  
Dios.»  
Aquí  
tenemos  
una  
visión  
que  
despeja  
toda  
soledad  
y  
todo  
temor.  
Pablo  
está  
diciendo:  
«Podéis  
pensar  
en  
cualquier  
cosa  
aterradora  
que  
pueda  
producir  
este  
mundo  
o  
cualquier  
otro

mundo  
diferente:  
ninguna  
de  
ellas  
conseguirá  
separar  
al  
cristiano  
del  
amor  
de  
Dios  
que  
se  
encuentra  
en  
Jesucristo.  
Que  
es  
Señor  
de  
todo  
terror  
y  
de  
todo  
mundo.»  
En  
Él  
se  
hace  
realidad  
la  
seguridad  
que  
anunciaba  
proféticamente  
el  
salmo  
27:

El  
Señor  
es  
mi  
luz  
Y  
mi  
salvación.  
¿De  
quién  
temeré?  
El  
Señor  
es  
la  
fortaleza  
de  
mi  
vida.  
¿De  
quién  
he  
de  
atemorizarme?

EL  
PROBLEMA  
DE  
LOS  
JUDÍOS

En  
los  
capítulos  
9  
al  
11  
Pablo  
se  
enfrenta  
con  
uno  
de  
los  
problemas  
más  
desconcertantes  
que  
se  
le  
presentan  
a  
la  
Iglesia  
Cristiana:  
el  
problema

de  
los  
judíos.  
Los  
judíos  
eran  
el  
pueblo  
escogido  
de  
Dios;  
habían  
ocupado  
un  
lugar  
exclusivo  
en  
el  
propósito  
de  
Dios;  
Y  
sin  
embargo,  
cuando  
vino  
al  
mundo  
el  
Hijo  
de  
Dios,  
Le  
rechazaron  
y  
Le  
crucificaron.  
¿Cómo  
se  
puede  
explicar  
esta  
trágica  
paradoja?  
Este  
es  
el  
problema  
que  
Pablo  
trata  
de  
resolver  
en  
estos  
capítulos,  
complicados  
y  
difíciles.  
Antes



de  
empezar  
a  
estudiarlos  
en  
detalle,  
será  
conveniente  
que  
veamos  
en  
líneas  
generales  
la  
solución  
que  
Pablo  
nos  
presenta.

Hay  
algo  
que  
debemos  
tener  
presente  
antes  
de  
empezar  
a  
desentrañar  
el  
pensamiento  
de  
Pablo,  
y  
es  
que  
estos  
capítulos  
no  
se  
escribieron  
con  
ira,  
sino  
con  
profundo  
dolor  
de  
corazón.  
Pablo  
no  
podía  
olvidar  
que  
era  
judío,  
y

estaba  
dispuesto  
a  
dar  
su  
vida  
para  
traer  
a  
sus  
hermanos  
de  
raza  
a  
Jesucristo.

Pablo  
no  
niega  
nunca  
que  
los  
judíos  
eran  
el  
pueblo  
escogido.  
Dios  
los  
había  
adoptado  
como  
propios;  
les  
había  
dado

los  
pactos,  
el  
culto  
del  
Templo  
y  
la  
Ley;  
les  
había  
concedido  
la  
presencia  
de  
Su  
misma  
gloria,  
y  
les  
había

dado  
los  
patriarcas.

Pero,  
sobre  
todo,  
Jesús  
era  
judío,  
de  
la  
tribu  
de  
Judá,  
como  
estaba  
profetizado.  
Pablo  
acepta  
como  
axioma  
en  
toda  
esta  
cuestión  
que  
los  
judíos  
ocupaban  
un  
lugar  
especial  
en  
la  
economía  
de  
la  
Salvación.

Lo  
primero  
que  
Pablo  
aclara  
en  
su  
argumento  
es  
que,  
si  
bien  
es  
cierto  
que  
los  
judíos,  
como

nación,  
rechazaron  
y  
crucificaron  
a  
Jesús,  
también  
lo  
es  
que  
no  
todos  
los  
judíos  
Le  
rechazaron;  
algunos  
Le  
recibieron  
y  
creyeron  
en  
Él,  
porque  
todos  
los  
primeros  
seguidores  
de  
Jesús  
eran  
judíos.  
A  
continuación,  
Pablo  
repasa  
la  
historia,  
e  
insiste  
en  
que  
lo  
que  
hace  
que  
un  
hombre  
sea  
judío  
no  
es  
el  
ser  
descendiente  
de  
Abraham.  
Repetidas  
veces  
en

la  
historia  
de  
Israel  
hubo  
un  
proceso  
de  
selección  
-Pablo  
lo  
llama  
elección-en  
el  
que  
algunos  
descendientes

de  
Abraham  
fueron  
elegidos,  
y  
otros  
rechazados.  
En  
el  
caso  
del  
mismo  
Abraham,  
su  
hijo  
Isaac,  
que  
nació  
en  
cumplimiento  
de  
la  
promesa  
de  
Dios,  
fue  
elegido;  
pero  
Ismael,  
que  
nació  
sencillamente  
como  
el  
resultado  
de  
un  
proceso  
natural,  
no  
lo

fue.  
En  
el  
caso  
de  
Isaac,  
su  
hijo  
Jacob  
fue  
elegido;  
pero  
el

mellizo  
de  
éste,  
Esaú,  
no.  
Esta  
selección  
no  
era  
el  
resultado  
de  
los  
méritos  
personales,  
sino  
de  
la  
sabiduría  
y  
la  
soberanía  
de  
Dios.

Además,  
el  
verdadero  
pueblo  
escogido  
nunca  
era  
toda  
la  
nación,  
sino  
un  
resto  
fiel,  
unos  
pocos  
que  
eran  
leales

a  
Dios  
cuando  
todos  
los  
demás  
Le  
negaban.  
Ese  
fue  
el  
caso  
en  
los  
días  
del  
profeta  
Elías,  
cuando  
permanecieron  
fieles  
al  
Señor  
siete  
mil,  
mientras  
la  
mayoría  
de  
la  
nación  
se  
había  
apartado  
para  
seguir  
a  
Baal.  
Era  
una  
parte  
esencial  
de  
la  
enseñanza  
de  
Isaías,  
que  
dijo:  
«Aunque  
el  
número  
de  
los  
hijos  
de  
Israel  
sea  
como  
la

arena  
del  
mar,  
sólo  
un  
resto  
de  
ellos  
se  
salvará»  
(Isaías

10:22;  
Romanos  
9:27).  
Lo  
que  
Pablo  
deja  
bien  
sentado  
es  
que  
nunca  
fue  
toda  
la  
nación  
el  
pueblo  
escogido.  
Siempre  
hubo  
selección  
por  
parte  
de  
Dios.

Sin  
embargo,  
el  
que  
Israel  
fuera  
rechazado  
no  
fue  
insensible  
ni  
caprichoso.  
Se  
le  
cerró  
la  
puerta  
a  
Israel



para  
que  
pudiera  
abrírsele  
a  
los  
gentiles.  
Dios  
endureció  
el  
corazón  
de  
los  
judíos  
y  
cegó  
sus  
ojos  
con  
el  
propósito  
final  
de  
abrirles  
el  
camino  
de  
la  
fe  
a  
los  
gentiles.

¿Qué  
error  
fundamental  
cometieron  
los  
judíos?  
Pablo  
sostiene  
que,  
aunque  
estaba  
en  
el  
plan  
de  
Dios  
el  
que  
los  
judíos  
fueran  
rechazados,  
sin  
embargo  
no  
tenía

por  
qué  
haber  
sucedido.  
No  
se  
podía  
desembarazar  
de  
la  
paradoja  
eterna  
-ni  
lo  
pretendía-de  
que,  
al  
mismo  
tiempo,  
todo  
es  
cosa  
de  
Dios  
Y  
el  
hombre  
es  
libre.  
El  
error  
fundamental  
de  
los  
judíos  
fue  
que  
intentaron  
llegar  
a  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios  
por  
su  
propio  
esfuerzo.  
Trataron  
de  
ganarse  
la  
Salvación;  
mientras  
que  
los  
gentiles  
se  
limitaron

a  
aceptar  
con  
perfecta  
confianza  
lo  
que  
Dios  
les  
ofrecía.  
Los  
judíos  
deberían  
haber  
sabido  
que  
la  
única  
manera  
de  
llegar  
a  
Dios  
era  
mediante  
la  
fe,  
y  
que  
los  
logros  
humanos  
no  
llevan  
a  
ninguna  
parte.  
Así  
lo  
expresó  
Isaías:  
«Nadie  
que  
ponga  
en  
Él  
su  
confianza  
quedará  
defraudado»  
(Isaías  
28:16;  
Romanos  
10:11).  
Y  
Joel:  
«Todos  
los  
que  
invoquen

el  
Nombre  
del  
Señor  
se  
salvarán»  
(Joel  
2:32;  
Romanos  
10:13).  
Es  
verdad  
que  
nadie  
puede  
tener  
fe  
hasta  
oír  
el  
ofrecimiento  
de  
Dios;  
pero  
a  
los  
judíos  
se  
les  
hizo  
el  
ofrecimiento.  
Ellos  
se  
aferraron  
al  
mérito  
humano  
de  
la  
obediencia  
a  
la  
Ley;  
se  
lo  
jugaron  
todo  
a  
sus  
obras;  
pero  
deberían  
haber  
sabido  
que  
el  
camino  
que  
conduce

a  
Dios  
es  
el  
de  
la  
fe,  
porque  
ya  
se  
lo  
habían  
dicho  
los  
profetas.

Una  
vez  
más  
es  
necesario  
subrayar  
que  
todo  
esto  
era  
el  
plan  
de  
Dios,  
y  
que  
Su  
propósito  
era  
que  
los  
gentiles  
pudieran  
entrar.  
Por  
tanto,  
Pablo  
se  
vuelve  
ahora  
a  
los  
gentiles.  
Les  
dice  
que  
no  
caigan  
en  
el  
orgullo.  
Están  
en

la  
posición  
del  
acebuche  
del  
que  
se  
han  
injertado  
algunas  
ramas  
en  
el  
olivo  
cultivado.  
No  
merecieron  
la  
Salvación  
más  
que  
los  
judíos;  
de  
hecho,  
dependen  
de  
los

judíos,  
porque  
no  
son  
más  
que  
ramas  
injertas:  
la  
raíz  
y  
el  
tronco  
son  
el  
pueblo  
de  
Israel.  
El  
que  
fueran  
elegidos  
y  
los  
judíos  
rechazados  
no  
debe  
producir  
orgullo  
en  
el  
corazón  
de  
los  
gentiles,  
porque  
si  
no  
ellos  
también  
serán  
rechazados.

¿Acaban  
aquí  
y  
así  
las  
cosas?  
¡De  
ninguna  
manera!  
El  
propósito  
de  
Dios  
es

que  
los  
judíos  
sientan  
envidia  
de  
la  
relación  
que  
los  
creyentes  
gentiles  
tienen  
con  
Él,  
y  
eso  
los  
mueva  
a  
solicitar  
su  
admisión.  
Moisés  
dijo:  
«  
Os  
hago  
tener  
celos  
de  
los  
que  
no  
son  
la  
nación;  
os  
provocaré  
a  
envidia  
con  
los  
que  
no  
Me  
conocían»  
(Deuteronomio  
32:21;  
Romanos  
10:19).  
Al  
final,  
los  
gentiles  
serán  
el  
instrumento  
para  
la



Salvación  
de  
los  
judíos:  
«  
Y  
así  
se  
salvará  
todo  
Israel»  
(Romanos  
11:26).

Vamos  
a  
resumir  
los  
pasos  
por  
los  
que  
Pablo  
llega  
a  
este  
final  
de  
su  
argumento:

(i)  
Israel  
es  
el  
pueblo  
escogido.  
(ii)  
Pertener a  
a  
Israel  
quiere  
decir  
más  
que  
ser  
descendiente  
natural.  
Siempre  
ha  
habido  
elección  
dentro  
de  
la  
nación,  
y  
los

verdaderamente  
elegidos  
eran  
el  
resto  
fiel.  
(iii)  
La  
selección  
que  
Dios  
hace  
no  
es  
injusta.  
(iv)  
Dios  
endureció  
el  
corazón  
de  
los  
judíos,  
pero  
sólo  
para  
abrirles  
la  
puerta  
a  
los  
gentiles.  
(v)  
El  
error  
de  
Israel  
era  
depender  
de  
los  
méritos  
humanos  
sobre  
la  
base  
de  
la  
Ley;  
el  
único  
acceso  
a  
Dios  
es  
el  
del  
corazón  
totalmente  
confiado.

(vi)  
Los  
gentiles  
no  
tienen  
por  
qué  
estar  
orgullosos;  
porque  
no  
son  
más  
que  
ramas  
del  
olivo  
borde  
injertas  
en  
el  
olivo  
cultivado.  
Y  
eso  
es  
algo  
que  
no  
debemos  
olvidar  
jamás.  
(vi;)  
La  
cosa  
no  
termina  
ahí;  
los  
judíos  
se  
sentirán  
tan  
avergonzados  
y  
envidiosos  
del  
privilegio  
que  
han  
recibido  
los  
gentiles  
que,  
al  
final,  
éstos  
los  
harán  
entrar.

(vi:ii)  
Así  
que,  
al  
final,  
tanto  
los  
judíos  
como  
los  
gentiles  
se  
salvarán.

La  
gloria  
se  
encuentra  
al  
final  
del  
argumento  
de  
Pablo.  
Empezó  
diciendo  
que  
algunos  
eran  
aceptados  
y  
otros  
rechazados.

Pero  
acaba  
diciendo  
que  
la  
voluntad  
de  
Dios  
es  
que  
todos  
se  
salven  
(Cp.  
1  
Timoteo  
2:4).  
EL  
TRÁGICO  
FRACASO

Romanos  
9:1-6

Os  
digo  
la  
verdad,  
como  
corresponde  
a  
los  
que  
estamos  
unidos  
a  
Cristo.  
No  
estoy  
mintiendo  
si  
os  
digo  
en  
conciencia  
y  
de  
acuerdo  
con  
el  
Espíritu  
Santo  
que  
soporto  
una  
ardiente  
pesadumbre  
y  
una  
angustia  
permanente  
en  
mi  
corazón.  
Porque  
estaría  
dispuesto  
a  
que  
me  
cayera  
una  
maldición  
que  
me  
desterrara  
totalmente  
de  
la  
presencia

de  
Cristo  
si  
de  
esa  
manera  
se  
salvaran  
mis  
hermanos,  
los  
que  
son  
mis  
parientes  
por  
naturaleza.  
Porque  
son  
israelitas;  
Dios  
los  
hizo  
miembros  
de  
Su  
propia  
familia,  
y  
les  
confió  
la  
gloria,  
los  
pactos,  
la  
Ley,  
el  
culto  
del  
Templo,  
las  
promesas...  
Suyos  
son  
también  
los  
patriarcas;  
y  
de  
ellos,  
en  
cuanto  
a  
Su  
naturaleza  
humana,  
vino  
el  
Ungido

de  
Dios.  
¡Bendito  
sea  
siempre  
el  
Dios  
que  
está  
sobre  
todo!  
Amén.

Pablo  
empieza  
intentando  
explicar  
el  
que  
los  
judíos  
rechazarán  
a  
Jesús  
como  
Mesías;  
y  
empieza,  
no  
con  
rabia,  
sino  
con  
angustia;  
no  
en  
una  
tempestad  
de  
airada  
condenación,  
sino  
con  
el  
dolorido  
sentir  
de  
un  
corazón  
quebrantado.  
Pablo  
compartía  
el  
sentimiento  
del  
Dios  
al  
Que  
amaba

y  
servía:  
odiaba  
el  
pecado,  
pero  
amaba  
al  
pecador.  
Nadie  
ni  
siquiera  
empezará  
jamás  
a  
intentar  
salvar  
a  
nadie  
a  
menos  
que  
empiece  
por  
amarle.  
Pablo  
veía  
a  
los  
judíos,  
no  
como  
culpables  
a  
los  
que  
había  
que  
azotar  
con  
ira,  
sino  
como  
personas  
a  
las  
que  
había  
que  
anhelar  
con  
amor.

De  
buena  
gana  
habría  
dado  
Pablo



su  
vida  
si  
así  
hubiera  
podido  
ganar  
a  
los  
judíos  
para  
Cristo.  
Tal  
vez  
sus  
pensamientos  
le  
transportaban  
a  
uno  
de  
los  
grandes  
episodios  
de  
la  
historia  
de  
su  
pueblo.  
Cuando  
Moisés  
subió  
a  
la  
montaña  
para  
recibir  
la  
Ley  
de  
la  
mano  
de  
Dios,  
el  
pueblo  
que  
había  
dejado  
abajo  
pecó  
haciéndose  
un  
becerro  
de  
oro  
y  
adorándolo.  
Dios

estaba  
airado  
con  
ellos;  
y  
entonces  
Moisés  
hizo  
la  
gran  
oración:  
«Así

que,  
si  
quieres,  
perdónales  
su  
pecado;  
y  
si  
no,  
Te  
lo  
suplico,  
bórrame  
del  
libro  
que  
has  
escrito»  
(Éxodo  
32:32) .

Pablo  
dice  
que,  
por  
amor  
a  
sus  
hermanos,  
estaría  
dispuesto  
a  
que  
cayera  
sobre  
él  
la  
maldición  
de  
Dios  
si  
así  
se  
pudiera  
remediar

algo.  
La  
palabra  
que  
usa  
es  
anáthema,  
que  
es  
una  
palabra  
terrible.  
Cuando  
algo  
era  
anatema,  
estaba  
bajo  
maldición;  
estaba  
consagrado  
para  
una  
destrucción  
total.  
Cuando  
se  
tomaba  
una  
ciudad  
pagana,  
todo  
lo  
que  
había  
en  
ella  
se  
destruía  
totalmente  
porque  
estaba  
contaminado  
(Deuteronomio  
3:6;  
2:34;  
Josué  
6:17;  
7:1-26) .  
Si  
alguien  
trataba  
de  
seducir  
a  
Israel  
para  
apartarle  
del  
culto

al  
único  
Dios  
verdadero,  
se  
le  
condenaba  
irremisiblemente  
a  
una  
destrucción  
total  
(Deuteronomio  
13:8-11).  
La  
cosa  
más  
amada  
que  
Pablo  
tenía  
en  
su  
vida  
era  
la  
seguridad  
de  
que  
nada  
le  
podía  
separar  
del  
amor  
de  
Dios  
en  
Jesucristo;  
pero,  
si  
así  
podían  
salvarse  
sus  
hermanos,  
estaba  
dispuesto  
a  
perderla.

Aquí  
tenemos  
una  
vez  
más  
la  
gran  
verdad

de  
que  
el  
que  
quiera  
salvar  
al  
pecador  
tiene  
que  
empezar  
por  
amarle.  
Cuando  
un  
hijo  
o  
una  
hija  
ha  
hecho  
algo  
por  
lo  
que  
merece  
castigo,  
muchos  
padres  
y  
madres  
cargarían  
con  
gusto  
con  
el  
castigo  
si  
pudieran.  
Como  
Myers  
hace  
decir  
a  
Pablo  
en  
su  
famoso  
poema  
inglés:

«Como  
un  
escalofrío  
de  
anhelo  
insoportable,  
que  
me  
recorre  
todo  
cual  
toque  
de  
trompeta,  
¡Oh,  
para  
que  
se  
salven  
entregar  
vida  
y  
alma,  
ofreciéndolo  
todo  
en  
sacrificio  
a  
Dios!>

Eso  
fue  
lo  
que  
sintió  
e  
hizo  
Cristo.  
Pablo  
también  
tenía  
el  
mismo  
sentimiento.  
Si  
hemos  
de  
ser  
instrumentos  
para  
la  
Sal-  
vación  
de  
otros,  
eso  
es  
lo

que  
debemos  
sentir.  
Pablo  
no  
negó  
ni  
por  
un  
momento  
que  
los  
judíos  
ocupaban  
un  
lugar  
especial  
en  
la  
economía  
de  
Dios.  
Y  
enumera  
sus  
privilegios:

(i)  
En  
un  
sentido  
especial  
eran  
hijos  
de  
Dios,  
especialmente  
elegidos  
y  
adoptados  
en  
la  
familia  
de  
Dios.  
«Vosotros  
sois  
los  
hijos  
del  
Señor  
vuestro  
Dios»  
(Deuteronomio  
14:1).  
«¿Es  
que  
no  
es

Él  
vuestro  
Padre,  
el  
que  
os  
crió?»  
(Deuteronomio  
32:6).  
«Israel  
es  
mi  
primogénito»  
(Éxodo  
4:22).  
«Cuando  
Israel  
era  
un  
chico,  
le  
amé;  
y  
de  
Egipto  
llamé  
a  
Mi  
hijo»  
(Oseas  
11:1).  
La  
Biblia  
está  
llena  
de  
esta  
idea  
de  
la  
especial  
relación  
filial  
de  
Israel  
con  
Dios,  
que  
el  
pueblo  
rehusó  
aceptar  
hasta  
las  
últimas  
consecuencias.  
Boreham  
dice  
en  
algún



lugar  
que,  
cuando  
era  
pequeño,  
estaba  
una  
vez  
de  
visita  
en  
casa  
de  
un  
amigo.  
Había  
una  
habitación  
en  
la  
que  
tenía  
prohibido  
entrar.  
Se  
encontraba  
una  
vez  
en  
la  
habitación  
de  
enfrente  
cuando  
se  
abrió  
la  
puerta  
y  
vio  
dentro  
a  
un  
chico  
de  
su  
misma  
edad,  
pero  
en  
un  
estado  
sobrecogedor  
de  
idiotez  
animal.  
Vio  
que  
la  
madre

se  
acercaba  
al  
chico.  
Había  
visto  
al  
joven  
Boreham,  
sano  
e  
inteligente,  
y  
miraba  
a  
su  
hijo,  
no  
pudiendo  
por  
menos  
de  
hacer  
una  
comparación  
que  
le  
partía  
el  
corazón.  
La  
vio  
arrodillarse  
al  
lado  
de  
la  
cama  
del  
idiota,  
y  
la  
oyó  
decir  
gimiendo  
de  
angustia:  
«  
Te  
he  
alimentado,  
y  
vestido,  
y  
querido...  
¡Y  
tú  
ni  
siquiera  
me

reconoces!»  
Eso  
era  
lo  
que  
Dios  
hubiera  
podido  
decir  
de  
Israel;  
solamente  
que  
en  
este  
caso  
aún  
era  
más  
terrible,  
porque  
el  
rechazo  
de  
Israel  
era  
deliberado  
y  
consciente.  
Es  
terrible  
llegar  
a  
partirle  
el  
corazón  
a  
Dios.

(ii)  
Israel  
tenía  
la  
gloria.  
La  
shejina  
o  
kabod  
aparece  
una  
y  
otra  
vez  
en  
la  
historia  
de  
Israel.  
Era

el  
divino  
esplendor  
de  
luz  
que  
descendía  
cuando  
Dios  
visitaba  
a  
su  
pueblo  
(Éxodo  
16:10;  
24:16s;  
29:43;  
33:18-22) .  
Israel  
había  
visto  
la  
gloria  
de  
Dios,  
y  
sin  
embargo  
Le  
había  
rechazado.  
A  
nosotros  
se  
nos  
ha  
concedido  
contemplar  
la  
gloria  
del  
amor  
y  
la  
Gracia  
de  
Dios  
en  
el  
rostro  
de  
Jesucristo,  
y  
sería  
terrible  
que  
escogiéramos  
el  
camino  
del

mundo.  
(iii)  
Israel  
tenía  
los  
pactos.  
Un  
pacto  
es  
la  
relación  
en  
que  
entran  
dos  
personas,  
un  
acuerdo  
de  
interés  
mutuo,  
un  
compromiso  
de  
amistad  
recíproca.  
Una  
y  
otra  
vez  
Dios  
se  
había  
acercado  
al  
pueblo  
de  
Israel  
y  
había  
entrado  
en  
una  
relación  
especial  
con  
él.  
Lo  
hizo  
con  
Abraham,  
Isaac  
y  
Jacob,  
y  
en  
el  
monte  
Sinaí  
cuando

dio  
la  
Ley.

.  
Ireneo  
distingue  
cuatro  
grandes  
ocasiones  
en

las  
que  
Dios  
llegó  
a  
un  
acuerdo  
con  
los  
hombres.

La  
primera  
fue  
el  
pacto  
con  
Noé  
después  
del  
diluvio,

y  
la  
señal  
fue  
el  
arco  
iris  
en  
los  
cielos,  
que  
representaba  
la

seguridad  
que  
Dios  
daba  
de  
que  
no  
habría  
otro  
diluvio.

El  
segundo  
fue  
el  
pacto  
que  
Dios

hizo  
con  
Abraham,  
y  
su  
señal  
fue  
la  
circuncisión.  
El  
tercero  
fue  
el  
pacto  
que  
estableció  
con  
la  
nación  
de  
Israel  
en  
el  
monte  
Sinaí,  
y  
su  
base  
fue  
la  
Ley.  
Y  
el  
cuarto  
es  
el  
Nuevo  
Testamento  
en  
Jesucristo,  
cuya  
señal  
y  
garantía  
es  
el  
Espíritu  
Santo.

Es  
maravilloso  
pensar  
que  
Dios  
se  
acerca  
a  
los  
hombres

y  
entra  
en  
una  
relación  
concertada  
con  
ellos.  
La  
verdad  
es  
que  
Dios  
no  
ha  
abandonado  
nunca  
a  
los  
hombres.  
No  
hizo  
ademán  
de  
acercarse  
para  
luego  
abandonarlos,  
sino  
que  
se  
ha  
acercado  
una  
y  
otra  
vez;  
y  
aún  
lo  
sigue  
haciendo  
con  
cada  
alma  
humana  
individual.  
Está  
a  
la  
puerta,  
y  
llama;  
y  
es  
la  
tremenda  
responsabilidad  
de  
la



voluntad  
humana  
que  
puede  
negarse  
a  
abrir.

(iv)  
Israel  
tenía  
la  
Ley.  
No  
podía  
pretender  
ignorar  
la  
voluntad  
de  
Dios,  
porque  
Dios  
le  
había  
dicho  
cómo  
quena  
que  
viviera.  
Si  
Israel  
pecaba,  
lo  
hacía  
a  
sabiendas  
y  
no  
por  
ignorancia;  
y  
el  
pecado  
consciente  
es  
el  
pecado  
contra  
la  
luz,  
que  
es  
el  
peor  
de  
todos.  
(v)  
Israel

tenía  
el  
culto  
del  
Templo.  
El  
culto  
es,  
en  
esencia,  
el  
acercamiento  
del  
alma  
a  
Dios;  
y  
Dios  
había  
dado  
a  
los  
judíos  
en  
el  
culto  
del  
Templo  
una  
manera  
para  
que  
se  
acercaran  
a  
Él.  
Si  
estaba  
cerrada  
la  
puerta  
de  
acceso  
a  
Dios  
eran  
ellos  
los  
que  
la  
habían  
cerrado.  
(vi)  
Israel  
tenía  
las  
promesas.  
No  
podía  
decir

que  
no  
conocía  
su  
destino.  
Dios  
les  
había  
dado  
a  
conocer  
la  
tarea  
y  
el  
privilegio  
que  
les  
tenía  
reservado  
en  
Su  
propósito.  
Sabían  
que  
estaban  
destinados  
para  
grandes  
cosas  
en  
la  
economía  
de  
Dios.  
(vi;)  
Israel  
tenía  
a  
los  
patriarcas.  
Tenía  
una  
tradición  
y  
una  
historia;  
y  
no  
hay  
mayor  
miseria  
que  
la  
del  
que  
se  
atreve  
a  
ser

infiel  
a  
su  
tradición  
y  
avergonzarse  
de  
la  
herencia  
que  
ha  
recibido.  
(vi; i)  
Y  
aquí  
viene  
la  
culminación:  
de  
Israel  
vino  
el  
Mesías,  
el  
Ungido  
de  
Dios.  
Todo  
lo  
demás  
había  
sido  
la  
preparación;  
y  
sin  
embargo,  
cuando  
vino,  
Le  
rechazaron.  
El  
mayor  
pesar  
que  
puede  
sentir  
una  
persona  
es  
haberle  
dado  
a  
un  
hijo  
todas  
las  
oportunidades  
de  
éxito,

el  
haberlo  
dedicado  
y  
sacrificado  
todo  
para  
darle  
las  
mejores  
oportunidades,  
y  
descubrir  
que  
el  
hijo,  
por  
desobediencia  
o  
rebeldía  
o  
dejadez,  
ha  
dejado  
de  
aprovecharlas.  
Ahí  
está  
la  
tragedia;  
porque  
se  
hacen  
baldíos  
los  
esfuerzos  
del  
amor,  
y  
no  
se  
hacen  
realidad  
sus  
sueños.  
La  
tragedia  
de  
Israel  
consistió  
en  
que  
Dios  
le  
había  
preparado  
para  
el  
día  
de

la  
venida  
de  
Su  
Hijo,  
Y  
toda  
aquella  
preparación  
resultó  
frustrada.  
No  
es  
que  
fuera  
quebrantada  
la  
Ley  
de  
Dios,  
sino  
que  
Su  
amor  
fue  
desdeñado.  
No  
es  
la  
ira  
de  
Dios  
la  
que  
se  
oculta  
tras  
las  
palabras  
de  
Pablo,  
sino  
el  
corazón  
quebrantado  
de  
Dios.

LA  
ELECCIÓN  
DE  
DIOS

Romanos  
9:7-13

Pero  
esto  
no  
quiere  
decir  
que  
la  
Palabra  
de  
Dios  
haya  
quedado  
completamente  
frustrada.  
Porque  
no  
todos  
los  
israelitas  
son  
el  
verdadero  
Israel;  
ni  
todos  
los  
que  
se  
consideran  
descendientes  
naturales  
de  
Abraham  
son  
plenamente  
sus  
hijos.  
Por  
el  
contrario,  
escrito  
está:  
«Por  
medio  
de  
Isaac  
tendrás  
descendencia.»  
Es  
decir:  
que  
no  
son  
realmente  
hijos

de  
Dios  
todos  
los  
que  
se  
consideran  
descendientes  
naturales  
de  
Abraham.  
¡No!  
Son  
los  
hijos  
de  
la  
promesa  
los  
que  
forman  
la  
verdadera  
descendencia  
de  
Abraham;  
porque  
la  
palabra  
de  
la  
promesa  
fue  
esta:  
«Vendré  
a  
este  
tiempo,  
y  
Sara  
tendrá  
un  
hijo.»  
Y  
no  
hubo  
sólo  
este  
caso,  
sino  
también  
Rebeca,  
cuando  
concibió  
de  
uno,  
es  
decir,  
de  
nuestro



antepasado  
Isaac.  
-Nótese  
bien  
que  
los  
hijos  
no  
habían  
nacido  
todavía,  
ni  
habían  
hecho  
nada  
ni  
bueno  
ni  
malo,  
para  
que  
la  
elección  
de  
Dios  
no  
fuera  
la  
consecuencia  
de  
obras, sino  
simplemente  
porque  
Dios  
los  
llamó-.  
Se  
le

dijo  
a  
ella:  
«El  
mayor  
servirá  
al  
más  
joven.»  
Y  
también  
,  
está  
escrito:  
«He  
amado  
a  
Jacob,  
pero  
he

aborrecido  
a  
Esaú.  
»

El  
que  
los  
judíos  
rechazaran  
Y  
crucificaran  
a  
Jesús,  
el  
Hijo  
de  
Dios,  
¿quiere  
decir  
que  
el  
propósito  
de  
Dios  
quedó  
frustrado,  
Y  
fracasado  
Su  
plan?  
Pablo  
está  
convencido  
de  
que  
eso  
no  
puede  
ser.  
De  
hecho,  
no  
todos  
los  
judíos  
rechazaron  
a  
Jesús;  
algunos  
Le  
aceptaron,  
porque  
no  
cabe  
duda  
que  
todos  
Sus

primeros  
seguidores  
eran  
judíos,  
lo  
mismo  
que  
Pablo.  
«Ahora  
bien  
dice-,  
a  
lo  
largo  
de  
la  
historia  
de  
Israel  
vemos  
el  
proceso  
de  
selección  
una  
y  
otra  
vez  
en  
funcionamiento.  
Una  
y  
otra  
vez  
vemos  
que  
no  
eran  
todos  
los  
judíos  
los  
que  
estaban  
en  
el  
designio  
de  
Dios.  
Algunos  
estaban,  
y  
otros  
no.  
La  
línea  
de  
la  
nación  
con

la  
que  
Dios  
contaba,  
y  
por  
medio  
de  
la  
cual  
obraba  
para  
llevar  
adelante  
Su  
plan,  
no  
eran  
todos  
los  
descen-  
dientes  
de  
Abraham.  
No  
es  
la  
mera  
descendencia  
física  
la  
que  
cuenta,  
sino  
la  
selección,  
la  
elección  
de  
Dios.

Como  
demostración  
de  
esta  
verdad  
cita  
Pablo  
dos  
ejemplos  
de  
la  
historia  
de  
Israel,  
y  
los  
refuerza  
con

citas  
bíblicas:

(a)  
Abraham  
tuvo  
dos  
hijos:  
Ismael,  
que  
le  
nació  
de  
la  
esclava  
Agar,  
e  
Isaac,  
que  
tuvo  
con  
su  
esposa  
Sara.  
Los  
dos  
eran  
igualmente  
descendientes  
de  
Abraham.  
Cuando  
les  
nació  
Isaac,  
Abraham  
y  
Sara  
eran  
ya  
de  
edad  
avanzada;  
tanto  
es  
así  
que,  
humanamente  
hablando,  
ya  
era  
imposible  
que  
tuvieran  
un  
hijo.  
Cuando  
Isaac  
era

muchacho,  
un  
día  
Ismael  
se  
burló  
de  
él;  
a  
Sara  
le  
dio  
tanta  
rabia,  
que  
le  
pidió  
a  
Abraham  
que  
echara  
de  
casa  
a  
la  
esclava  
y  
a  
su  
hijo,  
para  
que  
Isaac  
fuera  
el  
único  
heredero.  
Abraham  
no  
quería;  
pero  
Dios  
le  
dijo  
que  
lo  
hiciera,  
porque  
sería  
la  
descendencia  
que  
tuviera  
a  
través  
de  
Isaac  
la  
que  
preservaría

su  
nombre  
(Génesis  
21:12).  
Ahora  
bien:  
Ismael  
había  
nacido  
por  
un  
proceso  
humano  
natural,  
mientras  
que  
Isaac  
había  
nacido  
en  
cumplimiento  
de  
la  
promesa  
de  
Dios  
(Génesis  
18:10-14).  
Fue  
al  
hijo  
de  
la  
promesa  
al  
que  
se  
le  
concedió  
transmitir  
la  
herencia  
de  
la  
elección  
de  
Dios.  
Aquí  
tenemos  
la  
prueba  
de  
que  
no  
todos  
los  
descendientes  
naturales  
de  
Abraham

se  
pueden  
considerar  
elegidos.  
Y  
dentro  
de  
la  
nación  
siguió  
manifestándose  
la  
selección  
Y  
elección  
de  
Dios.

(b)  
Pablo  
pasa  
a  
citar  
otro  
ejemplo.  
Cuando  
Rebeca,  
la  
mujer  
de  
Isaac,  
estaba  
embarazada,  
Dios  
le  
hizo  
saber  
que  
iba  
a  
tener  
mellizos  
que  
serían  
los  
patriarcas  
de  
dos  
naciones;  
pero  
que,  
en  
el  
tiempo  
venidero,  
el  
que  
naciera  
primero



serviría  
y  
estaría  
sometido  
al  
segundo  
(Génesis  
25:23).  
Cuando  
nacieron  
los  
mellizos,  
Esaú  
nació  
el  
primero,  
y  
sin  
embargo  
la  
elección  
de  
Dios  
recayó  
en  
Jacob;  
y  
fue  
por  
la  
línea  
de  
Jacob  
por  
la  
que  
Dios  
siguió  
llevando  
a  
cabo  
su  
plan.  
Para  
remachar  
bien  
su  
argumento,  
Pablo  
cita  
Madaquías  
1:2s, donde  
Dios  
le  
dice  
al  
profeta:  
<  
He  
amado

a  
Jacob  
y  
aborrecido  
a  
Esaú.»  
Pablo  
sostiene  
que  
ser  
judío  
es  
más  
que  
formar  
parte  
de  
la  
descendencia  
física  
de  
Abraham;  
que  
el  
pueblo  
escogido  
no  
es  
meramente  
la  
suma  
de  
los  
descendientes  
de  
Abraham,  
sino  
que  
en  
esa  
familia  
se  
lleva  
a  
cabo  
un  
proceso  
de  
selección  
a  
lo  
largo  
de  
la  
historia.  
Hasta  
aquí,  
un  
judío  
aceptaría

el  
argumento  
de  
Pablo.  
Los  
árabes  
son  
los  
descendientes  
de  
Ismael,  
que  
fue  
hijo  
de  
Abraham;  
pero  
a  
los  
judíos  
no  
se  
les  
pasaría  
por  
la  
cabeza  
decir  
que  
los  
árabes  
pertenecían  
al  
pueblo  
escogido.  
Los  
edomitas  
eran  
los  
descendientes  
de  
Esaú  
fue  
es  
lo  
que  
quería  
decir  
Malaquías-,  
y  
Esaú  
fue  
tan  
hijo  
de  
Isaac  
como  
Jacob  
su  
mellizo;

pero  
a  
ningún  
judío  
se  
le  
ocurriría  
decir  
que  
los  
edomitas  
tenían  
parte  
en  
el  
pueblo  
escogido.  
Desde  
el  
punto  
de  
vista  
judío,  
Pablo  
ha  
demostrado  
su  
argumento:  
había  
un  
proceso  
de  
elección  
que  
se  
estaba  
llevando  
a  
cabo  
en  
la  
familia  
de  
los  
descendientes  
de  
Abraham.

Pablo  
añade  
que  
esa  
selección  
no  
se  
basa  
en  
las  
obras

ni  
en  
el  
mérito.  
La  
prueba  
está  
en  
que  
Jacob  
fue  
elegido  
y  
Esaú  
recha-  
zado  
antes  
de  
que  
naciera  
ninguno  
de  
los  
dos,  
cuando  
estaban  
en  
el  
seno  
materno.  
Este  
argumento  
sigue  
siendo  
válido  
y  
con-  
cluyente  
para  
un  
judío.  
Y  
hasta  
para  
nosotros,  
una  
gran  
verdad  
surge  
del  
corazón  
de  
este  
argumento:  
Todo  
es  
de  
Dios;  
detrás  
de

todo  
está  
Su  
obrar;  
aun  
las  
cosas  
que  
parecen  
arbitrarias  
Y  
fortuitas  
tienen  
en  
Él  
su  
origen.  
Nada  
en  
el  
mundo  
va  
a  
la  
deriva.

LA  
VOLUNTAD  
SOBERANA  
DE  
DIOS

Romanos  
9:14-18

¿Y  
qué  
se  
puede  
decir  
a  
esto?  
¿Se  
puede  
decir  
que  
hay  
injusticia  
en  
Dios?  
¡De  
ninguna  
manera!,  
porque  
Él  
le  
dijo

a  
Moisés:  
«Tendré  
misericordia  
del  
que  
Yo  
tenga  
misericordia,  
y  
tendré  
piedad  
del  
que  
Yo  
tenga  
piedad.»  
Así  
es  
que  
todo

depende,  
no  
de  
la  
voluntad  
ni  
del  
esfuerzo  
humanos,  
sino  
exclusivamente  
de  
la  
misericordia  
de  
Dios.  
Por  
eso  
la  
Escritura  
dice  
con  
respecto  
al  
Faraón:  
«Para  
esto  
solo  
te  
asigné  
un  
papel  
en  
el  
drama  
de  
la  
historia:  
para  
demostrar  
mi  
poder  
por  
medio  
de  
lo  
que  
te  
va  
a  
ocurrir,  
y  
para  
que  
Mi  
nombre  
sea  
proclamado  
por



todo  
el  
mundo.»  
Así  
es  
que  
tiene  
misericordia  
del  
que  
Él  
quiere, y  
endurece  
al  
que  
Él  
quiere.

Ahora  
Pablo  
sale  
al  
paso  
de  
las  
preguntas  
y  
objeciones  
que  
surgen  
en  
nuestra  
mente.  
Ha  
dicho  
que  
el  
proceso  
de  
selección  
y  
elección  
ha  
seguido  
su  
curso  
a  
lo  
largo  
de  
la  
historia  
de  
Israel;  
ha  
hecho  
hincapié  
en  
el

hecho  
de  
que  
la  
elección  
no  
se  
basa  
en  
ningún  
mérito  
humano,  
sino  
exclusivamente  
en  
la  
voluntad  
de  
Dios.

Nuevamente  
cita  
dos  
ejemplos  
para  
demostrar  
su  
afirmación,  
y  
los  
refuerza  
con  
citas  
bíblicas.  
El  
primer  
ejemplo  
está  
tomado  
de  
Éxodo  
33:19.  
Moisés  
está  
pidiendo  
una  
prueba  
definitiva  
de  
que  
Dios  
está  
realmente  
con  
el  
pueblo  
de  
Israel.  
La

respuesta  
de  
Dios  
es  
que  
Él  
tendrá  
misericordia  
de  
los  
que  
tenga  
misericordia;  
es  
decir,  
le  
dice  
a  
Moisés  
que  
confíe  
y  
deje  
la  
cosa  
en  
Sus  
manos,  
porque  
Él  
sabe  
lo  
que  
hace.  
Su  
actitud  
de  
misericordia  
hacia  
la  
nación  
depende  
exclusivamente  
de  
Él  
mismo.  
Y  
el  
otro  
ejemplo  
está  
tomado  
de  
la  
batalla  
para  
la  
liberación  
de  
la

esclavitud  
de  
Egipto  
y  
el  
poder  
del  
Faraón.  
La  
primera  
vez  
que  
Moisés  
fue  
a  
pedir  
la  
libertad,  
advirtió  
a  
Faraón  
que  
Dios  
le  
había  
colocado  
en  
el  
escenario  
de  
la  
historia  
para  
demostrar  
Su  
divino  
poder  
y  
servir  
de  
ejemplo  
a  
la  
hu-  
manidad  
de  
lo  
que  
sucede  
a  
los  
que  
se  
oponen  
a  
Dios  
(Éxodo  
9:16).  
Pero  
esto

no  
quiere  
decir  
que  
Faraón  
no  
fuera  
más  
que  
una  
marioneta.  
Dios  
le  
advirtió,  
pero  
Faraón  
escogió  
no  
hacer  
caso.

Cuando  
llegamos  
al  
fondo  
de  
la  
cuestión,  
vemos  
que  
conserva  
una  
gran  
verdad.  
Es  
imposible  
pensar  
en  
la  
relación  
entre  
Dios  
y  
el  
hombre  
en  
términos  
de  
justicia  
-entendida  
ésta  
en  
los  
términos  
de  
nuestra  
experiencia  
humana  
limitadísima.

El  
hombre  
no  
puede  
nunca  
tener  
ningún  
derecho  
ante  
Dios.  
La  
creatura  
no  
puede  
pretender  
nada  
ante  
el  
Creador.  
Sea  
cual  
fuere  
la  
justicia  
que  
se  
aplica,  
la  
respuesta  
es  
que  
el  
hombre  
no  
merece  
nada  
ni  
puede  
pretender  
nada.  
En  
el  
trato  
de  
Dios  
con  
los  
humanos  
lo  
esencial  
son  
Su  
voluntad  
y  
Su  
misericordia.

EL  
ALFARERO

Y  
LA  
ARCILLA

Romanos  
9:19-29

Pero  
entonces  
tú  
podrías  
preguntar:  
«Si  
esto  
es  
así,  
¿cómo  
puede  
Dios  
seguir  
echándole  
las  
culpas  
a  
los  
hombres  
cuando  
no  
hacen  
lo  
que  
Él  
quiere?  
¿Es  
que  
hay  
alguien  
que  
se  
pueda  
oponer  
a  
Su  
voluntad?»  
Amigo,  
¿quién  
eres  
tú  
para  
ponerte  
a  
discutir  
con  
Dios?  
Sería  
tanto  
como  
que

la  
arcilla  
le  
dijera  
al  
alfarero:  
«  
¿Por  
qué  
me  
has  
dado  
esta  
forma?»  
El  
alfarero  
tiene  
autoridad  
total  
para  
hacer  
del  
mismo  
pegote  
de  
arcilla  
una  
vasija  
para  
un  
uso  
honorable  
u  
otra  
para  
un  
uso  
humilde.  
De  
la  
misma  
manera,  
¿qué  
si  
Dios,  
aunque  
Su  
propósito  
fuera  
demostrar  
su  
ira  
y  
dar  
a  
conocer  
Su  
poder,  
sin  
embargo



tratará  
con  
mucho  
paciencia  
a  
los  
que  
eran  
objeto  
de  
Su  
ira,  
que  
ya  
estaban  
maduros  
y  
listos  
para  
la  
destrucción?  
Sí;  
¿Y  
qué  
si  
lo  
hizo  
porque  
quería  
dar  
a  
conocer  
las  
riquezas  
de  
su  
gloria  
a  
los  
que  
son  
objeto  
de  
su  
misericordia, que  
Él  
había  
preparado  
de  
antemano  
para  
la  
gloria?  
Me  
refiero  
a  
nosotros, a  
los  
que  
Él

ha

llamado;  
no  
sólo  
de  
entre  
los  
judíos, sino  
también  
de  
entre  
los  
gentiles.  
Como  
Él  
dice  
en  
Oseas:

<  
A  
los  
que  
no  
eran  
pueblo  
los  
llamaré  
<  
Pueblo  
mío»,  
y  
a  
la  
que  
nadie  
quería  
la  
llamaré  
«Amada  
mía».

Y  
en  
el  
mismo  
lugar  
en  
que  
se  
les  
dijo:  
«¡Vosotros  
no  
sois  
mi

pueblo!», se  
les  
dará  
el  
título  
de  
«hijos  
del  
Dios  
vivo».

Y  
la  
proclamación  
profética  
de  
Isaías  
acerca  
de  
Israel  
es:  
«Los  
hijos  
de  
Israel  
puede  
que  
sean  
tan  
numerosos  
como  
la  
arena  
del  
mar,  
pero  
no  
se  
salvará  
nada  
más  
que  
el  
resto.  
Final  
Y  
sumariamente:  
el  
Señor  
hará  
en  
la  
Tierra  
lo  
que  
dijo  
que  
haría.  
»

Como  
dijo  
Isaías  
en  
un  
pasaje  
anterior:  
«  
Si  
el  
Señor  
de  
los  
Ejércitos  
no  
nos  
hubiera  
dejado  
hijos,  
habríamos  
llegado  
a  
ser  
como  
Sodoma, y  
semejantes  
a  
Gomorra.  
»

En  
el  
pasaje  
anterior  
Pablo  
ha  
mostrado  
que,  
a  
lo  
largo  
de  
toda  
la  
historia  
de  
Israel,  
se  
ha  
venido  
produciendo  
el  
proceso  
de  
elección  
y  
selección  
de  
Dios.

Cuando  
el  
alfarero  
hace  
una  
vasija,  
ésta  
no  
puede  
hacerle  
sugerencias  
ni  
discutirle  
su  
destino;  
el  
alfarero  
tiene  
poder  
absoluto  
sobre  
la  
arcilla  
para  
hacer  
de  
ella  
algo  
destinado  
a  
un  
uso  
honorable  
o  
vulgar,  
y  
la  
arcilla  
no  
tiene  
derecho  
a  
protestar.  
Pablo  
en  
realidad  
tomó  
este  
ejemplo  
de  
Jeremías  
18:1-6,  
que  
es  
un  
ejemplo  
de  
la  
paciencia  
de

Dios,  
Que  
no  
descarta  
la  
masa  
rebelde,  
sino  
le  
da  
una  
nueva  
forma.  
Este  
pasaje  
ha  
inspirado  
un  
coro  
que  
se  
canta  
en  
muchas  
iglesias:

Yo  
quiero  
ser,  
yo  
quiero  
ser,  
Señor  
amante,  
como  
el  
barro  
en  
manos  
del  
alfarero:  
toma  
mi  
vida,  
hazla  
de  
nuevo;  
yo  
quiero  
ser,  
yo  
quiero  
ser  
un  
vaso  
nuevo.

Conviene  
decir  
aquí  
un  
par  
de  
cosas.

Pero  
debemos  
recordar  
una:  
fue  
con  
angustia  
de  
corazón  
como  
Pablo  
escribió  
este  
pasaje.  
Se  
enfrentaba  
con  
el  
hecho  
desconcertante  
de  
que  
el  
mismo  
pueblo  
de  
Dios,  
sus  
propios  
parientes,  
habían  
rechazado  
y  
crucificado  
al  
propio  
Hijo  
de  
Dios.

De  
todas  
maneras,  
Pablo  
no  
termina  
así  
su  
argumento.

Continúa  
diciendo  
que  
el  
que  
los  
judíos  
hayan  
rechazado  
al  
Mesías  
ha  
sido  
con  
el  
fin  
de  
que  
se  
les  
abriera  
la  
puerta  
a  
los  
gentiles.

Pablo  
estaba  
discutiendo  
con  
los  
judíos,  
y  
sabía  
que  
la  
única  
manera  
de  
reforzar  
su  
argumento  
era  
con  
citas  
de  
sus  
Sagradas  
Escrituras;  
así  
es  
que  
pasa  
a  
citar  
textos  
que  
prueben



que  
el  
que  
Cristo  
fuera  
rechazado  
por  
los  
judíos  
y  
aceptado  
por  
los  
gentiles  
había  
sido  
de  
hecho  
anunciado  
por  
los  
profetas.  
Oseas  
había  
dicho  
que  
Dios  
haría  
que  
fuera  
pueblo  
Suyo  
uno  
que  
no  
lo  
era  
(Oseas  
2:23),  
y  
que  
serían  
llamados  
hijos  
de  
Dios  
(Oseas  
1:10);  
e  
Isaías  
había  
previsto  
una  
situación  
en  
la  
que  
Israel  
sería  
obliterado

si  
no  
fuera  
por  
un  
remanente  
(Isaías  
10:  
22s;  
37:32).  
Su  
argumento  
es  
que  
Israel  
podría  
haber  
previsto  
su  
ruina  
si  
hubiera  
tenido  
entendimiento.

LA  
EQUIVOCACIÓN  
DE  
LOS  
JUDÍOS

Romanos  
9:30-33

¿Qué  
podemos  
decir  
a  
esto?  
Que  
los  
gentiles,  
que  
no  
estaban  
buscando  
estar  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
la  
han  
recibido,  
una

relación  
que  
es  
el  
resultado  
de  
la  
fe;  
mientras  
que  
Israel,  
que  
estaba  
buscando  
una  
ley  
que  
produjera  
la  
debida  
relación  
con  
Dios,  
nunca  
consiguió  
encontrarla.  
¿Y  
por  
qué?  
Porque  
estaban  
intentando  
entrar  
en  
una  
buena  
relación  
con  
Dios, no  
confiando  
en  
Dios,  
sino  
dependiendo  
de  
sus  
propios  
logros  
humanos.  
Tropezaron  
en  
la  
Piedra  
que  
hace  
tropezar  
a  
los  
hombres,  
como

está  
escrito:  
«He  
colocado  
en  
Sión  
una  
Piedra  
que  
hace  
tropezara  
la  
gente,  
una  
Roca  
que  
los  
hace  
vacilar;  
pero  
el  
que  
crea  
en  
ÉL  
no  
será  
defraudado.»

Aquí  
Pablo  
traza  
un  
contraste  
entre  
dos  
actitudes  
para  
con  
Dios.  
La  
de  
los  
judíos  
pretendía  
alcanzar  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
mediante  
el  
propio  
esfuerzo.  
Dicho  
de  
otra  
manera,

para  
que  
quede  
claro  
lo  
que  
quiere  
decir:  
fundamentalmente,  
la  
idea  
de  
los  
judíos  
era  
que  
un  
hombre,  
mediante  
la  
estricta  
obediencia  
a  
la  
Ley,  
podía  
llegar  
a  
tener  
una  
cuenta  
positiva  
con  
Dios,  
con  
el  
resultado  
de  
que  
Dios  
estaría  
en  
deuda  
con  
él  
y  
le  
debería  
la  
Salvación.  
Pero  
estaba  
claro  
que  
siempre  
era  
una  
batalla  
perdida,  
porque

la  
imperfección  
humana  
no  
podía  
nunca  
satisfacer  
la  
perfección  
de  
Dios;  
nada  
que  
el  
hombre  
pudiera  
hacer  
por  
Dios  
podría  
ni  
empezar  
a  
devolverle  
a  
Dios  
lo  
que  
ha  
hecho  
por  
el  
hombre.

Eso  
es  
precisamente  
lo  
que  
Pablo  
descubrió.  
Como  
él  
decía,  
los  
judíos  
se  
pasaban  
la  
vida  
tratando  
de  
satisfacer  
una  
Ley  
cuya  
obediencia  
les  
dejara

en  
paz  
con  
Dios;  
y  
nunca  
lo  
conseguían,  
porque  
tal  
cosa  
era  
imposible.  
Los  
gentiles  
no  
estaban  
empeñados  
en  
tal  
empresa;  
pero,  
cuando  
se  
encontraron  
de  
pronto  
cara  
a  
cara  
con  
el  
amor  
increíble  
de  
Dios  
manifestado  
y  
ofrecido  
en  
Jesucristo,  
sencillamente  
se  
arrojaron  
en  
los  
brazos  
de  
tal  
amor  
con  
entera  
confianza.  
Fue  
algo  
así  
como  
si  
los  
gentiles

vieran  
la  
Cruz  
Y  
dijeran:  
<  
Si  
Dios  
me  
ama  
de  
tal  
manera,  
puedo  
confiarle  
mi  
vida  
Y  
mi  
alma.»

El  
judío  
trataba  
de  
hacer  
que  
Dios  
quedara  
en  
deuda  
con  
él;  
el  
gentil  
estaba  
contento  
de  
estar  
en  
deuda  
con  
Dios.  
El  
judío  
creía  
que  
podía  
ganarse  
la  
Salvación  
haciendo  
cosas  
para  
Dios;  
el  
gentil  
se  
sumía



en  
la  
admiración  
de  
lo  
que  
Dios  
había  
hecho  
por  
él.  
El  
judío  
trataba  
de  
llegar  
a  
Dios  
por  
sus  
obras;  
el  
gentil  
llegaba  
a  
Dios  
por  
el  
camino  
de  
la  
confianza.

No  
ya  
he  
de  
gloriarme  
jamás,  
¡oh  
Dios  
mío!,  
de  
aquellos  
deberes  
que  
un  
día  
cumplí.  
Mi  
gloria  
era  
vana;  
confío  
tan  
sólo  
en  
Cristo  
y

su  
sangre  
vertida  
por  
mí.

JOSÉ  
M.  
DE  
MORA.

Pablo  
habría  
dicho  
<  
Amén>  
a  
esto.

La  
piedra  
es  
una  
de  
las  
referencias  
características  
de  
los  
primeros  
escritores  
cristianos.  
En  
el  
Antiguo  
Testamento  
se  
menciona  
varias  
veces  
una  
piedra  
misteriosa  
En  
Isaías  
8:14  
se  
dice  
que  
Dios  
será  
como  
una  
piedra  
de  
ofensa  
y

una  
roca  
de  
tropiezo  
a  
las  
casas  
de  
Israel.  
En  
Isaías  
28:16,  
Dios  
dice  
que  
va  
a  
poner  
en  
Sión  
una  
piedra,  
una  
preciosa  
piedra  
angular,  
como  
fundamento  
estable.  
En  
Daniel  
2:  
34s,  
44s,  
se  
hace  
referencia  
a  
una  
piedra  
misteriosa.  
En  
el  
Salmo  
118:22,  
el  
salmista  
escribe:  
«La  
piedra  
que  
desecharon  
los  
edificadores  
ha  
llegado  
a  
ser  
la  
cabeza

del  
ángulo.»

Cuando  
los  
cristianos  
empezaron  
a  
buscar  
en  
el  
Antiguo  
Testamento  
anuncios  
de  
la  
venida  
de  
Cristo  
se  
encontraron  
con  
estas  
referencias  
a  
la  
piedra  
maravillosa,  
y  
se  
dieron  
cuenta  
de  
que  
se  
referían  
a  
Cristo.  
En  
los  
Evangelios  
se  
dice  
que  
fue  
Jesús  
mismo  
el  
primero  
que  
hizo  
la  
identificación  
y  
se  
aplicó  
a  
Sí  
mismo

el  
Salmo  
118:22  
(Mateo  
21:42).  
Los  
cristianos  
reconocieron  
figuras  
de  
Cristo  
en  
la  
piedra  
que  
era  
fundamento  
estable,  
la  
piedra  
angular  
que  
daba  
unidad  
a  
todo  
el  
edificio,  
la  
piedra  
que  
había  
sido  
desechada  
y  
luego  
reconocida  
como  
la  
más  
importante  
de  
todas.

La  
cita  
que  
hace  
aquí  
Pablo  
combina  
Isaías  
8:14  
Y  
28:16.  
Los  
cristianos  
entendieron  
que  
su  
significado  
era  
que  
Dios  
se  
había  
propuesto  
que  
Su  
Hijo  
fuera  
el  
fun-damento  
de  
la  
vida  
de  
todos  
los  
hombres;  
pero  
cuando  
Él  
vino,  
los  
judíos  
Le  
rechazaron;  
y  
el  
rechazar  
al  
Don  
de  
Dios  
que  
era  
para  
su  
Salvación  
se  
convirtió  
en

la  
causa  
de  
que  
quedaran  
excluidos.  
Esta  
figura  
de  
la  
piedra  
aparece  
varias  
veces  
en  
el  
Nuevo  
Testamento  
(Hechos  
4:11;  
Efesios  
2:20, y  
1  
Pedro  
2:4-6).

La  
verdad  
eterna  
que  
contiene  
este  
pensamiento  
es  
que  
Jesús  
fue  
enviado  
al  
mundo  
para  
ser  
el  
Salvador  
de  
todos  
los  
hombres,  
pero  
es  
también  
la  
Piedra  
de  
toque  
por  
la  
que  
son

juzgados.  
Si  
el  
corazón  
de  
una  
persona  
responde  
al  
amor  
de  
Jesús  
y  
Le  
recibe  
como  
Salvador,  
para  
ella  
lo  
es;  
pero  
si  
el  
corazón  
de  
una  
persona  
queda  
totalmente  
insensible  
o  
Le  
rechaza,  
para  
ella  
es  
la  
condenación.  
Jesús  
vino  
al  
mundo  
para  
nuestra  
Salvación;  
pero  
por  
nuestra  
actitud  
hacia  
Él  
podemos  
recibirla  
o  
perderla.

UN  
CELO



MAL  
ORIENTADO

Romanos  
10:1-13

Hermanos, lo  
que  
deseo  
cordialmente  
para  
los  
judíos  
y  
Le  
pido  
a  
Dios  
para  
ellos  
es  
que  
se  
salven.  
Porque  
hay  
que  
reconocerles  
que  
tienen  
celo  
por  
las  
cosas  
de  
Dios;  
pero  
no  
está  
basado  
en  
un  
conocimiento  
verdadero;  
porque  
no  
se  
dan  
cuenta  
de  
que  
el  
hombre  
no  
puede  
llegar  
a  
la

condición  
de  
justicia  
para  
con  
Dios  
nada  
más  
que  
aceptándola  
como  
don  
de  
Dios, y  
ellos  
tratan  
de  
establecerla  
por  
sí  
mismos;  
así  
es  
que  
no  
se  
han  
some  
tido  
a  
ese  
poder  
de  
Dios  
que  
es  
el  
único  
que  
los  
puede  
hacer  
justos  
en  
relación  
con  
Él.  
Porque  
Cristo  
es  
el  
fin  
de  
todo  
el  
sistema  
de  
la  
ley, porque  
vino

precisamente  
para  
poner  
en  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
a  
todos  
los  
que  
creen  
y  
confían.  
Moisés  
dice  
que  
el  
que  
actúa  
de  
una  
manera  
conforme  
con  
la  
justicia  
que  
exige  
la  
ley, vivirá  
por  
ella.  
Pero  
de  
la  
justicia  
que  
se  
deriva  
de  
la  
fe, la  
Escritura  
dice:  
«¿Quién  
subirá  
al  
Cielo?»  
-es  
decir,  
para  
hacer  
bajar  
a  
Cristo-;  
o  
«¿Quién

podrá  
bajar  
a  
lo  
profundo  
del  
abismo?»  
-es  
decir, para  
sacar  
a  
Cristo  
de  
entre  
los  
muertos-.  
Pero, ¿qué  
es  
lo  
que  
dice?  
«  
La  
palabra  
está  
cerca  
de  
ti, en  
tu  
boca  
y  
en  
tu  
corazón.  
»  
La  
palabra  
de  
la  
que  
se  
habla  
aquí  
es  
el  
Mensaje  
de  
fe  
que  
proclamamos:  
Que, si  
confesáis  
con  
vuestra  
boca  
que  
Jesús  
es  
el  
Señor,

y  
creéis  
con  
el  
corazón  
que  
Dios  
Le  
levantó  
de  
los  
muertos, seréis  
salvos.  
Porque  
al  
creer  
con  
el  
corazón  
llegáis  
a  
la  
perfecta  
relación  
con  
Dios,  
y  
al  
confesar  
con  
la  
boca  
estáis  
en  
el  
camino  
de  
la  
Salvación.  
Porque  
la  
Escritura  
dice:  
«Nadie  
que  
crea  
en  
Él  
será  
defraudado.»  
Así  
que  
no  
hay  
diferencia  
entre  
judíos  
y  
griegos;  
porque

el  
mismo  
Señor  
es  
el  
Señor  
que  
está  
sobre  
todos, y  
es  
suficiente  
Salvador  
de  
todos  
los  
que  
Le  
invocan;  
porque  
dice  
la  
Escritura:  
«Todo  
el  
que  
invoque  
el  
Nombre  
del  
Señor  
se  
salvará.»

Pablo  
ha  
estado  
diciendo  
algunas  
cosas  
muy  
duras  
de  
los  
judíos;  
cosas  
que  
a  
ellos  
les  
resultaría  
desagradable  
oír,  
y  
más  
aún  
reconocer.  
Todo  
el

pasaje  
de  
Romanos  
9  
al  
11  
es  
una  
condenación  
de  
la  
actitud  
religiosa  
de  
los  
judíos.  
Sin  
embargo,  
desde  
el  
principio  
hasta  
el  
fin  
no  
hay  
ira,  
sino  
anhelo  
y  
ansiedad  
cordiales.  
Lo  
que  
Pablo  
desea  
por  
encima  
de  
todo  
es  
que  
los  
judíos  
se  
salven.

Si  
vamos  
a  
llevar  
a  
Cristo  
a  
otras  
personas,  
esa  
debe  
ser

nuestra  
actitud.  
Los  
grandes  
predicadores  
lo  
han  
reconocido.  
«No  
des  
palizas»  
-decía  
uno-.  
«Acuérdate  
de  
no  
chillar  
demasiado»  
-decía  
otro.  
Y  
un  
gran  
predicador  
de  
los  
tiempos  
presentes  
decía  
que  
predicar  
es  
«suplicar  
a  
las  
almas.»  
Eso  
era  
lo  
que  
decía  
también  
Pablo  
(2  
Corintios  
5-:20).  
Y  
Jesús  
lloró  
por  
Jerusalén.  
Hay  
una  
manera  
de  
predicar  
que  
pretende  
aterrar  
al



pecador  
con  
palabras  
airadas  
de  
condenación;  
pero  
Pablo  
decía  
la  
verdad  
con  
amor.

Pablo  
estaba  
totalmente  
dispuesto  
a  
admitir  
que  
los  
judíos  
tenían  
celo  
de  
Dios;  
pero  
ese  
celo  
estaba  
mal  
orientado.  
La  
religión  
judía  
estaba  
basada  
en  
una  
obediencia  
meticulosa  
a  
la  
Ley.  
Ahora  
bien:  
está  
claro  
que  
esa  
obediencia  
sólo  
se  
la  
podía

proponer  
alguien  
que  
tomara  
la  
religión  
totalmente  
en  
serio.  
No  
era  
nada  
fácil.  
En  
muchas  
ocasiones  
llevaría  
a  
graves  
incon-  
venientes  
y  
haría  
la  
vida  
sumamente  
incómoda.

Tomemos  
como  
ejemplo  
la  
ley  
del  
sábado.  
Se  
establecía  
exactamente  
la  
distancia  
máxima  
que  
se  
podía  
andar;  
se  
prohibía  
llevar  
una  
carga  
superior  
al  
peso  
de  
dos  
higos  
secos;  
se

prohibía  
cocinar  
en  
sábado;  
se  
fijaban  
los  
medios  
para  
evitar  
que  
un  
enfermo  
se  
pusiera  
peor,  
pero  
se  
prohibía  
curarle.  
Todavía  
hoy  
en  
día  
hay  
judíos  
ortodoxos  
estrictos  
que  
no  
encienden  
ni  
apagan  
una  
luz  
en  
sábado.  
Algunas  
familias  
judías  
acomodadas  
emplean  
a  
criados  
gentiles  
para  
que  
hagan  
las  
cosas  
imprescindibles  
los  
sábados  
-aunque,  
según  
Éxodo  
20:10  
y  
Deuteronomio  
5:14,

la  
ley  
del  
sábado  
obligaba  
igualmente  
a  
los  
siervos  
y  
'a,  
los  
forasteros  
gentiles.

Esto  
es  
algo  
que  
nos  
cebe  
mover,  
no  
a  
la  
risa,  
sino  
a  
la  
admiración.  
La  
vida  
bajo  
la  
Ééy.no  
era  
fácil.  
Nadie  
se  
sometería

a  
menos  
que  
lo  
tomara  
realmente  
en  
serio.  
Los  
judíos  
eran  
y  
son  
celosos.  
Pablo  
no  
tenía

dificultad  
en  
reconocérselo,  
pero  
les  
advertía  
que  
aplicaban  
u  
orientaban  
mal  
su  
celo.

En  
el  
Cuarto  
libro  
de  
los  
Macabeos  
se  
relata  
un  
incidente  
sorprendente.  
Llevaron  
al  
sacerdote  
Eleazar  
ante  
Antíoco  
Epí-  
fanés,  
que  
se  
había  
propuesto  
acabar  
con  
la  
religión  
judía.  
Antíoco  
le  
mandó  
a  
Eleazar  
que  
comiera  
cerdo.  
El  
anciano  
sacerdote  
rehusó:  
«Ni  
aunque  
me  
saques

los  
ojos  
o  
me  
abrasas  
las  
entrañas.  
Nosotros,  
oh  
Antíoco,  
que  
vivimos  
bajo  
la  
Ley  
divina,  
no  
admitimos  
ninguna  
obligación  
por  
encima  
de  
la  
obediencia  
a  
la  
Ley.»  
Si  
tenía  
que  
morir,  
sus  
antepasados  
le  
recibirían  
«santo  
y  
puro.»  
Dio  
orden  
de  
que  
le  
apalearan.  
«  
Le  
rasgaron  
la  
carne  
con  
látigos  
hasta  
que  
chorreaba  
sangre  
por  
todo  
el  
cuerpo

y  
las  
heridas  
le  
descubrían  
los  
costados.  
Cayó,  
y  
un  
soldado  
le  
dio  
de  
patadas.  
Al  
final,  
los  
soldados  
se  
compadecieron  
de  
él  
y  
le  
trajeron  
carne  
que  
no  
era  
de  
cerdo  
y  
le  
dijeron  
que  
la  
comiera  
y  
dijera  
que  
había  
comido  
cerdo.  
Se  
negó.  
Por  
último,  
le  
mataron.  
«Muero  
en  
feroces  
tormentos  
por  
amor  
a  
la  
Ley»  
-dijo

en  
oración  
a  
Dios.  
«Resistió  
-añade  
el-narrador-hasta  
la  
agonía  
de  
la  
muerte  
por  
causa  
de  
la  
Ley.»

¿Y  
por  
qué  
todo  
eso?  
Para  
no  
comer  
cerdo.  
Parece  
mentira  
que  
alguien  
esté  
dispuesto  
a  
morir  
así  
por  
una  
ley  
así.  
Pero  
los  
judíos  
estaban  
dispuestos.  
No  
cabe  
duda  
que  
tenían  
celo  
por  
la  
Ley.  
No  
se  
puede  
decir  
que



no  
tomaran  
absolutamente  
en  
serio  
su  
religión.

Los  
judíos  
estaban  
convencidos  
de  
que  
adquirían  
crédito  
con  
Dios  
mediante  
la  
obediencia  
a  
la  
Ley.  
Lo  
que  
mejor  
revela  
la  
actitud  
judía  
son  
las  
tres  
clases  
en  
que  
dividían  
la  
humanidad:  
Había  
personas  
que  
eran  
buenas,  
cuyo  
balance  
era  
positivo;  
había  
otros  
que  
eran  
malos,  
cuya  
vida  
arrojaba  
un  
balance

de  
deuda,  
y  
había  
quienes  
estaban  
en  
medio,  
que  
serían  
buenos  
si  
hicieran  
una  
buena  
obra  
más.  
Todo  
era  
cuestión  
de  
ley  
y  
mérito.  
A  
esto  
contesta  
Pablo:  
«Cristo  
es  
el  
final  
de  
la  
Ley»,  
lo  
que  
quiere  
decir  
que  
es  
el  
final  
del  
legalismo.  
La  
relación  
entre  
Dios  
y  
el  
hombre  
ya  
no  
es  
la  
que  
existe  
entre  
un

acreedor  
y  
un  
deudor,  
entre  
un  
asalariado  
y  
un  
patrono  
o  
entre  
un  
juez  
y  
un  
acusado.  
Gracias  
a  
Jesucristo,  
el  
hombre  
ya  
no  
está  
en  
la  
posición  
de  
tener  
que  
satisfacer  
la  
justicia  
divina;  
sólo  
tiene  
que  
aceptar  
Su  
amor.  
Ya  
no  
tiene  
que  
merecer  
el  
favor  
de  
Dios,  
sino  
solamente  
tomar  
la  
Gracia  
y  
el  
amor  
y  
la

misericordia  
que  
Dios  
le  
ofrece  
gratuitamente.

Para  
demostrar  
su  
argumento  
Pablo  
cita  
dos  
pasajes  
del  
Antiguo  
Testamento.  
En  
primer  
lugar,  
Levítico  
18:  
S,  
donde  
se  
dice  
que  
el  
que  
obedezca  
meticulosamente  
los  
mandamientos  
de  
Dios  
encontrará  
la  
vida.  
Es  
verdad,  
pero  
nadie  
ha  
podido.  
Luego  
cita  
Deuteronomio  
30:12s.  
Dice  
Moisés  
que  
la  
Ley  
de  
Dios  
no  
es  
inasequible

o  
imposible:  
está  
en  
la  
boca,  
en  
la  
mente  
y  
en  
el  
corazón  
del  
hombre.  
Pablo  
toma  
ese  
pasaje  
en  
sentido  
alegórico.  
No  
fue  
nuestro  
esfuerzo  
el  
que  
trajo  
al  
mundo  
a  
Cristo  
o  
Le  
resucitó.  
No  
es  
nuestro  
esfuerzo  
lo  
que  
nos  
reconcilia  
con  
Dios.  
Dios  
lo  
ha  
hecho  
por  
nosotros,  
y  
no  
tenemos  
más  
que  
aceptarlo  
y  
recibirlo.

Los  
versículos  
9  
y  
10  
son  
de  
suprema  
importancia.  
Contienen  
la  
base  
del  
primer  
credo  
cristiano.

(i)  
Hay  
que  
confesar  
que  
Jesucristo  
es  
el  
Señor.  
La  
palabra  
para  
Señor  
es  
Kyrios.  
Es  
la  
palabra  
clave  
del  
cristianismo  
primitivo.  
Su  
significado  
pasa  
por  
cuatro  
etapas:  
(a)  
Es  
el  
título  
normal  
de  
respeto,  
como  
en  
español  
señor,  
en

inglés  
sir,  
en  
francés  
monsieur  
y  
en  
alemán  
Herr.  
(b)  
Era  
el  
título  
que  
se  
aplicaba  
al  
Emperador  
romano.

(c)  
Era  
el  
título  
de  
los  
dioses  
griegos  
y  
romanos,  
que  
se  
colocaba  
antes  
del  
nombre;  
por  
ejemplo:  
Kyrios  
Serapis.

(d)  
En  
la  
traducción  
al  
griego  
del  
Antiguo  
Testamento,  
Kyrios  
es  
la  
traducción  
normal  
del  
nombre  
divino  
Yahweh  
o  
Jehová.  
Los

primeros  
cristianos  
iban  
a  
la  
muerte  
con  
tal  
de  
no  
confesar  
que  
el  
César  
era  
Kyrios,  
porque  
sólo  
aplicaban  
ese  
título  
a  
Jesucristo.  
Cuando  
llamaban  
a  
Jesús  
Kyrios,  
no  
sólo  
le  
confesaban  
como  
el  
Señor  
supremo  
de  
su  
vida,  
y  
Le  
estaban  
equiparando  
al  
Emperador  
o  
a  
los  
dioses  
griegos,  
sino  
con  
el  
Dios  
único  
y  
verdadero,  
al  
Que  
se



debía  
absoluta  
obediencia  
y  
culto  
reverente.  
Llamar  
Kyrios  
a  
Jesús  
era  
reconocer  
y  
confesar  
su  
divinidad.  
Lo  
primero  
para  
ser  
cristiano  
es  
el  
sentimiento  
de  
qué  
Jesucristo  
es  
supremamente  
único.  
(ii)  
Hay  
que  
creer  
que  
Jesucristo  
ha  
resucitado.  
La  
Resurrección  
de  
Jesucristo  
era  
una  
parte  
esencial  
del  
credo  
cristiano.  
El  
cristiano  
cree,  
no  
solamente  
que  
Cristo  
vivió,  
sino  
también  
que

vive.  
No  
sólo  
debe  
saber  
de  
Cristo,  
sino  
conocerle  
perso-  
nalmente.  
No  
se  
limita  
a  
estudiar  
un  
personaje  
histórico,  
por  
muy  
grande  
que  
fuera;  
sino  
que  
vive  
con  
una  
Presencia  
real.  
No  
sólo  
debe  
saber  
de  
Cristo  
el  
Mártir:  
debe  
también  
conocer  
a  
Cristo  
el  
Vencedor.

(iii)  
Pero  
el  
cristiano  
no  
sólo  
debe  
creer  
en  
su  
corazón,  
sino  
también  
confesar  
con  
sus  
labios.  
Ser  
cristiano  
es  
creer  
Y  
confe-  
sar;  
como  
se  
dice  
en  
muchas  
declaraciones  
de  
fe  
evangélica,  
<  
Creemos  
Y  
testificamos.»  
El  
creer  
supone  
testificar  
ante  
los  
demás.  
No  
es  
suficiente  
que  
Dios  
sepa  
de  
qué  
parte  
estamos,  
sino  
que  
hace  
falta  
que

también  
lo  
sepa  
la  
gente.  
A  
un  
judío  
le  
resultaría  
difícil  
creer  
que  
el  
acceso  
a  
Dios  
no  
era  
por  
medio  
de  
la  
Ley;  
este  
camino  
de  
la  
confianza  
y  
la  
aceptación  
era  
algo  
revolucionario  
e  
increíblemente  
nuevo  
para  
él.  
Además,  
le  
resultaría  
sumamente  
difícil  
creer  
que  
el  
acceso  
a  
Dios  
estaba  
abierto  
a  
todo  
el  
mundo.  
Le  
parecía  
que

los  
gentiles  
no  
podían  
estar  
en  
la  
misma  
posición  
que  
los  
judíos.  
Así  
es  
que  
Pablo  
concluye  
su  
argumento  
citando  
dos  
pasajes  
del  
Antiguo  
Testamento  
como  
última  
demostración.  
Cita  
en  
primer  
lugar  
Isaías  
28:16:  
<  
Nadie  
que  
crea  
en  
Él  
será  
defraudado.»  
No  
se  
dice  
nada  
de  
la  
Ley;  
todo  
se  
basa  
en  
la  
fe.  
Y  
en  
segundo  
lugar  
cita

Joel  
2:32;  
«Todo  
el  
que  
invoque  
el  
Nombre  
del  
Señor  
se  
salvará.»  
No  
hay  
limitación  
aquí;  
la  
promesa  
es  
para  
todos;  
por  
tanto  
no  
hay  
diferencia  
entre  
judíos  
y  
gentiles.

En  
esencia,  
este  
pasaje  
es  
una  
apelación  
a  
los  
judíos  
para  
que  
abandonen  
el  
camino  
del  
legalismo  
y  
acepten  
el  
de  
la  
Gracia.  
Es  
una  
apelación  
para  
que

reconozcan  
que  
su  
celo  
está  
descarriado,  
y  
para  
que  
presten  
atención  
a  
los  
profetas  
que  
declararon  
hace  
mucho  
tiempo  
que  
la  
fe  
es  
el  
único  
camino  
de  
acceso  
a  
Dios,  
y  
que  
está  
abierto  
a  
todo  
el  
mundo.

EL  
FINAL  
DE  
LAS  
EXCUSAS

Romanos  
10:14-21

Pero,  
¿cómo  
van  
a  
invocar  
a  
Uno  
en  
Quien

no  
han  
creído?  
¿Y cómo  
van  
a  
creer  
en  
Uno  
del  
Que  
ni  
siquiera  
han  
oído  
hablar?  
¿Y  
cómo  
van  
a  
oír  
si  
no  
hay  
nadie  
que  
les  
proclame  
las  
Buenas  
Nuevas?  
¿Y  
cómo  
va  
a  
proclamar  
nadie  
las  
Buenas  
Nuevas  
a  
menos  
que  
Dios  
le  
envíe?  
Pero  
todo  
esto  
es  
exactamente  
lo  
que  
ha  
sucedido,  
como  
está  
escrito:  
«¿Cuán  
hermosos



son  
los  
pies  
de  
los  
que  
traen  
buenas  
noticias  
de  
cosas  
buenas!»  
Pero  
no  
todos  
han  
hecho  
caso  
de  
la  
Buena  
Nueva.  
Eso  
es  
verdad,  
porque  
Isaías  
dice:  
«Señor,  
¿quién  
ha  
creído  
lo  
que  
ha  
oído  
de  
nosotros?»  
Así  
que  
la  
fe  
viene  
por  
el  
oír,  
y  
el  
oír  
viene  
de  
la  
Palabra  
que  
viene  
de  
Cristo  
y  
que  
habla

de  
Él.  
Pero,  
suponed  
que  
yo  
todavía  
digo:  
«¿Será  
que  
todavía  
no  
han  
oído?»  
¡Claro  
que  
han  
oído!  
«La  
voz  
de  
ellos  
ha  
salido  
por  
toda  
la  
Tierra,  
y  
sus  
palabras  
han  
llegado  
hasta  
el  
fin  
del  
mundo  
habitado.  
»  
Bien;  
entonces,  
suponed  
que  
digo:  
«¿Será  
que  
Israel  
no  
lo  
ha  
entendido?»  
Primero,  
Moisés  
dice:  
«Os  
haré  
tener  
celos  
de

una  
nación  
que  
no  
es  
nación.  
Haré  
que  
os  
dé  
rabia  
de  
una  
nación  
que  
no  
tiene  
entendimiento.»  
Y  
más  
adelante  
se  
atreve  
a  
decir  
Isaías:  
«Me  
encontraron  
los  
que  
no  
Me  
buscaban.  
Me  
manifesté  
a  
los  
que  
no  
preguntaban  
por  
Mí.  
»  
Y,  
en  
cuanto  
a  
Israel,  
dice:  
«Me  
paso  
todo  
el  
día  
con  
los  
brazos  
abiertos, invitando  
a  
un

pueblo  
que  
es  
desobediente  
y  
opuesto.  
»

Todos  
los  
intérpretes  
están  
de  
acuerdo  
en  
que  
éste  
es  
uno  
de  
los  
pasajes  
más  
difíciles  
y  
oscuros  
en  
la  
Carta  
a  
los  
Romanos.  
Nos  
produce  
la  
impresión  
de  
que  
lo  
que  
tenemos  
aquí  
no  
es  
una  
exposición  
completa  
sino  
un  
resumen.  
Tiene  
un  
estilo  
telegráfico.  
Puede  
ser  
que  
sean  
las

notas  
de  
una  
predicación  
que  
Pablo  
tenía  
costumbre  
de  
dirigir  
a  
los  
judíos  
para  
convencerlos  
de  
su  
error.

En  
reglas  
generales  
se  
podría  
presentar  
así:  
En  
el  
pasaje  
anterior  
Pablo  
ha  
dicho  
que  
el  
acceso  
a  
Dios  
no  
depende  
de  
las  
obras  
ni  
del  
legalismo,  
sino  
de  
la  
fe  
y  
la  
confianza.  
La  
objeción  
es:  
<  
Pero,  
¿qué

pasa  
si  
los  
judíos  
nunca  
lo  
han  
oído?>  
Pablo  
se  
ocupa  
ahora  
de  
esa  
objeción  
de  
varias  
maneras,  
reforzando  
su  
argumento  
con  
citas  
de  
la  
Escritura.  
Vamos  
a  
tomar  
ahora  
las  
objeciones  
y  
los  
textos  
bíblicos  
que  
las  
contestan  
uno  
a  
uno.

(i)  
La  
primera  
objeción  
es:  
<  
Nadie  
puede  
invocar  
a  
Dios  
a  
menos  
que  
crea  
en

El.  
Ni  
tampoco  
creer  
en  
Él  
a  
menos  
que  
haya  
oído  
hablar  
de  
Él.  
Ni  
tampoco  
oír  
nada  
acerca  
de  
El  
si  
no  
hay  
quien  
le  
anuncie  
la  
Buena  
Nueva.  
Y  
nadie  
puede  
pregonar  
la  
Buena  
Nueva  
a  
menos  
que  
Dios  
le  
envíe.»  
Pablo  
resuelve  
esa  
objeción  
citando  
Isaías  
52:7.  
En  
ese  
pasaje  
el  
profeta  
expresa  
la  
bienvenida  
que  
se

les  
da  
a  
los  
que  
traen  
buenas  
noticias  
de  
cosas  
buenas;  
así  
es  
que  
la  
primera  
respuesta  
de  
Pablo  
es:  
<  
No  
puedes  
decir  
que  
no  
ha  
habido  
mensajeros;  
porque  
Isaías  
los  
describe  
en  
este  
pasaje,  
e  
Isaías  
vivió  
hace  
mucho  
tiempo.»  
(ii)  
La  
segunda  
objeción  
es:  
«Pero,  
el  
hecho  
es  
que  
Israel  
no  
hizo  
caso  
de  
la  
Buena  
Noticia,



aunque  
tu  
argumento  
fuera  
cierto.  
¿Qué  
dices  
tú  
a  
eso?>  
Y  
Pablo  
contesta:  
<  
Era  
normal  
esperar  
que  
Israel  
no  
creyera,  
porque  
hace  
mucho  
tiempo  
Isaías  
se  
sintió  
movido  
a  
decir  
desesperadamente:  
«Señor,  
¿quién  
ha  
creído  
lo  
que  
hemos  
oído?>  
(Isaías  
53:1).  
Es  
verdad  
que  
Israel  
no  
aceptó  
la  
Buena  
Noticia  
de  
Dios,  
y  
al  
rechazarla  
repetieron  
su  
historia.  
(iii)

La  
tercera  
objeción  
es  
una  
nueva  
formulación  
de  
la  
primera:  
«Pero,  
¿qué  
si  
yo  
insisto  
en  
que  
nunca  
tuvieron  
oportunidad  
de  
oír?»  
Esta  
vez  
Pablo  
cita  
el  
Salmo  
19:4:  
«  
La  
voz  
de  
ellos  
ha  
recorrido  
toda  
la  
Tierra,  
y  
sus  
palabras  
han  
llegado  
al  
fin  
del  
mundo»;  
lo  
cual  
es  
tanto  
como  
decir:  
«No  
puedes  
decir  
que  
Israel  
nunca

tuvo  
oportunidad  
de  
oír,  
porque  
la  
Escritura  
dice  
claramente  
que  
el  
mensaje  
de  
Dios  
ha  
llegado  
a  
todo  
el  
mundo.»  
(iv)  
La  
cuarta  
objeción  
es:  
«Pero,  
¿qué  
si  
Israel  
no  
se  
enteró?»  
Aparentemente  
quería  
decir:  
«¿Qué  
si  
el  
mensaje  
era  
tan  
difícil  
de  
entender  
que,  
aunque  
Israel  
lo  
oyó,  
no  
pudo  
entender  
su  
significado?»  
Aquí  
es  
donde  
el  
pasaje  
se

hace  
verdaderamente  
difícil.  
Pablo  
responde:  
<  
Israel  
puede  
que  
no  
se  
enterara;  
pero  
los  
gentiles  
sí:  
comprendieron  
perfectamente  
el  
sentido  
del  
ofrecimiento  
cuando  
les  
llegó,  
aunque  
no  
lo  
buscaban

ni  
esperaban.»  
Para  
probarlo,  
Pablo  
cita  
dos  
pasajes.  
Uno  
es  
de  
Deuteronomio  
65:1,  
en  
el  
que  
Dios  
dice  
que,  
por  
la  
desobediencia  
Y  
rebeldía  
de  
Israel,  
transferirá  
Su  
favor  
a  
otro  
pueblo,  
e  
Israel  
se  
verá  
en  
la  
situación  
de  
tener  
celos  
de  
una  
gente  
que  
no  
son  
ni  
siquiera  
nación.  
Y  
el  
segundo  
pasaje  
es  
de  
Isaías  
65:1,

donde  
Dios  
dice  
que,  
inexplicablemente,  
Le  
ha  
encontrado  
un  
pueblo  
que  
ni  
siquiera  
Le  
estaba  
buscando.

Por  
último,  
Pablo  
insiste  
en  
que,  
a  
lo  
largo  
de  
toda  
su  
historia,  
Dios  
ha  
estado  
apelando  
a  
Israel  
con  
Sus  
brazos  
extendidos,  
e  
Israel  
siempre  
ha  
sido  
desobediente  
y  
perverso.

Un  
pasaje  
así  
puede  
resultarnos  
extraño  
y  
poco  
convinciente;

y  
puede  
parecernos  
que  
Pablo  
cita  
algunos  
de  
los  
textos  
fuera  
de  
contexto  
y  
con  
un  
sentido  
que  
no  
era  
el  
original.  
Sin  
embargo  
tenemos  
que  
reconocer  
que  
esa  
era  
la  
manera  
característica  
de  
los  
rabinos,  
de  
los  
cuales  
Pablo  
había  
sido  
uno;  
y  
que  
resultaría  
totalmente  
aceptable  
y  
convinciente  
para  
sus  
objetores  
judíos.  
Lo  
que  
no  
se  
puede  
negar

es  
que  
hay  
algo  
en  
este  
pasaje  
que  
es  
de  
permanente  
valor.  
Fluye  
por  
él  
la  
convicción  
de  
que  
hay  
ciertas  
clases  
de  
ignorancia  
que  
no  
se  
pueden  
excusar.

(i)  
Existe  
una  
ignorancia  
que  
viene  
del  
desprecio  
del  
conocimiento.  
Hay  
una  
máxima  
legal  
que  
dice  
que  
la  
ignorancia  
genuina  
puede  
ser  
una  
defensa;  
pero  
el  
no  
darle  
ninguna



importancia  
al  
conocimiento,  
no.  
No  
se  
le  
puede  
echar  
en  
cara  
a  
una  
persona  
el  
que  
no  
sepa  
lo  
que  
no  
tuvo  
oportunidad  
de  
aprender;  
pero  
sí  
el  
no  
saber  
por  
haber  
desaprovechado  
las  
oportunidades  
que  
se  
le  
brindaron.  
Por  
ejemplo:  
si  
una  
persona  
firma  
un  
contrato  
sin  
haber  
leído  
las  
condiciones,  
no  
puede  
luego  
quejarse  
de  
que  
sean  
distintas

de  
las  
que  
se  
imaginó.  
Si  
dejamos  
de  
prepararnos  
adecuadamente  
para  
una  
tarea  
cuando  
se  
nos  
han  
dado  
todas  
las  
facilidades,  
no  
tenemos  
disculpa.  
Uno  
es  
responsable  
por  
no  
saber  
lo  
que  
podía  
y  
debía  
haber  
sabido.

(ii)  
Hay  
una  
ignorancia  
que  
viene  
de  
una  
falta  
de  
visión  
voluntaria.  
Los  
seres  
humanos  
tenemos  
una  
capacidad  
ilimitada  
y  
fatal

para  
cerrarnos  
a  
lo  
que  
no  
queremos  
saber.  
«No  
hay  
peor  
sordo  
que  
el  
que  
no  
quiere  
oír.»  
Puede  
que  
sepamos  
que  
cierto  
hábito,  
o  
indulgencia,  
o  
negligencia,  
o  
amistad,  
o  
relación,  
va  
a  
traernos  
consecuencias  
desastrosas;  
pero  
muchas  
veces  
nos  
negamos  
a  
reconocerlo  
y  
obrar  
en  
consecuencia.  
El  
hacernos  
los  
sordos  
puede  
que  
sea  
una  
virtud  
en  
algunos  
casos;

pero  
en  
otros  
es  
la  
mayor  
estupidez.  
(iii)  
Hay  
una  
ignorancia  
que  
es  
en  
esencia  
pura  
falsedad.  
Lo  
que  
ignoramos  
o  
dudamos  
es  
menos  
de  
lo  
que  
a  
veces  
pretendemos.  
Son  
pocas  
las  
veces  
que  
tenemos  
derecho  
a  
decir:  
«  
No  
sabía  
que  
esto  
iba  
a  
acabar  
así.»  
Dios  
nos  
ha  
dado  
la  
conciencia  
y  
la  
dirección  
del  
Espíritu  
Santo;

y  
muchas  
veces  
alegamos  
ignorancia  
cuando,  
si  
fuéramos  
honrados,  
tendríamos  
que  
reconocer  
que,  
en  
nuestro  
fuero  
interno,  
sabíamos  
la  
verdad.  
Hay  
algo  
más  
que  
queda  
por  
decir  
sobre  
este  
pasaje.  
En  
el  
argumento,  
hasta  
donde  
hemos  
llegado,  
se  
presenta  
una  
paradoja.  
En  
toda  
esta  
sección  
Pablo  
ha  
estado  
insistiendo  
en  
la  
responsabilidad  
personal  
de  
los  
judíos.  
Tenían  
que  
haber  
sabido

lo  
que  
hacían;  
no  
les  
faltaron  
oportunidades;  
pero  
rechazaron  
la  
llamada  
de  
Dios.  
Ahora  
empezaba  
el  
argumento  
diciendo  
que  
todo  
es  
cosa  
de  
Dios,  
y  
que  
los  
hombres  
no  
somos  
más  
que  
como  
la  
arcilla  
en  
manos  
del  
alfarero.  
Ha  
puesto  
las  
cosas  
de  
dos  
maneras:  
todo  
es  
cosa  
de  
Dios,  
y  
todo  
es  
responsabilidad  
humana.  
Pablo  
no  
intenta  
resolver

el  
dilema;  
y  
el  
hecho  
es  
que  
no  
tiene  
solución:  
es  
el  
dilema  
de  
la  
experiencia  
humana.  
Sabemos  
que  
Dios  
está  
en  
todo;  
Y,  
sin  
embargo,  
al  
mismo  
tiempo,  
sabemos  
que  
tenemos  
libertad  
para  
aceptar  
o  
rechazar  
lo  
que  
Dios  
nos  
ofrece.  
Es  
la  
paradoja  
de  
la  
situación  
humana  
que  
Dios  
está  
en  
control  
de  
todo  
y  
que  
la  
voluntad

humana  
es  
libre.

## CON CALLOS EN EL CORAZÓN

Romanos 11:1-12

Entonces  
se  
podría  
preguntar:  
<  
¿Es  
que  
Dios  
ha  
repudiado  
a  
Su  
pueblo?>  
¡De  
ninguna  
manera!  
Yo  
también  
soy  
israelita,  
descendiente  
de  
Abraham,  
de  
la  
tribu  
de  
Benjamín.  
Dios  
no  
ha  
repudiado  
al  
pueblo  
al  
que  
señaló  
para  
Su  
plan  
desde  
tiempo  
antiguo.  
¿No  
sabéis  
lo  
que  
dice  
la



Escritura  
en  
el  
pasaje  
acerca  
de  
Elías?  
Acordaos  
de  
lo  
que  
le  
dijo  
a  
Dios  
quejándose  
de  
Israel:  
«Señor,  
han  
matado  
a  
Tus  
profetas;  
han  
derribado  
Tus  
altares, y  
ahora  
van  
a  
por  
mí, que  
soy  
el  
único  
que  
quedo.»  
¿Ycuál  
fue  
la  
respuesta  
que  
se  
le  
dio?  
«Me  
he  
reservado  
a  
siete  
mil  
hombres  
que  
no  
han  
doblado  
la  
rodilla  
a

Baal.  
»  
Así  
que,  
también  
en  
el  
tiempo  
presente,  
hay  
un  
remanente  
escogido  
por  
la  
Gracia  
de  
Dios.  
Y  
al  
decir  
que  
fueron  
escogidos  
por  
Gracia,  
está  
claro  
que  
su  
relación  
con  
Dios  
no  
dependía  
de  
las  
obras  
de  
ellos;  
porque  
si  
así  
hubiera  
sido,  
eso  
ya  
no  
sería  
Gracia.  
Entonces,  
¿qué  
pasa?  
Israel  
no  
ha  
conseguido  
lo  
que  
buscaba;

pero  
el  
remanente  
escogido,  
sí,  
mientras  
que  
el  
resto  
han  
llegado  
a  
un  
estado  
tan  
torpe  
e  
insensible  
de  
corazón  
que  
no  
pueden  
ver.  
Como  
está  
escrito:  
«Dios  
les  
ha  
dado  
un  
espíritu  
de  
letargo  
-ojos  
que  
no  
ven,  
oídos  
que  
no  
oyen-hasta  
el  
día  
de  
hoy.  
>  
Y  
David  
dice:  
«Que  
la  
mesa  
se  
les  
convierta  
en  
una  
red,

o  
en  
una  
trampa,  
o  
un  
tropezadero;  
algo,  
en  
fin,  
que  
sirva  
para  
ajustarles  
las  
cuentas,  
de  
tal  
manera  
que  
se  
les  
encorve  
la  
espalda  
para  
siempre.»  
Así  
es  
que  
yo  
digo:  
«¿Es  
que  
han  
tropezado  
para  
caer  
definitivamente?»  
¡De  
ninguna  
manera!  
Lejos  
de  
eso,  
gracias  
a  
su  
caída  
se  
les  
ha  
ofrecido  
la  
Salvación  
a  
los  
gentiles  
como  
un

regalo  
de  
Dios,  
para  
hacer  
que  
los  
judíos  
les  
tengan  
celos.  
Si  
su  
caída  
ha  
traído  
sanidad  
al  
mundo, y  
su  
fracaso  
ha  
producido  
la  
riqueza  
de  
los  
gentiles,  
¡cuánta  
mayor

.  
bendición  
vendrá  
al  
mundo  
cuando  
ellos  
entren, y  
se

complete  
todo  
el  
proceso  
de  
Salvación!

Lo  
anterior  
suscitaba  
una  
pregunta  
que  
un  
judío  
tendría  
que  
hacer:  
«¿Quiere  
decir  
esto  
que  
Dios  
ha  
repudiado  
a  
su  
pueblo?»  
Y  
esa  
era  
una  
pregunta  
que  
el  
corazón  
de  
Pablo  
no  
podía  
soportar;  
después  
de  
todo,  
él  
también  
pertenecía  
a  
ese  
pueblo.  
Así  
es  
que  
recuerda  
una  
idea  
que  
recorre

buena  
parte  
del  
Antiguo  
Testamento.  
El  
profeta  
Elías  
se  
encontraba  
en  
cierta  
ocasión  
totalmente  
desesperado  
(1  
Reyes  
19:10-18).  
Había  
llegado  
a  
la  
conclusión  
de  
que  
era  
el  
único  
israelita  
que  
perma-  
necía  
fiel  
a  
Dios.  
Pero  
Dios  
le  
dijo  
que  
todavía  
quedaban  
siete  
mil  
que  
no  
habían  
doblado  
la  
rodilla  
a  
Baal.  
Así  
se  
presentó  
en  
el  
pensamiento  
judío  
la

idea  
del  
Remanente.

Los  
profetas  
empezaron  
a  
darse  
cuenta  
de  
que  
nunca  
había  
habido  
un  
tiempo,  
ni  
lo  
habría,  
en  
el  
que  
toda  
la  
nación  
fuera  
fiel  
a  
Dios;  
sin  
embargo,  
siempre  
había  
habido  
un  
remanente  
que  
no  
había  
olvidado  
su  
lealtad  
ni  
falseado  
su  
fe.  
Un  
profeta  
tras  
otro  
empezaron  
a  
verlo  
claro.  
Amós  
(9:8-10)  
creía  
que



Dios  
estaba  
cribando  
al  
pueblo  
como  
trigo  
para  
que  
quedara  
sólo  
lo  
bueno.  
Miqueas  
(2:12;  
5:3)  
tuvo  
una  
visión  
de  
Dios  
reuniendo  
el  
remanente  
de  
Israel.  
Sofonías  
(3:12s)  
tuvo  
la  
misma  
idea.  
Jeremías  
previó  
que  
el  
remanente  
sería  
reunido  
de  
todos  
los  
países  
por  
los  
que  
se  
había  
desperdigado  
(Jeremías  
23:3).  
Ezequiel,  
el  
individualista,  
estaba  
convencido  
de  
que  
el  
hombre

no  
podía  
salvarse  
por  
una  
justicia  
nacional  
heredada;  
los  
justos  
salvarían  
sus  
almas  
por  
su  
propia  
justicia  
(Ezequiel  
14:14,  
20,  
22).  
Esta  
idea  
dominó  
de  
una  
manera  
especial  
el  
pensamiento  
de  
Isaías,  
que  
llamó  
a  
su  
hijo  
Shear-Yashub,  
que  
quiere  
decir  
un  
resto  
volverá,  
es  
decir,  
La  
Salvación  
del  
Re-  
manente.  
Una  
y  
otra  
vez  
vuelve  
a  
la  
idea  
del

resto  
fiel  
al  
que  
Dios  
salvará  
(Isaías  
7:3;  
8:2,  
18;  
9:12;  
6:9-13).

Aquí  
está  
amaneciendo  
una  
tremenda  
verdad.  
Como  
lo  
expresó  
un  
gran  
pensador,  
«Ninguna  
iglesia  
o  
nación  
se  
salvará  
en

masse.  
>  
La  
idea  
de  
un  
Pueblo  
Escogido  
hace  
agua  
por  
esta  
misma  
razón.  
La  
relación  
con  
Dios  
es  
algo  
personal  
e  
individual.  
Cada  
uno

tiene  
que  
darle  
a  
Dios  
su  
corazón  
y  
rendirle  
su  
vida.  
Dios  
no  
llama  
a  
la  
masa;  
tiene  
«Su  
entrada  
secreta  
a  
cada  
corazón»,  
como  
dijo  
alguien.  
Una  
persona  
no  
se  
salva  
por  
pertenecer  
a  
una  
nación  
o  
familia,  
o  
por  
medio  
de  
una  
justicia  
y  
salvación  
que  
ha  
heredado  
de  
sus  
antepasados;  
se  
salva  
porque  
ha  
decidido  
personalmente  
entrar

en  
relación  
con  
Dios.  
No  
se  
trata  
ya  
de  
toda  
una  
nación  
que  
es  
Pueblo  
de  
Dios  
en  
bloque,  
sino  
de  
ese  
remanente  
que  
está  
formado  
por  
hombres  
y  
mujeres  
individuales  
que  
Le  
han  
dado  
a  
Dios  
el  
corazón.

El  
argumento  
de  
Pablo  
es  
que  
la  
nación  
judía  
no  
ha  
sido  
rechazada,  
sino  
que  
los  
verdaderamente  
judíos  
no

son  
la  
nación  
en  
su  
totalidad  
sino  
el  
remanente  
fiel.

Para  
confirmar  
su  
idea  
reúne  
el  
pensamiento  
de  
varios  
pasajes  
del  
Antiguo  
Testamento  
(Deuteronomio  
29:4;  
Isaías  
6:9s;  
29:10) .  
Cita  
el  
Salmo  
69:22s:  
«Que  
su  
mesa  
se  
les  
vuelva  
una  
red.»  
La  
idea  
es  
que  
hay  
gente  
sentada  
cómodamente  
en  
un  
banquete;  
y  
su  
misma  
actitud  
de  
seguridad  
se

convierte  
en  
su  
ruina.  
Están  
tan  
confiados  
en  
su  
falsa  
tranquilidad  
que  
el  
enemigo  
se  
les  
puede  
echar  
encima  
y  
pillarlos  
desprevenidos.  
Así  
estaban  
los  
judíos:  
tan  
confiados,  
tan  
satisfechos,  
tan  
convencidos  
de  
que  
eran  
el  
Pueblo  
Escogido,  
que  
esa  
misma  
convicción  
se  
había  
convertido  
en  
su  
ruina.  
Llegaría  
el  
día  
cuando  
ya  
no  
podrían  
ver  
en  
absoluto,  
y  
andarían

palpando  
con  
la  
espalda  
encorvada  
como  
ciegos  
o  
como  
personas  
sumidas  
en  
la  
más  
densa  
oscuridad.  
El  
versículo  
7  
dice  
correctamente  
en  
la  
versión  
Reina-Valera:  
«  
...  
los  
demás  
fueron  
endurecidos.»  
El  
verbo  
griego  
es  
pórun.  
El  
nombre  
pórósis  
nos  
acercará  
al  
sentido:  
es  
un  
término  
médico  
que  
quiere  
decir  
callo.  
Se  
usaba  
en  
cirugía  
para  
designar  
la  
formación  
ósea



alrededor  
de  
una  
fractura  
que  
ayuda  
a  
la  
cicatrización.  
Cuando  
se  
forma  
un  
callo  
en  
alguna  
parte  
del  
cuerpo,  
ésta  
pierde  
sensibilidad.  
La  
mente  
de  
la  
masa  
del  
pueblo  
se  
ha  
vuelto  
insensible:  
ya  
no  
puede  
oír  
ni  
sentir  
la  
llamada  
de  
Dios.

Esto  
le  
puede  
suceder  
a  
cualquier  
persona:  
si  
persiste  
en  
no  
hacer  
caso  
a  
la

llamada  
de  
Dios,  
acabará  
por  
hacerse  
insensible.

Si  
sigue  
pecando,  
al  
final  
llegará  
a  
dejar  
de  
percibir  
el  
horror  
del  
pecado  
y  
el  
atractivo  
de  
la  
bondad.  
Si  
uno  
vive  
mucho  
tiempo  
en  
condiciones  
miserables,  
se  
llega  
a  
acostumbrar.  
Lo  
mismo  
que  
en  
los  
pies  
o  
en  
las  
manos,  
nos  
pueden  
salir  
callos  
en  
el  
corazón.  
Eso  
es

lo  
que  
le  
había  
pasado  
a  
la  
masa  
del  
pueblo  
de  
Israel.  
¡Que  
Dios  
nos  
libre  
de  
tal  
condición!

Pero  
Pablo  
tiene  
más  
que  
decir.  
Esa  
situación  
es  
trágica,  
pero  
Dios  
ha  
sacado  
de  
ella  
un  
bien:  
la  
insensibilidad  
de  
Israel  
le  
ha  
abierto  
la  
puerta  
de  
la  
Salvación  
a  
los  
gentiles.  
Como  
Israel  
no  
quiso  
el  
mensaje

del  
Evangelio,  
pasó  
a  
comunicársele  
a  
un  
pueblo  
que  
estaba  
dispuesto  
a  
recibirlo.  
El  
rechazamiento  
de  
Israel  
ha  
enriquecido  
al  
mundo.

Y  
de  
ahí  
pasa  
Pablo  
a  
presentar  
el  
sueño  
que  
está  
detrás  
de  
todo  
esto.  
Si  
el  
rechazo  
de  
Israel  
ha  
enriquecido  
al  
mundo  
al  
abrirle  
la  
puerta  
a  
los  
gentiles,  
¿cuál  
no  
será  
la  
riqueza  
al

final  
del  
día,  
cuando  
se  
cumpla  
plenamente  
el  
plan  
de  
Dios  
e  
Israel  
también  
entre  
en  
la  
bendición  
de  
Dios!

Así  
que,  
al  
final,  
después  
de  
la  
tragedia  
viene  
la  
esperanza.  
Israel  
se  
ha  
hecho  
insensible,  
«  
el  
pueblo  
escogido»  
tiene  
el  
corazón  
hecho  
un  
puro  
callo;  
los  
gentiles  
entraron  
por  
la  
puerta  
de  
la  
fe  
y  
la

confianza  
en  
el  
amor  
de  
Dios;  
pero  
llegará  
el  
día  
en  
que  
el  
amor  
de  
Dios  
actuará  
como  
un  
disolvente  
hasta  
en  
el  
corazón  
encallecido,  
y  
se  
encontrarán  
incluidos  
los  
judíos  
y  
los  
gentiles.  
Pablo  
está  
convencido  
de  
que,  
a  
fin  
de  
cuentas,  
nada  
podrá  
resistir  
al  
amor  
de  
Dios.

EL  
ACEBUQUE  
-PRIVILEGIO  
Y  
ADVERTENCIA

Romanos  
11:13-24

Ahora  
me  
dirijo  
a  
vosotros,  
gentiles.  
Ya  
sabéis  
que,  
en  
cuanto  
apóstol  
de  
los  
gentiles,  
le  
doy  
a  
mi  
ministerio  
la  
importancia  
que  
tiene  
porque  
quiero,  
de  
alguna  
manera,  
encontrar  
la  
forma  
de  
mover  
a  
mi  
propia  
raza  
a  
que  
tenga  
envidia  
de  
los  
gentiles, para  
así  
salvar  
a  
algunos  
de  
ellos.  
Porque,  
si  
el  
hecho

de  
que  
fueran  
repudiados  
ha  
tenido  
como  
resultado  
la  
reconciliación  
del  
mundo  
con  
Dios,  
¿cuál  
será  
el  
de  
su  
plena  
incorporación?  
¡Algo  
así  
como  
si  
la  
vida  
surgiera  
de  
la  
muerte!  
Si  
la  
primera  
parte  
de  
la  
masa  
se  
consagra  
a  
Dios,  
queda  
consagrada  
toda  
la  
masa;  
si  
la  
raíz  
se  
consagra  
a  
Dios,  
las  
ramas  
quedan  
consagradas.  
Si  
algunas



de  
las  
ramas  
han  
sido  
desgajadas,  
y  
si  
tú,  
que  
eras  
acebuche,  
has  
sido  
injertado  
entre  
ellas  
y  
has  
llegado  
a  
participar  
de  
la  
riqueza  
de  
la  
raíz,  
no  
se  
te  
ocurra  
mirar  
a  
las  
ramas  
desgajadas  
por  
encima  
del  
hombro  
con  
orgullo.  
Si  
te  
asalta  
la  
tentación  
de  
pensarlo,  
acuérdate  
de  
que  
no  
eres  
tú  
el  
que  
sostienes  
a

la  
raíz,  
sino  
la  
raíz  
a  
ti.  
Tú  
dirás:  
«Las  
ramas  
fueron  
desgajadas  
para  
que  
yo  
fuera  
injertado.»  
Tienes  
razón.  
Fueron  
desgajadas  
por  
su  
falta  
de  
fe;  
y  
tú  
te  
mantienes  
por  
la  
fe.  
No  
te  
pongas  
orgullosa  
despectivamente, sino  
mantente  
en  
una  
actitud  
de  
temor  
reverente;  
porque, si  
Dios  
no  
se  
lo  
pasó  
a  
las  
ramas, que  
eran  
parte  
natural  
del  
árbol, tampoco

te  
lo  
pasará  
a  
ti.  
Así  
que, considera  
la  
amabilidad  
y  
la  
severidad  
de  
Dios.  
Sobre  
los  
que  
cayeron  
recayó  
la  
severidad, y  
sobre  
ti  
la  
amabilidad;  
pero  
sólo  
si  
te  
mantienes  
en  
esa  
amabilidad,  
porque,  
si  
no,  
tú  
también  
serás  
desgajado;  
y  
ellos,  
las  
ramas  
originales,  
si  
no  
se  
empecinan  
en  
la  
incredulidad,  
serán  
injertados;  
porque  
Dios  
puede  
injertarlos  
otra  
vez.

Porque,  
si  
tú  
fuiste  
cortado  
de  
un  
olivo  
que  
era  
en  
realidad  
un  
acebuche,  
Y,  
contra  
lo  
que  
se  
hace  
naturalmente,  
fuiste  
injertado  
en  
el  
olivo  
cultivado,  
¡cuánto  
más  
podrán  
ser  
injertadas  
las  
ramas  
originales  
en  
el  
olivo  
al  
que  
pertenecían!

Hasta  
ahora  
Pablo  
ha  
estado  
hablando  
a  
los  
judíos;  
pero  
aquí  
se  
dirige  
a  
los  
gentiles.  
Es

el  
apóstol  
de  
los  
gentiles,  
pero  
no  
se  
puede  
olvidar  
de  
su  
propio  
pueblo.  
De  
hecho,  
llega  
a  
decir  
que  
una  
de  
sus  
metas  
principales  
es  
hacer  
que  
los  
judíos  
tengan  
envidia  
cuando  
vean  
lo  
que  
el  
Evangelio  
ha  
hecho  
por  
los

gentiles.  
Una  
de  
las  
maneras  
más  
seguras  
de  
hacer  
que  
la  
gente  
desee  
el  
Evangelio  
es

hacerle  
ver  
en  
la  
vida  
real  
lo  
que  
puede  
hacer  
por  
una  
persona.

Una  
vez  
había  
un  
soldado  
que  
había  
sido  
herido  
en  
una  
batalla.  
El  
capellán  
se  
arrastró  
hasta  
el  
lugar  
e  
hizo  
todo  
lo  
que  
pudo  
por  
él.  
Se  
quedó  
haciéndole  
compañía  
cuando  
se  
retiró  
el  
resto  
de  
la  
tropa.  
En  
el  
ardor  
del  
día  
le

dio  
agua  
de  
su  
cantimplora,  
mientras  
él  
mismo  
se  
abrasaba  
de  
sed.  
Por  
la  
noche,  
cuando  
descendía  
el  
relente  
frío,  
le  
cubría  
con  
su  
propia  
ropa.  
Al  
final,  
el  
herido  
miró  
al  
capellán  
y  
le  
dijo:  
«Padre,  
¿es  
usted  
cristiano?»  
«Lo  
procuro»  
-le  
contestó  
el  
capellán.  
«  
Entonces  
-siguió  
diciendo  
el  
herido-,  
si  
el  
Cristianismo  
le  
hace  
hacer  
a  
uno

por  
los  
demás  
lo  
que  
usted  
está  
haciendo  
por  
mí,  
dígame  
lo  
que  
es  
eso,  
porque  
yo  
lo  
quiero.»  
El  
Cristianismo  
en  
acción  
le  
hizo  
sentir  
envidia  
de  
una  
fe  
que  
podía  
producir  
una  
vida  
así.

Pablo  
esperaba,  
pedía  
y  
anhelaba  
que  
algún  
día  
los  
judíos  
vieran  
lo  
que  
el  
Evangelio  
había  
hecho  
por  
los  
gentiles  
y  
llegaran



a  
desearlo.

Para  
Pablo  
el  
mundo  
sería  
un  
paraíso  
si  
los  
judíos  
entraran  
en  
la  
Salvación.  
Si  
el  
rechazamiento  
de  
los  
judíos  
había  
logrado  
tanto;  
si,  
por  
medio  
de  
él,  
el  
mundo  
gentil  
se  
había  
reconciliado  
con  
Dios,  
¡qué  
gloria  
superlativa  
sería  
cuando  
los  
judíos  
en-  
traran  
otra  
vez!  
Si  
la  
tragedia  
del  
rechazamiento  
había  
tenido  
unos  
resultados

tan  
maravillosos,  
¿cómo  
sería  
el  
final  
feliz  
cuando  
la  
tragedia  
del  
rechazamiento  
se  
cambiara  
en  
la  
gloria  
de  
la  
aceptación?  
Pablo  
dice  
simplemente  
que  
sería  
como  
una  
resurrección.

Seguidamente  
Pablo  
usa  
dos  
alegorías  
para  
mostrar  
que  
los  
judíos  
no  
pueden  
ser  
rechazados  
definitivamente.  
Todos  
los  
alimentos,  
antes  
de  
comerse,  
tenían  
que  
ofrecerse  
a  
Dios.  
Así  
la  
Ley  
establecía

(Números  
15:19s)  
que,  
si  
se  
preparaba  
la  
masa  
para  
hacer  
pan,  
la  
primera  
torta  
se  
tenía  
que  
ofrecer  
a  
Dios;  
una  
vez  
hecho  
eso,  
toda  
la  
masa  
quedaba  
consagrada.  
No  
hacía  
falta,  
digamos,  
ofrecerle  
a  
Dios  
todo  
el  
amasijo;  
el  
ofrecimiento  
de  
la  
primera  
porción  
santificaba  
el  
todo.  
Era  
costumbre  
plantar  
árboles  
sagrados  
en  
lugares  
consagrados  
a  
Dios.  
Entonces,  
cuando

se  
plantaba  
el  
pimpollo,  
se  
consagraba  
a  
Dios,  
y  
todas  
las  
ramas  
que  
diera  
después  
estaban  
consagradas.

Lo  
que  
Pablo  
deduce  
de  
este  
principio  
es  
que  
se  
da  
por  
sentado  
que  
los  
patriarcas  
fueron  
consagrados  
a  
Dios;  
tenían  
costumbre  
de  
oír  
la  
voz  
de  
Dios  
y  
de  
obedecer  
a  
Su  
palabra;  
habían  
sido  
elegidos  
y  
consagrados  
a  
Dios

de  
una  
manera  
especial.  
De  
ellos  
procedió  
toda  
la  
nación  
de  
Israel;  
y  
lo  
mismo  
que  
sucedió  
con  
la  
primera  
torta  
de  
la  
masa,  
que  
se  
consagraba  
para  
que  
toda  
aquella  
hornada  
quedara  
consagrada,  
y  
con  
los  
pimpollos,  
para  
que  
todo  
el  
árbol  
fuera  
consagrado,  
la  
consagración  
especial  
de  
los  
fundadores  
hacía  
a  
la  
nación  
de  
Israel  
consagrada  
a  
Dios

de  
una  
manera  
especial.  
La  
verdad  
que  
se  
nos  
quiere  
hacer  
comprender  
es  
que  
el  
remanente  
de  
Israel  
derivaba  
su  
fidelidad  
de  
los  
antepasados.  
Cada  
uno  
de  
nosotros  
vive  
de  
alguna  
manera  
del  
capital  
del  
pasado.  
No  
somos  
los  
primeros,  
ni  
el  
producto  
de  
nuestro  
propio  
esfuerzo.  
Somos  
lo  
que  
nos  
han  
hecho  
nuestros  
padres  
y  
antepasados  
piadosos;  
Y,  
aunque

nos  
apartemos  
y  
seamos  
infieles  
a  
nuestra  
herencia,  
no  
podemos  
desligarnos  
del  
todo  
de  
la  
bondad  
y  
fidelidad  
que  
nos  
hizo  
lo  
que  
somos.

Pablo  
pasa  
a  
hacer  
otra  
larga  
analogía.  
Más  
de  
una  
vez  
los  
profetas  
habían  
comparado  
la  
nación  
de  
Israel  
con  
el  
olivo  
de  
Dios.  
Eso  
era  
natural,  
porque  
el  
olivo  
era  
el  
árbol  
más

corriente  
y  
útil  
en  
los  
países  
del  
Mediterráneo.  
«Olivo  
verde,  
hermoso  
en



su  
fruto  
y  
en  
su  
parecer,  
llamó  
el  
Señor  
tu  
nombre»  
(Jeremías  
11:16).  
«  
Se  
extenderán  
sus  
ramas,  
y  
será  
su  
gloria  
como  
la  
del  
olivo»  
(Oseas  
14:6).  
Ahora  
Pablo  
compara  
a  
los  
gentiles  
con  
las  
ramas  
de  
un  
acebuche  
que  
han  
sido  
injertadas  
en  
el  
olivo  
cultivado  
que  
era  
Israel.  
Desde  
el  
punto  
de  
vista  
de  
la  
horticultura

eso  
no  
se  
haría  
nunca.  
Por  
eso  
Pablo  
dice  
«contra  
lo  
que  
se  
hace  
naturalmente»  
(versículo  
24).  
Lo  
natural  
sería  
injertar  
una  
rama  
de  
olivo  
cultivado  
en  
el  
silvestre  
para  
que  
diera  
buen  
fruto.  
Pero  
lo  
que  
Pablo  
nos  
quiere  
decir  
está  
muy  
claro:  
los  
gentiles  
habían  
estado  
en  
los  
montes  
entre  
otros

árboles  
silvestres,  
y  
ahora,  
por

obra  
de  
la  
Gracia  
de  
Dios,  
estaban  
injertados  
en  
el  
buen  
olivo  
del  
huerto  
de  
Dios,  
participando  
de  
su  
riqueza  
y  
fertilidad.  
De  
esta  
alegoría  
Pablo  
saca  
dos  
lecciones:

(i)  
La  
primera  
es  
una  
palabra  
de  
advertencia.  
Habría  
sido  
posible  
que  
los  
gentiles  
adoptaran  
una  
actitud  
de  
desprecio.  
¿No  
era  
verdad  
que  
los  
judíos  
habían  
sido  
rechazados  
para

que  
ellos  
entraran?  
En  
un  
tiempo  
en  
el  
que  
los  
judíos  
eran  
despreciados  
por  
todo  
el  
mundo,  
tal  
actitud  
habría  
sido  
de  
esperar.  
La  
advertencia  
de  
Pablo  
nos  
sigue  
siendo  
necesaria  
a  
nosotros.  
En  
efecto,  
dice  
que  
no  
habría  
habido  
tal  
cosa  
como  
el  
Cristianismo  
si  
no  
hubiera  
existido  
primero  
el  
pueblo  
de  
Israel.  
Sería  
una  
desgracia  
que  
la  
Iglesia

Cristiana  
olvidara  
su  
deuda  
para  
con  
la  
raíz  
de  
la  
que  
brotó.  
Tiene  
una  
deuda  
que  
no  
podrá  
pagar  
nunca  
más  
que  
llevando  
el  
Evangelio  
a  
los  
judíos.  
Así  
que  
Pablo  
advierte  
a  
los  
gentiles  
contra  
el  
peligro  
del  
desprecio.  
Severamente,  
dice  
que  
si  
las  
ramas  
naturales  
fueron  
desgajadas  
por  
su  
infidelidad,  
más  
fácilmente  
les  
puede  
pasar  
lo  
mismo  
a

las  
ramas  
injertadas.  
(ii)  
La  
segunda  
parte  
es  
una  
palabra  
de  
esperanza.  
Los  
gentiles  
han  
experimentado  
la  
bondad  
de  
Dios;  
y  
los  
judíos,  
Su  
severidad.  
Si  
los  
gentiles  
permanecen  
fieles,  
seguirán  
disfrutando  
de  
la  
bondad  
de  
Dios;  
pero,  
si  
los  
judíos  
abandonan  
su  
incredulidad  
y  
entran  
en  
la  
fe,  
serán  
injertados;  
porque,  
dice  
Pablo,  
si  
fue  
posible  
que  
el  
acebuche

fuera  
injertado  
en  
el  
olivo  
cultivado,  
mucho  
más  
será  
posible  
que  
las  
propias  
ramas  
del  
olivo  
cultivado  
sean  
injertadas  
de  
nuevo  
en  
su  
árbol  
original.  
De  
nuevo  
vemos  
que  
Pablo  
sigue  
esperando  
el  
final  
feliz,  
cuando  
los  
judíos  
se  
conviertan  
a  
Cristo.  
Mucho  
de  
este  
pasaje  
es  
difícil  
de  
entender,  
aunque  
las  
analogías  
mediterráneas  
no  
podemos  
decir  
que  
nos  
suenen

remotas;  
pero  
una  
cosa  
queda  
más  
clara  
que  
el  
agua:  
la  
relación  
que  
existe  
entre  
el  
judaísmo  
y  
el  
Cristianismo,  
entre  
lo  
antiguo  
y  
lo  
nuevo,  
el  
Antiguo  
Testamento  
y  
el  
Nuevo.  
Aquí  
está  
la  
respuesta  
a  
los  
que  
quieren  
prescindir  
del  
Antiguo  
Testamento  
como  
si  
fuera  
un  
libro  
exclusivamente  
judío  
y  
sin  
nada  
que  
ver  
con  
el  
Cristianismo.  
Eso



es  
tan  
estúpido  
como  
desembarazarnos  
de  
una  
patada  
de  
la  
escalera  
por  
la  
que  
hemos  
subido  
adonde  
nos  
encontramos.  
Sería  
estúpido  
de  
la  
rama  
el  
desgajarse  
del  
tronco  
que  
la  
sostiene.  
Israel  
es  
la  
raíz  
de  
la  
que  
crece  
la  
Iglesia  
Cristiana.  
La  
consumación  
vendrá  
solamente  
cuando  
el  
olivo  
silvestre  
y  
el  
cultivado  
sean  
uno  
solo  
y  
el  
mismo,  
y

cuando  
no  
queden  
ramas  
sin  
injertar  
en  
el  
árbol  
padre.

PARA  
QUE  
TODO  
SEA  
POR  
GRACIA

Romanos 11:25-32

Hermanos,  
quiero  
que  
captéis  
este  
secreto  
que  
sólo  
pueden  
comprender  
los  
que  
conocen  
a  
Dios;  
porque  
no  
quiero  
que  
presumáis  
de  
vuestra  
sabiduría.  
Quiero  
que  
entendáis  
que  
el  
endurecimiento  
que  
le  
ha  
sobrevenido  
a  
Israel  
es  
solamente  
parcial,

Y  
durará  
sólo  
hasta  
que  
el  
número  
completo  
de  
los  
gentiles  
haya  
entrado.  
Y  
entonces,  
por  
fin,  
todo  
Israel  
se  
salvará,  
como  
está  
escrito:  
«Un  
Salvador  
saldrá  
de  
Sión,  
Y  
eliminará  
toda  
clase  
de  
impiedad  
de  
Jacob.  
Este  
es  
el  
cumplimiento  
del  
pacto  
que  
Yo  
hago  
con  
ellos  
cuando  
quite  
de  
en  
medio  
sus  
pecados.»  
Por  
lo  
que  
se  
refiere

al  
Evangelio,  
son  
enemigos  
de  
Dios,  
pero  
eso  
es  
para  
vuestro  
bien.  
Pero  
en  
lo  
que  
se  
refiere  
a  
la  
elección,  
son  
amados  
de  
Dios  
por  
amor  
a  
los  
patriarcas,  
porque  
los  
dones  
gratuitos  
y  
el  
llamamiento  
de  
Dios  
no  
se  
anulan  
nunca.  
En  
un  
tiempo  
vosotros  
desobedecíais  
a  
Dios;  
pero  
ahora  
habéis  
encontrado  
Su  
misericordia  
gracias  
a  
la  
desobediencia

de  
ellos;  
y  
de  
la  
misma  
manera,  
los  
judíos  
ahora  
han  
desobedecido,  
para  
estar  
en  
condiciones  
para  
entrar  
en  
la  
misma  
misericordia  
que  
vosotros  
habéis  
encontrado  
ahora.  
Porque  
Dios  
ha  
confinado  
a  
todos  
los  
seres  
humanos  
en  
una  
situación  
de  
desobediencia,  
¡para  
tener  
misericordia  
de  
todos!

Pablo  
está  
llegando  
al  
final  
de  
su  
argumento.  
Se  
ha  
enfrentado  
con

una  
situación  
desconcertante  
Y,  
para  
un  
judío,  
descorazonadora.  
Tenía  
que  
encontrar  
una  
explicación  
al  
hecho  
de  
que  
el  
pueblo  
escogido  
de  
Dios  
rechazara  
al  
Hijo  
de  
Dios  
cuando  
vino  
al  
mundo.  
Pablo  
no  
cerró  
los  
ojos  
al  
trágico  
suceso,  
sino  
encontró  
la  
forma  
en  
que  
toda  
la  
trágica  
situación  
podía  
encajar  
en  
el  
plan  
de  
Dios.  
Es  
verdad  
que

los  
judíos  
rechazaron  
al  
Mesías;  
pero,  
como  
Pablo  
lo  
veía,  
ese  
rechazamiento  
sucedío  
para  
que  
Cristo  
pudiera  
ser  
ofrecido  
a  
los  
gentiles.  
Pablo  
insiste  
en  
la  
responsabilidad  
personal  
de  
los  
judíos  
por  
no  
haber  
aceptado  
el  
ofrecimiento  
de  
Dios.  
Mantiene  
al  
mismo  
tiempo  
la  
soberanía  
divina  
y  
la  
responsabilidad  
humana.  
Pero  
entonces  
suena  
una  
nota  
de  
esperanza.  
Su  
argumento  
es

un  
tanto  
complicado,  
y  
resultará  
más  
fácil  
si  
tratamos  
de  
separar  
las  
diferentes  
partes.

(i)  
Pablo  
estaba  
seguro  
de  
que  
este  
endurecimiento  
de  
los  
corazones  
de  
los  
judíos  
no  
era  
total  
ni  
permanente.  
Había  
de  
cumplir  
un  
propósito,  
y  
una  
vez  
alcanzado,  
la  
situación  
cambiaría.



(ii)  
Pablo  
expone  
la  
paradoja  
del  
lugar  
de  
los  
judíos  
en  
el  
plan  
de  
Dios.  
A  
fin  
de  
que  
los  
gentiles  
pudieran  
entrar  
y  
de  
que  
se  
pudiera  
cumplir  
el  
propósito  
universal  
del  
Evangelio,  
los  
judíos  
habían  
llegado  
a  
una  
situación  
en  
la  
que  
quedaban  
como  
enemigos  
de  
Dios.  
La  
palabra  
que  
Pablo  
usa  
es  
efhroi.  
Es  
difícil  
de

traducir  
porque  
tiene  
al  
mismo  
tiempo  
un  
sentido  
negativo  
y  
otro  
positivo.  
Puede  
querer  
decir  
tanto  
aborrecedor  
como  
aborrecido.  
Puede  
ser  
que  
en  
este  
pasaje  
tenga  
que  
entenderse  
en  
los  
dos  
sentidos  
a  
la  
vez.  
Los  
judíos  
eran  
hostiles  
a  
Dios  
y  
habían  
rechazado  
Su  
ofrecimiento,  
cayendo  
por  
ello  
en  
la  
desaprobación  
de  
Dios.  
Ese  
era  
el  
hecho  
presente;  
pero

había  
otro  
hecho  
en  
relación  
con  
los  
judíos  
que  
nada  
podía  
alterar:  
eran  
el  
pueblo  
escogido  
de  
Dios  
Y  
ocupaban  
un  
lugar  
especial  
en  
Su  
plan.  
Independientemente  
de  
lo  
que  
hicieran,  
Dios  
no  
podía  
faltar  
a  
Su  
Palabra.  
Le  
había  
hecho  
a  
los  
antepasados  
de  
aquel  
pueblo  
una  
promesa  
que  
tenía  
que  
cumplirse.  
Era  
seguro  
para  
Pablo  
por  
tanto,  
y

cita  
Isaías  
59:20s  
como  
confirmación,  
que  
el  
que  
Dios  
rechazara  
a  
los  
judíos  
no  
podía  
tener  
carácter  
permanente;  
ellos  
también,  
por  
fin,  
entrarían.  
(iii)  
Entonces  
Pablo  
tiene  
una  
idea  
que  
nos  
puede  
parecer  
extraña:  
<  
Dios  
ha  
confinado  
a  
todos  
los  
seres  
humanos  
en  
una  
situación  
de  
desobediencia,  
¡para  
tener  
misericordia  
de  
todos!»  
La  
única  
cosa  
que  
Pablo  
no  
podía

concebir  
era  
que  
nadie,  
de  
ninguna  
nación,  
pudiera  
merecer  
su  
propia  
Salvación.  
Ahora  
bien:  
si  
los  
judíos  
hubieran  
observado  
una  
completa  
obediencia  
a  
la  
voluntad  
de  
Dios,  
podrían  
haber  
considerado  
que  
se  
habían  
ganado  
la  
Salvación  
de  
Dios  
como  
un  
derecho;  
así  
es  
que  
Pablo  
dice  
que  
Dios  
involucró  
a  
los  
judíos  
en  
desobediencia  
para  
que,  
cuando  
viniera  
Su  
Salvación,

pudiera  
ser  
inconfundiblemente  
un  
acto  
de  
Su  
misericordia  
y  
no  
el  
resultado  
del  
mérito  
humano.  
Ni  
los  
judíos  
ni  
los  
gentiles  
podían  
salvarse  
nada  
más  
que  
por  
la  
misericordia  
de  
Dios.  
En  
muchos  
sentidos  
nos  
puede  
parecer  
extraño  
el  
argumento  
de  
Pablo;  
pero  
el  
argumento  
no  
es  
irrelevante,  
porque  
detrás  
de  
él  
se  
encuentra  
nada  
menos  
que  
una  
filosofía  
de

la  
Historia.  
Para  
Pablo,  
Dios  
está  
en  
control.  
Nada  
va  
a  
la  
deriva.  
Ni  
siquiera  
el  
acontecimiento  
más  
descorazonador  
puede  
estar  
fuera  
del  
propósito  
de  
Dios.  
Nada  
sucede  
a  
tontas  
y  
a  
locas.  
El  
propósito  
de  
Dios  
no  
se  
puede  
frustrar.

Se  
dice  
que  
una  
vez  
estaba  
un  
niño  
a  
la  
ventana  
en  
una  
noche  
terrible  
de  
tormenta.

<  
A  
Dios  
-dijo-tienen  
que  
habérsele  
desbocado  
los  
vientos.»  
Para  
Pablo  
eso  
no  
podía  
suceder  
jamás.  
Nada  
estaba  
nunca  
fuera  
del  
control  
de  
Dios.

Pablo  
habría  
añadido  
a  
ésta  
otra  
tremenda  
convicción.  
Habría  
insistido  
en  
que  
en  
todo  
y  
por  
medio  
de  
todo  
el  
propósito  
de  
Dios  
es  
de  
Salvación  
y  
no  
de  
destrucción.  
Puede  
que  
Pablo  
hubiera



llegado  
a  
decir  
que  
Dios  
ordenaba  
las  
cosas  
para  
salvar  
a  
los  
hombres  
aunque  
fuera  
contra  
voluntad  
de  
ellos.  
En  
última  
instancia  
no  
es  
la  
ira  
de  
Dios  
la  
que  
persigue  
a  
los  
hombres  
sino  
el  
amor  
de  
Dios.

La  
situación  
de  
Israel  
era  
exactamente  
la  
que  
Francis  
Thompson  
describe  
de  
manera  
tan  
conmovedora  
en  
The  
Hound  
of

Heaven  
-El  
Mastín  
celestial:

Huí  
de  
Él  
atravesando  
las  
noches  
Y  
los  
días,  
Le  
huí  
bajo  
los  
arcos  
de  
los  
años;  
Le  
huí  
por  
los  
caminos  
laberínticos  
de  
mi  
mente;  
Y  
en  
la  
niebla  
de  
lágrimas  
me  
escondí  
de  
Él,  
Y  
en  
risa  
galopante.

Pero  
en  
caza  
sin  
prisa,  
con  
paso  
imperturbable,  
con  
ritmo  
calculado  
e

instancia  
mayestática,  
los  
pies  
batían  
-y  
una  
voz  
latía  
más  
insistente  
que  
los  
pies-.  
-Todas  
las  
cosas  
te  
traicionan,  
porque  
me  
traicionas  
a  
Mí.

Y  
entonces  
llega  
el  
momento  
de  
la  
derrota  
del  
fugitivo:

¡Desnudo  
espero  
el  
inminente  
golpe  
de  
Tu  
amor!  
Has  
arrancado  
una  
tras  
otra  
las  
piezas  
de  
mi  
arnés,  
y  
me  
has  
hecho

caer  
de  
rodillas,  
abatido,  
totalmente  
indefenso.»

Y  
entonces  
llega  
el  
fin:

Junto  
a  
mí  
se  
detienen  
las  
pisadas;  
¿Es  
que  
es  
mi  
sombra  
sólo  
la  
de  
Tu  
mano  
en  
gesto  
de  
caricia?  
-¡Ah  
simple,  
ciego  
y  
débil,  
¡Yo  
soy  
el  
Que  
tú  
buscas!  
¡Te  
alejás  
del  
amor  
al  
huir  
de  
Mí!

Esa  
era  
exactamente

la  
situación  
de  
los  
judíos.  
Se  
encontraron  
luchando  
contra  
Dios,  
resistiéndole;  
Y  
aún  
lo  
siguen  
haciendo.  
Pero  
el  
amor  
de  
Dios  
los  
sigue  
persiguiendo.  
Aunque  
a  
veces  
Romanos  
9-11  
nos  
dé  
otra  
impresión,  
en  
el  
último  
análisis  
es  
la  
historia  
de  
una  
todavía  
inacabada  
persecución  
de  
amor.  
No  
es  
la  
única.

EL  
GRITO  
DE  
UN  
CORAZÓN  
ADORADOR

Romanos  
11:33-36

¡Qué  
insondables  
son  
las  
riquezas  
y  
la  
sabiduría  
y  
el  
conocimiento  
de  
Dios!  
¡Cómo  
trascienden  
Sus  
decisiones  
la  
capacidad  
de  
la  
inteligencia  
humana!  
¡Cuán  
misteriosos  
son  
Sus  
métodos!  
Porque,  
¿quién  
ha  
alcanzado  
jamás  
a  
conocer  
la  
mente  
del  
Señor?  
¿O  
quién  
puede  
pretender  
ser  
Su  
consejero?  
¿Quién  
Le  
ha  
dado  
a  
Dios  
nada  
que  
Le

pueda

reclamar?

i  
Todas  
las  
cosas  
proceden  
de  
Él, y  
existen  
gracias  
a  
El,  
y  
tienen  
en  
Él  
su  
meta!  
Por  
tanto,  
ja  
El  
sea  
siempre  
la  
gloria!  
Amén.

Este  
es  
el  
pasaje  
más  
característico  
del  
apóstol  
Pablo.  
Aquí  
la  
teología  
se  
hace  
poesía.  
Aquí  
se  
pasa  
de  
la  
investigación  
de  
la  
mente  
a  
la  
adoración  
del  
corazón.  
Como



conclusión,  
todo  
debe  
quedar  
como  
un  
misterio  
que  
el  
hombre  
no  
puede  
comprender  
ahora,  
pero  
cuyo  
secreto  
es  
el  
amor.  
Si  
uno  
puede  
decir  
que  
todas  
las  
cosas  
proceden  
de  
Dios,  
que  
todas  
las  
cosas  
tienen  
su  
ser  
por  
Él  
y  
que  
todas  
las  
cosas  
conducen  
a  
Él,  
¿para  
qué  
decir  
más?  
Hay  
una  
cierta  
paradoja  
en  
la  
situación  
humana.

Dios  
le  
ha  
dado  
al  
hombre  
una  
mente,  
y  
el  
hombre  
está  
obligado  
a  
usarla  
para  
pensar  
las  
cosas  
hasta  
donde  
pueda  
alcanzar  
su  
pensamiento.  
Pero  
es  
igualmente  
cierto  
que  
a  
veces  
se  
llega  
al  
límite  
y  
a  
uno  
no  
le  
queda  
más  
que  
aceptar  
y  
adorar.

Es  
pobre  
ahora  
mi  
cantar;  
mas  
cuando  
en  
gloria  
esté  
y

allí  
Te  
pueda  
contemplar,  
mejor  
Te  
alabaré.

Pablo  
se  
había  
enfrentado  
con  
un  
problema  
descorazonador  
con  
todas  
las  
fuerzas  
de  
su  
extraordinaria  
inteligencia.  
No  
dice  
que  
lo  
ha  
resuelto  
como  
uno  
podría  
resolver  
un  
problema  
de  
matemáticas;  
pero  
dice  
que,  
después  
de  
intentarlo  
lo  
mejor  
posible,  
está  
contento  
con  
dejárselo  
todo  
al  
poder  
y  
al  
amor

de  
Dios.  
Muchas  
veces  
en  
la  
vida  
no  
nos  
queda  
más  
que  
decirle  
a  
Dios:  
«Con  
mi  
mente  
no  
lo  
puedo  
comprender,  
pero  
con  
todo  
mi  
corazón  
confío  
en  
Tu  
amor.  
¡Hágase  
Tu  
voluntad!»

EL  
CULTO  
VERDADERO  
Y  
EL  
CAMBIO  
ESENCIAL

Romanos  
12:1, 2

Hermanos,  
os  
ruego  
por  
las  
misericordias  
de  
Dios  
que  
Le  
presentéis

vuestro  
cuerpo  
como  
un  
sacrificio  
vivo  
y  
santo  
que  
le  
sea  
agradable;  
porque  
esta  
es  
la  
única  
clase  
de  
culto  
que  
es  
verdaderamente  
espiritual.  
Y  
que  
no  
amoldéis  
vuestra  
vida  
alas  
caprichosas  
modas  
de  
este  
mundo;  
sino  
transformaos  
independientemente  
de  
él;  
es  
decir,  
por  
medio  
de  
la  
renovación  
de  
vuestra  
mentalidad,  
hasta  
que  
experimentéis  
una  
verdadera  
transformación  
en  
la  
misma

esencia  
de  
vuestro  
ser;  
para  
que, en  
vuestra  
propia  
vida, comprobéis  
que  
la  
voluntad  
de  
Dios  
es  
buena, y  
agradable, y  
perfecta.

Aquí  
tenemos  
a  
Pablo  
siguiendo  
su  
esquema  
habitual  
de  
escribir  
a  
sus  
amigos:  
siempre  
termina  
sus  
cartas  
con  
consejos  
prácticos.  
Su  
mente  
se  
zambulle  
en  
el  
infinito,  
pero  
nunca  
se  
pierde  
en  
él;  
siempre  
termina  
con  
los  
pies  
firmemente  
plantados

en  
la  
tierra.  
Puede  
debatirse  
con  
los  
problemas  
más  
profundos  
de  
la  
teología;  
pero  
siempre  
acaba  
con  
las  
demandas  
éticas  
que  
gobiernan  
la  
vida  
de  
todo  
el  
mundo.

«Presentadle  
a  
Dios  
vuestro  
cuerpo»  
-dice.  
No  
hay  
exigencia  
más  
característicamente  
cristiana.  
Ya  
hemos  
visto  
que  
eso  
es  
lo  
que  
nunca  
diría  
un  
griego.  
Para  
él,  
lo  
que  
importaba  
era

el  
espíritu;  
el  
cuerpo  
no  
era  
más  
que  
una  
prisión,  
algo  
despreciable  
y  
vergonzoso.  
Pero  
el  
cristiano  
sabe  
que  
su  
cuerpo  
pertenece  
a  
Dios  
tanto  
como  
su  
alma,  
y  
que  
puede  
servir  
a  
Dios  
tanto  
con  
su  
cuerpo  
como  
con  
su  
mente  
o  
su  
espíritu.

El  
cuerpo  
es  
el  
templo  
del  
Espíritu  
Santo  
y  
el  
instrumento  
con  
el



que  
hace  
Su  
obra.  
Después  
de  
todo,  
el  
gran  
hecho  
de  
la  
Encarnación  
quiere  
decir  
básicamente  
que  
Dios  
no  
desdeñó  
asumir  
un  
cuerpo  
humano,  
vivir  
en  
él  
y  
obrar  
por  
medio  
de  
él.  
Tomad  
el  
caso  
de  
una  
iglesia  
o  
catedral:  
se  
construye  
para  
dar  
culto  
a  
Dios;  
pero  
tiene  
que  
diseñarla  
la  
mente  
de  
un  
arquitecto;  
tienen  
que  
construirla

obreros  
y  
artesanos,  
y  
sólo  
entonces  
llega  
a  
ser  
un  
templo  
en  
el  
que  
la  
gente  
se  
reúne  
para  
dar  
culto  
a  
Dios.  
Es  
un  
producto  
de  
la  
mente  
y  
del  
cuerpo  
y  
del  
espíritu  
del  
hombre.

Dice  
Pablo:  
«Tomad  
todas  
las  
tareas  
que  
tenéis  
que  
hacer  
todos  
los  
días:  
el  
trabajo  
ordinario  
de  
la  
tienda,  
la  
fábrica,

los  
astilleros,  
la  
mina...  
y  
ofrecédsele  
a  
Dios  
como  
un  
acto  
de  
culto.»  
La  
palabra  
del  
versículo  
1  
que  
hemos  
traducido  
por  
culto  
con  
la  
versión  
Reina-Valera  
tiene  
una  
historia  
interesante.  
Es  
latreía,  
el  
nombre  
correspondiente  
al  
verbo  
latréuein.  
En  
su  
origen,  
latréuein  
quería  
decir  
trabajar  
por  
la  
paga  
o  
el  
sueldo.  
Era  
la  
palabra  
que  
se  
usaba  
para  
un

trabajador  
que  
daba  
su  
tiempo  
y  
esfuerzo  
a  
un  
contratista  
a  
cambio  
de  
un  
salario.  
No  
era  
el  
trabajo  
de  
un  
esclavo,  
sino  
una  
actividad  
voluntaria.  
De  
ahí  
pasó  
a  
significar  
servir  
en  
general;  
pero  
también  
aquello  
a  
lo  
que  
una  
persona  
dedica  
toda  
su  
vida.  
Por  
ejemplo:  
de  
un  
artista  
se  
decía  
que  
estaba  
latréuein  
kallei,  
que  
quiere  
decir

dedicar  
la  
vida  
al  
servicio  
de  
la  
belleza.  
En  
ese  
sentido  
ya  
se  
acercaba  
al  
de  
dedicarse  
o  
dedicar  
la  
vida.  
Por  
último,  
llegó  
a  
ser  
la  
palabra  
característica  
del  
servicio  
de  
los  
dioses.  
En  
la  
Biblia  
siempre  
se  
refiere  
al  
servicio  
y  
al  
culto  
a  
Dios.

Aquí  
tenemos  
un  
hecho  
muy  
significativo:  
el  
verdadero  
culto  
es  
ofrecerle

a  
Dios  
nuestro  
cuerpo  
y  
todo  
lo  
que  
hacemos  
con  
él  
todos  
los  
días.  
El  
verdadero  
culto  
a  
Dios  
no  
es  
ofrecerle  
una  
liturgia,  
por  
muy  
noble  
que  
sea,  
o  
un  
ritual,  
ni  
siquiera  
el  
más  
solemne.  
El  
verdadero  
culto  
es  
ofrecerle  
a  
Dios  
nuestra  
vida  
cotidiana;  
no  
algo  
que  
hay  
que  
hacer  
en  
la  
iglesia,  
sino  
algo  
que



ve  
todo  
el  
mundo,  
porque  
somos  
el  
templo  
del  
Dios  
vivo.  
Uno  
puede  
que  
diga:  
«Voy  
a  
la  
iglesia  
a  
dar  
culto  
a  
Dios»;  
pero  
debería  
también  
decir:  
«Voy  
a  
la  
fábrica,  
la  
tienda,  
la  
oficina,  
la  
escuela,  
el  
garaje,  
la  
mina,  
el  
astillero,  
el  
campo,  
el

jardín  
o  
la  
cocina,  
a  
dar  
culto  
a  
Dios.»  
Esto



no  
quiere  
decir  
precisamente  
estar  
cantando  
himnos  
o  
pensando  
en  
Dios  
o  
<  
dando  
testimonio»  
mientras  
se  
trabaja,  
lo  
cual  
tal  
vez  
nos  
restaría  
concentración  
en  
lo  
que  
estamos  
haciendo;  
sino  
hacer  
lo  
que  
se  
espera  
de  
nosotros  
lo  
mejor  
posible,  
como  
si  
fuera  
-¡como  
que  
es!-para  
la  
gloria  
de  
Dios.

Esto,  
sigue  
diciendo  
Pablo,  
exige  
un  
cambio

radical.  
No  
debemos  
adoptar  
las  
formas  
del  
mundo;  
sino  
transformarnos,  
es  
decir,  
adquirir  
una  
nueva  
manera  
de  
vivir.  
Para  
expresar  
esta  
verdad  
Pablo  
usa  
dos  
palabras  
griegas  
casi  
intraducibles,  
que  
requieren  
frases  
para  
transmitir  
su  
sentido.  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
amoldarnos  
al  
mundo  
es  
sysjématízesthai,  
de  
la  
raíz  
sjéma  
-de  
donde  
viene  
la  
palabra  
española  
y  
casi  
internacional  
esquema-,

que  
quiere  
decir  
forma  
exterior  
que  
cambia  
de  
año  
en  
año  
Y  
casi  
de  
día  
en  
día.  
El  
sjéma  
de  
una  
persona  
no  
es  
el  
mismo  
cuando  
tiene  
17  
años  
que  
cuando  
tiene  
70;  
ni  
cuando  
sale  
del  
trabajo  
que  
cuando  
está  
de  
fiesta.  
Está  
cambiando  
constantemente.  
Por  
eso  
dice  
Pablo:  
«  
No  
tratéis  
de  
estar  
siempre  
a  
tono  
con

todas  
las  
modas  
de  
este  
mundo;  
no  
seáis  
"camaleones",  
tomando  
siempre  
el  
color  
del  
ambiente.»

La  
palabra  
que  
usa  
para  
transformaos  
de  
una  
manera  
distinta  
a  
la  
del  
mundo  
es  
metamorfústhai,  
de  
la  
raíz  
morfé,  
que  
quiere  
decir  
la  
naturaleza  
esencial  
e  
inalterable  
de  
algo.  
Una  
persona  
no  
tiene  
el  
mismo  
sjéma  
a  
los  
17  
que  
a  
los

70  
años,  
pero  
sí  
la  
misma  
morfé;  
con  
el  
mono  
no  
tiene  
el  
mismo  
sjéma  
que  
vestido  
de  
ceremonia,  
pero  
tiene  
la  
misma  
morfé;  
cambia  
su  
aspecto  
exterior,  
pero  
sigue  
siendo  
la  
misma  
persona.  
Así,  
dice  
Pablo,  
para  
dar  
culto  
y  
servir  
a  
Dios  
tenemos  
que  
experimentar  
un  
cambio,  
no  
de  
aspecto,  
sino  
de  
personalidad.  
¿En  
qué  
consiste  
ese  
cambio?

Pablo  
diría  
que,  
por  
nosotros  
mismos,  
vivimos  
kata  
sarka,  
dominados  
por  
la  
naturaleza  
humana  
en  
su  
nivel  
más  
bajo;  
en  
Cristo  
vivimos  
kata  
Jriston  
o  
kata  
Pneuma,  
bajo  
el  
control  
de  
Cristo  
o  
del  
Espíritu.  
El  
cristiano  
es  
una  
persona  
que  
ha  
cambiado  
en  
su  
esencia:  
ahora  
vive,  
no  
una  
vida  
egocéntrica,  
sino  
Cristocéntrica.

Esto  
debe  
ocurrir,  
dice

Pablo,  
por  
la  
renovación  
de  
la  
men-  
talidad.  
La  
palabra  
que  
usa  
para  
renovación  
es  
anakainósis.  
En  
griego  
hay  
dos  
palabras  
para  
nuevo:  
neós  
y  
kainós.  
Neós  
se  
refiere  
al  
tiempo,  
y  
kainós  
al  
carácter  
y  
la  
naturaleza.  
Un  
lápiz  
recién  
fabricado  
es  
neós;  
pero  
una  
persona  
que  
era  
antes  
peca-  
dora  
y  
ahora  
está  
llegando  
a  
ser  
santa  
es

kainós.  
Cuando  
Cristo  
entra  
en  
la  
vida  
de  
un  
hombre,  
éste  
es  
un  
nuevo  
hombre;  
tiene  
una  
mentalidad  
diferente,  
porque  
tiene  
la  
mente  
de  
Cristo.

Cuando  
Cristo  
llega  
a  
ser  
el  
centro  
de  
nuestra  
vida  
es  
cuando  
podemos  
presentarle  
a  
Dios  
el  
culto  
verdadero,  
que  
consiste  
en  
ofrecerle  
cada  
momento  
y  
cada  
acción.

UNO  
PARA  
TODOS



Y  
TODOS  
PARA  
UNO

Romanos 12:3-8

Por  
la  
gracia  
que  
se  
me  
ha  
concedido  
os  
digo  
a  
cada  
uno  
de  
vosotros  
que  
no  
tenga  
una  
actitud  
orgullosa  
por  
encima  
de  
como  
debe  
ser,  
sino  
encaminada  
a  
la  
sabiduría,  
y  
de  
acuerdo  
con  
la  
medida  
de  
la  
fe  
que  
Dios  
le  
ha  
dado  
a  
cada  
uno  
de  
vosotros.  
Así

como  
tenemos  
muchos  
miembros  
en  
el  
cuerpo,  
pero  
no  
todos  
tienen  
la  
misma  
función,  
así  
los  
cristianos,  
aunque  
somos  
muchos,  
formamos  
un  
cuerpo  
en  
Cristo  
Y  
somos  
miembros  
los  
unos  
de  
los  
otros.  
Puesto  
que  
tenemos  
diferentes  
dones,  
según  
la  
gracia  
que  
se  
nos  
ha  
dado  
a  
cada  
uno,  
usémoslos  
en  
el  
servicio  
mutuo.  
Si  
hemos  
recibido  
el  
don  
de

profecía,  
profeticemos  
de  
acuerdo  
con  
la  
proporción  
de  
la  
fe  
que  
hemos  
recibido.  
Si  
hemos  
recibido  
el  
don  
del  
servicio  
práctico, usémoslo  
en  
el  
servicio.  
Si  
nuestro  
don  
es  
la  
enseñanza, enseñemos.  
Si  
está  
en  
la  
exhortación, usémoslo  
para  
exhortar.  
Si  
somos  
llamados  
para  
compartir,  
hagámoslo  
con  
sencilla  
amabilidad.  
Si  
somos  
llamados  
para  
dirigir,  
hagámoslo  
con  
celo.  
Si  
se  
presenta  
la  
ocasión  
de

mostrar  
misericordia, hagámoslo  
con  
simpática  
alegría.

Uno  
de  
los  
pensamientos  
favoritos  
de  
Pablo  
acerca  
de  
la  
Iglesia  
Cristiana  
es  
que  
es  
como  
un  
cuerpo  
(cp.  
1  
Corintios  
12:12-27) .  
Los  
miembros  
del  
cuerpo  
no  
discuten,  
ni  
se  
envidian,  
ni  
se  
pelean  
unos  
con  
otros.  
Cada  
parte  
del  
cuerpo  
realiza  
sus  
funciones,  
ya  
sean  
prominentes  
o  
humildes.  
Pablo  
estaba  
convencido  
de

que  
así  
debería  
suceder  
en  
la  
Iglesia  
Cristiana.  
Cada  
miembro  
tiene  
una  
tarea;  
y  
es  
sólo  
cuando  
todos  
cumplen  
con  
su  
función  
como  
es  
debido  
cuando  
el  
cuerpo  
de  
la  
Iglesia  
funciona  
como  
Dios  
manda.

En  
este  
pasaje  
encontramos  
reglas  
para  
la  
vida  
común.

(i)  
Lo  
primero  
de  
todo  
es  
conocernos  
a  
nosotros  
mismos.  
Uno  
de

los  
principios  
básicos  
de  
los  
sabios  
griegos  
era:  
«Conócete  
a  
ti  
mismo.»  
No  
llegaremos  
muy  
lejos  
en  
nada  
hasta  
que  
sepamos  
lo  
que  
podemos  
y  
lo  
que  
no  
podemos  
hacer.  
El  
tener  
clara  
nuestra  
capacidad,  
sin  
presunción  
ni  
falsa  
modestia,  
es  
una  
de  
las  
primeras  
cosas  
esenciales  
para  
una  
vida  
útil.  
(ii)  
Segundo,  
nos  
anima  
a  
aceptarnos  
a  
nosotros  
mismos

y  
a  
usar  
los  
talentos  
que  
Dios  
nos  
ha  
confiado.  
No  
tenemos  
que  
envidiar  
los  
que  
tengan  
otros  
ni  
lamentar  
no  
tenerlos  
nosotros.  
Tenemos  
que  
aceptarnos  
tal  
como  
somos  
y  
usar  
el  
don  
que  
tengamos.  
Puede  
que  
el  
resultado  
sea  
que  
descubramos  
y  
tengamos  
que  
aceptar  
el  
hecho  
de  
que  
nuestro  
servicio  
ha  
de  
ser  
humilde  
y  
poco  
apreciado.  
Una

de  
las  
creencias  
básicas  
importantes  
de  
los  
estoicos  
era  
que  
hay  
una  
chispa  
divina  
en  
todas  
las



vidas.  
Los  
escépticos  
se  
reían  
de  
esa  
doctrina.  
«¿Que  
Dios  
está  
en  
los  
gusanos?  
-preguntaban  
los  
escépticos-.  
¿Dios  
en  
los  
abejorros?»  
A  
lo  
que  
respondían  
los  
estoicos:  
«¿Por  
qué  
no?  
¿Es  
que  
no  
pueden  
esas  
criaturas  
servir  
a  
Dios?  
¿Es  
que  
hay  
que  
ser  
general  
para  
ser  
un  
buen  
soldado?  
¿No  
puede  
el  
soldado  
raso  
pelear  
bien  
y  
dar

la  
vida  
por  
la  
patria?  
Feliz  
el  
que  
sirve  
a  
Dios  
Y  
cumple  
su  
misión  
tan  
fielmente  
como  
un  
gusano.»

La  
continuidad  
de  
la  
vida  
del  
universo  
depende  
de  
las  
criaturas  
más  
humildes.  
Pablo  
está  
diciendo  
aquí  
que  
uno  
tiene  
que  
empezar  
por  
aceptarse  
a  
sí  
mismo;  
Y  
aunque  
encuentre  
que  
la  
contribución  
que  
puede  
ofrecer  
no  
se

va  
a  
ver,  
ni  
va  
a  
recibir  
alabanza  
ni  
prominencia,  
debe  
hacerla  
con  
la  
seguridad  
de  
que  
es  
importante,  
y  
que  
sin  
ella  
el  
mundo  
y  
la  
iglesia  
quedarían  
privados  
de  
algo.

(iii)  
Tercero:  
Pablo  
está  
diciendo  
realmente  
que  
todos  
los  
dones  
vienen  
de  
Dios.  
Llama  
a  
los  
dones  
jarísmata.  
En  
el  
Nuevo  
Testamento,  
járisma  
es  
algo  
que

Dios  
le  
da  
a  
una  
persona  
que  
no  
habría  
podido  
adquirir  
por  
sí  
misma.  
De  
hecho,  
así  
es  
la  
vida.  
Uno  
puede  
pasarse  
la  
vida  
practicando,  
y  
nunca  
tocará  
el  
violín  
como  
Yehudi  
Menuhin.  
Este  
tiene  
más  
que  
práctica;  
tiene  
un  
extra,  
un  
járisma,  
un  
don  
de  
Dios.  
Puede  
que  
uno  
se  
afane  
toda  
la  
vida,  
y  
no  
consiga  
manejar

como  
quisiera  
la  
madera,  
o  
el  
vidrio,  
o  
los  
metales;  
Y  
sin  
embargo  
otro  
les  
puede  
dar  
forma  
con  
tal  
facilidad  
que  
parece  
que  
la  
herramienta  
que  
usa  
es  
parte  
de  
su  
cuerpo;  
tiene  
algo  
especial,  
el  
járisma,  
que  
es  
un  
don  
de  
Dios.  
Una  
persona  
puede  
estar  
practicando  
día  
tras  
día  
para  
hablar  
en  
público,  
Y  
no  
consigue  
adquirir

ese  
algo  
mágico  
que  
mueve  
a  
una  
audiencia  
o  
a  
una  
congregación;  
otro  
no  
hace  
más  
que  
aparecer  
en  
la  
tarima  
o  
asomarse  
al  
púlpito,  
y  
ya  
tiene  
a  
la  
gente  
pendiente  
de  
sus  
labios;  
tiene  
ese  
járisma,  
o  
don  
de  
Dios.  
Uno  
se  
pasará  
la  
vida  
intentando  
expresar  
sus  
pensamientos  
por  
medio  
de  
la  
palabra  
escrita  
sin  
conseguirlo,  
mientras

otro  
no  
tiene  
más  
que  
ponerse  
a  
escribir,  
y  
las  
páginas  
le  
salen  
perfectas  
y  
como  
sin  
esfuerzo;  
el  
segundo  
tiene  
el  
járisma,  
que  
es  
un  
don  
de  
Dios.

Cada  
uno  
tiene  
su  
propio  
járisma.  
Puede  
que  
sea  
escribir,  
o  
predicar,  
o  
construir  
casas,  
o  
plantar  
semillas,  
o  
tocar  
el  
piano,  
o  
cantar  
canciones,  
o  
enseñar  
a  
los

niños,  
o  
jugar  
al  
fútbol  
o  
a  
lo  
que  
sea.  
Es  
un  
extra  
que  
Dios  
le  
ha  
dado.

(iv)  
Cuarto:  
sea  
el  
que  
sea  
el  
don  
que  
uno  
tenga,  
debe  
usarlo,  
no  
para  
su  
prestigio  
personal,  
sino  
porque  
está  
convencido  
de  
que  
es  
tanto  
su  
deber  
como  
su  
privilegio  
el  
hacer  
su  
contribución  
al  
bien  
común.  
La  
parábola



de  
los  
talentos  
nos  
advierte,  
además,  
que  
es  
peligroso  
defraudar  
a  
Dios  
en  
el  
uso  
de  
sus  
dones.  
Y  
pobre  
de  
la  
iglesia  
que  
no  
tiene  
interés  
en  
descubrir  
los  
dones  
y  
en  
dar  
oportunidad  
de  
practicarlos  
al  
que  
los  
tiene.  
Se  
empobrece  
a  
sí  
misma  
y  
al  
mundo.  
Veamos  
ahora  
los  
dones  
que  
Pablo  
especifica  
aquí.  
,  
(i)  
El

don  
de  
profecía.  
Rara  
vez  
se  
menciona  
en  
el  
Nuevo

Testamento  
con  
el  
sentido  
de  
predecir  
el  
futuro;  
más

corrientemente  
quiere  
decir  
proclamar  
la  
Palabra  
de  
Dios.  
En

1  
Corintios  
14:3  
se  
nos  
dice  
que  
el  
que  
profetiza  
habla  
para

edificar,  
exhortar  
y  
consolar.  
El  
profeta  
anuncia  
el  
mensaje  
del

Evangelio  
con  
la  
autoridad  
del  
que  
sabe  
lo  
que  
dice.  
Para

anunciar  
a  
Cristo  
a  
los  
demás  
uno  
tiene  
que  
conocerle  
primero

por  
sí  
mismo.  
«Lo  
que  
necesita  
esta  
parroquia  
-decía  
el

padre  
de  
Carlyle-es  
un  
hombre  
que  
conozca  
a  
Cristo  
más

que  
de  
segunda  
mano.»  
Eso  
es  
lo  
que  
necesitan  
todas

las

iglesias.

(ii)

El

don

del

servicio

práctico

(diakonía).

Es

significativo

que

Pablo

coloque

el

servicio

práctico

entre

los

primeros

dones

de

la

lista.

Puede

que

uno

no

tenga

nunca

la

oportunidad

de

subirse

a

un

púlpito

para

proclamar

a

Cristo;

pero

no

hay

nadie

que

no

tenga

oportunidades

todos

los

días

de

mostrar

el

amor

de  
Cristo  
en  
obras  
de  
servicio  
a  
sus  
semejantes.  
(iii)  
El  
don  
de  
enseñar.  
No  
basta  
con  
proclamar  
el  
mensaje  
de  
Cristo;  
también  
hay  
que  
explicarlo.  
Es  
muy  
posible  
que  
uno  
de  
los  
fallos  
de  
las  
iglesias  
en  
el  
tiempo  
presente  
esté  
precisamente  
ahí.  
La  
exhortación  
y  
la  
invitación  
sin  
una  
enseñanza  
sólida  
son  
insuficientes  
y  
a  
veces  
hasta  
inútiles.

(iv)  
El  
don  
de  
la  
exhortación.  
La  
exhortación  
debe  
tener  
una  
nota  
dominante,  
que  
es  
dar  
ánimo.  
Hay  
una  
regla  
en  
la  
marina  
que  
es  
que  
ningún  
oficial  
debe  
desanimar  
a  
otro  
en  
el  
cumplimiento  
de  
su  
deber.  
Hay  
una  
clase  
de  
exhortación  
que  
desalienta.  
La  
verdadera  
exhortación  
tiene  
por  
objeto,  
no  
suspender  
al  
oyente  
sobre  
las  
llamas  
del  
infierno,

sino  
animarle  
a  
disfrutar  
plenamente  
de  
la  
vida  
en  
Cristo.  
(v)  
Está  
el  
compartir.  
Pablo  
dice  
que  
hay  
que  
hacerlo  
con  
una  
simpática  
amabilidad.  
La  
palabra  
que  
usa  
Pablo  
es  
haplotés,  
que  
es  
difícil  
de  
traducir  
porque  
incluye  
la  
sencillez  
y  
la  
generosidad.  
Un  
gran  
comentario  
cita  
un  
pasaje  
del  
Testamento  
de  
Isacar  
que  
ilustra  
perfectamente  
el  
significado  
de  
esta

palabra:  
<  
Y  
mi  
padre  
me  
bendijo,  
viendo  
que  
yo  
me  
conducía  
con  
sencillez  
(haplotés).  
Yo  
no  
era  
entremetido  
en  
mis  
acciones,  
ni  
malintencionado  
ni  
envidioso  
con  
mi  
prójimo;  
no  
hablaba  
mal  
de  
nadie  
ni  
atacaba  
la  
vida  
de  
nadie,  
sino  
miraba  
a  
la  
gente  
con  
sinceridad  
(literalmente:  
con  
haplotés  
de  
mi  
ojo).  
Proveía  
de  
las  
cosas  
buenas  
de  
la



tierra  
a  
los  
pobres  
y  
afligidos  
con  
sencillez  
(haplotés)  
de  
corazón.  
Una  
persona  
sencilla  
(haplús)  
no  
desea  
oro,  
ni  
seduce  
a  
su

prójimo,  
ni  
se  
preocupa  
de  
alimentos  
delicados,  
ni  
anhela  
ropas  
diversas,  
ni  
se  
promete  
una  
larga  
vida,  
sino  
recibe  
solamente  
lo  
que  
Dios  
quiere  
para  
él.  
Se  
conduce  
rectamente  
y  
considera  
todo  
con  
sencillez  
(haplotés).

Hay  
una  
clase  
de  
dar  
que  
fisgonea  
las  
circunstancias  
de  
la  
persona,  
que  
suelta  
un  
rollo  
al  
dar  
la  
ayuda,  
y  
da

no  
tanto  
para  
aliviar  
la  
necesidad  
del  
otro  
como  
para  
regodearse  
en  
su  
propia  
vanidad  
y  
satisfacción;  
que  
da  
por  
un  
molesto  
sentido  
del  
deber  
en  
lugar  
de  
un  
sentimiento  
radiante  
de  
alegría;  
que  
da  
siempre  
con  
una  
segunda  
intención  
y  
nunca  
por  
el  
simple  
placer  
de  
dar.  
El  
compartir  
cristiano  
es  
con  
haplotés, la  
sencilla  
amabilidad  
que  
se  
deleita  
en

el  
simple  
placer  
de  
dar,  
sin  
otra  
razón.

(vi)  
También  
está  
el  
ser  
llamado  
a  
ocupar  
un  
puesto  
de  
responsabilidad  
o  
de  
dirección.  
Pablo  
dice  
que,  
si  
somos  
llamados,  
debemos  
hacerlo  
con  
celo.  
Uno  
de  
los  
problemas  
más  
difíciles  
que  
acechan  
hoy  
a  
las  
iglesias  
es  
encontrar  
personas  
responsables  
para  
todos  
sus  
departamentos.  
Hay  
cada  
vez  
menos  
personas

con  
sentido  
de  
servicio  
y  
de  
responsabilidad,  
deseosas  
de  
sacrificar  
su  
ocio  
para  
asumir  
un  
cargo  
directivo.  
En  
muchos  
casos  
se  
pretende  
no  
estar  
preparado  
ni  
ser  
digno,  
cuando  
la  
verdad  
es  
que  
no  
se  
está  
dispuesto,  
o  
no  
se  
tiene  
suficiente  
interés.  
Si  
tal  
puesto  
directivo  
se  
asume,  
dice  
Pablo,  
se  
ha  
de  
cumplir  
con  
celo.  
Hay  
dos  
maneras

en  
las  
que  
un  
anciano  
de  
la  
iglesia  
puede  
dar  
una  
tarjeta  
de  
comuni3n  
-para  
mencionar  
algo  
que  
se  
hace  
en  
Escocia-:  
puede  
echarla  
en  
el  
buz3n  
o  
entregarla  
personalmente  
al  
hacer  
una  
visita.  
Hay  
dos  
maneras  
en  
que  
un  
maestro  
puede  
preparar  
una  
lecci3n:  
con  
mente  
y  
coraz3n  
entregados,  
o  
de  
una  
manera  
rutinaria.  
Una  
persona  
puede  
cumplir  
sus

deberes  
en  
la  
iglesia  
aburrida  
y  
monótonamente,  
o  
con  
la  
alegría  
y  
el  
entusiasmo  
que  
da  
el  
celo.  
Las  
iglesias  
necesitan  
ahora  
líderes  
con  
celo  
en  
el  
corazón.  
Hay  
una  
palabra  
terrible  
en  
Jeremías  
48:10:  
<  
Maldito  
el  
que  
hiciere  
indolentemente  
la  
obra  
del  
Señor.»

(vi;)  
Hay  
momentos  
en  
los  
que  
hay  
que  
mostrar  
compasión.  
Y  
ha  
de

hacerse  
con  
amable  
simpatía,  
dice  
Pablo.  
Se  
puede  
perdonar  
de  
una  
forma  
que  
resulta  
un  
insulto.  
Se  
puede  
perdonar  
y  
al  
mismo  
tiempo  
mostrar  
crítica  
y  
desprecio.  
Si  
alguna  
vez  
hemos  
de  
perdonar  
a  
un  
pecador,  
debemos  
recordar  
que  
nosotros  
también  
somos  
pecadores.  
<  
Ese  
sería  
yo,  
si  
no  
fuera  
por  
la  
gracia  
de  
Dios»  
-dijo  
George  
Whitefield  
cuando  
vio



a  
un  
criminal  
camino  
de  
la  
horca.  
Hay  
una  
manera  
de  
perdonar  
que  
empuja  
al  
ofensor  
hacia  
el  
sumidero;  
y  
hay  
otra  
manera  
que  
saca  
del  
cieno.  
El  
verdadero  
perdón  
se  
basa  
en  
el  
amor  
y  
no  
en  
la  
superioridad,  
y  
redime  
y  
no  
humilla.

DIEZ  
REGLAS  
PARA  
LA  
VIDA  
COTIDIANA

Romanos  
12:9-13

Vuestro

amor  
debe  
ser  
absolutamente  
sincero.  
Aborreced  
lo  
malo  
Y  
adheríos  
a  
lo  
bueno.  
Sed  
afectuosos  
en  
vuestro  
amor  
a  
los  
hermanos.  
Conceded  
prioridad  
a  
los  
demás  
en  
lo  
que  
reporta  
honor.  
No  
seáis  
perezosos  
en  
lo  
que  
requiere  
celo.  
Mantened  
el  
espíritu  
al  
rojo  
vivo.  
No  
dejéis  
escapar  
las  
oportunidades.  
Regocijaos  
en  
la  
esperanza.  
Enfrentaos  
con  
la  
tribulación  
con  
victoriosa

entereza.  
Sed  
constantes  
en  
la  
oración.  
Compartid  
lo  
que  
tengáis  
para  
ayudar  
en  
sus  
necesidades  
a  
los  
que  
están  
consagrados  
a  
Dios.  
Estad  
dispuestos  
a  
ofrecer  
hospitalidad.

Pablo  
ofrece  
a  
sus  
amigos  
diez  
reglas  
telegráficas  
para  
la  
v\*da  
ordinaria  
y  
cotidiana.  
Vamos  
a  
considerarlas  
una  
a  
una.  
i

(i)  
El  
amor  
debe  
ser  
absolutamente  
sincero.  
No

debe  
tener  
nada  
de  
hipocresía,  
ni  
de  
apariencia,  
ni  
de  
segundas  
intenciones.

Hay  
tal  
cosa  
como  
un  
amor  
interesado  
que  
da  
afecto  
con  
un  
ojo  
y  
mira  
la  
ganancia  
con  
el  
otro.

Hay  
tal  
cosa  
como  
un  
amor  
egoísta  
cuya  
meta  
es  
recibir  
más  
de  
lo  
que  
se  
da.

El  
amor  
cristiano  
está  
limpio  
de  
egoísmo;  
es  
dar  
el  
corazón

antes  
que  
nada.  
(ii)  
Debemos  
aborrecer  
lo  
malo  
Y  
adherirnos  
a  
lo  
bueno.  
Se  
ha  
dicho  
que  
nuestra  
única  
seguridad  
frente  
al  
pecado  
está  
en  
que  
nos  
repela.  
Fue  
Carlyle  
el  
que  
dijo  
que  
lo  
que  
necesitamos  
es  
ver  
la  
infinita  
belleza  
de  
la  
santidad  
y  
la  
infinita  
fealdad  
del  
pecado.  
Las  
palabras  
que  
usa  
Pablo  
son  
fuertes.  
Se  
ha

dicho  
que  
ninguna  
virtud  
es  
fuerte  
si  
no  
es  
apasionada.  
Una  
persona  
no  
tiene  
estabilidad  
si  
todo  
lo  
que  
hace  
es  
evitar  
prudentemente  
el  
mal  
Y  
calcular  
su  
adhesión  
al  
bien;  
debe  
odiar  
el  
mal  
Y  
amar  
el  
bien.  
De  
una  
cosa  
tenemos  
que  
estar  
seguros:  
lo  
que  
muchos  
odian  
no  
es  
el  
mal,  
sino  
sus  
consecuencias.  
Nadie  
es  
realmente

bueno  
si  
lo  
es  
sólo  
porque  
teme  
las  
consecuencias  
de  
ser  
malo.  
El  
camino  
a  
la  
verdadera  
bondad  
no  
es  
temer  
las  
consecuencias  
de  
la  
deshonra,  
sino  
amar  
apasionadamente  
la  
honra.  
(iii)  
Debemos  
ser  
afectuosos  
en  
nuestro  
amor  
a  
los  
hermanos.  
La  
palabra  
que  
usa  
Pablo  
es  
filostorgos,  
y  
storgué  
es  
la  
palabra  
griega  
para  
el  
amor  
de  
la  
familia.

Debemos  
amarnos  
porque  
somos  
de  
la  
familia.  
No  
somos  
extraños  
para  
los  
demás  
de  
la  
iglesia,  
ni  
ellos  
para  
nosotros.  
Y  
mucho  
menos  
unidades  
aisladas.  
Somos  
hermanos  
y  
hermanas  
porque  
tenemos  
un  
mismo  
Padre,  
Dios.  
(iv)  
Debemos  
conceder  
prioridad  
a  
los  
demás  
en  
el  
honor.  
Más  
de  
la  
mitad  
de  
los  
problemas  
que  
surgen  
en  
las  
iglesias  
es  
por  
los



derechos  
y  
los  
privilegios  
y  
los  
prestigios.  
A  
alguien  
no  
se  
le  
ha  
respetado  
el  
puesto;  
se  
ha  
olvidado  
a  
alguien  
o  
no  
se  
le  
han  
dado  
las  
gracias.  
La  
señal  
del  
verdadero  
cristiano  
ha  
sido  
siempre  
y  
debe  
ser  
la  
humildad.  
Uno  
de  
los  
hombres  
más  
humildes  
fue

el  
gran  
santo  
e  
investigador  
rector  
Caims.  
Alguien  
ha  
recordado  
un  
incidente  
simpático  
que  
le  
mostraba  
tal  
como  
era.  
Formaba  
parte  
del  
equipo  
que  
presidía  
una  
gran  
conferencia.  
Cuando  
él  
salía  
por  
la  
puerta,  
en  
la  
reunión  
pública

hubo  
una  
gran  
explosión  
de  
aplausos.  
Caims  
se  
puso  
a  
un  
lado,  
cedió  
el  
paso  
al  
siguiente  
y  
empezó

a  
aplaudirle;  
no  
se  
figuraba  
que  
el  
aplauso  
era  
para  
él.  
No  
es  
fácil  
ceder  
a  
otro  
el  
puesto  
de  
honor.  
Hay  
lo  
bastante  
del  
hombre  
natural  
en  
nosotros  
como  
para  
querer  
que  
se  
nos  
ponga  
por  
delante;  
pero  
el  
cristiano  
no  
tiene  
derechos;  
sólo  
deberes.

(v)  
No  
debemos  
ser  
perezosos  
en  
lo  
que  
requiere  
celo.  
Hay  
una

cierta  
intensidad  
en  
la  
vida  
cristiana;  
no  
hay  
lugar  
para  
el  
letargo.  
El  
cristiano  
no  
puede  
echarle  
pachorra  
a  
las  
cosas,  
porque  
el  
mundo  
es  
siempre  
un  
campo  
de  
batalla  
entre  
el  
bien  
y  
el  
mal,  
el  
tiempo  
es  
corto  
y  
la  
vida  
es  
una  
preparación  
para  
la  
eternidad.  
El  
cristiano  
se  
puede  
consumir,  
pero  
no  
oxidar.  
(vi)  
Debemos  
mantener

el  
espíritu  
al  
rojo  
vivo.  
El  
único  
al  
que  
el  
Señor  
Resucitado  
no  
podía  
aguantar  
era  
el  
que  
no  
era  
ni  
caliente  
ni  
frío  
(Apocalipsis  
3:1  
Ss).  
Ahora  
la  
gente  
mira  
con  
sospecha  
a  
los  
entusiastas;  
el  
grito  
de  
batalla  
moderno  
es:  
«¡Me  
importa  
un  
rábano!»  
Pero  
el  
cristiano  
lo  
toma  
desesperadamente  
en  
serio;  
está  
ardiendo  
para  
Cristo.  
(vi;)  
La

séptima  
advertencia  
de  
Pablo  
puede  
querer  
decir  
una  
de  
dos  
cosas.  
Los  
manuscritos  
antiguos  
oscilan  
entre  
dos  
lecturas:  
unos  
ponen  
«Servid  
al  
Señor»,  
y  
otros  
«Servid  
al  
tiempo»,  
es  
decir,  
«No  
dejéis  
escapar  
las  
oportunidades.»  
La  
razón  
por  
la  
que  
hay  
estas  
variantes  
es  
que  
todos  
los  
antiguos  
amanuenses  
usaban  
abreviaturas.  
Una  
de  
las  
más  
corrientes  
era  
omitir  
las  
vocales

-como  
se  
hace  
ahora  
en  
taquigrafía-y  
colocar  
una  
tilde  
sobre  
las  
restantes  
letras.  
Ahora  
bien:  
la  
palabra  
para  
Señor  
es  
Kyrios,  
y  
la  
de  
tiempo  
es  
kairós;  
así  
es  
que  
las  
dos  
se  
abreviaban  
krs.  
En  
una  
sección  
tan  
llena  
de  
consejos  
prácticos  
es  
lo  
más  
probable  
que  
Pablo  
estuviera  
diciéndoles  
a  
sus  
amigos:  
«Aprovechad  
las  
oportunidades  
que  
se  
os

presenten.»  
La  
vida  
nos  
ofrece  
toda  
clase  
de  
oportunidades  
-de  
aprender  
algo  
nuevo,  
o  
de  
podar  
algo  
viejo  
o  
infructuoso;  
de  
dar  
una  
palabra  
de  
ánimo,  
o  
de  
advertencia;  
de  
ayudar,  
o  
de  
consolar.  
Una  
de  
las  
tragedias  
de  
la  
vida  
consiste  
en  
dejar  
escapar  
estas  
oportunidades  
que,  
en  
la  
misma  
forma,  
no  
se  
nos  
volverán  
a  
presentar.  
Como  
dice



un  
refrán:  
«Hay  
tres  
cosas  
que  
no  
vuelven:  
la  
flecha  
que  
se  
tira,  
la  
palabra  
que  
se  
dice  
y  
la  
oportunidad  
que  
se  
pierde.»

(viij)  
Tenemos  
que  
regocijarnos  
en  
la  
esperanza.  
Cuando  
Alejandro  
Magno  
estaba  
haciendo  
los  
planes  
para  
una  
de  
sus  
campañas  
en  
Oriente,  
estaba  
repartiendo  
toda  
clase  
de  
regalos  
entre  
sus  
amigos.  
En  
su  
generosidad  
ya

había  
dado  
casi  
todas  
sus  
posesiones.  
<  
Señor  
-le  
dijo  
uno  
de  
sus  
amigos-,  
no  
te  
va  
a  
quedar  
nada.»  
«¡  
Sí!  
-contestó  
Alejandro-.  
Me  
quedarán  
mis  
esperanzas.»  
El  
cristiano  
es  
optimista  
por  
naturaleza.  
Simplemente  
porque  
Dios  
es  
Dios,  
el  
cristiano  
siempre  
está  
seguro  
de  
que  
lo  
mejor  
está  
por  
venir.  
No  
le  
va  
aquello  
del  
poeta  
de  
que  
«cualquiera

tiempo  
pasado  
fue  
mejor.»  
Como  
sabe  
que  
la  
Gracia  
de  
Dios  
es  
siempre  
suficiente,  
y  
que  
la  
potencia  
de  
Dios  
se  
perfecciona  
en  
nuestras  
debilidades,  
el  
cristiano  
sabe  
que  
ninguna  
tarea  
le  
vendrá  
grande.  
«  
No  
hay  
situaciones  
desesperadas  
en  
la  
vida;  
lo  
que  
hay  
son  
personas  
que  
han  
perdido  
la  
esperanza.»  
No  
existe  
tal  
cosa  
como  
un  
cristiano  
desesperado

o  
desesperanzado.

(ix)  
Tenemos  
que  
enfrentarnos  
con  
la  
tribulación  
con  
victoriosa  
entereza.  
Alguien  
le  
dijo  
una  
vez  
a  
un  
hidalgo  
sufridor:  
«El  
sufrimiento  
le  
da  
color  
a  
la  
vida,  
¿verdad?»  
A  
lo  
que  
él  
contestó:  
«  
Sí;  
pero  
yo  
elijo  
los  
colores.»  
Cuando  
se  
cernía  
sobre  
Beethoven  
la  
terrible  
perspectiva,  
ya  
segura,  
de  
una  
sordera  
total,  
dijo:  
«Cogaré

a  
la  
vida  
por  
el  
cuello.»  
Cuando  
Nabucodonosor  
arrojó  
a  
los  
tres  
israelitas  
al  
«horno  
de  
fuego  
ardiendo»,  
se  
maravilló  
de  
que  
no  
sufrieran  
ningún  
daño,  
y  
preguntó  
si  
no  
habían  
arrojado  
a  
tres  
hombres  
atados.  
Cuando  
le  
dijeron  
que  
sí,  
él  
añadió:  
«Pues  
yo  
veo  
a  
cuatro,  
suelos,  
andando  
por  
las  
Vainas  
tan  
campantes;  
y  
el  
Cuarto  
tiene  
el

aspecto  
de  
un  
"hijo  
de  
los  
dioses"»  
(Daniel  
3:24s).  
El  
cris-  
tiano  
se  
puede  
enfrentar  
con  
lo  
que  
sea,  
siempre  
que  
sea  
con  
Jesús.

(x)  
Hemos  
de  
ser  
constantes  
en  
la  
oración.  
¿No  
es  
verdad  
que  
a  
veces  
en  
la  
vida  
se  
nos  
pasan  
los  
días  
y  
hasta  
las  
semanas  
sin  
hablar  
con  
Dios?  
Cuando  
un  
cristiano  
deja

de  
orar,  
se  
despoja  
de  
la  
armadura  
del  
Todopoderoso.  
No  
hay  
que  
sorpren-  
derse  
de  
que  
la  
vida  
se  
desmorone  
cuando  
nos  
empeñamos  
en  
vivirla  
solos.

(xi)  
Hemos  
de  
compartir  
lo  
que  
tengamos  
para  
ayudar  
a  
los  
hermanos  
necesitados.  
En  
un  
mundo  
consumista  
que  
no  
piensa  
más  
que  
en  
conseguir,  
el  
cristiano  
está  
dispuesto  
a  
dar,  
porque  
sabe

que  
<  
perdemos  
lo  
que  
retenemos  
y  
tenemos  
lo  
que  
damos.»  
(xii)  
El  
cristiano  
ha  
de  
estar  
dispuesto  
a  
ofrecer  
hospitalidad.  
Una  
y  
otra  
vez  
insiste  
el  
Nuevo  
Testamento  
en  
este  
deber  
de  
la  
puerta  
abierta  
(Hebreos  
13:2;  
1  
Timoteo  
3:2;  
Tito  
1:8;  
1  
Pedro  
4:9) .  
El  
traductor  
inglés  
Tyndale  
usaba  
una  
palabra  
magnífica  
cuando  
ponía  
aquí  
que  
el  
cristiano



debe  
tener  
una  
disposición  
de  
puerto.  
Un  
hogar  
no  
puede  
ser  
nunca  
feliz  
si  
es  
egoísta.  
El  
Cristianismo  
es  
la  
religión  
de  
la  
mano  
abierta,  
el  
corazón  
abierto  
y  
la  
puerta  
abierta.  
EL  
CRISTIANO  
Y  
SUS  
SEMEJANTES

Romanos  
12:14-21

Benedicid  
a  
los  
que  
os  
persiguen;  
benedicidlos  
en  
vez  
de  
maldecirlos.  
Alegraos  
con  
los  
que  
están  
alegres,

y  
llorad  
con  
los  
que  
lloran.  
Vivid  
en  
armonía  
con  
los  
demás.  
Guardaos  
del  
orgullo,  
y  
no  
os  
resistáis  
a  
asociaros  
con  
la  
gente  
sencilla.  
No  
os  
creáis  
más  
sabios  
que  
nadie.  
No  
devolváis  
mal  
por  
mal.  
Procurad  
que  
vuestra  
conducta  
sea  
tal  
que  
no  
ofenda  
a  
nadie.  
En  
lo  
que  
dependa  
de  
vosotros,  
vivid  
en  
paz  
con  
todo  
el

mundo.  
Queridos  
hermanos:  
No  
tratéis  
de  
vengaros  
de

nadie  
por  
vosotros  
mismos;  
dejad  
que  
sea  
La  
Ira  
la  
que  
lo  
haga  
por  
vosotros;  
porque  
está  
escrito:  
«La  
venganza  
me  
corresponde  
a  
Mí;  
Yo  
retribuiré,  
dice  
el  
Señor.  
»  
Así  
que, si  
tu  
enemigo  
tiene  
hambre, dale  
de  
comer;  
y  
si  
tiene  
sed, dale  
de  
beber.  
Al  
hacer  
eso  
le  
amontonas  
brasas  
sobre  
la  
cabeza.  
No  
te  
dejes  
vencer  
por  
el

mal, sino  
vence  
el  
mal  
con  
el  
bien.

Pablo  
ofrece  
una  
serie  
de  
reglas  
y  
principios  
para  
gobernar  
nuestras  
relaciones  
con  
nuestros  
semejantes.

(i)  
El  
cristiano  
debe  
arrostrar  
la  
persecución  
orando  
por  
los  
que  
le  
persiguen.  
Hace  
mucho  
tiempo  
Platón  
había  
dicho  
que  
una  
buena  
persona  
prefiere  
que  
le  
hagan  
mal  
antes  
que  
hacérselo  
ella  
a  
los

demás;  
y  
odiar  
siempre  
es  
malo.  
Cuando  
un  
cristiano  
es  
insultado  
o  
maltratado,  
tiene  
el  
ejemplo  
de  
su  
Maestro,  
Que  
pidió  
el  
perdón  
de  
los  
que  
Le  
estaban  
crucificando.  
Una  
de  
las  
más  
fuertes  
fuerzas  
de  
atracción  
al  
Cristianismo  
ha  
sido  
esta  
serena  
actitud  
de  
perdón  
que  
han  
mostrado  
los  
mártires  
de  
todos  
los  
tiempos.  
Esteban  
murió  
pidiéndole  
a  
Dios

que  
perdonara  
a  
los  
que  
le  
estaban  
apedreando  
(Hechos  
7:60),  
entre  
los  
cuales  
había  
un  
joven  
llamado  
Saulo,  
que  
después  
sería  
Pablo,  
apóstol  
de  
los  
gentiles  
y  
siervo  
de  
Cristo.  
No  
cabe  
duda  
que  
el  
impacto  
de  
la  
escena  
de  
la  
muerte  
de  
Esteban  
fue  
una  
de  
las  
claves  
de  
su  
conversión.  
Como  
dijo  
Agustín:  
«  
La  
Iglesia  
debe  
Pablo

a  
la  
oración  
de  
Esteban.»  
Muchos  
perseguidores  
han  
llegado  
a  
ser  
seguidores  
de  
la  
fe  
que  
trataron  
de  
destruir  
al  
comprobar  
cómo  
perdonan  
los  
cristianos.

(ii)  
Hemos  
de  
alegrarnos  
con  
los  
que  
están  
alegres,  
y  
llorar  
con  
los  
que  
lloran.  
Hay  
pocos  
lazos  
tan  
entrañables  
como  
el  
del  
dolor  
compartido.  
Ciertamente  
escritores  
nos  
cuenta  
lo  
que  
dijo  
una



mujer  
americana  
de  
color:  
Una  
señora  
de  
Carleston  
conocía  
a  
la  
criada  
negra  
de  
una  
vecina.

«  
He  
sentido  
mucho  
la  
muerte  
de  
su  
tía  
Lucy  
-le  
dijo-.  
Debe  
de  
echarla  
usted  
mucho  
de  
menos,  
porque  
eran  
tan  
amigas...»

«  
Es  
verdad  
-contestó  
la  
criada-,  
siento  
mucho  
que  
se  
haya  
muerto.  
Pero  
no  
éramos  
amigas.»

«  
¿Qué?  
Yo  
creía  
que

sí  
lo  
eran.  
Las  
he  
visto  
a  
ustedes  
hablar  
Y  
reírse  
juntas  
muchas  
veces.»  
«  
Sí,  
es  
verdad  
-fue  
su  
respuesta-;nos  
reíamos  
Y  
hablábamos  
mucho,  
pero  
no  
éramos  
más  
que  
conocidas.  
¿Sabe,  
señorita  
Ruth?  
Nunca  
lloramos  
juntas.  
Las  
personas  
tienen  
que  
llorar  
juntas  
para  
ser  
amigas.»  
El  
lazo  
que  
producen  
las  
lágrimas  
une  
más  
que  
nada  
en  
el  
mundo.  
Y

sin  
embargo  
es  
más  
fácil  
llorar  
con  
los  
que  
lloran  
que  
alegrarse  
con  
los  
que  
están  
alegres.  
Hace  
mucho,  
Crisóstomo  
escribió  
sobre  
este  
pasaje:  
«Requiere  
más  
talante  
cristiano  
alegrarse  
con  
los  
que  
están  
alegres  
que  
llorar  
con  
los  
que  
lloran;  
porque  
esto  
último  
se  
hace  
perfectamente  
por  
naturaleza,  
y  
no  
hay  
nadie  
tan  
duro  
de  
corazón  
que  
no  
llore  
con

el  
que  
pasa  
por  
una  
calamidad;  
pero  
lo  
otro  
requiere  
un  
alma  
muy  
noble,  
que  
no  
sólo  
está  
libre  
de  
la  
envidia,  
sino  
que  
siente  
placer  
con  
la  
persona  
que  
es  
estimada.»  
Es  
verdad  
que  
es  
más  
difícil  
congratularse  
con  
el  
éxito  
ajeno,  
especialmente  
cuando  
supone  
una  
desilusión  
propia,  
que  
sentir  
el  
dolor  
o  
la  
pérdida  
de  
otro.  
Sólo  
cuando

estamos  
muertos  
al  
yo  
podemos  
regocijarnos  
en  
el  
éxito  
de  
otro  
como  
si  
fuera  
nuestro.

(iii)  
Hemos  
de  
vivir  
en  
armonía  
con  
los  
demás.  
Fue  
Nelson  
el  
que,  
después  
de  
una  
de  
sus  
grandes  
victorias,  
dio  
como  
la  
razón  
de  
ésta  
en  
su  
informe:  
«Tuve  
la  
dicha  
de  
mandar  
a  
una  
compañía  
de  
hermanos.»  
Eso  
es  
lo  
que

debe  
ser  
una  
iglesia  
cristiana:  
una  
compañía  
de  
hermanos.  
Leighton  
escribió  
una  
vez:  
«  
La  
forma  
de  
gobierno  
eclesiástico  
puede  
ser  
optativa;  
pero  
la  
paz  
y  
la  
concordia,  
la  
amabilidad  
y  
la  
buena  
voluntad  
son  
indispensables.»  
Cuando  
la  
discordia  
se  
introduce  
en  
la  
sociedad  
cristiana,  
se  
pierde  
la  
esperanza  
de  
hacer  
un  
buen  
trabajo.  
(iv)  
Hemos  
de  
guardarnos  
del  
orgullo

y  
el  
esnobismo.  
Tenemos  
que  
recordar  
siempre  
que  
el  
parámetro  
por  
el  
que  
juzga  
el  
mundo  
no  
es  
necesariamente  
el  
mismo  
que  
usa  
Dios.  
La  
santidad  
no  
tiene  
nada  
que  
ver  
con  
el  
rango,  
la  
riqueza  
o  
el  
nacimiento.  
El  
Dr.  
James  
Back  
describe  
una  
escena  
de  
una  
iglesia  
cristiana  
primitiva.  
Se  
ha  
convertido  
una  
persona  
importante,  
y  
viene  
al

culto  
por  
primera  
vez.  
Entra  
en  
la  
habitación  
donde  
se  
está  
celebrando.  
El  
que  
dirige  
el  
culto  
le  
señala  
un  
lugar.  
«  
¿Se  
quiere  
sentar  
ahí,  
por  
favor?»  
-le  
dice.  
«No  
me  
puedo  
sentar  
ahí  
-le  
contesta  
el  
hombre  
importante-, porque  
eso  
sería  
sentarme  
al  
lado  
de  
mi  
esclavo.»  
«¿Quiere  
usted  
tener  
la  
bondad  
de  
sentarse  
ahí?»  
-le  
vuelve  
a  
indicar



el  
pastor.  
«Pero  
-replica  
el  
hombre-,  
¡no  
querrá  
usted  
que  
me  
siente  
al  
lado  
de  
mi  
esclavo!»  
«  
¿Quiere  
usted  
sentarse  
ahí?»  
-le  
dice  
el  
otro  
por  
tercera  
vez.  
Por  
último  
el  
hombre  
importante  
cruza  
la  
habitación,  
se  
sienta  
al  
lado  
de  
su  
esclavo  
y  
le  
da  
el  
beso  
de  
paz.  
Eso  
es  
lo  
que  
hacía  
el  
Cristianismo,  
que  
era

lo  
único  
que  
lo  
podía  
hacer  
en  
el  
Imperio  
Romano.  
La  
iglesia  
cristiana  
era  
el  
único  
lugar  
en  
el  
que  
se  
sentaban  
el  
amo  
y  
el  
esclavo  
el  
uno  
al  
lado  
del  
otro.  
Sigue  
siendo  
el  
único  
sitio  
en  
el  
que  
todas  
las  
diferencias  
humanas  
han  
desaparecido,  
porque  
Dios  
no  
hace  
discriminación.  
(v)  
Hemos  
de  
procurar  
que  
nuestra  
conducta  
sea

tal  
que  
no  
ofenda  
a  
nadie.  
Pablo  
insiste  
en  
que  
la  
conducta  
cristiana  
no  
sólo  
debe  
ser  
buena,  
sino  
parecerlo.  
Hay  
un  
supuesto  
«cristianismo»  
intransigente  
y  
antipático;  
pero  
el  
verdadero  
Cristianismo  
es  
algo  
que  
da  
gusto  
ver.  
(vi)  
Hemos  
de  
vivir  
en  
paz  
con  
todo  
el  
mundo.  
Pero  
Pablo  
añade  
dos  
condiciones: '(a)  
Dice  
si  
es  
posible.  
Puede  
llegar  
el  
momento

en  
que  
las  
exigencias  
de  
la  
cortesía  
tengan  
que  
ceder  
el  
paso  
a  
las  
del  
principio.  
El  
Cristianismo  
no  
es  
una  
pachorra  
tolerante  
que  
lo  
acepta  
todo  
con  
los  
ojos  
cerrados.  
Puede  
que  
haya  
momentos  
en  
los  
que  
hay  
que  
librar  
batallas,  
y  
el  
cristiano  
no  
debe  
evadirlas.  
(b)  
Dice  
en  
lo  
que  
dependa  
de  
vosotros.  
Pablo  
sabía  
muy  
bien

que  
a  
algunos  
les  
es  
más  
fácil  
vivir  
en  
paz  
que  
a  
otros.  
Sabía  
que  
algunos  
tienen  
que  
contenerse  
más  
en  
una  
hora  
que  
otros  
en  
toda  
la  
vida.  
Haremos  
bien  
en  
recordar  
que  
la  
bondad  
les  
es  
considerablemente  
más  
asequible  
a  
unos  
que  
a  
otros.  
Eso  
nos  
librará  
de  
la  
crítica  
y  
del  
desánimo.  
(vi;)  
Hemos  
de  
abstenernos  
hasta

de  
pensar  
en  
vengarnos.  
Pablo  
da  
tres  
razones:  
(a)  
La  
venganza  
no  
nos  
corresponde  
a  
nosotros,  
sino  
a  
Dios.  
En  
última  
instancia  
ningún  
ser  
humano  
tiene  
derecho  
a  
juzgar  
a  
otro;  
sólo  
Dios  
puede  
hacerlo.  
(b)  
La

mejor  
manera  
de  
ganarnos  
a  
una  
persona  
es  
tratarla  
con  
amabilidad  
en  
lugar  
de  
vengarnos.  
La  
venganza  
puede  
quebrantar  
su  
espíritu;  
pero  
la  
amabilidad  
quebrantará  
su  
corazón.  
«  
Si  
somos  
amables  
con  
nuestros  
enemigos  
dice  
Pablo-,  
eso  
amontonará  
brasas  
sobre  
su  
cabeza.»  
Eso  
no  
quiere  
decir  
que  
hará  
que  
le  
caiga  
encima  
un  
castigo  
peor,  
sino  
que  
les  
hará

sentir  
una  
vergüenza  
que  
no  
podrán  
soportar,  
y  
que  
los  
obligará  
a  
cambiar.  
(c)  
El  
rebajarnos  
a  
vengarnos  
es  
dejarnos  
vencer  
por  
el  
mal.  
El  
mal  
nunca  
se  
puede  
conquistar  
con  
el  
mal.  
Cuando  
el  
odio  
se  
encuentra  
frente  
al  
odio,  
se  
crece;  
pero  
si  
se  
encuentra

con  
el  
amor,  
se  
desintegra.  
Como  
decía  
Booker  
Washington:  
,  
«No



voy  
a  
permitir  
que  
ninguna  
persona  
me  
haga  
rebajarme  
a  
odiarle.»  
La  
única  
manera  
de  
dejar  
de  
tener  
enemigos  
es  
hacernos  
sus  
amigos.

EL  
CRISTIANO  
Y  
EL  
ESTADO

Romanos  
13:1-7

Que  
cada  
cual  
preste  
la  
debida  
obediencia  
a  
dos  
que  
están  
en  
puestos  
de  
autoridad,  
porque  
no  
hay  
autoridad  
a  
la  
que  
Dios  
no

le  
haya  
asignado  
su  
esfera;  
porque  
ha  
sido  
Dios  
Quien  
ha  
colocado  
en  
su  
sitio  
a  
las  
autoridades  
que  
existen.  
Esto  
quiere  
decir  
que  
el  
que  
se  
opone  
a  
una  
autoridad  
realmente  
se  
está  
oponiendo  
al  
orden  
de  
cosas  
que  
Dios  
ha  
establecido.  
Los  
que  
se  
oponen  
a  
la  
autoridad  
se  
acarrearán  
un  
merecido  
castigo.  
Porque,  
el  
que  
vive  
honradamente

no  
es  
el  
que  
tiene  
que  
tenerles  
miedo  
a  
los  
gobernantes, sino  
el  
que  
hace  
lo  
que  
no  
debe.  
¿Quieres  
no  
tener  
que  
temer  
a  
la  
autoridad?  
Pues  
vive  
como  
es  
debido,  
y  
las  
autoridades  
no  
podrán  
decir  
de  
ti  
nada  
más  
que  
cosas  
buenas,  
porque  
los  
que  
están  
al  
servicio  
de  
Dios  
están  
para  
tu  
bien.  
Si  
haces  
lo  
que

no  
debes,  
entonces  
sí  
que  
debes  
tener  
miedo;  
porque  
no  
en  
vano  
tiene  
poder  
para  
dictar  
sentencia  
de  
muerte  
el  
que  
está  
en  
autoridad,  
ya  
que  
está  
al  
servicio  
de  
Dios,  
y  
su  
misión  
es  
aplicar  
ira  
y  
venganza  
al  
que  
lleva  
mala  
vida.  
Por  
eso  
es  
por  
lo  
que  
debes  
someterte,  
no  
sólo  
por  
temor  
a  
la  
ira, sino  
por

causa  
de  
la  
conciencia.

Por  
esta  
misma  
razón  
debes  
también  
pagar  
los  
impuestos;  
porque  
los  
que  
están  
en  
autoridad  
son  
siervos  
de  
Dios  
y  
esa  
es  
su  
misión.  
Dale  
a  
cada  
uno  
lo  
que  
le  
es  
debido:  
al  
que  
se  
le  
deba  
pagar  
tributo, págaselo;  
a  
los  
que  
impuestos, lo  
mismo;  
al  
que  
se  
deba  
tener  
respeto, trátale  
con  
respeto.  
Al

que  
se  
le  
deba  
mostrar  
honor, muéstraselo.

La  
primera  
impresión  
que  
nos  
hace  
este  
pasaje  
es  
muy  
extraña.  
Parece  
aconsejar  
al  
cristiano  
una  
sumisión  
total  
al  
poder  
civil.  
Pero,  
de  
hecho,  
este  
es  
un  
mandamiento  
que  
aparece  
en  
todo  
el  
Nuevo  
Testamento.  
En  
1  
Timoteo  
2:1  
s  
leemos:  
«Insisto  
en  
que  
se  
hagan  
súplicas,  
oraciones,  
intercesiones  
y  
acciones  
de

gracias  
por  
todos  
los  
hombres;  
por  
los  
reyes  
y  
por  
todos  
los  
que  
están  
en  
posiciones  
de  
autoridad,  
para  
que  
vivamos  
tranquilamente  
y  
en  
paz,  
piadosamente  
y  
con  
respeto  
en  
todos  
los  
sentidos.»  
En  
Tito  
1:3,  
el  
consejo  
al  
predicador  
es:  
«Recuérdales  
que  
sean  
sumisos  
a  
los  
gobernantes  
y  
a  
las  
autoridades,  
que  
sean  
obedientes,  
que  
estén  
siempre  
dispuestos  
a

hacer  
las  
cosas  
honradamente.»  
En  
1  
Pedro  
2:13-17  
leemos:  
«Por  
causa  
del  
Señor  
someteos  
a  
toda  
institución  
humana,  
ya  
sea  
al  
emperador  
como  
jefe  
supremo,  
o  
a  
los  
gobernantes  
que  
aquél  
envía  
para  
castigar  
a  
los  
que  
obran  
mal  
y  
recompensar  
a  
los  
que  
bien.  
Porque  
la  
voluntad  
de  
Dios  
es  
que,  
viviendo  
honradamente,  
hagáis  
callar  
la  
ignorancia  
de  
algunos



tontos...  
Tened  
respeto  
a  
todos  
los  
hombres.  
Amad  
a  
los  
hermanos.  
Temed  
a  
Dios.  
Honrad  
al  
emperador.»

Puede  
que  
nos  
dé  
la  
tentación  
de  
suponer  
que  
estos  
pasajes  
provienen  
de  
un  
tiempo  
cuando  
el  
gobierno  
romano  
no  
había  
empezado  
a  
perseguir  
a  
los  
cristianos.  
Sabemos,  
por  
ejemplo,  
que  
en  
el  
Libro  
de  
los  
Hechos,  
como  
hizo  
notar  
Gibbon,

el  
tribunal  
de  
los  
magistrados  
paganos  
fue  
a  
menudo  
el  
refugio  
más  
seguro  
contra  
la  
furia  
del  
populacho  
judío.  
Una  
y  
otra  
vez  
vemos  
a  
Pablo  
recibiendo  
protección  
de  
manos  
de  
la  
justicia  
imperial  
romana.  
Pero  
lo  
interesante  
y  
significativo  
es  
que  
muchos  
años  
y  
hasta  
siglos  
después,  
cuando  
la  
persecución  
había  
empezado  
a  
rugir  
y  
se  
consideraba  
a  
los

cristianos  
fuera  
de  
la  
ley,  
los  
líderes  
cristianos  
seguían  
diciendo  
exactamente  
lo  
mismo.

Justino  
Mártir  
(Apología  
1:17)  
escribe:  
«En  
todas  
partes  
nosotros  
estamos  
más  
dispuestos  
que  
nadie  
y  
nos  
esforzamos  
por  
pagar  
a  
los  
funcionarios  
que  
asignáis  
los  
impuestos  
ordinarios  
y  
extraordinarios,  
como  
Jesús  
nos  
ha  
enseñado.  
No  
damos  
culto  
nada  
más  
que  
a  
Dios,  
pero  
en  
otros

respectos  
os  
servimos

de  
buena  
gana,  
reconociéndoos  
como  
reyes  
y  
gobernantes,  
y  
orando  
para  
que,  
con  
vuestro  
poder  
real,  
se  
os  
conceda  
también  
sano  
juicio.»  
Atenágoras,  
suplicando  
la  
paz  
de  
los  
cristianos,  
escribe  
(capítulo  
37):  
«Merecemos  
consideración  
porque  
oramos  
por  
vuestro  
gobierno,  
para  
que  
podáis  
recibir  
el  
reino  
de  
la  
manera  
más  
justa,  
el  
hijo  
del  
padre,  
y

que  
vuestro  
imperio  
aumente  
y  
se  
acrecente  
hasta  
que  
toda  
la  
humanidad  
os  
esté  
sujeta.»  
Tertuliano  
(Apología  
30)  
escribe  
extensamente:  
«Ofrecemos  
oración  
por  
la  
salud  
de  
nuestros  
príncipes  
a  
nuestro  
Dios  
eterno,  
verdadero  
y  
vivo,  
cuyo  
favor  
ellos  
deben  
desear  
más  
que  
ninguna  
otra  
cosa...  
Sin  
cesar,  
por  
todos  
nuestros  
emperadores  
ofrecemos  
oración.  
Oramos  
para  
que  
se  
les  
prolongue  
la

vida;  
para  
que  
haya  
seguridad  
en  
el  
imperio;  
por  
protección  
para  
la  
casa  
imperial;  
por  
ejércitos  
valerosos,  
por  
un  
senado  
fiel,  
por  
un  
pueblo  
virtuoso,  
por  
la  
paz  
del  
mundo  
-por  
todo,  
en  
fin,  
lo  
que  
el  
emperador  
pueda  
desear,  
como  
hombre  
o  
como  
César.»  
Y  
sigue  
diciendo  
que  
el  
cristiano  
no  
puede  
por  
menos  
de  
apreciar  
al  
emperador,  
porque

«es  
llamado  
por  
nuestro  
Señor  
para  
ejercer  
su  
cargo.»  
Y

concluye  
diciendo  
que  
«  
el  
César  
es  
más  
nuestro  
que  
vuestro,  
porque  
nuestro  
Dios  
es  
el  
que  
le  
ha  
nombrado.»  
Arnobio  
(4:36)  
declara  
que  
en  
las  
reuniones  
de  
los  
cristianos  
«se  
pide  
la  
paz  
y  
el  
perdón  
para  
todos  
los  
que  
están  
en  
autoridad.»  
Era  
la  
constante  
y  
reconocida  
enseñanza  
de  
la  
Iglesia  
Cristiana  
que  
había  
que  
obedecer  
y



orar  
por  
el  
poder  
civil,  
aunque  
estuviera  
personificado  
en  
un  
Nerón.  
¿Qué  
pensamiento  
y  
creencia  
hay  
detrás  
de  
todo  
esto?

(i)  
En  
el  
caso  
de  
Pablo  
había  
una  
razón  
inmediata  
para  
que  
hiciera  
hincapié  
en  
la  
obediencia  
civil.  
Los  
judíos  
eran  
notorios  
como  
rebeldes.  
Palestina,  
y  
especialmente  
Galilea,  
estaba  
bullendo  
constantemente  
de  
insurrección.  
Sobre  
todo,  
estaban  
los  
celotas,

que  
estaban  
convencidos  
de  
que  
no  
debía  
haber  
más  
rey  
para  
los  
judíos  
que  
Dios,  
y  
que  
no  
se  
debía  
pagar  
tributo  
a  
nadie  
más  
que  
a  
Dios.  
Tampoco  
se  
conformaban  
con  
una  
resistencia  
pasiva.  
Creían  
que  
Dios  
no  
los  
ayudaría  
más  
que  
si  
se  
embarcaban  
en  
acción  
violenta  
para  
ayudarse  
a  
sí  
mismos.  
Su  
intención  
era  
hacer  
cualquier  
gobierno

civil  
imposible.  
Se  
los  
conocía  
como  
los  
«dagados».  
Eran  
nacionalistas  
fanáticos  
conjurados  
para  
usar  
métodos  
terroristas,  
no  
sólo  
contra  
los  
romanos,  
sino  
hasta  
el  
punto  
de  
destruir  
las  
casas,  
quemar  
las  
cosechas  
y  
hasta  
asesinar  
a  
las  
familias  
de  
sus  
compatriotas  
judíos  
que  
pagaran  
tributo  
al  
Imperio  
Romano.  
Pablo  
no  
le  
encontraba  
ningún  
sentido  
a  
una  
actitud  
así.  
Esa  
era

la  
negación  
más  
absoluta  
de  
la  
conducta  
cristiana.  
Y  
sin  
embargo,  
por  
lo  
menos  
para  
una  
parte  
de  
la  
nación  
judía,  
eso  
era  
lo  
normal.  
Puede  
que  
Pablo  
estuviera  
escribiendo  
aquí  
tan  
claramente  
porque  
quería  
disociar  
el  
Cristianismo  
de  
cualquier  
insurreccionismo  
judío,  
y  
dejar  
totalmente  
claro  
que  
los  
cristi-  
tianos  
eran  
buenos  
ciudadanos.

(ii)  
Pero  
hay  
algo  
más

que  
una  
situación  
coyuntural  
en  
la  
relación  
entre  
los  
cristianos  
y  
el  
estado.  
Puede  
ser  
verdad  
que  
Pablo  
tuviera  
en  
mente  
las  
circunstancias  
que  
causaban  
las  
insurrecciones  
judías,  
pero  
tenía  
otras  
cosas  
también.  
Lo  
primero  
y  
principal  
es  
que  
nadie  
puede  
ni  
debe  
disociarse  
totalmente  
de  
la  
sociedad  
en  
la  
que  
vive.  
Nadie  
puede,  
en  
conciencia,  
optar  
por  
desligarse  
de

la  
nación.  
Como  
parte  
de  
ella,  
disfruta  
de  
ciertos  
beneficios  
que  
no  
podría  
tener  
si  
viviera  
aislado;  
pero  
no  
puede  
reclamar  
los  
privilegios  
y  
evitar  
las  
obligaciones.  
De  
la  
misma  
manera  
que  
forma  
parte  
del  
Cuerpo  
de  
Cristo  
que  
es  
la  
Iglesia,  
también  
forma  
parte  
del  
cuerpo  
de  
la  
nación;  
no  
hay  
tal  
cosa  
en  
el  
mundo  
como  
individualismo  
aislacionista.

La  
persona  
tiene  
deberes  
para  
con  
el  
estado,  
que  
debe  
cumplir  
aunque  
el  
que  
esté  
en  
el  
trono  
sea  
Nerón.  
(iii)  
El  
ciudadano  
debe  
al  
estado  
la  
protección.  
Era  
una  
de  
las  
ideas  
platónicas  
que  
el  
estado  
existe  
para  
garantizar  
la  
justicia  
y  
la  
seguridad,  
y  
para  
proteger  
al  
hombre  
de  
las  
bestias  
y  
de  
«los»  
bestias,  
es  
decir,  
de

la  
gente  
salvaje,  
dentro  
y  
fuera  
del  
país.  
«La  
gente  
-se  
ha  
dicho-se  
reunía  
como  
un  
rebaño  
detrás  
de  
un  
muro  
para  
sentirse  
a  
salvo.»  
Un  
estado  
es  
esencialmente  
un  
cuerpo  
de  
personas  
que  
se  
han  
aliado  
para  
mantener  
ciertas  
relaciones  
mutuas  
mediante  
el  
cumplimiento  
de  
ciertas  
leyes.  
Sin  
esas  
leyes  
y  
el  
consentimiento  
general  
de  
cumplirlas,  
el  
malvado  
fuerte



y  
egoísta  
se  
haría  
con  
el  
poder;  
el  
más  
débil  
estaría  
indefenso;  
la  
vida  
no  
tendría  
más  
ley  
que  
la  
de  
la  
selva.  
Todas  
las  
personas  
ordinarias  
deben  
su  
seguridad  
al  
estado,  
y  
tienen  
por  
tanto  
una  
responsabilidad  
para  
con  
él.

(iv)  
La  
gente  
ordinaria  
debe  
al  
estado  
una  
gran  
gama  
de  
servicios  
que  
viviendo  
individualmente  
no  
podría

disfrutar.  
Sería  
imposible  
que  
todos  
tuviéramos  
agua  
corriente,  
alcantarillado,  
electricidad,  
transporte  
y  
un  
largo  
etcétera.  
Todo  
esto  
sólo  
es  
posible  
cuando  
se  
está  
de  
acuerdo  
en  
vivir  
en  
sociedad.  
No  
estaría  
bien  
que  
uno  
disfrutara  
de  
todo  
lo  
que  
provee  
el  
estado  
sin  
cumplir  
sus  
obligaciones.  
Esa  
es  
una  
razón  
que  
obliga  
al  
cristiano  
a  
ser  
un  
buen  
ciudadano  
y

cumplir  
todos  
sus  
deberes  
como  
tal.  
(v)  
Pero  
la  
principal  
razón  
que  
veía  
Pablo  
era  
que  
el  
Imperio  
Romano  
era  
el  
instrumento  
divinamente  
ordenado  
para  
salvar  
al  
mundo  
del  
caos.  
Quitad  
el  
imperio,  
y  
el  
mundo  
se  
desintegraría  
en  
pavesas.  
Fue  
en  
realidad  
la  
pax  
romana  
lo  
que  
hizo  
posible  
la  
expansión  
misionera  
del  
Cristianismo.  
Idealmente  
las  
personas  
deben  
estar

unidas  
por  
el  
amor  
cristiano;  
pero  
no  
lo  
están;  
y  
el  
cemento  
que  
las  
mantiene  
unidas  
es  
el  
estado.  
Pablo  
vio  
en  
el  
estado  
un  
instrumento  
en  
las  
manos  
de  
Dios  
para  
preservar  
al  
mundo  
del  
caos.  
Los  
administradores  
del  
estado  
estaban  
cumpliendo  
un  
papel  
importante  
en  
una  
gran  
tarea.  
Lo  
supieran  
o  
no,  
estaban  
haciendo  
un  
trabajo  
ordenado  
por

Dios,  
y  
el  
deber  
del  
cristiano  
es  
ayudar  
y  
no  
dificultar.

LAS DEUDAS QUE HAY QUE PAGAR

Y LA QUE NUNCA SE PUEDE PAGAR

Romanos  
13:8-10

No  
le  
debáis  
nada  
a  
nadie,  
a  
excepción  
del  
amor;  
porque  
el  
que  
ama  
a  
los  
demás  
ya  
ha  
cumplido  
la  
Ley.  
Los  
mandamientos  
No  
adulteres,  
No  
mates, No  
robes, No  
codicies, y  
todos  
los  
demás-se  
resumen  
en  
éste:  
«Ama

a  
tu  
prójimo  
como  
a  
ti  
mismo.  
»  
El  
amor  
no  
le  
hace  
mal  
al  
prójimo;  
así  
que  
el  
amor  
es  
el  
perfecto  
cumplimiento  
de  
la  
Ley.

El  
pasaje  
anterior  
trataba  
de  
lo  
que  
se  
podrían  
llamar  
las  
deudas  
sociales  
de  
las  
personas.  
El  
versículo  
7  
mencionaba  
dos  
de  
esas  
deudas:  
lo  
que  
Pablo  
llama  
tributo,  
y  
lo  
que  
llama  
impuestos.  
Entiende  
por  
tributo  
el  
que  
tenían  
que  
pagar  
los  
ciudadanos  
de  
una  
nación  
sometida.  
Las  
tres  
clases  
de  
contribuciones  
que  
imponía  
el  
Imperio  
Romano  
eran:

(a)  
Una  
contribución  
sobre  
el  
suelo, que  
se  
pagaba  
o  
en  
dinero  
o  
en  
especie  
-una  
décima  
parte  
del  
grano,  
un  
quinto  
del  
vino  
y  
de  
los  
productos  
del  
campo-.

(b)  
El  
impuesto  
sobre  
la  
renta,  
que  
era  
del  
uno  
por  
ciento  
de  
los  
ingresos.

(c)  
El  
impuesto  
de  
capitación,  
que  
pagaban  
todos  
los  
comprendidos  
entre  
catorce  
y  
sesenta  
y  
cinco



años.  
Por  
impuestos  
Pablo  
entendía  
los  
locales  
-de  
aduanas,  
importación  
y  
exportación;  
por  
el  
uso  
de  
ciertas  
carreteras  
y  
puentes;  
los  
de  
entrada  
en  
mercados  
y  
puertos;  
por  
tener  
derecho  
a  
poseer  
un  
animal  
o  
un  
carro-.  
Pablo  
insistía  
en  
que  
los  
cristianos  
deben  
pagar  
los  
tributos  
e  
impuestos  
al  
estado  
y  
a  
las  
autoridades  
locales,  
aunque  
sean  
gravosos.

Y  
luego  
pasa  
a  
las  
deudas  
privadas.  
Dice:  
«No  
le  
debáis  
nada  
a  
nadie.»  
Puede  
parecer  
que  
eso  
no  
hacía  
falta  
decirlo;  
pero  
había  
algunos  
que  
tergiversaban  
la  
petición  
del  
padrenuestro  
-«Perdónanos  
nuestras  
deudas  
como  
nosotros  
perdonamos  
a  
nuestros  
deudores»-como  
una  
razón  
para  
pedir  
que  
se  
le  
perdonaran  
las  
obligaciones  
económicas.  
Pablo  
tenía  
que  
recordarle  
a  
su  
gente  
que

el  
Cristianismo  
no  
es  
una  
disculpa  
para  
dejar  
de  
cumplir  
las  
obligaciones  
que  
tenemos  
con  
nuestros  
semejantes,  
sino  
al  
contrario:  
es  
una  
razón  
para  
cumplirlas  
a  
rajabla.

Luego  
sigue  
hablando  
de  
la  
única  
deuda  
que  
el  
cristiano  
tiene  
que  
pagar  
todos  
los  
días  
y  
que,  
sin  
embargo,  
no  
acaba  
de  
saldar  
nunca:  
la  
deuda  
de  
amor  
que  
tiene

con  
todos  
los  
hombres.  
Orígenes  
decía:  
«  
La  
deuda  
del  
amor  
sigue  
con  
nosotros  
permanentemente  
y  
nunca  
nos  
deja;  
es  
una  
deuda  
que  
devolvemos  
todos  
los  
días  
y  
que  
debemos  
siempre.»  
Pablo

mantiene  
que  
si  
una  
persona  
trata  
de  
cumplir  
esta  
deuda  
de  
amor  
honradamente,  
cumplirá  
automáticamente  
todos  
los  
man-  
damientos.  
No  
cometerá  
adulterio;  
porque,  
cuando  
dos  
personas

se  
dejan  
llevar  
por  
sus  
pasiones,  
no  
lo  
hacen  
porque  
se  
quieren  
demasiado,  
sino  
porque  
se  
quieren  
demasiado  
poco;  
en  
el  
amor  
verdadero  
hay  
respeto  
y  
dominio  
propio  
que  
nos  
libra  
del  
pecado.  
No  
matará;  
porque  
el  
amor  
no  
trata  
de  
destruir,  
sino  
de  
edificar;  
es  
siempre  
amable,  
y  
tratará  
de  
destruir,  
no  
al  
enemigo,  
sino  
la  
enemistad,  
convirtiéndola  
en

amistad.  
No  
robará;  
porque  
el  
amor  
tiene  
más  
interés  
en  
dar  
que  
en  
tomar.  
No  
codiciará;  
porque  
la  
codicia  
(epithimía)  
es  
un  
deseo  
incontrolado  
de  
cosas  
prohibidas,  
y  
el  
amor  
limpia  
el  
corazón  
desterrando  
de  
él  
el  
mal  
deseo.

Hay  
un  
dicho  
famoso:  
<  
Ama,  
y  
haz  
lo  
que  
quieras.»  
Si  
el  
amor  
mana  
abundantemente  
en  
el  
corazón;

si  
toda  
la  
vida  
está  
dominada  
por  
el  
amor  
a  
Dios  
Y  
al  
prójimo,  
uno  
no  
necesita  
más  
ley.

LA  
ADVERTENCIA  
DEL  
TIEMPO

Romanos  
13:11-14

Además  
hay  
otra  
cosa:  
daos  
cuenta  
del  
tiempo  
en  
que  
vivís,  
y  
que  
ya  
es  
hora  
de  
que  
os  
despertéis  
del  
sueño  
en  
que  
vivíais;  
porque  
ahora  
estáis  
más

cerca  
de  
la  
Salvación  
que  
cuando  
os  
convertisteis.  
La  
noche  
está  
en  
las  
últimas,  
y  
se  
acerca  
el  
día;  
así  
que  
dejémonos  
ya  
de  
lo  
que  
se  
hace  
en  
la  
oscuridad  
y  
pongámonos  
la  
armadura  
de  
la  
luz.  
Comportémonos  
como  
los  
que  
ven  
lo  
hermosa  
que  
es  
la  
vida,  
es  
decir,  
como  
los  
que  
viven  
de  
día,  
y  
no  
ya



en  
jaranas  
ni  
borracheras,  
en  
inmoralidad  
y  
desvergüenza,  
en  
rivalidades  
y  
peleas.  
En  
una  
palabra:  
Vestíos  
del  
Señor  
Jesucristo,  
y  
dejaos  
ya  
de  
vivir  
como  
si  
no  
tuvierais  
más  
propósito  
que  
el  
satisfacer  
los  
deseos  
de  
la  
naturaleza  
humana  
sin  
Cristo.

Como  
tantos  
grandes  
hombres,  
Pablo  
era  
consciente  
de  
la  
brevedad  
del  
tiempo.  
A  
Andrew  
Marvell  
le  
parecía

estar  
oyendo  
siempre:  
«La  
carroza  
alada  
del  
tiempo  
se  
apresura...»  
Keats  
también  
estaba  
obsesionado  
con  
el  
temor  
de  
dejar  
de  
ser  
antes  
de  
que  
su  
pluma  
hubiera  
espigado  
los  
últimos  
productos  
de  
su  
cerebro.

Pero  
había  
más  
en  
el  
pensamiento  
de  
Pablo  
que  
la  
indiscutible  
brevedad  
del  
tiempo.  
Esperaba  
la  
Segunda  
Venida  
de  
Cristo.  
Era  
la  
esperanza  
inminente

de  
la  
Iglesia  
Primitiva,  
y  
por  
tanto  
no  
olvidaba  
la  
obligación  
de  
estar  
preparada.  
Esa  
esperanza  
se  
ha  
ido  
haciendo  
más  
tenue  
e  
imprecisa;  
pero  
queda  
un  
hecho  
permanente:  
ninguno  
sabemos  
cuándo  
Dios  
nos  
va  
a  
llamar  
para  
que  
dejemos  
el  
mundo  
y  
vayamos  
con  
Él.  
El  
tiempo  
se  
va  
acortando,  
porque  
cada  
día  
estamos  
más  
cerca  
de  
su  
final.

Debemos  
estar  
preparados.

Los  
últimos  
versículos  
de  
este  
pasaje  
no  
se  
olvidarán  
jamás,  
porque  
fueron  
clave  
en  
la  
conversión  
de  
Agustín  
de  
Hipona.  
El  
mismo  
nos  
lo  
cuenta  
en  
sus  
confesiones:  
Estaba  
paseando  
por  
un  
jardín,  
con  
el  
corazón  
apesadumbrado  
por  
su  
fracaso  
moral,  
y  
no  
hacía  
más  
que  
exclamar  
angustiosamente:  
«  
¿Hasta  
cuándo,  
hasta  
cuándo?  
Mañana  
y

mañana...  
¿por  
qué  
no  
ahora?  
¿Por  
qué  
no  
ha  
de  
ser  
esta  
hora  
el  
final  
de  
mi  
depravación?»  
De  
pronto  
le  
pareció  
oír  
una  
voz  
que  
decía:  
«  
¡Toma  
y  
lee!  
¡Toma  
y  
lee!»  
Parecía  
la  
voz  
de  
un  
chiquillo;  
pero,  
por  
más  
que  
lo  
intentó,  
no  
pudo  
recordar  
ningún  
juego  
infantil  
en  
el  
que  
se  
dijeran  
esas  
palabras.  
Volvió

a  
toda  
prisa  
al  
lugar  
en  
que  
estaba  
sentado  
su  
amigo  
Alipio,  
donde  
había  
dejado  
un  
volumen  
de  
los  
escritos  
de  
Pablo.  
«  
Lo  
tomé  
con  
ansia  
-cuenta  
Agustín-y  
leí  
en  
silencio  
el  
primer  
pasaje  
en  
que  
se  
posaron  
mis  
ojos:  
«  
No  
andemos  
en  
jaranas  
ni  
borracheras,  
en  
inmoralidad  
y  
desvergüenza,  
en  
rivalidades  
y  
peleas.  
En  
una  
palabra:  
Vestíos

del  
Señor  
Jesucristo,  
y  
dejaos  
ya  
de  
vivir  
como  
si  
no  
tuvierais  
más  
propósito  
que  
el  
satisfacer  
los  
deseos  
de  
la  
naturaleza  
humana  
sin  
Cristo.»  
Ni  
quise

ni  
necesité  
leer  
más.  
Al  
acabar  
esa  
frase,  
como  
si  
la  
luz  
de  
la  
certeza  
me  
hubiera  
inundado  
el  
corazón,  
todas  
las  
sombras  
de  
la  
duda  
se

dispersaron.  
Puse  
el  
dedo  
en  
la  
página,  
y  
cerré  
el  
libro;  
me  
volví  
hacia  
Alipio  
con  
el  
rostro  
tranquilo,  
y  
se  
lo  
conté.»  
Dios  
había  
hablado  
a  
Agustín  
desde  
Su



Palabra.  
Fue  
ColérIDGE  
el  
que  
dijo  
que  
creía  
que  
la  
Biblia  
estaba  
inspirada  
«porque  
me  
encuentra  
a  
mí.»  
La  
Palabra  
de  
Dios  
siempre  
puede  
encontrar  
al  
corazón  
humano.

Es  
interesante  
fijarse  
en  
los  
seis  
pecados  
que  
selecciona  
Pablo  
como,  
digamos,  
típicos  
de  
la  
vida  
sin  
Cristo.

(i)  
Está  
la  
jarana  
(kómos).  
Es  
una  
palabra  
muy  
interesante.

En  
un  
principio  
kómos  
designaba  
a  
la  
banda  
de  
amigos  
que  
acompañaban  
hasta  
su  
casa  
a  
un  
vencedor  
en  
los  
juegos,  
cantando  
sus  
alabanzas  
Y  
celebrando  
su  
triunfo.  
Luego  
llegó  
a  
significar  
una  
banda  
de  
gamberros  
que  
recorrían  
las  
calles  
de  
la  
ciudad  
de  
noche  
armando  
jaleo.  
Describe  
la  
clase  
de  
jarana  
que  
deshonra  
a  
los  
que  
participan  
en  
ella

Y  
molesta  
a  
todos  
los  
demás.  
(ii)  
Está  
la  
borrachera  
(methé).  
Los  
griegos  
la  
consideraban  
de  
lo  
más  
desagradable.  
Eran  
un  
pueblo  
que  
bebía  
vino.  
Hasta  
los  
niños  
lo  
bebían.  
Llamaban  
al  
desayuno  
akratisma,  
que  
consistía  
en  
una  
rebanada  
de  
pan  
mojada  
en  
vino.  
Pero,  
con  
todo  
y  
con  
eso,  
la  
borrachera  
les  
parecía  
algo  
vergonzoso;  
porque  
bebían  
el  
vino

bastante  
diluido,  
y  
lo  
bebían  
porque  
el  
agua  
no  
siempre  
era  
más  
inofensiva.  
Este  
era  
un  
vicio  
que  
no  
sólo  
los  
cristianos,  
sino  
también  
los  
paganos  
respetables  
despreciaban.  
(iii)  
Estaba  
la  
inmoralidad  
(koité).  
Koité  
quiere  
decir  
literalmente  
cama,  
y  
suele  
tener  
el  
sentido  
de  
una  
cama  
prohibida  
o  
deshonrosa.  
Este  
era  
un  
pecado  
característico  
del  
paganismo.  
La  
palabra  
sugiere  
la

actitud  
del  
que  
no  
da  
ningún  
valor  
a  
la  
fidelidad,  
y  
que  
busca  
el  
placer  
donde  
y  
cuando  
quiere.  
(iv)  
Está  
la  
desvergüenza  
(asélgueia).  
Asélgueia  
es  
una  
de  
las  
palabras  
más  
feas  
de  
la  
lengua  
griega.  
No  
describe  
simple-  
mente  
la  
inmoralidad,  
sino  
al  
que  
ha  
perdido  
totalmente  
la  
vergüenza.  
La  
mayor  
parte  
de  
la  
gente  
trata  
de  
ocultar  
sus

malas  
acciones;  
pero  
no  
el  
hombre  
que  
se  
ha  
vendido  
a  
la  
asélgueia.  
A  
ese  
no  
le  
importa  
que  
le  
vean,  
ni  
la  
clase  
de  
espectáculo  
que  
es,  
ni  
lo  
que  
la  
gente  
piense  
de  
él.  
Asélgueia  
es  
la  
cualidad  
del  
que  
se  
atreve  
a  
hacer  
públicamente  
lo  
que  
sería  
vergonzoso  
para  
cualquiera  
de  
sus  
semejantes.  
(v)  
Está  
la  
rivalidad

(eris).  
Eris  
es  
el  
espíritu  
que  
nace  
de  
la  
competencia  
desembocada  
Y  
despiadada.  
Viene  
del  
ansia  
de  
posición  
Y  
poder  
Y  
prestigio,  
Y  
del  
odio  
a  
que  
le  
sobrepasen.  
Es  
esencialmente  
el  
pecado  
que  
coloca  
el  
yo  
por  
delante,  
Y  
es  
por  
tanto  
la  
negación  
total  
del  
amor  
cristiano.  
(vi)  
Está  
la  
envidia  
(zélus).  
Zélus  
no  
tiene  
que  
ser  
una

palabra  
mala.  
En  
español  
tiene  
sentidos  
contrarios  
según  
se  
use  
en  
singular  
-celo-o  
en  
plural  
-celos-.  
Puede  
describir  
la  
noble  
emulación  
del  
que,  
cuando  
se  
encuentra  
ante  
la  
nobleza  
de  
carácter,  
desea  
alcanzarla.  
Pero  
también  
puede  
querer  
decir  
la  
envidia  
que  
resiente  
la  
nobleza  
y  
la  
preeminencia  
de  
otro.  
Aquí  
describe  
el  
espíritu  
que  
no  
se  
da  
por  
satisfecho  
con



lo  
que  
tiene,  
y  
que  
mira  
con  
envidia  
todo  
lo  
que  
obtienen  
los  
demás  
merecidamente.  
RESPETAR  
LOS  
ESCRÚPULOS

Romanos  
14:1

Haced  
que  
se  
sienta  
bienvenido  
entre  
vosotros  
el  
que  
es  
débil  
en  
la  
fe,  
pero  
no  
para  
luego  
poneros  
a  
criticarlo  
sus  
escrúpulos.

Pablo  
se  
está  
refiriendo  
aquí  
a  
algo  
que  
puede  
que  
fuera

un  
problema  
temporal  
y  
local  
de  
la  
iglesia  
de  
Roma,  
pero  
que  
se  
presenta  
con  
much  
frecuencia  
en  
las  
iglesias  
y  
requiere  
solución.  
En  
la  
iglesia  
de  
Roma  
parece  
que  
había  
dos  
tendencias.  
Algunos  
creían  
que  
la  
libertad  
cristiana  
había  
desterrado  
los  
viejos  
tabúes;  
que  
ya  
no  
tenían  
sentido  
las  
antiguas  
leyes  
relativas  
a  
los  
alimentos,  
y  
que  
el  
Cristianismo

no  
tenía  
que  
ver  
con  
guardar  
ciertos  
días  
como  
si  
tuvieran  
un  
carácter  
especial.  
Pablo  
deja  
bien  
claro  
que  
ésta  
es  
la  
actitud  
de  
la  
verdadera  
fe  
cristiana.  
Por  
otra  
parte,  
había  
algunos  
que  
estaban  
llenos  
de

escrúpulos:  
creían  
que  
no  
se  
podía  
comer  
carne,  
y  
que  
había  
que  
cumplir  
rigurosamente  
la  
ley  
del  
sábado.  
Pablo  
llama  
a

los  
superescrupulosos  
débiles  
en  
la  
fe.  
¿Qué  
quería  
decir?

Se  
puede  
ser  
débil  
en  
la  
fe  
por  
dos  
razones:

(i)  
Porque  
todavía  
no  
se  
ha  
descubierto  
el  
sentido  
de  
la  
libertad  
cristiana,  
y  
en  
el  
fondo  
se  
sigue  
siendo  
legalista  
y  
se  
ve  
el  
Cristianismo  
como  
una  
serie  
de  
reglas  
y  
reglamentos.  
(ii)  
Porque  
uno  
no

se  
ha  
liberado  
todavía  
de  
la  
fe  
en  
la  
eficacia  
de  
las  
obras,  
y  
cree  
que  
puede  
ganar  
el  
favor  
de  
Dios  
haciendo  
ciertas  
cosas  
y  
renunciando  
a  
otras.  
En  
el  
fondo  
está  
intentando  
ganarse  
la  
debida  
relación  
con  
Dios  
y  
no  
ha  
aceptado  
el  
camino  
de  
la  
Gracia;  
todavía  
está  
pensando  
más  
en  
lo  
que  
él  
puede  
hacer  
por

Dios  
que  
en  
lo  
que  
Dios  
ha  
hecho  
por  
él.  
Pablo  
exhorta  
a  
los  
hermanos  
fuertes  
a  
que  
reciban  
con  
cortesía  
a  
los  
hermanos  
débiles  
y  
que  
no  
los  
asedien  
constantemente  
con  
sus  
críticas.

Este  
problema  
no  
se  
limitó  
a  
los  
días  
de  
Pablo.  
Aún  
sigue  
habiendo  
en  
las  
iglesias  
dos  
puntos  
de  
vista.  
Uno  
es  
el  
más  
liberal,  
que  
no  
ve  
ningún  
peligro  
en  
muchas  
cosas  
y  
considera  
que  
ciertos  
placeres  
inocentes  
no,  
tienen  
por  
qué  
estar  
en  
contra  
del  
Evangelio.  
Y  
hay  
otro  
punto  
de  
vista  
más  
estrecho  
que  
se  
ofende

de  
muchas  
cosas  
que  
los  
más  
liberales  
consideran  
aceptables.

Pablo  
nos  
deja  
ver  
que  
sus  
simpatías  
están  
con  
el  
punto  
de  
vista  
más  
amplio;  
pero,  
al  
mismo  
tiempo,  
dice  
que  
hay  
que  
recibir  
con  
simpatía  
cristiana  
a  
esos  
hermanos  
más  
débiles  
que  
vienen  
a  
la  
iglesia.  
Cuando  
nos  
encontramos  
con  
alguien  
que  
tiene  
un  
punto  
de  
vista  
más



estrecho  
hay  
tres  
actitudes  
que  
debemos  
evitar:

(i)  
Debemos  
evitar  
la  
irritación.  
El  
ponernos  
negros  
con  
estas  
personas  
no  
conduce  
a  
ninguna  
parte.  
Por  
muy  
en  
desacuerdo  
que  
estemos  
con  
ellas,  
debemos  
tratar  
de  
comprender  
y  
respetar  
su  
punto  
de  
vista.

(ii)  
Debemos  
evitar  
poner  
en  
ridículo.  
A  
todo  
el  
mundo  
le  
hiere  
que  
se  
rían  
de  
algo

que  
considera  
que  
tiene  
valor.  
No  
es  
ningún  
<  
pecadillo  
insignificante»  
el  
burlarse  
de  
la  
fe  
de  
otro.  
Tal  
vez  
nos  
parezcan  
prejuicios  
más  
que  
creencias;  
pero  
nadie  
tiene  
derecho  
a  
reírse  
de  
lo  
que  
otro  
considera  
sagrado.  
Además,  
la  
risa  
no  
hará  
que  
el  
otro  
salga  
de  
su  
estrechez,  
sino  
le  
hará  
encerrarse  
más  
dentro  
de  
su  
concha  
y

volverse  
más  
rígido.  
(iii)  
Debemos  
evitar  
el  
desprecio.  
Está  
muy  
mal  
considerar  
al  
más  
estrecho  
como  
un  
estúpido  
anticuado  
y  
despreciar  
sus  
puntos  
de  
vista.  
El  
punto  
de  
vista  
de  
una  
persona  
es  
cosa  
suya,  
y  
hay  
que  
tratarla  
con  
respeto.  
No  
podremos  
nunca  
atraer  
a  
otro  
a  
nuestra  
posición  
si  
no  
le  
mostramos  
un  
respeto  
genuino  
a  
la  
suya.

De  
todas  
las  
actitudes  
que  
podamos  
adoptar  
con  
los  
demás,  
la  
más  
incompatible  
con  
la  
fe  
de  
Cristo  
es  
el  
desprecio.  
Antes  
de  
concluir  
con  
este  
versículo  
tenemos  
que  
advertir  
que  
hay  
otra  
traducción  
perfectamente  
posible:  
«Haced  
que  
se  
sienta  
bienvenido  
entre  
vosotros  
el  
que  
es  
débil  
en  
la  
fe,  
pero  
no  
le  
metáis  
en  
seguida  
en  
discusiones  
sobre  
cosas

que  
sólo  
pueden  
suscitar  
dudas.»  
Hay  
cristianos  
cuya  
fe  
es  
tan  
fuerte  
que  
no  
hay  
cuestiones  
ni  
debates  
que  
la  
puedan  
hacer  
vacilar;  
pero  
hay  
otros  
que  
tienen  
una  
fe  
sencilla  
que  
se  
puede  
inquietar  
innecesariamente  
con  
discusiones  
intelectuales.  
En  
las  
dos  
actitudes  
puede  
haber  
nobleza  
o  
extremismos  
perjudiciales;  
porque  
a  
veces,  
«  
el  
fuerte»  
cae  
en  
el  
orgullo  
de

considerarse  
superior  
y  
despreciar  
al  
«débil»  
por  
su  
ignorancia  
o  
escrúpulos;  
o  
«el  
débil»  
igualmente,  
dándoselas  
de  
verdaderamente  
creyente  
y  
piadoso,  
critica  
al  
«fuerte»  
por  
su  
intelectualismo  
mundano  
y  
su  
libertinaje.

Puede  
que  
en  
nuestro  
tiempo  
guste  
más  
de  
la  
cuenta  
discutir  
por  
discutir.  
Es  
pernicioso  
dar  
la  
impresión  
de  
que  
el  
Cristia-  
nismo  
consiste  
en  
una  
serie

de  
cuestiones  
en  
discusión.  
«  
Hemos  
descubierto  
-dice  
G.  
K.  
Chesterton-todas  
las  
preguntas  
que  
se  
pueden  
plantear.  
Ya  
es  
hora  
de  
que  
dejemos  
de  
buscar  
preguntas,  
y  
nos  
apliquemos  
a  
buscar  
respuestas.»  
«Dime  
algo  
de  
tus  
certezas  
decía  
Goethe-,  
que  
yo  
ya  
tengo  
bastantes  
dudas.»  
Hay  
una  
buena  
regla  
que  
se  
debería  
tener  
en  
cuenta  
en  
cualquier  
discusión:  
aunque  
sea

una  
discusión  
desconcertante,  
y  
aunque  
haya  
sido  
sobre  
cuestiones  
que  
no  
tienen  
una

solución  
clara,  
siempre  
se  
debe  
concluir  
con  
una  
afirmación.  
Puede  
que  
muchas  
preguntas  
queden  
sin  
contestación,  
pero  
debe  
haber  
alguna  
certeza  
que  
permanezca.

TOLERANCIA  
PARA  
OTROS  
PUNTOS  
DE  
VISTA

Romanos 14:2-4

Un  
creyente  
tiene  
la  
fe  
suficiente  
para  
creer  
que  
puede



comer  
de  
todo;  
mientras  
que  
otro  
tiene  
una  
fe  
débil, y  
no  
come  
más  
que  
verduras.  
Que  
el  
que  
come  
de  
todo  
no  
desprecie  
al  
que  
no  
lo  
hace;  
y  
que  
el  
que  
no  
come  
de  
todo  
no  
critique  
al  
que  
sí  
lo  
hace;  
si  
Dios  
los  
ha  
recibido,  
nosotros  
debemos  
recibirlos  
también.  
Además,  
¿quién  
eres  
tú  
para  
juzgar  
al  
esclavo

ajeno?  
Lo  
que  
le  
hace  
aceptable  
o  
inaceptable  
es  
lo  
que  
piense  
de  
él  
su  
amo...  
¡Y  
es  
aceptable,  
porque  
para  
su  
Amo  
lo  
es!

Aquí  
aparece  
una  
de  
las  
cuestiones  
que  
se  
debatían  
en  
la  
iglesia  
de  
Roma.  
Había  
algunos  
que  
no  
observaban  
leyes  
especiales  
en  
relación  
con  
la  
comida  
ni  
respetaban  
ciertos  
tabúes,  
y  
que  
comían

de  
todo;  
y  
había  
otros  
que  
concienzudamente  
se  
abstenían  
de  
la  
carne  
y  
eran  
vegetarianos.  
Había  
muchas  
sectas  
y  
religiones  
en  
el  
mundo  
antiguo  
que  
observaban  
leyes  
estrictas  
de  
comida;  
entre  
ellas,  
los  
judíos.  
En  
Levítico  
11  
tenemos  
una  
lista  
de  
los  
animales  
cuya  
carne  
se  
puede  
comer  
y  
de  
los  
que  
no.  
Una  
de  
las  
sectas  
judías  
más  
estrictas

eran  
los  
esenios:  
tenían  
comidas  
de  
la  
comunidad  
a  
las  
que  
iban  
bañados  
y  
con  
ropas  
especiales.  
Los  
alimentos  
tenían  
que  
prepararlos  
los  
sacerdotes,  
o  
no  
se  
podían  
comer.  
Pitágoras  
enseñaba  
que  
el  
alma  
humana  
es  
una  
deidad  
caída  
confinada  
en  
el  
cuerpo  
como  
en  
una  
tumba;  
creía  
en  
la  
reencarnación,  
por  
medio  
de  
la  
que  
al  
alma  
le  
podía

corresponder  
habitar  
en  
una  
persona,  
en  
un  
animal  
o  
en  
una  
planta,  
en  
la  
cadena  
internáble  
del  
ser.  
La  
liberación  
de  
esa  
cadena  
del  
ser  
se  
obtenía  
por  
medio  
de  
una  
pureza  
y  
disciplina  
rigurosas.  
La  
disciplina  
incluía  
el  
silencio,  
el  
estudio,  
el  
examen  
de  
conciencia  
y  
la  
abstención  
de  
la  
carne  
en  
las  
comidas.  
En  
casi  
todas  
las  
iglesias

cristianas  
habría  
quienes  
siguieran  
alguna  
de  
esas  
leyes  
o  
tabúes.

Es  
una  
forma  
del  
problema  
anterior.  
En  
la  
iglesia  
había  
un  
partido  
más  
estrecho  
y  
otro  
más  
liberal.  
Pablo  
indefectiblemente  
señala  
el  
peligro  
que  
podía  
surgir.  
Era  
de  
esperar  
que  
el  
partido  
más  
liberal  
despreciara  
los  
escrúpulos  
del  
más  
estrecho;  
y  
aún

más,  
que  
el  
partido  
más  
estrecho  
emitiera  
juicios  
condenatorios  
contra  
lo  
que  
ellos  
consideraban  
la  
laxitud  
del  
partido  
más  
liberal.  
La  
situación  
es  
tan  
acusada  
y  
peligrosa  
en  
las  
iglesias  
de  
hoy  
como  
lo  
era  
en  
tiempos  
de  
Pablo.

Para  
salirle  
al  
paso,  
Pablo  
establece  
un  
gran  
principio:  
Nadie  
tiene  
derecho  
a  
criticar  
al  
esclavo  
de  
otro.

El  
esclavo  
no  
tiene  
que  
dar  
cuenta  
nada  
más  
que  
a  
su  
amo.  
Ahora  
bien:  
todos  
somos  
esclavos  
de  
Dios.  
No  
nos  
corresponde  
a  
nosotros  
criticar  
a  
los  
demás,  
y  
menos  
condenarlos.  
Ese  
derecho  
sólo  
Le  
corresponde  
a  
Dios.  
No  
somos  
nosotros  
los  
que  
tenemos  
que  
decir  
si  
es  
aceptable  
o  
inaceptable  
nadie;  
y  
Pablo  
añade  
que,  
si  
una  
persona



vive  
honradamente  
de  
acuerdo  
con  
sus  
principios,  
es  
aceptable  
para  
Dios.

Muchas  
iglesias  
se  
han  
dividido  
porque  
los  
que  
tienen  
puntos  
de  
vista  
más  
amplios  
tienen  
una  
actitud  
despectiva  
hacia  
los  
que  
consideran  
conservadores  
cerrados  
o  
fundamentalistas;  
y  
porque  
los  
que  
tienen  
una  
actitud  
más  
estricta  
censuran  
a  
los  
que  
se  
reservan  
el  
derecho  
de  
hacer  
lo  
que

los  
otros  
consideran  
malo.  
No  
nos  
corresponde  
a  
nosotros  
condenarnos  
unos  
a  
otros.  
«Os  
ruego  
por  
las  
entrañas  
de  
Cristo  
-decía  
Cromwell  
a  
los  
rígidos  
escoceses  
de  
su  
tiempo-que  
tengáis  
en  
cuenta  
la  
posibilidad  
de  
que  
estéis  
equivocados.»  
Debemos  
desterrar  
de  
la  
comunión  
de  
la  
iglesia  
tanto  
la  
censura  
como  
el  
desprecio,  
y  
dejar  
todos  
los  
juicios  
a  
Dios;  
lo

nuestro  
debe  
ser  
simpatizar  
y  
comprender.

DIFERENTES  
CAMINOS  
CON  
EL  
MISMO  
DESTINO

Romanos  
14:  
Ss

Un  
creyente  
guarda  
un  
día  
especial;  
otro  
los  
considera  
todos  
iguales.  
Pues  
que  
cada  
cual  
esté  
convencido  
de  
lo  
que  
hace.  
El  
que  
guarda  
un  
día  
especial  
lo  
hace  
para  
el  
Señor.  
El  
que  
come,  
come  
delante  
del  
Señor,

porque  
Le  
da  
gracias.  
EL  
que  
se  
abstiene  
de  
ciertos  
alimentos, lo  
hace  
delante  
de  
Dios,  
porque  
también  
Le  
da  
gracias  
a  
Dios.

Pablo  
introduce  
otra  
situación  
en  
la  
que  
puede  
haber  
diferencias  
entre  
los  
más  
estrechos  
y  
los  
más  
anchos.  
Las  
personas  
más  
rigurosas  
dan  
mucho  
importancia  
a  
guardar  
ciertas  
fechas.  
Eso  
era  
especialmente  
característico  
de  
los  
judíos.

En  
más  
de  
una  
ocasión  
Pablo  
tuvo  
problemas  
con  
los  
que  
guardaban  
escrupulosamente  
las  
fiestas.

A  
los  
gálatas  
les  
escribió:  
«Guardáis  
los  
días,  
las  
lunas,  
las  
estaciones  
y  
los  
años...

¡Me  
temo  
que  
he  
estado  
trabajando  
para  
nada  
con  
vosotros!»  
(Gálatas  
4:  
10s).

Y  
a  
los  
colosenses:  
«Que  
nadie  
os  
critique  
por  
cuestiones  
de  
comida  
o  
bebida,  
o  
en  
relación

con  
fiestas,  
lunas  
nuevas  
o  
sábados.  
Estas  
cosas  
no  
son  
más  
que  
la  
sombra  
de  
lo  
que  
ha  
de  
venir;  
pero  
su  
contenido  
pertenece  
a  
Cristo»  
(Colosenses  
2:16s).  
Los  
judíos  
habían  
convertido  
el  
sábado  
en  
una  
tiranía,  
rodeándolo  
de  
una  
jungla  
de  
reglas  
y  
prohibiciones.  
No  
es  
que  
Pablo  
quisiera  
acabar  
con  
el  
día  
del  
Señor;  
eso  
de  
ninguna  
manera.

Lo  
que  
temía  
era  
una  
actitud  
que  
de  
hecho  
creía  
que  
el  
Cristianismo  
consistía  
en  
guardar  
un  
día  
especial.

El  
Cristianismo  
es  
mucho  
más  
que  
guardar  
el  
día  
del  
Señor.  
Cuando  
Mary  
Slessor  
pasó  
en  
solitario  
tres  
años  
en  
la  
selva,  
a  
menudo  
se  
confundía  
de  
día,  
porque  
no  
tenía  
calendario.  
«Una  
vez  
la  
encontraron  
celebrando  
el  
culto

en  
lunes,  
y  
otra  
vez  
arreglando  
el  
tejado  
en  
domingo  
creyendo  
que  
era  
lunes.»  
Nadie  
va  
a  
pretender  
que  
los  
cultos  
de  
Mary  
Slessor  
eran  
menos  
válidos  
por  
tenerlos  
en  
lunes,  
o  
que  
estaba  
quebrantando  
un  
mandamiento  
por  
trabajar  
en  
domingo.  
Pablo  
no  
habría  
negado  
jamás  
que  
el  
día  
del  
Señor  
es  
especialmente  
precioso;  
pero  
habría  
insistido  
igualmente  
en  
que



no  
se  
convirtiera  
en  
una  
tiranía,  
y  
menos  
en  
un  
fetiche.  
No  
es  
el  
día  
lo  
que  
hemos  
de  
reverenciar,  
sino  
a  
Aquél  
a  
Quien  
ofrecemos  
el  
culto  
porque  
es  
el  
Señor  
de  
todos  
los  
días.

A  
pesar  
de  
todo,  
Pablo  
pide  
que  
haya  
simpatía  
entre  
los  
hermanos  
más  
estrechos  
y  
los  
más  
anchos.  
Su  
argumento  
es  
que,

a  
pesar  
de  
las  
diferencias  
de  
práctica,  
su  
invalidad  
es  
la  
misma.  
En  
sus  
diferentes  
actitudes  
en  
relación  
con  
los  
días,  
todos  
creen  
que  
están  
haciendo  
la  
voluntad  
de  
Dios;  
y  
cuando  
se  
sientan  
a  
comer,  
unos  
comen  
carne  
y  
otros  
no,  
pero  
todos  
dan  
gracias  
a  
Dios.  
Haremos  
bien  
en  
recordarlo.  
Si  
yo  
quiero  
ir  
de  
Glasgow  
a  
Londres,

hay  
varias  
rutas  
que  
puedo  
seguir.  
De  
hecho  
podría  
llegar  
a  
mi  
destino  
sin  
pasar  
por  
los  
mismos  
lugares  
que  
otro  
viajero  
que  
saliera  
del  
mismo  
sitio  
y  
llegara  
al  
mismo  
sitio  
que  
yo.  
Según  
Pablo  
es  
el  
destino  
lo  
que  
nos  
une,  
y  
no  
debemos  
dejar  
que  
las  
diferencias  
de  
método  
nos  
dividan.

Pero  
sí  
insiste  
en

una  
cosa:  
Sea  
cual  
sea  
el  
camino  
que  
escoja,  
que  
cada  
cual  
esté  
convencido  
de  
lo  
que  
hace.  
Sus  
acciones  
deben  
estar  
inspiradas,  
no  
en  
la  
convención,  
sino  
en  
la  
convicción.  
Uno  
no  
debe  
hacer  
nada  
simplemente  
porque  
los  
otros  
lo  
hacen,  
ni  
porque  
está  
dominado  
por  
un  
sistema  
de  
tabúes  
más  
o  
menos  
supersticiosos;  
sino  
porque  
se  
lo  
ha

pensado  
y  
ha  
llegado  
a  
la  
conclusión  
de  
que,  
por  
lo  
menos  
él,  
eso  
es  
lo  
que  
tiene  
que  
hacer.

Pablo  
hubiera  
añadido  
algo  
más:  
Que  
nadie  
pretenda  
hacer  
de  
su  
conducta  
la  
regla  
universal  
para  
todos  
los  
demás.  
Esta  
ha  
sido,  
de  
hecho,  
una  
de  
las  
maldiciones  
de  
las  
iglesias.  
Los  
seres  
humanos  
tenemos  
la  
tendencia  
a

considerar  
que  
nuestra  
manera  
de  
hacer  
las  
cosas  
es  
la  
única  
perfecta,  
incluido  
el  
culto  
a  
Dios.  
T.  
R.  
Glover  
cita  
en  
algún  
lugar  
lo  
que  
decía  
Cambridge:  
«Sea  
lo  
que  
sea  
lo  
que  
tienes  
entre  
manos,  
hazlo  
conforme  
a  
tu  
leal  
saber  
y  
entender;  
pero  
recuerda  
que  
otro  
lo  
haría  
de  
otra  
manera.»  
Haríamos  
bien  
en  
no  
olvidar  
que,

en  
muchos

casos,  
es  
nuestro  
deber  
tener  
convicciones;  
pero  
también  
dejar  
que  
los  
demás  
tengan  
las  
suyas  
sin  
tomarlos  
por  
publicanos  
o  
pecadores.

LA  
IMPOSIBILIDAD  
DEL  
AISLAMIENTO

Romanos  
14:7-9

La  
razón  
de  
todo  
lo  
dicho  
es  
que  
no  
hay  
nadie  
que  
viva  
ni  
muera  
para  
sí  
solo;  
porque,  
ya  
sea  
que  
vivamos  
o  
que  
muramos,  
vivimos  
o  
morimos  
para  
el  
Señor,  
porque  
somos  
Su  
propiedad.  
Fue  
para  
esto  
para  
lo  
que  
Cristo  
murió  
y  
resucitó  
otra  
vez  
a



la  
vida:  
para  
ser  
el  
Señor  
tanto  
para  
los  
que  
viven  
como  
para  
los  
que  
mueren.

Pablo  
presenta  
el  
hecho  
innegable  
de  
que  
es  
por  
naturaleza  
imposible  
vivir  
una  
vida  
independiente.  
No  
hay  
tal  
cosa  
en  
el  
mundo  
como  
un  
individuo  
totalmente  
aislado.  
De  
hecho,  
eso  
es  
verdad  
en  
dos  
sentidos.  
<  
El  
hombre  
-decía  
Macneile  
Dixon-  
tiene

que  
ver  
con  
los  
dioses  
y  
con  
los  
mortales.»  
Nadie  
puede  
desligarse,  
ni  
de  
sus  
semejantes  
ni  
de  
Dios.

Hay  
tres  
dimensiones  
en  
las  
que  
uno  
no  
puede  
desligarse:

(i)  
No  
se  
puede  
aislar  
del  
pasado.  
No  
hay  
nadie  
que  
se  
haya  
hecho  
a  
sí  
mismo.  
«Soy  
parte  
-decía  
Ulises-de  
todo  
lo  
que  
me  
he  
encontrado.»

Todos  
hemos  
recibido  
una  
tradición.  
Somos  
una  
amalgama  
de  
todo  
lo  
que  
nuestros  
antepasados  
nos  
han  
hecho.  
Cierto  
que  
cada  
uno  
hace  
algo  
en  
esa  
amalgama;  
pero  
no  
empieza  
desde  
cero.  
Para  
bien  
o  
para  
mal  
empieza  
con  
todo  
lo  
que  
el  
pasado  
le  
ha  
hecho.  
La  
innumerable  
nube  
de  
testigos  
no  
sólo  
le  
rodea,  
sino  
que  
está  
en  
él.

No  
se  
puede  
disociar  
del  
tronco  
del  
que  
ha  
salido  
o  
de  
la  
roca  
de  
la  
que  
ha  
sido  
extraído.  
(ii)

No  
se  
puede  
aislar  
del  
presente.  
Vivimos  
en  
una  
civilización  
que  
nos  
va  
uniendo  
cada  
vez  
más  
estrechamente.  
Nada  
que  
haga  
una  
persona  
la  
afecta  
solamente  
a  
ella.  
Cada  
uno  
tiene  
el  
tremendo  
poder  
de  
hacer  
a  
otros  
felices

o  
desgraciados  
con  
su  
conducta;  
y  
el  
poder  
todavía  
más  
tremendo  
de  
hacer  
a  
otros  
buenos  
o  
malos.  
Cada  
persona  
irradia  
una  
influencia  
que  
les  
hace  
a  
otras  
seguir  
el  
camino  
hacia  
arriba  
o  
hacia  
abajo.  
Las  
obras  
de  
cada  
cual  
tienen  
consecuencias  
que  
afectan  
más  
o  
menos  
a  
otros.  
Cada  
persona  
está  
envuelta  
en  
el  
paquete  
de  
la  
vida,

del  
que  
no  
puede  
escapar.  
(iii)  
No  
se  
puede  
aislar  
del  
futuro.  
Como  
recibe  
la  
vida,  
así  
la  
transmite.  
Comunica  
a  
sus  
hijos  
una  
herencia  
de  
vida  
física  
y  
de  
carácter  
espiritual.  
No  
es  
una  
unidad  
hermética,  
sino  
un  
eslabón  
de  
la  
cadena.  
Alguien  
ha  
contado  
lo  
que  
le  
pasó  
a  
un  
chico  
que  
iba  
a  
lo  
suyo,  
y  
que

empezó  
a  
estudiar  
biología.  
Estaba  
viendo  
por  
el  
microscopio  
algunas  
de  
esas  
criaturas  
que  
se  
pueden  
ver  
nacer  
y  
producir  
otras  
y  
morir  
en  
un  
instante  
de  
tiempo.  
Cuando  
se  
levantó,  
dijo:  
<  
Ahora  
sé  
que  
soy  
un  
eslabón  
de  
la  
cadena,  
y  
ya  
no  
quiero  
ser  
más  
un  
eslabón  
flojo.»  
Nuestra  
tremenda  
responsabilidad  
está  
en  
lo  
que  
dejamos  
de

nosotros  
mismos  
en  
el  
mundo  
al  
dejarlo  
en  
otros.  
El  
pecado  
sería  
algo  
mucho  
menos  
terrible  
si  
solamente  
afectara  
al  
que  
lo  
comete.  
Nos  
debe  
infundir  
santo  
temor  
el  
pensar  
que  
cada  
pecado  
empieza  
o  
continúa  
una  
cadena  
de  
maldad  
en  
el  
mundo.  
Y  
una  
persona  
puede  
desligarse  
todavía  
menos  
de  
Jesucristo.

(i)  
En  
esta  
vida  
Cristo  
es



una  
Presencia  
viva  
para  
siempre.  
No  
tenemos  
que  
hablar  
de  
vivir  
como  
si  
Cristo  
nos  
viera;  
es  
que  
Él  
nos  
ve.  
Toda  
vida  
se  
vive  
en  
Su  
Presencia.  
Es  
tan  
imposible  
escapar  
del  
Cristo  
Resucitado  
como  
de  
nuestra  
propia  
sombra:  
no  
hay  
posibilidad  
de  
dejárnosle  
atrás,  
ni  
de  
hacer  
nada  
que  
Él  
no  
pueda  
ver.  
(ii)  
Ni  
siquiera  
la  
muerte

nos  
puede  
apartar  
de  
Su  
Presencia.  
En  
este  
mundo  
vivimos  
en  
la  
Presencia  
invisible  
de  
Cristo;  
en  
el  
siguiente  
viviremos  
en  
Su  
Presencia  
visible.  
La  
muerte  
no  
es  
una  
sima  
que  
acaba  
en  
la  
total  
eliminación,  
sino  
una  
puerta  
que  
conduce  
a  
Cristo.  
Ningún  
ser  
humano  
puede  
seguir  
una  
política  
de

aislacionismo.  
Está  
ligado  
a  
sus  
semejantes  
y

a  
Cristo  
por  
lazos  
que  
no  
pueden  
romper  
ni  
el  
tiempo  
ni  
la  
eternidad.  
Nadie  
puede  
vivir  
ni  
morir  
para  
sí  
mismo.

PERSONAS

A

JUICIO

Romanos  
14:10-12

¿Quién  
eres  
tú  
para  
juzgar  
a  
tu  
hermano  
por  
nada?  
¿Y  
tú,  
el  
otro,  
qué  
te  
has  
creído  
que  
eres  
para  
despreciar  
a  
tu  
hermano?  
Porque  
todos

vamos  
a  
comparecer  
ante  
el  
tribunal  
de  
Dios;  
porque  
está  
escrito:  
«Tan  
cierto  
como  
que  
Yo  
estoy  
vivo  
-dice  
Dios-, a  
Mí  
se  
doblarán  
todas  
las  
rodillas,  
y  
todas  
las  
lenguas  
confesarán  
su  
fe  
en  
Dios.  
»  
Así  
que  
cada  
cual  
dará  
cuenta  
a  
Dios  
por  
sí.

Hay  
una  
razón  
fundamental  
por  
la  
que  
no  
tenemos  
derecho  
a  
juzgar

a  
ningún  
otro,  
y  
es  
que  
cada  
uno  
de  
nosotros  
estamos  
pendientes  
de  
juicio.  
Es  
de  
esencia  
de  
nuestra  
condición  
humana  
que  
no  
estamos  
para  
juzgar  
a  
nadie,  
sino  
para  
ser  
juzgados.  
Para  
demostrarlo,  
Pablo  
cita  
Isaías  
45:23.

Cualquier  
judío  
estaría  
de  
acuerdo  
con  
Pablo  
en  
esto.  
Había  
un  
dicho  
rabínico:  
«No  
te  
imagines  
que  
la  
tumba  
va

a  
serte  
un  
refugio  
seguro;  
porque  
independientemente  
de  
tu  
voluntad  
fuiste  
formado,  
y  
naciste,  
y  
vives,  
y  
morirás,  
y  
tendrás  
que  
rendir

cuentas  
ante  
el  
Rey  
de  
reyes,  
el  
Santo,  
bendito  
sea.»  
Dios  
es  
el  
único  
que  
tiene  
derecho  
a  
juzgarnos;  
el  
que  
está  
pendiente  
de  
juicio  
no  
puede  
erigirse  
en  
juez.

Pablo  
ha  
estado  
pensando  
en  
la  
imposibilidad  
de  
la  
vida  
aislada.  
Pero  
hay  
una  
situación  
en  
la  
que  
cada  
uno  
estará  
aislado,  
y  
es  
ante  
el  
tribunal

de  
Dios.  
En  
los  
tiempos  
antiguos  
de  
la  
república  
romana,  
en  
la  
esquina  
del  
foro  
que  
estaba  
más  
lejos  
del  
capitolio  
estaba  
el  
tribunal,  
en  
el  
que  
el  
praetor  
urbanus  
se  
sentaba  
para  
hacer  
justicia.  
Cuando  
Pablo  
escribía  
esto,  
la  
justicia  
romana  
necesitaba  
más  
de  
un  
tribunal;  
así  
que,  
en  
las  
grandes  
basílicas,  
es  
decir,  
las  
columnatas  
que  
rodeaban  
el



foro,  
se  
sentaban  
los  
magistrados  
para  
hacer  
justicia.  
Los  
romanos  
estaban  
familiarizados  
con  
la  
escena  
del  
acusado  
que  
se  
presentaba  
a  
juicio  
ante  
el  
tribunal.

Eso  
es  
lo  
que  
pasa  
con  
todas  
las  
personas.  
Y  
es  
un  
tribunal  
ante  
el  
que  
nos  
hemos  
de  
presentar  
uno  
a  
uno.  
En  
este  
mundo,  
a  
veces  
se  
le  
aplican  
a  
uno

los  
méritos  
de  
otro.  
A  
muchos  
jóvenes  
los  
ha  
librado  
del  
castigo  
la  
honorabilidad  
de  
sus  
padres;  
muchos  
hombres  
han  
obtenido  
gracia  
a  
causa  
de  
su  
esposa  
o  
hijos.  
Pero  
en  
el  
juicio  
de  
Dios  
cada  
uno  
tiene  
que  
responder  
por  
sí.  
A  
veces,  
cuando  
muere  
algún  
personaje,  
se  
ponen  
encima  
del  
ataúd  
los  
ropajes  
y  
emblemas  
de  
sus  
títulos

o  
méritos;  
pero  
el  
muerto  
no  
lleva  
esas  
cosas  
consigo.  
Nacemos  
desnudos,  
y  
desnudos  
partimos  
de  
este  
mundo.  
Nos  
encontramos  
ante  
Dios  
en  
la  
tremenda  
soledad  
de  
nuestra  
alma;  
ante  
Él  
no  
podemos  
presentar  
más  
que  
el  
carácter  
que  
hemos  
forjado  
durante  
la  
vida.

Sin  
embargo,  
esa  
no  
es  
toda  
la  
verdad.  
No  
nos  
encontramos  
solos  
ante  
el

tribunal  
de  
Dios,  
porque  
Jesucristo  
está  
con  
noso-  
tros.  
No  
tenemos  
que  
presentarnos  
despojados  
de  
todo,  
sino  
cubiertos  
con  
Sus  
méritos.  
El  
escritor  
Y  
periodista  
Collin  
Brooks  
escribe  
en  
uno  
de  
sus  
libros:  
<  
Puede  
que  
Dios  
sea  
más  
benévolo  
de  
lo  
que  
pensamos.  
Si  
no  
puede  
decir:  
<  
¡Bien  
hecho,  
buen  
y  
fiel  
siervo!»,  
puede  
que  
acabe  
diciendo:  
"No

te  
preocupes,  
mal  
e  
infiel  
siervo  
mío:  
no  
me  
disgustas  
del  
todo."»  
Esa  
era  
la  
manera  
graciosa  
en  
que  
ese  
hombre  
expresaba  
su  
confianza;  
pero  
es  
más  
que  
eso:  
no  
es  
sólo  
que  
a  
Dios  
no  
le  
disgustamos  
del  
todo;  
es  
que,  
aunque  
somos  
pecadores,  
nos  
ama  
por  
amor  
de  
Jesucristo.  
Es  
verdad  
que  
tendremos  
que  
comparecer  
ante  
el  
tribunal

de  
Dios  
en  
la  
desnuda  
soledad  
de  
nuestra  
propia  
alma;  
pero,  
si  
hemos  
vivido  
con  
Cristo  
en  
el  
mundo,  
El  
estará  
con  
nosotros  
en  
la  
muerte,  
y  
será  
nuestro  
Abogado  
y  
nuestro  
Pastor  
en  
la  
Eternidad.

EL  
HOMBRE  
Y  
LA  
CONCIENCIA  
DE  
SU  
PRÓJIMO

Romanos  
14:13-16

Así  
es  
que,  
dejemos  
ya  
de  
dictar  
sentencia

contra  
los  
demás,  
y  
más  
bien  
sea  
ésta  
nuestra  
única  
decisión:  
proponernos  
no  
ponerle  
a  
nuestro  
hermano  
ningún  
tropiezo  
ni  
escándalo  
en  
el  
camino.  
Yo  
sé  
muy  
bien,  
y  
estoy  
convencido  
de  
ello  
como  
cristiano,  
que  
nada  
es  
impuro  
por  
sí.  
Pero  
también,  
si  
alguien  
piensa  
que  
algo  
es  
impuro,  
para  
él  
sí  
que  
lo  
es.  
Si  
haces  
que  
tu

hermano  
se  
escandalice  
de  
que  
comas  
alguna  
cosa,  
ya  
no  
te  
estás  
conduciendo  
de  
acuerdo  
con  
el  
principio  
que  
establece  
el  
amor.  
No  
causes  
una  
desgracia  
irreparable  
con  
lo  
que  
comas  
a  
una  
persona  
por  
la  
que  
Cristo  
dio  
Su  
vida.

Los  
estoicos  
enseñaban  
que  
había  
muchas  
cosas  
que  
ellos  
llamaban  
adiáfora,  
es  
decir,  
indiferentes.  
En  
sí  
eran



neutrales,  
ni  
buenas  
ni  
malas.  
Los  
estoicos  
lo  
explicaban  
diciendo  
que  
todo  
depende  
del  
mango  
por  
el  
que  
las  
cojas.  
Ahora  
bien:  
eso  
es  
indudablemente  
cierto.  
Un  
cuadro  
puede  
ser  
una  
obra  
de  
arte  
para  
un  
estudiante  
de  
pintura,  
mientras  
que  
para  
otra  
persona  
es  
una  
cosa  
obscena.  
Una  
conversación  
puede  
ser  
interesante  
y  
estimulante  
para  
un  
grupo  
de  
personas,

y  
una  
sarta  
de  
herejías  
y  
hasta  
de  
blasfemias  
para  
otros.  
Una  
diversión,  
un  
placer,  
un  
pasatiempo  
pueden  
ser  
totalmente  
permisibles  
para  
unos,  
y  
prohibidos  
para  
otros.  
Más  
aún:  
hay  
placeres  
que  
son  
inofensivos  
para  
una  
persona,  
y  
que  
pueden  
hacerle  
un  
daño  
irreparable  
a  
otra.  
Las  
cosas  
no  
son  
en  
sí  
ni  
limpias  
ni  
inmundas;  
lo  
que  
determina  
su

carácter  
es  
la  
actitud  
de  
la  
persona  
que  
las  
ve  
o  
hace.

Eso  
es  
lo  
que  
Pablo  
nos  
quiere  
decir  
aquí.  
Hay  
ciertas  
cosas  
que  
una  
persona  
que  
está  
firme  
en  
la  
fe  
puede  
considerar  
que  
puede  
hacer;  
pero,  
si  
una  
persona  
con  
una  
mentalidad  
más  
rigurosa  
la  
ve  
hacerlo,  
no  
le  
parecerá  
bien;  
y  
si  
es  
inducida

a  
hacerlo,  
su  
conciencia  
puede  
sufrir  
un  
daño  
irreparable.  
Vamos  
a  
poner  
un  
ejemplo  
sencillo.  
Una  
persona  
sinceramente  
no  
ve  
nada  
malo  
en  
participar  
en  
algún  
juego  
en  
domingo;  
pero  
a  
otra  
no  
le  
parece  
bien  
y  
le  
molesta;  
y  
si  
se  
la  
indujera  
a  
tomar  
parte  
en  
aquello,  
estaría  
sintiéndose  
mal  
todo  
el  
tiempo  
y  
creyendo  
que  
está  
haciendo

lo  
que  
no  
debería  
hacer.

El  
consejo  
de  
Pablo  
es  
claro:  
Es  
un  
deber  
cristiano  
el  
tener  
en  
cuenta  
no  
sólo  
nuestro  
punto  
de  
vista,  
sino  
también  
el  
de  
los  
demás.  
Fijémonos  
bien  
que  
Pablo  
no  
nos  
está  
diciendo  
que  
debemos  
someter  
nuestra  
conducta  
a  
los  
dictados  
de  
las  
conciencias  
de  
otros.  
Hay  
cosas  
que  
son  
en  
esencia

cuestiones  
de  
principio,  
y  
exigen  
una  
decisión  
personal.  
Pero  
hay  
muchas  
que  
son  
indiferentes  
y  
neutras;  
muchas  
no  
son  
ni  
buenas  
ni  
malas  
en  
sí;  
muchas  
no  
son  
partes  
esenciales  
de  
la  
vida  
o  
de  
la  
conducta,  
y  
pertenecen  
a  
la  
categoría  
de  
lo  
que  
pudiéramos  
llamar  
«los  
extras».  
La  
convicción  
de  
Pablo  
es  
que,  
en  
relación  
con  
esas  
cosas,

no  
tenemos  
derecho  
a  
ofender  
la  
conciencia  
de  
hermanos  
más  
escrupulosos  
haciéndolas  
nosotros;  
Y,  
menos,  
induciéndolos  
a  
que  
las  
hagan  
ellos.

La  
vida  
debe  
regirse  
por  
el  
principio  
del  
amor;  
y  
cuando  
así  
es  
pensaremos,  
no  
tanto  
en  
el  
derecho  
que  
tenemos  
a  
hacer  
las  
cosas  
a  
nuestra  
manera,  
como  
en  
nuestra  
responsabilidad  
hacia  
los  
demás.  
No  
tenemos

derecho  
a  
inquietar  
la  
conciencia  
ajena



en  
cosas  
que  
no  
tienen  
importancia.  
No  
se  
debe  
usar  
la  
libertad  
cristiana  
como  
excusa  
para  
lacerar  
los  
sentimientos  
de  
otros.  
Ningún  
placer  
es  
tan  
importante  
como  
para  
justificar  
causar  
ofensa  
o  
dolor,  
y  
menos  
ruina,  
a  
otros.  
Agustín  
de  
Hipona  
solía  
decir  
que  
toda  
la  
ética  
cristiana  
se  
puede  
resumir  
en  
el  
dicho:  
«Ama  
a  
Dios,  
y  
haz

lo  
que  
quieras.»  
En  
cierto  
sentido  
es  
cierto;  
pero  
el  
Cristianismo  
no  
consiste  
sólo  
en  
amar  
a  
Dios,  
sino  
también  
en  
amar  
a  
nuestro  
prójimo  
como  
a  
nosotros  
mismos.

EL  
PELIGRO  
DE  
LA  
LIBERTAD  
CRISTIANA

Romanos  
14:17-20

No  
permitas  
que  
el  
buen  
don  
que  
posees  
de  
la  
libertad  
se  
convierta  
en  
algo  
que  
te

desacredite;  
porque  
el  
Reino  
de  
Dios  
no  
consiste  
en  
comida  
y  
bebida,  
sino  
en  
la  
integridad, la  
paz  
y  
el  
gozo  
que  
son  
los  
dones  
del  
Espíritu  
Santo.  
Porque  
la  
persona  
que  
dirige  
su  
vida  
de  
acuerdo  
con  
este  
principio, y  
así  
llega  
a  
ser  
esclavo  
de  
Cristo, Le  
es  
agradable  
a  
Dios  
y  
aceptable  
a  
los  
hombres.  
Así  
que  
sigamos  
con  
atención

las  
cosas  
que  
contribuyen  
a  
la  
paz  
y  
las  
que  
nos  
edifican  
mutuamente.  
No  
destruyamos  
lo  
que  
Dios  
está  
haciendo  
por  
causa  
de  
la  
comida.  
Es  
verdad  
que  
todas  
las  
cosas  
nos  
están  
permitidas, pero  
no  
está  
bien  
que  
uno  
les  
haga  
la  
vida  
más  
difícil  
a  
los  
demás  
por  
lo  
que  
come.

En  
esencia  
Pablo  
se  
está  
refiriendo

aquí  
al  
peligro  
y  
al  
abuso  
de  
la  
libertad  
cristiana.  
Para  
un  
judío,  
la  
libertad  
cristiana  
tenía  
sus  
peligros;  
porque  
toda  
su  
vida  
había  
estado  
asediado  
por  
innumerables  
reglas  
y  
disposiciones:  
unas  
cosas  
eran  
limpias  
y  
otras  
inmundas;  
unos  
animales  
se  
podían  
comer  
y  
otros  
no;  
había  
que  
cumplir  
las  
leyes  
de  
la  
pureza  
ritual.  
Cuando  
un  
judío  
entraba  
en

el  
Cristianismo  
se  
encontraba  
con  
que  
todas  
esas  
reglas  
y  
disposiciones  
se  
habían  
anulado  
de  
golpe;  
y  
el  
peligro  
era  
que  
tomara  
el  
Evangelio  
como  
una  
licencia  
para  
hacer  
lo  
que  
le  
diera  
la  
gana.  
Debemos  
recordar  
que  
la  
libertad  
cristiana  
y  
el  
amor  
cristiano  
siempre  
están  
en  
armonía.  
Tenemos  
que  
mantenernos  
en  
la  
verdad  
de  
que  
la  
libertad  
cristiana

y  
el  
amor  
fraternal  
son  
inseparables.

Pablo  
les  
recuerda  
a  
los  
suyos  
que  
el  
Cristianismo  
no  
consiste  
en  
comer  
y  
beber  
lo  
que  
a  
uno  
se  
le  
antoje.  
Consiste  
en  
tres  
cosas  
muy  
grandes,  
que  
son  
opuestas  
al  
egoísmo.

(i)  
Está  
la  
integridad,  
que  
consiste  
en  
portarse  
con  
Dios  
y  
con  
los  
hombres  
como  
es  
debido.

Ahora  
bien:  
lo  
primero  
que  
se  
le  
debe  
a  
un  
semejante  
en  
la  
vida  
cristiana  
es  
simpatía  
y  
consideración;  
en  
el  
momento  
en  
que  
nos  
convertimos  
a  
Cristo,  
los  
sentimientos  
de  
los  
demás  
son  
más  
importantes  
que  
los  
nuestros;  
el  
Cristianismo  
quiere  
decir  
poner  
a  
los  
demás  
en  
primer  
lugar,  
y  
al  
yo  
en  
último.  
No  
podemos  
darle  
al  
otro



lo  
que  
le  
debemos  
y  
hacer  
lo  
que  
nos  
dé  
la  
gana.  
(ii)  
Está  
la  
paz.  
En  
el  
Nuevo  
Testamento,  
la  
paz  
no  
es  
simplemente  
la  
supresión  
de  
las  
hostilidades;  
no  
es  
una  
actitud  
negativa,  
sino  
intensamente  
positiva;  
incluye  
todo  
lo  
que  
contribuye  
al  
mayor  
bien.  
Los  
mismos  
judíos  
muchas  
veces  
con-  
sideraban  
la  
paz  
como  
un  
estado  
de  
relaciones

perfectas  
entre  
los  
hombres.  
Si  
nos  
empeñamos  
en  
que  
la  
libertad  
cristiana  
es  
hacer  
lo  
que  
nos  
dé  
la  
gana,  
la  
paz  
no  
se  
puede  
conseguir  
nunca.  
El  
Cristianismo  
consiste  
en  
una  
relación  
personal  
con  
Dios  
y  
con  
nuestros  
semejantes.  
La  
libertad  
cristiana  
limita  
con  
la  
obligación  
cristiana  
de  
vivir  
en  
la  
debida  
relación,  
en  
paz,  
con  
nuestros  
semejantes.  
(iii)

Está  
el  
gozo.  
El  
gozo  
cristiano  
no  
es  
nunca  
egoísta.  
No  
consiste  
en  
hacernos  
felices  
a  
nosotros  
mismos,  
sino  
a  
los  
demás.  
Una  
supuesta  
felicidad  
que  
hace  
a  
otros  
infelices  
no  
puede  
ser  
cristiana.  
Si  
uno,  
en  
su  
búsqueda  
de  
la  
felicidad,  
hiere  
el  
corazón  
e  
intranquiliza  
la  
conciencia  
de  
otro,  
el  
resultado  
que  
coseche  
no  
será  
gozo,  
sino  
tristeza.

El  
gozo  
cristiano  
no  
es  
individualista,  
sino  
interdependiente.

El  
cristiano  
experimenta  
el  
gozo  
cuando  
se  
lo  
produce  
a  
otros,  
aunque  
le  
reporte  
limitaciones.

Cuando  
uno  
vive  
de  
acuerdo  
con  
este  
principio  
llega  
a  
ser  
esclavo  
de  
Jesucristo.

Aquí  
está  
el  
meollo  
de  
la  
cuestión.

La  
libertad  
cristiana  
quiere  
decir  
que  
somos  
libres  
para  
hacer,  
no  
lo  
que  
queramos,  
sino  
lo

que  
Cristo  
quiere.  
Sin  
Cristo  
somos  
esclavos  
de  
nuestros  
hábitos,  
placeres  
e  
indulgencias.  
No  
hacemos  
realmente  
lo  
que  
queremos,  
sino  
lo  
que  
nos  
tiene  
esclavizada  
la  
voluntad.  
Pero  
cuando  
entra  
en  
nosotros  
el  
poder  
de  
Cristo,  
Él  
es  
nuestro  
dueño,  
y  
entonces  
y  
sólo  
entonces  
tenemos  
la  
verdadera  
libertad.  
Entonces  
somos  
libres,  
no  
para  
tratar  
a  
los  
demás  
ni  
para

vivir  
nuestra  
vida  
de  
la  
manera  
que  
nos

dictaba  
antes  
nuestra  
naturaleza  
egoísta.  
Somos  
libres  
para  
mostrar  
a  
todos  
nuestros  
semejantes  
la  
misma  
actitud  
de  
amor  
que  
hubo  
también  
en  
Cristo  
Jesús.

Pablo  
concluye  
estableciendo  
la  
meta  
cristiana  
en  
la  
comunidad.  
(a)  
Es  
una  
meta  
de  
paz;  
la  
finalidad  
de  
que  
los  
miembros  
de  
la  
comunidad

mantengan  
entre  
sí  
la  
debida  
relación.  
Una  
iglesia  
en  
la  
que  
hay  
rivalidades  
y  
disensiones,  
peleas  
y  
amargura,  
divisiones  
y  
roturas,  
ha  
perdido  
el  
derecho  
a  
llamarse  
iglesia  
cristiana.  
No  
es  
un  
fragmento  
del  
Reino  
de  
los  
Cielos,  
sino  
una  
sociedad  
apresada  
por  
lo  
terreno.  
(b)  
Es  
una  
meta  
de  
edificación.  
La  
alegoría  
de  
la  
Iglesia  
como  
un  
edificio  
se

encuentra  
en  
todo  
el  
Nuevo  
Testamento.  
Los  
miembros  
somos  
las  
piedras  
del  
edificio.  
Todo  
lo  
que  
debilita  
la  
solidez  
de  
la  
Iglesia  
está  
contra  
Dios;  
y  
también,  
todo  
lo  
que  
la  
consolida  
y  
fortalece  
es  
de  
Dios.

Lo  
trágico  
es  
que  
en  
muchos  
casos  
son  
cosas  
sin  
importancia  
las  
que  
alteran  
la  
paz  
entre  
los  
hermanos,  
cuestiones  
de



orden  
y  
de  
procedimiento  
y  
de  
prestigio.  
Amanecería  
una  
nueva  
era  
en  
la  
Iglesia  
si  
nos  
diéramos  
cuenta  
de  
que  
nuestros  
derechos  
son  
mucho  
menos  
importantes  
que  
nuestras  
obligaciones;  
si  
recordáramos  
que,  
aunque  
tenemos  
libertad  
en  
Cristo,  
siempre  
es  
una

ofensa  
usarla  
como  
si  
nos  
diera  
derecho  
a  
herir  
el  
corazón  
o  
la  
conciencia  
de  
otros.  
A  
menos  
que  
la  
iglesia  
sea  
un  
cuerpo  
de  
personas  
que,  
en  
amor,  
se  
tienen  
mutua  
consideración,  
no  
es  
iglesia.

RESPETO  
HACIA  
EL  
HERMANO  
MÁS  
DÉBIL

Romanos 14:21-23

Está  
bien  
no  
comer  
carne,  
ni  
beber  
vino,  
ni  
hacer  
nada

que  
le  
haga  
más  
difícil  
al  
hermano  
el  
proseguir  
su  
camino.  
Por  
lo  
que  
se  
refiere  
a  
vosotros,  
ya  
tenéis  
fe  
suficiente  
para  
saber  
que  
estas  
cosas  
no  
tienen  
importancia,  
así  
que  
dejadlas  
que  
sean  
algo  
entre  
vosotros  
y  
Dios.  
Feliz  
el  
que  
nunca  
tiene  
motivo  
para  
condenarse  
a  
sí  
mismo  
haciendo  
lo  
que  
ha  
llegado  
a  
comprender  
que  
tiene

derecho  
a  
hacer.  
Pero  
el  
que  
tiene  
dudas  
acerca  
de  
comer  
algo  
incurre  
en  
la  
desaprobación  
de  
Dios  
si  
lo  
come,  
porque  
su  
decisión  
no  
procede  
de  
su  
fe.

Otra  
vez  
volvemos  
a  
que  
lo  
que  
está  
bien  
para  
uno  
puede  
causar  
la  
ruina  
a  
otro.  
El  
consejo  
de  
Pablo  
es  
muy  
práctico.

(i)  
Les  
aconseja  
a

los  
que  
son  
fuertes  
en  
la  
fe.  
Esos  
saben  
que  
lo  
que  
se  
coma  
o  
se  
beba  
no  
hace  
ninguna  
diferencia.  
Han  
comprendido  
el  
principio  
de  
la  
libertad  
cristiana.  
Bien;  
entonces,  
que  
esa  
libertad  
sea  
algo  
entre  
ellos  
y  
Dios.  
Han  
alcanzado  
ese  
nivel  
en  
la  
fe,  
y  
Dios  
sabe  
que  
lo  
han  
alcanzado.  
Pero  
eso  
no  
es  
razón  
para

hacer  
gala  
de  
esa  
libertad  
a  
la  
cara  
de  
los  
que  
no  
la  
han  
alcanzado  
todavía.  
Muchos  
han  
insistido  
en  
los  
derechos  
de  
su  
libertad,  
y  
luego  
se  
han  
arrepentido  
cuando  
han  
visto  
las  
consecuencias  
de  
su  
presunción.  
Una  
persona  
puede  
que  
llegue  
a  
la  
conclusión  
de  
que  
su  
libertad  
cristiana  
le  
da  
derecho  
a  
hacer  
un  
uso  
razonable  
del

alcohol;  
y  
por  
lo  
que  
a  
ella  
respecta,  
puede  
que  
sea  
un  
placer  
perfectamente  
inofensivo  
y  
que  
no  
le  
pone  
en  
ningún  
peligro.  
Pero  
tal  
vez  
hay  
otra  
persona  
más  
joven  
que  
admira  
a  
la  
primera,  
que  
la  
ve  
y  
sigue  
su  
ejemplo.  
Y  
es  
posible  
que  
la  
más  
joven  
resulte  
una  
de  
esas  
personas  
para  
las  
que  
el  
alcohol

es  
fatal.  
¿Está  
bien  
que  
el  
cristiano  
más  
fuerte  
use  
su  
libertad  
para  
dar  
un  
ejemplo  
que  
bien  
puede  
llevar  
a  
la  
ruina  
a  
su  
admirador  
más  
débil?  
¿O  
debería  
limitar  
su  
libertad,  
no  
por  
causa  
de  
sí  
mismo,  
sino  
por  
causa  
del  
que  
va  
siguiéndole?

No  
cabe  
duda  
de  
que  
lo  
cristiano  
es  
aceptar  
las  
limitaciones  
en



nuestra  
libertad  
por  
amor  
a  
otros.  
Si  
no  
se  
ejercita  
esto,  
se  
puede  
encontrar  
uno  
con  
que  
algo  
que  
pensó  
genuinamente  
que  
le  
estaba  
permitido  
le  
ha  
llevado  
a  
otro  
a  
la  
ruina.  
Es  
seguro  
que  
es  
mejor  
imponerse  
esas  
limitaciones  
deliberadas  
que  
tener  
el  
remordimiento  
de  
saber  
que  
el  
placer  
que  
uno  
reclamaba  
como  
un  
derecho  
ha  
traído  
la

muerte  
a  
otro.  
Una  
y  
otra  
vez,  
en  
todas  
las  
esferas  
de  
la  
vida,  
el  
cristiano  
arrostra  
el  
hecho

de  
que  
tiene  
que  
examinarlo  
todo,  
no  
sólo  
por  
lo  
que  
le  
pueda  
afectar  
a  
él,  
sino  
también  
por  
lo  
que  
pueda  
afectar  
a  
otros.  
Todos  
somos  
en  
cierto  
sentido  
guardianes  
de  
nuestros  
hermanos;  
responsables,  
no  
sólo  
de  
nosotros

mismos,  
sino  
también  
de  
los  
que  
están  
en  
contacto  
con  
nosotros.  
«Su  
amistad  
me  
trajo  
la  
ruina»  
-dijo  
Robert  
Bums  
de  
un  
hombre  
mayor  
que  
conoció  
en  
Irvine  
cuando  
estaba  
aprendiendo  
el  
arte  
de  
hilar  
el  
lino.  
¡Quiera  
Dios  
que  
nadie  
pueda  
decir  
eso  
de  
nosotros  
porque  
hemos  
abusado  
de  
nuestra  
libertad  
en  
Cristo!

(ii)  
Pablo  
les  
da

consejo  
a  
los  
que  
son  
débiles  
en  
la  
fe,  
que  
tienen  
una  
conciencia  
excesivamente  
escrupulosa.  
Estos  
puede  
que  
desoigan  
o  
desobedezcan  
sus  
propios  
escrúpulos.  
Puede  
que  
alguna  
vez  
hagan  
algo  
porque  
ven  
a  
otros  
hacerlo,  
y  
no  
quieren  
ser  
diferentes.  
Puede  
que  
lo  
hagan  
porque  
no  
quieren  
quedar  
en  
ridículo  
o  
hacerse  
impopulares.  
La  
respuesta  
de  
Pablo  
es  
que  
el

que  
desafía  
su  
conciencia  
es  
culpable  
de  
pecado.  
Si  
cree  
que  
algo  
está  
mal,  
entonces,  
si  
lo  
hace,  
a  
esa  
persona  
se  
le  
cuenta  
como  
pecado.  
Una  
cosa  
neutral  
se  
convierte  
en  
buena  
solamente  
cuando  
se  
hace  
con  
la  
sincera  
y  
razonada  
convicción  
de  
que  
lo  
es.  
Nadie  
es  
el  
guardián  
de  
la  
conciencia  
de  
otro;  
y  
en  
las  
cosas

indiferentes  
la  
conciencia  
de  
cada  
cual  
debe  
ser  
el  
árbitro  
de  
lo  
que  
está  
bien  
o  
mal.  
LA COMUNIÓN FRATERNAL

Romanos 15:1-6

Los  
que  
somos  
fuertes  
tenemos  
la  
obligación  
de  
soportar  
las  
debilidades  
de  
los  
que  
no  
lo  
son,  
y  
no  
hacer  
las  
cosas  
a  
nuestro  
gusto.  
Que  
cada  
cual  
obre  
teniendo  
en  
cuenta  
a  
su  
prójimo, de  
manera  
que

sirva  
para  
el  
bien  
y  
la  
edificación  
en  
la  
fe de  
los  
demás.  
Porque  
el  
Ungido  
de  
Dios  
no  
hacía  
lo  
que  
le  
venía  
en  
gana;  
sino,  
como  
está  
escrito:  
«Los  
insultos  
de  
los  
que  
te  
insultaban  
recayeron  
sobre  
Mí.»  
Todo  
aquello  
que  
se  
escribió  
hace  
mucho  
tiempo  
era  
para  
nuestra  
enseñanza;  
para  
que  
nos  
mantengamos  
firmes  
en  
la  
esperanza  
por

medio  
de  
la  
fortaleza  
y  
el  
ánimo  
que  
nos  
dan  
las  
Escrituras.  
¡Que  
el  
Dios  
Que  
nos  
infunde  
fortaleza  
y  
ánimo  
os  
conceda  
convivir  
en  
armonía  
como  
Jesucristo  
quiere,  
para  
que  
se  
eleve  
al  
Dios  
y  
Padre  
de  
nuestro  
Señor  
Jesucristo  
la  
alabanza  
que  
procede  
de  
corazones  
que  
latan  
y  
de  
voces  
que  
resuenen  
al  
unísono!



Pablo  
está  
tratando  
todavía  
de  
los  
deberes  
mutuos  
de  
los  
miembros  
de  
la  
iglesia,  
y  
especialmente  
de  
los  
más  
fuertes  
hacia  
los  
más  
débiles  
en  
la  
fe.  
Este  
pasaje  
nos  
da  
un  
resumen  
maravilloso  
de  
las  
señales  
que  
deben  
caracterizar  
la  
comunión  
fraternal.

(i)  
La  
comunión  
cristiana  
debe  
tener  
como  
una  
de  
sus  
características  
la  
consideración  
entre

los  
miembros.  
Cada  
uno  
debe  
pensar,  
no  
sólo  
en  
sí  
mismo,  
sino  
en  
los  
demás.  
Pero  
esta  
consideración  
no  
debe  
degenerar  
en  
una  
laxitud  
facilona  
y  
sensiblera.  
Debe  
ir  
encaminada  
al  
bien  
y  
a  
la  
edificación  
en  
la  
fe  
del  
otro.  
No  
es  
una  
tolerancia  
que  
surge  
del  
pasotismo  
y  
de  
la  
falta  
de  
interés,  
sino  
la  
tolerancia  
que  
sabe

que,  
para  
ganar  
a  
una  
persona,  
hay  
que  
arroparla  
con  
un  
ambiente  
de  
amor,  
y  
no  
bombardearla  
con  
una  
batería  
de  
críticas.  
(ii)  
La  
comuni3n  
cristiana  
debe  
tener  
como  
una  
de  
sus  
características  
el  
estudio  
de  
la  
Palabra  
de  
Dios.  
De  
allí  
debe  
proceder  
nuestro  
ánimo.  
Desde  
este  
punto  
de  
vista  
la  
Escritura  
nos  
provee  
de  
dos  
cosas:  
(a)  
Nos

informa  
de  
la  
relación  
que  
Dios  
ha  
tenido  
con  
una  
nación,  
un  
informe  
que  
es  
la  
demostración  
de  
que  
siempre  
es  
mejor  
estar  
en  
buena  
relación  
con  
Dios  
y  
sufrir,  
que  
estar  
a  
bien  
con  
los  
hombres  
y  
evitarse  
problemas.  
Los  
acontecimientos  
de  
la  
historia  
de  
Israel  
demuestran  
que  
al  
final  
les  
va  
bien  
a  
los  
buenos  
y  
mal  
a

los  
malos.  
La  
Biblia  
demuestra,  
no  
que  
el  
camino  
de  
Dios  
es  
siempre  
fácil,  
pero  
sí  
que  
a  
fin  
de  
cuentas  
es  
lo  
que  
hace  
que  
la  
vida  
tenga  
buenos  
resultados  
en  
el  
tiempo  
y  
en  
la  
eternidad.

(b)  
Nos  
comunica  
las  
grandes  
y  
preciosas  
promesas  
de  
Dios.  
Se  
dice  
que  
Alexander  
White  
tenía  
la  
costumbre  
de  
decir  
un  
versículo

cuando  
se  
marchaba  
de  
una  
visita  
pastoral;  
y  
añadía:  
<  
Póntelo  
debajo  
de  
la  
lengua  
y  
chúpalo  
como  
un  
caramelo.»  
Estas  
son  
las  
promesas  
de  
un  
Dios  
que  
nunca  
falta  
a  
Su  
Palabra.  
De  
estas  
maneras  
la  
Biblia  
comunica  
al  
que  
la  
estudia  
consuelo  
en  
la  
aflicción  
y  
ánimo  
en  
la  
lucha.

(iii)  
La  
comunión  
cristiana  
debe  
tener

como  
una  
de  
sus  
características  
la  
entereza,  
que  
es  
una  
actitud  
del  
corazón  
ante  
la  
vida.  
De  
nuevo  
nos  
encontramos  
con  
esta  
gran  
palabra  
hypomoné.  
Es  
mucho  
más  
que  
paciencia;  
es  
la  
capacidad  
victoriosa  
que  
puede  
con  
la  
vida;  
la  
entereza  
que  
no  
se  
limita  
a  
aceptar  
las  
cosas,  
sino  
que,  
al  
aceptarlas,  
las  
transforma  
en  
gloria.  
(iv)  
La  
comunión

cristiana  
debe  
tener  
como  
una  
de  
sus  
características  
la  
esperanza.  
El  
cristiano  
es  
siempre  
optimista,  
y  
nunca  
pesimista.  
La  
esperanza  
cristiana  
no  
es  
algo  
que  
no  
cuesta  
nada.  
No  
es  
la  
esperanza  
inmadura  
que  
es  
optimista  
porque  
no  
ve  
las  
dificultades  
ni  
se  
ha  
enfrentado  
con  
las  
experiencias  
de  
la  
vida.  
Se  
podría  
pensar  
que  
la  
esperanza  
es  
prerrogativa  
de



los  
jóvenes;  
pero  
un  
gran  
artista  
no  
lo  
veía  
así.  
Cuando  
Watts  
pintó  
<  
La  
Esperanza»,  
la  
pintó  
como  
una  
figura  
combatida  
y  
asediada  
a  
la  
que  
sólo  
le  
quedaba  
una  
cuerda  
en  
la  
lira.  
La  
esperanza  
cristiana  
lo  
ha  
visto  
todo  
y  
lo  
ha  
sufrido  
todo;  
pero  
no  
desespera,  
porque  
cree  
en  
Dios.  
No  
es  
esperanza  
en  
el  
espíritu,

la  
bondad  
o  
el  
éxito  
humanos,  
sino  
en  
el  
poder  
de  
Dios.

(v)  
La  
comuni3n  
cristiana  
debe  
tener  
como  
una  
de  
sus  
características  
la  
armonía.

Por  
muy  
adornada  
que  
esté  
una  
iglesia,  
por  
muy  
perfectas  
que  
sean

su  
liturgia  
y  
su  
música,  
por  
muy  
generosas  
que  
sean

sus  
colectas,  
habrá  
perdido  
lo  
más  
esencial

de  
la  
comuni3n  
cristiana  
si  
le

falta  
la  
armonía.  
Esto  
no  
quiere  
decir  
que  
no  
debe  
haber  
diferencias  
de  
opinión,  
o  
que  
no  
deben  
producirse  
discusiones  
ni  
debates;  
pero  
sí  
quiere  
decir  
que  
los  
que  
están  
en  
la  
iglesia  
ya  
han  
resuelto  
el  
problema  
de  
la  
convivencia.  
Están  
absolutamente  
seguros  
de  
que  
el  
Cristo  
que  
los  
une  
es  
infinitamente  
más  
grande  
que  
las  
diferencias  
que  
puedan

tener.  
(vi)  
La  
comuni3n  
cristiana  
debe  
tener  
como  
una  
de  
sus  
características  
la  
alabanza.  
Una  
prueba  
certera  
para  
conocer  
a  
una  
persona  
es  
preguntar  
si  
el  
principal  
registro  
de  
su  
voz  
es  
la  
queja  
descontenta  
o  
la  
jubilosa  
acci3n  
de  
gracias.  
<  
¿Qu3  
puedo  
hacer  
yo,  
que  
soy  
un  
pobre  
vejete  
cojo  
decía  
Epicteto-,  
sino  
darle  
gracias  
a  
Dios?»  
El

cristiano  
debe  
gozar  
de  
la  
vida,  
porque  
goza  
de  
Dios.  
Se  
llevará  
el  
secreto  
consigo  
mismo;  
porque  
siempre  
estará  
seguro  
de  
que  
Dios  
hace  
que  
todo  
contribuya  
a  
su  
bien.  
(vii)  
Y  
la  
esencia  
de  
la  
cuestión  
es  
que  
la  
comunidad  
cristiana  
tiene  
el  
ejemplo,  
la  
inspiración  
y  
la  
dinámica  
de  
Jesucristo.  
Él  
no  
se  
agradó  
a  
Sí  
mismo.  
La

cita  
que  
hace  
Pablo  
está  
tomada  
del  
Salmo  
69:9.  
Es  
significativo  
que,  
cuando  
Pablo  
habla  
de  
soportar  
las  
debilidades  
de  
otros,  
usa  
la  
misma  
palabra  
que  
se  
aplica  
a  
Cristo  
llevando  
la  
cruz  
(bastazein) .  
Cuando  
el  
Señor  
de  
la  
Gloria  
eligió  
servir  
a  
otros  
en  
lugar  
de  
buscar  
su  
propia  
seguridad,  
estableció  
un  
modelo  
que  
debe  
aceptar  
todo  
el  
que

trate  
de  
ser  
Su  
seguidor.  
LA  
IGLESIA  
INCLUSIVA

Romanos  
15:7-13

Así  
que,  
aceptaos  
mutuamente  
como  
Cristo  
os  
aceptó,  
para  
que  
Dios  
sea  
alabado.  
Lo  
que  
quiero  
decir  
es  
que  
Cristo  
se  
hizo  
servidor  
de  
la  
raza  
y  
de  
la  
manera  
judía  
de  
vivir  
por  
causa  
de  
la  
verdad  
de  
Dios,  
no  
sólo  
para  
garantizar  
las  
promesas

que  
habían  
recibido  
los  
antepasados  
de  
Israel,  
sino  
también  
para  
que  
los  
gentiles  
alabaran  
a  
Dios  
por  
Su  
misericordia.  
Escrito  
está:  
«Por  
tanto,  
alabaré  
a  
Dios  
entre  
los  
gentiles  
Y  
cantaré  
a  
Tu  
Nombre.  
»  
Y  
en  
otro  
lugar:  
«Regocijaos,  
gentiles,  
con  
Su  
pueblo.  
»  
Y  
en  
otro  
lugar:  
«Alabada  
Dios,  
vosotros  
todos  
los  
gentiles,  
Y  
que  
todos  
los  
pueblos



Le  
alaben.  
»  
E  
Isaías  
también  
dice:  
«Vivirá  
el  
Pimpollo  
de  
Jesé, es  
decir, el

Que  
ascenderá  
para  
gobernar  
a  
los  
gentiles;  
en  
Él  
pon-

,  
drán  
los  
gentiles  
sus  
esperanzas.»  
¡Que  
el  
Dios  
de  
espe-

ranza  
os  
llene  
de  
la  
alegría  
y  
de  
la  
paz  
de  
la  
fe, para

que  
reboséis  
esperanza  
por  
el  
poder  
del  
Espíritu  
Santo!

Pablo  
hace  
el  
último  
llamamiento  
para  
que  
todos  
los  
de  
la  
iglesia  
estén  
de  
consuno,  
para  
que  
los  
débiles  
y  
los

fuertes  
en  
la  
fe  
se  
vean  
como  
parte  
del  
mismo  
cuerpo,  
para  
que  
judíos  
y  
gentiles  
vivan  
en  
perfecta  
comunión.  
Puede  
que  
haya  
diferencias,  
pero  
no  
hay  
más  
que  
un  
Cristo,  
y  
el  
lazo  
de  
unión  
es  
la  
común  
lealtad  
a  
Él.  
La  
Obra  
de  
Cristo  
fue  
para  
los  
judíos  
y  
para  
los  
gentiles.  
Nació  
judío  
y  
sometido  
a  
la

Ley  
judía.  
Eso  
fue  
para  
que  
se  
cumplieran  
todas  
las  
grandes  
promesas  
que  
Dios  
había  
hecho  
a  
los  
antepasados  
del  
pueblo  
de  
Israel,  
y  
para  
que  
viniera  
la  
Salvación  
a  
los  
judíos  
en  
primer  
lugar.  
Pero  
Cristo  
vino  
no  
sólo  
para  
los  
judíos,  
sino  
para  
toda  
la  
humanidad.

Para  
probar  
que  
esto  
no  
son  
sus  
propias  
ideas  
heréticas,

Pablo  
cita  
cuatro  
pasajes.  
Los  
cita  
de  
la  
Septuaginta,  
que  
era  
la  
versión  
griega  
del  
Antiguo  
Testamento.  
Los  
pasajes  
se  
encuentran  
en  
el  
Salmo  
18:50;  
Deuteronomio  
32:43;  
Salmo  
117:1,  
e  
Isaías  
11:10.  
En  
todos  
ellos  
encuentra  
Pablo  
anuncios  
antiguos  
de  
la  
entrada  
de  
los  
gentiles  
en  
la  
fe.  
Está  
convencido  
de  
que,  
de  
la  
misma  
manera  
que  
Jesucristo  
vino  
al

mundo  
para  
salvar  
a  
todos  
los  
hombres,  
la  
Iglesia  
debe  
recibirlos  
a  
todos  
sin  
tener  
en  
cuenta  
sus  
diferencias.  
Cristo  
fue  
un  
Salvador  
incluyente,  
y  
por  
tanto  
Su  
Iglesia  
debe  
ser  
incluyente  
y  
no  
excluyente.

A  
continuación,  
Pablo  
vuelve  
a  
hacer  
resonar  
las  
notas  
clave  
del  
Evangelio.  
Las  
grandes  
palabras  
de  
la  
fe  
cristiana  
irradian  
su  
luz  
una

tras  
otra.

(i)  
Está  
la  
esperanza.  
Es  
fácil  
a  
la  
vista  
de  
la  
experiencia  
desesperar  
de  
uno  
mismo.  
Y  
al  
considerar  
los  
acontecimientos  
es  
fácil  
desesperar  
del  
mundo.  
Alguien  
ha  
contado  
lo  
que  
sucedió  
en  
una  
iglesia  
en  
tiempos  
difíciles.  
Empezó  
la  
reunión  
el  
presidente  
con  
una  
oración:  
«Todopoderoso  
y  
eterno  
Dios,  
Cuya  
Gracia  
es  
suficiente  
para  
todas

las  
necesidades»,  
etcétera.  
Cuando  
terminó,  
se  
empezó  
con  
el  
orden  
del  
día,  
y  
el  
presidente  
lo  
inició  
diciendo:  
<  
Caballeros,  
la  
situación  
de  
esta  
iglesia  
es  
totalmente  
desesperada,  
y  
no  
se  
puede  
hacer  
nada.»  
O  
su  
oración  
era  
vacía  
y  
sin  
sentido,  
o  
su  
afirmación  
posterior  
era  
falsa.  
Hace  
ya  
mucho  
que  
se  
dijo  
que  
no  
hay  
situación  
desesperada,  
sino



sólo  
personas  
que  
han  
llegado  
a  
una  
condición  
de-  
sesperada.  
Se  
dice  
que  
había  
una  
reunión  
del  
gabinete  
en  
los  
días  
aciagos  
de  
la  
última  
guerra,  
inmediatamente  
después  
de  
la  
capitulación  
de  
Francia,  
Winston  
Churchill  
presentó  
la  
situación  
en  
toda  
su  
negrura.  
El  
Reino  
Unido  
se  
había  
quedado  
solo.  
Hubo  
un  
profundo  
silencio  
cuando  
acabó  
de  
hablar,  
y  
en  
algunos

rostros  
se  
dibujaba  
la  
desesperación;  
algunos  
de  
los  
presentes  
habrían  
optado  
por  
la  
rendición.  
Mr.  
Churchill  
recorrió  
con  
la  
mirada  
aquella  
triste  
compañía,  
y  
les  
dijo:  
«  
Caballeros,  
lo  
encuentro  
inspirador.»

Hay  
algo  
en  
la  
esperanza  
cristiana  
que  
no  
pueden  
apagar  
todos  
los  
augurios  
tenebrosos,  
y  
es  
la  
convicción  
de  
que  
Dios  
está  
vivo.  
Nadie  
está  
sin  
esperanza

mientras  
exista  
la  
Gracia  
de  
Jesucristo;  
y  
no  
hay  
situación  
desesperada  
mientras  
exista  
el  
poder  
de  
Dios.

(ii)  
Está  
el  
gozo.  
El  
placer  
y  
el  
gozo  
son  
diferentes  
a  
más  
no  
poder.  
Los  
filósofos  
cínicos  
declaraban  
que  
el  
placer  
es  
el  
mal  
absoluto.  
Antístenes  
hizo  
la  
extraña  
afirmación  
de  
que  
«preferiría  
estar  
loco  
a  
estar  
contento.»  
Su  
argumento

era  
que  
«el  
placer  
es  
sólo  
la  
pausa  
entre  
dos  
dolores.»  
Si  
uno  
tiene  
ansiedad  
por  
algo,  
eso  
es  
un  
dolor;  
si  
lo  
obtiene,  
satisface  
la  
ansiedad  
y  
se  
produce  
una  
pausa  
en  
el  
dolor;  
disfruta  
aquello,  
pero  
es  
un  
placer  
pasajero,  
y  
el  
dolor  
vuelve.  
Verdaderamente,  
así  
es  
como  
se  
experimenta  
el  
placer.  
Pero  
el  
gozo  
cristiano  
no  
depende

de  
nada  
que  
esté  
fuera  
de  
nosotros;  
mana  
de  
la  
consciencia  
de  
la  
presencia  
del  
Señor  
Resucitado,  
de  
la  
certeza  
de  
que  
nada  
nos  
puede  
separar  
del  
amor  
de  
Dios  
en  
Él.  
(iii)  
Está  
la  
paz.  
Los  
antiguos  
filósofos  
buscaban  
lo  
que  
llamaban  
ataraxía,  
la  
vida  
imperturbable.  
Deseaban  
la  
serenidad  
que  
no  
pueden  
inquietar  
ni  
los  
golpes  
adversos  
de  
la

fortuna  
ni  
las  
punzadas  
molestas  
de  
la  
pasión.  
Se  
podría  
decir  
que  
hoy  
en  
día  
la  
serenidad  
es  
un  
paraíso  
perdido.  
Hay  
dos  
'cosas  
que  
la  
hacen  
imposible:

(a)  
La  
tensión  
interior.  
Se  
vive  
una  
vida  
distráida  
-porque  
la  
palabra  
distraer  
quiere  
decir  
literalmente  
«apartar,  
desviar,  
alejarse»  
(DRAE);  
los  
componentes  
de  
la  
personalidad  
humana  
están  
dispersos  
y  
enemistados.

Mientras  
llevemos  
dentro  
una  
guerra  
civil,  
una  
personalidad  
dividida,  
está  
claro  
que  
no  
puede  
haber  
serenidad.

Sólo  
hay  
una  
salida  
a  
esta  
situación,  
y  
es  
rendirse  
a  
Cristo.  
Cuando  
Cristo  
está  
en  
control,  
la  
tensión  
desaparece.

(b)  
La  
preocupación  
por  
las  
cosas  
externas.  
Muchos  
viven  
apesadumbrados  
por  
los  
azares  
y  
avatares  
de  
la  
vida.  
Cuenta  
H.  
G.  
Wells  
que  
se

encontraba  
una  
vez  
en  
un  
transatlántico  
en  
el  
puerto  
de  
Nueva  
York.  
Había  
mucho  
niebla,  
de  
la  
cual  
salió  
inesperadamente  
otro  
transatlántico,  
y  
los  
dos  
se  
pasaron  
a  
pocos  
metros  
de  
distancia.  
Se  
encontró  
de  
pronto  
cara  
a  
cara  
con  
lo  
que  
él  
llamaba  
la  
gran  
peligrosidad  
general  
de  
la  
vida.  
Es  
difícil  
no  
preocuparse,  
porque  
el  
ser  
humano  
es



por  
naturaleza  
una  
criatura  
que  
mira  
hacia  
adelante  
con  
sospecha  
o  
miedo.  
Lo  
único  
que  
puede  
acabar  
con  
esa  
preocupación  
es  
la  
absoluta  
convicción  
de  
que,  
pase  
lo  
que  
pase,  
Dios  
no  
causará  
a  
sus  
hijos  
ninguna  
lágrima  
inútil.  
Nos  
pasarán  
cosas  
que  
no  
podamos  
entender;  
pero  
si  
estamos  
seguros  
del  
amor  
de  
Dios,  
las  
podremos  
aceptar  
con  
serenidad,  
aunque

hieran  
el  
corazón  
o  
desazonen  
la  
mente.  
(iv)  
Está  
el  
poder.  
Aquí  
tenemos  
la  
necesidad  
suprema  
del  
ser  
humano:  
no  
es  
que  
no  
sepamos  
lo  
que  
está  
bien;  
lo  
difícil  
es  
hacerlo.  
El  
problema  
consiste  
en  
salir  
al  
paso  
de  
las  
cosas  
y  
conquistarlas;  
hacer  
que  
se  
haga  
realidad  
lo  
que  
llama  
Wells  
«  
el  
esplendor  
secreto  
de  
nuestras  
intenciones.»

Eso  
es  
algo  
que  
no  
podemos  
hacer  
solos.  
Sólo  
podremos  
dominar  
la  
vida  
cuando  
la

marea  
del  
poder  
de  
Cristo  
cubre  
nuestra  
debilidad.  
Por  
nosotros  
mismos  
no  
podemos  
hacer  
nada;  
pero  
todo  
es  
posible  
con  
Dios.  
LAS  
PALABRAS  
REVELAN  
AL  
HOMBRE

Romanos 15:14-21

Hermanos,  
yo  
estoy  
completamente  
seguro  
de  
que  
vosotros,  
tal  
como  
sois,  
estáis  
llenos  
de  
bondad,  
repletos  
de  
conocimiento  
y  
capacitados  
para  
daros  
buenos  
consejos  
unos  
a  
otros.  
Os  
escribo

con  
un  
cierto  
atrevimiento,  
como  
si  
dijéramos,  
con  
el  
propósito  
de  
recordaros  
lo  
que  
ya  
sabéis.  
Mi  
razón  
para  
hacerlo  
es  
la  
gracia  
que  
Dios  
me  
ha  
dado  
al  
hacerme  
siervo  
de  
Jesucristo  
para  
con  
los  
gentiles  
y  
encomendarme  
el  
sagrado  
ministerio  
de  
proclamar  
el  
Evangelio;  
y  
mi  
propósito  
es  
hacer  
que  
los  
gentiles  
sean  
una  
ofrenda  
aceptable  
a  
Dios, consagrada

por  
el  
Espíritu  
Santo.  
Ahora  
bien,  
como  
cristiano  
tengo  
una  
buena  
razón  
para  
sentir  
un  
legítimo  
orgullo  
en  
mi  
trabajo  
en  
el  
servicio  
de  
Dios.  
Puedo  
decir  
esto  
porque  
no  
me  
atrevería  
a  
hablar  
más  
que  
de  
las  
cosas  
que  
Cristo  
ha  
realizado  
por  
medio  
de  
mí,  
en  
palabra  
y  
en  
obra,  
por  
el  
poder  
de  
señales  
y  
milagros,  
y

por  
el  
poder  
del  
Espíritu  
Santo,  
para  
traer  
a  
los  
gentiles  
a  
la  
obediencia  
a  
Cristo.  
Así  
es  
que,  
partiendo  
de  
Jerusalén  
y  
rodeando  
Ilírico,  
he  
llevado  
a  
cabo  
el  
anuncio  
de  
la  
Buena  
Noticia  
del  
Ungido  
de  
Dios.  
Pero  
siempre  
ha  
sido  
mi  
ambición  
anunciar  
la  
Buena  
Noticia,  
no  
donde  
ya  
se  
haya  
predicado  
el  
Nombre  
de  
Cristo;  
porque

quiero  
evitar  
el  
construir  
sobre  
el  
cimienta  
que  
haya  
echado  
otro;  
sino  
más  
bien,  
como  
dice  
la  
Escritura:  
«Verán  
aquellos  
a  
los  
que  
no  
se  
han  
anunciado  
las  
Buenas  
Nuevas,  
y  
entenderán  
los  
que  
nunca  
las  
habían  
escuchado.»

Este  
es  
uno  
de  
los  
pasajes  
que  
revelan  
mejor  
el  
carácter  
de  
Pablo.  
Está  
llegando  
al  
final  
de  
la  
carta,



y  
quiere  
preparar  
el  
terreno  
para  
la  
visita  
que  
espera  
hacerles  
pronto  
a  
los  
romanos.  
Aquí  
vemos  
algo  
por  
lo  
menos  
de  
su  
secreto  
para  
ganar  
almas.

(i)  
Pablo  
se  
nos  
revela  
como  
un  
hombre  
de  
tacto.  
No  
hay  
aquí  
ninguna  
reprensión.  
No  
se  
enfada  
con  
los  
hermanos  
de  
Roma  
ni  
adopta  
el  
tono  
de  
un  
maestro  
defraudado.

Les  
dice  
sencillamente  
que  
no  
hace  
otra  
cosa  
que  
recordarles  
lo  
que  
ya  
saben  
muy  
bien,  
y  
les  
asegura  
que  
está  
convencido  
de  
que  
ellos  
están  
preparados  
para  
servir  
al  
Señor  
y  
a  
sus  
semejantes.  
Pablo  
estaba  
mucho  
más  
interesado  
en  
lo  
que  
un  
hombre  
podía  
llegar  
a  
ser  
que  
en  
lo  
que  
ya  
era.  
Veía  
los  
defectos  
con  
claridad

meridiana,  
y  
los  
trataba  
con  
total  
fidelidad;  
pero  
todo  
el  
tiempo  
estaba  
pensando,  
no  
en  
la  
criatura  
desgraciada  
que  
era  
un  
hombre,  
sino  
en  
la  
espléndida  
criatura  
que  
podría  
llegar  
a  
ser.  
Se  
cuenta  
que  
una  
vez  
Miguel  
Ángel,  
cuando  
se  
puso  
a  
tallar  
un  
imponente  
y  
deforme  
bloque  
de  
mármol,  
dijo  
que  
lo  
que  
quería  
era  
liberar  
al  
ángel

que  
estaba  
prisionero  
en  
la  
piedra.  
Así  
era  
Pablo.  
No  
quería  
dejar  
a  
un  
hombre  
fuera  
de  
combate  
a  
golpes;  
no  
quería  
criticar  
para  
desanimar;  
hablaba  
con  
sinceridad  
y  
hasta  
con  
severidad,  
pero  
siempre  
con  
el  
deseo  
de  
ayudar  
al  
hombre  
a  
ser  
el  
que  
podía  
llegar  
a  
ser  
aunque  
todavía  
no  
había  
llegado  
a  
serlo.

(ii)  
La

única  
gloria  
que  
Pablo  
se  
atribuía  
era  
que  
él  
era  
siervo  
de  
Cristo.  
La  
palabra  
que  
usa  
(leiturgós)  
es  
una  
gran  
palabra.  
En  
la  
antigua  
Grecia  
había  
ciertas  
obligaciones  
con  
el  
estado  
que  
se  
llamaban  
liturgias  
(leiturgíai),  
que  
unas  
veces  
se  
imponían  
y  
otras  
las  
asumían  
voluntariamente  
los  
que  
amaban  
al  
país.  
Había  
cinco  
de  
esos  
servicios  
voluntarios  
de  
los

que  
se  
encargaban  
los  
ciudadanos  
patriotas.  
(a)  
Uno  
era  
jorégua,  
que  
era  
el  
deber  
de  
proporcionar  
un  
coro.  
Cuando  
Esquilo,  
Sófocles  
y  
Eurípides  
estaban  
produciendo  
sus  
inmortales  
dramas,  
en  
cada  
uno  
de  
ellos  
intervenía  
un  
coro  
hablando  
en  
verso.  
Había  
grandes  
festividades  
como  
las  
de  
la  
Ciudad  
Dionisia  
en  
las  
que  
se  
representaban  
hasta  
dieciocho  
obras  
dramáticas  
nuevas.  
Los  
que

amaban  
a  
su  
ciudad  
se  
ofrecían  
para  
reunir,  
mantener,  
instruir  
y  
equipar  
a  
un  
coro  
a  
sus  
expensas.  
(b)  
Otro  
servicio  
era  
la  
gymnasiarjía.  
Los  
atenienses  
estaban  
divididos  
en  
diez  
tribus,  
y  
eran  
grandes  
atletas.  
En  
alguno.  
de  
los  
grandes  
festivales  
había  
famosas  
carreras  
de  
antorchas  
en  
las  
que  
competían  
los  
equipos  
de  
las  
diferentes  
tribus.  
A  
veces  
hablamos  
todavía

de  
llevar  
o  
de  
pasar  
la  
antorcha.  
El  
ganar  
la  
carrera  
de  
las  
antorchas  
era  
un  
gran  
honor,  
y  
había  
entusiastas  
que  
corrían  
con  
los  
gastos  
de  
seleccionar,  
mantener  
y  
entrenar  
al  
equipo  
que  
había  
de  
representar  
a  
su  
tribu.  
(c)  
Otro  
servicio  
era  
la  
hestiasis.  
Había  
ocasiones  
en  
las  
que  
las  
tribus  
se  
reunían  
para  
compartir  
una  
comida  
y



una  
fiesta  
común;  
y  
había  
hombres  
generosos  
que  
se  
encargaban  
de  
los  
gastos  
de  
tales  
concentraciones.

(d)  
Otro  
servicio  
era  
la  
arjetheoría.

A  
veces  
la  
ciudad  
de  
Atenas  
mandaba  
una  
embajada  
a  
otra  
ciudad,  
o  
a  
consultar  
el  
oráculo  
de  
Delfos  
o  
de  
Dodona.  
En  
tales  
ocasiones  
todo  
tenía  
que  
hacerse  
de  
forma  
que  
mantuviera  
el  
honor  
de  
la  
ciudad;

y  
había  
patriotas  
que  
sufragaban  
voluntariamente  
los  
gastos  
de  
esas  
embajadas.  
(e)  
Otro  
servicio  
era  
la  
triérarjía.  
Los  
atenienses  
eran  
el  
gran  
poder  
naval  
del  
mundo  
antiguo;  
y  
una  
de  
las  
cosas  
más  
patrióticas  
de  
las  
que  
uno  
se  
podía  
encargar  
era  
costear  
voluntariamente  
los  
gastos  
de  
mantenimiento  
de  
un  
trirreme  
o  
barco  
de  
guerra  
durante  
un  
año.  
Ese  
es

el  
fondo  
de  
la  
palabra  
leiturgós.  
En  
años  
posteriores,  
cuando  
se  
perdió  
el  
patriotismo,  
estas  
liturgias  
dejaron  
de  
ser  
voluntarias  
y  
se  
hicieron  
obligatorias.  
Más  
tarde  
la  
palabra  
llegó  
a  
usarse  
para  
cualquier  
clase  
de  
servicio;  
y  
más  
tarde  
todavía  
se  
reservó  
especialmente  
para  
el  
culto  
y  
el  
servicio  
de  
los  
dioses  
en  
los  
templos.  
Pero  
la  
palabra  
siempre  
conservó

el  
matiz  
de

servicio  
generoso.  
De  
la  
misma  
manera  
que  
en  
los  
tiempos  
antiguos  
un  
hombre  
ofrecía  
su  
fortuna  
en  
el  
altar  
del  
servicio  
a  
su  
querida  
Atenas,  
y  
lo  
consideraba  
un  
honor  
y  
una  
gloria,  
así  
Pablo  
se  
ponía  
todo  
él  
en  
el  
altar  
del  
servicio  
a  
Cristo,  
y  
estaba  
orgulloso  
de  
ser  
siervo  
de  
tal  
Señor.

(iii)  
Pablo

se  
veía  
a  
sí  
mismo,  
en  
el  
mismo  
esquema  
de  
cosas,  
como  
un  
instrumento  
en  
las  
manos  
de  
Cristo.  
No  
hablaba  
de  
lo  
que  
había  
hecho  
él,  
sino  
de  
lo  
que  
Cristo  
había  
hecho  
con  
él.  
Nunca  
dijo  
de  
nada:  
«  
¡Yo  
lo  
hice!»  
Siempre  
decía:  
«Cristo  
me  
usó  
para  
hacerlo.»  
Se  
dice  
que  
el  
cambio  
en  
la  
vida  
de

D.  
L.  
Moody  
llegó  
cuando  
fue  
a  
un  
culto  
Y  
oyó  
decir  
al  
predicador:  
«  
¡Está  
por  
ver  
lo  
que  
el  
Espíritu  
Santo  
podría  
hacer  
con  
un  
hombre  
que  
se  
le  
entregara  
totalmente  
Y  
sin  
reserva!»  
Y  
Moody  
se  
dijo:  
«  
¿Por  
qué  
no  
he  
de  
ser  
yo  
ese  
hombre?»  
Y  
todo  
el  
mundo  
sabe  
lo  
que  
el  
Espíritu  
de

Dios  
hizo  
con  
D.  
L.  
Moody.  
Las  
cosas  
empiezan  
a  
suceder  
cuando  
una  
persona  
deja  
de  
pensar  
en  
lo  
que  
puede  
hacer  
por  
sí  
misma  
y  
empieza  
a  
pensar  
en  
lo  
que  
Dios  
puede  
hacer  
con  
ella.

(iv)  
La  
ambición  
de  
Pablo  
era  
ser  
un  
pionero.  
Se  
dice  
que,  
cuando  
Livingstone  
se  
ofreció  
voluntario  
a  
la  
Sociedad  
Misionera



de  
Londres,  
le  
preguntaron  
adónde  
le  
gustaría  
ir.  
«  
Me  
da  
igual  
-contestó-,  
con  
tal  
de  
que  
sea  
hacia  
adelante.»  
Y  
cuando  
llegó  
a  
África  
le  
fascinaba  
el  
humo  
de  
mil  
poblados  
que  
veía  
en  
la  
distancia.  
La  
única  
ambición  
de  
Pablo  
era  
llevar  
la  
Buena  
Nueva  
de  
Dios  
a  
los  
que  
todavía  
no  
la  
habían  
escuchado.  
Usa  
el  
texto

de  
Isaías  
52:15  
para  
expresar  
su  
propósito.  
Un  
antiguo  
himno  
evangélico  
español  
expresa  
en  
el  
coro  
la  
misma  
voluntad:  
¡Adelante  
siempre,  
-Adelante  
siempre!  
Peleemos  
con  
valor,  
¡Adelante  
siempre,  
-Adelante  
siempre!  
Prosigamos  
con  
ardor  
Con  
Jesús  
delante,  
-Con  
Jesús  
delante  
Y  
es  
nuestra  
la  
victoria  
Hasta  
verle  
en  
la  
gloria.

¡Adelante  
siempre!  
PROYECTOS  
PRESENTES  
Y  
FUTUROS

Romanos

15:22-29

Y  
esa  
es  
la  
razón  
por  
la  
que  
en  
muchas  
ocasiones  
se  
me  
ha  
cerrado  
el  
camino  
para  
ir  
a  
vosotros.  
Pero  
ahora,  
puesto  
que  
ya  
no  
tengo  
más  
campo  
de  
trabajo  
en  
estas  
áreas, y  
dado  
que  
desde  
hace  
muchos  
años  
he  
tenido  
muchas  
ganas  
de  
ir  
a  
vosotros,  
cuando  
vaya  
a  
España  
espero  
veros  
de  
camino;

y  
espero  
también,  
después  
de  
disfrutar  
por  
un  
tiempo  
de  
vuestra  
compañía,  
que  
me  
ayudéis  
a  
proseguir  
mi  
camino  
lo  
más  
pronto  
posible.  
Pero  
de  
momento  
voy  
de  
camino  
a  
Jerusalén  
para  
prestarles  
un  
servicio  
a  
los  
que  
están  
consagrados  
a  
Dios  
allí;  
porque  
Macedonia  
y  
Acaya  
han  
resuelto  
hacer  
una  
colecta  
para  
los  
pobres  
de  
entre  
los  
que  
están

consagrados  
a  
Dios  
en  
Jerusalén,  
porque  
esa  
era  
su  
resolución,  
y  
es  
verdad  
que  
están  
en  
deuda  
con  
ellos;  
porque,  
si  
los  
gentiles  
han  
recibido  
una  
parte  
de  
los  
beneficios  
espirituales,  
ellos  
también  
están  
en  
deuda  
con  
ellos  
de  
prestarles  
servicio  
en  
las  
cosas  
materiales.  
Cuando  
haya  
llevado  
a  
cabo  
este  
asunto,  
y  
haya  
entregado  
debidamente  
completos  
los  
regalos  
que

traigo  
para  
ellos,  
me  
pondré  
en  
camino  
hacia  
España  
pasando  
por  
vosotros.  
Sé  
que  
cuando  
vaya  
a  
veros, llegaré  
llevándoos  
una  
bendición  
abundante  
de  
parte  
de  
Cristo.

Aquí  
tenemos  
a  
Pablo  
hablando  
de  
sus  
planes  
inmediatos  
y  
más  
futuros.

(i)  
Su  
plan  
futuro  
era  
venir  
a  
España.  
Había  
dos  
razones  
por  
las  
que  
deseara  
venir.  
La  
primera

era  
que  
España  
era  
la  
tierra  
más  
occidental  
de  
Europa.  
Era,  
en  
cierto  
sentido,  
el  
límite  
del  
mundo  
civilizado,  
y  
eso  
ya  
era  
suficiente  
para  
hacer  
que  
Pablo  
quisiera  
visitarla  
para  
predicar  
el  
Evangelio  
aquí.  
Pablo  
quería  
llegar  
con  
el  
Evangelio  
al  
NON  
PLUS  
ULTRA,  
al  
último  
extremo  
más  
allá  
del  
cual  
ya  
no  
se  
creía  
que  
había  
más  
tierras.

(ii)  
En  
aquel  
tiempo  
florecía  
en  
España  
una  
verdadera  
galaxia  
de  
genios.  
Muchos  
de  
los  
más  
grandes  
hombres  
del  
Imperio  
eran  
españoles:  
Lucano,  
el  
poeta  
épico;  
Marcial,  
el  
maestro  
del  
epigrama;  
Quintiliano,  
el  
más  
grande  
preceptor  
de  
oratoria  
de  
su  
tiempo.  
Sobre  
todos  
y  
sobre  
todo,  
Séneca,  
el  
gran  
filósofo  
estoico,  
preceptor  
y  
luego  
primer  
ministro  
de  
Nerón,  
era  
español.



Puede  
que  
Pablo  
estuviera  
diciéndose  
a  
sí  
mismo  
que  
podrían  
suceder  
cosas  
maravillosas  
si  
España  
fuera  
ganada  
para  
Cristo.  
(iii)  
Su  
plan  
inmediato  
era  
ir  
a  
Jerusalén.  
Había  
tenido  
un  
proyecto  
que  
era  
muy  
querido  
a  
su  
corazón:  
había  
organizado  
que  
se  
hiciera  
una  
colecta  
entre  
las  
iglesias  
más  
jóvenes  
para  
la  
iglesia  
madre  
de  
Jerusalén.  
No  
cabe  
duda  
de

que  
esa  
colecta  
seria  
muy  
necesaria.  
En  
una  
ciudad  
como  
Jerusalén,  
muchos  
de  
los  
empleos  
disponibles  
tendrían  
relación  
con  
el  
Templo  
Y  
sus  
servicios.  
Todos  
los  
sacerdotes  
y  
las  
autoridades  
del  
Templo  
eran  
saduceos,  
que  
eran  
los  
más  
acérrimos  
enemigos  
de  
Jesús.  
Por  
tanto,  
debe  
de  
haber  
sucedido  
que  
muchos,  
cuando  
se  
convertían  
a  
Cristo  
en  
Jerusalén,  
perdían  
el  
empleo

y  
quedaban  
en  
la  
más

completa  
necesidad.  
La  
ayuda  
que  
pudiera  
venirles  
de  
las  
iglesias  
más  
jóvenes  
sería  
un  
notable  
alivio.  
Pero  
había  
por  
lo  
menos  
otras  
tres  
razones  
de  
peso  
por  
las  
que  
Pablo  
tenía  
tanto  
interés  
en  
llevar  
aquella  
ofrenda  
a  
Jerusalén.

(a)  
Para  
él  
personalmente  
suponía  
el  
pago  
de  
una  
deuda  
y  
un  
deber.  
Cuando  
se  
llegó  
al  
acuerdo

de  
que  
Pablo  
fuera  
el  
apóstol  
de  
los  
gentiles,  
lo  
único  
que  
le  
habían  
pedido  
los  
líderes  
de  
la  
iglesia  
de  
Jerusalén  
había  
sido  
que  
se  
acordara  
de  
los  
pobres  
(Gálatas  
2:10).  
<  
Cosa  
que  
siempre  
tuve  
mucho  
interés  
en  
hacer»  
decía  
Pablo.  
Él  
no  
era  
un  
hombre  
capaz  
de  
olvidar  
un  
compromiso  
o  
una  
deuda;  
y  
ahora  
era  
el

momento  
de  
cumplir,  
por  
lo  
menos  
en  
parte.  
(b)  
No  
había  
mejor  
manera  
de  
demostrar  
prácticamente  
la  
unidad  
de  
la  
Iglesia.  
Era  
ésta  
una  
manera  
de  
enseñar  
a  
las  
iglesias  
más  
jóvenes  
que  
no  
eran  
unidades  
aisladas,  
sino  
miembros  
de  
una  
gran  
Iglesia  
que  
se  
extendía  
por  
todo  
el  
mundo.  
El  
valor  
de  
ayudar  
a  
otras  
iglesias  
consiste  
en  
que

nos  
hace  
recordar  
que  
no  
somos  
sólo  
miembros  
de  
nuestra  
iglesia  
local,  
sino  
también  
de  
la  
Iglesia  
universal.

(c)  
Era  
la  
mejor  
manera  
de  
aplicar  
la  
fe  
a  
la  
práctica.  
Era  
bastante  
fácil  
hablar  
de  
la  
generosidad  
cristiana;  
pero  
aquí  
se  
les  
ofrecía  
una  
oportunidad  
de  
pasar  
de  
las  
palabras  
a  
las  
obras.  
Así  
es  
que  
Pablo  
está

de  
camino  
a  
Jerusalén,  
y  
está  
preparándose  
para  
visitar  
España.  
No  
sabemos  
seguro  
si  
cumplió  
su  
deseo,  
porque  
en  
Jerusalén  
se  
enfrentó  
con  
grandes  
dificultades  
que  
le  
condujeron  
a  
un  
largo  
encarcelamiento  
y  
tal  
vez  
a  
la  
muerte.  
Es  
posible  
que  
este  
fuera  
un  
plan  
del  
gran  
pionero  
Pablo  
que  
nunca  
llegó  
a  
realizar.

CON  
LOS  
OJOS  
ABIERTOS



ANTE  
EL  
PELIGRO

Romanos 15:30-33

Hermanos,  
os  
exhorto  
por  
nuestro  
Señor  
Jesucristo,  
y  
por  
el  
amor  
del  
Espíritu,  
que  
luchéis  
conmigo  
en  
oración  
a  
Dios  
por  
mí;  
porque  
necesito  
vuestras  
oraciones  
para  
no  
caer  
en  
poder  
de  
los  
de  
Jerusalén  
que  
no  
creen,  
y  
para  
que  
la  
ayuda  
que  
estoy  
llevando  
a  
Jerusalén  
resulte  
aceptable  
a  
los  
que

están  
consagrados  
a  
Dios  
allí.  
Quiero  
que  
oréis  
para  
que  
en  
la  
voluntad  
de  
Dios  
pueda  
ir  
felizmente  
a  
vosotros,  
y  
disfrutar  
de  
un  
tiempo  
de  
descanso  
en  
vuestra  
compañía.  
¡Que  
el  
Dios  
de  
paz  
sea  
con  
todos  
vosotros!  
Amén.

Llegamos  
al  
final  
del  
pasaje  
anterior  
diciendo  
que,  
por  
lo  
que  
nosotros  
sabemos,  
el  
proyecto  
de  
Pablo  
de

ir  
a  
España  
nunca  
lo  
pudo  
realizar.  
Sabemos  
seguro  
que,  
cuando  
fue  
a  
Jerusalén,  
le  
detuvieron  
y  
pasó  
los  
siguientes  
cuatro  
años  
prisionero,  
dos  
en  
Cesarea  
y  
dos  
en  
Roma.  
Aquí  
se  
nos  
revela  
de  
nuevo  
la  
grandeza  
de  
su  
carácter.

(i)  
Cuando  
Pablo  
fue  
a  
Jerusalén,  
sabía  
lo  
que  
hacía  
y  
era  
plenamente  
consciente  
de  
los  
peligros

que  
le  
acechaban  
(Cp.  
Hechos  
20:22ss;  
21:10-14) .  
Como  
su  
Maestro  
cuando  
«afirmó  
Su  
rostro  
para  
ir  
a  
Jerusalén»  
(Lucas  
9:51,  
R-V),  
así  
hizo  
Pablo.  
El  
valor  
de  
más  
subido  
valor  
es  
el  
del  
que  
sabe  
que  
tendrá  
que  
arrostrar  
un  
grave  
peligro  
si  
cumple  
lo  
que  
considera  
su  
deber,  
y  
sin  
embargo  
sigue  
adelante.  
Ese  
es  
el  
valor  
del  
que

dio  
muestra  
Jesús.  
Y  
ese  
es  
el  
valor  
que  
debemos  
tener  
todos  
los  
seguidores  
de  
Cristo,  
como  
lo  
tuvo  
Pablo.

(ii)  
En  
una  
situación  
así,  
Pablo  
pidió  
las  
oraciones  
de  
los  
cristianos  
de  
la  
iglesia  
de  
Roma.  
Es  
una  
gran  
cosa  
seguir  
adelante  
sabiendo  
que  
estamos  
arropados  
por  
las  
oraciones  
de  
los  
que  
nos  
aman.  
Aunque  
estemos  
materialmente

a  
mucha  
distancia  
de  
los  
que  
amamos,  
ellos  
y  
nosotros  
nos  
podemos  
encontrar  
ante  
el  
Trono  
de  
la  
Gracia  
de  
Dios.  
(iii)  
Pablo  
les  
deja  
su  
bendición  
y  
sigue  
adelante.  
Era  
sin  
duda  
todo  
lo  
que  
podía  
dar.  
Aunque  
no  
podamos  
hacer  
nada  
más,  
siempre  
podremos  
presentar  
a  
nuestros  
amigos  
y  
amados  
en  
oración  
a  
Dios.  
(iv)  
Fue  
la  
bendición

del  
Dios  
de  
paz  
la  
que  
Pablo  
envió  
a  
Roma,  
y  
fue  
en  
la  
presencia  
del  
Dios  
de  
paz  
como  
él  
mismo  
fue  
a  
Jerusalén,  
a  
pesar  
de  
todas  
sus  
amenazas.  
El  
que  
tiene  
la  
paz  
de  
Dios  
en  
el  
corazón  
se  
puede  
enfrentar  
sin  
miedo  
con  
todos  
los  
peligros  
de  
la  
vida.  
UNA  
CARTA  
DE  
PRESENTACIÓN

Os  
presento  
a  
nuestra  
hermana  
Febe, que  
está  
al  
servicio  
de  
la  
iglesia  
de  
Cencreas.  
Confío  
en  
que  
la  
recibiréis  
en  
el  
Señor  
como  
nos  
debemos  
recibir  
mutuamente  
los  
que  
formamos  
parte  
del  
pueblo  
de  
Dios;  
y  
espero  
que  
la  
ayudéis  
en  
lo  
que  
le  
haga  
falta, porque

ella  
por  
su  
parte  
ha  
ayudado  
a  
muchos, entre  
ellos  
a  
mí.



Cuando  
uno  
solicita  
un  
empleo,  
es  
corriente  
que  
presente  
cartas  
de  
sitios  
donde  
ha  
trabajado  
o  
de  
personas  
que  
le  
conocen  
y  
que  
pueden  
dar  
informes  
de  
su  
carácter  
y  
habilidad  
profesional.  
Cuando  
una  
persona  
va  
a  
vivir  
en  
algún  
lugar  
nuevo  
para  
ella,  
se  
suelen  
llevar  
cartas  
de  
introducción  
de  
alguien  
que  
conoce  
a  
algunos  
de  
ese

lugar.  
En  
el  
mundo  
antiguo  
estas  
cartas  
ya  
eran

corrientes;  
se  
las  
llamaba  
systatikai  
epístolas,  
es  
decir,  
cartas  
de  
recomendación  
o  
de  
presentación.  
Se  
han  
conservado  
muchas  
de  
estas  
cartas,  
escritas  
en  
papiro,  
que  
se  
han  
encontrado  
en  
los  
antiguos  
basureros  
enterrados  
en  
las  
arenas  
del  
desierto  
en  
Egipto.

Un  
cierto  
olivicultor  
llamado  
Mystarion,  
por  
ejemplo,  
manda  
a  
un  
esclavo  
suyo  
con  
un  
encargo  
para  
un

tal  
Stotoetis,  
jefe  
de  
los  
sacerdotes;  
y  
le  
da  
una  
carta  
de  
presentación  
que  
dice:

Mystarion  
a  
su  
apreciado  
Stotoetis:  
¡Saludos  
cordiales!  
Te  
mando  
a  
mi  
Blastus  
para  
que  
me  
traiga  
aperos  
para  
mis  
olivares.  
No  
me  
le  
entretengas,  
que  
ya  
sabes  
que  
le  
necesito  
a  
todas  
horas.

A  
Stotoetis,  
sacerdote  
jefe  
de  
la  
isla.

Aquí  
Pablo  
escribe  
una  
carta  
de  
presentación  
de  
Febe  
a  
la  
iglesia  
de  
Roma.

Febe  
procedía  
de  
Cencreas,  
que  
era  
el  
puerto  
de  
Corinto.  
Algunas  
veces  
se  
la  
llama  
diaconisa;  
pero  
no  
es  
probable  
que  
Febe  
tuviera  
una  
posición  
oficial  
en  
el  
ministerio  
de  
la  
iglesia.  
No  
ha  
habido  
nunca  
un  
tiempo  
en  
el  
que  
el  
trabajo

de  
las  
mujeres  
no  
fuera  
de  
un  
valor  
infinito.  
Esto  
debe  
de  
haber  
sido  
especialmente  
cierto  
en  
los  
tiempos  
de  
la  
Iglesia  
Primitiva.  
En  
los  
casos  
de  
bautismo  
por  
inmersión  
-que  
era  
la  
manera  
corriente  
entonces-,  
en  
las  
visitas  
a  
los  
enfermos  
y  
en  
la  
distribución  
de  
ayuda  
a  
los  
necesitados,  
las  
mujeres  
deben  
de  
haber  
representado  
un  
papel  
importante

en  
la  
vida  
de  
las  
iglesias;  
pero  
no  
parece  
que  
tuvieran  
cargos  
oficiales  
en  
aquel  
tiempo.

Pablo  
encarga  
que  
se  
le  
dé  
la  
bienvenida  
a  
Febe:  
Pide  
a  
los  
cristianos  
de  
Roma  
que  
la  
reciban  
como  
los  
que  
están  
consa-  
grados  
a  
Dios  
deben  
recibirse  
mutuamente.  
No  
debería  
haber  
extranjeros  
en  
la  
familia  
de  
Cristo;  
no  
deberían  
hacer

falta  
las  
presentaciones  
formales  
entre  
los  
cristianos;  
porque  
son  
hijos  
e  
hijas  
del  
mismo  
Padre,  
y  
por  
tanto  
hermanos  
y  
hermanas  
entre  
sí.  
Y  
sin  
embargo  
la  
iglesia  
no  
es  
siempre  
la  
institución  
dispuesta  
a  
dar  
la  
bienvenida  
que  
debería  
ser.  
Es  
posible  
que  
las  
iglesias,  
y  
aún  
más  
las  
organizaciones  
eclesiásticas,  
se  
conviertan  
en  
grupitos  
exclusivistas  
que  
realmente  
no



tienen  
interés  
en  
recibir  
a  
forasteros.  
Cuando  
venga  
uno  
a  
la  
nuestra  
-el  
consejo  
de  
Pablo  
sigue  
siendo  
relevante-, debemos  
hacer  
que  
se  
sienta  
bienvenido,  
como  
debe  
suceder  
entre  
los  
que  
son  
de  
Cristo.

UNA  
IGLESIA  
QUE  
ERA  
UNA  
FAMILIA

Romanos  
16:3,  
4

Dadle  
mis  
saludos  
a  
mis  
colaboradores  
en  
el  
Evangelio  
Prisca  
y  
Aquila,

que  
se  
jugaron  
el  
cuello  
para  
salvarme  
la  
vida.  
No  
soy  
yo  
el  
único  
que  
les  
está  
agradecido,  
sino  
todas  
las  
iglesias  
de  
los  
gentiles;  
Y  
transmitidle  
mi  
saludo  
a  
la  
iglesia  
que  
está  
en  
su  
casa.

No  
hay  
pareja  
más  
fascinante  
en  
todo  
el  
Nuevo  
Testamento  
que  
la  
formada  
por  
Prisca  
Y  
Aquila.  
Algunas  
veces  
a  
Prisca

se  
la

llama  
Priscila  
-que  
debería  
decirse  
en  
español  
Prisquilla,  
porque  
es  
el  
diminutivo  
cariñoso  
de  
su  
nombre.  
Vamos  
a  
empezar  
por

los  
hechos  
que  
sabemos  
de  
ellos  
con  
seguridad.

Aparecen  
por  
primera  
vez  
en  
Hechos  
18:2.  
Por  
ese  
pasaje  
sabemos  
que  
antes  
habían  
sido  
residentes  
en  
Roma.  
Claudio  
había

publicado  
un

edicto  
en  
el  
año  
52  
d.C.  
desterrando  
a  
los  
judíos.  
El  
antisemitismo  
no  
es  
nada  
nuevo,  
y  
a  
los  
judíos  
se  
los  
odiaba

en  
el  
mundo  
antiguo  
tanto  
como  
en  
el  
contemporáneo

a  
veces.  
Cuando  
fueron  
desterrados  
de  
Roma,  
Prisca  
y  
Aquila  
se  
quedaron  
en  
Corinto.  
Eran  
fabricantes  
de  
tiendas  
de  
campaña,

que  
era

también  
la  
profesión  
de  
Pablo,  
y  
éste  
encontró  
un  
verdadero  
hogar  
en  
la  
casa  
de  
ellos.  
Cuando  
salió  
de  
Corinto  
y  
se  
fue

a  
Éfeso,  
Prisca  
y  
Aquila  
se  
fueron  
con  
él,  
y  
se  
instalaron  
allí  
(Hechos  
18:18).

El  
primer  
incidente  
en  
que  
intervienen  
es  
característico.  
Había  
llegado  
a  
Éfeso  
un  
brillante  
intelectual  
que  
se  
llamaba

Apolos;  
pero  
éste  
todavía  
no  
había  
comprendido  
del  
todo  
la  
fe  
cristiana.  
El  
caso  
es  
que  
Prisca  
y  
Aquila  
se  
le  
llevaron  
a  
su  
casa,  
y  
le  
ofrecieron  
amistad  
y  
enseñanza  
del  
Evangelio  
(Hechos  
18:24-26) .  
Desde  
el  
principio  
Prisca  
y  
Aquila  
eran  
personas  
que  
mantenían  
la  
puerta  
y  
el  
corazón  
abiertos.

La  
segunda  
vez  
que  
nos  
los  
encontramos

están  
todavía  
en  
Éfeso.  
Pablo  
escribió  
desde  
allí  
su  
Primera  
Carta  
a  
los  
Corintios,  
y  
en  
ella  
manda  
saludos  
de  
Prisca  
y  
Aquila  
y  
de  
la  
iglesia  
que  
está  
en  
su  
casa  
(1  
Corintios  
16:19).  
Esto  
era  
mucho  
antes  
de  
que  
hubiera  
tal  
cosa  
como  
edificios  
que  
se  
usaran  
como  
iglesias;  
y  
la  
casa  
de  
Prisca  
y  
Aquila  
se  
usaba

como  
el  
lugar  
de  
reunión  
de  
un  
grupo  
de  
cristianos.

La  
vez  
siguiente  
que  
tenemos  
noticias  
de  
ellos  
están  
en  
Roma.  
El  
edicto  
por  
el  
que  
Claudio  
había  
desterrado  
de  
Roma  
a  
los  
judíos  
había  
dejado  
de  
ser  
efectivo;  
y  
es  
probable  
que  
Prisca  
y  
Aquila,  
como  
otros  
muchos  
judíos,  
volvieron  
a  
sus  
antiguas  
casas  
y  
negocios,  
de



los  
que  
habrían  
conservado  
las  
llaves  
como  
hicieron  
durante  
mucho  
tiempo  
los  
judíos  
que  
fueron  
expulsados  
de  
España  
en  
1492.  
Descubrimos  
que  
Prisca  
y  
Aquila  
siguen  
siendo  
los  
mismos:  
otra  
vez  
hay  
un  
grupo  
de  
cristianos  
que  
se  
reúne  
en  
su  
casa.

La  
última  
vez  
que  
aparecen  
en  
el  
Nuevo  
Testamento  
es  
en  
2  
Timoteo  
4:19,  
y  
están  
en  
Éfeso  
otra  
vez;  
y  
uno  
de  
los  
últimos  
mensajes  
que  
mandó  
Pablo  
fueron  
sus  
saludos  
para  
esta  
pareja  
de  
cristianos  
que  
habían  
sido  
sus  
compañeros  
en  
muchos  
de  
los  
lances  
de  
su  
agitada  
vida.

Prisca  
y  
Aquila  
vivieron  
una  
vida

curiosamente  
nómada  
y  
desarraigada.  
El  
mismo  
Aquila  
había  
nacido  
en  
el  
Ponto,  
en

Asia  
Menor  
(Hechos  
18:2).  
La  
primera  
vez  
nos  
los  
encontramos  
en  
Roma;  
luego,  
en  
Corinto;  
después,  
en  
Éfeso;  
luego,  
otra  
vez  
en  
Roma,  
y  
finalmente,  
de  
nuevo  
en  
Éfeso;  
pero  
siempre  
que  
nos  
los  
encontramos,  
su  
casa  
es  
el  
centro  
de  
encuentro  
y  
de  
servicio

de  
los  
hermanos  
cristianos.  
Todos  
los  
hogares  
cristianos  
deberían  
ser  
iglesias;  
porque  
una  
iglesia  
es  
un  
lugar  
donde  
se  
puede  
encontrar  
a  
Cristo.  
La  
casa  
de  
Prisca  
y  
Aquila,  
donde  
estuviera,  
irradiaba  
amistad  
y  
comunión  
y  
amor.  
Si  
uno  
es  
forastero

o  
extranjero  
en  
algún  
lugar  
desconocido,  
una  
de  
las  
cosas  
que  
más  
apreciará  
será  
tener  
un  
hogar

donde  
se  
sienta  
bien  
recibido  
y  
esté  
a  
gusto,  
lo  
más  
posible  
como  
en  
su  
propia  
casa.  
Eso  
disipa  
la  
soledad  
y  
protege  
contra  
la  
tentación.  
A  
veces  
puede  
que  
pensemos  
que  
el  
hogar  
es  
un  
sitio  
donde  
nos  
podemos  
encerrar  
dejando  
fuera  
al  
mundo;  
pero,  
por  
otra  
parte,  
un  
hogar  
debería  
ser  
un  
sitio  
con  
una  
puerta  
abierta.  
La

puerta  
abierta,  
la  
mano  
abierta  
y  
el  
corazón  
abierto  
son  
características  
de  
la  
vida  
cristiana.  
Hasta  
aquí  
lo  
que  
sabemos  
seguro  
de  
Prisca  
y  
Aquila;  
pero  
puede  
que  
haya  
algo  
aún  
más  
romántico  
en  
su  
historia.  
Hasta  
ahora,  
hay  
una  
iglesia  
en  
el  
Aventino  
de  
Roma  
que  
se  
llama  
la  
Iglesia  
de  
Santa  
Prisca.  
También  
hay  
un  
cementerio  
que  
se

llama  
de  
Priscilla,  
y  
es  
el  
cementerio  
de  
la  
antigua  
familia  
Acilia.  
Allí  
fue  
enterrado  
Acilio  
Glabrio,  
que  
fue  
cónsul  
de  
Roma  
en  
el  
año  
91  
d.C.,  
el  
puesto  
más  
honorable  
que  
se  
podía  
conceder  
a  
un  
romano;  
y  
parece  
ser  
que  
murió  
como  
mártir  
cristiano.  
Debe  
de  
haber  
sido  
uno  
de  
los  
primeros  
nobles  
romanos  
que  
se  
convirtieron  
al

Cristianismo

y

dieron

su

vida

por

su

fe.

Ahora

bien:

cuando

un

esclavo

recibía

la

libertad

en

el

Imperio

Romano

se

enrolaba

en

una

de

las

grandes

familias

y

tomaba

uno

de

los

nombres

de

ésta

como

propio.

Uno

de

los

nombres

más

frecuentes

de

mujer

en

la

familia

Acilia

era

Prisca;

y

Acilius

se

escribe

a

veces

Aquilius,

que



está  
muy  
próximo  
a  
Aquila.  
Aquí  
nos  
encontramos  
con  
dos  
posibilidades  
fascinantes:

(i)  
A  
lo  
mejor  
Prisca  
y  
Aquila  
recibieron  
la  
libertad  
de  
algún  
miembro  
de  
la  
familia  
Acilia,  
en  
la  
que  
tal  
vez  
habían  
sido  
esclavos.  
¿No  
serían  
ellos  
los  
que  
sembraron  
la  
semilla  
del  
Evangelio  
en  
aquella  
familia,  
de  
tal  
manera  
que  
uno  
de  
ellos,  
nada

menos  
que  
el  
cónsul  
romano  
Acilio  
Glabrio,  
se  
convirtió  
y  
fue  
mártir  
de  
Cristo?  
(ii)  
Y  
hay  
otra  
posibilidad  
todavía  
más  
romántica.  
Es  
curioso  
que  
en  
cuatro  
de  
los  
seis  
lugares  
en  
los  
que  
aparece  
la  
pareja  
en  
el  
Nuevo  
Testamento  
se  
nombre  
a  
Prisca  
en  
primer  
lugar,  
aunque  
lo  
normal  
habría  
sido  
poner  
el  
nombre  
del  
marido  
delante  
del

de  
la  
mujer,  
como  
cuando  
decimos  
nosotros  
«el  
señor  
y  
la  
señora  
Rodríguez.»  
Existe  
la  
posibilidad  
de  
que  
se  
hiciera  
así  
porque  
Prisca  
no  
era  
una  
liberta,  
sino  
una  
dama  
de  
la  
nobleza,  
perteneciente  
por  
nacimiento  
a  
la  
familia  
Acilia.  
Es  
posible  
que,  
en  
alguna  
reunión  
de  
los  
cristianos,  
esta  
gran  
señora  
romana  
conoció  
a  
Aquila,  
el  
humilde  
judío  
fabricante

de  
tiendas  
de  
campaña;  
que  
se  
enamoraron;  
que  
el  
Evangelio  
echó  
abajo  
las  
barreras  
de  
raza  
y  
rango  
y  
riqueza  
y  
nacimiento,  
y  
que  
estos  
dos,  
la  
aristócrata  
romana  
y  
el  
artesano  
judío,  
unieron  
sus  
vidas  
para  
siempre  
en  
el  
amor  
y  
en  
el  
servicio  
cristiano.  
De  
estas  
suposiciones  
no  
podemos  
estar  
seguros  
del  
todo,  
aunque  
uno  
quisiera  
que  
fueran

verdad;  
pero  
podemos  
estar  
seguros  
de  
que  
había  
muchos  
en  
Corinto,  
en  
Éfeso  
y  
en  
Roma  
que  
debían  
sus  
almas  
a  
Prisca  
y  
Aquila,  
y  
al  
hogar  
de  
ambos  
que  
era  
también  
una  
iglesia.

UN  
ELOGIO  
PARA  
CADA  
NOMBRE

Romanos  
16:5-11

Dad  
mis  
saludos  
a  
mi  
querido  
Epeneto,  
que  
fue  
el  
primero  
que  
se

convirtió  
a  
Cristo  
en  
Asia.  
Dad  
mis  
saludos  
a  
María,  
que  
ha  
trabajado  
mucho  
entre  
vosotros.  
Dad  
mis  
saludos  
a  
mis  
parientes  
Y  
compañeros  
de  
presidio  
Andrónico  
Y  
Junia, que  
son  
muy  
apreciados  
entre  
los  
apóstoles  
Y  
son  
cristianos  
desde  
antes  
que  
yo.

Dad  
mis  
saludos  
a  
Ampliato,  
amado  
mío  
en  
el  
Señor.

,  
Dad  
mis  
saludos

a  
nuestro  
colaborador  
cristiano  
Urba-  
no, y  
a  
mi  
querido  
Estaquio.  
Dad  
mis  
saludos  
a  
Apeles,  
cristiano  
íntegro.  
Dad  
mis  
saludos  
a  
todos  
los  
de  
la  
familia  
de  
Aristóbulo.  
Dad  
mis  
saludos  
a  
mi  
pariente  
Herodión.  
Dad  
mis  
saludos  
a  
los  
de  
la  
familia  
de  
Nar-  
ciso  
que  
son  
creyentes.

No  
hay  
duda  
de  
que  
detrás  
de  
cada  
uno

de  
estos  
nombres  
se  
esconde  
una  
verdadera  
saga  
cristiana.  
Ninguna  
de  
ellas  
nos  
es  
conocida,  
pero  
podemos  
imaginarnos  
algunas.  
En  
este  
capítulo  
hay  
veinticuatro  
nombres  
personales  
y  
dos  
cosas  
interesantes  
que  
notar:

(i)  
De  
los  
veinticuatro,  
seis  
son  
mujeres.  
Esto  
vale  
la  
pena  
recordarlo;  
porque  
algunos  
acusan  
a  
Pablo  
de  
ser  
machista  
y  
de  
minimizar  
el  
papel



de  
las  
mujeres  
en  
la  
iglesia.  
Si  
de  
veras  
queremos  
conocer  
la  
actitud  
de  
Pablo,  
debemos  
leer  
un  
pasaje

como  
éste,  
en  
cada  
una  
de  
cuyas  
líneas  
se  
trasluce  
el  
aprecio  
de  
Pablo  
hacia  
la  
labor  
que  
las  
mujeres  
están  
realizando  
en  
la  
iglesia.

(ii)  
Trece  
de  
los  
veinticuatro  
nombres  
figuran  
en  
inscripciones  
o  
en  
documentos  
que  
tratan  
del  
palacio  
del  
Emperador  
de  
Roma.  
Aunque  
varios  
son  
bastante  
corrientes,  
este  
hecho  
es  
muy  
sugestivo.  
En  
Filipenses

4:22  
Pablo  
habla  
de  
los  
santos  
de  
la  
casa  
del  
César.  
Puede  
que  
fueran  
en  
su  
mayoría  
esclavos;  
pero  
aun  
así  
es  
importante  
que  
el  
Evangelio  
parece  
haber  
penetrado  
desde  
tan  
al  
principio  
en  
el  
palacio  
imperial.  
Andrónico  
y  
Junias  
forman  
una  
pareja  
interesante,  
porque  
es  
probable  
que  
Junias  
sea  
un  
nombre  
de  
mujer.  
Eso  
querría  
decir,  
¡nada  
menos!,  
que

en  
la  
Iglesia  
Primitiva  
se  
podía  
incluir  
a  
una  
mujer  
entre  
los  
apóstoles.  
Los  
apóstoles,  
en  
este  
sentido,  
eran  
personas  
que  
la  
iglesia  
mandaba  
al  
mundo  
a  
predicar  
el  
Evangelio.  
Pablo  
dice  
que  
Andrónico  
y  
Junias  
eran  
cristianos  
desde  
antes  
que  
él.  
Eso  
quiere  
decir  
que  
se  
remontarían  
a  
los  
días  
de  
Esteban;  
deben  
de  
haber  
estado  
en  
contacto  
con

la  
iglesia  
de  
los  
primeros  
días  
en  
Jerusalén.  
Detrás  
del  
nombre  
de  
Ampliato  
puede  
que  
se  
esconda  
una  
historia  
interesante.  
Es  
corriente  
como  
nombre  
de  
esclavo.  
Ahora

bien:  
en  
el  
cementerio  
de  
Domitila,  
que  
es  
el  
más  
antiguo  
de  
las  
Catacumbas,  
hay  
una  
tumba  
decorada,  
dedicada  
exclusivamente  
a  
Ampliatum.  
Los  
ciudadanos  
romanos  
tenían  
tres  
nombres:  
el  
nomen,  
el

praenomen  
y  
el  
cognomen-,  
lo  
cual  
podría  
indicar  
que  
este  
Ampliatus,  
que  
no  
tenía  
más  
que  
uno,  
era  
un  
esclavo.  
Pero  
la  
decoración  
de  
la  
tumba  
y  
la  
distinguida  
escritura  
nos  
hacen  
pensar  
que  
se  
trataba  
de  
una  
persona  
de  
alto  
rango  
en  
la  
iglesia.  
De  
ahí  
se  
deduce  
que,  
desde  
los  
primeros  
días  
de  
la  
Iglesia,  
las  
diferencias  
de

rango  
estaban  
tan  
borradas  
que  
era  
posible  
que  
un  
hombre  
fuera  
al  
mismo  
tiempo  
un  
esclavo  
y  
un  
príncipe  
de  
la  
Iglesia.  
Las  
diferencias  
sociales  
no  
contaban.  
No  
podemos  
asegurar  
que  
este  
Ampliatus  
al  
que  
manda  
saludos  
Pablo  
fuera  
el  
mismo  
que  
el  
del  
cementerio  
de  
Domitila;  
pero  
no  
es  
imposible.

La  
casa  
de  
Aristóbulo  
puede  
también  
ser

una  
referencia  
que  
encierra  
una  
historia  
interesante.  
En  
Roma,  
la  
casa  
no  
describía  
solamente  
la  
familia  
o  
los  
parientes  
de  
una  
persona,  
sino  
que  
incluía  
también  
a  
sus  
servidores  
y  
esclavos.  
En  
Roma  
hacía  
tiempo  
que  
vivía  
un  
nieto  
de  
Herodes  
el  
Grande  
que  
se  
llamaba  
Aristóbulo.  
Siempre  
había  
vivido  
como  
un  
mero  
particular,  
y  
no  
había  
heredado  
nada  
de



los  
dominios  
de  
Herodes;  
pero  
era  
amigo  
personal  
del  
emperador  
Claudio.  
Cuando  
murió  
Aristóbulo,  
sus  
servidores  
y  
sus  
esclavos  
pasarían  
a  
ser  
propiedad  
del  
Emperador,  
pero  
formarían  
una  
sección  
conocida  
como  
la  
casa  
de  
Aristóbulo.  
Así  
que  
esta  
frase  
puede  
describir  
a  
los  
servidores  
y  
esclavos  
judíos  
que  
antes  
habían  
pertenecido  
a  
Aristóbulo,  
el  
nieto  
de  
Herodes,  
y  
que  
habían

pasado  
a  
ser  
propiedad  
del  
Emperador.  
Esto  
resulta  
más  
probable  
por  
los  
dos  
nombres  
entre  
los  
que  
se  
encuentra.  
Apeles  
puede  
ser  
la  
forma  
griega  
del  
nombre  
de  
un  
judío  
que  
se  
llamara  
Abel,  
y  
Herodión  
está  
claro  
que  
sería  
el  
que  
correspondiera  
a  
uno  
relacionado  
con  
la  
familia  
de  
Herodes.

La  
casa  
de  
Narciso  
también  
puede  
que

encierre  
una  
historia  
interesante.  
Narciso  
era  
un  
nombre  
bastante  
corriente;  
pero  
el

Narciso  
más  
famoso  
era  
un  
liberto  
que  
había  
sido  
secretario  
del  
emperador  
Claudio  
y  
había  
tenido  
una  
considerable  
influencia.  
Se  
decía  
que  
había  
amasado  
una  
fortuna  
privada  
que  
equivaldría  
ahora  
a  
miles  
de  
millones  
de  
pesetas.  
Adquirió  
tanto  
poder  
porque  
toda  
la  
correspondencia  
dirigida  
al  
Emperador

tenía  
que  
pasar  
por  
sus  
manos,  
así  
es  
que  
de  
él  
dependía  
que  
llegara  
a  
su  
destino;  
los  
sobornos  
para  
que  
las  
peticiones  
de  
la  
gente  
llegaran  
al  
Emperador  
iban  
engrosando  
la  
fortuna  
personal  
de  
Narciso.  
Cuando  
Claudio  
fue  
asesinado  
y  
Nerón  
ocupó  
su  
puesto,  
Narciso  
sobrevivió  
un  
poco  
de  
tiempo,  
pero  
al  
final  
se  
le  
obligó  
a  
cometer  
suicidio,

Y  
su  
fortuna  
Y  
casa  
pasaron  
a  
ser  
propiedad  
de  
Nerón.  
Puede  
que  
aquí  
se  
haga  
referencia  
a  
sus  
servidores  
Y  
esclavos.  
Si  
Aristóbulo  
era  
de  
veras  
el  
nieto  
de  
Herodes,  
Y  
si  
Narciso  
era  
el  
que  
había  
sido  
secretario  
de  
Claudio,  
esto  
querría  
decir  
que  
muchos  
de  
los  
esclavos  
de  
la  
corte  
imperial  
ya  
eran  
cristianos.  
La  
levadura  
del

Evangelio  
había  
llegado  
a  
los  
círculos  
más  
altos  
del  
Imperio.

SAGAS  
QUE  
SE  
RECUPERAN

Romanos  
16:12-16

Dadle  
mis  
saludos  
a  
Trifena  
Y  
a  
Trifosa,  
que  
trabajan  
mucho  
en  
el  
Señor.  
Dadle  
mis  
saludos  
a  
la  
querida  
Pérsida,  
que  
ha  
trabajado  
mucho  
en  
el  
Señor.  
Dadle  
mis  
saludos  
a  
Rufo,  
escogido  
del  
Señor,  
Y  
a

su  
madre, que  
me  
trató  
como  
a  
un  
hijo.  
Dadles  
mis  
saludos  
a  
Asíncrito,  
Flegonte,  
Hermas,  
Patrobas,  
Hermes,  
y  
a  
los  
hermanos  
que  
están  
con  
ellos.  
Dadles  
mis  
saludos  
a  
Filólogo,  
Julia,  
Nereo  
y  
su  
hermana,  
Olimpas,  
y  
todos  
los  
consagrados  
que  
están  
con  
ellos.  
Saludaos  
unos  
a  
otros  
dándoos  
unos  
a  
otros  
de  
mi  
parte  
el  
beso  
de  
los  
consagrados

a  
Dios.  
Todas  
las  
iglesias  
cristianas  
os  
mandan  
recuerdos.

No  
cabe  
duda  
que  
todos  
estos  
nombres  
encerrarán  
sagas;  
pero  
sólo  
podemos  
aventurarnos  
a  
recuperar  
las  
de  
unos  
pocos.

(i)  
Cuando  
Pablo  
manda  
saludos  
para  
Trifena  
y  
Trifosa  
-que  
es  
probable  
que  
fueran  
mellizas,  
por  
la  
semejanza  
de  
sus  
nombres-,  
lo  
hace  
con  
una  
sonrisa;  
porque  
la



forma  
en  
que  
lo  
dice  
suena  
a  
una  
graciosa  
contradicción  
en  
términos.  
En  
esta  
lista  
de  
saludos  
Pablo  
usa  
tres  
veces  
una  
cierta  
palabra  
griega  
refiriéndose  
al  
trabajo  
cristiano.  
La  
usa  
de  
María  
(versículo  
6),  
y  
de  
Trifena  
y  
Trifosa  
y  
de  
Pérsida  
en  
este  
pasaje.  
Es  
el  
verbo  
kopian,  
que  
quiere  
decir  
ajetrear  
hasta  
el  
agotamiento,  
matarse  
a  
trabajar.

Eso  
es  
lo  
que  
Pablo  
dice  
que  
Trifena  
y  
Trifosa  
tenían  
costumbre  
de  
hacer;  
y  
lo  
curioso  
es  
que  
Trifena  
y  
Trifosa  
quieren

decir  
respectivamente  
melindrosa  
y  
melosa.  
Es  
como  
si  
dijera:  
«Vosotras  
dos  
os  
llamáis  
melindrosa  
y  
melosa;  
¡pero  
dais  
un  
mentís  
a  
vuestros  
nombres  
trabajando  
como  
negras  
en  
la  
causa  
de  
Cristo!»  
Podemos  
figurarnos  
a  
Pablo  
guiñándole  
el  
ojo  
a  
su  
amanuense  
al  
dictarle  
este  
saludo.

(ii)  
Una  
de  
las  
sagas  
más  
gloriosas  
ocultas  
en  
el  
Nuevo  
Testamento

se  
encierra  
en  
el  
nombre  
de  
Rufo,  
y  
su  
madre,  
que  
se  
portó  
como  
una  
madre  
con  
Pablo.  
Está  
claro  
que  
Rufo  
era  
conocido  
y  
apreciado  
por  
su  
simpatía  
y  
santidad  
en  
la  
iglesia  
de  
Roma;  
y  
también  
está  
claro  
que  
Pablo  
reconocía  
una  
deuda  
de  
gratitud  
que  
tenía  
con  
la  
madre  
de  
Rufo  
por  
la  
amabilidad  
y  
los  
cuidados

que  
le  
había  
deparado.  
¿Quién  
era  
Rufo?  
Vayamos  
a  
Marcos  
15:21.  
Allí  
leemos  
que  
los  
soldados  
romanos  
que  
iban  
conduciendo  
a  
Jesús  
al  
Calvario  
obligaron  
a  
un  
cierto  
Simón  
Cireneo  
a  
llevar  
la  
cruz;  
y  
se  
le  
describe  
como  
el  
padre  
de  
Alejandro  
y  
Rufo.  
Ahora  
bien:  
si  
a  
ese  
hombre  
se  
le  
identifica  
por  
los  
nombres  
de  
sus  
hijos,

está  
claro  
que,  
aunque  
a  
él  
no  
se  
le  
conociera  
en  
aquella  
comunidad  
a  
la  
que  
se  
está  
contando  
aquello,  
sus  
hijos  
sí  
eran  
conocidos.

¿A  
qué  
iglesia  
dedicó  
Marcos  
su  
Evangelio?  
A  
la  
de  
Roma;  
y  
daba  
por

sentado  
que  
allí  
sabían  
quiénes  
eran  
Alejandro  
y  
Rufo.  
Es  
casi  
seguro  
que  
el  
Rufo  
que  
se  
menciona  
aquí

era  
el  
hijo  
de  
aquel  
Simón  
Cireneo  
que  
llevó  
la  
cruz  
de  
Jesús.

Aquel  
habría  
sido  
un  
día  
terrible  
para  
Simón.  
Era  
judío,

natural  
de  
Cirene,  
en  
el  
Norte  
de  
África.  
Es  
probable  
que  
se  
hubiera  
pasado  
media  
vida  
ahorrando  
para  
poder  
ir  
alguna  
vez  
a  
celebrar  
la  
Pascua  
en  
Jerusalén.  
Cuando  
por  
fin  
lo  
pudo

hacer,  
cuando  
estaba  
a  
punto  
de  
entrar  
en  
la  
ciudad  
con  
el  
corazón  
emocionado  
por  
la  
solemnidad  
de  
la  
fiesta,  
de  
pronto  
un  
soldado  
romano  
le  
puso  
la  
espada  
plana  
en  
el  
hombro,  
que  
era  
la  
señal  
de  
que  
se  
le  
confiscaba  
para  
un  
servicio...  
y  
se  
encontró  
llevando  
la  
cruz  
de  
un  
criminal.  
¡Cómo  
se  
cambiaría  
su  
elevada  
emoción



espiritual  
por  
el  
resentimiento  
que  
le  
causaba  
aquella  
indigna  
humillación!  
¡Haber  
venido  
de  
Cirene  
para  
esto!  
¡Él,  
que  
pensaba  
solamente  
en  
participar  
de  
la  
gloria  
de  
la  
Pascua,  
y  
tenía  
que  
hacer  
algo  
tan  
terrible  
y  
vergonzoso!  
¿Tiraría  
la  
cruz  
al  
suelo  
con  
rabia  
al  
llegar  
al  
Calvario,  
y  
se  
marcharía  
con  
odio  
en  
el  
corazón?

Algo  
como

lo  
que  
intuyó  
y  
nos  
contó  
Gabriel  
Miró  
en  
sus  
Figuras  
de  
la  
Pasión  
del  
Señor  
debe  
de  
haber  
sucedido.  
En  
el  
camino  
del  
Calvario,  
el  
encanto  
sobrenatural  
de  
la  
figura  
quebrantada  
de  
Jesús  
habrá  
ido  
echando  
sus  
zarcillos  
alrededor  
del  
corazón  
del  
Cireneo.  
Probablemente  
se  
quedaría  
para  
ver  
más,  
y  
la  
figura  
del  
Crucificado  
le  
atrajo  
a  
Sí  
para

siempre.  
Aquel  
encuentro  
«casual»  
en  
el  
camino  
del  
Calvario  
cambió  
la  
vida  
de  
Simón.  
Había  
ido  
a  
Jerusalén  
para  
participar  
allí  
de  
la  
Pascua,  
¡Y  
cómo  
cumplió  
Dios  
su  
deseo!  
Allí  
y  
entonces  
conoció  
al  
Que  
había  
venido  
para  
hacer  
realidad  
todo  
lo  
que  
la  
Pascua  
anunciaba  
y  
representaba,  
al  
Cordero  
de  
Dios  
Que  
quita  
el  
pecado  
del  
mundo,  
Cristo,

nuestra  
Pascua.  
Volvería  
a  
casa,  
y  
compartiría  
su  
experiencia  
con  
su  
mujer  
e  
hijos  
de  
tal  
manera  
que  
también  
ellos  
creerían.

Podemos  
entretejer  
toda  
clase  
de  
especulaciones.  
Fueron  
hombres  
de  
Chipre  
y  
de  
Cirene  
los  
que  
fueron  
a  
Antioquía  
y

anunciaron  
el  
Evangelio  
por  
primera  
vez  
a  
los  
gentiles  
(Hechos  
11:20).  
¿Era  
Simón  
uno  
de  
los

de  
Cirene?  
¿Estaba  
Rufo  
con  
él

entre  
los  
que  
dieron  
aquel  
gigantesco  
paso  
de  
fe  
de  
hacer  
que  
el  
Cristianismo  
ofreciera  
la  
Salvación  
a  
toda  
la  
humanidad?

¿Estaban  
ellos  
entre  
los  
que  
soltaron  
las  
amarras  
del  
Cristianismo  
del  
muelle  
de  
Israel?  
¿Será  
posible  
que  
los  
gentiles

debamos  
el  
ser  
cristianos  
hoy  
al  
extraño  
episodio

del  
hombre  
de  
Cirene  
al  
que  
oblijaron  
a  
llevar  
una  
cruz  
al  
Calvario?

Vayamos  
ahora  
a  
Efeso  
en  
aquel  
día  
en  
que  
produjeron  
un  
tremendo  
disturbio  
los  
industriales  
que  
tenían  
montado  
un  
muy  
próspero  
negocio  
en  
torno  
a  
la  
diosa  
Diana  
de  
los  
Efesios,  
cuando  
la  
multitud  
habría  
linchado  
a  
Pablo  
si  
le  
hubiera  
echado  
mano.  
¿Quién  
salió

a  
enfrentarse  
con  
aquel  
gentío  
enfurecido?  
Uno  
que  
se  
llamaba  
Alejandro  
(Hechos  
19:33).  
¿Sería  
el  
otro  
hermano,  
arrostrándolo  
todo  
por  
Jesús  
con  
Pablo?

Y  
en  
cuanto  
a  
la  
madre,  
no  
cabe  
duda  
de  
que  
en  
momentos  
de  
necesidad  
debe  
de  
haber  
brindado  
a  
Pablo  
la  
ayuda  
y  
la  
hospitalidad  
que  
su  
propia  
familia  
le  
rehusó  
desde  
el  
día

que  
creyó  
que  
el  
Crucificado  
era  
el  
Mesías.  
Puede  
que  
nos  
estemos  
pasando  
en  
algunos  
detalles,  
porque  
Alejandro  
y  
Rufo  
eran  
nombres  
bastante  
corrientes;  
pero  
no  
nos  
podemos  
pasar  
al  
suponer  
que  
aquel  
encuentro  
<  
casual»  
en  
el  
camino  
del  
Calvario  
produjo  
consecuencias  
maravillosas,  
de  
las  
que  
seguimos  
beneficiándonos.

(iii)  
Todavía  
nos  
queda  
otro  
nombre  
que  
tal  
vez



encierre  
una  
historia  
todavía  
más  
sorprendente,  
el  
de  
Nereo.  
El  
año  
95  
d.C.  
tuvo  
lugar  
un  
suceso  
que  
escandalizó  
a  
toda  
Roma.  
Dos  
de  
las  
personas  
más  
distinguidas  
de  
la  
ciudad  
fueron  
condenadas  
a  
muerte  
por  
ser  
cristianas.  
Eran  
Flavio  
Clemente,  
que  
había  
sido  
cónsul  
de  
Roma,  
y  
su  
esposa  
Domitila,  
que  
era  
de  
sangre  
real.  
Era  
nieta  
del  
emperador

Vespasiano,  
y  
sobrina  
del  
actual  
emperador,  
Domiciano.  
De  
hecho,  
los  
dos  
hijos  
de  
Flavio  
Clemente  
y  
Domitila  
habían  
sido  
designados  
como  
sucesores  
de  
Domiciano  
en  
el  
poder  
imperial.  
Flavio  
fue  
ejecutado,  
y  
Domitila  
fue  
desterrada  
a  
la  
isla  
de  
Pontia,  
donde  
unos  
años  
después  
Paula  
vio  
la  
cueva  
en  
la  
que  
«Domitila  
arrastró  
su  
largo  
martirio  
por  
el  
nombre  
de

Cristo.»  
Lo  
curioso  
del  
caso  
es  
que  
el  
mayordomo  
de  
Flavio  
y  
Domitila  
se  
llamaba  
Nereo.  
Es  
posible  
que  
el  
esclavo  
Nereo  
fue  
el  
instrumento  
para  
que  
el  
ex  
cónsul  
Flavio  
Clemente  
y  
la  
princesa  
de  
sangre  
real  
Domitila  
se  
convirtieran  
al  
Cristia-

nismo.  
Nereo  
era  
un  
nombre  
bastante  
corriente,  
pero  
la  
suposición  
es  
posible.

Hay  
otro  
hecho  
de  
interés  
que  
añadir  
a  
esta  
historia.  
Flavio  
Clemente  
era  
hijo  
de  
Flavio  
Sabino,  
que  
era  
el  
prefecto  
de  
Roma  
cuando  
Nerón  
persiguió  
sádicamente  
a  
los  
cristianos  
después  
de  
acusarlos  
de  
haber  
provocado  
el  
terrible  
incendio  
de  
Roma  
del  
año  
64  
d.C.  
Como  
prefecto  
de  
la  
ciudad,  
Flavio  
Sabino  
tiene  
que  
haber  
sido  
el  
oficial  
encargado

de  
la  
persecución.  
Fue  
entonces  
cuando  
Nerón  
ordenó  
que  
se  
cubriera  
de  
brea  
a  
los  
cristianos  
y  
se  
les  
prendiera  
fuego  
para  
servir  
de  
antorchas  
vivas  
en  
sus  
jardines,  
o  
que  
se  
los  
cubriera  
de  
pieles  
de  
animales  
y  
se  
les  
lanzaran  
los  
salvajes  
perros  
entrenados  
para  
la  
caza  
mayor,  
o  
que  
los  
encerraran  
en  
navíos  
que  
luego  
se  
hundían

en  
las  
aguas  
del  
Tíber.  
Es  
posible  
que,  
treinta  
años  
antes  
de  
morir  
por  
Cristo,  
el  
joven  
Flavio  
Clemente  
presenciara  
el  
valor  
inquebrantable  
de  
los  
mártires,  
y  
se  
preguntara  
qué  
los  
hacía  
arrostrar  
así  
las  
muertes  
más  
horribles.

¡Cinco  
versículos  
de  
saludos  
y  
nombres  
que  
nos  
revelan  
sagas  
que  
alucinan  
el  
corazón!

LA  
ÚLTIMA  
APELACIÓN  
DEL

AMOR

Romanos  
16:17-20

Hermanos,  
os  
advierto  
que  
tenéis  
que  
tener  
cuidado  
con  
los  
que,  
apartándose  
de  
la  
enseñanza  
que  
han  
recibido,  
causan  
disensiones  
y  
ponen  
tropiezos  
en  
vuestro  
camino  
para  
haceros  
caer.  
No  
tengáis  
nada  
que  
ver  
con  
ellos.  
Tales  
personas  
no  
están  
realmente  
al  
servicio  
de  
Cristo  
nuestro  
Señor,  
sino  
sólo  
de  
su  
propia  
codicia.

Con  
halagos  
y  
buenas  
palabras  
engañan  
los  
corazones  
de  
los  
inocentes.  
Sé  
que  
sabréis  
lo  
que  
tenéis  
que  
hacer  
con  
tales  
personas,  
porque  
el  
informe  
de  
vuestra  
obediencia  
ha  
llegado  
a  
todo  
el  
mundo.  
Así  
que  
me  
alegro  
de  
cómo  
sois.  
Quiero  
que  
seáis  
expertos  
en  
el  
bien  
e  
ignorantes  
en  
el  
mal.  
¡El  
Dios  
de  
paz  
derribará  
pronto  
a



Satanás  
a  
vuestros  
pies!  
¡La  
Gracia  
del  
Señor  
Jesucristo  
sea  
con  
vosotros!

A  
Pablo  
le  
resultaba  
difícil  
ponerle  
punto  
final  
a  
su  
Carta  
a  
los  
Romanos.  
Ya  
había  
mandado  
saludos;  
pero  
antes  
de  
terminar  
incluye  
una  
última  
apelación  
a  
los  
cristianos  
de  
Roma  
para  
que  
se  
guarden  
de  
las  
malas  
influencias.  
Escoge  
dos  
características  
de  
las  
personas  
que

son  
dañinas  
para  
la  
iglesia  
y  
la  
comuni3n  
cristiana.

(i)  
Son  
personas  
que  
causan  
divisiones  
entre  
los  
hermanos.  
Los  
que  
hacen  
cosas  
que  
alteran  
la  
paz  
de  
la  
iglesia  
tendr3n  
que  
dar  
cuenta.  
Certo  
pastor  
estaba  
una  
vez  
hablando  
a  
uno  
que  
acababa  
de  
llegar  
a  
su  
congregaci3n  
de  
otro  
pueblo.  
Estaba  
claro  
que  
el  
tipo  
aquel  
tena

poco  
amor  
de  
Cristo.  
Le  
dijo  
al  
pastor:  
«¿Conoce  
usted  
tal  
y  
tal  
iglesia?»  
-refiriéndose  
a  
la  
anterior  
de  
la  
que  
había  
sido  
miembro.  
Cuando  
el  
pastor  
asintió,  
prosiguió  
con  
malvada  
complacencia:  
«Bueno,  
¡yo  
la  
hice  
polvo!»  
Hay  
personas  
que  
se  
complacen  
en  
causar  
problemas,  
y  
les  
encanta  
sembrar  
cizaña.  
La  
que  
ha  
producido  
disensión  
en  
una  
compañía  
de  
hermanos

tendrá  
que  
dar  
cuenta  
algún  
día  
al  
Que  
es  
Rey  
Y  
Cabeza  
de  
la  
Iglesia.  
(ii)  
Hay  
personas  
que  
ponen  
tropiezos  
en  
el  
camino  
de  
los  
demás.  
El  
que  
se  
lo  
pone  
más  
difícil  
a  
otro  
el  
ser  
cristiano,  
también  
tendrá  
que  
dar  
cuenta.  
Si  
la  
conducta  
de  
alguien  
es  
un  
mal  
ejemplo,  
o  
su  
influencia  
es  
una  
trampa,  
o

su  
enseñanza  
diluye  
o  
tergiversa  
la  
fe  
cristiana  
que  
pretende  
defender,  
esa  
persona  
no  
quedará  
sin  
castigo.  
Y  
no  
será  
ligero,  
porque  
ya  
se  
lo  
advirtió  
Jesús  
a  
los  
que  
hagan  
tropezar  
a  
uno  
de  
Sus  
pequeñitos.  
Hay  
dos  
palabras  
interesantes  
en  
este  
pasaje.  
(a)  
Una  
es  
la  
que  
hemos  
traducido  
por  
halagos  
(jréstologuía).  
Los  
mismos  
griegos  
definían  
a  
un

jréstólogos  
como  
«uno  
que  
habla  
bien  
pero  
actúa  
mal.»  
Es  
la  
clase  
de  
persona  
que,  
tras  
una  
fachada  
de  
palabras  
piadosas,  
ejerce  
una  
mala  
influencia  
que  
desvía,  
no  
mediante  
un  
ataque  
directo,  
sino  
rastreramente;  
que  
pretende

ser  
servidor  
de  
Cristo,  
pero  
lo  
que  
hace  
en  
realidad  
es  
destruir  
la  
fe.  
(b)  
La  
otra  
palabra  
es  
la  
que  
hemos

traducido  
por  
incon-  
taminado  
de  
nada  
malo  
(akeraios), que  
se  
usa  
de  
un  
metal  
puro  
y  
sin  
aleaciones,  
o  
del  
vino  
o  
la  
leche  
a  
los  
que  
no  
se  
ha  
añadido  
agua.  
Describe  
algo  
que  
es  
puro  
y  
sin  
contaminación,  
«limpio  
de  
polvo  
y  
paja.»  
El  
cristiano  
es  
alguien  
cuya  
integridad  
ha  
de  
estar  
fuera  
de  
toda  
duda.

Una

cosa  
hay  
que  
notar  
en  
este  
pasaje.  
Está  
claro  
que  
los  
problemas  
latentes  
en  
la  
iglesia  
de  
Roma  
no  
han  
salido  
a  
la  
luz.  
Pablo,  
desde  
luego,  
dice  
que  
cree  
que  
la  
iglesia  
romana  
está  
capacitada  
para  
resolverlos.  
Era  
un  
pastor  
precavido,  
porque  
creía  
firmemente  
que  
prevenir  
es  
mejor  
que  
curar.  
A  
veces  
en  
una  
iglesia  
o  
sociedad  
se  
deja



desarrollar  
una  
mala  
situación  
porque  
nadie  
tiene  
valor  
para  
exponerla;  
y  
a  
menudo,  
cuando  
ya  
se  
ha  
desarrollado  
es  
demasiado  
tarde  
para  
resolverla.  
Es  
bastante  
fácil  
apagar  
un  
fuego  
localizado  
cuando  
empieza,  
pero  
casi  
imposible  
cuando  
ya  
es  
todo  
un  
bosque  
lo  
que  
está  
ardiendo.  
Pablo  
tenía  
la  
sabiduría  
necesaria  
para  
atajar  
una  
situación  
peligrosa.

El  
pasaje  
cierra

con  
algo  
muy  
sugestivo.  
Pablo  
dice  
que  
el  
Dios  
de  
paz  
derribará  
pronto  
a  
Satanás,  
el  
poder  
del  
mal.  
Debemos  
fijarnos  
en  
que  
la  
paz  
de  
Dios  
es  
la  
paz  
de  
la  
acción  
y  
de  
la  
victoria.  
Hay  
una  
clase  
de  
paz  
que  
se  
puede  
obtener  
al  
precio  
de  
evadir  
todos  
los  
problemas  
y  
decisiones,  
una  
paz  
que  
viene  
del

letargo  
de  
la  
inactividad.  
El  
cristiano  
debe  
recordar  
siempre  
que  
la  
paz  
de  
Dios  
no  
es  
la  
paz  
que  
se  
ha  
sometido  
al  
mundo,  
sino  
la  
que  
ha  
vencido  
al  
mundo.

SALUDOS

Romanos 16:21-23

Mi  
colaborador  
Timoteo  
os  
manda  
recuerdos,  
lo  
mis-  
mo  
que  
mis  
parientes  
Lucio, Jasón  
Y  
Sosípater.  
(Yo  
Tercio, el  
que  
he  
escrito  
esta  
carta, también  
os  
mando  
mis  
saludos  
en  
el  
Señor).  
Gayo,  
que  
ofrece  
hospitalidad  
no  
sólo  
a  
mí  
sino  
también  
a  
toda  
la  
iglesia,  
os  
manda  
recuerdos, lo  
mismo  
que  
el  
hermano  
Cuarto.

Es  
tentador  
intentar  
identificar

al  
grupo  
de  
amigos  
que  
mandan  
recuerdos.  
Timoteo  
era  
el  
brazo  
derecho  
de  
Pablo,  
el  
que  
Pablo  
veía  
como  
su  
sucesor  
y  
del  
que  
diría  
más  
tarde  
que  
era  
el  
que  
estaba  
más  
identificado  
con  
él  
(Filipenses  
2:19,  
20).  
Lucio  
es  
posible  
que  
fuera  
el  
Lucio  
de  
Cirene  
que  
era  
uno  
de  
los  
profetas  
y  
maestros  
de  
Antioquía  
que  
mandaron

a  
Pablo  
y  
Bemabé  
en  
su  
primer  
viaje  
misionero  
(Hechos  
13:1) .  
Jasón  
puede  
que  
sea  
el  
que  
dio  
hospitalidad  
a  
Pablo  
en  
Tesalónica  
y  
sufrió  
por  
ello  
a  
manos  
de  
la  
multitud  
(Hechos  
17:5-9) .  
Sosípater  
puede  
que  
fuera  
el  
Sópater  
de  
Berea  
que  
llevó  
la  
colecta  
de  
su  
iglesia  
con  
las  
de  
las  
otras  
a  
Jerusalén  
con  
Pablo  
(Hechos  
20:4) .

Gayo  
puede  
que  
fuera  
uno  
de  
los  
dos  
que  
bautizó  
Pablo  
en  
Corinto  
(1  
Corintios  
1:14).

Por  
primera  
y  
única  
vez,  
sabemos  
el  
nombre  
del  
amanuense  
que  
escribió  
esta  
carta  
al  
dictado  
de  
Pablo,  
porque  
introduce  
aquí  
su  
saludo  
personal.  
Todos  
los  
grandes  
hombres  
han  
dependido  
de  
la  
humilde  
ayuda  
de  
otros  
para  
llevar  
a  
cabo  
su  
labor.

Nos  
son  
desconocidos  
los  
nombres  
de  
los  
que  
hicieron  
las  
veces  
de  
secretarios  
para  
Pablo  
en  
otras  
ocasiones,  
así  
es  
que  
Tercio  
es  
el  
representante  
de  
los  
todos  
los  
amanuenses  
de  
Pablo.

Una  
de  
las  
cosas  
más  
interesantes  
de  
este  
capítulo  
es  
la  
manera  
en  
que  
Pablo  
nos  
retrata  
a  
las  
personas  
con  
una  
sola  
frase.  
Aquí  
tenemos



dos  
de  
esas  
descripciones  
resumidas:  
Gayo  
es  
un  
hombre  
que  
practica  
la  
hospitalidad,  
y  
Cuarto  
es  
un  
hermano.  
Es  
una  
gran  
cosa  
el  
pasar  
a  
la  
Historia  
como  
persona  
que  
mantuvo  
su  
casa  
abierta  
a  
los  
forasteros,  
o  
por  
haber  
sido  
un  
hombre  
de  
corazón  
fraternal.  
Algún  
día  
alguien  
resumirá  
nuestra  
personalidad  
en  
una  
frase.  
¿Qué  
dirá  
esa  
frase?

LA  
ALABANZA  
FINAL

Romanos  
16:25-27

A  
Aquel  
que  
es  
poderoso  
para  
hacer  
que  
os  
mantengáis  
firmes  
como  
promete  
el  
Evangelio  
que  
yo  
predico  
y  
ofrece  
el  
Mensaje  
que  
nos  
trajo  
Jesús, de  
la  
manera  
que  
se  
desvela  
ahora  
el  
secreto  
que  
estuvo  
envuelto  
en  
silencio  
largas  
edades  
pero  
que  
ahora  
aparece  
totalmente  
al  
descubierto  
y  
se

está  
dando  
a  
conocer  
a  
todos  
los  
gentiles  
-como  
dijeron  
que  
sucedería  
los  
escritos  
de  
los  
profetas,  
Y  
ahora  
Dios  
manda  
que  
sea-para  
que  
Le  
ofrezcan  
la  
sumisión  
que  
nace  
de  
la  
fe:  
¡al  
único  
sabio  
Dios, por  
medio  
de  
Jesucristo, sea  
la  
gloria  
para  
siempre!  
Amén.

La  
Carta  
a  
los  
Romanos  
termina  
con  
una  
doxología  
que  
es  
también  
el

sumario  
del  
Evangelio  
que  
Pablo  
amaba  
y  
predicaba.

(i)  
El  
Evangelio  
nos  
permite  
mantenernos  
firmes.  
«Hijo  
de  
hombre  
-dijo  
Dios  
a  
Ezequiel-,  
ponte  
en  
pie  
para  
que  
Yo  
hable  
contigo»  
(Ezequiel  
2:1).  
El  
Evangelio  
es  
el  
poder  
que  
nos  
permite  
mantenernos  
invictos  
frente  
a  
todos  
los  
golpes  
del  
mundo  
y  
los  
ataques  
de  
la  
tentación.  
Un  
periodista  
relata

un  
incidente  
de  
la  
guerra  
civil  
española.  
Había  
una  
pequeña  
guarnición  
de  
hombres  
sitiados.  
El  
fin  
estaba  
cerca,  
y  
algunos  
querían  
rendirse  
para  
salvar  
la  
vida;  
pero  
otros  
querían  
seguir  
resistiendo.  
El  
dilema  
se  
resolvió  
cuando  
un  
alma  
noble  
declaró:  
«  
Es  
mejor  
morir  
de  
pie  
que  
vivir  
de  
rodillas.»

La  
vida  
puede  
ser  
difícil;  
a  
veces  
abate

con  
sus  
golpes.  
La  
vida  
puede  
ser  
peligrosa;  
a  
veces  
es  
fácil  
caer  
en  
los  
lugares  
resbaladizos  
de  
la  
tentación.  
El  
Evangelio  
es  
el  
poder  
de  
Dios  
para  
salvar;  
ese  
poder  
que  
nos  
mantiene  
erguidos,  
hasta  
cuando  
la  
vida  
se  
presenta  
de  
la  
peor  
manera  
más  
amenazadora  
posible.  
La  
vida  
no  
nos  
puede  
separar  
del  
amor  
que  
Dios  
nos  
ha

mostrado  
en  
nuestro  
Señor  
Jesucristo  
(Romanos  
8:38,  
39).

(ii)  
Es  
el  
Evangelio  
que  
predicaba  
Pablo  
y  
que  
ofreció  
Jesucristo.  
Es  
decir:  
el  
Evangelio  
tiene  
su  
origen  
en  
Cristo,  
y  
lo  
transmiten  
las  
personas.  
Sin  
Jesucristo  
no  
podría  
haber  
Evangelio;  
pero  
si  
no  
hay  
personas  
que  
lo  
transmitan,  
otras  
personas  
no  
lo  
llegarán  
a  
conocer.  
El  
deber  
cristiano  
consiste

en  
que,  
en  
cuanto  
Cristo  
nos  
encuentra,  
nosotros  
vayamos  
a  
encontrar  
a  
otros  
para  
Cristo.  
Cuando  
Jesús  
encontró  
a  
Andrés,  
Juan  
nos  
dice:  
«Lo  
primero  
que  
hizo  
éste  
fue  
salir  
al  
encuentro  
de  
su  
hermano  
Simón  
para  
decirle:  
«  
¡Hemos  
encontrado  
al  
Mesías!»  
(Juan  
1:40-42) .  
Aquí  
tenemos  
el  
privilegio  
cristiano  
y  
el  
deber  
cristiano.  
El  
privilegio  
cristiano  
es  
apropiarnos  
el



Evangelio  
para  
nosotros;  
y  
el  
deber  
cristiano,  
que  
no  
sea  
sólo  
para  
nosotros,  
sino  
que  
se  
lo  
transmitamos  
a  
otros.

Una  
leyenda  
famosa  
nos  
cuenta  
que  
Jesús,  
después  
de  
la  
Cruz  
y  
de  
la  
Resurrección,  
volvió  
a  
Su  
gloria,  
con  
las  
señales  
de  
Sus  
sufrimientos.  
Uno  
de  
los  
ángeles  
le  
dijo:

-Tienes  
que  
haber  
sufrido  
terriblemente  
por  
la  
gente  
de  
ahí  
abajo.  
¿Ya  
saben  
todos  
los  
seres  
humanos  
lo  
que  
has  
hecho

por  
ellos?

-No  
-respondió  
Jesús-, todavía  
no.  
Hasta  
ahora  
sólo  
lo  
saben  
unos  
pocos.

-Y  
-siguió  
preguntando  
el  
ángel-,  
¿qué  
has  
hecho  
para  
que  
todos  
lo  
sepan?

-Bueno  
dijo  
Jesús-,  
les

he  
dicho  
a  
Pedro,  
Santiago,  
Juan  
y  
los  
demás;  
que  
se  
dediquen  
a  
contárselo  
a  
todo  
el  
mundo,

hasta  
que  
lo  
sepan  
hasta  
los  
que  
viven  
en  
el  
último  
rincón  
de  
la  
Tierra.

El  
ángel  
se  
quedó  
pensativo,  
porque  
sabía  
lo  
despistados  
que  
son  
los  
seres  
humanos.

-Sí  
-siguió  
diciendo-;pero,  
¿Y  
si  
se  
les

olvida  
a  
esos?  
¿Y  
si  
se  
cansan  
de  
decírselo  
a  
otros?  
¿Qué  
pasará  
si,  
allá  
para  
el

siglo  
XX,  
los  
que  
saben  
la  
historia  
de  
Tu  
amor  
Te  
fallan

y  
dejan  
de  
contársela  
a  
otros?  
¿Qué  
pasará  
entonces?  
¿Es  
que  
no  
has  
hecho  
ningún  
otro  
plan?  
-No  
he  
hecho  
ningún  
otro  
plan.  
Cuento  
con  
ellos.  
Me

fío  
de  
ellos  
-fue  
la  
respuesta  
de  
Jesús.

Jesús  
murió  
para  
darnos  
el  
Evangelio;  
y  
ahora  
cuenta  
con  
nosotros  
para  
transmitírselo  
a  
todos  
los  
demás.

(iii)  
El  
Evangelio  
es  
la  
consumación  
de  
la  
Historia.  
Es  
algo  
que  
existía  
desde  
todos  
los  
tiempos,  
y  
que  
ha  
venido  
y  
se  
ha  
revelado  
al  
mundo  
en  
la  
Persona  
de

Jesucristo.  
Algo  
absolutamente  
nuevo  
sucedió  
cuando  
Jesús  
vino  
al  
mundo:  
la  
eternidad  
invadió  
al  
tiempo  
y  
Dios  
apareció  
en  
la  
Tierra.  
Su  
venida  
fue  
el  
acontecimiento  
al  
que  
se  
dirigía  
toda  
la  
Historia  
anterior  
y  
del  
que  
fluye  
toda  
la  
Historia  
posterior.  
Después  
de  
la  
venida  
de  
Cristo,  
el  
mundo  
ya  
no  
puede  
seguir  
siendo  
el  
mismo.  
Fue  
el  
acontecimiento

central  
de  
la  
Historia,  
y  
por  
eso  
fechamos  
el  
tiempo  
en  
antes  
de  
Cristo  
y  
después  
de  
Cristo,  
a.  
C.  
y  
d.  
C.  
Es  
como  
si,  
con  
Su  
venida,  
la  
vida  
y  
el  
mundo  
empezaran  
de  
nuevo  
otra  
vez.  
(iv)  
El  
Evangelio  
es  
para  
toda  
la  
humanidad,  
y  
así  
ha  
sido  
siempre.  
No  
solamente  
para  
los  
judíos;  
su  
salida  
a

todo  
el  
mundo  
no  
fue  
algo  
que  
ocurrió  
después.  
«De  
tal  
manera  
amó  
Dios  
al  
mundo»,  
y  
no  
solamente  
a  
Israel.  
Los  
profetas,  
tal  
vez  
sin  
darse  
cuenta  
del  
todo,  
intuyeron  
y  
anunciaron  
el  
tiempo  
en  
que  
todos  
los  
pueblos  
conocerían  
a  
Dios.  
Ese  
tiempo  
no  
ha  
llegado  
todavía;  
pero  
es  
el  
propósito  
de  
Dios  
que  
algún  
día  
Su  
conocimiento



cubra  
toda  
la  
Tierra  
como  
las  
aguas  
cubren  
el  
mar,  
y  
es  
nuestro  
privilegio  
el  
colaborar  
en  
que  
el  
propósito  
de  
Dios  
se  
haga  
realidad.  
(v)  
El  
Evangelio  
conduce  
al  
mundo  
a  
la  
obediencia,  
a  
ser  
el  
mundo  
en  
el  
que  
Dios  
es  
el  
Rey.  
Pero  
esa  
obediencia  
no  
la  
impone  
una  
ley  
de  
hierro  
que  
quebranta  
al  
que  
se

opone;  
es  
una  
obediencia  
que  
brota  
de  
la  
fe,  
una  
rendición  
que  
es  
la  
conquista  
y  
el  
resultado  
del  
amor.  
Para  
Pablo,  
el  
cristiano  
no  
es  
uno  
que  
se  
ha  
rendido  
a  
un  
poder  
ineludible,  
sino  
uno  
que  
se  
ha  
enamorado  
del  
Dios  
que  
ama  
a  
todos,  
y  
Cuyo  
amor  
se  
ha  
revelado  
para  
siempre  
en  
Jesucristo.  
Así  
termina  
el

largo  
argumento  
de  
la  
Carta  
a  
los  
Romanos:  
con  
un  
cántico  
de  
alabanza  
al  
Dios  
y  
Padre  
de  
nuestro  
Señor  
Jesucristo.

